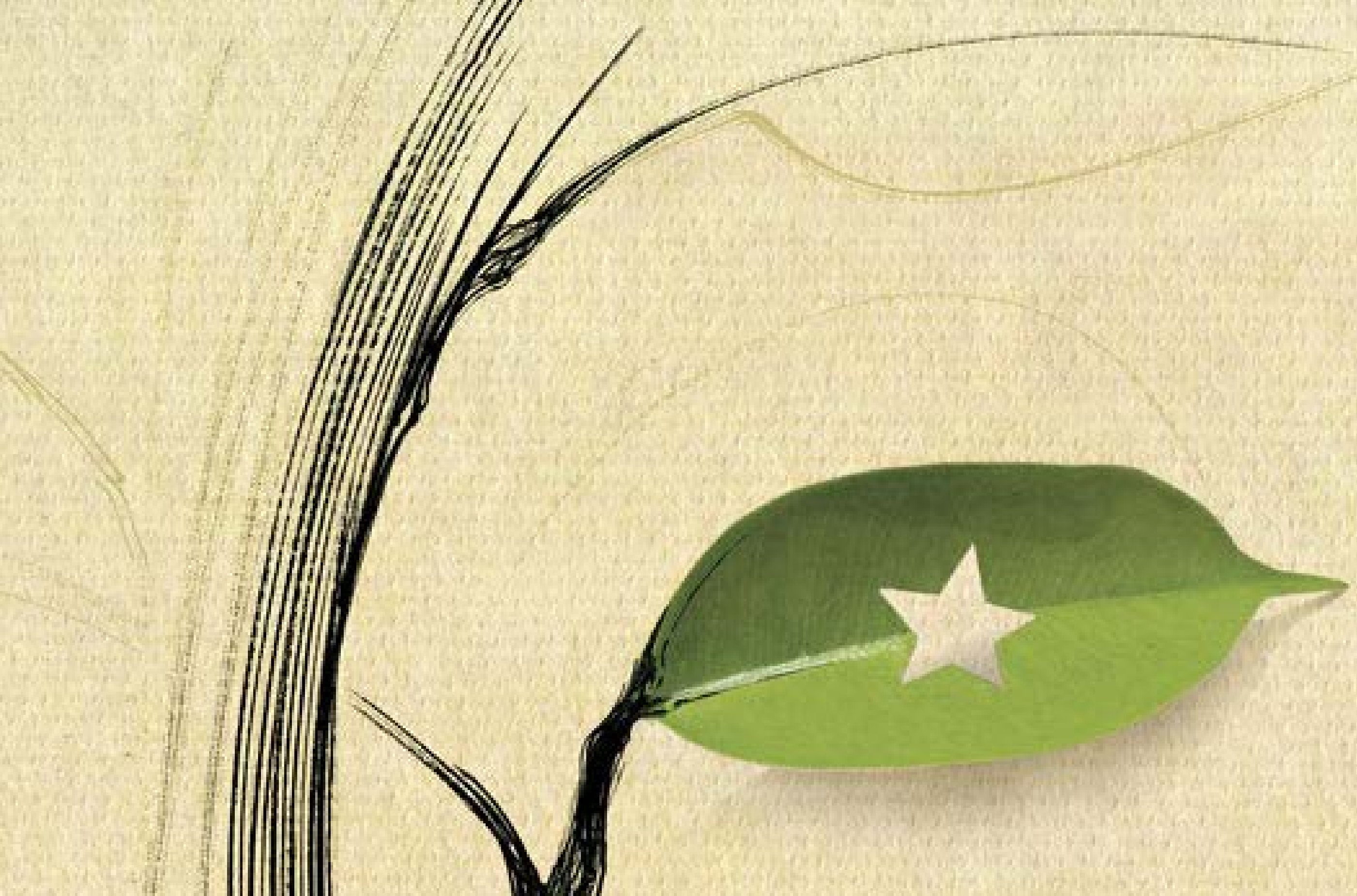


Fidel Castro Ruz
GUERRILLERO DEL TIEMPO

Conversaciones con el líder histórico de la Revolución Cubana

Katiuska Blanco Castiñeira

PRIMERA PARTE
TOMO I

Fidel Castro Ruz
GUERRILLERO DEL TIEMPO

Conversaciones con el líder histórico de la Revolución Cubana

Katiuska Blanco Castiñeira

PRIMERA PARTE
TOMO I



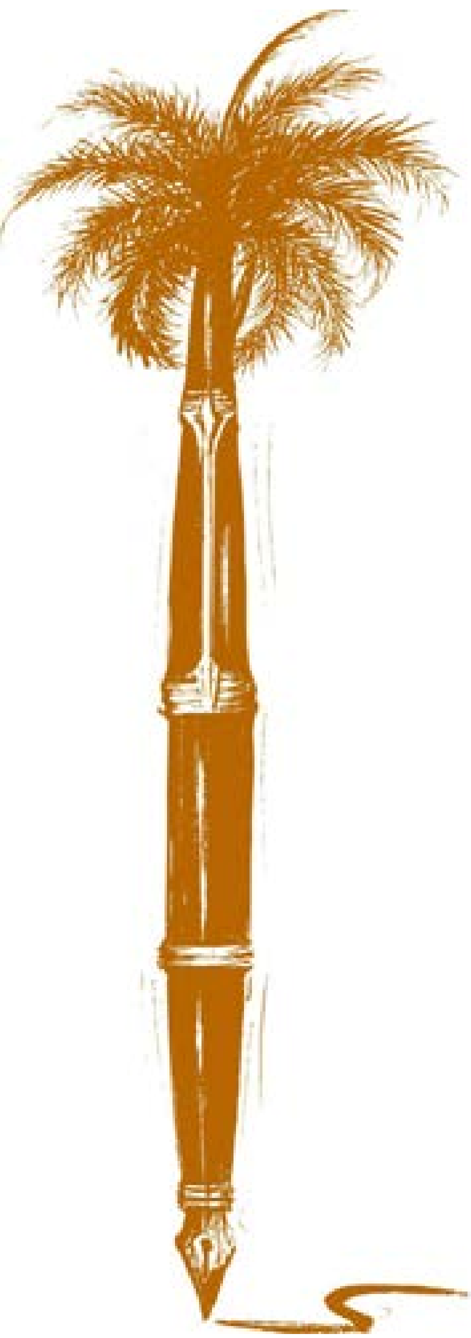
En el cruce de los vientos
y los mares, a nuestra amada Cuba.

A Fidel, eterno caminante.

A Orestes, mi amor del alma,
y a mis hijos Isabel, Patricia y Ernesto.

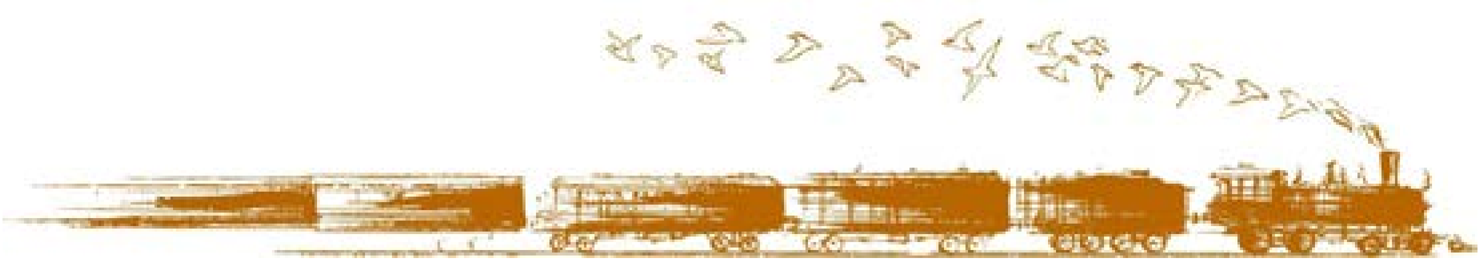


ÍNDICE



EL VIAJE

A Fidel le gusta recordar. Quizás por eso, en enero de 1993, por primera vez me recibió en su despacho del Palacio de la Revolución…



En medio del fragoroso teclear de las viejas máquinas de escribir alemanas que entonces inundaban la redacción del diario, recibí el aviso. Afuera terminaba el día de trabajo y los transeúntes se apresuraban de regreso a casa. No llovía, pero el viento arremolinaba las hojas y levantaba el polvo en la calle.

La luz en la Plaza era de un color ocre rojizo. En su despacho, los destellos apenas trasponían los densos cortinajes de los ventanales. La semipenumbra iluminada afianzaba la impresión de unos espacios fuera del tiempo. ¿Amanecía o caía la tarde? Allí era difícil saberlo. Siempre pensé que él sí podría reconocer las horas del día por los matices del reflejo luminoso sobre los objetos en los armarios, las paredes de ladrillo, o la transparencia del aire en la habitación. Su escritorio: una isla en un mundo de libros. Repasé los títulos como para guardar una lista infaltable de referencias y para saber un poco más del hombre oculto tras las investiduras de la historia. Confieso que por unos minutos quedé absorta mirando una figurilla de marfil de alguna diosa del Lejano Oriente y unos botes de cristal como los que en las antiguas farmacias dormían el sueño eterno sobre los mostradores.

Recuerdo que Fidel se acercó, me dio un beso y un abrazo. Ni su estatura física ni su apariencia eran lo que más me impresionaba. Me sentí como un viajero de paso: el tren se detenía en una

estación en el camino y yo conversaba con alguien que permanecería para siempre. Él respiraba despacio, hablaba bajo y miraba limpia y directamente a los ojos. Sus botas agrietadas por los bordes y el desgaste de la piel curtida de los muebles en la habitación me recordaron el tiempo que vivíamos y también una frase suya que lo retrataba: «Prefiero el viejo reloj, los viejos espejuelos, las viejas botas... y en política, todo lo nuevo».

En esos años parecía que el mundo volvía atrás, que todo lo nuevo era viejo; resultaba casi una quimera moldear un hombre mejor, una sociedad más justa. Él ya era un mito. Junto al pueblo persistía en el sueño que parecía delirio, resistía los embates, las agresiones de siempre y las carencias. Hablaba en susurro, tanto, que daba la impresión de que todo era confidencial —sobre la isla, los hombres, las heridas, *El Quijote*, las pasiones, el destino, el último combate de José Martí, el Sol, la guerra, los minutos, la Tierra. Con la mirada recorría su presencia para no olvidar un solo pormenor, seguía sus pasos mientras él afirmaba: «Una idea se desarrolla, Katiuska, una idea se desarrolla». Yo observaba la mano que alisaba el pelo ondulado y blanco, la gorra militar colocada después sobre la mesa, la carpeta de cuero donde apoyaba los papeles para escribir, los dedos larguísimos, el trazo fugaz sobre el papel en el rústico bloc de tapas azules, la frente despejada, el borde de las cejas, los ojos vivos y acuciosos, la barba encanecida, el lóbulo de la oreja, el cuello de la chaqueta militar, el pantalón recto y, otra vez, sus botas, sus viejas botas, limpias y gastadas en

las que me detuve al final del reconocimiento indiscreto.

Imaginé los caminos andados. Las humildes botas que calzaba eran sus botas de soñar y eran, como al monje, el hábito del que no podía desprenderse en tiempos difíciles. ¿Sería verdad que más de una semana después del triunfo de enero aún dormía con ellas puestas?

Un pequeño libro, *Después de lo increíble* —que escribí luego de un viaje donde un grupo de jóvenes seguimos la travesía del yate *Granma*—, había llamado mucho su atención. Me confesó haberse pasado toda una noche leyendo, recordando.

Tras varios encuentros en su despacho, entre los años 1993 y 1994, reparé en que por azares de la vida, numerosas actividades que reportaba para el diario iban hilvanando su historia.

Volví a verlo de cerca el 13 de agosto de 1996, en las celebraciones por sus 70 años, y al otro día, ya en mi casa, me tomó por sorpresa la llegada de Sergio, un escolta robusto que irrumpió de súbito en la sala. «Apúrese, es un viaje con Fidel a Birán».

Reconocí entonces mi suerte de presenciar un diálogo entre Fidel y Gabriel García Márquez en un camino inesperado y conmovedor. El Comandante, como dije en aquel momento, tenía razones para vivir la experiencia del regreso a las habitaciones de la infancia y los recuerdos del pasado, convertidos en una historia de impresiones que al final, según él mismo piensa, es la historia verdadera de un hombre.

Allí Fidel se tornó memorioso y se permitió, ante los demás,

mostrarse emocionado en lo íntimo. Puso flores en la tumba de sus padres, ahora bajo la sombra de los árboles del batey, adonde fueron trasladados los restos a instancias suyas. «Los cementerios son muy tristes, son algo así como un apartheid; significan tener muy lejos de la casa y la familia a los muertos».

A partir de estas vivencias comencé a investigar sobre el hogar, los seres queridos, el entorno de Birán, con la idea de escribir su paisaje familiar. Fue un camino largo y difícil, pero logré acumular tanta información que, en lugar de uno, escribí dos libros: *Todo el tiempo de los cedros* y *Ángel, la raíz gallega de Fidel*. Durante todo ese período anhelé, en reiteradas ocasiones, preguntarle pequeños detalles que solo él podía develar, sin embargo, nunca fue posible.

En el verano de 2006, Fidel enfermó de manera inesperada. Recuerdo el vuelo desde Holguín a La Habana y la solicitud de un escolta que se acercó desde la parte delantera de la nave. Arrodillada sobre mi asiento, la repetí en voz alta para que se escuchara hacia el fondo del avión: «Están llamando a uno de los médicos, están llamando a uno de los médicos». Varios de los galenos de su equipo personal acudieron prontamente. A mi lado, atónito, el vicecanciller cubano Jorge Bolaños. Entre los viajeros, solo recuerdo miradas de angustia. Nadie articuló un solo vocablo; se hizo el silencio más profundo que he vivido en toda mi vida. Días después, el 31 de julio, se publicó la proclama dirigida a nuestro pueblo donde el Comandante hizo pública su enfermedad y dio

indicaciones a los cubanos para seguir adelante.

El 1.º de agosto, la voz de Fidel me sorprendió temprano: al otro día comenzaríamos a trabajar. Se encontraba presto a emprender la ardua labor de ampliar y enriquecer las respuestas dadas al periodista Ignacio Ramonet, pues había prometido una nueva edición del libro *Cien Horas con Fidel*, y temía que la obra quedara inconclusa, lo percibí en su desvelo por adelantar cuanto fuera posible, a pesar de su delicado estado de salud.

En una pequeña antesala, atenta a cuanto hiciera falta, permanecía Dalia, su esposa. Un día le confesé a ella que lamentaba traerle trabajo al Comandante en tales circunstancias; y con amabilidad en la voz, me alentó, debía pensar lo contrario: traía alegría, tranquilidad.

Otra vez presenciaba escenas íntimas en la vida de Fidel. Cuando algunos lo imaginaban como un héroe solitario yo lo vi acompañado todo el tiempo. Su hermano Raúl, una nube de hijos, nietos y otros familiares, amigos y hermanos de lucha, se aproximaban para verlo o saber cómo seguía. La mayoría pasó días y noches sin dormir. Me los topaba a la entrada o a la salida. Estaba otra vez en una zona no develada de su paisaje familiar.

A veces, durante las jornadas de trabajo, guardaba silencio y me pedía que le leyera; yo lo hacía con lentitud porque sabía que la lectura podía propiciar su sueño, la posibilidad de descansar un poco de los desasosiegos que su espíritu debía vencer, algo realmente difícil en él, acostumbrado a la intensa actividad durante

largas horas, en décadas de incesante vida revolucionaria y continuos viajes.

Aquellas semanas eran como de marzo en pleno verano, porque, a pesar de que Fidel le hablaba a nuestro pueblo sin dramatismo, para mí soplaba en el espíritu del país el viento de cuaresma, ese que esparce las hojas secas por el aire, cierra a golpetazos las puertas y las ventanas, riza los ríos y los mares, arrasa y se lleva lejos las simientes —desdichadamente lejos—, aunque luego broten con los primeros aguaceros de la primavera... Vivíamos con el alma en vilo porque Fidel es nuestra historia. Recuerdo emocionada que cuando me recibió aquel día de agosto, estaba entre la vida y la muerte; sin embargo, me habló con valentía y seguridad de sus últimos disparos al tiempo: se concebía como un fusil guerrillero.

Como resultado de aquellas intensidades laboriosas vieron la luz dos nuevas ediciones de *Cien horas con Fidel*. Fue un esfuerzo titánico de parte del Comandante, pero reconfortaba saber que seguía ganando batallas; cumplió nuevamente la palabra empeñada y disfrutó, aún en momentos tan difíciles, del contacto con la historia y con los acontecimientos internacionales que comentábamos a diario.

Abordó insistentemente la Crisis de Octubre, dijo que negar la presencia de los cohetes en Cuba había sido un error ético imperdonable del embajador soviético en la ONU. Ratificaba, una y otra vez irrenunciable, el principio de la verdad. El Comandante no justifi-

caba aquella respuesta insensata e innecesaria. Según él, «Cuba tenía el derecho legítimo de defenderse con las armas de que pudiera disponer». Habló además de la guerra en Angola, de su denuncia sobre la posesión de armas nucleares por el régimen del apartheid, algo que el Estado de Israel había posibilitado con el apoyo del silencio cómplice de Estados Unidos. A tales alturas, reparé en que ambos temas tenían conexión con las probabilidades de una confrontación nuclear, algo que centra hoy su mayor preocupación. Para evitarla es imprescindible la desnuclearización total. Para él, lo ético y humano sería eliminar todas las armas, convencionales o no. Ese día, me explicó la diferencia entre armas nucleares tácticas y estratégicas, aunque me fue imposible registrar en la memoria los profusos datos numéricos con que ilustró su explicación.

Recuerdo también que le comenté un hallazgo en la Biblioteca Nacional José Martí, dado a conocer el sábado 19 de agosto de aquel verano de 2006. Se trataba de una rareza mundial: un libro con 41 grabados de un Egipto ya inexistente. Agrimensores, lingüistas, arqueólogos, arquitectos, matemáticos, dibujantes y químicos franceses, por encargo de Napoleón, estudiaron minuciosamente los valores de la civilización crecida a orillas del Nilo. Fruto de aquellos empeños surgió una obra maestra: *La descripción de Egipto*, 20 tomos de grabados, mapas, planos y apuntes, cuya tirada en edición de lujo apenas alcanzó los 1000 ejemplares. De ellos, nuestra biblioteca conservaba cinco volúmenes y, tras ser restaurados, los exponía.

Era —en fin— la crónica del despojo. Los reinos de Francia y Gran Bretaña de siglos pasados invadían territorios pero al menos se mostraban deslumbrados por la cultura de los pueblos bajo su dominación; se interesaban en recopilar historias y tradiciones, develar enigmas, comprender y conservar tesoros y monumentos; actitudes muy distantes a las del imperio, que en pleno tercer milenio arrasaba 7000 lugares arqueológicos en la antigua Babilonia y destruía y saqueaba bibliotecas, museos, de los cuales ya nunca más existiría un recuerdo como el que se conservaba antes de que una noche de 2003 clareara en Bagdad por el estallido de las bombas. Mientras yo glosaba el artículo de *Juventud Rebelde*, Fidel escuchaba y asentía pensativo. Confirmó la barbarie de la guerra contra Iraq y el proceso que llevó a que se desataran la primera y segunda agresiones estadounidenses a la nación del Medio Oriente. Fue a propósito de esa tragedia que insistió en publicar en el libro de las cien horas infinitas, las cartas que envió a Saddam Husein, en 1991. En sus reflexiones le recomendaba al presidente iraquí negociar y retirarse a tiempo de Kuwait, cuyas fronteras Iraq había transgredido en una acción militar a la que Cuba se oponía. También había expresado su opinión de que las armas de destrucción masiva —si aún existían en territorio iraquí— debían destruirse.

Algo que me impresionó fue el fino sentido del humor del Comandante en medio de la adversidad. Una mañana no había conseguido comunicarse telefónicamente con uno o dos compañeros de

trabajo y sonriendo me dijo de súbito: «¡El Comandante no tiene a quién llamar, Katiuska!», en alusión a la novela de García Márquez: *El coronel no tiene quien le escriba*. Después de publicadas la segunda y tercera edición del libro, conversamos con frecuencia. Recuerdo especialmente el 20 de octubre de 2008, Día de la Cultura Cubana, cuando entablamos una larga charla de nuevo sobre la guerra en Angola, o el 3 de agosto de 2009, cuando intercambiamos opiniones sobre el libro del comandante Guillermo García, a punto de editarse.

Para entonces no había regresado para todos. Su presencia en los diarios era más de palabras que de estampa física. Sin embargo, ya recorría el camino de vuelta desde el insondable tiempo que es la muerte. Me asombraba comprobar la densidad, el volumen de cuanto hacía. Fidel trabajaba en silencio. A veces me confesaba que sentía que se le agotaban las fuerzas. La causa de la humanidad mueve esas ansiedades ante el tiempo que transcurre y el destino de los hombres y las mujeres del planeta. Lo efímero y lo inmutable, lo próximo y lo lejano, lo mínimo y lo inconmensurable, lo absoluto y lo relativo, la nada y el todo conmueven su sensibilidad. Como estadista y revolucionario que cumplió sus sueños, lo que reflexiona tiene el valor de la experiencia agolpada en lo vivido. Su pensamiento es integrador. Yo pensaba que pocos podrían imaginarlo tan ocupado y activo.

A partir de aquel encuentro lo visité en su casa; me parecía que ya conocía el lugar, pues desde que empecé a investigar sobre

su vida había soñado que lo entrevistaba allí, en la sala. Imaginé los alrededores de la vivienda: una floresta tupida, una selva exuberante. Y así fue, muy próximas a la casa se anunciaban las espesuras desmesuradas que había soñado; crecían favorecidas por los golpes de agua frecuentes en esa zona de La Habana. «Aquí parece que se acaba el mundo por las tardes», dijo mientras nos asombrábamos mutuamente del anuncio de un abrupto e insólito descenso de las temperaturas en México un día de noviembre de 2009. También conversamos allí. Todo había comenzado una mañana de octubre en que eran tantos y tan diversos los temas de que hablábamos que me dijo: «¿Por qué no preparas un cuestionario inquisitorio?». Aquella pregunta me estremeció: No me quedaron dudas de que Fidel estaba dispuesto a develar historias, perplejidades, juicios, aconteceres que habrían permanecido en silencio en otro momento. Sugerí el estilo literario que obvia las preguntas y va directo a las respuestas en primera persona, pero se negó rotundamente: «Sería un libro muy aburrido, como uno voluminoso que tengo de la historia de Troya».

En *Fidel Castro Ruz, guerrillero del tiempo*, el Comandante narra su historia a partir de un cuestionario muy abarcador; aunque las preguntas se pierden frente al océano que es su vida. Este libro, en dos partes, propicia un acercamiento al ser humano que convive con la figura histórica que encarna a los héroes del pasado y a los que defenderán en el futuro de Cuba, nuestra América y el mundo, las nobles causas de independencia, justicia y humanidad.

El lector tendrá la oportunidad de recorrer con Fidel el camino de sus días, disfrutará de la naturalidad y transparencia con que va hilvanando los hechos, puntos de vista, imágenes y sentimientos de la memoria; en un viaje desde la casa y los seres del pasado, hasta los desvelos, penurias, esperanzas y augurios de los días que corren.

Una y otra vez es necesario subir montañas en la Revolución, la humanidad requiere de hombres y mujeres capaces de salvarla: Fidel calza de nuevo sus botas de eterno caminante.



01

Casa, padres, árboles, luz de velas y faroles de gas, primeros recuerdos, muerte inescrutable, frescor en el altillo, Día de Reyes, remedios caseros, Manacas, aserríos, montar al pelo, libre en los parajes, gallos, amistad, sin la franqueza de Rousseau, venir al mundo



Katiuska Blanco. —Comandante, José Martí creía que la historia del hombre podía ser contada por sus casas. Para mí la casa es abrigo, incluso en la memoria. Desde que estudié la poesía del peruano César Vallejo, me acompaña en el pensamiento un poema sobre una casa donde no vive ya nadie. Emocionan los versos:

Cuando alguien se va, alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las casas viejas, porque sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombre. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla.

No puedo explicarle, no sé por qué vericuetos del alma, esos versos me llevan siempre a la casa recóndita de mi infancia, pero también a la suya, a la casa de Birán. Usted volvió allí al cumplir 70 años. Fui testigo del regreso, y desde entonces esperaba la oportunidad de preguntarle sobre los recuerdos que guarda de la casa donde usted nació.

Fidel Castro. —La casa era de madera, construida sobre pilotes más altos que un hombre. Me imagino que inicialmente, en el proyecto original, era cuadrada; una casa prefabricada, de las

que posiblemente los norteamericanos vendían aquí. Es probable que hasta la hayan traído de Estados Unidos. Mi padre la construyó antes de que nosotros naciéramos. Tenía recursos económicos, ingresos relativamente elevados, y en aquella zona se desarrollaban grandes empresas agrícolas norteamericanas.

Los terrenos de mi padre estaban rodeados de grandes extensiones de tierra de diversas compañías norteamericanas. Incluso, el viejo trabajó con una de esas empresas, la United Fruit Company, propietaria de 130 000 hectáreas aproximadamente, una gran plantación cañera y un central azucarero. La United Fruit poseía otros centrales más próximos —que yo recuerde—, tenía dos grandes centrales alrededor de la bahía de Nipe, y sus tierras llegaban hasta los límites de las de mi padre. Antes de que él adquiriera esas tierras, a comienzos del siglo XX, había trabajado con la United Fruit Company. Al principio contaba también con una pequeña empresa. Dirigía un grupo de hombres y hacía contratos para talar madera, para suministrar leña al central azucarero y desmontar áreas donde sembrar caña. Según mi hermano Ramón, eran años de numerosa inmigración de España, principalmente de las provincias gallegas, lo que favoreció su trabajo como contratista: comenzó a laborar con sus hombres en terraplenes de línea y a transportar maderos. Abrió una fonda y, además, inició sus siembras de caña. Llegó a tener una colonia en tierras de la

United, la denominada Dumoy, que vendió después porque tuvo un accidente al caer de un caballo y fracturarse una pierna. Aquellas tierras mi padre las puso en venta en una época de mucha prosperidad en la industria azucarera, antes de la Danza de los Millones.

Él era un inmigrante español, un hombre muy activo que se convirtió en un empresario. Así fue como obtuvo ingresos importantes y adquirió tierras; pudiéramos decir que se independizó, se convirtió en agricultor.

Pienso que aquella era un modelo de casa de madera de las que construían los norteamericanos. No podría asegurar si esa madera la trajeron o se elaboró aquí. Era de un piso, aunque tenía una habitación amplia encima, como un segundo piso más pequeño. El primer piso podía estar al nivel de la tierra, pero mi padre, al parecer por la influencia de Galicia, su lugar de procedencia, donde los campesinos dentro o debajo de las casas tenían los animales de cría —gallinas, ganado vacuno, incluso los cerdos, con los que producían jamones— construyó la casa sobre pilotes, sin que el lugar fuera bajo. Como el terreno era irregular, no tenían la misma altura. La parte principal de la casa, hacia la sala y las habitaciones, era más inclinada y eran más altos los pilotes.

Luego, la casa se amplió en una dirección con varias instalaciones: una botica, un baño, una alacena, un comedor y, al final, la cocina. Después la alargaron del otro lado con una

oficina, de modo que la casa quedó cuadrada, con un segundo piso arriba y una ampliación hacia el Este, en dirección a las montañas. Debajo estaba la lechería. Tenían un rebaño de unas 30 o 35 vacas que dormían debajo de la casa. Las ordeñaban por la madrugada y las soltaban por los potreros a 800 metros, o a un kilómetro de distancia. Por la tarde las recogían.

Yo recuerdo mucho el corredor de la casa porque la circundaba completamente, excepto en la parte de la cocina. Yo veía cuando recogían el ganado por la tarde, me llamaba la atención porque algunos animales eran un poco ariscos; los había agresivos, sobre todo algunas vacas recién paridas. Teníamos una vaca color oscuro que le llamaban Ballena; daba mucha leche, pero era muy agresiva. Nosotros tratábamos de hacerle señas para ver cómo amenazaba. Yo creo que la vaca tenía algo de miura.

Recuerdo todas estas escenas, cómo era el ambiente en el campo, los animales, las personas que atendían los trabajos.

En la casa existía una escalera que llegaba al primer piso a través de una puerta ubicada en la sala. Varias puertas daban a las habitaciones. Junto a un cuarto, que después fue de nosotros los varones, estaban el comedorcito y la oficina de mi padre. También en esa primera planta se encontraban la sala, otras habitaciones, un pasillo hacia el comedor y los baños.

Parece que al principio era una sola habitación con el baño. Aquel no lo conocí, pero después hicieron un pasillo y pusie-

ron al final otro baño, el rural, le decían. Era de madera, construido sobre una especie de pozo, ese fue el que yo conocí. Allí quedaban los restos, un lavamanos. Había otro baño al lado de la cocina, realmente el que utilizábamos para ducharnos, con una gran bañadera.

Para almacenar agua había un tanque grande y otro ubicado un poco más alto, pero de menor dimensión. Se recogía el agua de lluvia del techo y toda venía a parar a aquel tanque; era la que se usaba normalmente. Para beber se traía el agua de un manantial que quedaba como a cuatro kilómetros. El manantial tenía prestigio, provenía del río Sojo, un pequeño arroyo. Su agua se pasaba por un filtro.

Por entonces no había electricidad en mi casa. Nos alumbrábamos con velas y con algunos faroles de gas. No había refrigeración, sino una pequeña nevera de madera. El hielo se traía del central Marcané, a unos cuatro kilómetros de distancia, y se guardaba en la nevera de madera con aserrín adentro.

Estoy hablando del ambiente, cuando yo empiezo a ver cosas. Recuerdo la casa, los animales, el lugar. Hago memoria bien de cada detalle.

Pienso que mis recuerdos más antiguos son de cuando tenía tres años, desde muy tempranito. Me acuerdo de todo: de los familiares, los tíos que estaban allí, una prima contemporánea conmigo.

La muerte de la tía Antonia después del parto de una niña

es uno de mis primeros recuerdos, y puede dar una idea de la edad que tenía entonces —tendría que precisarla—. Era casada con un empleado de mi padre, también español. Yo era muy pequeño. En la casa, la atmósfera era de tristeza, llanto, tragedia. Ella era hermana de mi madre. Me llevaron a su casa. También estaban mis abuelos allí. Recuerdo todavía el cuarto, las velas encendidas... Yo no sentía nada, observaba todo con mucha admiración, pero no sabía qué significaba. No comprendía la muerte ni tenía idea de ello, solo que había mucha tristeza, lágrimas, atmósfera de tragedia. Pasaba algo muy difícil. Si pudiera precisar la fecha exacta en que murió la tía, sabría la edad que yo tenía, pues esas son las imágenes más tempranas que guardo.

KATIUSKA BLANCO. —Fue el 8 de junio de 1929 y el certificado de defunción dice que murió de fiebres puerperales.

FIDEL CASTRO. —Entonces, mis primeros recuerdos son de cuando contaba dos años, aún no había cumplido tres. Sé que una de las primas vino desde muy pequeñita a vivir con nosotros.

La que nació era una niña. Los otros hermanos fueron criados por los abuelos, eran tres: la mayor, la más pequeña y un varón; y una, que tendría tres o cuatro años, vino a vivir con nosotros.

Recuerdo el lugar donde dormíamos los tres mayores. En el piso de arriba, en una pequeña habitación con ventanas, más fresca. En tal sentido, pudiéramos decir que los pilotes

eran prácticos porque hacían más ventilada la casa, soplaba más la brisa porque ya la parte principal estaba a la altura de un primer piso, y la chiquita, donde era el dormitorio, en el segundo.

Estábamos Angelita, Ramón y yo, que era el más pequeño, los hijos mayores de la segunda unión de mi padre, porque Lidia y Pedro Emilio, hijos del primer matrimonio, no vivían con nosotros.

Recuerdo la cuna en aquel dormitorio. Incluso, de cuando dormía en ella, no sé si sería hasta los dos o tres años.

Cuando yo tendría como cuatro años, me pusieron en una pequeña cama a los pies de la de mi padre, un poquito más ancha y grande. A continuación estaban las de los otros dos hermanos, y luego la de mi madre.

Mi padre dormía en una cama y mi madre en otra. A un lado de la habitación estaba la cama de mi padre que tenía una pequeña mesita y la lámpara de gas allí. Él leía, se acostaba todas las noches a leer.

KATIUSKA BLANCO. —Es ciertamente fresco el altillo. Cuando estuve allí imaginé cómo soplaría el viento en días aquietados o de tormenta. Pienso que, además, era el lugar más sano de la casa, lejos de los mosquitos, a salvo de los bichos del monte y también de los ruidos. Ahora, llegaría el momento en que no habría espacio allí para todos los hijos...

FIDEL CASTRO. —No. Yo creo que fueron los primeros, y por eso

los padres tenían a los muchachos con ellos en la misma habitación. Como era la de arriba, la más fresca, un poco más aislada. Usted se paraba en la habitación y veía el techo de zinc de la casa. No era un segundo piso, se encontraba en un segundo nivel, pero era una sola habitación allá arriba, parecía un palomar.

Como posiblemente era el lugar más fresco, seguro, cuando nació Angelita, no la dejaron abajo, porque había que pasar por unas escaleritas estrechas y atravesar el falso techo. Cuando vino el segundo, también lo llevaron allí, y seguro, cuando llegó el tercero, que era yo, igualmente me llevaron para allá arriba, hicieron lo mismo con los tres. En aquel momento de mi nacimiento estuve con la familia en una sola habitación. Allí no había baño, el baño estaba en el piso de abajo. Por entonces se usaban las escupideras y los orinales.

El cuarto era fresco, tenía ventanas y tela metálica para que no entraran los mosquitos. Allá arriba se usaba el famoso insecticida que llamaban *flit*, con la manguerita.

Siempre hubo mucha corrección en mi casa. Aunque vivíamos en cierta promiscuidad, jamás observé ninguna escena extraña, ninguna escena de relaciones sexuales ni nada de eso. La imagen que tengo de mis padres es esa, aunque el matrimonio vivía con tres hijos.

Estuve largo tiempo en la habitación, posiblemente hasta los cuatro o cinco años. No siempre estuve allí.

Recuerdo, incluso, algún Día de Reyes, el 6 de enero, cuando yo vivía arriba —antes de los cinco años—, que ponían algunas manzanas, uvas, caramelos y algún juguetico sencillo. Ya me empezaban a dar la idea de los Reyes; a mi hermana le ponían unos yaquis, un juego de muchachas: tiran la pelotita y, en segundos, recogen los yaquis y la pelota antes de que esta vuelva al piso. Así que guardo imágenes de allá arriba.

Otra cosa: mi padre acostumbraba comer naranjas por la mañana. Las naranjas se pelaban, se ponían durante la noche al rocío —las sacaban por una ventana, las dejaban sobre el techo, les añadían un polvito blanco, que no sé qué era, como algo saludable, era algo parecido a la glucosa, pero no puedo decir que lo fuera; pudiera ser un poquito de bicarbonato en polvito lo que les pusieran—, y por la mañana, mi padre se las comía. Es algo que recuerdo de las costumbres de la casa.

KATIUSKA BLANCO. —Usted lo describe y me imagino las naranjas muy frías y jugosas por el rocío. En Galicia hay una vieja costumbre en el Día de San Juan. Su abuela Antonia Argiz, allá en Láncara, dejaba a la intemperie una palangana con agua para lavar a sus hijos a las 12:00 de la noche y librarlos del poder maléfico de las brujas. Eran aguas milagreras también contra las penas. En la madrugada, el rocío es agua maravillosa que bendice los campos y la vida. Otras veces, las aguas mágicas las trae un pájaro en el pico y las deposita en la fuente de la aldea, donde luego se bañan los vecinos para espantar hechizos.

Probablemente su padre tenía todo eso en la memoria mientras ponía las naranjas al sereno, allá en Birán.

FIDEL CASTRO. —Recuerdo muchas escenas. Mi padre siempre fue muy cariñoso. Era, por lo general, un hombre de carácter, tenía mal genio, inspiraba respeto. Pero no discutía mucho ni estaba regañando. Era el símbolo de la autoridad.

Un poquito mayor, yo le tenía cierto respeto a mi padre, pero en aquella edad de cuatro o cinco años, nos pasaba la mano por la cabeza, como una forma de acariciar. Detalle muy significativo dado su carácter, siempre con preocupaciones, siempre trabajando, muchas veces protestando, otras peleando. Era una de las cosas que él hacía: pasarnos la mano por la cabeza.

Mi madre se ocupaba más de la disciplina: «Hay que acostarse», imponía. Se encargaba de poner el orden en todo y de atendernos, taparnos con la frazada, todas esas cosas, especialmente cuando nos enfermábamos. Mi madre decidía cuándo había que tomar alguna medicina si estábamos mal del estómago —muy corriente en el campo—, cuándo teníamos que tomar el tradicional purgante. Se acudía mucho al método de limpiar a los muchachos cuando tenían alguna indigestión.

También mi madre aplicaba correctivos, nos sonaba las nalgas de vez en cuando, la verdad, no con la frecuencia que habría sido necesario. No hay que olvidarse: en aquel período ya nosotros estábamos libres.

La madre era, por entonces, y después, el médico de la familia: los distintos cocimientos, si había que tomar un té, o una hierba medicinal —se practicaba bastante el tratamiento con hierbas medicinales—. Era la médica de nosotros. Ella decidía cuándo teníamos que tomar un purgante de agua de Carabaña, más suave, pero muy efectivo —había uno que tenías que taparte la nariz—, te tapaban la nariz y decían: ¡Tun, tun, tun, tun! Hasta que se tomaba uno el vaso de agua de Carabaña ¡Era peor el de aceite de ricino! Después supimos que uno de los métodos que utilizaba la policía de Batista, en su primera etapa, era darles purgante de aceite de ricino a los opositores. Y en mi casa, a mí, que no hacía política, cuando tenía problemas del estómago, decidían darme aceite de ricino. Era espeso y muy desagradable. Lo mezclaban con malta de cebada, malta dulce —se hace con la cebada, pero no tiene alcohol, sino agua gaseosa, como la cerveza—. Mezclaban la maltina con el aceite de ricino y se tomaba: ¡Tun, tun, tun! ¡Aquello era el hospital!

Claro, había otro procedimiento curativo en mi casa, muy campesino —no sé si tendrá alguna base científica, pero sospecho que no, porque hoy no se utiliza—. Cuando había una indigestión, dolor de estómago, venían algunas personas que se suponía que sabían algo de medicina, le registraban a uno el estómago, diagnosticaban un empacho, es decir, una indigestión, y luego, con aceite de comer, le daban masajes a uno...

KATIUSKA BLANCO. —Ahora está contraindicado, y tantas otras

medicinas y viejos procederes. Mi madre utilizaba mucho el cocimiento de anís estrellado y las gotas de Aballí... Pero hoy, ya no se puede...

FIDEL CASTRO. —A nosotros nos daban unos masajes, al final nos ponían boca abajo, a la altura de la columna vertebral nos tomaban la piel, la halaban hacia arriba, y cuando traqueaba lo dejaban a uno tranquilo, decían que ya le habían sobado el empacho y estaba bien. En realidad, los problemas principales en el campo eran siempre los problemas intestinales. Al fin y al cabo, uno saca la conclusión de que, con tales procedimientos, está vivo de milagro. Pero probé cocimientos, tomé purgantes y me hicieron todos los remedios caseros y campesinos de la época.

También recuerdo otra cosa: nos daban vitaminas, aceite de hígado de bacalao. Era muy bueno, aunque tenía su tufito a bacalao... Lo tomábamos, pero en cucharadas.

Nos daban emulsión de Scott, también a base de aceite de hígado de bacalao. Era un medicamento de color blanco, que tenía casi el espesor de la leche condensada. No sé de qué lo harían, pero tenía, además de aceite de hígado de bacalao, un poquitico de azúcar. Se compraba en la farmacia y en la etiqueta —era una marca americana— tenía a un hombre con un bacalao a la espalda. Aquel era —digamos— el emblema, el símbolo.

KATIUSKA BLANCO. —Aún existe ese medicamento y con el mis-

mo emblema, solo que ahora lo fabrican saborizado; lo hay de fresa, naranja y uva. El frasco ya no es de cristal, sino plástico, pero sigue siendo de color ámbar y con la figura del hombre y su pez a cuestas.

FIDEL CASTRO. —Yo tomé bastante aceite de hígado de bacalao, vitamina A y otras vitaminas, que eran de los medicamentos que daban en mi casa, de acuerdo con la medicina familiar; y mi madre nos curaba a nosotros, y a mi padre además.

Mi padre, a veces, si tenía problemas de los riñones, tomaba guizazo de Baracoa, una pequeña planta que decían ser buena para estos males. Una serie de plantas eran útiles en estos casos; podían ser enfermedades del estómago, del hígado, de la vesícula biliar, o podían ser de los riñones, plantas medicinales para los más disímiles problemas.

Ella lo sabía por tradición campesina y familiar. A mi casa realmente no iba nunca un médico, no recuerdo ninguno. Si alguien se hería, iba al central Marcané, a cuatro kilómetros, y un médico allí resolvía tal problema. Pero en mi casa no recuerdo que nos atendiera un médico, nunca.

KATIUSKA BLANCO. —Existía una tradición desde los tiempos de la guerra. Los mambises en la manigua conocían las plantas medicinales y los remedios para curar las heridas y enfermedades. Lina seguro aprendió con su mamá doña Dominga, cubana de una estirpe muy antigua. Aún así, por la falta de atención médica morían muchas personas, entre ellas su tía Antonia.

FIDEL CASTRO. —En casa, por ejemplo, pasamos todas las epidemias: varicela, sarampión. Para el sarampión nos hacían tomar un cocimiento de la pelusa de maíz, cuando teníamos varicela, nos daban algunos baños. Nunca fuimos vacunados contra el tétanos, y estábamos rodeados de animales, de alambres y de hierro. Pienso que debo de haber recibido alguna inmunización natural, quizás, de pequeñas heridas, porque con las cosas que me pasaron era para haber sufrido unas diez veces el tétanos: heridas con alambres, con clavos, con todo; ¡nunca me vacunaron contra el tétanos! Solo lo estábamos contra la viruela, es la única vacuna que recuerdo. No había contra la poliomielitis, contra ninguna de las enfermedades para las cuales hoy existen vacunas. La única de la que tengo memoria me la pusieron en la pierna derecha, por ahí tengo la marca todavía, fue la de la viruela. Después, adulto, cuando viajé al exterior, más de una vez me vacunaron, pero ya no me producía reacción, estaba inmunizado desde muy chiquito.

De todo me acuerdo, y por eso digo que mi madre era una mujer muy activa y de mucho carácter. Una persona muy bondadosa, cariñosa, dulce, mas era la que nos imponía autoridad. Nosotros teníamos mayor confianza con ella, a pesar de que mi padre no nos regañaba ni ponía la disciplina, tenía la aureola de respeto, y con la madre había mucha más confianza. La tratábamos con más naturalidad. Ella nos regañaba, peleaba con nosotros y nos castigaba también. El tipo de cas-

tigo en mi casa consistía —cuando teníamos un poco más de edad, seis, siete, ocho años— en que ella tenía una correa, un cinto y nos amenazaba. Un cinto de piel colgado allí en uno de los pasillos, en un lugar donde se ponían sombreros y de todo. Había una fusta también, de esas con las que se les daba a los caballos; nunca nos dieron con ella pero nos amenazaban. Un poco más grandecitos nos podían dar un cintazo, si nos alcanzaban.

KATIUSKA BLANCO. —Angelita me contó algunas anécdotas. Dice que usted era muy inteligente, porque cuando iban a la desbandada, de pronto se detenía y se inclinaba para que Lina pudiera pegarle; en aquel momento ella decía para sí: «¡Qué bueno es él! ¡Qué cívico! No, mi hijito, si tú no tienes culpa, la culpa es de los mayores...». Entonces no le pegaba con el cinto y se iba a buscarlos a ella y a Ramón que seguían corriendo para que no consiguiera alcanzarlos.

FIDEL CASTRO. —Nosotros éramos corredores de velocidad, ¡brincábamos y nos íbamos, nos escapábamos! Por alguna travesura podían darnos un cintazo solo por sorpresa porque ya sabíamos cuando habíamos hecho algo incorrecto e íbamos a recibir algún castigo y no podían sorprendernos fácilmente. En verdad se trataba de un castigo no muy riguroso, no era un castigo físico, era un poco moral, un poco la amenaza —muy corriente entre los campesinos—, si podían capturarnos, si dejábamos tiempo, lo cual casi nunca ocurría porque nos escapábamos.

Más adelante, con un poco más de malicia, Ramón y yo, no Angelita —ella no tenía tantos problemas, no recuerdo que la hubieran castigado, pero a Ramón y a mí sí, con frecuencia nos advertían que iban a tomar medidas represivas contra nosotros—, lo que hicimos en un momento determinado fue agarrar todos los cintos y todo lo que pudiera servir para darnos, y los desaparecimos.

Más o menos yo tenía seis años. Nosotros, desde muy temprano, como medida preventiva, adoptamos una determinación: no podía haber un cinto allí colgado, nada que pudiera servir para castigarnos. Cualquier objeto similar lo tirábamos por el inodoro, en el río, en un pozo y lo desaparecíamos. Era la medida con la que nos defendíamos, pero ya eso fue un poco más adelante.

KATIUSKA BLANCO. —El 23 de septiembre del año 2003 —el día en que su mamá habría cumplido 100 años—, usted confesó que mientras más sentía algo, más lo guardaba. Dijo que era difícil abrir su corazón, un corazón siempre cerrado a las cosas más íntimas. Explicó que su padre también era un hombre muy sentimental, pero callado. Y de su madre dijo que siempre hizo el mayor esfuerzo para que usted pudiera estudiar. Se refirió al sufrimiento de ambos, ocasionado en parte por usted y sus hermanos como consecuencia de sus luchas y de los años que estuvieron en peligro. Habló de sus padres con especial agradecimiento por la rectitud y la ética con que los educaron

y afirmó: «Uno les debe todo a los padres. Ellos nos dan su sangre, ellos comparten entre dos su naturaleza y nos la entregan a todos, y lo hacen de tal forma que ninguno es igual, pero lo mejor que tenemos, aun desde el punto de vista físico, lo hemos recibido de ellos, que nos dieron la vida». Después, en las respuestas al periodista Ignacio Ramonet, al recordarlos, flotaban en el aire de la conversación la ternura, el respeto y la admiración. El testimonio sobre su madre es realmente conmovedor…

FIDEL CASTRO. —Ella era muy alegre y jugaba mucho, bromeaba. Pasaba su tiempo atendiéndonos, cuidándonos cuando estábamos enfermos, preocupándose por cualquier cosa que nos pasara; no era muy formal, no era persona de estar besando a los hijos, acariciándolos constantemente, sino atendiéndolos, preocupándose por ellos, por todos los detalles, desde la ropa, la comida, si estábamos enfermos, la preocupación por nosotros. Aparte de esto, teníamos un grado de libertad grande, porque mi padre y mi madre tenían mucho trabajo.

Mi madre dirigía la casa, pero no cocinaba, allá trabajaba una cocinera; no lavaba porque tenía lavanderas. Ella limpiaba la casa. Recuerdo que la prima que quedó huérfana también trabajaba un poco, ayudaba. Vivía con nosotros igual, pero su estatus era, en parte, como un familiar y, en parte, el de alguien que hacía algunas actividades domésticas en la casa, aunque yo recuerdo que cuando chiquita iba a la escuela. Después vinie-

ron más hermanos, y allí no hubo nunca alguien que atendiera a los niños, de eso se ocupaba la madre, el tiempo que podía dedicarnos. De modo que desde muy temprano teníamos un nivel de libertad muy grande, medio salvajes. Viendo los animales, los caballos, aprendiendo a montar a caballo muy tempranito.

Mi caballo se llamaba Careto; cada cual tenía uno. Creo que me lo darían —tengo que recordar— a los seis o siete años, y lo tuve mucho tiempo, como diez años quizás. Yo quería bastante a aquel caballo.

Angelita tenía uno. Ramón tenía otro de color cenizo. Mi caballo era más chiquito, muy inteligente, arisco, le gustaba escaparse, era de color dorado con la cara blanca. Parecía un Hereford, y le llamaban Careto, que quiere decir el de la cara blanca. Era inquieto, muy vigoroso, muy veloz. Antes de tenerlo ya yo montaba algunos caballos, entre ellos el de Angelita. El de Ramón no, porque era más grande. Más adelante hacíamos competencias.

KATIUSKA BLANCO. —Un antiguo proverbio indio sugiere: «Cuenta tu aldea y contarás el mundo», es algo así como descubrirnos iguales en cualquier punto remoto del planeta. En su caso, siempre he pensado: «Cuenta de Birán y develarás el alma, la inspiración de Fidel». Siento que su sensibilidad y pasión por los demás nació en aquella pequeña localidad.

¿Será porque allí están las claves de su vida que le confesó a Gabriel García Márquez con voz susurrante: «La escuela fue mi círculo infantil y Birán mi Aracataca»? ¿Cómo recuerda el lugar, los amigos, el monte, los árboles, los trabajadores del batey, los vecinos…?

FIDEL CASTRO. —Allí estábamos mezclados con la gente, con los trabajadores, en el ambiente natural con los animales, con todo. Era mucho el contacto que teníamos con la naturaleza, realmente, desde pequeños; y estábamos libres casi todo el tiempo, porque no había ningún niñero en la casa ni nada de eso. Alguien cocinaba y mis padres se encargaban de todas las cosas. Esto trajo como resultado que —yo no sé lo que pasó con Angelita o lo que pasó con Ramón, solo puedo dar testimonio de lo que pasó conmigo— no hubiera una persona que se ocupara de los muchachos. Éramos libres, con la única obligación de ir a comer en tiempo.

Mientras mi padre atendía la administración, mi madre también lo ayudaba, porque tenían tienda de víveres, tienda de ropa, ferretería, almacén, panadería, lechería, carnicería, ¡hasta botica! Había de todo allí. Mi madre se ocupaba de administrar dichos negocios, y mi padre, en general, de todas las cosas. Ella invertía mucho tiempo, porque hasta la valla para las lidias de gallos, que alguien tenía arrendada, pertenecía a la familia.

La finca tenía como 800 hectáreas de tierra propia y alre-

dedor de 10 720 hectáreas arrendadas. En mi casa eran dueños de más de 11 000 hectáreas, de una forma o de otra. Las tierras arrendadas pertenecían a Carlos Hevia y Demetrio Castillo Duany, veteranos de la Guerra de Independencia, enriquecidos después con la intervención norteamericana. Las adquirieron casi regaladas, pagaron la hectárea muy barata, a menos de un dólar. Ellos vivían en La Habana y no explotaban dichos terrenos, por eso mi padre firmó un contrato para sembrar caña allí.

Claro, como mi padre era de origen muy humilde, campesino en Galicia, mi madre también, de Pinar del Río, de origen muy humilde; no tenían una cultura de terratenientes. Ellos habían logrado reunir cierta riqueza, tierras, todo eso, pero no tenían una cultura de terratenientes, de burgueses. Mi madre y mi padre eran autodidactas, aprendieron solos a leer y a escribir con muchas dificultades. Una de las cosas que yo recuerdo de mi madre es cuando leía con lentitud y escribía con dificultad. Ella leía, estudiaba casi todos los días; mientras mi padre trataba de leer el periódico u otras cosas, mi madre estaba estudiando, y me acuerdo que prácticamente deletreaba.

Había una escuela. Las dos únicas edificaciones que no eran propiedad de la familia eran el correo y dicha institución. Como tampoco había círculo infantil, desde que aprendí a caminar me mandaron para el aula. ¿Para dónde me mandaban durante el día? Sencillamente para la escuela, y yo iba con Angelita y Ramón.

La escuela pública también era de madera, sobre pilotes, pero bajitos, porque el terreno era inclinado. Me sentaban en la primera fila. Tenía que estar oyendo todas las clases, era una escuela multigrado, de 20 o 25 alumnos, cada uno en distinto grado. Recuerdo la fecha en la pizarra: tal día de noviembre del año tal. Creo que me acuerdo de aquello desde 1930, posiblemente menos. Desde muy temprano aprendí los números, las letras, a leer, casi sin darme cuenta, porque veía lo que estaba haciendo todo el mundo. Por supuesto, también me enseñaban el himno, me enseñaban algunos versos de Martí que uno recitaba de memoria, algunas poesías muy sencillas.

Me pareciera como si siempre hubiera sabido leer y escribir, porque no me acuerdo de cuando no sabía hacerlo. En dos palabras: no tengo idea de cuándo aprendí, porque desde que estaba en la escuela recuerdo que leía y escribía, leía la pizarra. No sé qué método pedagógico emplearon conmigo, pero sí sé que, como no había otro lugar donde mandarme, me enviaron a la escuela con los dos hermanos mayores. Íbamos por la mañana y por la tarde.

En mi memoria están la panadería, la tienda, el correo, casi todo lo que había: los árboles frente a la tienda, frente a la panadería, la escuela, la gente que vivía frente a la escuela, el lugar donde peleaban los gallos, otras casas. Parece que en una época se ofrecían viviendas mejores, nunca llegó a dársele un destino a aquella casa. Está todavía allí y viven algunas

personas. Detrás de la tienda hicieron otra casa de dos plantas con piso de cemento, que debe de haber sido anterior a que yo naciera; una panadería y una fonda, donde comían los trabajadores, y otras viviendas.

Yo correteaba por allí, caminaba. Me acuerdo del lugar exactamente como si lo estuviera viendo, de memoria.

No muy lejos estaba la valla de gallos. Yo también iba a ver las peleas. Era un espectáculo. En Birán no había cine, no había nada, estaban las casas y las casuchas de guano de los trabajadores haitianos, los barracones donde ellos vivían. Gente muy abnegada, muy sufrida, muy laboriosa, vivían con muy poca cosa, muchos de ellos aislados, solteros. Casi no había mujeres, una mujer era compartida por muchos, había una especie de poliandria; una mujer que mantenía relaciones —no era una prostituta— con muchos haitianos. Eran guetos allí. Se trataba de inmigrantes procedentes de Haití. Posiblemente había mucha pobreza en su país y los trajeron en los primeros años de la República, cuando las empresas norteamericanas comenzaron la gran expansión de la agricultura cañera en Cuba y no alcanzaba la fuerza de trabajo.

Ya no existía la esclavitud, sino obreros supuestamente libres. En realidad, aquellos trabajadores haitianos eran mucho más económicos que los esclavos para las empresas norteamericanas y para los terratenientes. El dueño tenía que vestir al esclavo, alimentarlo, cuidarle la salud, porque, como era una

propiedad, no quería perderlo. Pero los obreros inmigrantes malvivían abandonados a su suerte. Cuando trabajaban recibían un salario muy bajo. Como regla, nadie se ocupaba de sus zapatos ni de su ropa ni de su alimentación ni de sus medicamentos. Si morían, el dueño de la tierra no perdía nada.

Yo conocí, y puedo razonar mucho sobre todo aquello, un sistema de explotación más ventajoso, pero a tan corta edad no podía darme cuenta de nada, ni siquiera cuando tenía seis o siete años. Aquello me parecía tan natural como la lluvia, el Sol, la Luna, los árboles, los animales. Me parecía parte de un orden natural de cosas: el telegrafista era telegrafista; la maestra era maestra, daba clases; el vaquero atendía los animales y andaba a caballo; el carnicero sacrificaba; el cocinero cocinaba; el tenedor de libros llevaba las cuentas; mis padres mandaban en la casa, administraban todo, y eran los dueños.

Relativamente desde temprana edad percibí una cierta situación diferente: no tenía necesidades materiales, no tenía hambre, todo abundaba; no se carecía de nada.

En mi casa no había luz eléctrica ni transporte motorizado, todo era a caballo, cuando ya muchas familias, con menos recursos que la nuestra, tenían electricidad, refrigeración y vehículo de transporte.

En una época muy tempranita hubo uno de aquellos vehículos de los años 20, de los que se les daba cranque, como los que aparecen en las películas de entonces. Mi madre mane-

jaba, ella contaba que no tenía velocidad, era de pedales nada más. Luego hubo un largo período, cuando yo tenía seis, siete años, que en mi casa no hubo automóviles, hasta mucho después. Creo que en mi casa volvió a existir un automóvil cuando yo tenía 10 u 11 años, que compraron un pisicorre. En aquel entonces no existían los yips, no había carreteras, los caminos eran de fango, totalmente. En época de lluvia no se podía transitar. Las mercancías se traían en carretas de bueyes, que iban a buscarlas hasta la estación del ferrocarril nacional, a cuatro kilómetros, o al ferrocarril cañero, a un kilómetro de mi casa, y venían en un pequeño vehículo de ferrocarril autopropulsado. Una de las vías utilizada por mi familia era un motor de línea.

No era una vida de comodidad, con electricidad y todas esas ventajas modernas; tampoco había radio en mi casa. Tuvimos radio por primera vez cuando yo tendría nueve o diez años. Los periódicos sí llegaban.

Para mí, lo que veía allí era un orden natural. Claro, la gente nos trataba con cierta distinción, con respeto, porque era la familia del propietario. Los trabajadores eran siempre amables con nosotros, posiblemente nos toleraban cosas.

En realidad, desde que pude percatarme de lo que acontecía a mi alrededor, ya estaba en la escuela. Habría que ver cuándo aprendí a leer y escribir algo. No sería extraño que fuera a los cuatro años; porque también, el muchacho que está

suelto, con la naturaleza, con un trato con la gente, se adapta más rápido a las realidades, ve cosas nuevas, observa y aprende mucho.

KATIUSKA BLANCO. —Su padre primero fue contratista de la United Fruit Company y luego, en 1924, como colono, firmó un convenio con el central Miranda, propiedad de una compañía norteamericana. Sus tierras estaban rodeadas por todas partes de empresas estadounidenses. ¿Don Ángel tenía buenas relaciones con los norteamericanos? ¿Usted los recuerda? ¿Algunos visitaban su casa?

FIDEL CASTRO. —El central Miranda era propiedad de la Miranda Sugar Company, una empresa que poseía varios centrales azucareros. Aquella empresa era, tal vez, dueña de más de 150 000 hectáreas; pueden haber sido 200 000 hectáreas. Era una cadena de centrales que llegaba casi hasta la costa sur de Cuba. Creo que mi padre enviaba al central azucarero alrededor de 35 000 toneladas de caña. Pueden haber sido entre 30 000 y 40 000 toneladas, cortadas durante la zafra; se molían en el central azucarero, aproximadamente a 27 kilómetros de mi casa.

En la finca se producían también pequeñas cantidades de vegetales, viandas y cítricos para el autoabastecimiento.

El cultivo comercial principal de mi padre era la caña, y la producción dependía más o menos de cómo se comportaba la demanda de azúcar en el mundo. Hubo períodos de precios muy elevados, antes de que yo naciera. Después de la Primera Guerra Mundial sé que hubo un período de precios muy altos, lo oí decir. Le llamaban la Danza de los Millones. Todo el mundo hablaba,

en la Primera Guerra Mundial, de aquellos precios tan altos, y todo el mundo recibía ingresos importantes. En el período en que empiezo a tener uso de razón, estaban más deprimidos los precios, la demanda estaba deprimida. Se iniciaba en Cuba una etapa de crisis y de hambre muy grande.

De todas maneras, con tal producción cañera, serían unas 600 hectáreas sembradas solo de caña; lo que dependía de la cuota fijada por el central azucarero a los distintos plantadores, asunto siempre de mucha discusión y considerado muy importante.

El central azucarero norteamericano, la United Fruit norteamericana y su administrador, creo que se llamaba *mister* Morey, eran muy mencionados en casa; oía hablar de algunos *misters*: el *mister* del central Preston, de la United Fruit Company; *mister* tal y *mister* tal, muy importantes; y también de algunos norteamericanos que vivían en el central Miranda; el administrador, un personaje muy importante, el más importante de aquel central azucarero, y el otro que administraba el central de Marcané. Eran importantes personajes, administraban la propiedad más relevante de la región, que era el central azucarero, y eran norteamericanos. Claro, ellos habían construido aquellas industrias, habían invertido, habían establecido centrales grandes, eficientes, con métodos de administración muy rigurosos y en condiciones de mucha pobreza de los braceros, verdaderamente.

Ellos instalaban los centrales, las líneas de ferrocarril…, y establecían sus funcionarios, sus empleados. Los empleados más altos eran norteamericanos, los otros eran cubanos; por ejemplo, el que administraba un área cañera, en general, era cubano; aunque a veces las áreas principales de caña también las administraban extranjeros, es decir, el central y los cañaverales más importantes.

Los empleados de ellos, selectos, vivían con la familia en el central, en casas de madera, por lo general, en barrios especiales, exclusivos, unas casas típicas bonitas, con áreas verdes, telas metálicas, electricidad, refrigeración, buenos muebles, buena alimentación y buenas tiendas donde compraban productos importados de Estados Unidos, entre otros. Ellos disponían de tales comodidades.

Allí vivían los principales funcionarios norteamericanos y los más altos empleados cubanos, a lo mejor el que dirigía el ferrocarril, el transporte. El médico del central azucarero solía vivir allí también. Formaban una pequeña sociedad local, y disfrutaban de todos los servicios a su disposición. No tenían problemas y vivían bien, ordenadamente, con mucho respeto de los empleados y subordinados dependientes de ellos, porque el administrador americano decidía quien trabajaba y quien no.

Al empleado de confianza ellos trataban de rodearlo de cierto bienestar, seguridad y consideraciones porque era el

núcleo en el cual se basaba la administración y la dirección del central. Por debajo de ellos estaban, en distintas escalas de salarios, los obreros de los centrales azucareros, quienes laboraban tres meses y medio, cuatro meses al año. Los obreros agrícolas eran los peores, trabajaban también tres o cuatro meses al año, en algunas tareas aisladas, intermitentes, en los cultivos.

Ellos cultivaban al mínimo, porque eran realmente eficientes, con una economía despiadada en relación con toda aquella masa de trabajadores industriales y agrícolas, de inmigrantes haitianos, quienes en realidad vivían muy mal, pasaban hambre y sufrían mucho. Se alimentaban con boniato, algún maíz tostado, granos y tubérculos; carne no consumían prácticamente nunca, ni leche. A veces comían bacalao salado, trasladado en barriles desde Noruega, no siempre. Vivían en condiciones terribles.

Yo oía hablar de *mister* tal, de *mister* más cual, del administrador, un personaje en el central, no de los dueños. Eran compañías anónimas. Los propietarios vivían en Nueva York, Estados Unidos, eran accionistas que recibían los dividendos. Los administradores eran poderosos. No oí a nadie decir que eran crueles, despóticos; no, eso no lo oí decir. Desde luego, no podía hacerme idea de quiénes eran, ni por qué aquello pertenecía al orden natural de las cosas. Eran personajes con los cuales uno entraba en contacto cuando venía al mundo.

En tal ambiente de campo y trabajadores existía mucha ignorancia, resignación y sentido de inferioridad. Todos miraban a dichos personajes como gente por encima de ellos, muy por encima, privilegiados; y vivían en medio de una gran resignación; sin que supieran por qué sufrían necesidades; no podían explicarse las causas. Parecía también un orden natural: todos los trabajadores que vivían en un bohío, a la orilla de un camino, llenos de hijos; hijos, una parte de los cuales moría todos los años por epidemia de gastroenteritis, por enfermedades de todas clases; a veces asolaban epidemias de tifus y otras enfermedades. Ellos vivían resignados, sufriendo la miseria, el hambre, muchas veces desorganizados. No había ninguna organización obrera, sindical. Los obreros agrícolas, por lo general, estaban desorganizados también, sin sindicatos. La atmósfera predominante era contraria a que la gente se organizara. La autoridad allí era la Guardia Rural. Una pareja de guardias rurales salía de un pequeño cuartel, en un central azucarero —porque en cada central azucarero había un grupo de soldados, podían ser 10, 12 o 15 soldados, y tenían un sargento, a veces un teniente y un cabo al frente—. Era la Guardia Rural que organizó Estados Unidos al principio de la República. Le pusieron armamento norteamericano, reglamento norteamericano, uniforme norteamericano, sombrero de estilo norteamericano, de castor, creo que le llamaban.

Cada uno de aquellos cuarteles estaba incondicionalmente bajo la subordinación del central azucarero. A estos puestos les llamaban: cuarteles de la Guardia Rural, no eran muy numerosos, se encontraban ubicados en los centrales azucareros y pertenecían a una capitanía del municipio de Mayarí —nosotros vivíamos en Birán—; allí un capitán era el responsable de toda el área, de los distintos centrales, y era un cuartel más grande.

Las autoridades estaban totalmente al servicio de la administración del central y de los terratenientes. Además de su salario, tenían ciertos privilegios, ciertas regalías que les daban los terratenientes en los centrales azucareros. Recibían regalos, distintas cosas. Tenían un nivel de vida por encima de los trabajadores. Eran incondicionales, perros guardianes, eran guardianes realmente de la propiedad. Ellos se enfrentaban a cualquier huelga, arrestaban, disolvían con los fusiles, con el plan de machete o con los caballos. Era la Guardia Rural montada, con caballos grandes que se adquirían también en Estados Unidos, les llamaban caballos de seis cuartas o siete cuartas. De Texas venían muchos de los caballos de la Guardia Rural, caballos grandes, bien alimentados, comían avena, cereales; también eran símbolo de autoridad.

Entonces, la presencia de los soldados con el rifle, el machete, los caballos grandes, imponía una autoridad total, frente a la cual se sentía impotente todo el mundo, menos los

propietarios. Mientras que el trabajador y la gente humilde veían con mucho respeto y temor aquella autoridad, los terratenientes, los administradores de los centrales azucareros, los altos funcionarios, veían al servidor de ellos encaramado en el caballo, era un clima así.

Por entonces yo no lo sabía. Cuando recuerdo todo, veo cómo funcionaba, como si lo viera todos los días, aquella sociedad, aquel sistema. Pero así era, y era un reloj, porque el sistema funcionaba con una gran estabilidad.

Mi padre se quejaba a veces de algunos funcionarios estatales, inspectores corrompidos que iban a inspeccionar las tiendas, los establecimientos comerciales y productivos, el pago de los impuestos, el cumplimiento de las normas sanitarias, de las distintas leyes; eran inspectores sanitarios, inspectores agrícolas, inspectores de comercio, inspectores de trabajo.

Aquella gente, absolutamente corrompida, vivía de las prebendas. Ellos no inspeccionaban nada, ni los libros ni los impuestos. Por ejemplo, si se expendían bebidas alcohólicas en una tienda, iba el inspector de bebidas —podían ser inspectores del Estado o del municipio, o podían ser inspectores también de las carnicerías—. La situación servía de pretexto para que existieran también inspectores. Una plaga corrompida que recibía un sueldo, pero sus mayores ingresos eran los que obtenían de la agricultura, de las oficinas, al inspeccionar las

tiendas, las carnicerías.

No exigían nada y recibían dinero. Todo podía estar normal, pero usted no resolvía nada, pues de todas maneras tenía que darles dinero a los inspectores; y todo podía estar mal, no pasaba nada, pero de todas maneras tenía que darles dinero a los inspectores. Y eso, precisamente, no estimulaba el cumplimiento de las leyes ni los reglamentos. A mi padre lo oía protestar por aquellos personajes. Del gobierno... algunas quejas: que si las cosas andaban mal, que si andaban bien. Siempre, en general, había quejas, porque cuando había crisis económica bajaba el precio del azúcar.

No oí a mi padre quejarse de los norteamericanos, más bien los trataba con amistad, respeto; puede ser también que admirara su capacidad de organización, su eficiencia administrativa, el funcionamiento del central, y tenía relaciones económicas con ellos. En general, siempre habló de ellos con respeto. Recuerdo que solían ser serios en el cumplimiento de los acuerdos. Ellos hacían sus negocios: «Te doy el 50%» —decían—, y daban el 50%. Eran estrictos en tal aspecto.

Mi padre posiblemente veía al Estado como un mal necesario e inevitable, porque la imagen que tenía de los políticos era muy mala, de todos. Eran funcionarios corrompidos, pedían dinero, exigían dinero, robaban. Muchos hombres de negocios, agricultores, dueños de plantaciones, atribuían los problemas a la mala administración, a la corrupción, al robo,

al proceso en general.

No era una crítica muy acre, muy amargada, era más o menos normal, aunque siempre trataba con mucho respeto a las autoridades, al Estado; era el respeto para el Estado, para los dirigentes, para el gobierno, para los políticos. No había buena opinión pero los consideraba personas que tenían una jerarquía y un papel que desempeñar, y debían ser tratados con las debidas consideraciones. El alcalde era un personaje que debía ser respetado; igual un diputado, un senador, distintas gentes con jerarquías, acreedores también de su respeto.

Del sistema, por supuesto, no; no le oía hablar sobre tal tipo de cuestión.

Aunque mi padre era de origen campesino le gustaba leer los periódicos, libros de historia; mostraba gran interés por la temática histórica, por los personajes históricos, más de una vez lo oí hablar con admiración de alguno de ellos. Cuando había radio escuchaba las noticias. Naturalmente, sus ideas, cuando ya yo tenía uso de razón, se correspondían con las ideas de un hombre más bien conservador, propietario. Él tenía las ideas de un terrateniente con intereses creados, alguien establecido. Así es desde el punto de vista político y social, aunque desde el punto de vista humano fue una persona muy generosa, muy solidaria con la gente.

En mi casa prevalecía una circunstancia: Birán se encontraba rodeado de grandes centrales azucareros, empresas

azucareras norteamericanas dirigidas por administradores, cuyos propietarios permanecían en Estados Unidos, en Nueva York. Toda aquella gente tenía un presupuesto de gastos riguroso: para limpiar la caña, una limpia en tal mes, en tales condiciones. Todo era en efectivo, no había crédito para nadie en las tiendas de dichas empresas. Ellos pagaban en efectivo el salario que correspondía, y cuando no había trabajo, miles de gentes no tenían adonde acudir para pedir un centavo, para que les dieran crédito. Los que podían decidir estaban en Nueva York, ni siquiera el administrador tenía facultad para un crédito.

Mi padre era propietario de aquellas hectáreas o arrendatario de tierras, de cañaverales —la ganadería, la madera también era otra cosa porque había bosques—; y como estaba allí podía tomar decisiones. En la época del tiempo muerto —la de mayor penuria para la gente—, muchas de aquellas personas iban a mi casa a ver a mi padre para pedirle ayuda o algún trabajo, y mi padre les daba empleo.

Las cañas más limpias de Cuba eran las de mi casa, porque mi padre le daba trabajo a la gente para que ganara algún salario. No estaba regido por un criterio económico de que lo correcto es esto, gastar tanto —como hacían los norteamericanos con todos sus latifundios—, y muchos le pedían un crédito en la tienda para pagarlo luego, y él se lo daba. Tenía un contacto directo con la gente, era accesible, porque salía a ca-

ballo a recorrer y lo abordaban en el camino, lo llamaban, le explicaban su problema, le pedían y así…

En Birán se fue asentando mucha gente. Las familias de los trabajadores iban creciendo. A los que venían de aquellos latifundios a buscar algún trabajo, siempre les dio algún lugar donde asentarse. Una característica de él es que ayudaba a la gente, en todo momento les daba amparo. Era imposible que les dijera que no, siempre se compadecía de ellos de una u otra forma, a veces les entregaba una orden para la tienda, un empleo, alguna ayuda.

KATIUSKA BLANCO. —Su hermano Ramón define a su papá como un ermitaño que solo salía de Birán para ir al médico, alguien que se comportaba como un comunista sin saberlo, porque allí en su finca no se acostaba nadie sin comer. También cuenta que en la seca, cuando no había trabajo, los campesinos traían cubos de agua del río para sembrar caña, porque don Ángel siempre quería que los obreros trabajaran. Invariablemente estaba dispuesto a ofrecer empleo aunque no necesitara el trabajo de un hombre. Ramón asegura que había campos de caña con 35 años sin fertilizantes; permanecían limpios porque la virtud del viejo era emplear todo el año a la gente… También cuenta que su padre mataba un buey, una vaca, y su mamá lo despachaba y le preguntaba: «¿Cuánto le sacaste al buey? ¿Cuánto vendiste?». Y él respondía: «Doscientos pesos», pero todo apuntado, ni un solo peso en efectivo.

FIDEL CASTRO. —Él era espléndido, no era un hombre avaro. No se preocupaba mucho por el dinero, de ahorrarlo, de la ganancia; no tenía sentido de avaricia, de egoísmo, era bastante desprendido con el dinero. Mi madre criticaba eso, porque siempre fue muy rigurosa y defendía con cierto instinto materno la administración del dinero. Ella era más difícil, pero mi padre siempre fue más espléndido.

Él no tenía la cultura que habría tenido el hijo o el nieto de un terrateniente, con una vida más sofisticada. Trabajaba allí desde muy temprano, convivía con la gente, era un campesino que había adquirido una posición de mando, de administración, de dirección de una riqueza personal, de propiedades sobre aquellas tierras e instalaciones. Su vida era en común y, por lo menos, él era accesible, mientras que los dueños de los grandes latifundios ubicados alrededor de Birán eran inaccesibles. Ellos eran los que podrían tomar la decisión de si le prestaban un centavo o si le daban un crédito a alguien para comprar en aquellas tiendas. Eran métodos rigurosos de administración, no había nadie a quien pudiera recurrir la gente cuando tenía una situación, porque los empleados decían: «No podemos». El administrador decía: «No». Él no podía tomar la decisión, era quien enfrentaba a la gente, pero no podía tomar la decisión. Los administradores no podían dar ni un dólar para salvar una vida. Mientras que a mi casa, adonde estaba mi padre, llegaba bastante la gente de forma masiva;

cuando enfermaban o cuando tenían un hijo enfermo o alguna necesidad.

KATIUSKA BLANCO. —Aunque conozco que su padre en el testamento legó a cada uno de sus hijos parte de su dinero, también sé que no logró acumular grandes cantidades. Por lo que usted explica concluyo que la gente acudía a él no solo por su riqueza, sino porque era alguien próximo, alguien incapaz de dar la espalda...

FIDEL CASTRO. —Nunca oí hablar de que mi padre hubiera hecho testamento. Tal vez lo hizo. Yo me separé desde que ingresé en la Universidad hasta el año en que murió mi padre, en 1956.

Iba muy poco por allá por Birán. Desde que tenía 18 años ingresé en la Universidad. Hasta esa edad sí, todas las vacaciones iba a mi casa, pero cuando estaba en la Universidad iba unos días a mi casa nada más, de vacaciones.

No sé, debí antes preguntarles a Ramón, a Angelita y a los demás, pero no oí hablar del testamento de mi padre. Además, nunca me preocupé de preguntar eso. ¡Jamás me pregunté si heredé algo de mi padre! Al morir mi padre estoy ya en la Revolución, en México, ya estoy en la lucha revolucionaria. Creo que de mi padre recibí la vida, recibí la posibilidad de estudiar y el privilegio, entre tanta gente de aquel lugar y entre tantos niños pobres, de poder adquirir una educación, una instrucción; y aquellas circunstancias que me hicieron posible adquirir, incluso, una cultura política y revolucionaria. Es

suficiente, no necesitaba más nada de mi padre; le estoy muy agradecido por todo lo que recibí de él.

KATIUSKA BLANCO. —Su padre hizo testamento en el verano de 1956, el día 21 de agosto, ante un notario de La Habana. Tomó tal decisión dos meses antes de morir.

FIDEL CASTRO. —Mi padre tenía propiedades, inversiones, ingresos importantes todos los años, pero no pudiéramos decir que tuviera cantidades grandes de dinero depositadas en bancos. Él invertía allí todo, en general, en la agricultura, en la ganadería, en las instalaciones, en todo él invertía. Si mi padre hubiera seguido los métodos de las empresas norteamericanas, entonces sí habría podido reunir mucho dinero, depósitos grandes y muchas más riquezas; pero él, pudiéramos decir, tenía una economía balanceada.

A partir de un período determinado, cuando las condiciones sociales se hicieron más difíciles, pudiéramos decir que los ingresos y los egresos se equilibraban, porque aquella finca se convirtió en una especie de institución pública, de asistencia social, por lo que he dicho. Es decir, que todo lo que pudiera llamarse ganancia se habría obtenido administrando la plantación de la forma en que lo hacían los norteamericanos, y habría podido dejar una ganancia muy grande todos los años. Yo diría que todo se invertía en la asistencia que se le daba a la masa creciente de trabajadores y de gente que venía a refugiarse, eventualmente, en Birán. Tal es mi apreciación clara

de lo que recuerdo; incluso, casi me daba cuenta de aquello. En cierto momento, ya adolescente, me percataba de todo, porque veía cómo trabajaban mi padre y mi madre.

Cuando iba de vacaciones, me hacían trabajar en la tienda, en la oficina, y ya yo llevaba muchas de las cuentas, conocía los créditos de la gente, lo que le daban a todo el mundo. En corto tiempo, pude darme cuenta —realmente es así— de que las ganancias de las plantaciones quedaban allí en Birán, en una situación social difícil. Es posible que mi padre, en los primeros años, cuando se iniciaron aquellas plantaciones —joven, mi padre llegó a tener cientos de trabajadores bajo su dirección— hubiera acumulado mucho dinero, porque faltaba gente, eran grandes inversiones. Pienso que durante un período aquella riqueza creció, hasta que llegó un momento —cuando la situación social llevó a un equilibrio—, en que no se incrementara tal riqueza.

Mi padre, en cierta ocasión, también fue productor de madera. Mencioné la caña, mencioné el ganado, pero también se explotaban grandes bosques muy cerca, sobre todo, en las tierras que mi padre había arrendado. En una meseta extensa, poblada de enormes pinares vírgenes, tenía una producción importante de madera. Su venta proporcionaba uno de los ingresos importantes de la casa, los demás eran por la caña y el ganado.

La madera era de él, pero recuerdo dos aserraderos particu-

lares, no eran de mi padre. No le interesó disponer de ellos porque el ingreso fundamental estaba en la tala de los bosques, en el suministro a los aserraderos y en la venta de la madera aserrada. Mi padre llegó a tener 17 camiones trabajando en los bosques y transportando madera aserrada.

No todos los bosques de pinos eran de mi padre, pero la mayor parte sí. Una porción pertenecía a otra empresa, que le llamaban Bahamas. Ahora, no estoy seguro... Me acuerdo de algunos de los administradores de la empresa, pudiera ser que fueran también los norteamericanos, como en el caso de los centrales azucareros. Quizás algunos lo eran, porque sí recuerdo que eran quienes distribuían la madera. Tenían también algunos aserríos, la compraban, la comercializaban; estaban asociados en tal actividad, pero no puedo asegurarlo; tampoco era una empresa muy grande. Los mayores ingresos de los bosques los obtenía mi padre, y estoy convencido de que todos aquellos ingresos se quedaban en Birán, no iban a acumular cuentas o a comprar tierras en las ciudades, o a comprar fábricas.

La situación social llegó a ser tan difícil que Birán se convirtió, en cierta forma, en una institución de asistencia social. Creo que tal hecho estaba muy relacionado con el carácter de mi padre, su generosidad y bondad; su espíritu generoso que tengo que separar en él de todo lo que recuerdo: sus ideas, ideas conservadoras, lo que pudiéramos llamar derechistas.

No le gustaban los sindicatos, no se podía mencionar el comunismo en mi casa, era la peor cosa que podía existir. Se escuchaban todas las leyendas sobre el comunismo. Para mi madre y mi padre, la palabra comunismo era una de las cosas más terribles. De los sindicatos no querían saber, les parecían muy malos, una cosa que creaba caos, desorden; aunque allí no había en general sindicato.

Al final de la década de los 30 se comienzan a organizar algunos sindicatos, porque la gente empezó a tomar conciencia. Empezaron a surgir algunos comunistas entre los obreros agrícolas, unos pocos fueron siendo captados por la prédica del comunismo.

Y, claro, con mi padre había un grupo de españoles también, muy humildes, unos 10 o 12 españoles. Allí se dividían en dos grupos, entre los que estaban con la República, durante la Guerra Civil Española, y los que estaban contra la República. Mi padre decía que los que estaban con la República eran comunistas. Cuatro o cinco españoles jugaban dominó con mi padre casi todas las noches o los domingos, y la discusión era eterna.

Los primeros supuestos comunistas que conocí fueron el telegrafista, un cubano; Nono y el cocinero [Manuel] García, ambos españoles; todos ellos eran comunistas para mi padre, porque estaban con la República. Posiblemente ninguno leyó nunca el *Manifiesto Comunista*, pero para mi padre eran co-

munistas. Es decir, se llevaban muy bien, discutían, pero no había animosidad entre ellos. Eran interminables las discusiones. De modo que en mi casa tenían sus ideas preconcebidas sobre el socialismo, el comunismo, eran las peores palabras que podían pronunciarse en Birán. Eran contradicciones, paradojas.

Así que tengo que separar en mi padre, el hombre, la actitud como ser humano, la actitud con los demás, la actitud frente a los problemas de los demás y sus ideas políticas. A pesar de que mi padre antes era un campesino muy pobre, pobrecito, sin un pedacito de tierra en Galicia. Por ahí están las fotografías de la casa donde él nació, es un bohío de piedra, una casucha de piedra, de un material que hay allá, unas piedras típicas con las que construyen los campesinos. La casa tenía una sola habitación.

Lo traen reclutado para luchar en Cuba cuando la Guerra de Independencia, y viene de soldado. Él estuvo por la Trocha de Júcaro a Morón, porque oí alguna vez hablar de ello. A pesar de todo, parece que era un campesino avispado, listo.

Cuando se acaba la guerra, lo repatrían a España, donde había una gran emigración también, en toda la región de Galicia, por exceso de población. Él vino a Cuba, un hermano fue a Argentina, y una hermana quedó en Galicia; ella tenía un pedazo de tierra allá y la trabajó hasta los 80 años, muy pobrecita. A mi tía en España nunca la conocí, pero tenía noticias de ella.

Mi padre había sido un campesino muy pobre pero sus ideas políticas y su posición sobre todos estos problemas estaban determinadas por su condición de nuevo propietario, de terrateniente. Él tenía, digamos, una conciencia de clase, una ideología que respondía a una clase, la de los propietarios, de los terratenientes; pero era un terrateniente que convivía allí con la gente y ejercía una función paternalista, con relaciones muy paternalistas con todo el mundo.

No hay que olvidar su camino por la vida. Él llegó como inmigrante, sin un centavo, sin nada, y creo que empezó... Porque yo, desgraciadamente, no pude conversar con mi padre y pedirle que me contara todo: ¿qué hizo en la guerra?, ¿cómo vivía?, ¿qué recordaba?, ¿cómo llegó a Cuba?, ¿qué hizo cuando llegó a Cuba?, ¿cuándo empezó a trabajar?, ¿cómo hizo todo?; solo algunas cosas que oí, a veces contaba alguna anécdota.

Su carácter... Recuerdo que a veces cuando salía de la casa iba a los Pinares de Mayarí, dormía allá, se reunía donde comían los trabajadores. Era muy expresivo, muy comunicativo.

Físicamente no era alto como yo, no, él era de menor estatura. No era bajito, pero no tenía la altura mía. Mi madre sí era alta, pudiéramos decir, y también familiares de ellos de España son altos, algún sobrino de él. No era un hombre muy alto, aunque sí de complexión fuerte.

Para mí habría sido muy interesante, una maravilla con-

versar con él. Mi hermana Angelita siempre supo más y Ramón; yo sé cosas que a veces, siendo muchacho, oí comentar en la familia.

Cuando él iba con los trabajadores era muy expresivo, muy comunicativo, conversaba. A veces lo escuché hacer algún cuento, narrar una historia de cuando trabajaba, de sus años juveniles. Pero él, seguramente, comenzó como obrero cuando las empresas norteamericanas empezaron a construir los centrales en la provincia de Oriente. Por entonces no había buldóceres, vino la tala de enormes áreas de bosque. Yo, por ejemplo, sé que las maderas preciosas se cortaban como leña para el central; tales cosas hicieron cuando se crearon los centrales azucareros.

Él posiblemente se destacó. Las empresas promovían a la gente que se destacaba, le conferían contratos para cortar madera, para suministrar leña. En tales condiciones, en medio de aquel ambiente y en aquel espíritu norteamericano, mi padre se convirtió en empresario, en jefe que tenía contratos de suministros y de trabajo con la empresa norteamericana y, a su vez, tenía obreros contratados por él, que laboraban con él. De esta manera se hizo empresario, así empezó a adquirir plusvalía y así, seguramente, empezó a reunir una cantidad de dinero de cierta consideración.

Entonces llegó a comprar, primero como tierras propias, 800 hectáreas de excelentes terrenos. Sin duda escogió

uno muy bueno, donde terminan las montañas y empiezan las ondulaciones y los valles, por donde pasaban tres corrientes fluviales, un río y dos arroyos; con un magnífico régimen de lluvia y una capa vegetal rica, donde se daban insuperables cañas.

Debe de haber tenido una cantidad de dinero acumulada de alguna importancia, porque oí decir que, además, a algunos amigos arruinados, él los ayudó, los salvó, y posiblemente no les cobró. Debe de haber manejado, incluso, cantidades importantes en efectivo.

Ya cuando yo nací, en el año 1926, no sé cuánto tiempo hacía que mi padre tenía dicha finca, pero pienso que entre 10 y 15 años; no solo tenía aquellos terrenos, sino tierras arrendadas. Tenía dominio sobre 11 700 hectáreas de distintos tipos: pastos naturales, pastos artificiales, plantaciones de caña, bosques vírgenes muy ricos en madera. Es decir, él había ido haciéndolo todo, pero empezó sin un centavo, nadie le dio ni le prestó un centavo. Al parecer, se contagió con el espíritu empresarial de los norteamericanos presentes en el norte de Oriente. Fueron los norteamericanos los responsables de haber convertido a mi padre en un empresario; deben de haber sido ellos quienes le dieron algún contrato y lo impulsaron por el camino de los negocios y de las empresas.

Pocas veces me he puesto a meditar sobre todo esto, pero me parece paradójico que mi padre, influido por los nortea-

mericanos y formado en el sistema capitalista, esperara de mí alguien que cuidara sus intereses; y en cambio, yo no fuera heredero de tal tradición, de tal circunstancia que con humor podría verse o interpretarse, tal vez, como un intento de los norteamericanos por impedir el avance del socialismo en Cuba. Es paradójico, yo debía haber sido heredero de dicha cultura y de tal espíritu empresarial. Pero, bueno, tengo espíritu de empresario, pero espíritu de empresario socialista; es decir, me gusta la actividad que tiende a desarrollar la agricultura, la industria, las inversiones, pero no con el concepto de un propietario privado. Así que creo que heredé algo del espíritu empresarial de mi padre, pero no con el concepto que le inculcaron los norteamericanos, sino con los conceptos que me inculcaron los fundadores del socialismo.

Él tiene que haber recibido influencia del espíritu de empresa norteamericano, porque él era un campesino de Galicia. Aprendió a leer y a escribir solo, autodidacta. No había podido estudiar; al igual que mi madre, aprendieron solos, no fueron a la escuela. No recuerdo haber oído que mi madre o mi padre hayan ido a alguna escuela. Entonces, los norteamericanos hicieron de él un empresario, cuando vinieron a Cuba, a principios del siglo XX. Esta es la verdad.

KATIUSKA BLANCO. —Usted recuerda que comenzó a montar a caballo bien temprano, pero ¿qué otros entretenimientos tenían los niños de su edad en Birán?

FIDEL CASTRO. —Bueno, casi todos estaban relacionados con el ambiente aquel. Me gustaba montar a caballo. Creo que era un *hobby* natural también de los indios norteamericanos, de los nómadas y de todos, porque vivía allí viéndolo, y a todos los muchachos del barrio les gustaba. Yo montaba con montura y a pelo también, tempranito. Me agarraba de la crin, a veces no le ponía ni siquiera un freno, sino una soga; claro, dependía del caballo, hay algunos más peligrosos. Pasé muchos peligros por las probables caídas.

Me gustaban los ríos. No recuerdo cuándo aprendí a nadar. Tengo la idea de que la primera vez que entré en el agua hice como los perritos y los gatos, y nadé, así que fue por instinto la primera vez. No recuerdo un momento en que no supiera nadar, la primera vez que entré a un río hice lo mismo, repito, que perros y gatos.

Me gustaban también otras cosas típicas: salir a mataperrear, andar con tirapiedras. Mi primer arma fue un tirapiedras. Lo aprendí con los demás muchachos campesinos: unas ligas de las cámaras de automóviles, una horqueta de guayaba —porque era más fuerte—, y un pequeño dispositivo para lanzar; desde muy temprano aprendí.

Y yo estaba salvaje, libre, cuando no me tenían en la escuela, o cuando me tenían fuera de Birán… Porque hay una etapa en que estoy fuera, pero es otra etapa. Aquí se mezcla un período que puede ser a los cinco, seis, siete años; no puedo

decir a los cuatro, no sé si a los cuatro me dejaban ir a un río y montar a caballo; sería, más o menos, a los cinco o seis años. Creo que empecé a comportarme como adulto a los cinco o seis años. Bueno, en mi infancia, hasta los cinco años no puedo contar mucho, pero después estaba libre, sin control; cuando iba en el período de vacaciones, era lo que hacía fundamentalmente. Estaba en permanente contacto con la naturaleza. Si había disfrute, diversión, creo que era aquella. Todavía me gusta, en realidad, o por lo menos lo recuerdo con mucho agrado.

Ramón siempre andaba conmigo, estábamos asociados en todo tipo de aventuras, casi como si fuéramos mellizos. Éramos más o menos contemporáneos, aunque él era un poco mayor que yo. Hacíamos travesuras en la escuela, juntos en lo bueno y en lo malo.

No cometimos grandes delitos, pero me parece que molestábamos, hacíamos cosas en la casa que merecían castigo: robarnos los cintos y botarlos, desaparecerlos; desobedecer las órdenes; correr y no dejarnos apresar cuando nos llamaban para cualquier castigo. Era el tipo de indisciplinas que cometíamos. Me imagino que las otras estaban relacionadas con la comida, o botábamos algo, o destruíamos cosas, o regalábamos, porque teníamos socios, cómplices. Íbamos a las tiendas y repartíamos mercancías: regalábamos tabacos o cualquier cosa a los trabajadores, ropa a la gente; o llegábamos tarde, o

nos íbamos para el barracón de los haitianos a comer mazorcas de maíz asado.

Recuerdo que una vez fuimos a las casas de los haitianos a comer maíz asado y después llegamos a la casa y no quisimos comer. En tal ocasión me amenazaron con enviarme para Guanajay, un lugar en La Habana donde llevaban a los muchachos delincuentes. Era una forma de impresionarnos: «Te vamos a mandar para Guanajay». En mi casa nos amenazaban constantemente.

A ellos no les preocupaba que nos mezcláramos con los haitianos, sí que nos enfermáramos comiendo alimentos que pudieran indigestarnos. Nunca en la casa nos prohibieron tratar con los obreros, relacionarnos con los haitianos, blancos, negros. Tal tipo de manifestación nunca la vi en la casa. No se discriminaba a nadie por el color de la piel, la pobreza, la posición social. Nunca vi una manifestación de tal tipo. Los conflictos eran porque se preocupaban por nuestra salud, por lo que comíamos o por lo que hacíamos, no fuera a ser que enfermáramos.

Hacíamos travesuras un poco peores: nos íbamos, no sabían de nosotros; rompíamos cosas, andábamos en lo que no teníamos que andar, nos metíamos en lo que no teníamos que meternos. Inventábamos cosas, nos poníamos a fabricar hasta juguetes. A veces fabricábamos flechas parecidas a unas que vendían en los Ten-Cents, con unas plumitas, que se lanzaban

y caían de punta; nosotros tuvimos y ya después las fabricábamos y hacíamos daño probando las flechas con las gallinas, los guanajos, y los patos. Algunos de tales hechos, con toda razón, los consideraban en mi casa de una enorme gravedad.

Emborrachábamos a los patos, les dábamos maíz con alcohol; nos divertíamos viendo los patos ebrios. Hacíamos ya algunas travesuras un poquito más serias.

En aquel período, de cuatro o cinco años, cuando estaba en la escuela obligado, porque teníamos que ir por la mañana y por la tarde, ya habíamos adquirido un gran repertorio de malas palabras con los carreteros, los ganaderos. Tenía un vocabulario completo y, por supuesto, estaba prohibido pronunciar tales palabras. Posiblemente había algo de tolerancia con nosotros, lo que le llamamos alguna malacrianza, y de nuestra parte, la rabieta cuando quieres hacer algo y no te dejan hacerlo: protestas, gritas y lloras por algo con lo que no estás de acuerdo.

Recuerdo perfectamente que a veces la maestra nos castigaba. ¿Qué castigo nos ponía?: «Parados allí». Pero algo más: «Póngase de rodillas». No mucho tiempo, no era una tortura, más bien una amenaza y lo hacía. «Está castigado, póngase de rodillas ahí». «Tiene que estirar las manos». Después amenazaban con que nos iban a poner unas pesas en las manos y unos granos de maíz debajo de las rodillas por hablar en clases, o por una mala palabra, o por lo que fuera. Nunca llegaron

a hacerme tantas cosas, pero unas cuantas veces me pusieron de rodillas y me hicieron poner las manos hacia arriba, me amenazaban con más castigos.

Aquello, naturalmente, daba lugar a protestas, y nosotros pronto aprendimos a rebelarnos contra la maestra. La maestra era una señora soltera y vivía en el campo. Tuvimos distintas maestras, en un período hasta dos. Una muy buena, se llamaba Engracia; la queríamos mucho —es de los más antiguos recuerdos—, porque llevaba jugueticos..., y tenía un gran prestigio. Era bondadosa. Después tuvimos como dos maestras, hasta que vino Eufrasita y permaneció más tiempo. No era como la otra, espléndida, sino más rigurosa. Entonces nosotros, cuando surgía un conflicto, nos parábamos y le decíamos un repertorio completo de malas palabras a la maestra, la más fina de todas era «puta» —no sabía lo que significaba, pero sabía que era ofensiva aquella palabra—. Luego salíamos corriendo, saltábamos por una ventana que daba a un corredor en el fondo, brincábamos la baranda y nos íbamos, escapábamos hasta que se calmaba la tormenta y volvíamos a la escuela.

Nosotros le hacíamos maldades a la maestra. En una ocasión —da la casualidad que aquel día mi madre había ido por allí— surge un conflicto mío con la maestra, descargo mi repertorio completo de malas palabras, salto por la ventana rápido, ágil —porque yo era delgado, flaco, y andaba mataperreando, corriendo para arriba y para abajo—, voy al corredor, brin-

co la baranda, me tiro y caigo. Cerca de la escuela estaba el servicio sanitario, salgo en aquella dirección y había una tabla como de dulce de guayaba, o algo así, con un clavo. Caigo, con tan buena suerte que no me enterré el clavo en la cara ni en el ojo, sino en la lengua, e inmediatamente empieza a salir la sangre abundante, porque cualquier herida en la boca da una hemorragia. Tenía embarrada de sangre toda la ropa. Claro, cuando ocurría una tragedia de aquel tipo, cesaba la persecución, venía la amnistía y entonces, por instinto, ante algo tan grave como que usted se caiga, se entierre un clavo y haya derramamiento de sangre, se olvida del problema con la maestra y va para allá. Entonces mi madre hace así, me agarra y me dice: «Eso es castigo de Dios, eso te ha pasado por castigo de Dios». ¿Usted sabe lo que es insultar a la maestra, salir corriendo y enterrarse un clavo en la lengua? Creo que seguramente mi madre creyó de verdad que era un castigo de Dios.

Yo no me proponía blasfemar, no era eso propiamente. Blasfemaban allí algunos trabajadores: [Manuel] García, el cocinero, lo hacía todos los días, a todas horas; era un español que se había quedado inválido por el reuma y era muy genioso. Él realmente maldecía bastante, pero en la casa no, lo prevenían mucho; podía una vez, mas no era el hábito.

Nosotros usábamos el repertorio completo de los trabajadores, de todas las malas palabras habidas y por haber, y las usábamos como armas ofensivas.

Otra diversión importante la vivíamos en la valla de gallos de Birán. A mí me gustaban las peleas de gallo. Ramón era cómplice y socio mío en las peleas. Yo no era un fanático de ellas, pero en Birán no había otra cosa. La valla solo funcionaba en una época del año, la de la zafra, porque en otra la gente no tenía dinero para ir ni para jugar a los gallos. La única época del año en que aquellos trabajadores, aquellos haitianos, tenían un poco de dinero en el bolsillo para jugar, era en la temporada de zafra.

La valla se la arrendaban a alguien allí, no podía ser diferente, y los domingos y los días de fiesta había lidias de gallo. Los campesinos les llamaban peleas de gallo. Distintos amigos tenían gallos; incluso, Ramón tenía algunos, cuando ya éramos un poquito mayores. Yo estaba interno, pero iba en Nochebuena y tenía interés en ver cómo eran las peleas, aunque no tenía mucho dinero en realidad.

Lo que hacía más emocionantes las peleas, más tensa aquella atmósfera, eran las apuestas a los gallos. ¿Qué ocurría? Se reunían 80 o 100 personas, casi todos hombres —muy pocas mujeres iban por allí, aquello era de hombres—; venían de varios kilómetros a la redonda y traían los gallos en una bolsita de tela, por lo general de color azul o blanca, gallos que criaban con mucho sacrificio, porque había que darles buena alimentación —a veces tenían que darle huevo al gallo para que estuviera fuerte, maíz—, entrenarlo, hacerlo correr.

Digamos que un gallo es como un boxeador, al cual se le da una alimentación especial, un entrenamiento especial. A los gallos no los dejaban tener gallinas. Eso está por probar científicamente, porque una vez leí sobre unos estudios con atletas olímpicos, donde habían llegado a la conclusión de que no era imprescindible la abstinencia entre los atletas; pero en dicha época, y posiblemente todavía, los galleros pensaban que si el gallo estaba con su harén, si se enamoraba, si hacía el amor, se debilitaba. En consecuencia, los gallos estaban aislados en sus jaulas, separados de las gallinas, alimentados, entrenados y, además, rabiosos. Puede ser que tal conjunto de factores estimulara su espíritu belicoso, el espíritu guerrero de los gallos, su increíble instinto guerrero; porque esos animales, con una valentía absoluta, total, mueren combatiendo.

Estaba todo aquello, lo que era para campesinos y trabajadores criar el gallo, alimentarlo, entrenarlo, ir a la valla, ponerlo a pelear. Además, las apuestas no eran de 500 ni de 100 dólares, nadie tenía esa cantidad de dinero. Eran apuestas de 5 pesos, si acaso, a veces 10, 15 pesos. Y no era uno solo, había una lista, y uno apostaba 50 centavos a ese gallo, otro un peso, otro dos pesos. Así, 15, 20 o 30 eran los partidarios de un gallo y otros 15, 20 o 30 los del otro. Unos estaban con el gallo canelo, otros con el gallo giro, otros con el gallo pinto, otros con el gallo indio, otros con el gallo bolo —un gallo que no tenía cola—, y había uno al que le llamaban gallina,

porque tenía cierta configuración especial, con menos gallardía que el macho —puede ser que la palabra gallardía provenga de gallo—. Había distintas razas, sobre todo distintos colores, y se distinguían unos de otros cuando peleaban.

Claro, no solo eran las apuestas, había mucho de simpatía por el gallo, por ser conocido, de prestigio, y de amistad con el dueño; influían una serie de ingredientes. Eran tensas aquellas peleas, porque afectaban no solo los sentimientos, sino el bolsillo.

Ahora bien, los que apostaban por listas tenían que hacer un pequeño descuento de las ganancias para el señor que administraba la valla, podía ser un 10% o algo así. Se hacían apuestas oficiales y apuestas por la libre. Los valientes apostaban cinco pesos en medio de la pelea. Si el gallo al que habían apostado estaba perdiendo, le apostaban al que iba ganando: cinco a uno, cinco a dos; o al revés, si el gallo estaba perdiendo y aceptaba alguien, porque creían que aunque estaba perdiendo era muy bueno e iba a ganar, tres a cinco, aceptaban, hacían la apuesta, le iban al que estaba perdiendo.

Las peleas de gallos eran bastante entretenidas. Era una tradición cubana desde la época de la Guerra de Independencia, la mayoría de los campesinos eran aficionados a ellas.

Las mujeres muchas veces no eran aficionadas, con toda razón, porque no querían que los hombres fueran allí a perder dinero. En tal juego siempre se perdía, y voy a explicar por

qué. El que criaba un gallo tenía que dedicarle tiempo, entrenarlo, alimentarlo y después tenía que apostar: si ganaba cinco pesos, tres pesos, aquel dinero lo gastaba fácil, porque vino así, por suerte; lo gastaba comiendo, tomando, privaba a la familia de los cinco pesos o tres pesos. En general, los familiares sufrían con tal juego, pero era muy popular entre los campesinos, y el único espectáculo de Birán. No había otra cosa.

Lógicamente, cuando vi y conocí todo aquello, me entusiasmé. También tenía simpatía por un gallo o era amigo de un dueño de gallo; veía el espectáculo y además apostaba mis pequeñas cantidades, un peso, dos, porque realmente no tenía dinero. A esa edad los muchachos están en los estímulos materiales de los helados, los caramelos, el cine, los juguetes. Nosotros estábamos enajenados por el dinero, es decir, la enajenación de que habla Marx por el dinero ya la padecíamos, y cuando yo iba de vacaciones participaba también en las apuestas como los otros.

Raúl y Ramón pueden haber sido mucho más aficionados a las peleas de gallo que yo, pero recuerdo que también tenía mi gallo. Yo era propietario de uno que me habían regalado, bien entrenado, y creía que el mío era el mejor de todos y el más valiente. No lo entrenaba porque no era especialista en eso, había unos galleros que lo cuidaban. Ramón tenía varios, yo tenía uno.

El hecho era que yo tenía mi gallo también, pero Ramón

quedaba responsabilizado con él, porque la temporada de las peleas duraba como cuatro meses, durante toda la zafra, y como yo estaba interno en la escuela, iba a Birán nada más que dos semanas a fin de año, pasaban tres meses y volvía en Semana Santa, eran tres días de peleas: Viernes Santo, Sábado de Gloria y Domingo de Resurrección. Entonces, Ramón administraba mi gallo, apostaba, y de ganar me tenía que enviar el dinero. Él me mandaba un giro por correo con las apuestas, que eran de dos, tres pesos; el máximo que recibí alguna vez fueron cinco pesos. «Peleó tu gallo». «Ganó tu gallo». Era un acontecimiento tremendo. Estaba contento con mi gallo, no lo había visto pelear, pero ganó y yo recibía cinco pesos. Realmente Ramón nunca me pasó la cuenta el día que el gallo perdió, pero hasta las cuentas él me mandaba.

Como yo solo estaba dos semanas a final de año por Nochebuena, 24, 25 y 31 de diciembre y el día 1.º de enero, aquellos eran los únicos días que iba a las funciones en la valla. A veces oía la bulla desde casa, porque la valla estaba como a 150 metros hacia el Sur, no lejos de la tienda, del correo y de la panadería. Un domingo cualquiera, de repente usted sentía una bulla: «¡Uh, uh!», y mucha gente dando fuertes palmadas contra las tablas, porque era un círculo de madera con aserrín.

La valla era de madera y tenía techo de zinc, con los asientos a distinta altura. Abajo, alrededor de aquel círculo cercado, de unos diez metros de diámetro, están los dueños, los que

dirigen la pelea; porque hay quien dirige, el mánager, quien en un momento determinado azuza al gallo; si hay una herida le chupa la sangre, si está muy cansado le echa agua. Sí, sí, le hacen un tratamiento al gallo como al boxeador, no hay *round*, pero hay momentos en que se detiene el combate, porque los dos están exhaustos, o uno está ciego, moviendo la cabeza, y no ve al otro.

A veces un gallo estaba perdiendo la pelea y de repente hacía un revuelo —así le llamaban cuando saltaba—, aleteaba, golpeaba con sus mortíferas espuelas y liquidaba al otro gallo, o le daba un golpe muy duro. Entonces una bulla, un escándalo que se oía a 500 metros, el público daba golpes contra los asientos, contra la pared, era terrible. Si usted no estaba en la valla, sabía que había pasado algo tremendo por la bulla enorme de aquella gente.

En ocasiones el dueño, cuando veía que el gallo estaba sin posibilidades, lo retiraba, y muchas veces lo dejaba hasta que moría o quedaba ciego; a un gallo ciego, si era muy bueno, lo utilizaban para procrear.

Aquello era un acontecimiento. ¿Cuántas peleas había un domingo? Había 10, 12, 14 peleas. Empezaban a las 8:00 de la mañana y terminaban a las 6:00 de la tarde o casi de noche, desde que amanecía hasta por la noche. Allí se tomaban bebidas, se comían empanadillas, servían de todo: rallado, cerveza fría. Así era la atmósfera de una valla de gallos, un lugar inade-

cuado para muchachos. Nosotros no sé qué hacíamos allí, pero íbamos los domingos, cada vez que podíamos.

No me acuerdo de la primera vez que asistí a una pelea de gallos, pero fue bastante temprano, y también tomaba cerveza y comía empanadillas. En la casa nos dejaban ir. Hacíamos casi lo que nos daba la gana, sobre todo de adolescentes.

En Santiago de Cuba había vallas, pero nunca se me ocurrió ir, así que el espectáculo me interesó circunstancialmente.

Tengo que decir que desde entonces sentía lástima —tuve conciencia—, me daba pena ver a aquellas gentes que jugaban a los gallos y eran viciosos del juego; porque trabajaban muy duro para reunir 10, 15, 20 pesos, y aquel dinero lo perdían o lo gastaban en la valla, afectando a la familia. Lo comprendí desde bastante temprano y tuve conciencia de que era una cosa muy negativa.

Por eso, y porque la Revolución por principio combatía todas las manifestaciones del juego, abolimos todos los juegos de casino, de dados, las formas de juego ilegales —que estaban muy toleradas—, y los juegos legales: la bolita, la lotería. En tal campaña contra los juegos también fueron prohibidos los gallos, pero no guiados propiamente por un espíritu de amor a las aves, es la verdad, sino de amor a la gente que perdía su dinero allí y sufría. Tal vez fuimos un poco extremistas, porque a los campesinos, por tradición, les gustaba como deporte la cría de palomas mensajeras, la cría de gallos de lid, que pue-

de ser un deporte también, un *hobby*, un espectáculo como lo puede ser la lidia de toros. Posiblemente las personas que sienten un gran amor por las aves no estén nunca de acuerdo con tales peleas. La razón por la cual nosotros lo prohibimos fue por las consecuencias negativas del juego en la moral y en la mentalidad de la población, porque nos parecía que mucha gente quería resolver los problemas a través de la suerte, en virtud del azar, y no del estudio, de la aplicación, del trabajo.

Creo que el vicio del juego es muy malo, porque la gente se abandona a él, deja de hacer el esfuerzo que tiene que hacer por estudiar, superarse. Soñar con el azar, con la fantasía, ganar dinero así, ganar un gran premio en la ruleta, ganar una lotería, me parecía de efectos realmente nocivos. Tal vez se hubiera podido tolerar la cría de gallos como un deporte y no como un instrumento de apuestas y de juegos, porque hay también quien cría perros de pelea y otros animales de lid.

Aquí permaneció la cría de gallos, pero como una actividad comercial y de exportación; tenemos muy buenos ejemplares. Incluso, una vez, cuando tuve oportunidad de estudiar un poco de genética animal, de genética ganadera, cuando pude dominar y conocer los principios de esta ciencia, basado en la selección, partiendo de los resultados individuales de cada uno de los animales —bien sea la conversión en carne, el rendimiento en leche, la capacidad de conversión del alimento en leche—, y como esa fue una rama que después me interesó

mucho, un día me puse a meditar sobre si un genetista pudiera producir gallos campeones que obtuvieran de 80% a 90% de posibilidades de victorias.

Recordando aquella época en que se practicaba el juego, me puse, por puro ejercicio mental, a analizar cómo se podían desarrollar gallos que ganaran todas las peleas o que tuvieran posibilidades de ganar. Sencillamente, aplicando las leyes de la genética, y basado en la selección de los animales con grandes capacidades para liquidar al enemigo —sé que tales cualidades se heredan—, se pudieran desarrollar ejemplares que difícilmente perdieran una pelea. Yo lo pensé como una posibilidad comercial, digamos, que si un país quiere y emplea la selección, partiendo de un nivel de masa determinado, puede producir gallos que tengan de 80 a 90 posibilidades de ganar todas las peleas. Así que mis conocimientos del tema me sirvieron un día para darme cuenta de eso.

Claro, también los campesinos aplicaban la genética, pero muy elemental: el gallo que ganaba, que tenía dos, tres, cuatro victorias, es el que utilizaban para reproducir.

Creo que en Cuba fuimos demasiado extremistas. Tal vez debimos haber prohibido las apuestas y autorizar las peleas de gallos, porque es una tradición centenaria. Cuando usted prohíbe algunas de esas cosas, da lugar a que haya gente que las haga de forma clandestina. Como deporte no, el problema

no era ese, porque había algunos realmente muy aficionados a los gallos.

Había afición a las aves. No una afición positiva, porque teníamos afición a cazarlas. Ese instinto de cazador lo tuvimos desde muy temprano, primero con tirapiedras y después con escopetas. Cazábamos todo tipo de aves. Creo que hoy tengo mucha más conciencia de la necesidad de preservarlas, de preservar la naturaleza, y sería incapaz de dispararle a una. De muchacho le disparábamos a cualquiera, pero después fuimos más selectivos, cazábamos las que se podían consumir, ya no era aquel espíritu indiscriminado de cazar aves.

KATIUSKA BLANCO. —En una de las visitas que hice a Birán conversé con Dalia López, condiscípula de usted en la escuelita de Birán y mencionó varios amigos suyos de entonces...

FIDEL CASTRO. —Sí, cómo no, los muchachos de allí: Carlos Falcón, Flores Falcón, Benito Pereira. Había un grupo, incluso, los hermanos, los primos también; siempre andábamos juntos en aventuras.

Ramón me tenía a mí de gallo fino. Él era el mánager, y me echaba a pelear a mí. A veces me ponían a boxear con alguno que era más fuerte que yo, y no siempre salía bien porque, además, el boxeo en que nos obligaban a participar, no era como deporte, era en serio. Colocaban a uno delante de otro y le ponían una pajita; entonces, quita la pajita de ahí; así empezaba y la pelea era en serio, no era como deporte. Me

ponían a boxear. Era una de las cosas que hacía Ramón. Más de una vez salí mal.

Ramón padecía de asma cuando era muy chiquito. Yo sí me acuerdo siempre de eso. No sé si sería una alergia al ambiente o a la humedad, o si sería a algún alimento, pero se ponía bastante mal. Era, por cierto, muy desagradable cuando le venían los ataques. Yo lo veía por la noche, porque dormíamos en el mismo cuarto, ya un poco más grandes, cómo sufría. Le daban efedrina. Cuando le daban la cucharada, lo aguantaban, cómo lloraba y así se pasaba la noche. Era peligroso porque en aquella época no había oxígeno, no había ventilación pulmonar ni los medicamentos que hay hoy. Y como consecuencia, físicamente tenía esas desventajas; era un poco más débil que yo, porque yo no padecía de asma, era saludable y, en general, ligero, ágil. Los dos éramos flacos, y por eso parece que yo era el que estaba llamado a ser el boxeador y Ramón el mánager; pero cosas de muchachos, tonterías. Andábamos juntos, íbamos para el río, a cazar, a todas partes; siempre juntos con todos los muchachos.

Algunas muchachas también formaban parte del grupo y pronto reparé en ellas. Cuando la gente vive en contacto con la naturaleza y en el campo, no sé cuál es la influencia —no quiero hablar mucho de eso— pero, en realidad, casi desde que tenía uso de razón tomé conciencia de la presencia de las muchachas. Desgraciadamente tomé conciencia temprano.

En el campo es así, porque todo lo induce; pero tempranito. Sobre eso —ya lo he dicho otras veces, a otros periodistas— no voy a hablar con la misma franqueza que Juan Jacobo Rousseau cuando contó sus memorias. Eso es propio del campo. Yo creo que todos los muchachos del campo, en general, se caracterizaban por una gran precocidad.

En el grupo había muchachas por las que sentía afecto filial como mis primas y algunas vecinas como Dalia López.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, recuerdo que una mañana de febrero de 2008, poco después de que se publicara el libro *Ángel, la raíz gallega de Fidel* conversamos durante un buen rato de su infancia. A usted le interesaba saber de dónde había sacado el dato de sus 12 libras de peso al nacer. La verdad es que le parecía desmesurada esa afirmación, casi imposible de creer, y un poco impugnaba los recuerdos familiares que daban fe del mito. Revisé los materiales y me encontré las voces de la historia. Ramón y Angelita coincidían en sus testimonios y usted —aún inconforme y descreído— continuaba preguntándose de dónde habría partido el dato y si habría entonces dónde pesar a los recién nacidos. Le escribí que existía en Cuba, desde tiempos inmemoriales, la costumbre de llevar a los niños a las bodegas y pesarlos en medio del bullicio de los comercios y con la solícita sonrisa de los dependientes, quienes se prestaban amablemente a la ceremonia. En los primeros días, la pregunta a flor de labios de todas las visitas era:

«¿Cuál es el nombre? ¿Cuánto pesó?». ¿Todavía le parece una exageración?

FIDEL CASTRO. —En aquella época se consideraba como una señal de salud que el niño tuviera mucho peso, cuando, en realidad, lo más correcto es que el niño tenga seis libras, siete libras. Si el niño nacía con más peso, los campesinos lo miraban con orgullo porque era una prueba de salud. A cualquier persona gorda la celebraban mucho, la elogiaban; si era delgada les parecía que tenía una enfermedad. Hoy se ha demostrado que los niños deben pesar menos de diez libras y las personas deben ser delgadas, si quieren preservar la salud. Han cambiado muchos conceptos. Los únicos que sabrían cuánto yo pesaba serían mi padre y mi madre, y posiblemente se lo contaron a los demás; yo mismo no me acordaba de eso, pero algunos de los familiares a los que tú les has preguntado, te hablaron de las 12 libras.

KATIUSKA BLANCO. —Y hablando de nacimientos felices recuerdo los otros, los que se convierten en tragedia. Su padre, don Ángel, estaba marcado por una experiencia así. Él quedó huérfano cuando tenía 11 años; su mamá, Antonia Argiz, dio a luz a una niña a quien nombraron Leonor, poco después ambas murieron. También recuerdo a la tía Antonia Ruz. ¿Cómo se vivía o interpretaba la muerte en Birán? ¿Existían muchas creencias, presagios o supersticiones? ¿Se vislumbraban infortunios?

FIDEL CASTRO. —Al niño le hablaban de las cosas de los familiares, le hablaban de Dios, pero no porque le dieran una clase de re-

ligión. Uno estaba rodeado de creencias: que si esto es malo, esto es bueno, esto trae desgracias porque pasó una lechuza y oyó decir que es un mal agüero. Se vivía como en la época romana. Lo que cuenta Tito Livio en la *Historia de Roma*, sobre los presagios y supersticiones de todas clases. Así se vivía en el campo.

Ya de adulto, leyendo a Tito Livio, en la historia romana, vi que aquellos romanos vivían con tan gran número de supersticiones como vivía nuestra gente en el campo: siempre viendo presagios, mal agüero, una mezcla de todas las religiones, de todas las creencias, entre las cuales estaba la creencia en Dios, en los santos; y creencias en algunos santos que no están en el ritual católico ni en el ritual cristiano, una mezcla de todo. Claro, a uno le van explicando esas cosas extrañas, raras.

¿La muerte? Bueno, también rezaban, rezaban por la tía que murió, y había tristeza; recogieron sus hijos. La abuela los recogió, ayudada por la familia. Mi abuelo poseía lo suyo, tenía su trabajo y la ayuda de la familia. El padre, José Soto Vilariño, que era empleado español, una especie de mayoral, de capataz en la finca, tenía un cargo y un sueldo, y también ayudaba a los abuelos en la crianza de sus hijos.

Mis primos vivían con los abuelos en una casa como a un kilómetro de la nuestra. Y una prima que tenía la misma edad que yo, fue para la casa con estatus de hija; pero no con todas las consideraciones que merece una hija. Era algo así como

una pariente pobre en la casa. Recuerdo que cuando nacieron mis hermanas menores ella tendría ocho o nueve años, y ya ayudaba en los quehaceres de la casa.

Por ella no hubo la preocupación de que estudiara como con nosotros. Ella recibió apoyo, era familia, pero tenía ciertas obligaciones domésticas en la casa. Cuando ahora pienso en eso me molesta. En aquel entonces me parecía natural, todos nos llevábamos muy bien, aparentemente no existían diferencias; sin embargo, no se le dio el mismo trato que a nosotros en relación con el estudio. No la enviaron a ningún colegio a realizar estudios superiores y le daban tareas domésticas. Debían haberla enviado interna a una escuela como me mandaron a mí y a los otros.

Tiene que ver con las costumbres de la época. Generalmente, cuando se le daba protección a una persona en el seno de una familia, lo común era darle techo, comida, hasta cariño; pero no el mismo tratamiento que a los hijos. Ella cuidaba a los niños más pequeños, tarea que nunca me daban a mí —de lo que me alegro mucho—, y que no le daban tampoco a Angelita, la mayor.

No existían ideas suficientemente justas en aquel ambiente campesino, ellos creían que habían hecho mucho por ella al llevarla a casa, alimentarla, vestirla. Era propio de la época. Yo no puedo, con las ideas de ahora, ponerme a juzgar a mi familia, pero comprendo que no era justo. Y nunca la olvido a ella

aunque vive lejos. Se llama Clara, teníamos la misma edad, y su llegada para mí fue algo muy bueno, a pesar de su tristeza cuando vino a casa.

Cuando evoco nacimientos en medio de sobresaltos, recuerdo el de Raúl, el 3 de junio de 1931. Me acuerdo bien de aquel día, dónde dio a luz mi madre, en qué parte de la casa. Yo estaba en el corredor, era de día ya, escuchaba unos gritos horripilantes, tremendos, en todo el tiempo que demoró el parto, durante varias horas, el correcorre en la casa. Isidra Tamayo, la comadrona, estaba allí. Me acuerdo perfectamente bien de cuando por fin nació Raúl y de la inmensa felicidad de aquel momento.

02 *Silencio, los Pinares, sobresaltos a medianoche, seguro con un fusil, historia en casa, hermanos, en la vida: decidir por sí mismo, visita a Birán al final de la guerra, Santiago, lluvia desde el techo, perder el tiempo, desamparos, contar estallidos*



Katiuska Blanco. —Comandante, sobre los parajes tupidos y los peligros en Birán, recuerdo historias de bandidos contadas por su hermana Angelita, y también por Ubaldo Martínez, empleado de su papá en la finca. Ellos mencionaban bandoleros como Arroyito, Baguá y Azafrán, y hacían relatos sorprendentes de hombres que se untaban aceites para ser inatrapables, o de otros, que esperaban al borde de los senderos en penumbras. Sé que usted disfrutaba ir a los campamentos madereros en la meseta de La Mensura, pero ¿iba solo a los Pinares de Mayarí? Y si oscurecía en el camino, ¿no sentía temores? ¿Nunca tuvo miedos?

Fidel Castro. —Allá en Birán, a los muchachos a veces nos hacían cuentos de cosas extrañas, de fantasmas, y nos impresionaban; en ocasiones narraban historias de bandidos y aparecidos, pero hay que tener en cuenta la imaginación de los muchachos, les dicen algo y se impresionan. Yo me adaptaba relativamente pronto.

El campo no es como la ciudad. En la ciudad hay muchos ruidos, automóviles. Se puede decir que en la ciudad la persona está acompañada por el ruido, tiene menos sensación de soledad. En el campo, uno se despierta a medianoche, en la madrugada y no se siente ningún ruido, el silencio es absoluto;

entonces, se experimenta un sobresalto por sonidos muy peculiares: el viento que sopla fuerte, las ranas al croar, el rumor de las hojas de los árboles, el canto de los grillos, la respiración de los animales, el perro que ladra. En la ciudad usted no oye ladrar un perro, pero en el campo oye un perro que ladró aquí, el otro allá, que se pone a aullar lastimosa, lúgubremente; después, las aves. Se escucha todo, es casi como una selva porque a veces se trata del ganado, un toro, una vaca, un caballo, un mulo, insectos, aves, lechuzas. Es decir, en el campo la atmósfera es diferente, es una atmósfera de soledad. No hay luz eléctrica, desde que oscurece se tiene que esperar a que amanezca otra vez, y todo ese concierto se escucha en medio de un silencio casi abrumador que no existe en las ciudades porque son muy ruidosas.

Estoy hablando de cuando era un poco mayor, digamos, seis, siete, ocho años. A tal edad ya estaba solo, no arriba, durmiendo con los padres y hermanos. Si uno duerme en un cuarto grande, y se queda muy solo, desde luego, se impresiona, más sobre todo si vive en el campo; en la ciudad se siente más acompañado. Y, claro, desde muchacho recibí dichas impresiones de una forma o de otra; pero, en general, no recuerdo que hubiera sufrido mucho por tales razones.

Relativamente temprano, aprendí a manejar un arma, escopeta o fusil; y cuando tenía un arma, siendo muchacho, me sentía más seguro. Tiene un efecto, incluso, curioso. Da la

impresión de que las armas lo ayudan a luchar hasta contra los espíritus y los fantasmas.

Me acuerdo, tal vez tendría 9, 10 años, que andaba solo, salía y caminaba solo de noche. Si tenía un arma me sentía más seguro. Es cierta sensación de que un arma da un poder de luchar contra los vivos y hasta contra los muertos. Yo creía, por ejemplo, a esa edad, que si un fantasma se me aparecía le disparaba con el fusil. Entonces, hay ciertas cosas que se asocian.

Pienso que lo que produce más temor es la sensación de indefensión; pero si uno cree que puede defenderse, aunque sea utópica la defensa, siente seguridad.

Y muchas veces viajé solo, con 10 u 11 años. A veces iba Ramón, pero otras no. Yo iba y regresaba solo a los Pinares de Mayarí. La meseta de los Pinares se encontraba a muchos kilómetros de mi casa. Me gustaba ir a un campamento forestal allí. Estoy hablando, digamos, de cuando contaba 9, 10, 11, hasta 12 años; ya iba solo, entre montañas, por caminos solitarios, a veces se me hacía de noche. A mis padres, poco a poco, fui acostumbrándolos a que tomaba decisiones por mí mismo. Les decía: «Voy a los Pinares de Mayarí», y ellos lo aceptaban. Entonces, en períodos de vacaciones, agarraba el caballo —yo tenía mi caballo—, y me iba lejos. Cada año, desde el primer grado, en verano, venía a la casa por tres meses de vacaciones, junio, julio y agosto. Desde el primer grado, estaba interno en el colegio, y venía desde la ciudad de Santiago de

Cuba para la finca en Birán, y en las vacaciones disfrutaba de la libertad de la casa, del campo. Yo mismo planificaba lo que hacía en los meses de verano.

El caballo me lo cuidaban, nadie lo usaba; lo enviaban para los potreros. Estaba gordo cuando yo regresaba. También a mí me parecía que un caballo gordo era fuerte y saludable, ¡y me gustaba mucho verlo gordo, gordo! Entonces, tenía la preocupación de que nadie lo usara. Para mí era lo más importante, que no me cansaran la bestia, que no adelgazara, porque cuando se acababan las vacaciones había adelgazado de tanto que yo había cabalgado por los montes.

Entonces, ya usaba mi caballo, no tenía que pedirle permiso a nadie para ir a buscarlo al potrero. Siempre alguien me ayudaba, tenía una soga larga para poder capturarlo fácilmente, porque cuando se daba cuenta de que quería usarlo, huía —era muy inteligente, trataba de escapar, para que no lo pudiera capturar—, primero había que enlazarlo, allí mismo lo hacía. Después, para que no estuviera amarrado, tenía que soltarlo en un potrero más bien pequeño. Muchas veces yo iba a buscarlo, a veces alguien iba y me lo llevaba. Al principio me ayudaban a ensillarlo, pero después yo mismo lo manejaba y decía: «Voy a casa de la abuela, o voy a otro lugar».

Y a veces —por la edad que tenía sería en quinto o sexto grados, cuando tenía 10, 11 o 12 años—, decidía cuándo me iba para un campamento maderero, lejos. Allí disfrutaba de una

libertad mayor todavía porque no había nadie que me controlara, por lo menos en la casa había cierto control, pero allá me sentía mucho más libre. Viajaba solo muchos kilómetros; subía a las montañas. A veces iba acompañado por otros, pero en reiteradas ocasiones hice esos viajes solo, y el trayecto era largo. Había dos senderos: uno, un poquito más largo, pero menos inclinado; otro, más corto, pero había que subir una loma peligrosa, el caballo se agotaba mucho y sudaba. Cuando después de hacer un gran esfuerzo por subir llegábamos a la meseta, a 700 metros de altura, había un fresco asombroso en los Pinares, una brisa exquisita; en cuestión de minutos se secaba el sudor del caballo.

Como desde muy temprano me había conseguido un arma, me sentía con una seguridad absoluta frente a cualquier tipo de problema, sentía confianza, sentía seguridad; por eso, en tales circunstancias, no tenía ningún tipo de temor aunque siempre podía haber alguien que tratara de hacer algo, por el hecho de que nosotros éramos hijos de un terrateniente. Ya no eran seis o siete años, estaba entre los 9 y los 12, más o menos.

Bien temprano, también me las arreglé para usar alguna escopeta de caza de mi padre. Prácticamente nadie me enseñó. Desde el principio tuve buena puntería, tenía cierta facilidad natural para el uso de las armas de fuego. A veces, en la casa circulaba el rumor de que las auras tiñosas se estaban comiendo las gallinas, y yo estimulaba el rumor; me ofrecía

de inmediato para cazarlas. Mi padre me dejó usar la escopeta para disparar contra las aves de rapiña que se comían los huevos y las gallinas. De eso me alegro, de que mis padres me tuvieran confianza tempranamente, y no tardé mucho tiempo en usar todas las armas guardadas en un inmenso armario: escopetas automáticas, por ejemplo.

Katiuska Blanco. —Comandante, Raúl en una entrevista concedida en el 2003, narró cómo, en una operación temeraria para los tiempos que corrían, trasladó a La Habana unos Winchester-44 del armero donde su padre guardaba rifles y escopetas en Birán. Dichas armas fueron empleadas después en el asalto al cuartel Moncada.

Fidel Castro. —Sí. Cuando nosotros fuimos al Moncada, aquella escopeta que yo de adolescente utilizaba, nos la llevamos, la usamos en el Moncada. En el momento en que buscábamos armas, tuve en cuenta las que había en mi casa, y en complicidad con Ramón y Raúl, nos llevamos algunos fusiles Winchester-44 y algunas escopetas automáticas. En mi casa, mi padre contaba con unos rifles de cierto calibre que también usamos en el asalto.

Pero volviendo a mi niñez, después que me dieron alguna licencia, por iniciativa propia me tomé la libertad de disparar con los fusiles 44, con los rifles, las escopetas y, en definitiva, con todas las armas. No había protestas, excepto una vez que mi padre me hizo un regaño fuerte. Él había ido a dar una

vuelta a caballo, regresó como al mediodía y vio que yo gastaba muchas balas calibre 44, mientras disparaba con un fusil haciendo prácticas contra las auras tiñosas. Me regañó bastante fuerte y con razón, porque estaba despilfarrando balas. Alguna protesta similar nada más pero, en general, me fui acostumbrando, y él me autorizaba. Así que desde muy temprano, y desde que poseí con qué defenderme, no tuve esa sensación de temor.

KATIUSKA BLANCO. —Y en tales lances, ¿tenía algún cómplice?

FIDEL CASTRO. —Ramón y yo compartíamos secretos, formábamos una pareja y siempre éramos cómplices en casi todas las aventuras, también a veces él me utilizaba, pero él y yo éramos los principales cómplices. Algunos trabajadores —como siempre—eran más amigos, más tolerantes con nosotros. Dependía mucho del carácter de la persona.

Hay gente que por bondad natural son amables con los niños y les hablan, les hacen cuentos, tienen atenciones con ellos, se ríen, bromean. Tal tipo de persona es la bendición de los niños. Hay otras que son más ásperas, menos tolerantes, de mal carácter; en general, por ellos no sentíamos grandes simpatías. Yo agradecía mucho a todos los adultos que nos trataban y conversaban, nos hacían cuentos, eran amistosos, eran amables con nosotros. Las personas adultas no se imaginan la importancia que tiene el trato que les dan a los niños y cómo les agrada que los traten, que conversen con ellos, que

los tomen en cuenta, que no los ignoren. Los niños agradecen infinitamente este cariño, este tipo de relaciones.

Siempre recuerdo con agrado a toda aquella gente amistosa con nosotros. Por ejemplo, el tenedor de libros, que era muy conversador, me hacía historias, me hacía cuentos. Él era un hombre culto —un asturiano, más bien gordito, bajito, se llamaba César Álvarez, usaba unas botas, unos pantalones de montar, que lo hacían más bajito todavía—, sabía inglés, francés, italiano, alemán, griego y latín; por lo menos, todo eso me decía, y creo que, en efecto, sabía, porque hablaba el inglés, lo leía y lo traducía; hablaba el francés y el italiano. Sabía varios idiomas y, a juzgar por lo que él conocía en general, aunque no podía comprobar si de verdad él hablaba alemán, recuerdo que pronunciaba palabras y frases enteras en dicha lengua. La maestra hablaba francés y él conversaba con ella en francés; él hablaba inglés, lo escuché hablarlo. Y así: francés, inglés, alemán y español, no sería extraño que hablara italiano, griego y latín. Era español, y por eso no contaba historias más cercanas sobre héroes nuestros.

Cuando yo estaba en cuarto, en quinto grado —nadie en quinto grado es una persona adulta—, él me hacía historias, me hablaba de Grecia, de Roma; a medida que yo iba estudiando, ya cuando estaba en séptimo grado, en primer año de bachillerato, me hablaba de Cicerón, de Demóstenes, de los oradores, me hacía historias de toda clase y despertaba mi in-

terés por todo. Fue el primero que me habló de personajes históricos y literatura. Era un hombre muy amistoso.

El cocinero, Manuel García, no era enemigo, pero tenía muy mal genio. El cocinero no era cocinero, él fue vaquero, y a consecuencia de un reuma y de unos dolores tremendos, se le produjo una artrosis total y caminaba con mucha dificultad, entonces dejó de ser vaquero —me acuerdo de cuando él lo era— y se convirtió en cocinero y, según mi padre, era muy mal cocinero. Vivía en una pequeña casa al lado del correo, a 90 o 100 metros de la nuestra. Él iba muy temprano todas las mañanas, cojeando, a la cocina desde el amanecer, y allí estaba hasta por la noche.

En mi casa no había cocina de gas, sino de carbón de madera, con varias hornillas. Él las encendía, preparaba café, hervía la leche; protestaba desde el amanecer, decía maldiciones, hacía ruido con sus pasos por la cocina de piso de madera, cargaba agua, lavaba platos, empezaba a preparar frijoles, arroz, garbanzos... Creo que él pasaba todo el día peleando, por todo peleaba, refunfuñaba, pero no era una mala persona. Era gallego, campesino, analfabeto totalmente; pero una persona que a pesar de estar afectada por el problema de la pierna, hizo ese trabajo durante muchos años.

KATIUSKA BLANCO. —Recuerdo que usted, en la visita que hizo a Birán cuando cumplió 70 años, prefirió el cocido de garbanzos con ovejo a cualquier otro plato de comida, algo que nos regresa otra vez a las costumbres gallegas de su padre, pero ¿qué otras comidas se cocinaban en la finca?

FIDEL CASTRO. —¿Qué cocinaba García en mi casa? Había buena comida, lo que yo no tenía apetito, porque estaba todo el día comiendo cosas por aquí, por allá. Recuerdo, desde muy pequeño, que cuando nos sentábamos a la mesa alargada, en un extremo se sentaba mi padre; en el otro, yo; y en los laterales, los demás hermanos, además de mi tía y mi prima hermana, mientras que mi madre trajinaba y se movía de un lado a otro. Recuerdo desde muy pequeño, que cuando nos sentábamos a la mesa, había presión para que comiéramos, había que comer el cocido, como le decían a los garbanzos. Cocinaban el garbanzo con ovejo o hacían potaje también de garbanzos, o hacían frijoles, arroz, o arroz con pollo; siempre había carne y pan en la casa, yuca, malanga o plátano. Pero había disciplina a la hora del almuerzo y a la hora de la comida, nos presionaban para que comiéramos; te servían y había que comer. Por cierto, no es un buen método que a uno lo obliguen a comer.

Mi padre siempre estaba protestando por la comida, que si estaba salada, que si le faltaba sal, que si los garbanzos estaban duros, que si los frijoles estaban mal cocinados. Mi padre protestaba siempre por el cocinero, decía que era muy mal cocinero. Así que si me preguntan al respecto, yo digo: a juzgar por mi padre, era muy mal cocinero, pero yo creo que no, que cocinaba normal, sabía cocinar. Cualquier campesino español sabe cocinar los frijoles, las alubias, los garbanzos. Es mi opinión, pero mi padre era más exigente, además de malgenioso,

y tenía tendencia a protestar también, a regañar y a pelear, nunca le parecía que las cosas estaban del todo bien hechas.

Yo recuerdo que el cocinero era amigo mío, aunque no del tipo de amigo como el tenedor de libros. Y así había distintos españoles, trabajadores, gente amable.

En mi casa, mi familia tenía muy pocos conocimientos sobre los personajes de nuestra historia, y los trabajadores muchas veces eran analfabetos y con muy poca preparación, ni sabían la historia de Cuba. Claro, se hablaba de las guerras de independencia, leyendas, tradiciones, que si tal combate. Ya habían pasado más de 35 años desde la última guerra de independencia. Algunos veteranos, unos pocos, eran conocidos y respetados porque habían sido soldados, pero ciertamente nuestra historia recibió un tratamiento muy malo, fue objeto de un olvido casi total.

Después de la guerra surgieron nuevos valores: el valor de la riqueza, el valor de los latifundios, el valor de los centrales azucareros, el valor de los ferrocarriles, el valor del dinero, la importancia del norteamericano, las cosas norteamericanas, los nuevos políticos y los nuevos poderes, y todo aquello vino a sustituir lo que pudiéramos llamar la tradición histórica de nuestro país, que fue opacada por completo. Prácticamente no se hablaba de las guerras de independencia ni era tradición ni motivo de orgullo. Algunos veteranos, vistos con respeto, como figuras venerables, recibían una pequeña pensión y lle-

vaban una vida modesta, austera, en el mejor de los casos.

Todo lo nuevo que surgió con la Neocolonia, opacó la historia pasada de Cuba en aquella atmósfera de gente con tantos problemas, con tantas necesidades, con tanta ignorancia y con tanta dependencia. No había el clima —pudiéramos decir— histórico de estar conversando sobre la historia pasada, sobre los héroes de nuestra Guerra de Independencia, sino muy ocasional y superficialmente —te estoy hablando de los años 30 ya, entre los años 30 y 35—, en una pequeña escuela pública, con unos 20 o 25 alumnos. Muchos de ellos no tenían posibilidades de ir regularmente a la escuela porque estaban trabajando, ayudando a la familia; iban descalzos, mal vestidos. Pero en la escuela pública sí estaban el Escudo, el Himno, saludar la Bandera, y la costumbre de recitar algunos versos de Martí: sus *Versos Sencillos*, y la de recordar algunas figuras así, pero todo muy formal. En la escuela era donde único recibíamos cierta información sobre historia y algunos símbolos de la patria, pero muy formal, en lo absoluto formal. Es decir, no se respiraba un ambiente patriótico, no existía una atmósfera de tradiciones históricas, de respeto. Lo que prevalecía era una ignorancia casi total.

¿Qué se les podía pedir a aquellos trabajadores analfabetos? ¿Qué se les podía pedir a aquellos inmigrantes haitianos o a aquellos inmigrantes españoles, que se acordaban de su tierra con respeto, pero que no tenían una relación con la

historia de Cuba? De manera que nosotros no recibimos, en el seno de la familia o en aquel ambiente, lo que pudiéramos llamar una educación patriótica, una exaltación de los valores patrióticos; en tal edad nosotros no recibimos eso.

KATIUSKA BLANCO. —En la primera etapa, su vida estuvo muy ligada a la de sus hermanos Angelita y Ramón, pero me gustaría saber cómo han sido las relaciones con el resto de sus hermanos, y si aún perduran.

FIDEL CASTRO. —En general, me he llevado bien con todos, con algunos más que con otros. Conmigo no me llevo muy bien. De los cuatro primeros, me llevo bien con tres, pero conmigo no me llevo muy bien, soy exigente conmigo mismo, tengo mis conflictos conmigo mismo. Pero, bueno, con los otros, con los mayores tenía más relaciones: con Enmita, que es la sexta, tuve bastantes vínculos; con Agustina no he tenido tantos así porque era la más pequeña; con Juanita, la quinta, que está en Estados Unidos, no había malas relaciones, aunque ella tenía un carácter fuerte. Surgieron malas relaciones con ella después del triunfo de la Revolución por problemas políticos, pero anteriormente no. Hago una interpretación política, marxista del problema.

Hay que tener en cuenta que mi familia no era millonaria, pero era rica, tenía muchos privilegios —desde el punto de vista social, por lo menos en Birán los tenía—, y nos inculcaron la idea de la riqueza.

Yo soy el primero en tomar una conciencia política, revolucionaria. De ahí, el que me siguió con rapidez fue el cuarto, Raúl, cinco años menor. Ejercí una influencia sobre él, porque lo había entusiasmado para que viniera a estudiar a La Habana, ingresara a la Universidad, y compartiera mis ideas, de tipo político y social. Cuando empecé a tener una conciencia revolucionaria, una concepción marxista, Raúl se adhirió como una esponja para pelear por ellas. A pesar de que tenía el mismo origen —quizás por eso—, él siguió las ideas. Fuimos dos, en el seno de una familia burguesa. Nunca intenté persuadir a mi padre de mis ideas socialistas.

En una ocasión, siendo yo estudiante universitario —estaba de visita en mi casa quien no llegó a ser mi padrino, aquel millonario, don Fidel Pino Santos—, y mientras almorzábamos, mi padre y él conversaban sobre distintos temas, y como de vez en cuando me irritaba un poco, ya con mis ideas cada vez más radicales, aunque con mucho sentido común porque comprendía que no tenía objetivo ponerme a discutir con ellos, hacía algunas intervenciones impertinentes. Formulaba algunas preguntas y algunos planteamientos, sin decirles cómo yo pensaba totalmente para no alarmarlos demasiado, pero intervenía en algunas discusiones, y yo diría que eran más bien cosas impertinentes de mi parte.

Ramón colaboró algo en lo del Moncada —pero no era en la lucha por el socialismo, no, no— para obtener algunas armas.

Él no sabía lo que íbamos a hacer, pero yo sí le di a entender que estábamos en actividades revolucionarias contra Batista y él era antibatistiano. Algunos más de la familia también lo eran, sin ser socialistas.

Mi padre, aunque pienso que estaría inconforme con nuestras ideas, no tenía una especial contradicción, no era un problema político para él, más bien tenía la preocupación por nosotros, porque sabía que andábamos en actividades políticas y revolucionarias.

Me imagino que mi padre y mi madre sufrieron mucho con todas aquellas luchas; cuando lo del Moncada vivieron días de gran incertidumbre. Claro, hay dos cuestiones: mi madre era de un carácter fuerte, muy sensible, pero fuerte, capaz de sobreponerse a los peligros, a las adversidades. Mi padre era un hombre muy sensible, me imagino que sufrió calladamente, pero tenía cierto sentido de la historia, y en reiteradas ocasiones le escuché exclamaciones sobre acontecimientos y personajes históricos, y tengo la convicción de que mi padre sabía que aquellos hechos se iban convirtiendo en acontecimientos históricos de una o de otra forma; para él debió significar una cierta compensación porque sabía apreciar, no era un hombre que despreciara los hechos políticos ni los acontecimientos que pudieran tener trascendencia en la vida de un país.

Por entonces, yo era el único que había concluido una carrera universitaria —había terminado todos los estudios, el

bachillerato y la Universidad—, y me había convertido en un personaje importante en la casa: era el estudiante universitario y, finalmente, el doctor, el abogado; todo aquel tipo de cosas. Me admiraban por mis conocimientos, mis estudios, mis notas, mis éxitos; y por el hecho insólito de que alguien de la familia iba a ser abogado, doctor, graduado universitario. Todo lo cual, en la atmósfera de una familia autodidacta, que apenas ha aprendido a leer y a escribir, me concedía una autoridad especial, y gozaba de prestigio.

En ocasiones también le presté ciertos servicios a mi padre, ya terminando mi carrera, en algunos problemas relacionados con su propiedad, con los títulos de su propiedad, y su relación con el millonario anteriormente mencionado. Tuve la oportunidad de prestarle a mi padre, incluso, algunos servicios familiares en el terreno legal, y me tenía mucha confianza.

Creo que yo gozaba de gran aprecio por parte de mi padre y mi madre. Ellos conocían mi carácter, les preocupaba naturalmente, sobre todo, tenían una consideración, un aprecio personal por el hijo. Pienso que no estarían del todo de acuerdo con mis actividades, pero no me criticaban, no me condenaban por las actividades políticas; ellos tuvieron siempre un gran respeto, ya cuando yo era adulto, por mis actitudes, mis ideas, aunque no imaginaban cuán radicales podían ser. Realmente, nunca escuché el menor responso de mis padres.

Debo agradecerle, en especial a mi madre, porque fue

la que más se preocupó porque yo estudiara. Mi padre tenía preocupación también, pero no en el grado tan alto en que mi madre tenía la suya para que yo estudiara. Ella siempre fue un gran apoyo.

Claro, desde bastante temprano fui independiente. Casi desde quinto grado decidía qué hacía, resolvía problemas, situaciones. Creo que ellos se adaptaron y sentían respeto por mí.

Pero desde quinto grado decidí en qué escuela estaría y en cuál no, y qué hacer y qué no. Es decir, sobre mi vida empecé a decidir desde entonces —debía de tener 10, 11 años—, pero era bastante anticipado decidir uno lo que debía hacer. A todo esto me ayudaron una serie de hechos, una serie de experiencias que tuve desde muy temprano, desde los cinco años aproximadamente. Esas vivencias me enseñaron y me determinaron a decidir y a resolver problemas por mí mismo.

Estaba en segundo grado cuando tomo la primera decisión. Pudiera decirse que yo decido por primera vez de forma precoz. Tenía nueve años; decido irme de la casa donde estaba en Santiago de Cuba. Estoy allí, elaboro un plan, una idea, llego a una conclusión y tomo una decisión, en virtud de la cual me llevan interno en el segundo grado para el Colegio La Salle. Así que adopto la primera decisión sobre mi destino en segundo grado, debo de haber tenido nueve años porque a mí en aquella casa —no recuerdo cuándo aprendí a leer y a escribir, por lo temprano que me enviaron a la escuela, y me parecía

que siempre supe hacerlo— me hicieron perder dos años. A mí me atrasaron por gusto, injustamente, por interés económico. Y, además, pasé el Rubicón allí en Santiago, primero en una casa, después en otra, es una larga historia.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, cuando visité Santiago caminé desde La Alameda, por toda la calle Santa Rita hacia arriba, en busca del Tivolí, donde usted vivió con la familia Feliú las penurias, allí, donde por primera vez tomó una decisión en su vida. Pienso que fue en enero de 1936, después de las vacaciones de Navidad a finales de 1935. Usted cursaba el segundo grado externo en La Salle, y decide rebelarse de una vez y por todas para que lo envíen interno, pues en ello consistía la constante amenaza que le hacían.

FIDEL CASTRO. —Después de tomar mi primera decisión sobre la escuela en segundo grado, así que fue prematuramente; la segunda, la tomo en quinto; la tercera, en sexto grado. Asumo tres decisiones importantes, pero ya desde quinto grado, estoy decidiendo por mí mismo —pudiéramos decir al entrar en sexto grado—. Todo lo que se refleja en mis estudios lo decidí yo también, y creo que en mi casa se acostumbraron a eso.

En ocasiones tuve también que discutir duro y plantear el problema en mi propia casa. Hubo momentos en que me iban a sacar de la escuela, me iban a dejar en Birán; en un instante iban a suspender el viaje de regreso a Santiago, me iban a suspender los estudios por un problema en el que yo tenía toda

la razón, pero mis padres no estaban bien informados al respecto, impresionados por la información dada en el Colegio La Salle, de donde nosotros, al fin, nos fuimos cuando yo cursaba el quinto grado.

Así que ocurren tales situaciones, y se explica mejor por qué voy tomando mis propias decisiones, y por qué ellos se adaptan a respetar mi proceder, al fin y al cabo mis decisiones no fueron malas, fueron correctas. A medida que transcurría el tiempo, fui adquiriendo un ascendiente, una admiración especial, por ser el único del grupo que progresaba en los estudios. Para ellos era el mérito más grande que podían recibir de mí: ser aplicado, ser estudioso, vencer las pruebas, los exámenes.

Era el tipo de relaciones que existía en mi casa. Era lo que explicaba de mi padre y mi madre, no nos criticaban las ideas, pero no es que tuvieran una especial posición política. Posiblemente si todo marchaba, a ellos les fuera indiferente que hubiera un gobierno del tipo de Grau, del tipo de Prío, del tipo de Batista, con tal de que no se metieran con ellos y todo siguiera su curso normal, y siempre que la sagrada propiedad privada fuera respetada. Era, en definitiva, lo más importante. Se molestaban más cuando había más robo en el gobierno, más pillaje, todo lo cual los disgustaba, pero existieron siempre en esta República. Por tal razón ellos no tenían especial comprometimiento en política, ya se habían adaptado a aquella des-

gracia, dentro de un sistema capitalista de propiedad privada y de libre empresa, que lo mismo funcionaba con Grau, con Prío que con Batista.

Los otros hermanos: Angelita, la mayor, observaba, pero no estaba implicada.

En la lucha contra Batista, y después en el Moncada, combatimos Raúl y yo, luego estuvimos presos; ya ahí se fueron incorporando más familiares. Por ejemplo con Lidia, nuestra hermana mayor, hija del primer matrimonio de mi padre, siempre tuvimos muy buenas relaciones, porque se preocupaba por nosotros, aunque éramos medio hermanos, como se decía entonces. Cuando ya nosotros estudiábamos en los colegios La Salle y Dolores, ella vivía en Santiago y nos invitaba con cierta frecuencia a la casa donde residía con su esposo, un profesional universitario.

Ellos nunca vivieron con nosotros, iban de visita muy raras veces a Birán, no existían las mismas relaciones entre los hermanos del primero y el segundo matrimonio. Nos conocíamos y había siempre un poquito de sutil rivalidad, no entre nosotros, pero sí entre familias. Era el rezago de todas aquellas situaciones de los hermanos del primer matrimonio y los hermanos del segundo, siempre; pero los hermanos mayores eran amistosos con nosotros, tanto la hembra como el varón, sobre todo ella.

Al hermano mayor, Pedro Emilio, yo le tenía mucha admi-

ración, porque era un intelectual, sabía idiomas: inglés, francés, italiano, como cinco idiomas; era poeta, y siempre fue muy afectuoso, me trató con un especial cariño; era de los que conversaba mucho conmigo, me hacía cuentos y promesas de que me iba a regalar esto o lo otro. Estuvo en política. Me traía sus libros de versos, algunos todavía los sé de memoria:

Italiana divina, yo te amo
por el amor de tu alma placentera,
haz que nazca en mí la primavera
haciéndome tu amo.

Había otros poemas que eran picarescos, que decían, por ejemplo:

Está casto, está casto, está casto:
así suena tu blanco zapato,
cuando vas por la vía,
campeona de la Biología.

Era político demócrata, antibatistiano, pero tenía muy mala fama en mi casa: que si Pedro Emilio hace esto, que si gasta dinero, que si empeña las cosas, que si tiene unos amigos, malas compañías —eran algunos intelectuales amigos de él a quienes les echaban la culpa—. Pedro Emilio era medio regado, según la opinión que nos daban.

En mi casa no apreciaban las cualidades intelectuales ni de poeta de Pedro Emilio; todavía no puedo decir si eran buenas o malas, pero a mí me gustaban sus poesías, me las aprendía.

Él no vivía con nosotros, sino en Santiago, con la madre. Era el menor del primer matrimonio de mi papá, creo que me llevaba, por lo menos, 10 años. Cuando yo tenía 13 años, ya él era aspirante a representante a la Cámara de Diputados, por el partido de oposición.

KATIUSKA BLANCO. —Sí, en efecto, Pedro Emilio nació el 8 de julio de 1914. Es decir, contaba 12 años más que usted, y tenía 26 años cuando la Constituyente de 1940.

FIDEL CASTRO. —En mi casa decían que era un muchacho indisciplinado, que había gastado algún dinero, que no tenía buenas compañías, que si era loco; porque en aquel ambiente, ser poeta era ser medio trastornado. Pero era culto, estudioso, leía mucho, tenía mucha preparación, sabía varios idiomas; creo que estudió los idiomas por el gusto hacia la poesía italiana, ya él me hablaba de «*El Infierno*» de Dante, y sus versos abordaban esos temas. Tendría que volver a leerlos —no soy buen crítico de arte—, y discutir con algún especialista cuál es su valor.

Pedro Emilio gozaba de prestigio intelectual en el ambiente de Santiago de Cuba; pero como no había estudiado más —se hizo un autodidacta muy culto, pero no estudió el bachillerato, que yo sepa, no estudió en la Universidad— quedaba descartado. Intelectual, políglota y poeta, mas ninguno de esos méritos tenía valor en mi casa; pero él siempre fue excelente conmigo.

Lidia, casada con un médico, el doctor Narciso Montero, de una familia profesional —tenían un laboratorio farmacéutico—, nos invitaba a su casa de Santiago de Cuba; no era muy lujosa, era una casa cómoda, bien amueblada. Los domingos nos invitaba, cuando ya estábamos en el Colegio Dolores, y nos preparaba una buena comida, con un buen postre. Recuerdo uno: charlota rusa, se hace con frutas, huevos y gelatina. ¡Qué maravillosa golosina! A nosotros nos gustaba mucho.

Lidia siempre tuvo preocupación por nosotros. Me parece que los dos hermanos mayores del otro matrimonio, de aquella familia con la cual existían ciertas rivalidades, siempre, como dije, fueron cariñosos conmigo; y ella fue algo más, porque Lidia más tarde fue una compañera en la lucha revolucionaria, podría decir que la primera simpatizante política fue Lidia.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, siempre he lamentado no haber podido conversar con ellos y, en especial, con Lidia. Ambos murieron en el mismo año 1994. Comencé mis indagaciones en 1996, es decir, dos años después, cuando ya no estaban.

FIDEL CASTRO. —Cuando vivían nos encontramos en varias ocasiones. A Lidia la veía con mayor frecuencia. Ella fue la primera gran simpatizante, si hablamos de los nueve hermanos: los Castro Argote y los Castro Ruz, y Raúl, el primero del segundo grupo. Después, con el curso de los años, nos distanciamos un poco de Pedro Emilio, no hubo esa relación política. Más tarde surgieron algunos conflictos, algunas desavenencias de Pedro

Emilio con la familia, lo que influyó en las relaciones con él; en cierto momento adoptó una actitud hostil, y eso influyó en las relaciones en lo adelante; no desavenencias con la Revolución, sino con la familia. Eso fue tiempo atrás, ya después de que él aspirara a representante en 1940; entonces tuvo algunos problemas, necesidades económicas, y presionó a la familia para resolverlas; surgió alguna hostilidad y se produjo cierto distanciamiento con Lidia y conmigo.

Cuando me gradúo de bachiller, Lidia se había quedado viuda. Al esposo de Lidia, el doctor Montero, le diagnosticaron el mal de Hodgkin, y ella tuvo que ocuparse de la enfermedad, que duró no sé si un año y medio o dos años, y fue muy sufrida, aquí en La Habana. Lidia estuvo a su lado, soportó todo aquello. Heredó algunos recursos muy modestos, una pensión, alguna propiedad familiar. Así que cuando me gradué de bachiller, Lidia se mudó para La Habana y alquiló una casa para que yo viviera con ella; entonces, varios de nosotros nos fuimos con ella un tiempo.

Siempre preocupada por nosotros, fue la primera que me apoyó mucho. Era la mayor, porque Raúl era más pequeño, entonces ya éramos tres con las mismas ideas. No era muy ideológica, pero estaba de acuerdo con la lucha, con mucha admiración, con mucha simpatía, con mucho orgullo. Después, en la lucha contra Batista, en lo del Moncada, y después del Moncada, cuando estábamos presos, en México y en la

Sierra Maestra, nos dio un gran apoyo. En el período del ataque al Moncada, ya Ramón se había sumado, y Juanita lo hace posteriormente, se puede decir que todos, de una forma o de otra, participaron. Así que, en realidad, nosotros avanzamos bastante.

Con Enmita nunca hubo problemas, se mantenían excelentes relaciones. Enmita estaba bien preparada, estudió piano, adquirió una cultura. Agustinita también, la más chiquita, fue aplicada durante un período que permaneció en Europa por motivo de nuestra lucha. Juanita más bien se dedicó a algunas actividades comerciales, no estudió. Enmita sí, y también Agustinita.

Al final, después del Moncada, no pude ver a mi padre por la situación que había, le escribía y todo, pero no pude verlo. Desde que salí de la prisión permanecí breve tiempo en La Habana, no era fácil trasladarme a Birán; aparte de lo difícil que podía tornarse la situación, no era ni siquiera prudente ir a visitarlo y comprometerlo. Me fui directo a México.

Nunca tuve mucha información sobre lo que pensaba mi padre en tal período. Quizás Ramón conoció mucho más; pocas veces me detuve a conversar con él y preguntarle todo eso, a veces creemos que habrá tiempo, y ahora ya no tiene buena memoria. Pero estoy seguro de que, en el fondo, mi padre estaba con nosotros, no tengo la más absoluta duda, lo conocía muy bien. Creo que estaba preocupado, intranquilo; pensaría

que las dificultades eran muy grandes, que los obstáculos eran muy grandes, que posiblemente moriríamos, pero estoy convencido de que estaba de acuerdo con nuestra lucha.

Para nosotros, ya aquella era una lucha por una revolución profunda, pero todavía en todo aquel período no estaba planteada una revolución socialista. Ya se había publicado mi discurso de autodefensa en el Moncada. Cualquiera que lea en serio dicho material, y lo lea bien, ve que hay un programa, que ahí están todos los gérmenes de una revolución mucho más progresista, de una revolución socialista: hablo de utilizar los recursos en el desarrollo del país, de la ley urbana, de la propiedad de la vivienda, la reforma agraria, de las cooperativas; ya digo el máximo que se puede decir en tal período, el programa más ambicioso que se podía proclamar y que fue la base de todo lo que hizo la Revolución. Ya era el programa de un marxista-leninista, de alguien que comprendía bien la lucha de clases, que cuando habla de pueblo se refiere a los sectores humildes, los campesinos, los obreros, los desempleados; hay una concepción clasista planteada en *La historia me absolverá*, un programa que era el primer paso hacia el socialismo.

Quien lo vio, admiraba que nosotros luchábamos contra Batista, la valentía de aquella gente, pero decía: «No, no es revolucionario». Estaban acostumbrados a que todos los líderes políticos en su juventud fueran radicales, y en su edad

adulta, madura, fueran moderados, al final conservadores y, por último, grandes reaccionarios. Entonces, ellos creían que estaban en presencia de lo mismo, y no prestaron mucha atención a los problemas que planteaba. Pensaban que el sistema era muy sólido y ahí estaba Estados Unidos, cómplice de todo, para perpetuarlo. Aquí no podía tener lugar una revolución social, pero: «Esos muchachos son muy valientes y están contra Batista, después nos encargamos de corromperlos; no hay que hacer mucho caso de esos planteamientos radicales, es el radicalismo de la juventud [...]. Veintiséis años, unos muchachos muy radicales». Nunca había existido un programa tan radical como *La historia me absolverá*, o casi tan radical, si se exceptuaba el del Partido Socialista.

Y triunfa la Revolución, y no voy a decir que mi madre era socialista ni que mi madre era comunista; tenía sentido de la propiedad, trabajaba en la tienda y en las otras dependencias.

Ahora, sí recuerdo que casi al final de la guerra hice una visita a mi casa. Entre dos grandes combates, en un yip, con una pequeña escolta, recorro desde Palma Soriano hasta Birán para hacer una visita; fue como el día 24 o 25, creo que era Nochebuena. Claro, viajo de noche —teníamos que viajar de noche, porque de día los aviones eran dueños del territorio—, y llego allí casi al amanecer, iba contentísimo. La guerra andando detrás, por la Carretera Central, y cerca, en Birán, se sentía el estruendo del combate que se estaba librando en Cueto, a

unos 12 kilómetros en línea recta. Cuando pasé por Marcané también sentí el ruido de los combates, se estaba luchando en muchos lugares. Era una tropa del Segundo Frente, de Raúl, por el Norte, tenían cercado Cueto y estaban combatiendo.

Entonces una de las cosas que hago después del encuentro familiar es ir al naranjal, 12 o 14 hectáreas de naranjos que había allá. Claro, allí se reunió un grupo de vecinos, no muchos, 15 o 20, los que estaban en aquel momento, aunque era peligroso, vinieron a saludarme. Figúrate, ya llevábamos casi 25 meses de guerra en las montañas, ya habíamos ejercido funciones estatales, habíamos hecho Reforma Agraria, leyes de toda clase, habíamos confiscado grandes rebaños de ganado y establecido impuestos a los centrales azucareros del país. Entonces voy a aquel naranjal que recorrí tantos cientos de veces cuando de niño iba a comer naranjas. Después de 25 meses de guerra, casi al triunfo de la Revolución, le digo a la gente: «Pasen, coman naranjas»; ya casi había perdido el sentido de la forma. Mi madre, que recibió a todos muy contenta, protesta y me dice que es incorrecto, que no debo hacer eso, que no está de acuerdo, y me explica su argumento, y concluyo que tenía toda la razón. Creí primero que protestaba porque yo estuviera repartiendo las naranjas, pero ella no lo hacía por eso, sino por el desorden al entrar allí 15 o 20 personas, y empezar a arrancar las naranjas. Ella estaba de acuerdo con repartirlas, pero con orden. Decía que esa era la propiedad, recibí una re-

primenda por andar creando desorden.

Mi madre tenía un carácter fuerte, sentido de la propiedad; pero, al mismo tiempo, estaba de acuerdo conmigo. Es decir, ella no estaba contra la Revolución. Después, la Revolución empieza a radicalizarse. Sin duda, hubo mucha gente que trató de influir, pero ella no se dejó influir. Cuando nosotros hicimos la primera Ley de Reforma Agraria, la finca de ella era de 60 caballerías, más las 800 que tenía arrendadas. De las 11 700 hectáreas, a mi madre le quedaron apenas unas 400 hectáreas, tal como establecía la primera Ley de Reforma Agraria, y aceptó, ni protestó ni se quejó.

Ella, entre su concepción de propietaria, sus intereses económicos y su condición de madre, optó por su condición de madre y subordinó, al fin y al cabo, sus intereses, sus ideas, a las ideas y a la política de los hijos. Nunca la oí discutir, si veía algo mal, argumentaba: «Hay algo que está mal hecho: aquella granja está mal administrada…».

En aquel período, Ramón se había sumado a la lucha contra Batista, pero después del triunfo se dedicó a la agricultura.

A medida que la Revolución se radicalizó, mi madre siguió con la Revolución y Ramón también siguió con la Revolución, a pesar de que la clase de los terratenientes y toda aquella gente trataron de ejercer influencia sobre ellos. La prensa de derecha, reaccionaria, los entrevistó para ver si hacían una declaración, y utilizarla fuera de contexto. Ni mi madre ni Ramón

nunca dijeron una palabra. Mi madre, muy firme, siguió con la Revolución, y Ramón también.

Nosotros teníamos familiares pobres, los hijos de los tíos que eran carreteros: Enrique, Alejandro y, además, los parientes hijos de la tía que murió; los pobres de la familia, encantados porque hicimos la Revolución. Al fin y al cabo, nosotros habíamos llevado, de una forma o de otra, la Revolución a la familia, a pesar de nuestra procedencia de terratenientes y burgueses. Si se analizan estos orígenes, la historia de todo, podría considerarse que tuvimos un éxito total, porque habíamos llevado a prácticamente toda la familia por el camino de la Revolución.

La única que no se adaptó a la idea de la Revolución fue Juanita, una sola. Se ve como cosa natural, porque su mentalidad era capitalista, una ideología capitalista. Desde joven, tenía en Birán un teatro, un cine, algunas propiedades, administradas por ella; tenía sus ingresos y adquirió una ideología capitalista. En definitiva, para mí existía una explicación absolutamente lógica, ya que había una diferencia de ideas, más un carácter fuerte. Ella reaccionó marchándose del país, se convirtió en una activa militante contra la Revolución; pero eso no me preocupa, siempre tuve mucha sangre fría para analizar estos problemas dentro de una concepción revolucionaria y marxista. Si hubiera tenido otra concepción, otra filosofía, quizás me habría parecido absurdo, una acción mala, pero ella actuó

en consecuencia con sus ideas, y reaccionó como otras muchas personas con ideas capitalistas, no querían saber nada de socialismo, de comunismo o de marxismo. Siempre lo vi así, con mucha naturalidad, como una cosa muy lógica, casi natural. No tengo la más mínima duda, ni siquiera pudiera decir que tengo el más mínimo rencor hacia Juanita a pesar de todo.

Me parece incorrecto que hicieran campaña, sobre todo, me parece incorrecto que el imperialismo use esos métodos de manipular y utilizar a familiares para hacer campañas de esa naturaleza. Ella es ciudadana norteamericana, y la han utilizado en más de una ocasión en tal tipo de acciones hostiles, la última vez recientemente, por los días del año pasado [2009] en que la casi totalidad de las naciones del mundo condenaron el cruel e injusto bloqueo de Estados Unidos contra todo un pueblo, contra nuestra patria.

Yo creo que eso deshonra al imperialismo, son métodos sucios que no hemos usado jamás. Es como si, para combatir a Reagan, a Bush padre o a Bush hijo, hubiéramos utilizado a una prima de cualquiera de ellos que esté con la Revolución; es ridículo, no son recursos políticos, son recursos demagógicos y sucios, utilizados por el imperialismo. No me extraña, ¡cómo me va a extrañar!, ¿por qué me va a extrañar que el imperialismo lo haga?, es lo más lógico del mundo. Pero nosotros nunca hemos actuado así. La Revolución nunca actuaría de modo tan poco honorable, lo ha demostrado a través de su historia.

Cuando usted tiene ideas o valores que destruyan los mitos, eso no constituye un problema. Son mecanismos de tipo psicológico, de guerra psicológica, y corresponden a la esencia del imperialismo.

KATIUSKA BLANCO. —En la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado se conserva aún el registro escolar de la escuelita de Birán, tiene tapas duras de color anaranjado y hojas amarillentas por el paso del tiempo. Todo lo anotado en aquel libro, durante los años 30 del siglo xx, resulta muy interesante. Aparecen disímiles datos: alumnos, asistencia, calificaciones y hasta cuándo se suspendían las clases por epidemias de tifus o paludismo. Pienso que al salir de aquella primera escuelita, usted vivió experiencias que lo determinaron muy precozmente a tomar sus propias decisiones, pero ¿cómo ocurrió todo según sus recuerdos? ¿Qué lo llevó a esas encrucijadas de la vida a tan corta edad? ¿Usted sabe con certeza por qué lo enviaron a Santiago?

FIDEL CASTRO. —Era una época difícil, la época que hoy le llaman del machadato, de la gran crisis de los años 30, cuando el precio del azúcar bajó de forma estrepitosa.

Eufrasita, la tercera maestra de quien hablé, era miembro de una familia de tres hermanas huérfanas de madre, que vivían con su padre en Santiago de Cuba. Las tres hermanas habían estudiado: una era médica, era como la estrella de la familia; la otra profesora de piano, y la tercera, maestra.

Eran mestizas, alguna relación histórica tenían con Haití. Eso no tiene nada de extraño, porque cuando la Revolución de Haití muchas familias haitianas vinieron hacia Cuba, a la zona de Oriente, algunas llegaron con esclavos. Era la época de la esclavitud, desapareció en Haití, pero continuó en Cuba. Y esos inmigrantes de origen francés que vinieron de Haití desarrollaron una sólida agricultura de café y cacao en Cuba, y tuvieron mucho que ver con el gran auge que en el siglo XIX alcanzó la producción cafetalera. Eran agricultores muy eficientes, notablemente eficientes para aquella época, que sabían usar la humedad y la fertilización a base de cal. Desarrollaron una importante riqueza y, a la vez, adquirieron nuevas dotaciones de esclavos. Por eso, en Santiago de Cuba y Guantánamo hay un gran número de nombres de origen francés entre la población cubana; es decir, los descendientes de los esclavos tienen los nombres de los antiguos amos franceses.

Algún tipo de relación tenía dicha familia con la cultura francesa y con Haití. Yo sé que las tres hermanas estudiaron, incluso, fuera del país. No tengo información de la madre, tal vez se pudiera investigar; no tengo información del padre; lo conocí de muchacho, pero no tuve mucha relación con él. Hablaban un francés perfecto, no sé si lo estudiaron en Haití o, incluso, si lo estudiaron en Francia.

Cuando Eufrasita va de maestra para Birán, era una época de gran crisis económica. Cuando surge la idea de llevarnos

a Santiago, la hermana médica había muerto, y la hermana pianista, que después fue mi madrina, quedó sin empleo; la maestra era la única empleada, y su ingreso también único para su familia, y en aquella época, muchas veces, el gobierno no les pagaba siquiera a los maestros.

Vivían en Santiago de Cuba, en una casita de madera, muy modesta. Todavía está allí.

¿Por qué voy a parar a Santiago de Cuba a casa de la maestra? Porque ella, naturalmente, vivía una situación económica apurada. En mi casa, mi padre y mi madre se dedicaban al trabajo, y la escuela era mi círculo infantil. Angelita ya era mayorcita, no sé si estaba en quinto o en sexto grado, y la maestra convence a mis padres de que Angelita debía ir a Santiago a estudiar tal grado para después seguir los estudios en una escuela mejor, porque ya no existían perspectivas en Birán. Y a mí, que debo de haber tenido seis años, que llevaba sentado en la primera fila desde hacía por lo menos dos años —después me deben haber pasado para la segunda porque ya escribía y sacaba cuentas—, deciden mandarme también con Angelita. La maestra, indiscutiblemente, hizo una campaña; como yo había aprendido a leer y a escribir, dijo que yo era brillante, que era buen estudiante, muy inteligente y que, por lo tanto, también había que mandarme a Santiago de Cuba, para recibir una mejor educación. Ella convenció de alguna forma a mi madre y a mi padre de que era bueno que me fuera con Ange-

lita. No se llevan a Ramón, él no va.

Angelita y yo somos remitidos a Santiago de Cuba. Así empieza la historia.

Parece que conveniaron con mi familia el envío de 40 pesos, lo equivalente a 40 dólares, por cada uno de nosotros; o sea, la maestra aseguraba un ingreso de 80 dólares con nosotros dos en la casa. Para la época aquel era un ingreso muy grande, 40 dólares tenían entonces el poder adquisitivo que hoy tienen aproximadamente más de 1000 dólares en Estados Unidos; era un enorme poder adquisitivo, una res valía dos dólares, tres dólares. Fue un recurso que buscó la maestra para mejorar su situación económica. Hasta ese punto no la critico, aunque no puedo estar de acuerdo con que me hayan utilizado como instrumento. Los primeros en viajar fuimos Angelita y yo. A Ramón lo convencí después para que se quedara en Santiago, en una visita que nos hizo con mi madre. Soy el culpable de que Ramón haya pasado también aquel calvario.

Yo nunca me había separado de mi familia, y mandarme de Birán para Santiago de Cuba era casi casi como mandar a un muchacho de seis años para Estados Unidos, porque los de mi casa muy rara vez iban a Santiago.

Santiago de Cuba me pareció una ciudad enorme; recuerdo la estación de ferrocarril, construida en parte de madera; la ciudad, la bulla, todo.

Fuimos directamente para la casa de una prima. ¡Ah!, no

estoy seguro de que ya tuvieran alquilada la casa aquella adonde fuimos a parar. En la calle Santa Rita, cerca del malecón, en una casa muy modesta, vivía la prima gorda, que le llamaban Cosita, y allí dormí por primera vez en Santiago de Cuba.

KATIUSKA BLANCO. —Ella se llamaba Osoria Ruiz y vivía en el N.º 51 de la calle de Santa Rita baja, muy cerca de La Alameda. Estuve allí y me impresionó la exactitud con la que usted recuerda la cercanía al embarcadero. Llegué y era como si conociera el lugar desde antes, y es que en verdad ya lo había recorrido a través de sus palabras memoriosas...

FIDEL CASTRO. —A los pocos días, vamos a vivir en la casa chiquitica de madera, ubicada en un alto, cerca de donde se encontraba el instituto en Santiago, y allí nos reunimos el padre de la maestra, la hermana de la maestra, Angelita, Esmérida, una campesinita que llevaron de criadita y yo: cinco cuando menos. La maestra estaba unas veces, y otras no; según fuera el período de clases, ella regresaba a trabajar en la escuela de Birán.

Entonces, de la casa de la prima gorda, mandaban una cantinita chiquitica donde podía caber la alimentación de una o dos personas. Aquella cantinita, que llegaba por el mediodía, era para comer los cinco por el mediodía y por la noche.

Yo no sabía lo que era el hambre, pudiera decir que no sabía lo que era el apetito, porque estaba todo el día en la tienda, en la casa o en el campo comiendo dulces, caramelos, frutabombas,

mangos y toda clase de chucherías. Cuando nos sentábamos a la hora del almuerzo, había que presionarnos, casi obligarnos a comer; eso era en la casa. Pero cuando llego a Santiago descubro el apetito, no el hambre porque yo no sabía lo que era el hambre, no estaba consciente de que estaba pasando hambre, sino de que sentía un apetito enorme, la comida me parecía una maravilla, fabulosa. Todos los días esperaba que llegara la cantina aquella, a la hora del almuerzo, y al final, por la noche, repartían el buchito de lo que quedaba en un platico. Era una cucharadita de arroz, un poco de boniato... ¡Hasta el último granito me lo comía!, ¡lo pinchaba con una punta del tenedor! Y lo digo sin exagerar en lo más mínimo. La comida se había vuelto de repente para mí algo maravilloso, exquisito, pensaba todo el tiempo en eso. Parecía una cosa infinita, que yo no pudiera nunca satisfacer aquella ansiedad... Estaba esperando por la tarde que llegara otro granito de arroz.

Aquello se une a otra cosa: en la casa, cuando llovía, caía más agua adentro que afuera. Era un barrio pobre, muy pobre.

Mis padres enviaban 40 dólares por cada alumno. Daba para comer igual que un rico. Creo que la maestra hizo demasiada economía. Ella empezó a ahorrar dinero. No sé cuánto se dedicaba a la casa y al gas, pero creo que serían 10 dólares, 14 dólares, 20 como máximo.

Claro, lo único que podemos decir con justicia es que todo el mundo pasaba hambre allí: el padre de la maestra, la herma-

na, todo el mundo; era un hambre bien repartida entre todos, porque aquella pequeña cantina no podía dar para los cinco.

En aquel momento yo vivía en el barrio de muchachitos pobres, donde un durofrío valía un centavo, un rallado o granizado con sirope de fresa, de cola o de cualquier cosa, costaba un centavo. Figúrese, con el hambre que pasaba, salía por allí y los muchachos que tenían un centavo compraban, pero los muchachos son egoístas, los muchachos, en general, son egoístas.

Además del hambre, la hermana de la maestra me daba una esmerada educación francesa: cómo uno se sienta, cómo uno tiene que comportarse, cómo se debe comer en la mesa, y entre las cosas que no se podían hacer jamás, estaba pedir. Entonces, los muchachos conocían las reglas por las cuales nosotros teníamos que regirnos, y cuando un muchacho estaba comiendo rallado y yo le decía: «Dame un poquito de rallado», me respondía: «No», e iban a ver a la hermana de la maestra y le decían: «Oiga, está pidiendo». Me delataban si violaba las reglas de la casa, porque ellos también pasaban hambre y no querían dar ni un poquito del rallado.

Todavía recuerdo que un día le pedí un centavo a la que fue mi madrina después, y me dijo: «No, no te puedo dar un centavo, porque ya te he dado 81 centavos». Sería cuando llevaba dos meses allí. La situación era tan crítica que ella no me podía dar un centavo para comprar un durofrío ni yo podía pedirlo.

Eso duró unos cuantos meses, puede ser medio año.

El hecho es que un día, no sé por qué, llegó Ramón a Santiago de visita, y llegó rico, porque Ramón tenía una carterita de bolsillo, que se dobla, con un dinero en menudo —10 centavos, 20 centavos de plata, centavos de cobre, medios de níquel, ¡me parecía una fortuna!— y tendría alrededor de un peso, y hasta más. ¡Figúrese! Salimos a una tienda, no sé si de unos chinos, y nos compramos unos turrones de coco que valían un centavo. Ramón llevaba capital suficiente para 150 turrones de coco, por lo menos. Cuando veo aquello, le digo a Ramón que se quede, que no se vaya, que se quede allí para garantizar aquella colosal riqueza. Como resultado, a los pocos días, la cantina había que estarla repartiendo con una sexta persona, que era Ramón, los comensales aumentaron a seis. El dinero de Ramón voló, no sé, en poco tiempo desapareció todo, y recuerdo que la situación llegó a ser tal, que además de pantalones cortos, sin medias, los zapatos que tenía se rompieron, y pedí una aguja y cosí los zapatos con hilo de coser. Tendría entonces seis o siete años.

KATIUSKA BLANCO. —Tenía seis años, Comandante, porque lo llevaron para Santiago en mayo o junio de 1933, en agosto de ese año cumplió siete.

FIDEL CASTRO. —Aquel fue el período más crítico. ¿Cuánto duró? Quizás Angelita supo cuánto duró tal período, porque Angelita me llevaba como cinco años.

La maestra en Birán —según oía a mis tías, a mi madre y a todo el mundo después, cuando se formó el escándalo por todo esto— comía en mi casa, se servía y escogía las piezas de pollo en el arroz amarillo. Ella estaba espléndidamente en mi casa. Cuando llegó Ramón a Santiago, Eufrasita comenzó a recibir 40 pesos más, 120 pesos en total por los tres. Pero en la casita de Santiago de Cuba, para todos nosotros, la cantina seguía siendo la misma.

Fuimos objeto de un negocio y pasamos hambre, pero hambre de verdad.

Es así como te he contado, con un rigor histórico exacto y preciso. Tiene importancia porque creo que influyó después, cuando me vi desde muy temprano enfrentado a problemas y situaciones muy difíciles, como el hambre, que al principio no podía explicarme. Me doy cuenta de que hemos sido víctimas de una gran injusticia, bastante tiempo después, cuando mi madre llegó a Santiago; pero no sé qué tiempo pasó. Tengo presente que en el año 1933, en agosto, cae Machado. Con el golpe del 4 de septiembre, sube Grau. Fue él quien promulgó las leyes nacionalistas sobre el trabajo. Angelita y yo fuimos al barco *La Salle*, en el que expulsaron a los haitianos. Era en el último trimestre de 1933 o a comienzos de 1934.

Grau estuvo de septiembre a enero, tres meses, y en dicho tiempo dictó la ley de expulsión de los haitianos. Cuando esto ocurrió ya Luis Hibbert, cónsul de Haití, era novio o marido de

Belén, y estábamos nosotros con él presenciando la expulsión de los haitianos, que fue al final de 1933 o principios de 1934. Ya habíamos vivido en la casa de madera muchísimo tiempo. Recuerdo que desde que fui interno en segundo grado, 1936 y 1937, no tuve más contacto con dicha familia. Mientras permanecí en aquella casa recibí tres obsequios por el Día de Reyes, es decir, tres días de Reyes Magos. De ello sí que me he acordado toda mi vida: las tres cornetas. Ya Luis Hibbert era mi padrino, y si no lo era todavía, ya tenía relaciones con Belén, porque si no, ¿por qué fui al vapor *La Salle*? Él nos llevó allá al muelle, al vapor *La Salle*, que tenía dos o tres chimeneas, a ver la expulsión de los haitianos, a quienes él como cónsul debía despedir.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, el 18 de octubre de 1933, el Gobierno Provisional de los Cien Días dictó el Decreto N.º 2232, ordenando la repatriación de todos los extranjeros desocupados o que se encontraran ilegalmente en el país. El 20 de diciembre se concede un crédito de 20 000 pesos para cubrir los gastos de los extranjeros menesterosos e indigentes —así decía—, a quienes el gobierno consideraba necesario enviar a sus respectivos países de regreso. Tal decisión se cumplió en vapores como el *San Luis* y el *La Salle*, que usted recuerda tan nítidamente.

FIDEL CASTRO. —Sé que estuve en aquella casa tres días de Reyes Magos, es de lo que me acuerdo. Hubo un momento en que se

produjo un cambio de casa, pasé a una un poquito más cómoda, no me acuerdo qué factores lo determinaron.

Una vez mi padre había ido a Santiago, y recuerdo que mi madrina —después viene la historia con la que fue mi madrina—, contaba que cuando mi padre estaba bajando por la escalera, lo vi, salí corriendo y decía: «Ahí está Castro, ahí está Castro, ahí está Castro». Nosotros no los llamabámos papá y mamá, todo el mundo les decía Castro, y nosotros le decíamos Castro al padre, y a la madre, Lina. La madrina decía: «Igualito que él».

Acabábamos de pasar no sé qué enfermedad, no sé si era la papera, la rubéola, una de las tantas. Según contaban en mi casa, estaba flaco, peludo, pero todo se explicaba porque habíamos estado enfermos, y mi padre no se daba cuenta.

El asunto se descubre cuando va mi madre a Santiago a vernos. Ella llega. Parece que Angelita está más consciente y le cuenta. Mi madre comprende que estábamos pasando hambre. Yo me acuerdo de una cosa fabulosa. Aquel día mi madre nos llevó a la ciudad a la mejor heladería que había en Santiago de Cuba, se llamaba La Nuviola, cerca del parque Céspedes, nos sentó, y nosotros: toma helado y helado. También lleva para la casa un saco de mangos —tiene que haber sido en la época de los mangos, en el verano— y entre Angelita, Ramón y yo nos comimos el saco de mangos completo.

Desde luego, aquella fue la peor fase, la del hambre física.

Por entonces también viví otra experiencia que me causó una impresión fuerte. Mientras estaba yo en Santiago de Cuba en casa de la maestra, siendo un niño, fue de Birán a Santiago la mujer de Antonio Gómez para visitarlo en la cárcel. Antonio era mecánico y su familia vivía a orillas del río Manacas, cerquitica de la tienda estaba el correo, siguiendo por el Camino Real en Birán. Después de la tienda, a unos 80 metros, había una casita de madera de dos pisos a orillas del arroyo. En los bajos de la casa vivía una familia y en los altos, otra. No sé el origen de dicha edificación. Allí vivía Antonio, el mecánico, que tenía varios hijos.

Era la época del machadato, y no sé por qué razón, posiblemente, como era una mujer de Birán, al único lugar que se dirigió fue a la casa de la maestra, y por alguna razón la mujer de Antonio me llevó con ella a visitar a su marido. Fue la primera vez que vi una prisión. El vivac estaba hacia el oeste de Santiago de Cuba, donde termina la avenida de La Alameda; como a tres o cuatro cuadras más estaba el vivac. Antonio permanecía preso por razones políticas, por ser comunista y por algún otro problema o protesta. La mujer se sentía muy triste. La imagen que recuerdo es de tragedia: al padre de familia, al sostén de la familia, de allá de Birán lo mandan preso al vivac de Santiago, y la mujer lo va a visitar. No sé por qué, no recuerdo cuál fue la causa, pero por alguna razón yo también fui incluido en la visita. Lo recuerdo perfectamente bien.

Me daba mucha pena, sentía mucha lástima por aquella familia. La mujer lloraba desconsolada, muy triste. Aquello inspiraba mucho respeto, por el concepto que le hacían a uno de que la cárcel era un lugar muy malo, que estar preso constituía una tragedia muy grande.

Recuerdo que vi algunas escenas de los soldados, pasaban frente a la casa, ubicada al lado del instituto, y allí había unos marinos apostados. Posiblemente el instituto estaba ocupado por la fuerza pública. Existía una lucha revolucionaria en aquella época. Recuerdo la imagen de alguien que pasa —no sé si le dijo algo a un marino— y le dan un culatazo con un arma. Vi algunas escenas de violencia, porque vivíamos frente al instituto, cuando permanecíamos en la casita chiquita.

De aquella casita no nos mudamos para otra más amplia, sino que al lado, de vecino, vivía un pequeño comerciante —su hijo se llamaba Gabrielito, quien al triunfo de la Revolución era ingeniero de TV, trabajaba en la televisión—, que se quedó con una parte de la casa y le dio la de abajo alquilada a la familia de la maestra. De la casa aquella, que era mucho mejor, se bajaba por una escalera. Quedaba en el borde de una loma y tenía una buena vista. Eso no ha cambiado, allí todavía está la casa de madera y también la otra. Con la mudada se mejoró algo la alimentación.

Un día llega mi madre y nos lleva otra vez para Birán, transcurre así el primer período, porque hay dos etapas.

Cuando se da el escándalo, tomo conciencia de que habíamos pasado hambre, que habían cometido una injusticia con nosotros. Oía en mi casa a todo el mundo hablando, decían horrores de la maestra: que si era esto, que cuando volviera le iban a tirar la puerta, que ella comía allí, que recibía todo. Según el escándalo y las conversaciones en mi casa, le sacaron a relucir todo. La maestra se convirtió en un personaje tenebroso. Pero luego pasó la tempestad, llegó la maestra, volvieron las relaciones normales en mi casa, un convenio de paz, y nos volvieron a mandar para allá para Santiago, en verano. Volvimos para la casa después del escándalo, de la discusión, los esclarecimientos y bajo juramento solemne de que nosotros no íbamos a pasar más hambre. Ya no la pasamos más, efectivamente, ya en el segundo período no pasamos hambre, hubo un cambio en cuanto a eso; pero la situación siguió siendo desagradable, porque había una pérdida injustificable de tiempo.

Angelita decía horrores, porque tenía más edad, hablaba, contaba, pero Ramón y yo al regresar a Birán estábamos en guerra con la maestra, y decidimos tomar represalia; éramos sus enemigos, con plena conciencia de que habíamos sido víctimas de una injusticia. ¿En qué consistió nuestra represalia? Otra vez en Birán, libres, salvajes de nuevo, recuerdo una de las acciones que tomamos contra la maestra: rumbo a la panadería había un caminito, y enfrente una gran estiba de leña para el horno. Cerca estaba la escuela. El techo era de zinc. La

profesora era una mujer nerviosa y se irritaba con facilidad. Ramón y yo hicimos una estiba de piedras pequeñas, y con unos tirapiedras, como si fueran morteros, en las primeras horas de la noche —la maestra estaba al acostarse a dormir— le tiramos desde la estiba de leña y empezaron a caer las piedras en el zinc, las que rodando por el techo hacían un ruido infernal: ¡Ta ta ta ta ta!, la maestra gritaba. Aquello fue del diablo, Ramón y yo tomamos así venganza contra ella, pero a pesar de todo, a mí y a Angelita nos mandaron otra vez para su casa. A Ramón no lo enviaron la segunda vez.

A Angelita la pusieron en una escuela de monjas, en el Colegio de Belén, como a dos cuadras de la casa. A mí no me pusieron en ningún colegio, me ponían a estudiar con la que fue después la madrina. Me daba clases. Así que me sacaron de una escuela, me sacaron del campo, me encerraron en Santiago, y aun cuando ya no estaba pasando hambre, me daban clases, pero no con libros, sino con una libreta de esas que en la carátula tenía la tabla de sumar, restar, multiplicar y dividir. Me ponían a aprender las tablas y yo me las sabía de memoria, todavía me acuerdo de las cifras; me hacían algún dictadito, y así me tenían perdiendo el tiempo.

KATIUSKA BLANCO. —Sí, Comandante. De mayo a diciembre de 1933, y luego, todo 1934 estuvo sin cursar estudios.

FIDEL CASTRO. —Recuerdo que pasé tres 6 de enero, tres días de Reyes Magos en casa de la maestra.

En el ínterin, ocurrieron importantes acontecimientos. Se establecen relaciones entre Belén y el cónsul de Haití, se crea un compromiso y se casan. Esperando porque el millonario y el cura se reunieran, cumplí ocho años sin bautizarme. Ya era grande, y entonces, el 19 de enero de 1935, me llevaron a la Catedral de Santiago de Cuba y me rociaron el agua bendita.

Ya no pasábamos hambre en aquel período, pero yo continuaba perdiendo el tiempo, hasta que, por fin, me ponen externo en el primer grado en el Colegio La Salle, después de todas aquellas calamidades. Eso solo podía ocurrir en 1935 si me hubieran llevado a Santiago de seis años, tal como fue, porque me llevaron antes del derrocamiento de Machado. No recuerdo con exactitud en qué momento. Con ocho años, antes de cumplir los nueve, ingresé en La Salle.

Esto implica que me deben de haber llevado de seis años y estuve aproximadamente dos años sin estudiar. Por eso pasé tres Reyes, tres veces el 6 de enero, porque me acuerdo de los regalos que me hicieron —se lo conté a Frei Betto—: primero me dieron una cornetica de cartón y un pito de metal; después me dieron otra que era mitad de cartón y mitad de metal, y después me dieron una de aluminio. Yo hasta entonces les escribía interminables cartas a los Reyes pidiendo de todo; mientras más pobreza y más necesidades, más le pedía yo a los Reyes. Mis cartas a los Reyes estaban en relación directa con la pobreza.

Ahora, si los datos son correctos, me mandaron a Santiago cuando estaba cerca de cumplir siete años, y me enviaron a la escuela cuando tenía los ocho cumplidos porque yo cumplo en agosto; así que me deben de haber mandado a La Salle a principios del año 1935, hasta entonces me han hecho perder dos años de estudio.

KATIUSKA BLANCO. —Efectivamente, Comandante. Lo enviaron a Santiago por primera vez en mayo o junio de 1933, con seis años cumplidos. Lo sé porque conseguí localizar el certificado de defunción de la doctora Nieves Feliú Ruiz. Ella muere el 30 de enero de 1933 y usted recuerda la llegada de tal noticia a Birán cuando afirma: «Ya Eufrasita era maestra en Birán, porque yo me acuerdo del llanto, de la historia, de la tragedia, que murió la hermana, y de todo eso». Ustedes viajan a Santiago poco después. En la finca esperaron que concluyera el curso para enviarlos. Cuando la caída de Machado, en agosto de aquel año, ya están en la capital de Oriente.

FIDEL CASTRO. —A mí me han hecho perder allí dos años. Entro con ocho años en primer grado; nueve años, segundo grado; diez años, tercer grado. De tercero, Ramón y yo —ya estamos juntos— pasamos a quinto, recupero un año, a los 11 en quinto —ya después voy para otro colegio en quinto—; 12, sexto; 13, séptimo. Ahora, aparece un problema cuando voy a ingresar en el instituto, pero eso ocurre cuando tengo 12 años, no en sexto grado, que es cuando viene una maestra negra, la pro-

fesora [Emiliana] Danger que se entusiasma conmigo y quiere que estudie el séptimo y el primer año de ingreso, y que al cumplir la edad los examinara. Ella traza un plan conmigo.

Recupero un año por buenas notas. A unos pocos alumnos nos pasaron del tercero al quinto por excelentes notas; nos ahorramos el cuarto grado, y yo recuperé uno de los años que perdí. A mí me hacen perder dos años académicos, por lo menos, porque llegué en 1933 y debía de haber hecho el primer grado con seis años, ¡si ya yo sabía! A falta de círculo infantil, me enviaron a los cuatro años a la escuela.

Es mejor que el hambre la haya pasado a los seis o siete años y no a los cinco, porque ya entonces no me producía daño cerebral, menos mal que comí bien antes. Creo, por lo menos me imaginaba, que era alto, flaco y crecido. Los primeros seis años fueron abundantes de leche, carne, proteína, de todo. Si me llega a pasar aquello en el primer año de vida hubiera sido un desastre. El hambre en Santiago debe de haber durado por lo menos un año.

KATIUSKA BLANCO. —Sí, Comandante. Calculo que fue de mayo de 1933 a mayo o junio de 1934, cuando Lina fue a verlos en plena temporada de mangos. Anteriormente, su papá había ido a visitarlos, pero sin percatarse de lo que acontecía, pues le dieron como explicación de su delgadez, la enfermedad del sarampión. Para Lina era difícil ir hasta Santiago porque había dado a luz a Juanita la noche del 6 de mayo del propio 1933. En-

tonces, cuando su mamá va a verlos y los encuentra en aquel estado deplorable, sufre un gran disgusto.

FIDEL CASTRO. —En aquel tiempo enfermé de una epidemia. No me podía enfermar del estómago, porque no comía nada. Cuando daban purgante, ¿para qué me iban a dar purgante a mí?

En la primera casa había riesgos, porque se mojaba toda, era húmeda. En tal época hubiera podido contraer una tuberculosis. Mucha gente sobrevivía a todo aquello. Algún efecto tiene que haber hecho en nosotros; calculo en alrededor de un año el período de hambre, posiblemente fue un año y tanto.

Yo no entendía nada, parecía que me estaban ayudando, que me mandaban para la ciudad, que me hacían un favor con todo aquello, para allá y para acá, y posiblemente hasta me embullaron para ir, me lo presentaron como un acontecimiento importante, como una gran cosa. Sé que salí encantado para allá, iba con Angelita, y el tren y la ciudad y las luces eléctricas, todas aquellas cosas nuevas... Pero nunca me llevaron al cine en dicho período. Recuerdo que una sola vez, muy al principio, me llevaron a la entrada de la bahía de Santiago de Cuba, a La Socapa, y a un islote que está en la entrada, debe de haber sido en ese tiempo, a los seis años. Fue una excursión campestre, a la francesa: en una lanchita, llegamos hasta cerca de la entrada de la bahía de Santiago de Cuba, Cayo Alto. Trajeron algo maravilloso: unos dulces de leche; recuerdo que

tenían unos pedacitos de guayaba —una sola vez—. Después, en la misma lancha, nos sacaron hasta la entrada de la bahía, y por primera vez vi el mar abierto, una cosa impresionante, lo más impresionante que vi, el mar abierto y olas fuertes en pleno verano. Una sola vez. Nunca me llevaron al cine ni salí más a ninguna parte: una excursión solitaria que hicieron una vez, al estilo francés, con una canasta.

Fue una época de pobreza, pero no como para pasar hambre, porque la gente estaba mal alimentada, sin embargo, resolvía el problema del apetito desmedido comiendo harina de maíz; compraban una libra y con ella se llenaban. La gente no comería carne, no tomaría leche, pero por lo menos comía harina seca de maíz, pan, se llenaba aunque estuviera desnutrida. Nosotros, no era que estuviésemos desnutridos, sino que pasábamos hambre. No nos llenábamos, al estómago no llegaba lo que tenía que llegar.

A mí me da pena hacer esta historia, porque todas aquellas personas murieron hace tiempo y fueron unos infelices. No es que fueran malas personas, sino que estaban obligadas a ser mala gente, porque la hermana de la maestra era una excelente persona y nos quería a nosotros y nosotros la queríamos muchísimo a ella; era una víctima. Ahí la autoridad, la que mandaba, era la maestra Eufrasita, porque era quien recibía un sueldo, cuando se lo pagaban, era quien tenía la relación con Birán, con mi familia, era la que recibía el pago. Ella ad-

ministraba todo; era, además, dura y ahorrativa, demasiado ahorrativa.

Lo que podemos decir es que el hambre que nosotros pasábamos, la pasaba la hermana y la pasaba el padre. Ella hacía pasar hambre a todo el mundo para ahorrar el dinero. Incluso, en aquel período fue a una excursión que organizaban a las Cataratas del Niágara. Era un viaje largo de Santiago a La Habana, de La Habana a Estados Unidos en barco, y no sé si luego, por tierra, iban en tren hasta las cataratas. La maestra de Birán, en aquella época de tanta pobreza y de tanta miseria, hizo el gran viaje y llegó llena de souvenires, de banderitas. Nos pasamos un año entero oyendo hablar de las Cataratas del Niágara. Fue el acontecimiento más grande que ocurrió en aquel período.

También se produjo entonces el derrocamiento de Machado. Recuerdo que en la mejor casa, yo no dormía en un cuarto, sino en un pasillo; y no dormía en una cama, sino en un canapé de mimbre, era rígido y no sé si le ponían algo, sé que dormía allí. Pero lo peor no era eso, sino que en aquella época de gran convulsión, todas las noches estallaban bombas. En una sola noche explotaron 22 bombas en Santiago de Cuba, y cada vez que explotaba una me despertaba. Aquella noche explotaron como 22, y a mí me parecía que iba a explotar una allí mismo, al lado. Yo no sabía ni por qué explotaban, ni a qué se debían. Había temor, pero a mí me ponían a dormir al lado de la calle; si hubiera estado en un cuarto más hacia dentro, más resguar-

dado, habría estado más tranquilo. Cuando no había hambre, había bombas. Hubo de todo allí. Conocí el terrorismo desde temprano, fui víctima del terror.

Además, en dicho período se establece la relación con el cónsul, hay matrimonio, el cónsul va a vivir allí, son mis padrinos, van cambiando las cosas y la situación mejora.

03 *Nostalgia de la casa y de todo, don Ángel en la guerra de Cuba, testimonios de antaño, volver al campo, La Salle, primera rebeldía, felicidad: interno en el colegio, alumno en Dolores, estancia en la Colonia Española, concurso de poesía*



KATIUSKA BLANCO. —Comandante, al recordar su estancia en Santiago, Angelita pone luz en todo lo que conversamos. Ella piensa que la iniciativa de enviarlos a la ciudad nació compartida. Por un lado, la maestra Feliú expresó la idea de que los tres hijos mayores de don Ángel y Lina fueran para su casa en Santiago a recibir una mejor educación, pues ella, como maestra habilitada —sin graduarse de la carrera de magisterio— no podía ofrecerles muchos más conocimientos en la escuela de Birán. Por otro lado, Lina, como no había podido estudiar, deseaba que sus hijos sí tuvieran la oportunidad de aprender, por eso se entusiasmó con el viaje.

Angelita considera que la maestra hizo la propuesta pensando en la posibilidad de recibir un ingreso estable en su casa, tras la difícil situación económica creada con la muerte de su hermana, la doctora Nieves Feliú. La conoció cuando su mamá la llevó con Raúl a su consulta, a comienzos del año 1932. Raúl tenía seis meses y ella, nueve años de edad. Recuerda que le indicó un tratamiento para la vesícula que consiguió aliviar las molestias que padecía.

Según su hermana, Eufrasita amparó su ofrecimiento de llevarlo a usted a Santiago con el argumento de que era un niño brillante.

Angelita nunca olvida la excursión a La Socapa porque cuando salieron mar afuera y comenzó a bambolearse el barco por una fuerte tempestad, se aterró, comenzó a llorar y a pedir que la regresaran a tierra. Tampoco olvida el último Día de Reyes Magos que pasó en casa de la maestra en Santiago, el 6 de enero de 1936, pues le obsequiaron una muñeca.

Angelita reconoce que, como era la mayor, se dio cuenta de que estaban pasando hambre. Inconforme, comenzó a escribir una carta a sus padres, pero Eufrasita, quien casualmente se encontraba de visita en Santiago por licencia u otro motivo, se percató de que la niña demoraba mucho encerrada en el baño, intuyó algo y cuando Angelita salió le dijo: «Deme lo que lleva en la mano», y allí mismo, al leer la misiva, se enteró de todo lo malo que decía de ella. Por supuesto, la carta nunca llegó a su destino.

En otra ocasión, mientras Belén y Luis noviaban en una terracita, ella se acercó para desearles las buenas noches. Eufrasita interpretó mal su actitud, dijo que la niña espiaba a los novios y la regañó fuertemente. Angelita asegura que no atinó a hacer otra cosa que irse pronto a la cama, coger un crucifijo, rezar y pedirle a Jesucristo una y otra vez que, por lo que más quisiera, hiciese llegar a su mamá. Al otro día Lina apareció, lo que hizo que Angelita, para el resto de su vida, viera esto como una prueba irrefutable de que Dios existía y escuchaba sus ruegos.

Ella recuerda que su madre se asombró de verlos destruidos, muy delgados y peludos, con la misma ropa de Birán y los zapatos virados. Dice que Lina se quedó fría. Angelita piensa que la maestra Eufrasita, debido a su carácter fuerte, ejercía gran influencia sobre su familia, dominaba a Belén, e incluso, a su padre Néstor Feliú, un buen sastre que había conseguido darles estudios a sus hijas en Haití.

FIDEL CASTRO. —Ellas hablaban francés durante las conversaciones en la casa. Es muy probable que como afirma Angelita, las hermanas estudiaran en Haití. En aquella época, para Santiago de Cuba, Puerto Príncipe resultaba más cercano que La Habana, por goleta o barco. Ellas charlaban en francés y lo hablaban perfectamente, pero no lo hacían para que no entendiéramos, lo tenían como un *hobby*, un orgullo, una manifestación de conocimiento porque les daba jerarquía, cultura, y creo que así lo practicaban. En realidad, las tres hermanas eran muy buenas, pero la que sentía más egoísmo era Eufrasita. Así es la historia. No quiero hablar mal de la gente. Vamos a echarle la culpa al capitalismo que obligaba a tales actitudes.

KATIUSKA BLANCO. —Angelita recuerda que Lina enseguida los sacó a las tiendas a comprar ropas, zapatos. Los llevó a pelar, les compró dulces, todo lo que se les antojara. A Angelita le dio un fuerte dolor de muela y comenzó a llorar. Entonces, para colmo, Eufrasita le dijo a Lina: «Usted ve, por comprarle dulces le está doliendo la muela». Y Lina le respondió: «No, por

no llevarla al dentista es que le duele la muela».

Al otro día salieron rumbo a Birán. Ramón cuenta que tomaron el tren de Santiago de Cuba a Antilla, pero solo pudieron llegar hasta Canapú. No podían continuar hasta Birán porque las malezas cubrían la línea del ferrocarril. Se desmontaron cerca de la casa de Joaquín Fernández, un español, viejo militante del Partido Comunista y compadre de don Ángel. Joaquín era el capataz de una brigada de reparación de línea y contaba con su propio motorcito, pero tampoco pudo llevarlos. Entonces la numerosa comitiva enrumbó hacia la casa de Almeida, otro compadre de don Ángel, quien alistó dos caballos; en uno iban Lina y Raúl, y en otro, Angelita, Ramón, usted y las maletas. La llegada a Birán causó gran revuelo. Allí, ante la gran mesa servida, ustedes arrasaron con todo en unos minutos, ante lo cual, don Ángel, no sin asombro, confirmó: «Pero... ¡es verdad que pasaban hambre!».

A pesar de todo, los volvieron a mandar para Santiago. Por eso, Angelita asegura que dicha señora ejercía una especial influencia también en la casa de Birán, y que tal era su plan, porque seguramente todavía no tenía dinero suficiente para el viaje que dio a las Cataratas del Niágara, en el verano de 1935.

Su hermana estudió primero en una escuela pública, mientras usted perdía el tiempo en casa, solo le orientaban aprenderse de memoria las tablas. Luego, ingresó externo en el Colegio La Salle, y Angelita en el de Belén. Por entonces las

costumbres de la casa habían cambiado con la presencia del cónsul haitiano, que se había casado con Belén. A él le gustaba servir la mesa a la francesa. ¿Recuerda tales detalles?

FIDEL CASTRO. —Sí, ya nos hacían comer vegetales: tomate, zanahoria, remolacha, chayote. A mí me obligaban a comerlos porque no me gustaban, en Birán no había remolacha ni zanahoria. Recuerdo muchas cosas porque pagué más platos rotos que nadie.

Nosotros vivimos en la casa de madera largo tiempo. Allí estuvieron Esmérida y Ramón.

Me ponían a estudiar solo. A mí Belén no me daba ninguna clase, me ponía a estudiar las tablas de multiplicar, dividir y sumar que aparecían en el forro de la libreta. Nunca di una clase.

Debieron de haber hecho un negocio a largo plazo, porque si se hubieran ocupado de nosotros y nos hubieran dado comida, habrían tenido un negocio por 20 años, pero fue por dos años y medio.

Cuando Eufrasita regresó de las Cataratas del Niágara le regaló a Angelita una trusa.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, recuerdo una de mis conversaciones con Angelita hace varios años. Sería a finales de 1996 o comienzos de 1997, cuando inicié las investigaciones. Le pregunté sobre los espejos de la casa, la lencería, los armarios, las visitas, los seres que habitaban dichos espacios. Indagué so-

bre los más insignificantes detalles de la vida cotidiana allí. También viajamos a Birán, Santiago, Guane, Pinar del Río, Guáimaro, Sibanicú y otros poblados para buscar papelerías en iglesias y archivos. En los recorridos por carretera, conversamos largamente. Ella recuerda historias de la familia y de su papá, de cuando don Ángel estuvo en la guerra de 1895, de su regreso a Cuba, de la existencia de unos parientes de España en Las Villas a quienes acudió, de su aventura al Oriente del país y sus trabajos —primero como sereno en unas minas y, luego, como contratista en la United Fruit Company—, de cómo llegó a Birán aproximadamente en 1912. Según ella, su hermana Enmita hablaba de las madrugadas de insomnio que pasó su papá como sereno, porque él mismo se lo contó...

FIDEL CASTRO. —Yo digo que la United Fruit fue la que hizo empresario a mi padre.

Casi no tuve oportunidad de hablar con él.

Mi padre era muy vivo, un campesino de los listos, porque oí decir que, incluso, él jugaba a las cartas con los oficiales y con los jefes, y que era hábil haciendo todo eso. Lo que se sabe es lo que él contó, y él no era un hombre que contaba muchas cosas; rara vez hablaba, por lo menos en la época en que lo conocí. A veces conversaba con un grupo de trabajadores en un campamento, y yo estaba a su lado. Cuando él salía de la casa estaba más alegre, más comunicativo, no era el carácter habitual que tenía en la casa. Siempre observaba que cuando salía

de viaje a cualquier lugar, al central, a Santiago, cambiaba su carácter. Salía de la rutina diaria y experimentaba un cambio significativo. En tales momentos era más comunicativo; hacía cuentos, historias. Tal vez no se daba cuenta de que yo estaba al lado oyendo. A lo mejor se imaginaba que no le prestaba mucha atención, pero yo sí se la prestaba.

Lo que se conoce es por lo que él contó, y en realidad contaba muy pocas cosas. He recogido algunas de las historias que él hacía a veces. No estuve mucho tiempo en casa porque desde los 18 años, cuando empecé a estudiar en la Universidad, no me fue posible visitar con frecuencia Birán para tener informaciones.

Incluso, es importante también para ver cómo fue la vida a principios del siglo XX, qué pensaban las personas. Muchas veces me rompo la cabeza, ¿qué había en el pensamiento de la gente? Y ya lo he dicho, a él no le oía expresiones negativas contra los norteamericanos, no le oía este tipo de expresiones. Si vino después de la guerra, él no debe haber analizado políticamente mucho el conflicto armado, y todavía menos puede haber conocido que era una guerra imperialista. No existía razón para suponer que tal intervención limitaba la independencia de Cuba. Mi padre no era cubano, no podía reaccionar como un soldado cubano, como un patriota cubano.

Un patriota cubano, incluso, si no tenía un nivel de cultura, no comprendería bien los fenómenos ocurridos alrededor

de dicha guerra. Me imagino a un cubano, soldado, combatiente, muy contento porque el jefe le dio una orden: «Se acabó la guerra». Está luchando contra el español, es independiente, le han puesto una bandera. Un cubano, incluso, no se habría dado cuenta de que una potencia extranjera estaba tomando posesión de Cuba.

Por su procedencia española, mi padre no debe haber comprendido muy bien cuáles eran las causas de la guerra ni por qué intervinieron los norteamericanos. Un campesino gallego a quien traen de soldado... A lo mejor el día que se acabó la guerra se alegró mucho también. No analizó aquello ni siquiera desde el punto de vista español, de nación derrotada. Es decir, no vi en él un ápice de resentimiento por la adversidad militar en la contienda. No pudiéramos decir que era un patriota español, pero sí era un soldado español que, como en muchas guerras, lo sacaron del campo, lo reclutaron y lo pusieron a combatir aquí en América. Tan solo era un soldado español; ni siquiera un patriota.

A lo mejor muchos de aquellos soldados, cuando se acabó la guerra, estaban contentos y ansiosos por volver a España otra vez: iban a ver la familia, a su país; iban a ver su tierra una vez más. Es posible que él se haya alegrado de eso, pero yo nunca le vi una manifestación de resentimiento contra los norteamericanos.

Era su característica ser capaz de admirar en la historia los

acontecimientos importantes, la técnica, la ciencia, la industria, y no hay duda de que él tiene que haber admirado a los norteamericanos. Si él viene como un hombre que no tiene nada, empieza a trabajar, después va a una empresa norteamericana, lo hacen contratista, y comienza a ganar dinero y a comprar cosas —un hombre muy pobre, que apenas sabía leer y escribir— tenía que haber tenido una buena opinión, una apreciación, una valoración positiva de la United Fruit Company. Mi padre no debe de haber nunca leído el *Manifiesto Comunista*, ni los libros de Lenin sobre el imperialismo. Él tenía la vida, y ante la realidad de la vida admiraba a los norteamericanos, porque era gente emprendedora, organizada, y es posible que mirara con aprecio tales cosas.

Hay que situarse siempre en la época, indiscutiblemente. Mi padre había venido cuando la Guerra de Independencia. Le compró a un soldado español su puesto en el barco, y así fue como vino la primera vez. Yo conozco la historia del viejo cuando era soldado y estaba en la Trocha de Júcaro a Morón, cuando la Guerra de Independencia.

A él lo repatrían al final de la contienda, va a España, a todos los soldados españoles los repatriaron, pero él regresa, no se queda allá, entonces hace algún dinero aquí en Cuba, de contratista con la United Fruit Company.

KATIUSKA BLANCO. —Angelita dice que en 1917, cuando su abuelo don Pancho llega a Birán, ya don Ángel, probablemente des-

de 1912, poseía tierras en el lugar. También guarda un testimonio de Panchita, la hermana mayor de su mamá Lina. Panchita tenía 12 años cuando don Pancho acepta la oferta del contratista de Camagüey y sale con su familia en tren desde Pinar del Río hacia Tana, pasa por Batabanó y hace empate de ferrocarril en Santa Clara. Vivieron también en Hatuey e Ignacio y luego, al conocer el ofrecimiento de trabajo de don Ángel, parten a Guaro Tres, en Oriente. Dos años después, como don Pancho era tan laborioso, don Ángel le ofrece trabajo en Birán, y mientras están allí se presenta la guerra de La Chambelona en 1917.

Gracias a la localización de las escrituras de propiedad se determinó que la posesión más antigua de don Ángel en Birán data del 22 de noviembre de 1915, cuando compra la finca Manacas a don Alfredo García Cedeño.

FIDEL CASTRO. —Entonces, ellos fueron para Birán más o menos en 1917 —son los abuelos por parte de madre, provenientes de Pinar del Río.

KATIUSKA BLANCO. —Lina nació en Las Catalinas y viajó en tren cuando contaba siete años de edad. Angelita conocía innumerables detalles del trayecto. Ella tenía más edad y conserva en su memoria los testimonios de los mayores, especialmente el de la tía Panchita.

Comandante, una fotografía suya junto a Angelita en Santiago muestra la hermosa relación entre ustedes. Usted va vestido de marinero y uno se percata de que los pantalones van

quedándole cortos, como adquiridos un tiempo atrás. Angelita siempre ha dicho que llegaron en diciembre de 1933 a Santiago, guiándose por la fecha apuntada al dorso de la estampa. Para mí, el detalle del largo de los pantalones dice mucho. La propia Angelita reconoce que cuando Lina va a buscarlos se sorprende de que tuvieran la misma ropa que habían llevado desde Birán. Finalmente, gracias a los documentos pude llegar a conocer casi con exactitud la fecha del viaje de ustedes de la finca a Santiago en mayo o junio de 1933.

FIDEL CASTRO. —Claro, las fotos no prueban que haya sido en diciembre de 1933 que arribamos a Santiago porque todos los elementos conllevan a que fue en un momento anterior. Estábamos ella y yo solos, también Esmérida, pero Ramón no viajó entonces.

Para mí, aparte de los tres días de Reyes, existe otro elemento a tener en cuenta: los haitianos.

El derrocamiento de Machado, en agosto de 1933, da lugar al llamado «gobierno revolucionario», creado después del primer golpe de Estado de Batista, el 4 de septiembre de 1933. En el gobierno de Grau, un profesor universitario, se aprueba la ley de nacionalización del trabajo en octubre de 1933, y con ella, la expulsión de los haitianos. Cuando conocemos al cónsul de Haití ya vivíamos en la casa de abajo. Mi madrina no lo conocía de antes. Es en 1933 o 1934, y yo fui al muelle a despedir a los haitianos.

Además, en dicho período el Ejército no tenía ocupadas las escuelas ni los institutos; era un gobierno llamado revolucionario o seudorrevolucionario. Me acuerdo que al principio de nuestra estancia en Santiago, el Ejército sí tenía ocupado el instituto allí, al lado nuestro, y presencié algunas acciones de violencia.

Las fotografías no prueban nada; en todo caso demuestran que pueden haber sido captadas mucho después que llegamos por primera vez de Birán porque, ¿quién me compró un traje de marinero a mí, con el hambre que estábamos pasando?

Angelita no recuerda que Esmérida vivió con nosotros en la casa chiquita, yo me acuerdo más porque mientras ella iba a la escuela, nosotros estábamos todo el día en la casa. Ramón llegó cuando vivíamos en la casa de madera que se mojaba, muchos meses después. El dato que más conservo, y concilia con los demás, es nuestra presencia en dicha familia en la celebración del Día de Reyes, tres años consecutivos.

En 1935, efectivamente, cuando ingreso en La Salle no he cumplido los nueve años. Después me convalidan el cuarto grado y paso directo al quinto. En el verano de 1938, Angelita estudiaba para ingresar en el bachillerato y tenía una maestra, Emiliana Danger, una profesora de Santiago que le está dando las clases de ingreso, para entonces ya he pasado el quinto grado. Ella empezó a ser para mí como una preceptora. La profesora negra fue la primera que en serio, de verdad, me

puso una meta. En aquellas vacaciones cumplo 12 años, y en septiembre debía comenzar el sexto grado. Entonces yo estaba en la casa de Martín Mazorra, asistía también a las clases que le daban a mi hermana porque no había otra cosa que hacer. Eso fue después de salir de La Salle. Estoy adelantándome un poco en esta historia.

Como oía las clases de Angelita, la profesora me preguntaba las mismas cuestiones que a ella, y yo me sabía las respuestas de las preguntas, entonces la maestra se entusiasmó, quería prepararme para el ingreso y el primer año de bachillerato. Es decir, se supone que al cumplir 13 años —los cumplía en agosto del año siguiente— al terminar el sexto, yo hacía el ingreso y el primer año en septiembre, cumplidos los 13, ese fue el plan de la maestra, y así nos presentaba a examen a los dos.

Bueno, yo adelantaba muchísimo, pero es precisamente cuando no puedo hacerlo, porque al llegar el nuevo curso escolar me enfermé y el plan de la maestra no se cumplió. Fue cuando me operaron del apéndice en Santiago de Cuba.

Todo el mundo le temía a un ataque agudo de apendicitis. Como los médicos tenían que hacer algo, yo diría que se puso de moda la operación de apéndice. Tuve quizás alguna molestia que no tenía nada que ver con el apéndice, pero inmediatamente se diagnosticó que había que intervenirme quirúrgicamente.

Acababa de terminar el quinto grado en junio y empezaba

el sexto en septiembre. A principio de curso me ingresaron en la Colonia Española, una clínica mutualista. Me operaron y guardé cama siete días, como se acostumbraba antes. En la actualidad, no se le ocurriría a nadie semejante disparate porque facilita la formación de coágulos y problemas. Al séptimo día me levantaron —ya casi uno no sabe caminar cuando está 10 días en cama, tienen que ayudarlo—, y dos o tres días después, por estar caminando, empezó a irritarse la zona de la operación. Se infectó la herida y explotó. Era una infección peligrosa, aunque parece que no llegó al interior, más bien fue superficial, pero la herida se abrió completa, por lo que me vi obligado a estar tres meses en el hospital, mientras se iba curando por un proceso natural. En 1938, posiblemente, no existía la penicilina ni otros antibióticos, de manera que yo tuve una gran suerte de que la operación, más bien preventiva, no hubiera terminado con mi muerte.

En el hospital, sin poder salir, tres meses allí, aparte de algunos libros, historietas y muñequitos que leía, tenía que emplear el tiempo en algo. Estaba bastante impresionado por las operaciones y pensaba ser cirujano. No poca parte de mi tiempo lo empleé en hacer operaciones de lagartijas y de otras cosas en el hospital. Después, cuando se me morían, lógicamente, observaba cómo las hormigas daban cuenta de los cadáveres de los animalitos. Me entretenía en todo, incluso, en ver cómo a una lagartija, que tiene la forma de un dinosaurio,

cientos de hormiguitas, miles de hormiguitas la cargaban y se la llevaban, la transportaban. Yo empleaba horas observando.

Pero bien, aparte de mi afición médica, hija de las impresiones relacionadas con la propia operación de apendicitis —en aquella época había quienes decían que yo iba a ser cirujano, realmente no sabían lo que iba a ser—, como yo tenía que invertir mi tiempo en algo y, excepto a los que estaban en la sala de infecciosos, visitaba, una por una, a las personas que estaban recluidas en el hospital: mujeres, jóvenes, niños, viejos, hombres, todo el mundo. Conocía a cada uno, no sé cuántas camas serían, habría 150 o 200 personas recluidas allí y yo tenía amistad con el ciento por ciento de todas. A muchas las visitaba diariamente, desde que me levantaba por la mañana hasta por la noche.

Tenía 12 años entonces. Un mejor observador se hubiera dado cuenta de que yo tenía muchas más cualidades de político que de cirujano, porque para todo tenía una salida.

Así invertí mi estancia allí, siempre se alegraban cuando los visitaba. Tal vez porque yo sabía de lo que padecían, me preocupaba por cómo estaban, hablaba con ellos. La clínica era más bien un hospital, usted pagaba dos pesos y tenía derecho a que lo atendieran, a que lo internaran, a que lo operaran, incluso, a que lo mataran; todo por dos pesos. No sé si el entierro estaba incluido en los derechos de los socios de la clínica mutualista. Mis padres estaban en Birán. Ahora sé que

mi madre acababa de dar a luz a la más pequeña de mis hermanas, a Agustinita, el 28 de agosto de 1938, apenas unos días antes de mi ingreso. Por tal razón, rara vez iba alguien. Ramón me cuidaba a veces, pero debía ir a clases en el colegio. Me pasé casi todo el tiempo solo en el hospital. Hice amistad con todos por instinto natural. Claro, las monjas me dejaban porque era una especie de mascota bastante grande. Por supuesto, no me permitían ir a la sala de infecciosos porque es lógico. Caminaba todo el tiempo, así que me era posible conversar, hablar con todo el mundo y, además, hacer algunas operaciones quirúrgicas.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, ¿sabía que la casa donde vivía la prima Cosita, aquella primera a donde fue cuando llegó a Santiago, pertenecía a la familia Ruiz de mucho tiempo atrás? La dirección de Santa Rita baja N.º 51 aparece asentada como domicilio de varios parientes que mueren a comienzos del siglo XX, en 1906 y 1908, según los libros de enterramientos en el archivo municipal y también en los viejos volúmenes y en las tarjetas del cementerio de Santa Ifigenia. La doctora Nieves Feliú Ruiz vivía en otro lugar de la capital de Oriente, en la calle baja de Princesa N.º 50. Ha pasado mucho tiempo de todo aquello, ¿no pone en duda sus recuerdos?

FIDEL CASTRO. —Una buena prueba de que me acuerdo bien de todo, de cada detalle, es la fecha de la muerte de mi querida tía Antonia. Cuando ella muere, nuestros abuelos vivían en el 31,

cerca de aquella vivienda, en la esquinita al lado del cañaveral, y fuimos por el camino que iba directo desde nuestra casa, por una guardarraya. Si la fecha es el 8 de junio de 1929, yo tenía 2 años, 9 meses y 25 días. Ese dato está más atrás de lo que creía.

Tengo en la memoria hasta las paredes con fotografías, santos, todo. Me acuerdo cómo estaba tendida: contra una pared, y ese dato es de 2 años y 10 meses, decisivo para mí. Tengo muchos elementos en los que me apoyo. Me convencen más mis cuentas.

Mi primera rebelión fue en el segundo grado. Allí se seguían una serie de reglamentos y me amenazaban con que si no era disciplinado me iban a mandar interno. Yo me doy cuenta de que me convenía mucho más que me pusieran interno que vivir allí, y un día tomo la decisión de crear una crisis, y la creo: decido desobedecer todas las órdenes, violar todos los reglamentos, si había que hacer esto, hacía lo otro, una rebelión. Realmente me puse insoportable y los obligué a cumplir la promesa. Por esa razón voy interno la primera vez para la escuela, como resultado de una sublevación.

Si el dato es correcto, tendría nueve años la primera vez que llevo a cabo, planeada, conscientemente, una actividad de rebeldía total. Entonces, ya antes de finalizar el segundo grado voy interno.

Fue para mí un enorme paso de avance, por primera vez estaba igual que los demás porque vivía allí en la escuela, co-

mía lo que comían los demás, los jueves y los domingos nos llevaban al mar y valía hasta más barato. Nos llevaban a una pequeña península dentro de la bahía de Santiago de Cuba, que se llamaba Renté, tal lugar ya no existe, la península sí, pero nadie la reconocería. Allí nos bañábamos en el mar, en una parte cercada dentro de la bahía, pescábamos. Fue un cambio radical en mi vida desde que me sacaron de aquella casa y me enviaron interno a la escuela. Sentí una gran liberación. Eso puede explicar por qué me adaptaba, después de haber pasado tantos trabajos en una casa privada y por qué me sentía feliz interno en la escuela.

En quinto grado, en el Colegio La Salle, tiene lugar una nueva sublevación, la segunda rebeldía, obligado por otras razones diferentes a las anteriores.

Aunque hasta el segundo grado no había sido rebelde, realmente me obligaron a serlo, a resolver el conflicto. Tomaba conciencia de un problema, ya ocurría por segunda vez: en segundo grado y en quinto grado.

KATIUSKA BLANCO. —A comienzos del año 2009 hice un viaje al pasado. Visité el edificio del Colegio La Salle. Ahora es la sede de la Oficina del Historiador de la Ciudad de Santiago de Cuba. Frente a sus muros tuve la impresión de que los conocía de antaño, y era realmente así, porque antes, en 1997, había estado allí con su hermana Angelita, entonces permanecía cerrado por reparaciones, y no conseguimos trasponer el umbral. Sin

embargo, esta vez sí recorrí despaciosamente las habitaciones, el patio, los corredores y las salas y percibí las diferencias entre el edificio más antiguo, de la época colonial, y lo que fue la ampliación en 1937. Lo imaginé en aquellos ámbitos, entre los escolares de entonces. ¿Cuán exaltado estaba su espíritu?

FIDEL CASTRO. —Para mí fue un primer gran acontecimiento que me enviaran interno. Me sentía dichoso.

En aquel momento soy un muchacho feliz: estoy en la escuela, vivo como todos los demás. Cuando salíamos de paseo atravesábamos la bahía en una pequeña lancha, íbamos todos los estudiantes internos, de 25 a 30, aparecemos en una foto; yo estaba entre los más pequeños, porque cursaba el segundo grado. La lancha se llamaba *El Cateto* y hacía: ¡Pum, pum, pum! Iba lenta por toda la bahía, la bahía tranquila; tardábamos 20 o 30 minutos. Bajábamos de la escuela al muelle, y cuando llegábamos montábamos en la lancha y atravesábamos la bahía. Íbamos a otro muellecito —todavía recuerdo el aire y hasta el olor del mar—, y allí había una casa de retiro de los Hermanos de La Salle. Esta tendría el equivalente a un cuarto de hectárea cercada. Existía un campo de béisbol en la península y un balneario con trampolín en el mar. No era una playa, era de fondo cenagoso y estaba cercado para protegernos, para que no nos fuéramos lejos y para que no entraran tiburones. Afincados en lo hondo del mar, una serie de troncos de palmas canas nos protegían. Allí muchas cosas interesantes llamaban la aten-

ción: se veían viejos barcos hundidos. Era una maravilla.

En segundo grado me bañaba, me tiraba del trampolín, pescaba. Me gustaba mucho la pesca. Iba con un cordelito, buscando caracoles como carnada para pescar. Recuerdo que agarraba mis pescaditos y después me los comía en la escuela, porque en la cocina nos cocinaban lo que pescábamos.

Yo diría que ingresar interno fue uno de los grandes acontecimientos de mi vida.

Otro suceso resultó ser el progreso o la bonanza de la escuela a medida que se rebasaba la crisis económica. Sería ya por el año 1937, por tal fecha iba mejorando la situación y los Hermanos de La Salle deciden construir un tercer piso para más alumnos.

Posiblemente, Ramón y Raúl ya están allí —Raúl muy pequeño, tendría cinco años—. Estamos los tres y, además, un muchacho de los Pinares de Mayarí, cerca de Birán, que se llamaba Cristóbal Boris [Cristobita], hijo del administrador de una empresa, un aserrío; y ya con él éramos cuatro.

KATIUSKA BLANCO. —Ramón recuerda que una noche allí hubo un incendio grande, y entonces Cristobita empezó a gritar porque Raúl, de apenas cinco años, le había dicho: «Oye, se está quemando Santiago de Cuba». El Hermano Enrique tuvo que buscar un calmante para Cristóbal Boris. Su hermano habla de las disputas en el cuarto porque ninguno de ustedes quería nunca apagar la luz, por lo que a él le tocaba ceder. Otras veces

obraba de intermediario. Según él, usted mortificaba mucho a su hermano más pequeño, a quien Ramón bañaba y vestía porque Raúl no tenía cinco años cuando quiso quedarse con ustedes en la escuela, durante una visita que Lina les hizo. Usted cuenta que le ponía disciplina a Raúl, mientras Ramón lo malcriaba. Ramón evoca también la contribución de su papá a la ampliación constructiva del Colegio La Salle y dice que por tal razón destinaron un cuarto solamente para ustedes...

FIDEL CASTRO. —Cuando los Hermanos de La Salle construían el tercer piso, mi padre tenía fama en la escuela de tener dinero y grandes ganancias. Había oído hablar de que en mi casa ingresaban 300 pesos diarios, y un día, no sé por qué, le conté a uno de los Hermanos de La Salle cosas de mi casa y, como muchacho al fin, lo que oí se lo conté. A partir de aquel momento nos convertimos en gentes muy importantes. Ellos sabían que mi padre tenía dinero, pero cuando yo les dije —entonces— aquel dato, causó una gran impresión. Y no era falso. Cuando construyeron el piso de arriba para los alumnos internos, fabricaron un cuarto especial para los hijos de Castro —para los tres, pero éramos cuatro, Cristobita también estaba—, y todo se debía a la fama de rico de mi padre. Yo tuve una prueba palpable —no quiero decir que sea un juicio crítico, pero me di cuenta, y no sin cierta malicia— de que en el colegio se interesaban mucho por nosotros y nos daban un tratamiento especial porque éramos una familia muy rica. Allí tuve la

oportunidad de ver manifestado el interés. Aquel fue un acontecimiento, la construcción de la escuela.

Los alumnos internos teníamos cada semana dos días de descanso: jueves y domingo. Quizás era una fórmula inteligente, porque dividían la semana en lunes, martes y miércoles; y en viernes y sábado: tres días de clases y un día de descanso. No sé si es la semana inglesa, creo que más bien se trata de una semana francesa, porque los Hermanos de La Salle tenían una cultura francesa, y algunos de ellos eran de esta nacionalidad. Cuando estudié en La Salle, tuve contacto con la cultura francesa, no con la española.

En el segundo año, cuando vinieron las vacaciones de Nochebuena, por alguna razón nos quedamos allí, nos pasamos todo el tiempo jugando —creo que Raúl aún no estaba con nosotros—. Fueron las únicas, después que estuvimos internos en la escuela, en que no visitamos la casa; permanecimos como seis meses sin ir a la casa.

La vida era muy buena, maravillosa en aquel momento, comparado con lo que habíamos tenido anteriormente. Así transcurrió el primero, el segundo y el tercer año, y con notas excelentes.

Hubo un congreso eucarístico —de acción de gracias—por aquellos días. Entonces la escuela y los Hermanos de La Salle, con motivo del congreso, organizaron algunas ferias, donde vendían muchas estatuas de santos. Parece que por el interés

de ganar dinero, les vendían a los muchachos todo lo que querían. Ramón y yo compramos cuantas estatuas había de todos los santos, y las llevamos a mi casa cuando fuimos de vacaciones, después del congreso. Como mi madre era muy religiosa y siempre tenía estatuas de todas clases, qué sé yo cuántas pequeñas estatuas compramos allí de las vendidas por los curas con motivo de aquella actividad religiosa.

Llegamos a Birán con las maletas llenas de todo tipo de estatuas de yeso, y todo el mundo muy contento con ellas. A nadie se le ocurrió pensar cómo las habíamos comprado, pero las habían anotado en un solo crédito.

Antes de terminar las vacaciones, desde la escuela llegaron unas cuentas enormes. Mi padre estaba indignado, irritado, protestando porque le mandaron la cuenta de no sé cuántas decenas de pesos por los santos que habíamos comprado. Mi madre era un poco más devota, pero, realmente, a mi padre nunca lo vi muy devoto, nunca lo vi comprando estampas ni estatuas de santos. Aquello dio lugar a una severa reprimenda.

Diría que fue una vida buena hasta que surgieron incidentes en el colegio que determinaron mi salida de allí.

En la escuela había un Hermano, se llamaba Bernardo, uno de los amigos de nosotros, muy interesado, era inspector —quiere decir que estaba con los internos—. Yo observaba en él tendencias que me parecían un poco extrañas. A veces, algunos de tales inspectores, de dichos hermanos, tenían ciertas

preferencias por algún alumno. No se saben las razones, pero se veía una preferencia, alumnos predilectos sin que tuvieran méritos especiales.

Una vez, posiblemente estaría yo en tercer grado, veníamos de Renté a Santiago en el barco *El Cateto* y había un muchacho de Baracoa —un muchacho como cualquier otro, pero por quien el inspector tenía cierta preferencia—, y tuve un pequeño conflicto con él mientras viajábamos. Sacamos pleito, nos fajamos dentro de la lancha en la bahía. Recuerdo que yo venía con la camisa desabrochada. Los otros muchachos se metieron y nos separaron.

Después desembarcamos en el muelle de Santiago. Era un espectáculo, porque Santiago tiene elevaciones, y del nivel de la bahía usted va subiendo por algunas empinadas calles hasta las partes más elevadas donde está el colegio. El camino más corto era una calle que atravesaba los barrios de prostitutas. Yo debía de contar con 11 años, sabíamos bastantes cosas, veníamos del campo, y allí los muchachos están un poco más aleccionados. Ramón cuenta que yo, muchas veces, como una travesura, tocaba las puertas de las casas por las que pasábamos...

Entonces, subíamos por esa calle. Regresábamos de noche los 25 muchachos en hileras por cada acera. Pasábamos cerca del mercado, pero antes atravesábamos como tres calles de bares y de prostitutas, y recuerdo que ellas se metían con el Hermano, lo llamaban: «Curita... ven, curita», y los mucha-

chos oían aquello. El Hermano se mostraba muy abochornado. Los Hermanos iban con el hábito propio de la orden La Salle, pero no eran sacerdotes; llevaban el hábito y un cuadrito blanco aquí en el pecho, con su sombrero.

Aquella vez atravesamos las calles, llegamos a la escuela de noche, pero como yo no consideraba concluido mi *match* de boxeo, tan pronto llegamos a la escuela fui donde estaba sentado el otro y le dije: «Levántate, vamos a seguir», le di un *jab* en un ojo y seguimos la pelea. Otra vez se metió todo el mundo y nos separaron, pero el hecho real es que al predilecto del inspector yo le había puesto un ojo morado. Era un muchacho de mi edad, igual que yo, y fuerte. Enseguida presentí que me había creado un conflicto serio.

En la escuela existía una pequeña capilla donde todas las noches realizaban una ceremonia religiosa en la sacristía, le llamaban «la bendición», y a veces algunos niños íbamos allí antes de comer.

La misa era por la mañana. Por la noche era la cruz con la hostia y la campanilla sonando.

Estaba yo en la sacristía, viendo la bendición, muy devotamente, como se supone, cuando abren la puerta y se asoma el Hermano inspector Bernardo, interrumpe mi actividad religiosa y me llama. Caminamos por un pasillo, doblamos, y cuando hemos caminado unos metros, me dice: «¿Qué te pasó?». Entonces, le fui a explicar, pero no me dejó, me dio un

galletazo con todas sus fuerzas, que me dejó el oído…, y cuando todavía estoy así, aturdido, me golpeó con la otra mano por el otro lado. Me dio dos golpes de hombre. ¡Me dio dos golpes realmente muy fuertes!

Me pareció injusto, humillante, abusivo. Debió de ocurrir, quizás, al final del tercer año. Después, cuando pasé de tercero a quinto, en el primer trimestre —no sé si en aquel mismo año o anteriormente—, en otra ocasión íbamos subiendo hacia el dormitorio que estaba en el tercer piso —teníamos que ir en dos filas—, yo estaba conversando en la fila y me dio un coscorrón, no muy fuerte. Era la segunda vez que me golpeaba.

Cuando estaba en quinto grado, como en el mes de noviembre, las clases iban muy bien, la conducta nuestra, bien. Desayunábamos, y cinco o diez minutos antes de empezar las clases teníamos un recreo. En el desayuno nos daban café con leche y unos panecitos, pero no nos ponían límites. Si queríamos comer dos, dos; tres, tres. Con frecuencia el estudiante se comía un pan rápido y le echaba mantequilla a los otros dos y se los llevaba, o se comía dos y se llevaba uno —comprábamos una mantequilla que se guardaba en unos pomos verdes y nos la comíamos medio rancia—. Cuando salíamos formados del comedor, llegábamos al otro lado del patio y allí rompíamos filas. Aquellos 10 minutos los aprovechábamos para jugar pelota, y el que tocaba primero una columna que había allí se ganaba el mejor lugar para empezar a batear; a veces los estu-

diantes se disputaban el primer lugar. Yo salía de desayunar, creo que llevaba dos panes en la mano, además, quería tocar la columna, parece que hay un conflicto, alguna empujadera con otro muchacho, y viene el inspector por detrás y me hace: ¡Paf!, el tercer coscorrón. Entonces, me paro, agarro el pan y le hago: ¡Ra!, y voy sobre el Hermano Bernardo, que es mucho mayor que yo y más fuerte. Lo muerdo, le entro a piñazos, a patadas, comienzo con un fuerte *match*. Por fin, logró separarme y me empujó hacia allá. El director estaba cerca de mí en una sala de lectura, desde donde, además, vigilaba. Me le acerqué y le dije: «Me golpearon», pero él respondió: «No, si nada más lo empujó». Él había visto tal vez el final y no el comienzo.

Fue un acontecimiento muy grande. El problema no fue el hecho en sí, el daño que yo le hubiera podido hacer al inspector porque él logró dominarme al fin y al cabo, sino que significó un reto a su autoridad. Todos los muchachos siempre decían: «Le voy a tirar un tintero por la cabeza, le voy a hacer esto...», algo que jamás hacían; pero esa vez se dio la circunstancia de que un estudiante no tuvo otra alternativa que responder a un hecho de violencia. Entonces, éramos tres hermanos allí, yo era buen estudiante, tenía buenas notas, no me portaba mal y decidieron dejarme en la escuela. La actitud que el Hermano Bernardo adopta es la de ofendido. Su autoridad había quedado muy resquebrajada. La escuela tenía unos 200 alumnos

entre internos y externos y todo el mundo supo lo que pasó: un estudiante le había tirado el pan por la cabeza… Él asume el papel de víctima, su dignidad estaba ofendida; no me hablaba y yo tampoco lo hacía. Me portaba rigurosamente bien, con más razón desde que había sucedido aquello.

Pasaron de cuatro a seis semanas antes de las Navidades, me porté rigurosamente bien dentro de la situación, por tal de no dar pretexto, es decir, que reaccioné con mucha dignidad ante semejante problema. Hacía deportes, jugaba pelota, iba a competencias, me destacaba, y pasaron las semanas, hasta que llegaron las Navidades.

Ellos tenían un sistema de notas para la disciplina. Todas las semanas daban un boletín de acuerdo con la conducta: al que se portaba bien le daban un boletín blanco; al que se portaba mal, un boletín rojo, y al que se portaba muy mal, excepcionalmente, un boletín verde. Después de aquel conflicto, no sabía lo que iba a pasar.

Llega el día en que hay que dar los boletines, y decían: «Boletín blanco...», y casi siempre yo sacaba boletín blanco porque tenía buena conducta, pero esta vez no me mencionaron. Después: «Boletines rojos: Fulano, Mengano...», y no estoy incluido. Me quedé esperando, tal vez me van a dar un verde —pensé—. Anuncian: «Boletín verde: Fulano...», y tampoco estaba. Me habían sacado de todos los boletines, del blanco, del rojo y del verde. Así sucedió hasta que se acabó el

trimestre. Mantuve mi comportamiento correcto, y aun así él me ignoraba, fue la actitud que adoptó.

No es que decidieran expulsarme, sino que yo estaba dispuesto a irme del colegio, convencido de no volver a aquel lugar, y esperaba las Navidades. Recuerdo bien que llegaron mis padres a recogernos, esta vez fueron los dos, mi padre y mi madre, para las vacaciones de Navidad. Entonces, el director de la escuela los cita y da su versión.

Antes, el director del colegio era un Hermano muy bueno, se llamaba Fernando. Fue el director mientras nosotros estuvimos en primero y segundo grados. Era medio francés, de tez rosada, un hombre muy noble. Después nombraron como director a un Hermano llamado Leonmarí. Él tenía la información que le dio el inspector Bernardo, y aquella misma fue la que trasmitió a mis padres. Después de esto salimos de la escuela decididos a no volver más; yo por lo menos pensaba así. Ramón no tuvo ningún problema. Raúl, con seis años, era el más chiquito de la escuela y tendría poca posibilidad de discernir lo que acontecía. El conflicto lo había vivido yo, por este problema. Nos fuimos para la casa. Allá se sentían muy irritados con nosotros, porque estaban bajo la influencia de la información que les dieron.

Realmente lo que el cura le dijo a mi padre —y, por supuesto, mi padre se impresionó mucho— fue que sus tres hijos eran los tres bandidos más grandes que habían pasado por la

escuela. Así, con tales palabras.

Si acaso, el único bandido era yo, porque no existía ni la más remota justificación para llamar bandidos a Ramón o a Raúl que tenía seis años. Ellos no hicieron nada, solo solidarizarse espiritualmente conmigo ante el problema. Tuve aquel conflicto, mi reacción ante un acto de violencia, y después me porté con una dignidad completa, no tenían que llamarme la atención; yo no existía, pero mi no existencia la llevaba con mucha dignidad: ni una falta, ni la más mínima podían señalarme, porque yo consideraba interiormente que tenía razón.

Viene la etapa en que cambiamos de escuela, fue el segundo problema serio que tuve, en un período de tres años: en primer grado y en quinto grado.

En lo absoluto considero incorrecta mi conducta en la escuela, no tenía malas notas ni faltas de disciplina. En general era activo, inquieto, practicaba deportes, pescaba, hacía y deshacía. Era un alumno normal de aquella escuela, con las faltas habituales, un día hablaba en clase o en filas, cosas intrascendentes. No era de un comportamiento especialmente malo, pero también existía otro problema: aquellos hermanos no eran los jesuitas, que sí eran mucho más rigurosos, gente más seleccionada, ostensiblemente más preparada, de una vida mucho más dura. Los Hermanos de La Salle, incluso, no hacían voto perpetuo, harían un voto temporal, podrían prolongarlo.

Muchos de ellos eran personas muy buenas y nobles. Me acuerdo del Hermano Fernando, pero yo observaba en algunos Hermanos de La Salle más relajamiento, y ellos a veces tenían preferencias. Quizás nos verían como sobrinos, les recordaríamos a un familiar, un primo, algo así.

Pienso que el inspector tuvo una reacción histérica —no sé si está vivo o muerto, no tengo ningún interés en hablar mal de nadie, no me resulta fácil mencionar un nombre, porque no sé si vive o si murió, si vive en Cuba, si se encuentra en Estados Unidos, si tiene hijos y nietos; no lo quiero mencionar, aunque recuerdo su nombre—. Realmente su reacción fue exagerada, sin lógica. Hoy veo que reaccionó con espíritu de venganza, y me golpeó con toda su fuerza, me dejó aturdido —primero con la derecha y después con la zurda, con las manos abiertas—, me dio duro, con toda su fuerza.

Ahora, me hizo a mí un efecto tremendo, me quedó aquello por dentro. Es más, me quedé aturdido y con la idea de la injusticia. En las otras ocasiones en que me golpeó, no lo hizo con fuerza, pero sí fue humillante, y ya yo sentía indignación por lo sucedido, lo que me hizo reaccionar. Tal vez él creyó que lo podía hacer también, golpear. A mí me parece, y ahora más, que lo más absurdo es que se golpee a un estudiante, y tal fue la causa de mi conflicto, determinó la salida, el cambio de colegio y, como consecuencia, problemas en mi casa; porque lo peor fue que mi familia aceptó la versión dada por el direc-

tor de la escuela.

Raúl y Ramón fueron víctimas inocentes. Ni él ni Raúl estuvieron en el problema. Raúl en aquel momento tendría seis años, estaría en segundo grado porque era el más pequeño de la escuela al inscribirse.

Cuando nosotros llegamos a Birán otra vez —el punto de partida y el punto de regreso siempre era Birán, el campo—, en una feliz fecha por la Nochebuena, la Navidad, el Año Nuevo, eran las vacaciones, pero como en la casa estaban disgustados, le pedían al asturiano tenedor de libros César Álvarez, que nos pusiera tareas, cuentas de multiplicar, de dividir; de manera que las vacaciones nos las desgraciaron.

Por las mañanas, el tenedor de libros debía cumplir la misión de ponernos un montón de cuentas; como él tenía que calcularlas y eran cuentas de multiplicar o de dividir muy grandes, utilizaba un libro de tareas de la escuela al que correspondía un libro de respuestas. Ramón había conseguido el volumen de las soluciones. No sé cómo Ramón consiguió el libro de respuestas, nos fue muy útil. Cuando el tenedor de libros nos ponía aquellas cuentas larguísimas, Ramón y yo hacíamos rápidamente todos los ejercicios para irnos a pasear. Y yo ¡estaba feliz! Ahora recuerdo que Ramón contó una vez que, como era monaguillo, tenía amistad con el Hermano Miguel, quien aunque malgenioso, lo ayudó.

Recuerdo que en dichas Navidades algunos amigos visi-

taron a mi padre —un día, uno; otro día, otro; algunos agricultores, colonos— y mi padre se presentaba como el hombre más desgraciado del mundo por lo que le habían dicho en la escuela, y le contaba a sus amigos que era un hombre muy desgraciado porque sus tres hijos, según las autoridades del colegio, eran los bandidos más grandes de la escuela. Me entero de que mi padre le había explicado su tragedia a todos, y circula la noticia de lo que dijo don Ángel Castro a su amigo tal y más cual. Yo me sentía más irritado todavía porque era absolutamente injusto; me sentía incomprendido en medio de un problema en el que tenía toda la razón.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, pero ¿nunca pensó que los comentarios de su papá a los amigos de algún modo también expresaban un sentimiento de orgullo? Los veo como la típica reacción de alguien que, por un lado está molesto debido a las quejas que le han dado y la pena o la vergüenza por el llamado de atención de la dirección del colegio. ¡Oígame! Imagino a su papá, con toda su prestancia, casi recibiendo un regaño en el despacho de Leonmarí… Debió de disgustarse mucho; pero, ciertamente, por otro, apenas consigue ocultar la satisfacción al saber que sus hijos no se dejaron influir o arrastrar por la vida de la ciudad y el estricto colegio religioso. Hay como un repunte de orgullo, al ver que los hijos no se le convirtieron en unos señoritos remilgados, sino que siguen, de una manera muy especial, fieles a la naturaleza agreste, sana y viva de la

casa y la finca. Hay que pensar en lo vivido por él, se hizo con esfuerzo y trabajo, y era lo que más valoraba. Tal vez si hubiera guardado silencio, pero aquello lo comentaba a todos, pienso que no sin alarde, casi vanagloriándose. Imagino que siendo usted niño le sería bien difícil apreciar de tal manera lo acontecido, sobre todo si el castigo lo consideraba una decisión injusta.

FIDEL CASTRO. —En verdad, siempre creí que estaban muy contrariados. Así pasó la Nochebuena, el Año Nuevo y llegó el día 6 de enero. Se suponía que al día siguiente partiríamos hacia la escuela, y a mí nada, suspendido todo; ni Raúl ni Ramón ni yo fuimos para la escuela. En realidad, cuando llegó el día de partir vi que era en serio, que no íbamos para la escuela.

A Raúl, ¿¡qué le importaba eso!?, si no entendía, era aún muy pequeño; Ramón, ¡feliz!, porque quería ser tractorista, chofer, mecánico y no sé cuántas cosas más. Entonces, yo, que soy en realidad el del problema, y que he sido víctima de la agresión y la violencia física, el infractor que creía tener toda la razón, me siento injustamente castigado y no me resigno a aceptarlo. Así —eso lo sé yo, Angelita posiblemente no ha de saberlo— hablé con mi madre y le dije que había que mandarme a la escuela, que no era justo dejarme sin escuela.

Eso realmente es muy interesante, porque si no doy semejante batalla, me quedo en Birán y no paso del quinto grado. Me hubiera dedicado allí a la ganadería, ¡qué sé yo lo que ha-

bría sido! Un bandido de verdad, porque no habría estudiado más. Fue una brillante idea, una gran cosa que hubiera dado mi batalla por estudiar. Y como teníamos más respeto por el padre y más confianza con la madre, siempre hablábamos con ella.

Y fue verdad que amenacé, aunque es un poco duro decirlo. Mi casa se afincaba en pilotes de madera y era de madera. Amenacé con que, si no me mandaban para la escuela, le iba a prender candela a la casa, fue mi más seria amenaza. No creo que lo hubiera hecho, lo dije muy serio, pero no lo hubiera hecho, estoy convencido de que no. Pero la verdad es que al decirlo en serio, demuestro la indignación, el énfasis, la pasión con que planteo el problema.

Entonces tengo 11 años, aún no he terminado el quinto grado. No creo que hubiera cumplido mi ultimátum; además, estoy convencido, no porque quiera disminuir la gravedad de mi reacción, sino que lo afirmo con mucha franqueza. Empleé algo para tratar de impresionar y lo dije, a lo mejor lo creían, pero como me conozco muy bien, sé que no hubiera hecho algo así; habría sustituido aquella protesta por otra. Realmente me habría hecho ingobernable, si no me mandan para la escuela, habría sido ingobernable. Tal sentimiento estaba arraigado en mí ante el maltrato del profesor, el abuso, el golpe, todo permanecía vivo y quemante en el fondo de todo, porque sentía que era una medida injusta, y a ello atribuyo

una reacción tan airada. Tenía una actitud muy seria, estaba traumatizado con lo ocurrido. Además, no era mal alumno, estudiar no me desagradaba, no sentía odio por la escuela y los estudios, más bien sentía cariño, porque había pasado por experiencias peores de las que me libré cuando fui a la escuela, lo que significó un progreso para mí. Y, de súbito, lo bueno que había alcanzado se perdía, pudiéramos decir. Ya había estudiado segundo grado interno, separado de la familia; también, tercero; he pasado al quinto sin vencer cuarto grado gracias a los excelentes resultados. Siento entusiasmo, tengo una valoración por mis estudios, mis esfuerzos y los éxitos, y todo se viene por tierra por una injusticia —lo creía entonces y lo creo hoy—. Pero lo que aprecio, es la convicción y la seguridad con que enfrenté tremenda injusticia.

Creo que fue la primera cuestión: no acepto tal castigo. Me privan de algo que yo no rechazo, el estudio, y tengo la impresión de que me están haciendo un daño, me castigan sin razón —quizás alguna idea, algún instinto de que era correcto que estudiara porque era lo que venía haciendo—. Eso se combinó con el rechazo ante lo injusto, por lo cual yo exijo la vuelta a los estudios. Entonces por fin regreso a la escuela el día 11 de enero de 1938. No, no podía ir a la misma, y me envían al Colegio Dolores.

Mi madre debe de haber convencido a mi padre de que me mandaran a estudiar otra vez. Entonces, él debía viajar a San-

tiago para visitar a su compadre, a su amigo, don Fidel Pino Santos. Creo que en dicha época estaba en campaña electoral, aspirando a representante, por supuesto, por el partido del gobierno.

El millonario amigo de mi padre, que iba a ser mi padrino, está en la campaña de comprar votos para ser representante —las campañas eran así, comprando votos—. Este millonario salía con el número uno por la provincia de Oriente, sacaba más votos, sencillamente, porque era el que más votos compraba, el que más dinero tenía para comprarlos. Creo que por entonces coincidió que ese señor se quedó viudo.

KATIUSKA BLANCO. —En efecto, el 19 de diciembre de 1937 murió la esposa de don Fidel Pino Santos. Llevaba un nombre garcía-marquiano, por eso no lo olvido: Exuperancia Martínez Gandol. Lina asistió al velorio y llevó con ella a Angelita, a quien nunca se le borraron de la memoria las imágenes tristes.

FIDEL CASTRO. —Seguramente mi padre le expresaría condolencias al amigo durante su visita. A mí deciden inscribirme en el Colegio Dolores, y por eso viajo con él. Pero en mi casa vuelven a cometer una equivocación, en vez de mandarme al Colegio Dolores interno, me envían a la casa de don Martín Mazorra, un comerciante español en Santiago, dueño de una tienda de ropa llamada La Muñeca. Comprábamos ropa allí y teníamos relaciones comerciales. No sé cuáles fueron las razones, pero a Angelita la mandaron conmigo, Angelita y yo siempre está-

bamos juntos. No sé si Angelita estuvo interna y la sacaron, pero ya iba a ingresar al bachillerato. Ramón se queda feliz en Birán, y a Raúl lo inscriben en una escuela cívico-militar, de las creadas por Batista en un programa de educación mediante algunas escuelas rurales. Batista lo hacía como parte de su campaña política, demagógica, porque era fascistoide, y al lado de las 2000 o 3000 escuelas públicas rurales, creó algunos cientos de escuelas denominadas cívico-militares. Un sargento era el maestro en cada una de aquellas escuelas; seguramente, eran maestros seleccionados, convertidos en sargentos tras un breve curso.

Eran útiles, pero ¿qué ocurría? Se veía como una campaña de promoción, para conceder prestigio al Ejército: el Ejército abre escuelas, el Ejército da clases. Y, por supuesto, las escuelas cívico-militares de Batista disponían de mayores recursos que las públicas.

La escuelita se encontraba a cuatro kilómetros de Birán, en un lugar llamado Birán Uno. Raúl fue allí, vivía con la familia del maestro, pero estaba bien, porque era hijo del terrateniente. El sargento también quería sacar provecho, pero era más vivo, y como estaba próximo a la casa, trataba muy bien a Raúl y lo malcriaba. Mi hermano era el más chiquito de dicha escuela. El sargento hizo lo que debió haber hecho la maestra con nosotros. Raúl sí que no pasó hambre cuando lo pusieron en aquella escuela.

KATIUSKA BLANCO. —No pasó hambre allí, Comandante, pero acuérdese que Raúl también fue objeto de lucro porque el maestro, por no perder a un alumno como él —que le daba cierto rango por ser hijo de un hacendado rico— pidió permiso a su mamá para llevarlo con él al Instituto Técnico Militar en Mayarí. Ella accedió, pero como Raúl no tenía edad para cursar estudios en aquel instituto, el maestro lo envió para el barrio de Los Hoyos en Santiago de Cuba sin permiso de la familia, y cuando su mamá fue a verlo, se encontró con que el niño no estaba allí, lo habían enviado solo a otro lugar sin su autorización. Por suerte, Raúl cuenta que estaba ajeno a todo eso, se sentía muy feliz en Los Hoyos jugando a la quimbumbia y pidiendo caramelos de ñapa en una bodega.

FIDEL CASTRO. —Conmigo siempre existía el problema de que no hallaban qué hacer, para dónde mandarme, y no sé por qué estaba en casa de la familia Mazorra, si debía estar interno. Pero, bueno, había ganado mi batalla, le di mi respuesta al inspector aquel, salí de la escuela, salí de Birán, me tuvieron que enviar a otra escuela. No podía exigir mucho más.

El nuevo colegio al que me mandan era de más jerarquía social y existía la discriminación racial, ausente en el Colegio La Salle. Dicha escuela era más exigente, de mayor rigor, y yo tenía en mi mente aún el problema anterior, del que, como resultado, cualquier muchacho habría sufrido un trauma psicológico, de lo cual no se recupera tan fácil o rápidamente.

Voy a una escuela más difícil, de más rigor, después de haber tenido problemas. Llego tarde, así que tengo que adaptarme desde el punto de vista de la instrucción, del estudio. Pero, además, me ponen otra vez en una casa de familia, la del comerciante. En ellos no prevalecía tanto el interés del dinero, sino más bien la amistad con mi padre, y mi padre pagaba, tenían un alumno allí. Creo que es el peor sistema, que una familia tenga un hijo postizo; eso requiere un gran cariño, un gran amor, un gran desinterés, la capacidad de tratar como si fuera un hijo a alguien que no lo es; ya eso requiere una conciencia moral, una conciencia política, una conciencia social muy elevada que no se le puede pedir a un burgués.

Usted le puede pedir a un revolucionario, si tiene un hijo postizo en su casa, que a ese hijo lo trate mejor que a los propios: con más respeto, más cariño, con más atención, pero es muy difícil que una familia burguesa lo haga, a no ser que sea de tradición muy piadosa, con motivación religiosa, no le da el mismo tratamiento al hijo de otra familia que al suyo propio.

Llego a un hogar donde había tres hijos, uno de ellos del primer matrimonio del español.

El español era un hombre trabajador, bajito, menudo, no era un hombre grueso. La mujer era una mulata santiaguera más alta que él, gruesa, gustosa —como diría García Márquez—. El hijo estudiaba para piloto civil en Estados Unidos, un muchacho bueno, era el hijo mimado; y la hija, en el bachillerato:

una muchacha trigueñita, mezcla del español con la mulata, bonita, no gruesa, era muy graciosita, y tenía tres rayas en el uniforme del instituto, estaba en tercer año; era mayor que yo, pero eso no obstruía mis amores platónicos con ella, que tal vez sospechara aunque nunca se lo dije.

Vivíamos allí y éramos gente de fuera, de otra familia, pero no nos trataron mal, no pasábamos hambre, comíamos lo mismo que comía toda la familia, dormíamos bien... Influían otros factores de tipo social, orgullo de la familia y todo lo demás.

La mulata santiaguera, de origen muy humilde, que era mujer del comerciante, había progresado notablemente, pero no era de pura estirpe aristocrática... Simpatizo con ella. Recuerdo cómo era de luchadora, en su casa era la señora, la dueña, la autoridad, aunque no autoridad absoluta, porque el gallego —llamo gallego al español, aunque no sé si era de Galicia o de qué parte de España—, que era un hombre tranquilo, calmado, le daba todo, pero tenía su genio y su carácter. De modo que la mujer era monarca en la casa, pero no monarca absoluta, porque él era capaz de ponerse bravo un día y exigirle. Él era el jefe con autoridad delegada en la mujer, no obstante, conservaba la suya, no era un hombre débil. En esa casa estuve casi un año.

Allí empieza otra historia, porque cuando se reinicia el curso en la nueva escuela, en el mes de enero, me voy adaptando. Las notas no son malas, pero no son óptimas, debido a las experiencias anteriores.

Creo que fue bueno que me enviaran para tal escuela, aunque hubiera sido mejor como interno, pero quizás en mi casa creían que era bueno, que me hacían un favor al no tenerme interno, preso en la escuela, que era mejor externo, en un ámbito familiar, porque Angelita estaba externa. También por la nobleza campesina de mi familia, ellos creían que era lo mejor, aunque sin duda no lo era. Yo mismo no sabía qué problemas iba a tener, no me sentía disgustado cuando me llevaron a aquella casa, con una familia amistosa, a estudiar de nuevo. Me ponen externo y estudio en la escuela, que no está lejos. Solo voy a almorzar y a comer a la casa. No era una vida insoportable, pero surgieron también algunas contradicciones.

Aquella familia quería ingresar en la sociedad de la gente más rica, más aristocrática. Ellos no nos explotaron económicamente, tenían sus ingresos. Además, la economía mejoraba en el país y planeaban construir una residencia en Vista Alegre, el barrio de los ricos. El hecho de que su pupilo, que era yo, estuviera en el Colegio Dolores, los relacionaba con las familias que tenían los hijos allí. Aquel fue mi problema también porque ellos me exigían —y no estaba mal— que sacara el máximo de puntos, era pura cuestión de vanidad, su pupilo tenía que ser el mejor.

Mi gasto semanal era de 20 centavos: 10 para el cine, cinco para un sándwich o un helado y cinco para comprar *El Gorrión*, una revista argentina para menores, la literatura que leía en

aquella época, muñequitos y algunas novelas. Si no tenía las notas máximas, no me daban mis 20 centavos. Entonces me vi obligado a hacerle una trampa a la señora.

Yo tenía que llevar la libreta de notas todas las semanas a la casa y regresarla firmada a la escuela. Un día dije en la escuela que se me había perdido la libreta. Me dieron una nueva, entonces la escuela ponía las notas en la nueva libreta y yo era quien la firmaba. La vieja la firmaban ellos y las notas las ponía yo.

Al final del año, la criolla santiaguera, por aquellas notas brillantes, excelentes, creía que tenía un genio, y ya se hacía ilusiones de que su pupilo se llevara todos los premios al final del curso.

Yo mismo sabía que existía una dificultad —mis notas no eran muy malas, pasaba de curso, pero no me llevaba todos los premios—, mis verdaderas notas eran relativamente buenas, pero no eran las mejores que se habían alcanzado nunca en la escuela —las que yo ponía sí—. Cuando llega el final del curso, sabía que no tenía solución para aquel problema.

Entonces, un acontecimiento, el acto: uniformes —medio militares—, las gorras, un zambrán blanco y azul; y ella ilusionada con que el pupilo se llevaría todos los premios, todas las notas y los honores. Se hacía imprescindible un vestido negro y largo para la ocasión. Iban todas las familias burguesas, aristocráticas, 200 alumnos y todos los padres. Un acto final,

una clausura solemne del fin de curso con un programa cultural, música, canto, espectáculo y la entrega de premios a cada alumno, y las excelencias de la escuela, grado por grado. Ese era mi problema...

Yo iba al cine, tenía *El Gorrión* y me comía un sándwich todas las semanas. Bueno, depende, porque primero eran 20, después eran 25 centavos, cuando incluía cine. *El Gorrión*, sándwich de puerco —los vendían en unos carritos—, y helado, eran 25 centavos, es posible que en tal tiempo hubiera tenido el tope de mi cuota semanal. En un período no, pero con la nueva libreta yo había resuelto el problema, por lo que es posible que en el último trimestre de aquel curso hubiera tenido cine, *El Gorrión*, helado y sándwich: lo máximo.

Cuando llegó el fin de curso, no encontraba la solución del problema, aparecí con mi uniforme y todo, acompañado de la señora grande, la mulata, vestida de negro, con traje largo, muy solemne, y de toda la familia, porque su pupilo es el más brillante de todos los alumnos de la escuela —ellos creían eso—. Entonces, empiezan por el primer grado: «¡Excelencia: Fulano de Tal!, primer premio en tal cosa; segundo, poesía», cosas de esas, hasta que dicen: «¡Quinto grado: Excelencia: Enrique Peralta!». La gente aplaudiendo y a Enrique le ponen no sé qué cosa. Ellos veían lo que pasaba, un poco asombrados; y yo admirado, como preguntándome qué pasará, cómo es que a Enrique Peralta es a quien le han otorgado el premio.

«¡Y primera y segunda excelencia...!». Y tampoco estoy entre los mencionados. Entonces, «¡Historia, primer premio, Fulano de tal!» —primer accésit, le llamaban—; segundo premio, y yo no aparezco por ninguna parte. Creo que me mencionaron una vez o dos, por no sé qué cosa que saqué, pero nada más. Yo cada vez ponía más cara de asombro y es cuando se me ocurrió algo y dije: «Ahora me explico todo, es que como llegué en el segundo trimestre, en el promedio me faltan los puntos del primer trimestre, no me podían haber dado nada de eso. A pesar de haber tenido unas notas excelentes, me falta un trimestre completo, y por eso yo no tenía premios». Vaya, entendieron, comprendieron, les pareció lógico, y creo —todavía no lo he preguntado— que si hubiera tenido las notas que yo decía, aunque hubiera faltado un trimestre me hubieran dado la excelencia y los premios.

En aquel momento acudí a la Aritmética, a la Matemática y les hice un cálculo: «Ahora sí me explico bien por qué no me han dado ni un premio». Ellos se creyeron de verdad aquello y salieron tranquilos y contentos.

Recuerdo mucho que el colegio puso una pequeña estación de radio de onda corta como parte de las actividades.

Al contrario de La Salle, Dolores era una escuela de más categoría, pero no tenía un lugar como Renté —aquel retiro de los franceses—, no tenía una finca, llevaban a los estudiantes a distintos sitios, un día a un lugar, después a otro, porque no

tenían aquel retiro de los franceses. Un cura jesuita, el cura García, inspector, era un español muy activo, muy entusiasta, siempre estaba inventando eventos, exploraciones y concursos. Una de las iniciativas suyas fue la estación de radio, también intentó comprar un ómnibus para la escuela.

Pusieron una estación de radio de onda corta, debe de haber tenido 0,50 kilowatt o 0,25 kilowatt, pero se comunicaban con las familias que la oyeran y ponían algunos concursos de poesía. Creo que Elpidio Gómez tenía más dotes de poeta que yo, pero yo hacía poesías también. Y no sé si son míos o de Elpidio estos versos que recuerdo de memoria:

Bella entre las bellas
la más tierna y loca
tus ojos son estrellas
un rubí es tu boca...

Realmente considero que Elpidio hacía mejores versos que yo. Pero ¿qué ocurría con Elpidio? Bueno, era de Bayamo, los bayameses tienen tradición de poetas, de músicos, y los de Birán no tenemos esas tradiciones. Entonces ¿qué pasó?, el concurso era por votación y yo tenía mucha amistad con los demás estudiantes, eran muy amigos míos y yo les decía: «Diles en tu casa que voten por mí».

Llegó el momento crucial del concurso de poesía. Los muchachos por radio y todos los medios llamaban a votar por mí, entonces, al final del concurso... Recuerdo que las familias

decían: «Las poesías de Elpidio son maravillosas, pero nuestro voto, naturalmente, es para Fidel». Mi primera campaña política fue esa. Me avergüenzo al recordarlo porque Elpidio era mucho mejor poeta que yo, pero las familias, por complacer a los hijos, votaban por mí. Los estímulos eran morales, pero los métodos para definir al mejor no eran muy justos. Yo apliqué un método político y creía que estaba haciendo muy bien, pensaba que era correcto, excelente, justo; incluso, porque si el problema era quién ganaba más votos, pues yo sacaba más votos. Claro, tal vez no me daba cuenta, me percato ahora: los versos de Elpidio eran mejores que los míos. Es posible que considerara los míos tan buenos como los de él; pero, realmente, recuerdo que los de él eran mejores.

04 *Cine, Historia Sagrada, leer la Guerra Civil Española, amistad con el cocinero Manuel García, discursar, memoria, carta a Roosevelt, enamorarse de lejos, estudiar y pensar, fantasía, leyenda de la memoria*



KATIUSKA BLANCO. —Comandante, cada época tiene su olor, su música, su voz, su película, libro, artista o personalidad histórica para la memoria. Para los mayores de mi casa, la melodía de un bandoneón y la tristeza en las letras de los tangos eran como la banda sonora de sus años juveniles. A usted, ¿qué rumor le llega de los años 30 y 40? ¿Qué voz portentosa? ¿Qué aroma? ¿Cuál perfil de la historia? ¿Qué artista maestro? ¿Qué imágenes en 24 cuadros por segundo?

FIDEL CASTRO. —Creo que en toda aquella primera etapa de la enseñanza primaria: segundo, tercero, hasta quinto grados, no tenía un gran gusto por las películas. Me refiero a que mi gusto era el común de un niño deslumbrado ante el cine, no el de un conocedor. Me agradaban las películas de vaqueros —era la época de Tom Mix y de Bull Jones, no sé si eran los nombres de los artistas—, los episodios y las películas del Oeste, y me gustaban algunas de ciencia ficción, porque en aquella época había también filmes sobre luchas interplanetarias, que eran el preludio de la guerra de las galaxias y de los escudos antimisiles. Me gustaban las películas y las canciones de Libertad Lamarque, los tangos de Carlos Gardel —entonces estaban de moda los artistas argentinos—; también algunas canciones mexicanas. Era la época de María Félix, Agustín

Lara, Jorge Negrete.

Vi la película *La carga de los 600*, una de las más famosas, relacionada con acciones del siglo XIX en la India.

En mi niñez sentía predilección por las películas cómicas. Las que más recuerdo son las de Chaplin y las de Cantinflas, pero claro, Cantinflas fue después.

Entre las películas de mis grandes actores preferidos en todas las edades, ahora mismo, están las de Charles Chaplin y las de Cantinflas, desde que vi la primera, en aquel período y por siempre.

Después iban siendo otras las películas que prefería y, por supuesto, también me atraían las de Tarzán. Admiraba lo que Tarzán hacía con los animales. Luego supe que tales filmes podían influir negativamente, pero a mí no me hicieron ningún daño definitivo.

Las películas del Oeste me gustaron siempre, con la diferencia que de niño las tomaba en serio, pero de joven, sobre todo de adulto, las veo como películas humorísticas, me río mucho viendo aquellas barbaridades, y las cosas que de muchacho consideraba serias.

Cuando estalla la Segunda Guerra Mundial tengo 13 años. Surge un gran número de películas y documentales desarrollados en Occidente, sobre todo de la guerra: distintos episodios, de antes de la guerra y de la Guerra Civil Española, que ocuparon considerablemente mi atención en dicho período.

Ya desde mi época de estudiante universitario surgieron algunos largometrajes como *Lo que el viento se llevó,* una película que recuerdo mucho.

En toda esta etapa siguen apareciendo filmes de Cantinflas y de Chaplin.

Entonces, no proyectaban filmes soviéticos, casi no ponían películas de Europa en los cines. Casi todas las que veía en el bachillerato, incluso en la Universidad, eran norteamericanas. Las de la época del bachillerato y aun después, en la década del 40 al 50, estaban muy influidas por la guerra y, más adelante, por la Guerra Fría. Hubo dos fases: el período de la guerra y los años subsiguientes a esta. En el período de la Guerra Fría, en general, predominaba la superficialidad, las películas eran simplistas.

No existía un cine más serio, más profundo, de carácter histórico, psicológico. Tengo la impresión de que aquellas películas aparecieron posteriormente, en los últimos setenta y tantos años, porque recuerdo que en la primera etapa de Batista, vi *Candilejas,* de Chaplin, una de las que más valoro siempre. Ya Chaplin había sido, por cierto, expulsado de Estados Unidos. Él era un hombre progresista.

Más tarde sobreviene un período en el que vi muy pocas películas. Diría que desde 1953 al sesenta y tanto, durante diez años, apenas ninguna. Estuve todo el tiempo en las prisiones, en el exilio, en la Sierra Maestra, después de la Segunda Guerra

Mundial. Es decir, que estuve separado del cine durante diez años o más.

KATIUSKA BLANCO. —Usted hablaba de *Candilejas,* la música es protagonista de los filmes, también de las emisoras de radio de entonces…

FIDEL CASTRO. —En la primera etapa de mi vida no teníamos ni radio. En mi casa solo existía un fonógrafo muy viejo, con unos discos; había que darle cuerda cada vez que sonaba. Realmente no tuve mucho contacto con la música, a pesar de que mi madrina era profesora de piano, y casi todo el día estaba oyéndola practicar las notas musicales. Nunca toqué ni siquiera el piano y nadie me estimuló a ello. En aquella época de la que estamos hablando, lo poco que nos enseñaban era a entonar algunos himnos y, después, en la escuela, un poco de música sacra, canciones religiosas, nada más.

Una vez me pusieron en el coro de la escuela, pero siempre fui muy desentonado, tenía muy mal oído musical, en realidad. En una oportunidad escucharon que alguien desafinaba y nos pusieron a prueba individualmente, me dijeron que cantara solo aquellas notas y me descalificaron, porque mientras formaba parte del grupo más o menos pasaba, pero cuando tuve que hacerlo solo, el hermano director del coro me sacó. Aquello me ocurrió como en tercer grado.

No demostré poseer grandes condiciones para la música y, si tenía alguna, nadie me ayudó a desarrollarla. Eso, en cuan-

to a mis condiciones como cantante, lo cual no influyó en mi gusto por la música.

KATIUSKA BLANCO. —¿Qué lecturas le apasionaban?

FIDEL CASTRO. —De los libros de la época, para mí el más fabuloso era la *Historia Sagrada* porque hablaba de los orígenes del mundo, de la vida, del universo, del hombre, el Diluvio Universal, el Arca de Noé, los animales mitológicos, la historia de Moisés, el cruce del mar Rojo, las Tablas de la Ley. Incluía las narraciones de guerras y combates: las proezas de Josué frente a Jericó haciendo llevar las trompetas, la fuerza hercúlea de Sansón, quien lograba derribar un templo. Me parecía algo maravilloso. Todos los años nos daban clases sobre *Historia Sagrada* ampliada, que viene a ser el «Antiguo Testamento», donde se cuentan cosas tan fabulosas que siempre me llamaron la atención. No tenía oportunidad de leer la *Ilíada*, la *Odisea, Don Quijote de la Mancha* o algunas de tales obras clásicas.

Entonces, me llamaban mucho más la atención la Geografía y la Historia, en general, lo mismo la de Cuba que la universal, por todos los acontecimientos que narran. Pienso que a casi todo el mundo le gustaban aquellas asignaturas. Soportaba la Gramática; no me asustaba la Matemática, la entendía perfectamente bien, solía tener buenas notas en Matemática o Aritmética, como le llamaban entonces. Era bueno para los dibujos geométricos, que había que realizarlos con círculos, con cálculos matemáticos e, incluso, me otorgaban premios.

Era malo en la pintura de los paisajes. Ya la naturaleza me estaba negando sus cualidades: un buen oído musical y una buena habilidad para la pintura de los paisajes. Los dibujaba: una casa, un horizonte, los árboles; pero estaba probado que no disponía de una especial vocación, si tenía alguna, nadie fue capaz, realmente, de estimularme. En cambio, obtenía premios, tanto en el trazado como en la pintura de los dibujos geométricos, que practicábamos bastante. Pero creo que la lectura era mi mayor pasión.

A mí me fascinaban todas las tiras cómicas. Me daban cinco centavos para comprar un magacín cómico que venía desde la Argentina porque ni siquiera en Cuba existía uno. A decir verdad, llegaba con mucha puntualidad a los estanquillos. No recuerdo una sola vez que se retrasara. Además, algunas novelas del Oeste, de acción, me acuerdo que una de las que leí con mucho interés se llamaba *De tal palo, tal astilla.*

No tenía acceso a la literatura. En general los libros a nuestro alcance eran los textos que nos enseñaban en las aulas. En los comedores, a la hora de almuerzo y de comida, nos leían algunas novelas, algunas historias; una sección de lectura pública, por lo cual teníamos que comer en silencio. Más o menos la mitad del tiempo se dedicaba a la lectura, y era yo uno de los alumnos escogidos para leer aquella literatura de un cierto sentido religioso.

Así que cuando estaba en la primaria, entre los 7 y los 11

años, tanto en el Colegio La Salle como en el Colegio Dolores, la literatura suministrada no era universal, sino más bien religiosa: historias de santos y mártires, y de epopeyas mágicas.

La prensa sí me interesaba. Mientras estudiaba la enseñanza primaria, regularmente seguía los acontecimientos, sobre todo los internacionales. Incluso, cuando iba a Birán en las vacaciones, allí aún no existía radio pero los periódicos sí los llevaban y yo los leía.

Recuerdo que estuve al tanto de acontecimientos históricos: la guerra de Etiopía, entonces llamada Abisinia [iniciada en 1935]; la invasión de los italianos. Sería en 1936, cuando se inicia la Guerra Civil Española, yo tendría alrededor de diez años y seguía de cerca la descripción de los combates más importantes y las últimas noticias. Seguí completa la Batalla de Teruel, una batalla fuerte. Como García, el cocinero español, no sabía leer, yo era su lector de noticias, le leía los periódicos todos los días por la mañana. A veces me estaba una hora u hora y media junto a él. El cocinero estaba a favor de la República y con mucha impaciencia esperaba que yo le leyera los periódicos todos los días en las vacaciones del verano.

Ahora, a mi casa llegaban como cuatro o cinco periódicos, entre estos, el *Diario de la Marina,* muy reaccionario y pro franquista. En sus páginas a los republicanos les decían «los rojos», «los comunistas», y a la gente de Franco la llamaban «los rebeldes», «los patriotas», «los nacionalistas», y las

noticias eran muy contrarias a los republicanos. Al cocinero, republicano furibundo, yo de todas maneras, trataba de consolarlo, de explicarle los combates, que no iban tan mal.

Claro, otros periódicos no eran tan reaccionarios. Los diarios *El Mundo*, *Información* y *El País* daban noticias más objetivas. Un periódico de Santiago, creo que se llamaba *Diario de Cuba*, y algunos otros diarios de la capital, eran como cinco o seis, también eran más realistas. No había ningún periódico de izquierda, todos eran de derecha o de centro, pero el más militante era el *Diario de la Marina*, así que yo tenía que estarle leyendo a García una prensa bastante parcializada, no muy objetiva.

Mi padre decía que el cocinero era comunista; para él todos los que estaban con la República eran comunistas. Se parecía un poco a la historia del cura y del alcalde que aparece en la obra *Don Camilo* del italiano Giovanni Guareschi, ese tipo de relaciones en que se hacían bromas. Era un antagonismo amistoso entre los partidarios de la República y los de Franco; los españoles allí estaban divididos más o menos a partes iguales. Discutían mucho, pero no pasaba de ahí la polémica. No había guerra en Birán con motivo de la diversidad de criterios entre los españoles.

En aquella época, sentía gran afición por la prensa. Era, digamos, lo más serio que leía, por lo cual estuve muy informado de casi todos los acontecimientos de entonces.

También estudiábamos historia de Cuba, pero en la escuela no se nos suministraba literatura cubana, ni sobre las guerras de independencia. Se explica porque eran sacerdotes de órdenes francesas o jesuitas españolas que, en realidad, no se preocuparon en lo más mínimo de inculcar lo que pudiéramos llamar amor a las tradiciones y a los conocimientos amplios sobre la historia de Cuba. Aquella literatura la pude adquirir y leer por mi cuenta, pero mucho después, a lo largo de mi vida.

Pienso que a esa edad fui privado de la posibilidad de leer numerosos libros maravillosos, los cuales, estoy seguro, me habrían encantado porque todo lo que caía en mis manos sobre historia, sobre literatura o cualquiera de esos temas, siempre me despertaba un enorme interés, pero no hubo una orientación en tal sentido.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, en Birán, en el trajín vaporoso y oliente de la cocina, usted leía en voz alta las noticias de la Guerra Civil Española al cocinero Manuel García, su amigo malgenioso que arrastraba una pierna y las angustias del dolor reumático. Luego, con textos de sentido religioso, también leía para sus condiscípulos en el comedor del colegio, circunstancias que evocan a los lectores de tabaquerías. ¿Piensa que tales vivencias influyeron en sus conocimientos, su expresión oral, sus dotes como orador?

FIDEL CASTRO. —A mí me escogieron para leer en el comedor porque parece que tenía buena pronunciación y cierto énfasis,

cierto acento, cierta declamación, y por el interés que ponía en la lectura de los materiales, de manera natural. En la escuela no dictaban clases de oratoria.

Cuando le leía al cocinero, en realidad estaba leyéndole a tres personas: al español, a quien yo veía sufrir, tenía un interés enorme, a pesar de ser un campesino analfabeto y también un enfermo, en cierta forma; al hombre ignorante, que no sabía leer; y, además, al cocinero, que antes había sido vaquero y que tenía muy mal genio.

No recuerdo cómo empezó nuestra amistad. Indiscutiblemente, yo también tenía interés por las noticias, y como venía de la escuela y sabía leer, pues allí estaba hasta leerle la última novedad, el último cable de la Guerra Civil Española y, sin duda, venían muchos. Yo leía todas las informaciones de la contienda, a él no le interesaban otras noticias.

Desde entonces yo mostraba un gran interés por la historia, y de la misma forma seguí de cerca la Segunda Guerra Mundial y casi todos sus episodios. En la época de la guerra de Etiopía, de la guerra de España, acontecía una tercera guerra, la chino-japonesa. Desde 1935 hasta más allá de 1940 tenían lugar varios acontecimientos históricos en el mundo.

Por las cuestiones de Cuba ni siquiera me interesaba tanto; las noticias eran de rutina, corrientes.

Claro que tuve que ejercitar un poco mientras leía porque realmente nunca recibí clases de declamación ni de oratoria.

A lo sumo, recitaba algún poema o escenificaba alguna obra teatral muy sencilla, preparada para la ocasión de fin de curso.

En la comunicación con las personas repudié siempre la forma de expresarse que fuera abstracta, confusa, pomposa y aparentemente docta, como lo era la de Belaúnde San Pedro, un profesor del Instituto del Vedado, su libro era el texto de Enseñanza Cívica en Belén. Considero que la forma de expresarse de cada persona forma parte de su personalidad y mentalidad.

Lo habitual en mí ha sido tratar de comunicar lo comprendido de manera sencilla. Puede haber habido un período en que la forma fuera una traba para las ideas. Quizás cuando en la enseñanza de la Literatura, la Retórica y el Discurso, la formalidad de hacer estuviera un poco prevaleciendo sobre la idea —se decía que un discurso tenía que tener una introducción, una hipótesis, una tesis, una demostración y una conclusión—, a medida que estudiaba, a medida que progresaba, que aprendía la forma de expresarse. Es decir, al estudiar nos enseñaban cómo se explicaban las diversas cuestiones, así como aspectos formales de la comunicación. Creo que cuando me libré totalmente de los aspectos formales de las explicaciones, me olvidé de la forma y pude expresarme con más soltura, algo que tal vez caracterizó mi oratoria, que es como decir la expresión en voz alta.

Cuando era un estudiante de bachillerato hacía mis exá-

menes, respondía las preguntas y explicaba lo que creía haber entendido. Es posible que a veces usara en lo escrito algunas expresiones formales: brillante, elocuente escritor, una prosa bella, digamos, un poco lo que el profesor decía. Por ejemplo, el de Literatura hablaba así de los poetas y literatos españoles. Era un buen profesor, rendía un buen culto a los escritores de su lengua, podría ser desde Cervantes hasta Lope de Vega, y yo, a veces —quizás como un pequeño truquito—, usaba algunos de los adjetivos del profesor. Recuerdo que, por cierto, le halagaba mucho cuando escribía mi respuesta y empleaba casi el vocabulario empleado por él. No estoy muy seguro de que mis adjetivos, mis elogios y mi caracterización de los personajes fueran muy correctos, pero creo que bastaba con que fueran elogiosos y al profesor Rubino, de Literatura, le gustaran. Me daba el máximo de puntos.

Creo que otras materias —había distintas, podían ser Historia, Geografía, Literatura; bueno, la Literatura es más genérica, más abstracta, no es como un examen de Matemática en que le plantean un problema y usted tiene que solucionarlo, bien porque tiene fórmulas que le han enseñado para resolver una ecuación o un problema determinado, o bien, como yo hacía a veces, por deducción, si no tenía la fórmula—, digamos, Geometría, Física, Química —que tienen fórmulas exactas—, no se prestan mucho a hacer teorías sobre ellas, pero descubrí que hasta la Geografía admitía cierta posibilidad de

usar la Literatura, un poco la imaginación. Lo sé porque una vez hubo un examen de Geografía donde un solo alumno obtuvo 90 puntos y no sé si eran 100 o más de 100 alumnos. En el examen del instituto, un estudiante podía obtener hasta 100 puntos, y fui yo el que sacó sobresaliente con 90 puntos. Cuando la escuela protestó por las notas, los profesores del instituto dijeron que el texto por el cual habían estudiado no era bueno y, entonces el colegio argumentaba: «Hay un alumno que estudió por el mismo texto y sacó 90 puntos»; era sobresaliente.

En realidad, ¿qué hice en aquel examen? Posiblemente el texto no se adaptara mucho al programa, y haya utilizado la imaginación; me extendí, hice algunos análisis, algunas cosas, y parece que aquello fue factor determinante para que obtuviera 90 puntos. Es decir, quizás la forma de expresar las ideas, de trasmitirlas y de usar la imaginación, determinó que entre los más de 100 alumnos me hubieran dado los 90 puntos, a pesar de que había estudiado por el mismo texto que los demás.

En las materias de letras —en Literatura— utilizaba un poco el vocabulario. Más bien era un examen dirigido a la psicología del profesor y a la simpatía del profesor. Además, era feliz cuando yo le daba una respuesta que le mostraba el carácter español, la riqueza del idioma, la gran imaginación y todo eso.

Habría que ver cómo me expresaba en dichos exámenes, para explicar algo tengo que entenderlo, o creer que lo entiendo.

Rechacé siempre palabras o discursos que no dijeran nada; un rechazo, una repugnancia natural. Puedo haber tenido en las primeras exposiciones públicas, quizás, un poco de atadura a lo formal, porque en los comienzos creía que un discurso era una alocución que debía empezar por algo y decir unas palabras tales y más cuales, poner un énfasis y buscar un efecto. Cuando más adelante me olvidé de todo eso y me consagré a trasmitir una idea sin importarme qué palabras usaba, dónde ponía el énfasis o dónde no, dónde ponía el acento o no, dónde exclamaba o no exclamaba, dónde declamaba y dónde no declamaba; cuando me olvidé de todo eso, cuando me olvidé de la retórica y la declamación, de las frases, de las palabras efectivas y me dediqué a trasmitir una idea, fue cuando adquirí realmente un estilo de comunicación con las masas. Ya no declamaba, podía enfatizar una palabra porque sentía que debía hacerlo, no porque viera en el énfasis un instrumento, sino porque consideraba que la idea expresada merecía ser destacada.

Desde que era estudiante universitario hacía frases, trasmitía ideas, pero todavía le daba a la expresión, a la palabra, a la frase, digamos, en una primera etapa, algún énfasis. Luego, poco a poco, iba diciendo lo que sentía. Todo eso es una evolución, ¿no?

Mi oratoria hoy es como una vida vivida, todo un proceso de gradual cambio y maduración... A veces me pregunto,

¿dónde estuvo el límite? Cuando me gradué de abogado, ¿hacía frases? Creo que ya no hacía frases, aunque tal vez me ocupaba todavía un poco de la elegancia, de la expresión, pero, fundamentalmente, ya trasmitía ideas básicas.

En tal período, cuando estudio y ya tengo una formación marxista, entiendo los problemas, comprendo los fenómenos de mi alrededor. Entonces, al escribir, al hablar, era mucho más natural. Me olvidaba cada vez más de las formas, de las palabras elegantes, de las frases, iba a la esencia de las cosas.

Creo que el día en que empecé a hablar y a escribir, en la misma forma que era capaz de conversar, adquirí plenamente dicho estilo.

Cuando la Revolución triunfó y tuve que hablarle al pueblo y explicarle todos los problemas, creo que nunca más en mi vida volví a usar una frase ni a acordarme de la forma. Al hablarle al pueblo, justamente podía estar hablando, lo mismo con 100, que con 10 personas, que con una sola, que con 1 000 000. El secreto fue, sencillamente, conversar con 100 000, 500 000 o 1 000 000 de personas, de la misma forma que podía estar haciéndolo con una sola.

La madurez plena la alcancé cuando me vi en la necesidad de explicar problemas y temas muy serios ante el pueblo, ante las masas, cuando llegué simplemente a tener las ideas como base de lo que tenía que decir, jamás las palabras ni los gestos ni las frases ni la búsqueda de un efecto.

Hay, es cierto, quien busca un efecto, ¡se agita, se estremece, se conmueve! Pienso que hay mucha gente que cuando habla hace un poco de teatro. Creo que cuando logré deshacerme de todo tipo de teatro, declamación y todo lo demás, llegué a ser diferente. De modo que, precisamente, me fijaba en la idea, nunca me acordaba de las palabras, iban saliendo solas en la medida en que trataba de explicar algo. De cualquier discurso, lo único que tenía presente eran las ideas, nada más. Y si lograba captar la atención del público, una hora, hora y media, dos horas, hasta tres horas, no se debía solo al mérito de lo que se estuviera diciendo, sino a que ese público estuviera interesado, condicionado totalmente a escuchar con interés lo que se decía. Además, si tras quien discursa no existe una historia, una autoridad, un prestigio, es posible que quienes escuchen se aburran. De modo que el hecho de que el auditorio preste atención, no se debe solo al contenido del discurso, sino a la autoridad o al prestigio que tenga la persona que lo está diciendo. Quizás cualquier otro individuo se pone, en ese mismo lugar, dice las mismas cosas y puede ocurrir que los demás estén aburridos a los diez minutos. Es decir, la atención del público no está solo en dependencia de lo que usted está diciendo, sino de quién lo está diciendo. Con la oratoria sucede como con el tiempo y el espacio: son relativos.

Puede venir una persona, incluso, con más carisma personal, a la que nadie conoce, en la que nadie tiene razones

para confiar porque no se sabe quién es, dice las mismas cosas, puede decirlas hasta mejor, y la gente empieza a decir: ¿Y este quién es?, ¿quién se ha creído que es?, ¿por qué está diciendo esto ahora?, ¿por qué habla tanto?, ¿para qué se mete en tantos problemas?, ¿qué tiene que estar hablando de problemas internacionales?, ¿quién lo ha metido a hablar de la historia de la Revolución? Eso puede ocurrir, diciendo las mismas cosas, pueden atenderlo 10 minutos, 15, y después dicen: ¿Qué se ha creído este tipo, que va a enseñarnos a nosotros que llevamos tantos años de Revolución, que tenemos tantos méritos, tanta historia? Puede ser que hasta se sientan ofendidos ante un brillante orador.

Creo que en la posibilidad de influir en el público, de captar su atención, intervienen muchos elementos que son independientes del contenido de lo que se dice. Si ya usted tiene autoridad, prestigio, confianza, el interés de las personas, además tiene las mejores condiciones para explicar algo, y puede decir cosas de cierta importancia, de una manera sencilla, entonces la gente lo atiende.

Otra cuestión a tener en cuenta es cuando uno mismo empieza a cansarse de lo que está diciendo, y se aburre y le parece a uno mismo que ya lo esencial está dicho, los problemas importantes, y que se está extendiendo innecesariamente. Cuando discursaba podía observar mi propio cansancio, y no el de los oyentes. Además, me ocurría otra cosa: me costaba

un enorme trabajo repetir las mismas ideas, decir algo hoy, ir mañana a decir casi lo mismo a otro lugar. Me parecía un fraude decir una cosa aquí y mañana lo mismo allá. Por fortuna conocí la época de los medios masivos, la radio, la televisión para millones de personas, y no la experiencia que padecieron muchos políticos, que tenían que pronunciar un discurso diez veces al día. Podía hablar diferente cinco veces, pero era raro, muy raro, que dijera las mismas cosas la segunda vez, la tercera…, de lo contrario me parecía que era algo que había oído. Para mí resultaba intolerable decir a unos las mismas cosas dichas con anterioridad a otros. El efecto que percibía era que estaba repitiendo lo mismo, lo cual me parecía un engaño. Fue mi impresión de siempre y evité totalmente tal desconcierto. Claro, cuando uno habla para millones de personas porque tiene la radio y la televisión, no se ve obligado a hacerlo en muchos lugares diferentes para decir las mismas cosas. Pero, cuando por una razón o por otra he tenido que hacerlo, me he explicado de distinta forma, con ideas y argumentos nuevos.

Cada contacto mío con una o más personas es un motivo de nueva inspiración, y lo hago así: explicando de la forma más sencilla lo que tenga que decir. Le hablaría exactamente igual al público con el cual estoy reunido, que a quien me dirijo cuando escribo una Reflexión. Para mí es una conversación en silencio, un discurso cercano, el tono de voz va en las palabras escritas.

A veces, la cuestión se me hacía más difícil. Se podía hablar familiarmente con 100 o 1 000 personas —en un teatro, incluso, podía hablar familiarmente con 4000 o 5000 personas—; pero cuando uno tenía reunidos en un acto a 1 000 000 de personas, ya era un poco más difícil, si se perdía el contacto íntimo se creaba más distancia de la gente. Por eso a mí no me gustaba que las tribunas estuvieran alejadas de la masa, porque necesitaba ver de cerca aunque fuera una pequeña masa ahí, próxima, con la cual conversar. Me costaba más trabajo conversar en abstracto con una enorme multitud y necesitaba un poco la cercanía, percibir, ver los rostros, recibir la reacción de la gente a la que estaba hablándole.

Lograr la atención de 1 000 000 de personas, requería un esfuerzo y cierta técnica especial. Las circunstancias me obligaban a poner acento, a hacer énfasis, y tratar de buscar un efecto. Un discurso en una plaza pública delante de 1 000 000 de personas, puede salir bien y puede ser fluido, puede ser creativo y puede ser fruto de aquel encuentro, pero siempre será menos familiar que el hablar en un teatro con 5000 personas, entre otras razones porque usted tiene que hacer un esfuerzo físico mucho mayor ante 1 000 000 de personas.

No hay sistema de audio que sea suficientemente eficiente para que todos escuchen al mismo tiempo.

Muchas veces, cuando hablaba en la Plaza de la Revolución, decía una frase con energía y, cuando terminaba y guar-

daba silencio, continuaba oyendo mis propias palabras, el eco de los distintos altoparlantes, lo cual me obligaba a un ritmo y a un esfuerzo físico tremendo. Las circunstancias de un público tan grande, tan enorme, le quitaba un poco de familiaridad, de comunicación, de cercanía, e instintivamente, uno buscaba la técnica como apoyo, pero sin salirse nunca del principio de explicar lo que entendía con claridad, con sencillez.

Recuerdo ocasiones en que tuve que hablar casi 15 o 20 horas, casi dos días, era más difícil; en un informe como el del Primer Congreso del Partido, era toda la historia del país. Nunca lo olvido.

No recuerdo nunca haber visto un público que se me empezara a dormir, a cansar. Además, existía algo, cuando hablaba más tiempo era porque me resultaba imprescindible, debido a que abordaba temas o puntos no muy conocidos. Ahora escribo Reflexiones, algunas muy breves, otras más extensas, tal como el asunto y su complejidad lo exijan.

Considero que uno es siempre más libre cuando habla que cuando escribe. Pero algunos discursos escritos tienen la ventaja de que la técnica de escribir es distinta y la expresión puede llegar a ser más precisa, más exacta.

El discurso escrito tiene la ventaja, incluso, de la traducción simultánea. Es un riesgo muy grande hacer un discurso que no sea escrito, porque los traductores sufren; son cinco o siete idiomas. Es necesario, si usted quiere mayor precisión,

mayor rigor, emplear menos tiempo, ser más exacto en las expresiones, entonces, hacerlo escrito.

En un discurso hablado usted va elaborando la expresión, las palabras, las oraciones mientras habla. Por eso, el discurso hablado es más tenso, porque usted está bajo una tensión mucho mayor, la del esfuerzo general para convertir en palabras todas las ideas y trasmitirlas. Cuando usted tiene un discurso escrito no hace más que leer, no tiene que pensar, no tiene que elaborar ideas, no tiene que buscar palabras, sino simplemente leer. Para el que tiene que ir a la tribuna es mucho más cómodo.

A mí me parece que en informes grandes, como son temas variados, siempre se puede lograr un interés en cada tema. En realidad, no es un discurso, son muchos discursos, y cada uno de ellos puede tener datos, cifras, que aporten un razonamiento y trasmitan también un sentimiento emotivo. Un informe grande como para presentar ante un congreso es una suma de muchos discursos.

Ahora, lo que he observado: al público le gusta mucho más el parto de las ideas, le gusta ver al hombre en ese momento de elaborar, le gusta esa batalla, el esfuerzo que hace, ver al hombre ante ese reto. Igual con un poeta, un cantante que improvisa, que tiene que elaborar, buscar la palabra, la idea, la rima, también al público le gusta ver al hombre en ese esfuerzo de crear, de expresar, de explicar algo. Además, tiene más con-

fianza en lo que se habla que en lo que se escribe, porque dice: «Bueno, eso lo escribió tranquilo y fríamente, por la noche, por la madrugada».

Si es un tema científico, por ejemplo, y usted lleva un discurso escrito, todo el mundo está pensando que alguien se lo hizo, un asesor, un experto. Si usted utiliza un razonamiento, una argumentación técnica, científica, si emplea datos, ellos creen que usted no sabe nada de tales datos y que está repitiendo como una cotorra lo que alguien le escribió para que dijera. Sobre todo, cuando usted se reúne con grupos profesionales, médicos, científicos, todos tienen la tendencia a creer que el político no sabe absolutamente nada de eso, ¡que no sabe nada de eso! Entonces, no confían, no tienen fe.

Si usted conoce el tema —y a mí no me gusta hablar de temas que no domino—, la gente comprende inmediatamente que usted lo domina y que está diciendo cosas que conoce, que ha estudiado, tiene una influencia mucho mayor en la audiencia e, incluso, los profesionales, los técnicos, los especialistas en la materia, tienen la tendencia benevolente de admirarse de que aquel político conozca algo de lo que está diciendo.

Por otro lado, he visto muchas veces hombres públicos hablando, leyendo un discurso escrito, y adivino en el acto si el hombre sabe lo que está diciendo, si domina el tema o si no lo domina. A veces los asesores obligan a los hombres públicos a pronunciar vergonzosos discursos porque emplean un modo

de expresión que la persona que lo está pronunciando no tiene absolutamente nada que ver con ese vocabulario. He visto presidentes, destacados dirigentes, pronunciando discursos con un vocabulario que no tiene nada que ver con su léxico habitual, sobre temas, que se ve claro, que no tienen ningún dominio. Realmente, no me gusta nunca hacer eso. Si fuera a pronunciar un discurso en tales condiciones, diría: bueno, con la ayuda de los asesores, he elaborado algunas ideas sobre esto, sobre esto, sobre esto. Me costaría mucho trabajo hablar de un tema que no entendiera. Son los mismos principios que sigo en mis palabras escritas y publicadas en los diarios digitales y de papel en este tiempo. Si antes pronunciaba discursos como si sostuviera una conversación, hoy redacto las Reflexiones como si escribiera cartas a alguien cercano.

Nunca recibí clases de oratoria y lo aprendido fue sobre la marcha. La educación recibida en la enseñanza primaria estaba muy lejos de ser una educación integral, resultaba muy dogmática. La asignatura principal, desde luego, era Historia Sagrada, para nosotros muy apasionante.

La Historia Sagrada es un recuento de luchas, combates y guerras. El «Antiguo Testamento» es una historia de guerras. Me llamaba fabulosamente la atención, sobre todo, digamos, desde el Diluvio Universal en adelante: la construcción del Arca, los 40 días lloviendo, los animales en aquel ámbito mítico.

Aquella historia, además, estaba escrita con imágenes. No solo se trataba de la narración de los hechos, sino de las ilustraciones que acompañaban las parábolas, las gestas, los relatos. Todo libro que recoge imágenes de los acontecimientos, despierta en los niños mucho interés. Del mismo modo pueden ser fotografías, paisajes, retratos, mapas o dibujos. La gráfica siempre ejerce una influencia grande en la imaginación del niño, es un método didáctico impresionante. Solo cuando somos adultos podemos trabajar a partir de conceptos e ideas abstractas.

Siento que no me hayan enseñado las historias antiguas de otros pueblos. En realidad, recibíamos una fuerte dosis de la historia antigua del pueblo hebreo y de sus leyendas, que siempre consideré, y todavía hoy las considero, magníficas historias, interesantes, fabulosas, pero estábamos muy limitados. Pudimos ser mucho mejor ilustrados.

Todas las experiencias vividas en mi infancia, como estudiante de primaria y secundaria, y a lo largo de toda mi vida, influyeron mucho en mi preocupación por la educación, y en todo lo que después concebí que debíamos hacer en esas materias.

Siempre me he interesado y preocupado por la ciencia y la educación, precisamente por no haber recibido una enseñanza científica. A lo largo de mi vida elaboré muchas ideas y puntos de vista críticos acerca de la educación que recibimos.

Ese análisis me ayudó a desarrollar muchas de las concepciones aplicadas después del triunfo de la Revolución. En nuestro país, la educación es uno de los campos donde más fabulosamente hemos avanzado. Todavía seguimos desarrollando ideas y conceptos nuevos relacionados con este campo. Pienso que en algún momento ulterior podremos hacer un recuento de toda la evolución de nuestro pensamiento en materia de educación.

Por ejemplo, la educación sexual, una de las materias considerada hoy de gran importancia para la formación de los niños y adolescentes, en las escuelas donde nosotros estudiamos era un tabú, un tema del cual no se podía ni siquiera hablar. Por lo tanto, la escuela que recibíamos era la escuela de la calle. A falta de una educación científica sobre tales asuntos, recibíamos la educación tradicional. Se daba la trasmisión oral de todas las ideas y de la escuela de la calle, rica y muchas veces llena de machismo y de prejuicios, de los cuales también estábamos imbuidos. Recuerdo que en una asignatura como Historia Natural, se estudiaban elementos de Botánica, Zoología. El origen de la vida, como se sabe, era bíblico totalmente, jamás se nos dijo una sola palabra sobre la Teoría de la Evolución. Darwin era un hombre maldecido, algo así como un señor muy profano. Debía estar morando en los peores sitios del infierno, sencillamente, por concebir y defender la Teoría de la Evolución; porque el origen único que podían tener la

naturaleza y la vida era el origen bíblico.

Siempre me interesó mucho la Botánica, la Zoología, las plantas, es decir, todos los elementos de las Ciencias Naturales.

Existían tres Geografías: una Geografía General, una Universal y otra de Cuba. La General empezaba por abordar el universo: los planetas, las estrellas, la Luna, el movimiento de traslación y rotación, ya se hablaba de la velocidad de la luz, y en Física, desde luego, un poco más adelante, se nos hablaba del sonido y de su velocidad. La Geografía Universal hablaba del universo y algunos de sus principios generales me interesaban extraordinariamente; la conocí por primera vez en quinto grado. Y ya en el Colegio Dolores me encuentro con la Geografía General, aquella geografía del espacio. Rápidamente se me prendieron todas aquellas nociones, fabulosas, algo increíble; entonces, estábamos muy lejos de los viajes espaciales. Sería en el año 1937 y se hablaba, como una ciencia ficción, de los viajes a la Luna, a Marte. Principalmente en los propios libros de lectura, y en el cine también, en algunas películas de ciencia ficción. Algo se hablaba ya del rayo láser porque algunas de las armas, los fusiles, las pistolas, eran armas que funcionaban con un rayo.

De las leyes y los fenómenos del universo, los astros y el espacio tuve conocimientos realistas desde bien temprano. Lo aprendí en quinto grado y no se me olvidó nunca más.

Puedo decir que todas las asignaturas me interesaban,

aunque me parecía pesada la Gramática: sus leyes, nombres, pronombres, verbos, conjugaciones, reglas cambiantes impuestas por la Real Academia de la Lengua Española. Me cuesta trabajo adaptarme a los cambios de letras y acentos determinados por la Academia. No estoy seguro de que llegara a estudiarlas con la debida profundidad, sin embargo, recomiendo a maestros y alumnos prestar a la Gramática la atención que yo no pude en mis azarosos años escolares.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, no pongo en duda que considerara densas las gramáticas de los distintos idiomas porque ciertamente lo son; pero, a pesar de ello, las aprendió muy bien. Usted escribe en español con pulcritud, con apego a la sintaxis y la concordancia, y lo más difícil: consigue armonía entre la forma y la esencia; idea y belleza ensartan sus palabras.

FIDEL CASTRO. —Aprendí las reglas de ortografía, dónde iban los acentos, sé perfectamente el uso de la v corta, de la b, todas las reglas posibles, aunque al final hay palabras que escapan a toda regla, es cuestión de recursos nemotécnicos saber cómo se escriben. Desde luego, no estoy siempre absolutamente seguro de no cometer algún error con alguna palabra. En tales casos de duda me auxilio del diccionario o, si tengo a alguien muy erudito cerca de mí, resuelvo mis dudas haciendo alguna pregunta sobre la ortografía de una palabra. Suelo tener buena ortografía, pero no puedo garantizar ciento por ciento que no

cometa alguna falta. Me cuesta trabajo, y hasta me niego a quitarle la p a la palabra septiembre, y si la Academia me obligara un día a quitar la h a la palabra bahía, me rebelaría contra ella.

En el Colegio La Salle nos pusieron a aprender temprano los elementos del francés, y en el colegio de los jesuitas, aprendimos a estudiar inglés. Desde luego, cuando estudiaba la Gramática Inglesa la percibía mucho más sencilla y mucho más fácil: las conjugaciones de los verbos, la dificultad estaba solamente en la tercera persona del singular, en que había que añadir una modesta «s», los adjetivos eran neutros; empecé a ver un idioma un poco más práctico, más técnico, más sencillo.

En el francés teníamos todos los problemas de las conjugaciones, y algo que no teníamos en el español, su pronunciación. En el inglés existen más facilidades para las conjugaciones en las oraciones. Sin embargo, también resulta un gran problema la pronunciación porque pensé, pienso y seguiré pensando siempre que la fonética inglesa es ilógica y, además, ininteligible, estoy por completo convencido de ello. Al fin y al cabo me quedo con el idioma español, a pesar de su ortografía y de sus verbos, porque sencillamente es un idioma con mucho de lógica, y cada letra tiene un sonido, como creo que debieran ser todos los idiomas, no solo el español, sería mucho más fácil y no tendríamos los problemas de la pronunciación.

Cuando estudié la *Biblia* aprendí que el origen de los idiomas estaba en el intento loco de los hombres de construir una

torre de Babel para llegar al cielo. Ahora me doy cuenta de que mucho antes de que en la Comuna de París y en los tiempos modernos los comunistas quisieran alcanzar el cielo, ya los hombres, desde la época bíblica, lo habían intentado construyendo una torre, por culpa de la cual se decía que surgieron los idiomas como castigo de Dios para crear la confusión entre los hombres. Aunque creo que no habría hecho falta inventar los idiomas para crear confusión entre los hombres porque muchas veces, hablando el mismo idioma, los hombres están confundidos y, en otras ocasiones, hablando distintos idiomas, los hombres se entienden. Pero bueno, aquella fue la primera noción que tuve del origen de los idiomas. Ya para mí era muy sencillo todo. Después que estudié la *Biblia*, sabía cuál era el origen, no solo el origen de la vida, sino el supuesto origen de los idiomas. Pasé trabajo con las pronunciaciones y con la Gramática, pero, a decir verdad, no tenía malas notas en las asignaturas de idioma y no me desagradaban.

Recuerdo que mientras estudiaba en el Colegio Dolores escribí una carta a [Franklin Delano] Roosevelt en inglés, una buena prueba de mis grandes avances en ese idioma y, sobre todo, de mi gran atrevimiento, de mi gran audacia al tomar la decisión de cartearme con Roosevelt, para mí uno de los personajes más famosos y prestigiosos en aquella época. No me acuerdo bien, pero creo que le hice dos cartas.

Yo creo que esto coincidió con el inicio de la guerra, en 1939.

Nos enseñaban inglés, no sé si en quinto, sexto o séptimo grado; fue en tal etapa. El habla inglesa era considerada la segunda lengua y no creo que fuera negativo. Sin que podamos evitarlo, el inglés es un idioma muy importante, resultado del colonialismo y del imperio británico.

Le hice dos cartas a Roosevelt: en una primera ensayaba mi inglés y lo saludaba. En primer lugar, los norteamericanos eran mirados siempre con respeto, incluso, se les presentaba como a los que nos habían traído la independencia. En esto se mezcla una tergiversación de la historia, ¡increíble!, y no se mostraban los hechos objetivos.

En Historia nos enseñaban que los grandes benefactores de Cuba eran los norteamericanos, cuando realmente nosotros nos convertimos en una neocolonia económica, cultural y política de Estados Unidos. A pesar de que mis profesores eran españoles, porque entonces estudiaba en Dolores, ellos se adaptaban en tal sentido a la línea oficial, es decir, respetaban los programas escolares y la historia oficial del país. Andaban más preocupados por otros aspectos, no propiamente por el político en sí, sino el religioso. Yo diría que se interesaban por el sistema social en su conjunto, para que no cambiara. Estudiar inglés no estaba en contradicción con el sistema social imperante. Las clases sociales dominantes y todos los factores que se movían dentro de aquel *status quo,* no estaban en absoluto contra el sistema social existente. Pudiéra-

mos decir que nuestros profesores jesuitas por entonces eran de derecha, no de izquierda; tampoco pertenecían a la Teología de la Liberación, que aún no existía. Eran bien derechistas. Ya había tenido lugar la guerra de España, ellos eran jesuitas, y casi todas las órdenes religiosas estaban, como regla, al lado de los que llamaron nacionalistas españoles, al lado de Franco y contra la República, a la que calificaban de roja, de comunista y otras cosas.

En aquel tiempo nos decían que los republicanos eran comunistas, rojos, aliados de la Unión Soviética. En general, era la República española y la democracia española frente al fascismo. Pero, en realidad, más bien todos estos sectores religiosos en España estaban al lado del fascismo por distintas razones: por su anticomunismo, entre otros factores.

Si ellos iban a criticar a los norteamericanos no los iban a criticar por ser derechistas, sino en todo caso por ser antifascistas. Pero bueno, ya se había desatado la Segunda Guerra Mundial y, a decir verdad, Roosevelt, aunque no estaba en guerra, contaba con simpatía dentro y fuera de Estados Unidos. Ya el hecho de ser norteamericano le daba cierta simpatía. Pero, realmente, [Franklin Delano] Roosevelt para América Latina fue un presidente progresista frente a los anteriores gobiernos republicanos, que aplicaban la diplomacia del gran garrote, de las cañoneras, de [Teodoro] Roosevelt, el que intervino en Cuba en la última Guerra de Independencia e

impuso la Enmienda Platt. Franklin D. ensaya otra política, la del buen vecino, una política más paternalista hacia América Latina. Además, asume la presidencia de Estados Unidos [en 1933] durante la gran crisis de los años 30.

En aquellos años, 1932, 1933, a raíz de la gran crisis económica del capitalismo en Estados Unidos, había una crisis tremenda en Cuba y en América Latina, época de sufrimiento, hambre y pobreza, bajos precios del azúcar. Roosevelt llevó a cabo una política anticrisis, apoyándose en el principio keynesiano de elevar la capacidad adquisitiva de las masas. La recuperación de la economía de Estados Unidos después de la gran crisis de los años 30 fue acompañada de cierta recuperación económica también de los países latinoamericanos.

Cuba tenía una dependencia económica total de Estados Unidos —su producción fundamental era el azúcar, el mercado principal estaba allí, casi todas las empresas eran norteamericanas, las azucareras, las de servicios públicos, los ferrocarriles, la electricidad, los teléfonos, las minas, los grandes latifundios—, cuando la economía norteamericana empezó a mejorar, ocurrió lo mismo con la economía cubana. Fue saliendo poco a poco de una situación catastrófica a otra menos dramática. Mejoran los precios del azúcar y eso se atribuye a la política de [Franklin Delano] Roosevelt.

En 1934, formalmente, se liquida la Enmienda Platt, que le daba derecho a Estados Unidos a intervenir en Cuba, donde

existía un sentimiento de rechazo muy grande a aquella prerrogativa estadounidense. No necesitaban, además, ninguna enmienda para intervenir en cualquier país.

Yo, que no sabía nada de política, simpatizaba con aquel Roosevelt de rostro noble y voz cálida, que era inválido y se movía en una silla de ruedas. Era una especie de héroe en nuestro país. Entonces, a mí, que estaba estudiando inglés, se me ocurrió escribirle una carta a Roosevelt cuando tendría 13 o 14 años, cursaba, creo, el sexto o séptimo grado, me parece que fue antes de Pearl Harbor. Estaba en el Colegio Dolores y estudiábamos inglés usando un texto llamado *La familia Blake*, que nos enseñaba sobre la vida de una familia: casa, comedor, comida, escuela, madre, padre, hermanos. Estábamos estudiando el dinero, y se me ocurre solicitarle *a ten dollar bill green*. Hablé del hierro de los Pinares de Mayarí para construir acorazados y otras cosas por el estilo.

Fue un desafío a mi inglés porque yo mismo redacto la carta de acuerdo con el inglés subdesarrollado que se nos impartía. Lo hago sin participación de nadie. Hice la carta y la eché en el correo. Al poco tiempo se escucha un gran escándalo en la escuela y digo: «¿Qué es lo que ha pasado?». Me responden que Roosevelt ha contestado la carta. En realidad no fue él sino un departamento, una sección de la embajada que, como norma habitual de cortesía, respondía las cartas, decía que ha recibido la mía enviada al presidente y daba las gracias. Aquello se

convierte en un gran acontecimiento. Ponen en un cuadro la respuesta de Roosevelt, o la de los representantes suyos, a mi carta. Fue un fenómeno que yo le hubiera escrito a Roosevelt y que me hubiera contestado porque representaba un honor, una gloria para la escuela. Muchos años más tarde, en Estados Unidos, donde se guardan todos los papeles, alguien buscó y publicó la carta. Algunos dicen que si Roosevelt me hubiese enviado los diez dólares, yo no le habría dado tantos dolores de cabeza a Estados Unidos. Hace muy poco tiempo publicaron el facsímil en la página web de la BBC; creo que cuando cumplí los 80.

Lo cierto es que recibí respuesta y me convertí en la escuela en un personaje importante que se carteaba con Roosevelt. Era un adolescente y casi me estaba ofreciendo para combatir en la guerra. Había en Cuba una especie de patriotismo cubano y norteamericano. Era la educación que se daba a los niños de la burguesía cubana. ¡Qué suerte la mía por haberme librado de tanta ignorancia! Pienso, sin embargo, que Franklin Delano Roosevelt fue, como Abraham Lincoln, uno de los pocos presidentes de Estados Unidos dignos de consideración y respeto. Tal vez no habría desatado nunca la Guerra Fría. Supo desarrollar buenas relaciones con la URSS.

Ya desde la primaria me atreví a escribir una carta en inglés y, luego, conseguí también hablar bastante en ese idioma. De vez en cuando leí algún libro en inglés, de vez en cuando

hice un esfuerzo por mejorar mi vocabulario porque me interesaba, no tanto para hablarlo, comprendo que no es tan fácil pronunciarlo, sino para leerlo y tener acceso a los libros en inglés, tomando en cuenta que la inmensa mayoría de los libros están escritos en esa lengua y, en realidad, comprendo también su importancia como idioma y como medio de comunicación internacional. En lo personal pienso que algún efecto psicológico nocivo causó la pugna con los presidentes de Estados Unidos y dejé de hablarlo. También influyeron la falta de contactos, relaciones y de ocasiones para practicarlo. En un tiempo practiqué el inglés leyendo dos o tres biografías de Lincoln, un material que conozco, con ayuda de un diccionario, llevando el recuento de una serie de palabras y términos. Requería un esfuerzo sistemático que no he podido hacer con frecuencia y, a decir verdad, como tengo el privilegio de mandar a traducir los documentos e, incluso, libros, me he quitado la obligación de hacerlo personalmente, lo cual me ha facilitado el trabajo pero disminuido mis posibilidades de mejorar el idioma.

El imperio británico primero y el norteamericano después, fueron las causas de que el idioma inglés se haya convertido en un idioma universal. A veces digo que la única cosa útil que a muchos países nos dejó el colonialismo fue el idioma porque nos ofreció un medio de comunicación con otros países. Es una de las muy pocas cosas positivas que nos dejó el colonialismo.

Sin duda, el inglés es el más universal de todos los idiomas. He luchado mucho en Cuba para que nuestras antipatías con relación al colonialismo y al imperialismo, en especial al imperialismo norteamericano, no se traduzcan en un abandono del estudio del idioma, y he tenido que defenderlo para que no se descuide su estudio. Paradójicamente, he tenido que ser defensor del mantenimiento y del desarrollo de los conocimientos del inglés, puesto que entiendo y diría que cada compatriota, cada científico, cada médico, cada técnico, además de su idioma, debe conocer el inglés y, si es posible, aunque sea mucho más difícil, conocer el ruso, el francés y otros idiomas.

No se le puede negar al idioma inglés su carácter universal, por lo tanto, es un idioma que debe ser estudiado. Creo, además, que es un idioma que se presta para la ciencia y la técnica, por ser bastante concreto y preciso. Tengo la impresión de que para los estudios científico-técnicos —no conozco el alemán ni el ruso, del alemán me aterrorizan las palabras interminables que se construyen sumando un concepto con otro—, el idioma inglés, indiscutiblemente, es un medio adecuado de comunicación, y tengo presente que casi todos los libros más importantes de ciencia y técnica, de economía, incluso de literatura, que se escriben en Japón, Francia, Italia, España, Rusia, Alemania y China, y de otros muchos países... se traducen inmediatamente al inglés. En ocasiones, me encuentro con el hecho de que muchos valiosos libros de literatura,

de historia, de ciencia están escritos en inglés y no en español.

KATIUSKA BLANCO. —Soy testigo de su memoria prodigiosa, pero esa capacidad, ¿es natural o entrenada?

FIDEL CASTRO. —Gané cierta fama de tener mucha memoria, lo cual me gustaría reafirmar y ratificar. Creo que tenía una buena retentiva, como la tienen muchas personas, sobre todo, para las cosas que me interesaban. Todavía tengo buena memoria para los asuntos que me interesan. Si no me interesan, puedo olvidarlos inmediatamente. Me pueden dar un teléfono y se me olvida, un nombre un poco extraño, igual; pero si es un tema de mi interés, me lo dicen una vez y puedo recordarlo durante mucho tiempo. En tal sentido, las materias que me importaban las recordaba fácilmente. Con un esfuerzo era capaz de retener las materias que no me interesaban mucho.

Por ejemplo, la Anatomía en el segundo año de bachillerato, tenía que estudiar no solo los músculos, también los huesos. No existían láminas de cómo estudiar los huesos, todo eran definiciones escritas y, lo peor, sin un hueso; o tal vez el profesor utilizó algún libro cuando dictaba sus clases, pero posiblemente yo no le prestara mucha atención. Cuando debía estudiar los huesos para el examen, tenía que hacerlo a pulso: las costillas, el cúbito, el radio, la tibia, el peroné, los dedos, las manos, la cabeza, el frontal, el occipital, el parietal, la clavícula, la cadera... ¿Y qué tenía que hacer?, recordar unas definiciones abstractas y enhebrar algunas palabras: la

pequeña protuberancia interna de la cara anterior o posterior de la extremidad superior del hueso.

Cuando llegaba la hora de ir a examen y no disponía de una lámina ni de un hueso ni de un profesor que me explicara lo que yo debí haber aprendido cuando daba la explicación y yo andaba pensando posiblemente en otra cosa, tenía que aprenderme todas las definiciones del hueso, pedazo por pedazo, protuberancia por protuberancia, arista por arista, orificio por orificio; los incidentes y accidentes del hueso.

Cuando me encontraba ante una tarea así, no me quedaba más remedio que hacer uso de la imaginación, forzar las células del cerebro y quedarme con las definiciones de memoria. Pero no era fácil, tenía que darle dos, tres y hasta cuatro lecturas y romperme la cabeza, imaginarme un hueso, fabricarlo, construirlo para saber lo que era. Al final me sabía los huesos, pero en abstracto, y para qué sirve realmente conocer los nombres de los huesos del organismo, si uno no va a ser médico; aunque comprendo que es bueno que cuando a uno le dicen que se ha partido un hueso o que alguien se ha quebrado uno, usted sepa más o menos qué hueso es y dónde está.

Si era un libro de Historia de Cuba, Universal o Sagrada, de Geografía: sobre los astros, la naturaleza, si se decía que la Luna está a más de 300 000 kilómetros de la Tierra y el Sol dista 150 millones de kilómetros de la Tierra, nunca lo olvidaba. La primera vez que leí eso nunca más lo olvidé: o que la

luz viaja a una velocidad de 300 000 kilómetros por segundo, la misma velocidad de las ondas de radio, ese dato no se me olvidó nunca; o que la Tierra da vueltas alrededor del Sol, y la Luna alrededor de la Tierra, y a su vez existen los planetas y las estrellas, y que la estrella más próxima está a cuatro años luz, tenía que conocerlo o estudiarlo una sola vez y ya no se me borraba nunca más. Cuando las cosas las veía, las entendía, las comprendía, eran ideas y conceptos razonados, bastaba con que los leyera una vez, si acaso dos veces. Y hoy me pasa exactamente igual.

En la Geografía: las características de los ríos, los valles, las montañas, las mesetas, los cabos, las bahías, los golfos, los puertos, las islas, las capitales de cada uno de los países, los Estados. En aquella época no existían tantos países independientes, eran unas cuantas decenas, y uno sabía más o menos dónde estaban y cuál era la capital. Hoy es más difícil, porque hay casi 200 países, hay que saber dónde está cada uno de ellos, cómo es, dónde está la capital, quiénes son sus dirigentes, qué sistema político rige en cada uno.

En aquella época aparecían unos mapas con el territorio inglés en rojo; en amarillo, el francés; en verde, el español; todo aparecía en colores, con el Imperio del Sol Naciente, que ya ocupaba una parte de China. No era muy difícil la geografía, pero eran temas de mucho interés y podía estudiarlos todos sin problemas, se me grababan perfectamente bien en la me-

moria. La Geografía, la Historia, las Ciencias Naturales, las leía una vez, dos veces, tres veces, según el tema, según la cantidad de datos, según la terminología.

En general, tuve que ser autodidacta, no era un alumno que prestara mucha atención al profesor. Como regla, no tuve profesores que hubieran captado mi atención o me dejaran maravillado con sus explicaciones, con lo cual me habrían ayudado muchísimo. Como resultado, cuando llegaba el momento del examen debía estudiar por los textos, aunque reconozco que algunas materias me interesaban más y les prestaba más atención en clase. Tenía profesores que lograban captar más la atención del alumno, y en esos casos me resultaba muy fácil, pero en otros, tenía que estudiar por mí mismo.

Más adelante, no solo debía estudiar por mí mismo la Anatomía, sino también, la Física, la Química, la Matemática, la Biología, la Geometría, asignaturas y temas complejos, los teoremas, por ejemplo. Me bastaba el libro de texto con toda la teoría. Cuando estaba cerca el examen, parece que se me excitaban las neuronas del cerebro y entendía perfectamente la Geometría, la Biología, la Matemática, la Química y la Física, por los libros de texto o por las conferencias.

En verdad puedo decir que todo el tiempo que asistí a clases lo perdí. Habría que sacar la cuenta de cuántas horas pasé en clases sin saber lo que el profesor estaba diciendo. La imaginación mía era capaz de volar por todas partes. Siempre me

gustaba inventar juegos, conversar con los vecinos o pensar en otra cosa. Pensaba en todo. Desde muy temprano, de vez en cuando, pensaba en las muchachas, un amor platónico, algunas novias platónicas. A veces, me enamoraba de personas que eran mayores, como la joven Rizet Mazorra Vega, la hija del comerciante español de la casa en que vivía. No me podía atrever a decírselo, porque no me habrían hecho ningún caso, me hubieran dado un coscorrón, cualquier cosa hubiera podido pasar. Tenía una cierta tendencia romántica desde muy temprano. Ese es un elemento que estaba siempre presente.

Pero la fantasía mía también iba hacia la historia, los acontecimientos, las guerras. En la *Biblia* lo primero que me enseñaron fueron contiendas, guerras, epopeyas. En Historia Sagrada, se pasaron todo el tiempo hablándome de guerras, y yo también era un guerrero que participaba en todos esos combates. Claro, no en clases, me ponía a pensar en mil y tantas cosas: en el deporte, en el juego de básquet, en el fútbol, en el mar, en la pesca, en una muchacha, en toda clase de cosas. Cuando estaba en las clases, o estaba jugando o inventaba un juego de estos con la letra, el número de guerras navales mediante los cuadritos. Yo trataba de jugar con el de al lado o con el de atrás. Todo eso podía pasar.

Más adelante, ya pensaba mucho en los deportes, en las competencias, en todo tipo de cosa. Lo peor era cuando me ponían a estudiar obligado. Estaba en quinto grado cuando me

obligaban a estudiar dos horas por la noche, encerrado en un cuartico caluroso con un libro de Geografía, de Historia, de Matemática, de Gramática o de cualquier cosa. A mí me gustaba inventar juegos, y yo mismo hacía unas peloticas de papel, organizaba ejércitos, los ponía a combatir unos con otros, los movía por aquí, por allá, al azar. Fabricaba juegos de ese tipo, que creo que todos los muchachos lo habrán hecho. Entonces sí tenía que emplear bastante la fantasía porque era una hora, hora y media que me encerraban para que estudiara y yo no estudiaba nada. Perdieron el tiempo en la casa del comerciante español donde viví esa experiencia.

Si me hubieran dado buenos libros y no me hubieran obligado, desde muy temprano habría podido leer una enorme cantidad de textos, pero tenía que invertir el tiempo en inventar juegos y en la manera de entretenerme de cualquier forma. Así que la fantasía la empleaba de distintas formas, según la clase, en otras ocasiones.

En el aula había cierta vigilancia, había más problemas, pero era peor cuando me quedaba solo una hora u hora y media conmigo mismo, encerrado en un cuartico, y ya no tenía muñequitos que leer ni a nadie que ver, lo que tenía era que inventar cosas para pasar el tiempo. Por eso digo que tenía una imaginación incansable, podía pasarme toda la clase sin darme cuenta. Pero eran muchos temas, muchas cosas en las que pensaba.

Había un campeonato muy importante. Entonces, me pasaba el tiempo pensando en el próximo partido de básquet o el próximo juego de béisbol que tenía, quiénes eran, cómo eran, cuánto iba a batear, cuánta gente iba a ponchar, cuántos goles iba a meter, qué tiempo iba a hacer. En épocas de deporte dedicaba bastante tiempo a todo eso. Y siempre había alguna muchachita, algún amor platónico. En fin, no se sabe el tiempo que perdí asistiendo a clases, y luego tuve que estudiar todas las materias por mí mismo; aunque algunas clases las atendí, no quedaba más remedio, como las de inglés, para conocer las palabras y su pronunciación.

Sin embargo, estoy convencido, y es lo que aconsejo a los estudiantes, que no se debe perder el tiempo en las clases. Atender al profesor es una ayuda extraordinaria, aunque existan textos impresos, aconsejo a los estudiantes leerse el libro completo antes de recibir la clase, hacer una exploración por la materia, prestar atención en clases y dedicar el tiempo a consolidar los conocimientos y a ampliarlos. Es lo que yo haría si tuviera la experiencia de ahora, porque me habría ayudado extraordinariamente.

Fui capaz de resolver los problemas y sacar buenas notas, a veces excelentes notas, pero no aproveché bien mi tiempo. Creo que se pasa más rápido el tiempo escuchando al profesor y discutiendo con él. Se asimilan más las lecciones de una clase teniendo noticias previas sobre el material que le están expli-

cando, y se les sacaría mucho más provecho a los años escolares utilizando así el tiempo, dedicando el resto a consolidar y ampliar los conocimientos. Por lo tanto, lo que hice merece mi más severa autocrítica y no se lo aconsejo absolutamente a nadie, todo lo contrario.

Pienso que los maestros deben tener la suficiente habilidad técnica para captar la atención de los alumnos y deben cerciorarse de que todos estén atendiendo en la clase y no pensando en otra cosa, por la fantasía tremenda de los adolescentes. Considero antinatural y casi como un castigo sentarse durante cuatro horas por la mañana, más cuatro horas por el mediodía, y dos o tres horas al atardecer o en la noche, en un aula, a la edad de 10, 11, 12, 14 años porque el hombre no evolucionó, realmente, en su naturaleza biológica, para estar 10 o 12 horas sentado a esa edad; por lo tanto, es muy importante también combinar el estudio con el trabajo, con el deporte, con las actividades físicas y la exploración.

Desde luego, la escuela donde estudié estaba muy lejos de ser la escuela ideal, y yo tampoco en aquel tipo de escuela era el estudiante ideal. Pero estoy convencido, por completo, de que hubiera podido ser totalmente conquistado por profesores capaces, en un tipo adecuado de escuela. No hay duda de que las escuelas como las nuestras de una gran diversidad combinatoria: estudio-trabajo-taller-servicio social-deportes... me habrían gustado mucho porque me parecen más naturales.

El problema no es el número de horas que usted obligue a un alumno a estar sentado frente al profesor y frente a la pizarra, sino la calidad de la enseñanza, la intensidad con que usted utilice dichas horas y las combine, para mantener siempre una sed de conocimientos, una ansiedad de conocimientos. Me parece que el tipo de escuelas cárceles que conocí, de escuelas de tortura, no eran para mí ni para ningún otro muchacho el tipo ideal de institución. En tal sentido, en la Revolución hemos tratado de crear el tipo de escuela ideal y hemos trabajado mucho por disponer de las mejores instituciones y los mejores profesores.

Como yo no era un muchacho especialmente terrible ni muy indisciplinado, no era tan distraído, creo que lo que ocurrió es que mi carácter y mi manera de ser chocaba con el tipo de escuela. Pero aún así, si hubiera tenido buenos profesores, habría aprovechado mejor el tiempo.

Existe una leyenda de que me aprendía la página de un libro con leerla una sola vez, y que luego la arrancaba, pero ¿qué ocurrió realmente? Estaba en el bachillerato, a pesar de que prestaba poca atención a clases mis notas eran muy buenas; hacía deportes y, después, en la fase final estudiaba muy duro, incluso, disminuía las horas de sueño y, como resultado, sacaba buenas notas. Los exámenes eran en el instituto porque, aunque yo estaba en una escuela privada, el programa era el mismo de las escuelas públicas. Mis notas eran muy buenas,

en no pocas ocasiones por encima de las alcanzadas por los alumnos que ocupaban los primeros lugares. Tenía como un honor lograr buenas calificaciones.

Un día, cuando cursaba el primer semestre, hago un examen más o menos bueno y me dan 60 puntos, el mínimo necesario para aprobar, en una asignatura llamada Cívica, de aquel programa que incluía: Lógica, Psicología, Filosofía, Economía Política. Belaúnde San Pedro era el profesor de aquellas asignaturas en el Instituto del Vedado como ya señalé, y autor de los correspondientes libros de texto que los estudiantes debíamos adquirir. Cada libro de estos respondía a un programa, eso no es malo si el texto es bueno, pero, posiblemente, las ganancias del profesor como autor de libros eran mayores que las percibidas como maestro. El libro grueso, de muchas páginas, no sé si 400 o 500, abarcaba mucha materia y, a mi juicio, las respuestas eran pobres, muy abstractas.

Viene entonces el segundo semestre, fin de curso. Acostumbrado a sacar buenas notas, estaba molesto por la calificación baja. Me preguntaba por qué este hombre me ha dado 60 puntos si había respondido más o menos bien. Cuando llegó el momento de estudiar esa asignatura, dije: me la voy a estudiar de memoria, al pie de la letra. Eran unas 300 páginas, debí de haberlas leído como cuatro veces, tal vez cinco. Estábamos más o menos al final del curso: leía la primera vez, la segunda, la tercera, en la última ocasión ya me sentía rabioso con el

profesor, con la asignatura y con todo el mundo.

Estaba por allá por un campo de fútbol, por la tarde, leyendo debajo de unos árboles, y cuando le di la última leída al libro fui arrancando página por página, como una reacción de dignidad. Me sabía de memoria las 300 páginas, todavía me acuerdo de algunas, por ejemplo:

«Cuando en un pueblo brotan potentes los ideales de nacionalidad y pugnan por emanciparse de las tutelas que estorban a su libertad de autodeterminarse políticamente, pronto se ven plasmados sus anhelos en una enseña que los simboliza y esa enseña es la bandera».

Todo eso para decir lo que era la bandera, ¡qué manera de decir qué es una bandera!, ¡qué cosa horrible era aquella asignatura!, y yo: ¡Ra!, ¡ra!, pero no en la primera leída, eso fue como en la quinta leída, cuando debí saberme la asignatura al ciento por ciento. Podía sacar sobresaliente con tres lecturas, ya con cuatro podía sacar 100, pero para saberme todos los detalles, cinco lecturas. Llevaba el ritmo, de 20 a 30 páginas por hora, entonces decía: 300 páginas, de 10 a 15 horas; tres lecturas, tres o cuatro días. Aquella vez sentí desprecio por el profesor, por dicha asignatura de letras. Pero yo no hacía eso todos los días, porque no tenía por qué romper los libros.

Tal es el origen real de la leyenda. Parece que la gente me vio antes del examen arrancando y botando hojas, y ahí quedó la leyenda.

Al final fui a examen, me pusieron las preguntas, no sé cuántas eran, las contesté al pie de la letra y me dieron 60 puntos otra vez, la misma nota. No leyó el examen, el hombre no tenía tiempo de leer los exámenes. Le escribí al pie de la letra lo que él decía en el libro, como si tuviera el libro delante y lo estuviera leyendo, y me dio 60 puntos. Mira cómo era la gente en el pasado de nuestro país.

¿Qué es lo que hacía aquel hombre? Tenía un programa para hacer el libro y él debía llenarlo, mientras más basura hablara, más tonterías escribiera, más disparates dijera, más grande fuera el libro, más caro se vendía, más dinero ganaba y más trabajo para nosotros. Todas esas cosas absurdas las viví. He sido víctima de aquel terrible, increíble sistema de educación existente en el capitalismo. Pero —ya lo he aseverado otras veces— me estoy desquitando históricamente, me estoy vengando cabalmente con el esfuerzo hecho en la educación, que ha colocado a Cuba en uno de los primeros países del mundo en tal campo y no estamos más que a mitad de camino, la educación será cada vez de más, más y más calidad. He tomado cabal venganza histórica de lo que tuve que sufrir con toda aquella enseñanza, aquellos profesores y aquellas cosas.

En la experiencia personal de todo lo que viví, sufrí y padecí está la esencia del interés absoluto, enorme que tengo en la educación y los esfuerzos realizados por la educación, porque no quiero que nuevas generaciones de jóvenes en este país

sufran lo que sufrí, y ojalá sea posible en otros lugares, otros países, aunque algunos, desde luego, no tienen ni escuelas ni profesores ni libros ni libretas, no tienen absolutamente nada.

Por cierto, fue una experiencia dura. La conocí en la escuela pública y en la privada, secundaria y en la universidad. Sé de memoria los problemas de aquel sistema de educación.

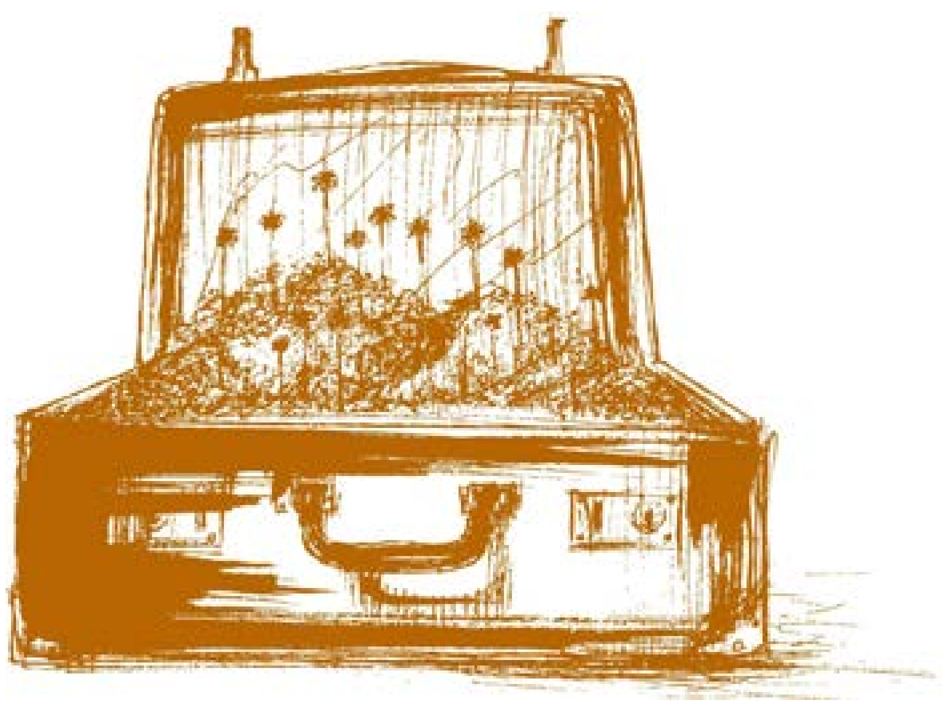
Así que existe una explicación objetiva, clara, de la leyenda que no quiero cultivar, aunque me convendría decir: sí, los libros me los leía una vez. No tengo una memoria de esas fotográficas que se le queda todo grabado al pie de la letra. Ahora bien, si me da un dato que me interese, no se me olvida, y basta con que lo vea una sola vez para retenerlo mucho tiempo. Por ejemplo, me da un dato sobre cualquier índice de salud pública en el país, de mortalidad infantil, sobre la economía, el desarrollo, el crecimiento, las producciones, los índices fundamentales, los veo una vez y no se me olvidan. Conozco así todos los datos generales de la economía del país.

Tampoco almaceno en la cabeza datos inútiles. Hago una selección de los que, a mi juicio, tienen interés e importancia, los retengo perfectamente y eso me ayuda cuando tengo que hacer un análisis. Entonces, basta con que sienta interés y sepa de qué se trata el asunto, puede ser suficiente una sola mirada para que retenga los datos. En ocasiones, si acaso, con un segundo repaso muchos se me quedan y todavía los recuerdo.

Sería difícil que ahora me pudieran obligar a estudiar

en abstracto las definiciones de los huesos. Me parece que ya con el nivel de autonomía que tengo, de independencia y de libertad del que disfruto, no habría nadie que me obligara a aprender de memoria los huesos otra vez. Eso lo pudieron hacer conmigo cuando tenía 14 o 15 años, pero ya nadie podría nunca más obligarme a estudiar esos huesos. Ahora, también yo me administro: leo, estudio, aprendo y retengo lo que me interesa.

05 *La Habana, Belén, boxeador en Birán, orar y orar, crecer con los jesuitas, la historia, por radio: pelea de Joe Louis y Max Schmeling, utopías, Marx y Darwin*



KATIUSKA BLANCO. —Comandante, ver por primera vez el mar abierto es para el alma como un descubrimiento de la inmensidad del universo, usted pudo experimentarlo cuando llegó a la ciudad de Santiago de Cuba. Años después viajó a La Habana, mucho más lejos de su casa en Birán, cuando dejó atrás el Colegio Dolores para irse al Colegio de Belén, casi al otro extremo de la isla, ¿qué sensaciones experimentó? ¿Qué significó tal cambio en su vida?

FIDEL CASTRO. —Ir a otra escuela fue una decisión propia. Con los jesuitas de Santiago hice en el Colegio Dolores gran parte del quinto grado, dos tercios del sexto —porque un tercio me lo pasé hospitalizado—, séptimo grado, primero y segundo años de bachillerato; cinco años en total. Mi estancia allí transcurrió excelentemente, no tuve problemas de ninguna clase. Anécdotas miles podría contar de dicha época; hacía mucho deporte, era estimado por mis compañeros, por los profesores de la escuela, por todos; obtenía buenas notas.

Me sentía bien en la escuela, pero ya me parecía que aquel lugar no era nada comparado con la otra gran escuela que los jesuitas tenían en La Habana porque llegaban libros sobre el Colegio de Belén: Belén tiene esto, Belén cuenta con piscina, Belén tiene campo y pista, en Belén hay tales equipos, Belén

tiene tantos campos de básquet; de todo, lo ideal para un joven, para un estudiante, para un atleta, y yo me entusiasmé.

Claro, fui madurando apresuradamente. Aunque estaba en un colegio de jesuitas, tenía vacaciones tres veces al año: quince días en Nochebuena, ocho días en Semana Santa, tres meses en verano. En todos los períodos mencionados iba para mi casa, era hombre libre en Birán. Recuerdo que en aquellas estancias felices llevábamos los deportes a Birán: si jugábamos fútbol, llevábamos una pelota y hacíamos una portería. ¡Hasta en el corredor de la casa teníamos una canasta! Jugábamos balompié, boxeo. Corríamos, nadábamos, cazábamos —primero con tirapiedras, después con escopeta.

KATIUSKA BLANCO. —Su hermano Ramón recuerda que ustedes se iban solos a comer caña y luego a bañarse en el río de Birán, al charco del Jobo.

FIDEL CASTRO. —Una vez, en las vacaciones de verano, no sé cómo conseguimos dinero y nos compramos unos guantes de boxeo. No eran profesionales, más bien de *amateurs*, más o menos gruesos. Como la valla era redonda, pusimos cuatro columnas, buscamos sogas de ganadería —buenas sogas—, las entretejimos y fabricamos un ring con las cuerdas. ¡Convertimos la valla en un coliseo deportivo! Allí nadie sabía boxeo ni nosotros mismos, pero todos los días íbamos allá y nos pasábamos la mañana boxeando. El único tiempo en que yo descansaba era cuando el otro se cambiaba los guantes o cuando me los

cambiaban a mí. Tales peleas no eran como aquellas a las que Ramón me mandaba, ya eran con guantes, yo era un poco mayor. Mi mánager era Ramón; me tenía de boxeador profesional allí, pero no apostado.

¿Cuál era mi papel? Me ponía los guantes temprano en la mañana y estaba tres horas boxeando, ¡suerte que eran unos guantes bastante fuertes! Yo era el que boxeaba con todos los contrincantes: de mi tamaño, más grandes, más chiquitos, más flacos, y no usábamos protectores. Por lo menos llegué a adquirir la resistencia de estar boxeando la mañana entera con todo el mundo.

Una vez por poco me noquean. Un muchacho descendiente de jamaicanos, de la United Fruit, grande, más alto que yo, logró conectarme un buen golpe en la cabeza y me aturdió. Es el único golpe que recuerdo, y me lo dio de arriba hacia abajo. Seguimos boxeando, reaccioné, pero estuve a punto del *KO*. Después éramos muy amigos, pero yo siempre le decía: «¿Recuerdas que me diste un buen golpe?».

Nunca me llegaron a noquear porque eran unos guantes bastante gruesos. Indiscutiblemente que la protección estaba en el grosor, que si llega a ser un guante profesional no hubiera podido resistir porque me habría cortado con frecuencia. Aquellos guantes golpeaban, ponían la cara colorada, pero no eran como los de los profesionales de boxeo, eran, realmente, guantes de entrenamiento. Pero así y todo me dieron un golpe

que estuve a punto del nocaut.

Otra cosa que hacía era irme de exploración a lugares lejanos yo solo. Por mí mismo, hacía de todo en Birán. Además, contaba con un prestigio creciente en mi casa, desde que ingresé en el bachillerato, fue un acontecimiento importante. Estaba nada menos que en primer año de bachillerato, ¡algo extraordinario! Parecía ser el mejor estudiante de la casa, el mejor alumno del grupo de hermanos mayores, y eso lo apreciaban mucho en la familia.

Era uno de los que más sabía en mi casa, tenía la consideración y el respeto de mis padres. Todo eso me daba un estimable grado de libertad. Creo que desde los 12 años podía irme a caballo a los Pinares de Mayarí o a cualquier lugar donde yo quisiera. Me iba a los campamentos de trabajadores en los pinares, en las montañas; me iba para la casa del abuelo, que ya en tal época vivía como a cuatro kilómetros de la casa. Me levantaba y acostaba a la hora que quería, iba donde me daba la gana, usaba armas y andaba libre y solo.

Era estudiante interno, pero no siempre me vi encerrado en el colegio; estaba en contacto con la naturaleza, en el régimen de libertad durante los veranos en Birán, era casi un adulto en mi vida y, por lo tanto, no resultaba nada extraño que, influido en parte por la publicidad, decidiera en aquel momento ir a estudiar al Colegio de Belén los tres últimos años de bachillerato. Se lo dije a mis padres y ellos, encantados, no

pusieron la menor objeción. En aquel verano creo que había cumplido 16 años; tenía la edad apropiada para tal nivel porque había recuperado parte del tiempo que me hicieron perder al principio. Ya participaba en los equipos deportivos de 16 años del Colegio Dolores; pero era un guajirito, un provinciano, nacido en el campo.

Cuando decidí ir para el Colegio de Belén, mis padres lo aceptaron. Empezó el proceso de comprar maleta, ropa, porque era un lugar distante, además, un poco más caro; el Colegio Dolores costaba unos 30 dólares y el Colegio de Belén como 50. Los jesuitas no cobraban sueldo, y por eso puede considerarse que Belén no era tan caro. Ellos, en realidad, hacían posible una escuela privada de bastante calidad, a bajo costo. Desde luego, 50 dólares podía ser el salario de un maestro en aquella época, pero muchos obreros no ganaban 50 dólares. Hay que tenerlo en cuenta.

La escuela tenía grandes edificios —no sé en qué año los construyeron—, 1000 alumnos, 150 internos. Yo nunca había viajado a la capital, no sabía lo que era la ciudad de La Habana. Cuando se acercaba el comienzo del curso estaba muy entusiasmado, a pesar de que se acababan las vacaciones y mi libertad. Como yo mismo había escogido mi camino, también había elegido qué tipo de esclavitud y qué tipo de cárcel podía soportar; viajaba encantado hacia mi nueva cárcel.

En Alto Cedro, en una tienda, compré la ropa. Alguna la

había conseguido en La Muñeca, la tienda del mismo español con el que estuvimos en Santiago la segunda vez, donde no pasamos hambre. Allí donde me rebelé y me fui, pero conservamos la amistad; seguíamos comprando en su tienda. Claro, no tenía mucho gusto para la ropa. Recuerdo que me compré un saco de color indefinible, gris rojizo, un poco escandaloso, a rayas, con un corte largo, de dos botones. Creía que había obtenido una gran cosa, y vaya usted a saber qué barbaridad fue lo que me compré, creyendo que tenía un gran traje. Compré ropa interior, toallas, sábanas, zapatos, de todo; además, tenía que adquirir allá el uniforme y un traje de salir.

Después de comprar como dos maletas de ropa, tomé solo el tren hacia La Habana. Allá le dijeron al que iba a ser mi padrino, Fidel Pino Santos, quien ya era representante y vivía en el Vedado, que me esperara.

Hice mi viaje y llegué a La Habana al amanecer. El tren se tomaba alrededor del mediodía. Nunca había tenido la experiencia de un viaje tan largo, como 800 kilómetros. Iba viendo todo con gran entusiasmo: ferrocarriles, pueblos, aldeas, pasé por Tunas, Camagüey. A tal edad —16 años— siempre tenía apetito y, por primera vez, comí a la carta en un carro *pullman*. Creo que almorcé y después por la noche comí. Por Camagüey compré dulce de leche, panetela; porque, sobre todo, tenía dinero. Me habían entregado 200 pesos. Tenía que llegar a la escuela y pagar el primer mes, comprar libros, ropa, unifor-

mes, y adquirir una serie de cosas necesarias para mis estudios en La Habana.

Al amanecer —lo recuerdo como si fuera ahora; sería en el año 1942— arribé a la gran estación terminal y me ocurrió lo mismo que cuando a los seis años llegué a Santiago de Cuba la primera vez: un elevado, una gran estación, un gran bullicio. Me estaba esperando el padrino frustrado. Bajé, el maletero cargó las maletas y tomamos el automóvil que enrumbó por una calle que pasa por el antiguo Palacio Presidencial. Me ocurrió lo mismo que en Santiago, me pareció una gran ciudad, pero esta era mucho más grande, de edificios de cuatro y cinco plantas, enormes; yo los miraba asombrado. Llegamos a la casa del padrino en el Vedado, y allí estuvimos un rato, hasta que me llevaron para la escuela.

El Colegio de Belén estaba en Marianao, no muy lejos del cabaret Tropicana. Hoy es una universidad militar, el Instituto Técnico Militar (ITM) como es popularmente conocido.

Llegué a la escuela encantado. Me alegré de haberme liberado de mi seudopadrino, que en este caso adquiría, en cierta forma, el papel de tutor mío. En la escuela entré en contacto con los estudiantes. Claro, todavía, era un guajirito provinciano, que venía del Colegio Dolores, de Oriente, del campo, y conocí muchachos más despabilados, muy presumidos, de la alta burguesía y la oligarquía de aquí de La Habana, dueños de centrales azucareros; incluso, otros internos de Oriente y

de todo el país.

Dormí el primer día en la escuela, porque llegué uno o dos días antes de empezar las clases; y, al otro día, salí solo para La Habana. Pregunté por un tranvía, hasta dónde llegaba, y dónde se encontraban las tiendas. Del Colegio de Belén al centro de La Habana, un tranvía demoraba 40 o 45 minutos. Era un tranvía eléctrico del tipo que se conectaba con dos cables, que de vez en cuando se zafaban y no podía continuar el viaje; los ponían otra vez y reiniciaba la marcha.

Me bajé en el Parque Central, mi zona de operaciones aquel día, ¡a buscar tiendas, a comprar uniformes, un cinto! Me pasé el día entero ocupado en las compras y por la noche regresé a la escuela.

Claro, recuerdo que la primera vez que me puse aquel traje escandaloso, largo, los muchachos se rieron de mí, decían: «¿Pero qué es esto, un guajiro?». Yo no me puse bravo, pero me di cuenta de que no estaba acorde con la moda. No recuerdo cuándo me lo puse, pero creo que fue una sola vez. Mi asesor, el comerciante de Santiago de Cuba —hijo de Martín, el Gallego—, que estaba despachando en la tienda, fue el que me lo vendió. Hoy sería un excelente traje, porque mientras más rara, más escandalosa es la ropa, mejor, más se está a la moda; pero en aquella época todavía no existían los *hippies*, ni los peludos, ni los barbudos como nosotros. Entonces, los miembros de aquella aristocracia, burguesía, oligarquía, muy or-

gullosos de sus costumbres y de su moda, se rieron bastante. Después me compré otra ropa, guayaberas…; gasté una buena parte del dinero que me habían dado comprando cosas. Aunque no tuve muchos trajes, siempre conté, por lo menos con uno o dos, hasta que llegó la época revolucionaria. Creo que tres fue el máximo de trajes que tuve entonces: algún pantalón, alguna guayabera y lo que se llamaría un safari, por entonces se llamaban *ensemble*. Cuando usted tenía un pantalón y una camisa del mismo color, poseía un safari en mi época. Bueno, pues compré algunos y me fui adaptando a la cuestión del vestir.

Todo cambió después, al concluir mis estudios en el Colegio, en el acto de graduación de fin de año, de bachillerato. Viví aquel día una experiencia inesperada.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, estuve en Chile al final del año 2005 para presentar el libro *Todo el tiempo de los cedros* en la Universidad de Concepción, y participar en la Feria Internacional del Libro. Su historia familiar tuvo una gran acogida, y en una conferencia de prensa, un sacerdote miembro de la Teología de la Liberación me preguntó sobre el significado de los jesuitas en su vida. Evoqué su encuentro con religiosos en noviembre de 1971, allí mismo, en Santiago de Chile, cuando esbozó la posibilidad de una comunión entre revolucionarios y cristianos, entre militantes comunistas y religiosos. Al responder abordé varios aspectos, pero sobre

todo afirmé que los jesuitas le habían proporcionado mucha felicidad. ¿Usted está de acuerdo? ¿Qué valoración hace de lo aprendido y vivido con ellos?

FIDEL CASTRO. —Los jesuitas impartían una enseñanza bastante escolástica y muy dogmática, derivada, en primer lugar, de la concepción religiosa del mundo y la vida. Si usted parte de una serie de apotegmas y principios, de explicaciones que están fundadas en la fe, usted no puede cuestionarlas, no puede discutirlas, no puede, ni siquiera, razonarlas; está obligado absolutamente a creerlas. Entonces dice: el origen del mundo es este. Digamos que era un estilo, un método, un principio común a todas las escuelas religiosas.

Ninguno de aquellos dogmas podía ser discutido: cuál es el origen del mundo, cómo se creó la Tierra, cuáles fueron los primeros seres vivos, el ser humano, cómo fueron creados el hombre, la mujer; todo lo afirman de manera categórica en el «Antiguo Testamento». De modo que uno empieza por conocer personajes como Adán y Eva, una especie de tatarabuelos de carne y hueso; la abuela, la tía, la bisabuela, gente de carne y hueso, muy próximas a usted, los antepasados. La enseñanza religiosa misma partía de posiciones absolutamente dogmáticas. Nada de aquello que se nos enseñaba podía ser cuestionado, teníamos que creerlo todo. Una educación que ya comienza así no puede ser una educación lógica, dialéctica, razonada; es una apelación a la fe y no a la inteligencia. Pien-

so que una enseñanza religiosa pudiera racionalizarse mucho más y no presentarse como un conjunto de verdades incuestionables, que hay que aceptarlas como una cuestión de fe.

Ese dogmatismo permeaba casi toda la enseñanza religiosa, entre ella la de los jesuitas. Si le hablaban de política, lo hacían con el mismo carácter dogmático. Sobre la sociedad y la historia, todas las versiones tenían también tal carácter; incluso, cuestiones que no tenían que ver con la religión, eran afirmaciones categóricas, dogmáticas, interpretaciones que no podían cuestionarse.

Es decir, no había análisis ni razonamiento, mucho menos contraposición de criterios, de teorías, que realmente impulsaran el desarrollo de la mente, del pensamiento, de la razón.

Desde tal punto de vista, a mi juicio, me parece un sistema de enseñanza muy negativo, puesto que empieza por clausurar y cancelar la capacidad de pensar del hombre. No se nos enseñaba a pensar, se nos enseñaba a creer, y me habría gustado que me enseñaran a pensar y me dieran una explicación racional de todo. Pienso que se deforma de cierta manera la inteligencia de un niño si recibe tal tipo de enseñanza dogmática, en que el razonamiento ocupa muy poco lugar.

Tempranamente fui capaz de comprender una injusticia, de ver que algo de tipo social, de tipo humano, no me agradaba; era capaz de comprender un agravio, pero no podía tener simples elementos de juicio para cuestionar la educación que

estaba recibiendo. Los niños aceptábamos todo aquello, como la historia que nos hacen los padres, los abuelos; era la historia que nos hacían los maestros, la explicación que nos daban. Durante el período de la enseñanza primaria nunca cuestioné dicha educación. Tampoco cuando estudiaba el nivel medio.

No era una persona muy convencida de lo que me decían, lo más probable es que fuera muy escéptico. Cuando uno es muy pequeño cree en los Reyes Magos, un poco de fantasía, que no está mal, pero es una de las primeras cosas que uno aprende y resulta ser mentira, aunque eso no significa, necesariamente, que uno se ponga a cuestionar todos los demás temas dichos o enseñados, puede prestarle mayor o menor importancia. Cuando estaba en primero, segundo, tercer grado, con la fantasía de un niño, le daba mucha importancia al Diluvio Universal, a la historia de Noé, Moisés, Isaac, de todos aquellos personajes de la *Historia Sagrada*, los tomaba como cosas muy verídicas; eran personajes, en cierta forma, familiares.

Claro, después fui creciendo e interesándome por otras cosas, actividades, deportes, y empiezan a impresionarme menos aquellas leyendas e historias; hasta que llegó un momento en que no tuve precisamente la vocación, la inspiración o la inclinación del hombre devoto. Evidentemente no tenía un espíritu místico, una mentalidad mística. Me fui inclinando y preocupando por otras actividades.

Nos llevaban todos los días a oír misa, a rezar de una manera muy formal. Uno rezaba algo y no sabía ni lo que estaba diciendo, repetía sin descanso la misma oración 50 veces. Al final no tenía la menor idea de qué quería decir un avemaría, un padrenuestro, un credo. Las oraciones las aprendía de memoria y la repetición era absolutamente mecánica, *ad libitum*, de una misma oración, en cuyo contenido no pensaba uno nunca. Me parece maniático eso, un poco absurdo, un poco loco, no creo que tiene racionalidad. Es mucho más racional una sola oración bien pensada, sabiendo lo que estás diciendo, concentrado en ella, como un atleta se concentra antes de iniciar una carrera, saltar con garrocha, hacer un salto largo o lanzar una jabalina; que repetir 1500 veces la misma oración sin haber pensado nunca en lo que se está diciendo. Es un ejercicio de las cuerdas vocales, no un ejercicio del pensamiento, del sentimiento ni del corazón. Pero yo también, mecánicamente, hacía todo eso, como creo que la mayoría de los muchachos. En cierto momento la oración se convertía en una penitencia, en un trabajo obligatorio de todos los días, del mismo modo que la misa y las demás actividades litúrgicas de la enseñanza religiosa recibida.

Además de eso, también nos enseñaban Aritmética, ya un mundo aparte, que implica una lógica, una serie de razonamientos más precisos, exactos; la Gramática, las formas de expresarse, las reglas y todo aquello, algo concreto, que tam-

bién tiene su lógica, su razonamiento, leyes; la Geografía, que estudia cosas existentes: montañas, ríos, lagos, mares, islas, golfos, cabos, penínsulas, naciones, Estados, las capitales, las ciudades, los habitantes, las producciones, elementos concretos que se pueden enseñar de manera real; igual las Ciencias Naturales, desde temprano; la Historia también: le hacen la narración de hechos acaecidos que usted cree porque se los explican, pero no porque sería pecado dejar de creerlos.

Posiblemente la historia nos ha trasmitido numerosas anécdotas un poco fantasiosas, incluso, hasta mentiras, sucesos que ocurrieron o se inventaron; pero, en cualquier caso, la investigación comprobó muchas de las narraciones históricas. Desde luego, han cambiado muchos conceptos de la misma historia; la interpretación de los hechos ha sido muy diferente, muy cambiante.

En la historia, el riesgo mayor es el tipo de interpretación dada a los acontecimientos y sus causas. Lo que nos enseñaron era muy abstracto, parecía una sucesión de hechos ocurridos a lo largo de cientos y miles de años, sin que realmente se interpretara ni se explicara por qué habían ocurrido; parecían originados en la inteligencia de algunos hombres, en el genio, en la bondad o la maldad de otros. No existía ninguna explicación de los factores sociales que determinara, en primer lugar, aquel tipo de sociedad, qué importancia tenía el modo de producción, las instituciones, la cultura, las costumbres, el

derecho, en la vida de aquella sociedad.

A veces parecía que la sociedad era la misma desde la época de Grecia hasta hoy, eran el mismo sistema social, los mismos hombres, las mismas ideas desde la antigüedad. Incluso, parecía que la sociedad de 2500 años atrás era más avanzada que la actual. Era una bella historia, un bello cuento. Aquellos hombres del pasado tuvieron mucho de razón y empezaron a leer, a escribir. Parecía que eran los mismos hombres siempre, con la misma moral, las mismas ideas políticas; solo que los griegos eran mucho más «demócratas», porque se reunían en la plaza pública, discutían «muy democráticamente». También Roma parecía una sociedad democrática.

Nunca, en aquellos años de estudiante, me dijeron que Grecia y Roma eran sociedades esclavistas, sociedades divididas en clases, donde una minoría disfrutaba de las riquezas, de todos los derechos; y que existía otra clase que no poseía la riqueza, no disfrutaba de todos los derechos y no estaba esclavizada; y que, además, había otra clase esclavizada, privada de todos los derechos económicos, políticos y humanos. Nadie nos lo dijo nunca, ni en todo el período en que empecé a estudiar ni siquiera a lo largo de los estudios universitarios.

Recuerdo la historia como un recuento de hechos, ninguno de los cuales se cuestionaba, pero no por cuestión de fe; usted lo creía, porque tenía el hábito de creerlo todo.

Después que uno ha vivido algunos años y algunos aconte-

cimientos históricos, después que ha leído la explicación dada por muchos protagonistas de los acontecimientos históricos en que usted también participó y conoció, y de los cuales ha sido testigo, se da cuenta de cómo la historia está expuesta a un gran número de errores.

Muchos combatientes de nuestra lucha, al testimoniar, hacen una interpretación diferente de los acontecimientos en que uno participó, incluso, de algunos de los que uno planeó, organizó, concibió con un objetivo determinado. Es el mismo hecho, pero visto desde distintos ángulos, desde el punto de vista del jefe de pelotón, del soldado, del campesino; puede decirse que cada quien lo ve desde un ángulo diferente, y tiende a darle una interpretación propia, distinta. Muchas veces me he preocupado por ver de qué manera podría resolverse ese problema; es el valor que le concedo al libro que preparo sobre la victoria estratégica contra la ofensiva enemiga del verano de 1958. [*La Victoria Estratégica* fue publicado en 2010]. Todos aquellos acontecimientos históricos los conozco muy bien, participé directamente en su organización, conocía los propósitos de la operación, las circunstancias en que se daban, y, sin embargo, si esa opinión no se emitiera por quienes están más informados, pudiera tenerse al final una información errónea, totalmente equivocada, de los hechos. Hechos que ocurren en la época contemporánea, incluso, hay gente que cuenta de buena fe lo que piensa. Ahora me pregunto: si esos

acontecimientos se investigaran al cabo de 500 años, 1000 años, tal frase que se asegura que se dijo, tal idea, tal plan, tal propósito, ¿cómo podría conocerse o dilucidarse su veracidad?

La investigación histórica puede descubrir y precisar hechos mejor aún que los propios protagonistas; es decir, creo en la investigación histórica, en métodos de investigación y comprobación: en los documentos, testimonios, hechos, en las huellas que puedan haber dejado; hay muchas maneras de verificar los acontecimientos. La investigación histórica es una ciencia, una técnica, y permite indagar y comprobar lo que la memoria no puede retener.

Considero insoslayable desconfiar, incluso, del testimonio de los protagonistas, y la historia debe realizar investigaciones. No se trata de que los protagonistas quieran engañar, a veces no se acuerdan bien de lo que pasó, de algún aspecto, y tienen su versión de lo que ellos vieron entonces, lo que interpretaron después. Creo que se puede confiar más en la investigación histórica.

Claro, los protagonistas podemos dar testimonio de ideas básicas, esenciales, propósitos, conceptos que tenemos de tales cosas, que sí es muy difícil comprobar en la investigación histórica, excepto que se haya escrito. Pero muchas veces hay que trabajar sin pruebas documentales, porque no se ha escrito antes una opinión, una idea.

Es decir, aunque la historia está sujeta siempre a tergiver-

saciones, confusiones y equivocaciones, existe la investigación histórica y existen los buenos investigadores históricos.

Para la publicación de libros sobre la etapa insurreccional sé que han sido importantes, a lo largo de los años, las investigaciones documentales desarrolladas por el equipo que Celia fundó en la Oficina de Asuntos Históricos y toda la búsqueda de cartas, mensajes y órdenes, que permiten precisar lugares y fechas con exactitud. Ahora mismo, en este año, me han sido útiles a mí. Un investigador de nuestras luchas puede conocerlas mucho mejor que nosotros mismos que fuimos protagonistas. Lo que un historiador no puede determinar con exactitud, con precisión, son algunas ideas esenciales, básicas, de las cuales solo nosotros podemos dar testimonio. Es un hecho del cual es necesario partir, y por eso digo que sí creo en la investigación y en la comprobación histórica. Hay investigadores históricos muy sagaces.

Con esto quiero decir que no soy escéptico sobre la historia, desde el momento en que existen técnicas. Hoy existen métodos físico-químicos para determinar la edad de un objeto, si tiene 1500 años; creo que a través del Carbono 14 puede precisarse con gran exactitud; o en California le pueden decir la edad de una secuoya por las marcas que deja en el tronco del árbol la primavera cada año, y afirmar que tiene 500, 700 o 1000 años. Es decir, la ciencia ha venido en auxilio de la historia para las comprobaciones históricas; y, desde luego, solo

la concepción filosófica, política, pudo venir en auxilio de la interpretación de la historia.

KATIUSKA BLANCO. —Pero hay algo, Comandante, intransferible e inapreciable: la vivencia, la emoción. Es la ventaja de los protagonistas. Ningún escenario, tiempo o circunstancia pueden repetirse para su estudio.

FIDEL CASTRO. —Claro, ahí radica el valor de los testimonios. Hay muchos ingredientes importantes en la enseñanza y la interpretación de la historia, y los jesuitas eran muy dogmáticos en tal sentido. Sin embargo, en las Ciencias Naturales: en la Botánica, en la Zoología; en las Ciencias Exactas: en la Física, en la Química —que estudié más adelante—; en la Anatomía, no podemos hablar de enseñanza dogmática porque era mucho más lógica y racional. Era explicar los fenómenos naturales: cuando le hablan de la electricidad, de la ley de la gravedad o de la materia, de los átomos y del peso específico de cada una de las materias; de todo eso, son hechos conocidos, comprobados por la ciencia.

Es decir, en las asignaturas científicas, yo diría que la enseñanza de los jesuitas era muy buena porque tenían profesores muy bien preparados, sacerdotes dedicados, que habían estudiado muchos años, con una gran vocación, espíritu de sacrificio, de austeridad, con todas esas cualidades de carácter que no se les pueden negar. Como profesores de Ciencias Exactas eran muy buenos, mientras que en la Filosofía, las

Ciencias Políticas, o, incluso, la Economía, no eran tan buenos. En todas estas ciencias no exactas o en la Historia, eran de posiciones dogmáticas, en general.

En las Ciencias Naturales y las Ciencias Exactas eran excelentes profesores porque tenían muy buena preparación.

Ahora bien, ellos eran gente rigurosa, metódica, organizada, disciplinada, con métodos; profesores fuertes, duros, exigentes. Inculcaban normas morales de conducta y de carácter que debía tener el alumno. En tal sentido, si bien no ayudaban a desarrollar mucho la inteligencia del estudiante, imbuyéndoles y acumulando conocimientos en la cabeza sin enseñarlos a pensar, a razonar; sí eran capaces de inspirarles un carácter, o estimular algunos aspectos positivos. Si usted era explorador o atleta y se destacaba, estimulaban tales cualidades que consideramos positivas en la gente: espíritu de sacrificio, desinterés, capacidad de sufrimiento y riesgo. Por lo menos, en mí las estimularon los profesores o el ambiente en que estudié.

No puedo decir que todo fue positivo, pero no puedo decir tampoco que todo fue negativo. Trato de analizar en qué área, en qué sentido las enseñanzas eran más avanzadas, más positivas. Yo, desde luego, habría deseado las cosas positivas que aprendí de ellos, sin las cosas negativas que tuve que soportar a lo largo de muchos años. La inteligencia virgen de un niño, de un adolescente, es como una esponja, por lo que podía ha-

ber absorbido una gran cantidad de conocimientos, que tuve que ir adquiriendo después.

Tardé mucho en cuestionarme el dogmatismo de mis maestros jesuitas. Pasé mi adolescencia en tal tipo de educación y enfrascado en practicar deportes.

Creo que tenía un sentimiento noble, como característica natural, la nobleza de carácter, la capacidad de comunicarme, de sentir simpatía por los demás, un sentido de la justicia, la ética. ¿De dónde nació? Creo que los jesuitas me ayudaron a tener un sentido ético; la religión puede haber influido también.

Las primeras normas morales uno las aprende en la casa, se las enseñan los padres, también los maestros o las recibe a través de la educación religiosa; ciertos principios éticos: no se debe robar, mentir, ser hipócrita, ser egoísta, no se debe querer todo para sí. En la propia enseñanza cristiana hay importantes elementos éticos, pero en la casa están también muchas personas a las que usted admira que se los inspiran, los familiares se los inculcan. Difícilmente un familiar llega a decirle que mienta, que robe, siempre están criticando tales actitudes.

Pienso que también en nuestra sociedad había elementos éticos, en parte provenientes de la enseñanza cristiana. Pero, además, había una ética laica en nuestro país, que venía de los pensadores políticos a lo largo de los siglos, de los tiempos.

Es decir, yo tenía una ética, no tenía todavía una filosofía,

una interpretación de los hechos de la sociedad, de la historia. Realmente, llegué a todas esas conclusiones por mí mismo cuando salí de ese tipo de escuela y empecé a tener verdaderas preocupaciones políticas; entonces, comencé a cuestionar muchas cosas.

Fue a través del estudio, de la autoeducación política, porque yo me autoeduqué políticamente. Dentro de todo este aprendizaje lo que más me enseñó fue el marxismo-leninismo; las obras de Marx, de Engels y de Lenin, sus teorías fueron las que más me enseñaron a tener una idea de la sociedad, una concepción de lo que ella era. Hasta entonces para mí la sociedad era un conjunto de cosas, un bosque en el que todos los problemas se debían a que había unos hombres malos, otros buenos; unas personas crueles, otras que no lo eran; unos ladrones y otros que no lo eran. Todo estaba originado en las virtudes o en los defectos de los hombres, y en sus errores o aciertos, en su bondad o en su maldad, lo que explicaba todo, sin ninguna otra argumentación.

Cuando alcancé la oportunidad de tener contacto, sobre todo con los estudios de Economía Política en un nivel universitario, realmente lo primero que cuestioné fue el sistema capitalista, y no fue estudiando marxismo, no; yo empecé a cuestionar el sistema capitalista por pura lógica, estudiando Economía Política capitalista.

Me impresionó el problema de las crisis de superproduc-

ción, llegó un momento en que me parecían absurdas, locas e injustificables. Si la producción tenía por objeto satisfacer las necesidades materiales de los hombres —la vivienda, la ropa, el calzado, la alimentación, la salud, el bienestar, todo—, cómo una superproducción iba a dar lugar a una crisis social de hambre, desempleo, multiplicación de la pobreza y de las necesidades de los seres humanos. Esa fue una de las primeras contradicciones que me chocó cuando estudiaba Economía Política capitalista; no tenía sentido.

Otra cuestión que me chocó mucho fue la idea de que los trabajadores tuvieran que luchar contra las máquinas porque estas les quitaban el empleo y los medios de vida. Me parecía absurdo totalmente, porque las máquinas eran fruto de la inteligencia y del ingenio del hombre, de la ciencia, y podían ayudar a la felicidad del ser humano, a aliviar su sufrimiento, su trabajo, a elevar su productividad, a multiplicar la riqueza.

Además, lo veía en nuestro país todos los días, los obreros luchaban contra las máquinas. Los obreros agrícolas no querían cortadoras de caña, no querían oír hablar de estas; apenas existían, los privaban de trabajo, los mataban de hambre. Los trabajadores no querían el sistema de cargar los barcos de azúcar a granel en 24 horas, y defendían el viejo sistema de 25 días, 30 días para cargar un barco, llevando saco a saco al hombro durante 8 horas, 10 horas, 12 horas; sacos de 350 libras que destruían al hombre, le creaban todo tipo de pro-

blemas óseos en las caderas, en los hombros, en la columna vertebral. Se oponían a la mecanización de los puertos, a las grúas, al azúcar a granel, a todo eso. Los constructores se oponían a los buldóceres porque los desplazaban, les quitaban el trabajo manual con que construían caminos, carreteras. Los tabaqueros y los cigarreros se oponían a las máquinas de cigarros porque los desplazaban también. ¡Increíble!

Desde muy temprano, apenas empecé a estudiar Economía Política en primer año y, sobre todo, en el segundo año de mi carrera, empecé a cuestionar el sistema de producción capitalista. Comencé a imaginarme, por mi cuenta, un sistema más racional, en el que el trabajador y la máquina no fueran enemigos, y la multiplicación de la producción y de los bienes materiales no fuera causa de desempleo y hambre. Comencé a ser lo que después calificaba yo mismo como un comunista utópico. Después me di cuenta de que viví mi etapa de utopía: concebía un sistema de producción, un sistema social diferente, partiendo de la razón, como si los problemas sociales se pudieran resolver en virtud de hacer un razonamiento lógico, perfecto, de cómo debía hacerse y organizarse todo, sin tener en cuenta para nada la historia del hombre, la estructura y evolución de la sociedad humana, el desarrollo de las fuerzas productivas y todos los factores que para un racionalista de la sociedad, un comunista utópico, no existían; solo había cosas erróneas, absurdas, estúpidas que debían ser cambiadas por

otras racionales. Así es que llegué a mi primera impugnación de la sociedad capitalista de *motu proprio*, por su análisis lógico y crítico.

Fue bien pronto que logré fabricar mi utopía, me reunía con un grupo de ocho o diez en la Plaza Cadenas, los que quisieran escucharme. No es que los llamara para darles una conferencia, sino que nos reuníamos un grupo y yo hacía comentarios, hablaba sobre todo eso.

Llegué a tales conclusiones muy al principio de mis estudios universitarios, cuando no había tenido ningún contacto con la literatura ni con estudiantes comunistas, por cierto, poquísimos en la Universidad de entonces. Mientras tanto, elaboraba mis utopías y les hablaba de todo a los que estaban por allí, pero no partía de una argumentación científica ni de una base histórica de raciocinio.

Recuerdo, especialmente, un texto de Economía Política en cuyas páginas se hablaba de tales problemas. Se trataba de elementos de Economía Política, no la que enseñaban en el bachillerato, muy elemental, sino la que se estudiaba en el nivel superior, mucho más amplia. Eran unas 1 000 hojas en papel mimeografiado a un solo espacio. Teníamos un profesor riguroso, exigente, no era marxista, enseñaba la Economía Política capitalista burguesa. Dentro de un programa, en un momento dado, él tenía que explicar las distintas escuelas, las distintas teorías; y debía empezar por la teoría del valor, la

teoría del precio, cómo se forma el valor, cómo se forman los precios, cuáles son los factores que determinan el valor de las cosas. Afirmaba que la escasez determina el valor de las cosas o el costo de producción, la oferta y la demanda, cuál es la causa del valor, qué son las mercancías, cómo se compran, cómo se venden. Se abordaban algunos de estos temas, aparecía la crisis de superproducción, el desempleo; de acuerdo con un programa, y él iba dando su interpretación burguesa capitalista de todo, pero como una ley rígida, fatal, incambiable, inflexible, igual que la ley de la gravedad, como las leyes naturales:

«Esas son las leyes; en la sociedad ocurren estas cosas así, han ocurrido y ocurrirán siempre», explicaba una supuesta ley que no es natural, es una ley histórica, social, una ley humana.

Entonces pensé que algo andaba mal en aquella doctrina, me parecía absurda, y comencé a polemizar sobre el capitalismo. Creo que fue la primera vez que cuestioné el sistema, ya desde entonces impugnaba temas políticos: la politiquería, la corrupción, el robo, la malversación, la injusticia, la opresión; desde mucho tiempo antes era adversario de todo eso.

Pienso que también —y antes hablábamos de ética— lo que sufrí me ayudó a crear un rechazo contra el abuso, el robo, y la injusticia; toda la experiencia vivida contribuyó a mi ética, a mi rechazo a toda forma de abuso; las circunstancias

que me obligaron a rebelarme más de una vez ante hechos y decisiones injustas, me ayudaron a desarrollar también una ética. Claro, sí tenía un espíritu de rebeldía, creo que lo tuve siempre, pero lo primero que llegué a cuestionar fue el sistema de producción capitalista. Por lógica llegué a la idea de que existe un sistema de producción sin sentido, que la propiedad privada sobre los medios de producción es absurda, que tales recursos deben estar al servicio de toda la sociedad. Desarrollé una posición socialista utópica porque partía de la lógica, de la racionalidad. En honor a la verdad, en aquel momento yo mismo no sabía qué era una utopía ni qué era el utopismo. Después supe, que quienes como yo empezaban a sacar un mundo de la cabeza, a concebir un socialismo a partir de la lógica, eran socialistas utópicos o comunistas utópicos, como Tomás Moro, [Tommaso] Campanella y otros más —también *La República* de Platón era una utopía—. Conocí por los libros a esos personajes que fabricaron utopías, formas de sociedad, de producción y de organización salidas de la cabeza, que no tenían una base histórica ni una base científica.

Las ideas mías eran utópicas. Sin embargo, tal fase fue muy importante porque me condicionó mentalmente para ser en extremo receptivo cuando por primera vez entré en contacto con la literatura marxista o con las teorías marxistas, porque había una parte en la Economía Política en que ellos enumeraban y explicaban bastante someramente las distintas teorías

o escuelas económicas. Entonces me interesé, vi que existían distintos puntos de vista. Empiezan a aparecer los socialistas utópicos, los socialistas científicos, los anarquistas, los capitalistas, las distintas escuelas y teorías económicas de la burguesía. Por entonces leía tal literatura.

Las corrientes filosóficas y políticas se estudiaban no solo en Economía Política, sino también en Teoría General del Estado y en la Legislación Obrera. Yo había matriculado una segunda carrera, además de Derecho, Ciencias Sociales, que incluía asignaturas, como Historia de las Doctrinas Políticas e Historia de las Doctrinas Sociales. Incluso, la Legislación Obrera tenía —ya es un poco más adelante— profesores de formación marxista; algunos de ellos ya no tenían nada de marxistas en su conducta o en sus posiciones políticas; estaban asociados, incluso, al gobierno burgués, pero en su juventud habían sido de la izquierda universitaria o comunistas, habían recibido una educación marxista; algunos profesores, muy pocos. Por ejemplo, la Legislación Obrera era la asignatura de un profesor llamado Aureliano Sánchez Arango, él tenía una formación marxista y, desde luego, ello se reflejaba en su libro de Legislación Obrera; además, ellos mantenían su posición con cierto orgullo, porque se percataban de que su punto de vista era más correcto que el de otros profesores que no sabían dónde estaban parados. Entonces, sus libros traían bastantes elementos de marxismo.

Raúl Roa, uno de nuestros profesores, un hombre de la izquierda en la lucha contra Machado, tenía mucho prestigio en la Universidad. Él poseía una formación marxista; un hombre, además, de extraordinaria imaginación y creatividad. Era profesor de Ciencias Sociales y había escrito un libro sobre las doctrinas sociales en el que hacía un análisis clasista de la historia, de las distintas sociedades.

Dichos temas, unas veces abordados por profesores burgueses y otras por profesores con una formación marxista, fueron los que me permitieron familiarizarme con los diversos enfoques sobre la historia y la sociedad, hasta que por primera vez leí el *Manifiesto Comunista*, sería ya entre segundo y tercer año, alrededor de 1946 y 1947. Tendría 20 años cuando entré en contacto con la literatura marxista; era una mentalidad virgen, no deformada y muy receptiva, una especie de esponja condicionada a lo largo de toda mi experiencia —desde que pasé hambre a los seis o siete años, desde que era muy niño—, de todas mis luchas.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, pienso que usted definió poéticamente lo que significó en su vida la lectura de los libros marxistas, en la entrevista concedida al periodista francés Ignacio Ramonet a inicios de 2003. Sus palabras de entonces casi las sé de memoria: «Fue como una revelación política de las conclusiones a que había llegado por mi propia cuenta. Alguna vez he dicho que si a Ulises lo cautivaron los cantos de

sirena, a mí me cautivaron las verdades incontestables de la denuncia marxista. [...] Yo estaba como un venado o un caminante en el bosque, que no sabe dónde está el Norte o el Sur. Si usted no llega a entender realmente la historia de la lucha de clases, o, por lo menos, la idea clara de que la sociedad está dividida entre ricos y pobres, y que unos someten y explotan a los otros, usted está en un bosque sin saber absolutamente nada».

FIDEL CASTRO. —Sí, y el primero de los materiales marxistas que leí fue el *Manifiesto Comunista;* me impresionó. Fue escrito en el siglo XIX, en 1848, hace más de 160 años, antes de *El Capital* y de las demás obras fundamentales de Marx y Engels, y realmente se lo recomiendo a todo el mundo, a los trabajadores y a los burgueses.

KATIUSKA BLANCO. —El 8 de enero de este año [2010] usted me expresó su asombro ante la circunstancia de que solo con diez años de diferencia se publicaran dos teorías decisivas para el conocimiento de la sociedad y la naturaleza. Una, en el campo de las ciencias políticas: el *Manifiesto Comunista* de Carlos Marx, en 1848, y otra, referida a las ciencias exactas: *La evolución de las especies,* de Charles Darwin, que vio la luz en 1858.

FIDEL CASTRO. —Efectivamente, ambas teorías son sorprendentes por su capacidad de iluminar el conocimiento que tenemos acerca del mundo y la sociedad humana. La vida de Marx y de Darwin deben ser estudiadas y también sus extraordinarios

aportes, sin los cuales no podríamos ni siquiera aproximarnos a la comprensión, no solo de lo que acontece hoy, sino de los inmensos desafíos de la humanidad en el futuro. Como te contaba, el *Manifiesto Comunista* lo conseguí por la Universidad, interesado en estos temas. Le encontré una gran lógica, una gran fuerza, un modo de expresar los problemas sociales y políticos de una forma muy sencilla, elocuente. Recuerdo que una de aquellas frases denunciaba algo así: Vosotros, los burgueses, nos acusáis de querer abolir la propiedad privada, cuando la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de la población, y solo existe para esa décima parte a condición de que no exista para los demás. Y decía: Vosotros los burgueses nos acusáis de querer comunizar las mujeres, si ustedes, no conformándose con comunizar las mujeres y las hijas de los proletarios se complacen en encornudarse mutuamente. Decía una gran verdad, que las hijas de los burgueses eran educadas para el matrimonio, para la sociedad —incluida la virginidad y todas las demás virtudes—, mientras las hijas de los campesinos pobres, las hijas de los obreros, del proletario, tenían que ir a parar a los prostíbulos, a trabajar de criadas, en las casas de los burgueses, donde eran objeto de todo tipo de seducciones y abusos sexuales.

Cualquiera que tuviera dos dedos de frente y un poco de sentido común, se daba cuenta de que lo escrito por Marx era verdad, que quienes inventaban infames calumnias de que el

socialismo quería comunizar las mujeres, realmente habían comunizado las mujeres y las hijas de los sectores pobres de la sociedad.

Así, por el estilo, fui percibiendo una serie de verdades con una fuerza, una lógica, incluso, con extraordinaria capacidad de expresión, con una especial gracia. Y nadie me explicó el *Manifiesto Comunista*, nadie me adoctrinó jamás. No puedo agradecerle a alguien que haya hecho un esfuerzo por orientarme políticamente sobre tales cuestiones. Claro, cuando entré en contacto con esa literatura empecé a tener, como diría Víctor Hugo: «Una tempestad bajo el cráneo»; era una esponja, estaba sediento de verdad, de conocimientos.

Así se inició el proceso acelerado de desarrollo de mi conciencia político-revolucionaria. Claro que ese no es el único ingrediente, yo venía siguiendo una tradición histórica cubana, una gran admiración por nuestros patriotas, por Martí, Céspedes, Gómez, Maceo. Antes de ser marxista fui martiano, sentí una enorme admiración por Martí; pasé por un proceso previo de educación martiana, que me inculqué yo mismo leyendo sus textos. Tenía gran interés por las obras de Martí, por la historia de Cuba, empecé por aquel camino.

Antes de llegar a la Universidad fui explorador, escalador de montaña, atleta, hice de todo, pero, realmente, no había incursionado en el campo de la política, para mí era un terreno vedado. Pude haber tenido algunas impresiones antes,

siendo adolescente pude percatarme de lo que era un régimen de fuerza, de abusos. Veía tal posición de prepotencia, de machismo, de los militares, de los soldados del Ejército de Batista. Elementos que me fueron enseñando y desarrollaron en mí un rechazo: observé arrogancia, prepotencia, machismo, abuso de autoridad, amenaza, ejercicio del miedo, del terror sobre la gente. Fui recibiendo una serie de impresiones que me hicieron sentir un repudio a aquella forma de poder porque lo estaba viendo, lo veía todos los días. Creo que desde niño ya empecé a sentir un cierto rechazo hacia dicha forma de autoridad armada, en virtud de la cual quien tenía el arma tenía el poder y lo ejercía: los soldados golpeaban a la gente, abusaban, y daba la impresión de que podían matar a cualquiera sin que ocurriera nada.

Desde temprano, desde que contaba 13 años, pude ver algunos procesos electorales. Vi intervenir al Ejército en procesos electorales e impedir por la fuerza el ejercicio del voto a cientos de personas. Así fui haciéndome una serie de conceptos; pero ello no me condujo a una concepción revolucionaria, sino a una condena de aquella forma de autoridad, del abuso.

En el año 1940, Pedro Emilio, mi hermano mayor, aspiraba a representante por un partido de oposición. Recuerdo que yo estaba de vacaciones e, incluso, lo ayudaba, salía en mi caballo a visitar a los campesinos; como muchos no sabían leer ni escribir, yo los enseñaba a votar: en qué número tenían que

votar, cuál era la insignia de aquel partido, porque eran votos preferenciales —así le llamaban—, que podían votar por un presidente y por un candidato a representante. Ya por aquel entonces era el partido de oposición a Batista. Yo enseñaba a los vecinos a votar por el candidato a representante, por Pedro Emilio, y de paso también los enseñaba a votar por el candidato a presidente de aquel partido.

Cuando realizaba tal actividad, me movía el deseo de que Pedro Emilio saliera electo representante, porque para él era una gran cosa, algo muy importante. Además, él siempre fue muy amistoso conmigo, muy cariñoso, a pesar de que era hijo de otro matrimonio anterior de mi padre; entonces, mi amigo Pedro Emilio, además de mi hermano, en aquella atmósfera política, iba a ser representante.

Él había hecho algún trabajo político conmigo, me había ofrecido no sé cuántas cosas, me iba a regalar un buen caballo y me había hecho sus promesas electorales también a mí; así que yo estaba personalmente interesado en que fuera electo representante y ayudaba; además, todos los vecinos iban a votar por Pedro Emilio. Visité a cientos de campesinos. Las elecciones fueron en mayo o junio, yo tendría 13 años.

El día de la votación, en los colegios electorales de Birán, los soldados de Batista, con fusiles y bayonetas, dividieron en dos filas a los votantes: los batistianos, unos pocos, y los enemigos de Batista, diez veces más; lógicamente, influidos por

la familia, por el terrateniente, por los sargentos políticos, por todas las razones que fueran, pero querían votar por Pedro Emilio. Entonces, los soldados dijeron: «A ver, ustedes, aquí los de un partido y acá los del otro», y no dejaron votar a nadie de la oposición. Recuerdo que yo veía aquello, estaba interesado en las elecciones. Muy poquitos partidarios de Pedro Emilio votaron y fue porque se hicieron pasar por batistianos. Eso ocurrió en todos los colegios. Allí solamente le quitaron cientos de votos.

Al final, Pedro Emilio no resultó electo porque le faltaban 82 votos. Solo en tres escuelas de aquella zona de Birán, los soldados le habían quitado más de 500 o 600 votos. Yo sufrí aquello, recuerdo mi indignación, hasta algunos disparos hicieron los soldados. Por supuesto, Batista ganó las elecciones, ¿cómo no iba a ganar si no dejó votar a nadie en muchas partes donde no votaban por él? Así ganó las elecciones de 1940.

Tuve esa experiencia a los 13 años, participé en la campaña, tenía mis impresiones. Sabía que los soldados eran abusadores, que le daban fustazos, plan de machete a la gente y que amenazaban con los fusiles. Puedo decir que ya sentía repudio por la forma de autoridad sostenida sobre el miedo, el terror; desarrollé una serie de sentimientos, actitudes y criterios repulsivos porque viví como adolescente el primer período de Batista.

Desde que tuve siete años y hasta que terminé el cuarto

año de bachillerato, el país vivió bajo el gobierno de Batista solapado o evidente. Era un gobierno de corrupción, de fuerza, y yo sentía antipatía por todo aquello, no solo por el episodio que conté, sino porque todos los días veía a los guardias ejerciendo con arrogancia y prepotencia el poder, la autoridad, a base de las armas. De milagro no tuve conflictos con los soldados, porque yo tenía amigos, y algunas veces los vi abusar de campesinos. Creo que si no tuve problemas fue porque me toleraron un poco, por ser el hijo de don Ángel Castro, pero sentía una profunda antipatía hacia ellos. Fue una suerte que no me hubiera visto envuelto en conflictos con los soldados por algunos atropellos que veía; claro, siempre había gente que ayudaba a evitar el problema.

Es decir, cuando ingresé a la Universidad ya había vivido numerosas experiencias y sentía repulsa por muchas cosas, ya tenía una serie de valores, sobre todo, un espíritu rebelde. Me vi obligado a ser rebelde desde pequeño.

Mi primera rebelión fue en enero del año 1936, cuando tenía nueve años; yo pensaba que podía haber sido a los seis o siete años, pero, con más precisión, con más rigor histórico, fue a los nueve años, cuando estaba en el segundo grado en la escuela. La segunda fue a los 11 años, cuando cursaba el quinto grado y la tercera fue a los 12 años, en la casa del comerciante español. No incluí en esta enumeración la gran protesta en mi

casa porque me querían dejar en Birán sin estudiar. Protagonicé tres rebeliones.

La última fue en la casa del comerciante español, cuando provoqué que me enviaran interno para el colegio. Recuerdo la pelea de Joe Louis y el alemán Max Schmeling —la oí por radio en esa casa—, cuando en el primer round, Joe Louis noqueó a Max Schmeling; debe de haber sido en el verano de 1938.

KATIUSKA BLANCO. —La pelea entre Joe Louis y Max Schmeling que usted recuerda tuvo lugar ante 80 000 espectadores en el Yankee Stadium de Nueva York, el 22 de junio de 1938. Un encuentro mítico porque se dirimía la supremacía negra o la blanca fascista, aunque Schmeling termina distanciándose de la Alemania nazi que al comienzo lo usa como símbolo. Es hermosa la amistad que ambos boxeadores tejieron hasta el final de sus vidas. Lo busqué todo en internet cuando supe que usted tenía aquella pelea boxística como un grato recuerdo de su adolescencia. Por cierto, Curzio Malaparte en su novela *Kaputt* traza un perfil del famoso Schmeling. Usted lee ese libro en *La Habanita*, en mayo de 1958, según una fotografía tomada en tiempos guerrilleros.

FIDEL CASTRO. —Sí, la pelea fue tremenda, nunca olvido que la escuché en la casa del comerciante español por la radio. Pero allí también me amenazaban con mandarme interno si me portaba mal, como si fuera a constituir un castigo para mí. Después que salí del hospital, donde durante tres meses se habían de-

sarrollado considerablemente mis relaciones humanas y políticas con la gente, regresé a la casa, y al poco tiempo tomé la decisión de romper con la situación, y fue cuando de nuevo me sublevé. No fue una rebelión violenta, pero resultó como la primera vez en casa de la maestra Eufrasita. Yo tenía mis normas, tenía que hacer varias cosas. Una tarde llegué y me dijeron: «Vaya a estudiar». Respondí: «No voy a estudiar, no me da la gana de estudiar». «Haga esto», me ordenaron. Riposté: «No voy a hacer nada, no me da la gana, estoy cansado ya, no resisto más y no hago nada más». Huelga, indisciplina total, dicho así, de frente.

Al otro día, me enviaron interno para la escuela; a mí, que había sido obediente hasta aquel momento, que había aceptado todo, no les quedó más remedio que mandarme para la escuela. Me enviaron interno antes de Nochebuena, y me hizo tanto bien, que en sexto grado tuve una de las mejores notas, obtuve resultados excelentes en los exámenes, sin que nadie me obligara, y en séptimo grado ya fui excelencia, estuve entre los dos o tres primeros alumnos. Para mí se crearon las condiciones ideales, desde que salí de aquella última cárcel familiar, para entrar en una prisión mucho mejor: estar interno en la escuela, en Dolores y luego, en Belén.

Así que cuando llegué a la Universidad tenía numerosas experiencias personales, y había visto y sufrido muchas cosas, estaba condicionado.

Mi mayor mérito, si tengo alguno, es haberme auto-orientado en medio de condiciones muy difíciles. Es una suerte que no me hubiera confundido, extraviado, que no hubiera perecido en el proceso de mi aprendizaje, sin que nadie, realmente, me pudiera orientar ni ayudar. ¡Cuánto yo habría agradecido si en mi vida alguien hubiera sido mentor, guía! Solo una vez pude contar con uno, quizás esta profesora, que fue capaz de despertar en mí, por primera vez en mi vida, un gran interés por el estudio, alguien que me puso un objetivo difícil y me obligó a esforzarme; fue la primera vez; y qué mala suerte tuve que perdí tal oportunidad, solo por una enfermedad que posiblemente ni existía, por unas boberías intestinales y una supuesta apendicitis que todavía está por demostrar.

De lo contrario, ¿cuál habría sido mi vida? A lo mejor hubiera sido un intelectual —no estaría arrepentido de haber sido un intelectual—; habría estudiado o habría sido un político, quizás, más precozmente, con mucha más preparación. Pero no hay duda de que ella fue la única persona que me encontré en mi vida que pudo ser mi mentor, porque yo sentía agradecimiento y simpatía por ella. Por mí mismo adopté más adelante otra determinación importante: irme a La Habana, estudiar en el Colegio de Belén.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, admiro a Frei Betto con una devoción casi religiosa. Nunca olvido la primera lectura de *Fidel y la religión*. Fue una experiencia maravillosa para mí

cuando estudiaba en la Universidad. En casa nos disputábamos el libro. Al recordarlo regreso al tema de la influencia de los jesuitas en su vida. ¿Piensa que forjaron su espíritu para vencer desafíos en las excursiones y competencias deportivas? ¿Ser atleta destacado o general de exploradores tuvo que ver con su ascendencia entre los alumnos en el Colegio de Belén?

FIDEL CASTRO. —Cuando llegué al Colegio de Belén tenía 16 años, era un adolescente que iba pasando a la juventud, estaba al final de la adolescencia, y allí en la escuela practiqué todos los deportes y también ingresé en el cuerpo de exploradores.

Recuerdo que la primera excursión fue al valle de Yumurí, en Matanzas, un lugar muy bonito; llevaron unas casas de campaña, nosotros íbamos vestidos de exploradores, el grupo de internos. Montaron un campamento, compraron latas, y nos dispusimos a hacer vida de campaña en el valle de Yumurí, allí estuvimos dos o tres días. Pero ¿qué ocurría? Parece que yo era muy entusiasta, me gustó mucho la actividad, la vida de campamento, y me ocupaba de todo: había que hacer guardia, y yo hacía todas las guardias. Estaba en una constante actividad, de día y de noche y, como consecuencia, me destaqué. El padre Amando Llorente, que fue con nosotros, me prestó atención, le gustó aquello, lo vio con simpatía y creo que me dio alguna responsabilidad y algunos grados, no sé si me hizo teniente y después me ascendió. Los jesuitas estimulaban aquella vida, es una de las cosas buenas que debo agradecer-

les: si a usted le gustaba el deporte lo estimulaban, igual sucedía con la exploración. Todas las actividades sanas, las cosas puras, de rigor, ellos las estimulaban.

Parece que yo obraba de una forma espontánea, tenía un entusiasmo muy grande, me brindaba como voluntario para todas las tareas. A ellos les gustaba eso, y un poco más adelante me hicieron jefe de todos los exploradores de la escuela, me dieron el título de general de exploradores. Es decir, antes de ser Comandante, fui general de exploradores de la escuela.

Desde que estaba en el Colegio Dolores y en la primaria tenía una característica: me gustaba mucho practicar deportes e irme de exploración, escalar montañas.

El Colegio Dolores muchas veces salía de excursión —en el Colegio La Salle yo me iba a pescar por la orilla del mar, por muchos de los lugares que conté—, pero en el de Dolores, como no tenía un lugar fijo donde ir, a veces íbamos a las montañas de El Cobre, ubicadas al lado de la Sierra Maestra, o íbamos al Caney, a la finca del padre de algún muchacho de la escuela, algunas veces al mar, por la costa; nos llevaban a distintos lugares. Desde entonces, veía una montaña y me entraba una gran inquietud por subirla, y como a veces no sabía calcular bien la distancia, porque la veía de lejos, regresaba tarde. En ocasiones, el ómnibus permanecía esperándome una hora, dos horas, hasta que regresaba; pensaba que iba a tener problemas, pero como hacía algo que le agradaba a los

inspectores, a los directores de la escuela, no me criticaban. A veces estábamos en un área, en el campo, en los alrededores de Santiago de Cuba, llovía mucho, crecían los ríos, y a mí me gustaba cruzarlos, explorar todo aquello.

En una de dichas excursiones a las montañas de Pinar del Río caminamos mucho por valles, ríos; cayó un aguacero torrencial, de horas, y cuando nosotros regresábamos para volver al lugar donde nos esperaban —la base—, nos lo impedía un río muy crecido, estrecho pero muy fuerte. El padre Llorente y los demás muchachos estaban tratando de poner una soga para pasar el río y les hacía falta uno del otro lado, porque no había manera de afincarla; iban a cruzar pero no se atrevían. Entonces, me lancé más arriba, crucé el río, llegué a la otra orilla, agarré una rama al final, me tiraron la soga, la amarré y cruzaron todos los muchachos. No fue ninguna proeza, fue una aventura personal mía. Lo mejor hubiera sido no atravesar ningún río, sino esperar a que la crecida bajara.

Realmente, lo que hice fue poner en peligro la vida de todos los muchachos, porque al quererlos cruzar de todas maneras al otro lado, no solo me estaba arriesgando yo, sino que arriesgaba después a los demás. No había necesidad de cruzar, se podía esperar dos o tres horas. Entonces, al padre Llorente le dio por creer que yo había salvado la vida de los muchachos, y, en verdad, lo que hice fue poner en peligro la vida de todos. Y por eso —como a un gran número de generales en la

historia— me dieron a mí también el título de general de los exploradores.

Cruzaba todos los ríos. Era un *hobby* mío: atravesar los ríos crecidos, en Birán y en cualquier parte.

Yo mismo organicé excursiones después. Escalé el pico más alto de Pinar del Río, sin saber bien ni dónde estaba. Cuando llegó el tren nos bajamos y empezamos a caminar. Estuvimos tres días para llegar, lo escalamos. El único percance fue que tardamos dos días más de lo previsto; teníamos tres días de vacaciones y tardamos cinco días.

Después, con el propio padre Llorente, íbamos a escalar el Pico Turquino pero no fue posible. Ya estábamos en Santiago de Cuba, listos para salir, y se rompió la goleta —era una embarcación que realizaba una travesía regular—, no pudo arrancar, y fue necesario suspender la expedición. De lo contrario, yo habría escalado el Pico Turquino con 17 años y conocido la Sierra Maestra mucho antes de la guerra, cuando realmente la conocí.

Este padre, que después vivió muchos años en Miami, tenía un hermano misionero en Alaska, era un sacerdote, se llamaba Segundo Llorente. Escribía narraciones muy bonitas e interesantes tituladas: «En el país de los eternos hielos». Hacía descripciones sobre Alaska que me gustaban extraordinariamente, hablaba de la vida de los esquimales y los parajes agrestes de esa región. Al colegio llegaban las historias de aquel

mundo y de veras me encantaban, me agradaban mucho.

Amando, este padre del Colegio de Belén, todavía no era sacerdote, estaba en la fase previa al ordenamiento. Los jesuitas, expertos en la formación de cuadros, para ordenar un sacerdote lo hacían estudiar los fundamentos muchos años, los sometían a distintas pruebas, y existía un período aproximado de tres a cuatro años, durante el cual, los futuros sacerdotes viajaban de España al exterior, iban a las escuelas y trabajaban como profesores, inspectores de los muchachos. Y este padre, Amando Llorente, que todavía no era sacerdote, hizo una gran amistad conmigo. Era español, no recuerdo de qué parte de España, si de Castilla o de alguno de esos lugares. Me tenía simpatía y, por eso, al finalizar mis estudios en Belén, escribió de mí palabras elogiosas. No sé si después pensaría igual, pero, bueno... Estuvo en Miami, posiblemente bajo la influencia de antiguos alumnos del colegio que se fueron para allá, porque no quedamos muchos discípulos de aquel colegio aquí en el país después de la Revolución. El primero que me dio un grado en el cuerpo de exploradores fue el padre Llorente.

Preguntas por mi ascendencia entre los alumnos. Era atleta, a la gente le gustaba que ganáramos un campeonato; era explorador, hacía incursiones y actividades en numerosos campos; era buen estudiante, alcanzaba muy buenas notas; creo que me llevaba bien con todos los compañeros. Pero no tenía idea de cuál era el concepto en que ellos me tenían ni era

razón por la cual me preocupara si les caía bien o no. Mis relaciones eran normales, como las de cualquier otro. Entonces, se produce el fin de curso, cuando me fui a graduar de bachillerato, en el Colegio de Belén, la escuela de mayor prestigio en el país, una de las mejores, sin duda. Allí casi todos los muchachos tenían la simpatía de la gente y eran muy queridos. Recuerdo que mi madre vino a La Habana para tal ocasión. Tengo por ahí todavía guardada una fotografía de mi madre vestida de traje, fue posiblemente la única vez en su vida que ella se hizo un traje de vestir, de ocasión, con tejidos finos. Un vestido oscuro, largo, de noche, tal como el que debían usar las madres, las madrinas de los alumnos burgueses, hijos de terratenientes y aristócratas que se graduaban de la escuela. Mi madre se mostraba muy orgullosa de su hijo. El primero en toda la historia de la familia, quizás en 100 años, que adquiría un título de bachiller era yo, y mi madre —me satisface mucho recordarla— estaba contenta, feliz por su viaje a La Habana para asistir al día de mi graduación. Si García Márquez escribiera un libro sobre mi familia, probablemente podría hablar de 100 años de soledad, o podría hablar de 100 años sin un bachiller en la familia. Es posible que, incluso, fueran más de 100, 200 o 300 años.

El hecho es que llegó la noche de la graduación, nosotros también nos vestimos de gala. Era una ocasión solemne, en el teatro-cine de la escuela, con sillas abajo y arriba. Un colegio

de 1000 alumnos. Todo se llenó de familias, personalidades, autoridades. Nos graduábamos más de 100 alumnos entre internos y externos. Entonces, hago memoria muy bien que a cada uno de nosotros nos iban llamando. Cuando tocó mi turno empezaron a aplaudir —a todos los aplaudían—, pero conmigo, no sé el tiempo que estuvieron aplaudiendo todos los estudiantes, todas las familias, todo el mundo. Fue el mayor orgullo de mi madre, que a su hijo lo hubieran aplaudido no sé cuántos minutos. Fue una verdadera e inesperada sorpresa. Yo mismo no sabía de tal popularidad, ni la buscaba porque no estaba haciendo política, no sabía ni cómo eran las graduaciones, pero sí recuerdo que de toda la escuela, al alumno que más aplaudieron fue a mí.

Primera vez en mi vida que, espontáneamente, sin saberlo, tengo una encuesta de popularidad, y no estaba al tanto ni pensando en aquello, nunca lo he pensado; pero, bueno, sí me agradó dicha manifestación de simpatía de los muchachos y, sobre todo, mi madre y todos los familiares estaban muy contentos de ello.

Hablaba de esto en contraposición a la vivencia inicial en Belén. Tres años antes era el guajiro que llegó por primera vez a La Habana y se puso un saco largo, ridículo, escandaloso. Si se quiere mirar el hecho de que tuve, por lo menos, un tipo de relaciones de trabajo, de actividad, que hizo que ganara el reconocimiento de todos los estudiantes, pudiéramos decir que

unánime; y fue expresado así en una ocasión como aquella, la más inesperada, la más impresionante, porque allí no existía ningún tipo de elecciones para elegir a alguien, ni asamblea; allí no había manera de saber cuál era la opinión de los demás sobre cualquiera de los alumnos. Entonces, lo recuerdo, demostraba una simpatía de los estudiantes, una ascendencia sin que hubiera trabajado absolutamente nada en tal dirección. Me quedé un poco alelado, sorprendido, y creo que, en efecto, practicar deportes y liderar exploraciones que los jesuitas propiciaban influyó mucho en la popularidad entre mis condiscípulos.

Luego sucedió otra vez, en el primer año de la Universidad, cuando comencé a interesarme un poco por la política. Habría que analizar cuáles fueron los elementos que me impulsaron a iniciar mis actividades políticas casi inmediatamente al llegar a la Universidad. Pero no política general sino entre los estudiantes, la decisión de aspirar entre los representantes de los primeros estudiantes de mi curso.

De verdad, en política siempre me fue bien, pero aquella fue la primera vez en que poco a poco me interesé y entré en un grupo de aspirantes a delegados del curso. Iba cada uno por una asignatura: uno por Derecho Civil, uno por Derecho Romano, otro por Economía, y yo por la asignatura de Antropología Jurídica. Hice política por primera vez en una campaña de tipo personal. Tuve un éxito rotundo, comple-

to, porque me puse a trabajar para ganar el apoyo de la gente, y tuve que lidiar con un político que aspiraba también, no un estudiante igual que yo, un individuo que tenía historia de qué sé yo, de la época de Machado, era un hombre adulto, con cierta ascendencia, tal era mi contrincante. Si llegué al Colegio de Belén siendo un guajirito, cuando arribé a la Universidad era un ignorante en relación con la política. No sabía nada, era materia prima pura, y empecé mi trabajo. Realmente, cuando fueron las elecciones saqué como seis veces más votos que mi rival, Lisazo se llamaba. No solo gané 181 votos —él debió sacar unos 33—, sino que todos los que estaban en mi candidatura, el ciento por ciento, salieron electos por una enorme mayoría. Me convertí en líder de primer año porque tenía toda la fuerza y el apoyo de los estudiantes, ayudé a todos los demás delegados y entonces me eligieron delegado de curso. Todo el esfuerzo que hicieron las fuerzas políticas de los cursos superiores, no pudo nada, porque yo logré un apoyo casi total. Es decir, no fue que saqué el 40% de los votos —hay que sacar la cuenta, 181 contra 33—; he sacado alrededor del 80% de los votos, casi seis veces más. Trabajé mucho, y fue aplastante el resultado. Empleé todo el tesón, la constancia y la energía que era capaz de desplegar en tal tipo de actividad, en lo que empezó siendo una lucha por representar a los estudiantes, un objetivo todavía muy simple, muy sencillo. Fue un éxito demasiado grande. Debió de ser menor el éxito porque yo no estaba suficiente-

mente maduro todavía para ello. Considero que eso pudo hacer que me precipitara en plantear objetivos más ambiciosos. En segundo año ocurrió algo que no había sucedido nunca en la Escuela de Derecho, una de las de más estudiantes, la más polémica, la que contaba con gente más discutidora, también la más política. Sucedió algo muy interesante. Volvieron otra vez las elecciones y los adversarios de cursos superiores no pudieron siquiera organizar una candidatura en mi contra. No obtuvieron siete u ocho personas que quisieran postularse para la línea política de ellos contra mí, fue un éxito mayor. Ningún estudiante de segundo año quiso formar parte de una candidatura contra mi nombramiento.

Monopartidismo, lo definiría, porque ellos no pudieron organizar una candidatura. Yo tenía el apoyo del ciento por ciento de los estudiantes. Nunca había pasado en la Escuela de Derecho: una candidatura sin contrarios, lo cual me permitió dedicarme a trabajar con la candidatura que estaba conmigo desde el primer año, y barrió a todo el mundo en los dos primeros años completos, los más numerosos de la escuela.

Ello sucedió cuando empecé realmente a hacer política y tenía mis primeras confrontaciones en dicho terreno, mis primeras pruebas de fuerza en la Universidad.

06 *Modernidad, la Colina, luz en el bosque social, leyenda y tradición, versos para el dolor, Martí: una cascada de ideas, comunistas, líder de primer año, Quijote de la Universidad*



KATIUSKA BLANCO. —Una vez le escuché decir al poeta Roberto Fernández Retamar que en 1945 la Universidad lo sumergió a usted en la modernidad, en el espíritu de las ideas más avanzadas. En 1995, usted mismo confesó: «Aquí descubrí las mejores ideas de nuestra época y de nuestros tiempos, porque aquí me hice revolucionario, porque aquí me hice martiano, porque aquí me hice socialista». Sus palabras resonaron entonces en el Aula Magna como campanazos de luz sobre lo vivido en la Colina centenaria, ¿lo hacen también ahora en su memoria?

FIDEL CASTRO. —Creo que para mí el tiempo en la Universidad fue uno de los más difíciles y peligrosos de mi vida. Entré con 19 años. Entonces medía seis pies y una pulgada y media; es decir, era alto, delgado, jugaba mucho básquet, hacía campo y pista, y, realmente, creo que no comía mucho. Siempre tuve apetito, pero nunca comí con exageración, algo que considero muy sano. Es el recuerdo que tengo de antes y de ahora: no me falta el apetito, sí experimento gusto por la comida, pero nunca he comido en exceso y ahora sigo estrictamente una dieta sana. Calculo que pesaría 155 libras, por ahí, entre 150 y 160. Así era yo exteriormente. Al ingresar en la Universidad era también un joven lleno de sueños y en nada conocedor de los asuntos políticos de aquel centro de estudios o del país. Mi incorpo-

ración a las aulas universitarias marcaría el momento en que por primera vez me inmiscuiría directamente en cuestiones políticas, y eso, aún hoy, es algo que resuena en mi memoria.

Con ese motivo, mi hermana Lidia se mudó para La Habana, alquiló una casa para que viviera con ella. Estaba en el reparto Sierra, en Marianao. Varios hermanos vivíamos allí.

La Universidad de entonces no disponía de instalaciones para becarios. Los alumnos del interior debían alquilar una habitación en una casa de huéspedes o vivir donde algún familiar. No existían alumnos internos.

Por cierto, mi hermana hizo gastos para instalarnos. De mi casa en Birán mandaban algunos recursos, cierta cantidad de dinero por los hermanos que estábamos allí. Lidia disponía también de una pensión, y con eso sostenía la casa, pero era relativamente costosa, la vida siempre fue cara.

Había matriculado en la Escuela de Derecho, cada día yo tenía que salir para la Universidad, tomar un ómnibus, a veces dos —por lo menos uno siempre muy cargado de pasajeros—, había que montarse corriendo y bajarse corriendo, porque los ómnibus no paraban nunca, ni un segundo, siempre iban muy llenos, luego caminaba unas cuantas cuadras. Llegaba a la Universidad temprano, antes de las 8:00 de la mañana, después comenzaban las clases. Al mediodía, tomaba otra vez un ómnibus lleno, iba hasta la casa a almorzar, después volvía por la tarde, al anochecer otra vez... Estaba organizado así porque

la verdad es que no tenía mucho dinero para el almuerzo en la Universidad, debía ir a almorzar a la casa.

Pero, además, cuando terminé en el Colegio de Belén, el mánager de básquet, que se llamaba Capi Campusano —él fue amigo mío, realmente me enseñó a jugar básquet—, me pidió y me insistió en que siguiera con él en un club donde él era mánager, un club de burgueses y de aristócratas que contaba con un equipo de básquet, ya de categoría superior. Se llamaba Miramar no sé qué cosa, tendría que precisar, era un club donde iban socios de dinero; yo no lo era, pero si Campusano me llevaba como atleta, al integrar el equipo tenía derecho a ser miembro del club. A mí no me interesaba, pero como tenía amistad con él y me había insistido y enseñado mucho —gracias a él había adquirido experiencia y prestigio jugando básquet—, pues quise complacerlo, y por amistad le dije que sí, que estaba bien, que iba a seguir. Sinceramente a mí no me interesaba, digo la verdad, pero por una cuestión de amistad, me sentía comprometido; estaba agradecido con él, por las distinciones que él tenía conmigo, el aprecio que tenía por mí, la confianza de que yo fuera un buen atleta en aquel club. El compromiso venía desde que estaba en el colegio y acepté, le dije que sí, que iba a seguir. Además de los viajes, iba todas las noches allá a donde estaba el club, bastante lejos, para hacer las prácticas. Eso empezó así, casi a principio de curso, de manera que con tantas cosas tenía que coger como seis, siete

u ocho veces el ómnibus cada jornada, desde que empecé a estudiar en la Universidad.

Vi los programas, adquirí los libros, asistí a las primeras clases en la Escuela de Derecho, donde estudiaban muchos alumnos. Desde luego, apenas llegué a la Universidad, ya existían allí ciertas tendencias políticas; no pudiéramos decir propiamente grupos ideológicos, eran estudiantes universitarios que dirigían la Asociación de Estudiantes y otros aspiraban a hacerlo.

Cuando llegué a la Universidad, algunos se me acercaron, hablaron conmigo, conversaron; en aquel momento organizaban las candidaturas para los delegados por las asignaturas y los representantes del curso. En cada escuela, en cada año, primer año, segundo año, había un representante de los estudiantes por asignatura, lo llamaban delegado por tal asignatura y, además, un delegado, quien representaba a todos los estudiantes de su año.

Cuando comenzaron las clases, estaba en el deporte, y algunos estudiantes de los años superiores se acercaron a mí, y querían captarme para que estuviera en su corriente, en su grupo. Ellos ya empezaban a trabajar con los estudiantes de primer año porque las distintas fuerzas comenzaban a disputarse el primer año de la carrera. Trataron de persuadirme. Indiscutiblemente a mí me interesó tal posibilidad, cuando me hablaron de las elecciones de los estudiantes, de los delegados,

de todo eso, y así di mis primeros pasos, en lo que pudiéramos llamar política estudiantil.

Era entonces un muchacho sano, salido de la escuela, destacado como atleta en el colegio durante el bachillerato y con amigos. Tenía un carácter formado, un temperamento, sobre todo, muy rebelde. No podía tener una ideología política todavía, sino opiniones, había visto en Birán lo que hacían los soldados, tuve constancia de muchos de sus abusos, me indignaba, me repugnaba la injusticia, la prepotencia de los soldados, todo aquel clima violento. Pero cuando ingresé en la Universidad, ya se había producido, hacía un año, un cambio de gobierno.

En unas elecciones generales, en junio de 1944, la oposición ganó. Era una oposición civil al gobierno de Batista, quien había ganado unas elecciones prácticamente a la fuerza, en 1940, al doctor Ramón Grau San Martín.

En la época en que Pedro Emilio aspiraba a representante y yo lo había ayudado, a la edad de 13 años, pude presenciar el fraude y la violencia electoral. Cumplí 18 años en 1944, sin terminar aún el bachillerato que exigía cinco años de estudios, es decir, un año más, pues antes eran solo cuatro.

El Partido Revolucionario Auténtico pretendía imitar y llevar el mismo título del Partido Revolucionario Cubano de José Martí —que había organizado y dirigido la última guerra por la independencia—, decidieron llamarlo Partido Revolu-

cionario Cubano, pero como había tenido divisiones, este último se llamó Partido Revolucionario Cubano Auténtico, como decir, el auténtico Partido Revolucionario. Aquel era el partido de Ramón Grau San Martín, desde la oposición civil a Batista, que disponía de una coalición de partidos de derecha y hasta de izquierda porque coincidió con la Segunda Guerra Mundial y la política de Frente Amplio, en que se unieron, incluso, los partidos comunistas con los de centro y de derecha. Era la época de los frentes amplios y de las coaliciones antifascistas, y resultó que el partido de izquierda —incluso el Partido Comunista— integraba la alianza con el partido de derecha de Batista; porque Batista, un dictador militar y un hombre de tendencia fascista, admirador de [Benito] Mussolini y que había sido represivo, se montó en el carro de la lucha antifascista.

En la medida en que Estados Unidos se alineó en contra de Alemania, de Italia y Mussolini —eran los años de [Franklin Delano] Roosevelt, quien siguió una política internacional progresista: luchó contra la política aislacionista, y por colocar a Estados Unidos contra el fascismo—, y como en Cuba lo que hiciera Estados Unidos era la línea para los gobiernos, Batista, un dictadorzuelo militar, un ladrón, se montó en el carro del antifascismo, a pesar de que él era de mentalidad fascista y tan o más represivo que Mussolini, aunque no tanto como [Adolfo] Hitler. En dicha ocasión, él resultó vencedor por una coalición en unas elecciones donde hubo fraude y violencia.

El llamado Partido Revolucionario, aliado a otros, algunos de derecha, y otros de centro también, era el partido civil con más apoyo popular, pero su triunfo lo frustró en 1940, la violencia y el fraude. El origen de este partido estaba en la lucha del año 1933 contra Gerardo Machado.

Los estudiantes universitarios desempeñaron un papel destacado en la lucha contra Machado. Muchos de ellos fueron reprimidos y asesinados. Se destacaron organizaciones de izquierda y dirigentes universitarios. Por entonces sobresalió la figura de Julio Antonio Mella —fundador del primer Partido Comunista de Cuba, un excelente atleta, un pensador brillante, martiano, que también había recibido una formación marxista—, y la juventud estaba bajo la influencia de la Revolución de Octubre de 1917, de la gran repercusión que tuvo en el mundo, sobre todo, en los sectores obreros.

Mella se unió a un veterano de nuestras luchas por la independencia, Carlos Baliño, y fundó —en 1925— el Partido Comunista de Cuba. Era un joven de mucho talento, muy combativo, de gran prestigio. En la Universidad donde ingresé, se hablaba de Mella como la más destacada figura de la historia de la Universidad. Se mencionaban también otros dirigentes que habían muerto, algunos de izquierda, otros demócratas, no marxistas; todo lo cual formaba parte del martirologio universitario.

Rubén Martínez Villena, marxista también, fue uno de los

destacados luchadores contra Machado. La Universidad había contado en sus aulas y luchas con jóvenes brillantes. Algunos, como Mella, murieron asesinados por Machado; otros, como Villena, un extraordinario líder político, líder comunista y organizador de la huelga que derrocó a Machado, enfermó y luchó hasta el final. Era un gran poeta, intelectual brillante, que se unió a los obreros, murió joven por enfermedad. Hubo dirigentes universitarios destacados de distintas tendencias políticas, demócratas y comunistas.

En aquella época se creó también el Directorio Estudiantil Universitario, cuya actuación como representante de los estudiantes en la lucha frente a la represión machadista fue destacada. Era una organización política más que estudiantil, creada por los estudiantes. Cerrada la Universidad por la dictadura, ante la represión, los estudiantes encabezaron luchas, huelgas, protestas callejeras, y se unieron a los obreros.

El Directorio no estaba integrado por gente de izquierda, sino por gente del centro, demócratas, nacionalistas, antimachadistas y, en cierto sentido, antiimperialistas. No era una organización marxista, propiamente de izquierda. La pudiéramos definir como una organización de estudiantes demócratas, nacionalistas, patriotas.

Las organizaciones de izquierda fueron prohibidas; bueno, en general existía una feroz represión. Todo coincidió con la gran crisis económica: mucha hambre, aumento del de-

sempleo, precios del azúcar muy bajos; había una gran pobreza en el país, gran sufrimiento en el pueblo. Un gobierno sangriento perseguía a los obreros, asesinaba a sus dirigentes, especialmente a los de izquierda; perseguía a periodistas, los encarcelaba, los asesinaba; también, a opositores políticos; perseguía y reprimía a estudiantes, mataba a comunistas, a líderes sindicales. Era un gobierno de brutal represión, no tan sofisticado como el ulterior gobierno de Batista o de ideología derechista como la Junta Militar de Pinochet, en Chile. Era del tipo de gobierno como el de Trujillo en Santo Domingo, de Somoza en Nicaragua.

Machado era veterano de la Guerra de Independencia, había luchado por ella, y eso le había conferido prestigio. Fue electo por un partido llamado Liberal, pero era un político caudillo, un hombre viciado que desarrollaba una política corrompida, en medio de una gran crisis económica y con el apoyo de Estados Unidos, como siempre. Todavía en dicha época existía la Enmienda Platt como cláusula constitucional, que establecía el derecho de los norteamericanos a intervenir en Cuba. Se trataba de un gobierno politiquero y corrompido, como los que Estados Unidos mantenía en el Caribe, en Centroamérica y América Latina en general. Machado fue un vulgar dictadorzuelo represivo.

Una etapa dura, muy dura para el pueblo, de mucha hambre. Mientras más protestas se desarrollaban, originadas fun-

damentalmente por el hambre, más represivo era el gobierno. Los obreros, los campesinos y los estudiantes desempeñaron un papel destacado en la lucha contra la dictadura.

«Asno con garras», así denominó, a Machado, Rubén Martínez Villena, el joven comunista y poeta. Tal nombre gráfico fue el calificativo que mereció aquel gobernante impopular y ladrón.

En los primeros años de gobierno hizo algunas obras: el Capitolio, tan parecido al de Washington; la Carretera Central, con la ayuda, me parece, de algunos préstamos de Estados Unidos. Ganó, incluso, alguna popularidad, hasta que la situación se tornó más crítica, empezó la oposición y, a su vez, la represión.

En 1925 alcanzó la presidencia que prorrogó a su conveniencia. Por supuesto, tuvo el apoyo de Estados Unidos, y su gobierno transcurrió en el período de la gran crisis hasta su estrepitosa caída en 1933.

Entre las fuerzas que lucharon contra dicho gobierno se encontraban los estudiantes, por su idealismo y desinterés; en una Universidad donde había gente de izquierda y de centro, algunos elementos demócratas y patriotas nacionalistas; de ahí que el Directorio adquiriera prestigio nacional entre los estudiantes.

En contacto con aquel grupo de jóvenes había algunos profesores, entre ellos, uno de Fisiología de la Universidad de

La Habana, llamado Ramón Grau San Martín, de origen español. Algunos creen que no había nacido en Cuba, hijo de gente simpatizante con la causa española en la lucha por la independencia, se decía que había nacido en España, pero yo mismo no puedo asegurar si era así. Dicho profesor se expresaba con un lenguaje martiano, parece que era lector de Martí. Trataba de utilizar, incluso, el estilo y las frases de Martí, y así adquirió influencia dentro de los alumnos. Se convirtió en una especie de líder también de los estudiantes más combativos.

Machado cayó como consecuencia de una fuerte huelga general. El movimiento de los obreros, los estudiantes y las distintas fuerzas, puso en crisis total al régimen. Es decir, a la lucha de los trabajadores, de los estudiantes y de otras organizaciones nacionalistas se sumó la de sectores no de origen estudiantil, sino de clase media, como el ABC —que llevó a cabo una lucha activa, con sabotajes, bombas—; tales acciones, sumadas a la huelga general, crearon una fuerza de oposición generalizada, haciendo que el gobierno cayera en una crisis insoluble.

Estados Unidos todavía tenía el derecho de intervención, y como estaba Roosevelt en el gobierno y no quería hacer uso de la facultad que le daba la propia Constitución impuesta a Cuba de enviar los marines, mandó algunos barcos en una amenaza de desembarco, pero no lo decidió, sino que trató de resolver la situación mediante lo que llamaron una mediación

entre gobierno y oposición, en busca de una solución política, una transición.

Al final, Machado, como consecuencia de la crisis, de la lucha del pueblo, las presiones yanquis —la presión de la mediación también determinaba— y el descontento en el Ejército debido a todo el conjunto de factores, renunció y se escapó del país con su dinero, dinero robado; la misma historia de siempre.

Al producirse la caída de Machado, el pueblo se lanzó a la calle, tomó justicia por sus propias manos contra determinados esbirros, algunos criminales fueron exterminados o arrastrados, ejecutados por el pueblo. Toda aquella ira se volvió contra los personajes del régimen que no pudieron escapar —como siempre, muchos escaparon—, contra algunas de sus propiedades y símbolos de la tiranía. Algunas propiedades y órganos de prensa de Machado fueron incendiados. Es decir, a la caída de Machado, hubo un fulgor de libertad y conmociones sociales, originadas por la situación: la alegría del pueblo al saber de su caída y la esperanza de que el hambre —porque asociaba el hambre también a Machado— se pudiera resolver. Aunque el hambre era resultado de la crisis económica del capitalismo y de sus métodos de explotación, agravados por la gran crisis internacional, en una población que había crecido, en un país que no se había desarrollado. En realidad era un pueblo todavía muy ignorante, en el sentido de las verdaderas

raíces y causas de la situación que padecía.

A la caída de Machado, en agosto, se designó un gobierno provisional constituido por Carlos Manuel de Céspedes —descendiente del primer jefe cubano en la lucha por la independencia en la guerra de 1868, inmortalizado en nuestra patria por sus virtudes—. Pero lo ocurrido fue solo un cambio de gobierno, todo siguió igual.

Por entonces pasó un ciclón, a fines de agosto o principios de septiembre, que produjo desastres naturales, inundaciones, y mientras el gobierno recorría la zona dañada por el ciclón, de la noche a la mañana, fueron destituidos los oficiales que dirigían el Ejército, lo que conllevó al derrocamiento del gobierno que siguió al de Machado. Duró apenas unos días.

Los soldados, es decir, los sargentos, las clases y las tropas del Ejército, influidos por la lucha contra Machado y por la prédica de los estudiantes universitarios, se habían ido organizando, algunos sargentos, sobre todo. Un sargento, Pablo Rodríguez, había nucleado una organización, entre cuyos miembros estaba Batista. Pero no derrocó a Machado. Machado fue derrocado, en parte, por la lucha del pueblo y el descontento del Ejército hacia su alta oficialidad, aunque su caída no significó un cambio grande, político ni social. El Ejército siguió con la vieja oficialidad, estaba muy desprestigiado y era muy odiado por el pueblo, circunstancia que favoreció la conspiración de los sargentos. El 4 de septiembre de 1933

ocurrió la sublevación de estos contra la oficialidad cómplice del régimen de Machado. Entre los sargentos sublevados se destacó Batista que, de algún modo, desplazó al sargento que era su propio jefe; Pablo Rodríguez era el principal iniciador del movimiento.

Tras la sublevación de los sargentos, los estudiantes y el Directorio vieron en aquello una especie de movimiento social, una rebelión contra los viejos oficiales y se acercaron.

También otras organizaciones y líderes se unieron a los sargentos. Se sucedieron en pocos días varios gobiernos. Hubo una pentarquía —una presidencia de cinco personalidades, entre ellas, el doctor Grau San Martín, representante de los estudiantes, el profesor a quien ellos habían escogido como líder.

Aquella pentarquía tuvo dificultades. Los barcos norteamericanos estuvieron cerca de Cuba, hubo cierta amenaza de intervención y, claro, el pueblo mantuvo una actitud de rechazo a la intervención de Estados Unidos propiciada por el embajador norteamericano Summer Welles. La pentarquía, que no funcionaba, fue sustituida por una presidencia de la cual hicieron cargo a dicho profesor universitario: Ramón Grau San Martín. Así, tal personaje fue designado presidente provisional de la República.

Los sargentos desplazaron a todos los coroneles y a la alta oficialidad y asumieron los cargos. El nuevo gobierno les dio grado a los sargentos, tenientes, capitanes, comandantes,

tenientes coroneles y coroneles. El sargento Batista resultó nombrado legalmente coronel y jefe del Ejército, cargo que ostentaba desde el golpe del 4 de septiembre. Su imagen no era mala entonces, porque representaba al jefe de los sargentos que derrocó a los altos oficiales, colaboradores de la tiranía machadista. Los estudiantes permanecieron más o menos unidos con los revolucionarios.

Tal gobierno era de civiles y revolucionarios que lucharon contra Machado. Entre ellos figuraba un dirigente revolucionario, no marxista-leninista, es decir, no era comunista, ni tampoco líder de los estudiantes porque ya se había graduado, laboraba como farmacéutico; era un hombre valiente, combativo, de ideas muy patrióticas, nacionalistas e, incuestionablemente, de izquierda y antiimperialista: Antonio Guiteras Holmes. Había sido fundador de una organización llamada Joven Cuba, una de las que lucharon contra Machado.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, el origen de Guiteras es muy interesante. Estuve buscando datos sobre él. Nació en 1906 en Filadelfia, Pennsylvania. Hijo de padre cubano, Calixto Guiteras, y de madre norteamericana, Marie Theresse Holmes. Aseguran que de niño escuchaba las historias familiares sobre su tío José Ramón Guiteras, quien dio su vida por la libertad de Cuba durante la Guerra de los Diez Años, y también sobre su tío abuelo John Walsh, uno de los más importantes líderes de la independencia de Irlanda. Según los recuentos biográfi-

cos, fue su padre quien le inculcó su amor a la patria y a nuestro Héroe Nacional José Martí. Su familia se trasladó a Cuba en 1913. Vivieron en Matanzas primero, y luego en Pinar del Río. Tony Guiteras admiraba a Mella y lo apoyó cuando realizó la huelga de hambre en la lucha contra Machado. Nunca olvido que después del triunfo de la Revolución, usted regresó del viaje por Estados Unidos, Canadá, Brasil, Argentina y Uruguay, precisamente un 8 de mayo, aniversario del asesinato de Guiteras. Aquel día sus palabras lo recordaron y le rindieron tributo. ¿Su ejemplo influyó en el Movimiento que usted nucleó para el asalto al Moncada?

FIDEL CASTRO. —Sí, Guiteras fue un revolucionario excepcional. Se movió por todo el país, creó una organización, realizó muchas acciones contra Machado; en aquella época consistían principalmente en sabotajes y en poner bombas; una práctica vieja, las actividades que hoy llaman terroristas. Era el único recurso del que disponían los revolucionarios.

Guiteras intentó tomar un cuartel en la provincia de Oriente, creo que, incluso, lo tomó; un pequeño cuartel, en San Luis, no lejos de Santiago, en un esfuerzo en pro del desarrollo de una lucha armada contra Machado. Es decir, Guiteras hizo algo parecido a lo que nosotros emprendimos después; él atacó un pequeño cuartel con un grupo de hombres para llevar a cabo la lucha armada. Un hombre, repito, muy valiente, demócrata, de izquierda y antiimperialista.

En el año 1933, después del 4 de septiembre, se sucedieron varios presidentes. Eligieron finalmente a Grau como presidente; Batista, estudiantes, fuerzas democráticas revolucionarias, estaban unidos. Entonces, este gobierno de Grau, que sucedió a la pentarquía, conformó un gabinete donde designaron ministro de Gobernación a Antonio Guiteras, quien tenía mucha relevancia porque, naturalmente, en el pueblo habían adquirido prestigio todas las fuerzas y los líderes que lucharon contra Machado. Hombre firme y decidido, desafió los riesgos de intervención yanqui e impulsó una serie de medidas radicales que perjudicaron a la empresa eléctrica y otros monopolios yanquis. Aquel gobierno revolucionario introdujo medidas obreras y sociales: salario mínimo, jornada de ocho horas, toda una serie de viejas demandas que bajo la influencia de Guiteras fueron aprobadas por el gobierno provisional de Grau San Martín a fines de 1933.

Entre las medidas nacionalistas aplicaron aquella con relación al trabajo, donde se establecía que una parte de los empleados debían ser cubanos, ya que había empresas españolas y comercios en los que todos los empleados eran españoles, lo cual originó la demanda que llamaron nacionalización del trabajo. Quizás tuviera principios justos al tratar de evitar privilegios, pero el hecho fue que la ley se convirtió en una medida cruel para muchos trabajadores españoles o haitianos que no tenían otro ingreso y perdieron el empleo. Lo peor fue que

promovió la expulsión de los haitianos que desde principios del siglo XX trabajaban en nuestro país. En conjunto, muchas de las leyes de aquel gobierno fueron nacionalistas y de proyección social justa, lo cual le granjeó gran simpatía y apoyo popular, de modo especial las que afectaron a los monopolios yanquis.

Pero aquel gobierno no duró ni cuatro meses. ¿Qué hizo Estados Unidos? ¿Qué hicieron los embajadores yanquis Summer Welles y toda aquella gente? Los funcionarios norteamericanos conservaron la calma; no aconsejaron la intervención, comenzaron a influir en Batista y a trabajar con el Ejército.

Batista, un sargento ignorante convertido en coronel, con gran poder, fue asediado y envuelto por los representantes diplomáticos de Estados Unidos, porque a este país no le gustaron las leyes nacionalistas que afectaron los intereses de sus monopolios. Las leyes obreras dañaban las ganancias de los centrales norteamericanos y los intereses de sus privilegiadas empresas. Las leyes del primer período de Grau —pues tuvo otro en la década de los 40—, originaron apoyo popular, simpatía y, también inquietud en la oligarquía, los grandes capitalistas y los monopolios yanquis, que para no perder su estatus utilizaron un procedimiento muy sencillo, se acercaron a Batista, el nuevo caudillo, jefe de los militares, lo halagaron y estimularon las rivalidades entre los militares y el gobierno revolucionario civil. En el mes de enero de 1934 toman como pretexto los desórdenes, el caos y las huelgas, que eran resultado de las

demandas de los trabajadores y del pueblo, para restablecer el orden y derrocar al profesor universitario y al gobierno revolucionario. Así veía el pueblo, a grandes rasgos, los hechos.

Fue el fin del efímero gobierno revolucionario que dictó leyes sociales y nacionalistas. Se inició la hegemonía de Batista, su dictadura. Un personaje vanidoso y tiránico que desde la jefatura del Ejército, y a través de distintos gobiernos títeres, reprimía a obreros y estudiantes, hasta aplastar el movimiento revolucionario. Logró ejercer el control militar y político desde la jefatura del Ejército. Contaba con la simpatía, la amistad y el apoyo de Washington.

La aristocracia cubana, muy orgullosa, miraba con desdén a Batista por tres razones: porque era de origen obrero —en sus primeros años había trabajado en ferrocarriles—, era de origen humilde —tenía cierta composición mestiza— y, además, se trataba de un sargento ignorante. Es decir, todas las cosas buenas por las que hubiera podido ser apreciado, no lo favorecían, ninguna de las características por las que debía legítimamente ser estimado, le permitía serlo por aquella aristocracia; posiblemente tampoco por los norteamericanos, aunque a Estados Unidos, más que el color de la piel, le interesaba que respondiera a sus intereses. Pero Batista era el jefe del Ejército, ignorante, ambicioso, pícaro, vivo, astuto, sobre todo, lleno de ambiciones de poder y de riquezas.

Todo lo que Batista tuvo de pobre en su tiempo, o todo lo

que podía tener de mestizo, no le sirvió para luchar contra la pobreza o para experimentar solidaridad hacia los pobres y luchar contra la discriminación racial; nunca la combatió, sino que eso estimuló sus ansias de poder, de riqueza y de ascensión social.

No se consideró jamás mestizo, sino blanco. Utilizaba con mucha demagogia su origen obrero en la juventud, su procedencia humilde, su condición de soldado, sargento, para exaltarse ante las masas, pero no adoptó ninguna medida contra la explotación de los trabajadores ni hizo nada contra la discriminación racial en el país.

Los norteamericanos se dieron cuenta rápido de su psicología, de sus ambiciones y las estimularon hasta que lo tuvieron de jefe del país, a través de la jefatura del Ejército y sus grados de coronel.

Él se hizo coronel, otros muchos sargentos se nombraron coroneles, comandantes, capitanes, tenientes y subtenientes. Batista realizó un gran reparto de grados, en virtud del cual muchos soldados ascendieron a sargentos, subtenientes, tenientes y, en definitiva, todos los sargentos ascendieron a oficiales.

KATIUSKA BLANCO. —Me estoy acordando de la historia de Raúl, cuando, a cocotazos, el maestro le hizo aprender de memoria los versitos que debía recitar frente a Batista, para que este ascendiera a sargento al profesor de la escuelita cívico-mili-

tar de Birán Uno.

FIDEL CASTRO. —Fue precisamente en los años 30 que tuvo lugar un proceso para ascender a numerosos soldados. Eso le confirió a Batista una gran influencia, un gran poder sobre el Ejército; utilizó tal medida en su provecho. El gobierno de facto duró más de seis años. Batista se hizo jefe del golpe de Estado en 1933, pero entre septiembre de 1933 y enero de 1934 compartió el poder con los civiles. Luego, a partir de 1934 se hizo jefe absoluto del país, y más adelante gobernó a través de administraciones títeres y represión. En tal período se acrecentaron las luchas estudiantiles, de los trabajadores y de los viejos revolucionarios antimachadistas. Algunos, los de derecha, se sumaron a Batista; otros lucharon, fueron reprimidos, asesinados. Tuvieron lugar huelgas, grandes huelgas, refrenadas de forma sangrienta. Así, Batista se mantuvo como jefe de facto hasta 1940, con su mentalidad fascistoide, en la etapa previa a la Segunda Guerra Mundial.

Cuando se aproxima la Segunda Guerra Mundial y Estados Unidos se alinea contra Alemania e Italia, Batista resultó ser más demócrata que nadie, luchador antifascista, aliado a Estados Unidos.

KATIUSKA BLANCO. —Es contradictorio, ¿verdad? Un siniestro hombre de derecha cuyo gobierno asume en las relaciones internacionales una política positiva, solo lo explica la demagogia de su propio ser.

FIDEL CASTRO. —Eso tiene su explicación lógica. Lo que hiciera Estados Unidos era ley para Batista. Claro, se hizo un intento de institucionalizar su poder porque, en la lucha contra el fascismo, se hablaba cada vez más de democracia. Así surgió un proceso que arribó a una Asamblea Constituyente, aprobada en 1940.

Ya había trascurrido la etapa de la represión. Todos los partidos fueron legalizados, entre ellos, el Partido Comunista. Se eligieron los delegados y se elaboró una constitución bastante avanzada, podríamos decir progresista, en la que se podía apreciar —en muchas de sus disposiciones— la lucha de las fuerzas progresistas y la influencia del Partido Comunista. Varios de sus delegados, personalidades prestigiosas, destacadas, lucharon por otorgarle a dicha constitución un contenido social.

Era una constitución burguesa, capitalista, pero admitía el sentido de la función social de la propiedad, la idea de la reforma agraria y una serie de leyes complementarias, la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, el voto. Aquella constitución recogía conquistas sociales del año 1933 y nuevas aspiraciones, incluidas gracias a la influencia de los demócratas y los comunistas en algunos de sus preceptos. Téngase en cuenta que la Segunda Guerra Mundial había estallado.

La guerra de 1939 contra el fascismo, la lucha contra el fascismo, incluso, en aquellos países que no intervinieron di-

rectamente en la guerra, crearon condiciones propicias para la elaboración de una constitución más democrática, porque se trataba de la democracia contra el fascismo. Era la época del Frente Amplio Antifascista, que se propugnó en una etapa que precedió a la guerra, y así, tanto partidos de izquierda como el propio Partido Comunista resultaron miembros de un Frente donde figuraban partidos de derecha y el partido represivo y corrompido de Batista. Crearon la coalición democrática progresista con presencia de todos esos partidos, incluso el Partido Comunista —en virtud de la famosa alianza antifascista— que generó confusión y antipatía en una parte sana de la población.

Yo tenía 13 años. Sabía muy poco de política, pero fui testigo presencial del gran fraude y la violencia ejercida durante las elecciones generales en que ganó Batista.

En los cinco años siguientes cursé todo el bachillerato: dos en Santiago de Cuba y tres en La Habana. Durante casi todo el período de Batista como presidente, y un año del gobierno de Grau, estuve en el colegio de los jesuitas en La Habana.

Cuando correspondían otra vez las elecciones en 1944, un año antes de acabarse la guerra, el mundo estaba saturado de propaganda democrática y de campaña contra la dictadura, el fascismo, la represión. Los derechos humanos se convirtieron en algo sagrado, y Batista, que estuvo 11 años gobernando, para entonces era presidente de un gobierno constitucional o go-

bierno legal y, además, caudillo del Ejército. La coalición de Batista no lo postuló, presentó a otro candidato de acuerdo con la ley constitucional porque Batista no podía reelegirse. Batista calculó que iba a ganar grandes laureles de hombre democrático porque se iba a designar otro candidato de su coalición, hombre, por supuesto, de toda su confianza, y él quedaría como el caudillo del Ejército, el poder detrás del trono.

Pero, ¿qué ocurrió? En 1944, Grau San Martín, postulado otra vez por el Partido Revolucionario Cubano Auténtico, ganó las elecciones y Batista se vio ante una alternativa: dar un golpe o retirarse. El ambiente nacional e internacional no eran propicios para dar un golpe y aceptó la victoria de Grau, aunque continuaba siendo el caudillo espiritual del Ejército. Se retiró de Cuba después de que Grau tomó posesión —la toma de posesión fue el 10 de octubre, aunque las elecciones habían sido en junio—. Mi último año en el Colegio de Belén coincidió con el primer año del gobierno de Grau.

Batista se pasó 11 años robando y abandonó la presidencia como uno de los personajes más ricos en la historia de Cuba. Cuando el dólar tenía mucho más valor que hoy, cuando existía gran escasez de bienes y alimentos, gran destrucción y pobreza en el mundo, Batista se marchó del país con una fortuna de decenas de millones de dólares, se radicó en Estados Unidos, fue allí a perfeccionar su inglés. Anteriormente había visita-

do Estados Unidos y pronunciado un discurso ante la Cámara de ese país, nada menos que en inglés. Batista no sabía hablar muy bien el español, ni siquiera pronunciarlo bien, sin embargo, dio un discurso en inglés, en una visita oficial que hizo a Washington. En 1944, cuando perdió las elecciones, se marchó a Estados Unidos como gran señor, gran millonario, gran demócrata que se pliega a la voluntad popular. Se fue a vivir en Daytona Beach, donde prosiguió sus estudios de inglés y sus conocimientos superficiales de otras materias. La idea de Batista era estar un tiempo allá.

KATIUSKA BLANCO. —Y al año siguiente usted ingresa a la Universidad, a la modernidad, como diría Retamar...

FIDEL CASTRO. —Cuando ingresé en la Universidad, en septiembre de 1945, llegué a la institución que había luchado contra Machado, centro de tradiciones patrióticas, a la Universidad de [Julio Antonio] Mella, [Rubén Martínez] Villena, [Rafael] Trejo, la Universidad del Directorio Estudiantil. Se habían ganado glorias en aquella lucha. La Universidad y los estudiantes habían apoyado a Grau, y me sentía contento de que el profesor revolucionario hubiera ganado, porque su victoria fue la derrota del gobierno militar, la de Batista; y yo, realmente, veía el hecho con simpatía y alegría. Allá en Birán —recuerdo aquel verano cuando fui, al terminar el bachillerato—, la gente, es decir, los campesinos y trabajadores, estaban muy felices, muy contentos, porque pertenecían al partido de Grau

o simpatizaban con este. Presencié la alegría popular, aunque yo no estaba vinculado a la política, estudiaba interno en el colegio de los jesuitas finalizando el cuarto año de bachillerato, cuando se produjeron todos aquellos fenómenos.

Escuché por radio algunos discursos de Grau. Decía una serie de cosas que nadie entendía, creaba una serie de palabras, parecía un personaje celestial, y hablaba un lenguaje de los dioses que los humanos no podíamos entender: «Porque el autenticismo es la cubanidad, la cubanidad es amor...». Después lo analicé y me di cuenta de que Grau trataba de imitar el estilo martiano. Martí tiene una oratoria muy compleja, muy elegante, con imágenes verdaderamente bellas, pero no es fácil comprender sus discursos. Como he dicho otras veces: Martí vertía una catarata de ideas en un pequeño arroyo de palabras. Es decir, eran tantas las ideas de Martí en un discurso, que no cabían en sus palabras. Pronunciaba frases muy bellas, grandes imágenes; ¡grandes, conceptuosas y profundas ideas!, unas detrás de otras, como en una catarata. Su estilo es inimitable, no he vuelto a conocer a nadie que fuera capaz de decir tantas cosas en tan pocas palabras.

KATIUSKA BLANCO. —José Martí era un excepcional sintetizador. Cuando escribía una cuartilla era porque su erudición alcanzaba a redactar sobre el tema 100 o 1000 páginas y, entonces, él condensaba todo su saber y nos lo entregaba en un párrafo largo, maravilloso por su intensidad, lo cual ratifica esa visión

suya sobre las obras y discursos del Apóstol: la avalancha de ideas en un pequeño arroyo de palabras, propia de su escritura y oratoria.

FIDEL CASTRO. —Una cascada de ideas sugeridas, imágenes, una detrás de otra. Tal es la característica de la oratoria de Martí que siempre me agradó, la admiré, me gustó mucho, y creo que es inimitable. Es un estilo muy propio de él.

El profesor del que te hablaba antes, sabría de Fisiología, pero hablaba posiblemente de memoria, porque readaptó por mimetismo el estilo; pero mientras lo de Martí era una catarata de ideas en algunas palabras, más tarde se comprendió que lo de este profesor era una catarata de palabras sin idea alguna. No pocos estaban maravillados por el prestigio del profesor, su fama, las leyes que decretó —las leyes de Guiteras—, pero el pueblo no conocía quién era el profesor: al parecer, un Mesías, un profeta, cuyo lenguaje, martiano y bíblico, que ni siquiera éramos capaces de entender los humanos, y lo escuchábamos por radio con la boca abierta. Aquel señor asumió la presidencia de la República a fines del año 1944, Ramón Grau San Martín.

Esto fue condicionando la atmósfera, el ambiente que encontré cuando llegué a la Universidad.

En 1945 ingresé en el centro superior de estudios que había luchado contra Machado, contra Batista, una Universidad en su mayor parte grausista.

Muchos antiguos líderes estudiantiles, que lucharon contra Machado y contra Batista, eran ministros, senadores, representantes, ocupaban cargos importantes. Pero los mejores luchadores entre la gente del período de 1933 a 1944 se habían ido apartando de la política.

KATIUSKA BLANCO. —Usted habla de luchadores valiosos como Raúl Roa García, ¿no?

FIDEL CASTRO. —Sí, uno de ellos era Raúl Roa.

Cuando aquel Directorio se integró en un partido político, en el partido de Grau, que se dedicó a la política y a todas sus actividades —la política tradicional, electoralista y sin principio—, muchos de los mejores revolucionarios se apartaron, otros siguieron porque pudieron adaptarse a la política; y alguna gente también sana, antimachadista, demócrata y antibatistiana, continuó en dicho partido. De manera que, cuando triunfó, había de todo: gente oportunista, revolucionarios corrompidos de distinta forma en la política y, también, personas valiosas, sanas. No precisamente gente de izquierda, aunque los había de izquierda, sino demócratas, muy opuestos a la represión, a la tiranía, a la corrupción que soportó el país durante los 11 años del gobierno de Batista. Así, gente valiosa, líderes políticos, profesores universitarios prestigiosos, algunos de los cuales pasaron entonces a la oposición a Grau y, posteriormente, una parte de ellos se

integró a la Revolución. Junto a la Revolución tuvimos gente valiosa que, en 1944, estaban en el partido de Grau.

Cuando llegué a la Universidad había transcurrido un año de gobierno de Grau San Martín; la Universidad estaba controlada por sus partidarios. Aún simpatizaba con Grau, porque el suyo era un triunfo antimilitarista, un triunfo contra la tiranía, contra la dictadura de Batista. Participé de la alegría igual que compartió gran parte del pueblo; no tenía entonces una conciencia política ni una ideología revolucionaria, pero participaba con el pueblo del triunfo de los civiles contra los militares, la dictadura y la corrupción.

En el país no pasaba nada porque los cambios de gobierno no significaban ningún tipo de cambio social. Al final, era un cambio de personaje y, a decir verdad, el cambio de unos ladrones por otros. Yo ni me di cuenta de aquello, seguí el quinto curso de bachillerato, me gradué, pero cuando llegué a la Universidad me dije: es la Universidad de los estudiantes que lucharon contra Machado y Batista, la de largas tradiciones de lucha desde Mella, Villena y otros, con una gran sala de mártires, de héroes. El martirologio estudiantil venía desde el siglo XIX, 1871, cuando el 27 de noviembre de aquel año fueron fusilados por los españoles los ocho estudiantes de Medicina, cuyo delito había sido —según los españoles— ultrajar la tumba de un político español muy adicto a España y caracterizado por su odio contra Cuba. Como debes saber, en el año 1871, hacía

ya tres años que se había iniciado la Guerra de Independencia y existía un gran odio contra los cubanos por parte de la milicia española. Los voluntarios españoles sentían mucho odio. Alguien acusó a un grupo de estudiantes de haber profanado la tumba de Gonzalo de Castañón, periodista, intransigente defensor del gobierno español e ídolo del colonialismo. Con motivo de aquella acusación, las turbas españolas integradas por voluntarios armados que luchaban por defender la colonia frente a los patriotas cubanos exigieron un castigo ejemplar a los estudiantes. Como consecuencia, ocho estudiantes fueron juzgados en consejo de guerra y condenados a la pena de muerte. Fue un crimen espantoso. Lo hicieron por satisfacer a las turbas de voluntarios armados, por un supuesto delito de haber ofendido la memoria de aquel defensor de la metrópoli. Martí habló mucho de ello, y nosotros, los alumnos universitarios, oíamos hablar de la historia de los estudiantes fusilados por los españoles. Todo eso contribuyó a crear la tradición y el martirologio de los estudiantes de la Universidad.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, Martí recibió la noticia de los fusilamientos mientras estaba en España, y no sabía si su entrañable amigo Fermín Valdés Domínguez, alumno de aquel mismo curso, se encontraba entre los jóvenes fusilados. Fue para él una gran conmoción, incluso enfermó. En el primer aniversario del crimen escribió aquellos versos estremecedores:

¡Cadáveres amados los que un día/ Ensueños fuisteis de

la patria mía,/ ¡Arrojad, arrojad sobre mi frente/ Polvo de vuestros huesos carcomidos!/ ¡Tocad mi corazón con vuestras manos!/ ¡Gemid a mis oídos!/ ¡Cada uno ha de ser de mis gemidos/ Lágrimas de uno más de los tiranos!/ ¡Andad a mi redor; vagad, en tanto/ Que mi ser vuestro espíritu recibe,/ Y dadme de las tumbas el espanto,/ Que es poco ya para llorar el llanto/ Cuando en infame esclavitud se vive!

Creo que usted lo recuerda porque pocas veces a lo largo de la historia se ha escrito de manera tan desgarradora y recia al mismo tiempo, prueba irrefutable del dolor inmenso. Evoco ahora una frase suya: «Cuando un pueblo enérgico y viril llora, la injusticia tiembla».

FIDEL CASTRO. —Fue un crimen horrendo, inolvidable. Como aquellos estudiantes eran de la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana, la Universidad a la que yo ingresé era heredera de las tradiciones, de los mártires del año 1871, de los luchadores por la independencia, de los luchadores por la democracia, los luchadores contra Machado y Batista y los luchadores por el pueblo. Tenía una gran tradición la Universidad, una larga y rica historia; y, desde luego, todo eso me impresionó en gran medida. La entrada en aquel santuario con una historia sagrada de luchas influyó en mí. Me impregné del prestigio histórico de esa institución.

Me agradaba toda la historia de la Universidad. Desde que por primera vez me pidieron que realizara algunas actividades

en ese marco, tuve la impresión de que iba a ingresar en una colectividad con mucho prestigio, con mucha historia, y que los estudiantes habían jugado un papel muy digno, muy destacado; eran los guardianes de los derechos del pueblo, de la democracia y la libertad. Me sentí también como una especie de candidato a formar parte de aquellas tradiciones y glorias, y guardián también de los valores de la Universidad.

Probablemente me sentí halagado de que se fijaran en mí, de que solicitaran mi colaboración, que me trataran de promover porque podían haber observado algunas cualidades políticas, y así es como me vinculé a uno de los grupos de gente sana. Si bien ellos estaban imbuidos de aquellas mismas ideas y de aquellos valores, no tenían ninguna ideología política, ninguna ideología social, revolucionaria. Es lo que puedo decir de los amigos de segundo y tercer año; muchachos simpáticos que se acercaron a mí y trataron de captarme.

Recuerdo a varios de ellos: Zaldívar, de Banes; a Raúl Granados, de Villa Clara. Fueron los dos primeros que se relacionaron conmigo; después pude saber cómo eran, no eran gente mala, eran gente común y corriente de aquella época.

A pesar de las tradiciones de lucha, la Universidad había cambiado considerablemente. Desde los años de Mella, de Villena y de jóvenes como Pablo de la Torriente Brau, de aquella Universidad que luchó contra Machado y contra Batista, esta había cambiado bastante.

En primer lugar, por una razón o por otra, en mi opinión —es muy personal, no estoy seguro de que sea la opinión que puedan tener otros—, la impresión que tuve fue que el hecho de que el Partido Comunista formara parte de la coalición de Batista en 1940 y 1944, y teniendo en cuenta que su gobierno fue despótico, corrompido y represivo, lo aisló bastante de muchos jóvenes. Además, los estudiantes estaban contra Batista, por regla general simpatizaban con Grau.

Entre los trabajadores en el campo y en los centrales azucareros se hablaba mucho de Grau, por las leyes sociales aprobadas en 1933 durante su gobierno: la jornada de ocho horas, la legalización de los sindicatos, toda una serie de demandas históricas que eran fruto de las luchas de Villena, aprobadas en el gobierno de Grau y Guiteras, quien fue su impulsor. Mucha gente del pueblo, trabajadores y obreros, apoyaban a Grau.

Se daba una situación paradójica. El Partido Comunista tenía mucha influencia entre los obreros porque durante toda su existencia luchó por sus demandas y derechos. Del seno del movimiento obrero surgieron valiosos líderes comunistas: Lázaro Peña, Jesús Menéndez. Es decir, los principales líderes obreros eran comunistas y lucharon incansablemente en todo aquel período de los frentes amplios y de la coalición con el partido de Batista por los derechos de los trabajadores, en un gobierno corrompido y burgués. Se puede decir que, al concebir la constitución, lucharon por los derechos de los

obreros y otros preceptos constitucionales como la reforma agraria, que quedaron en el papel. Lucharon por una constitución más progresista. No fallaron nunca en su lucha por los derechos de los trabajadores, y siempre contaron con respaldo y prestigio entre ellos. Pero se producía una paradoja: aunque luchaban por los obreros, debido a compromisos y alianzas internacionales, estaban políticamente en alianza con un gobierno burgués represivo, corrompido.

Los comunistas se mantuvieron limpios y honestos toda su vida; aunque diría que dicha alianza con Batista, durante un período histórico de tiempo los divorció, en cierta medida, del pueblo y alimentó las prédicas anticomunistas, aunque el Partido Comunista tuvo arraigo entre los obreros. Los distanció de una parte del pueblo capaz de reconocer la honestidad, la abnegación y el espíritu de sacrificio de los comunistas, pero sin aceptar, sin conciliar la alianza con Batista.

Tal proceso contribuyó a la derechización del pensamiento político en general de los estudiantes y de las fuerzas democráticas que integraban el partido de Grau San Martín.

La Universidad en la que entré, reitero, ya no era la de los últimos años de la década de los 20, de la época de Mella o de los años 30; no era la Universidad antiimperialista de la lucha contra Machado y contra Batista. Era una Universidad donde los comunistas tenían muy poca influencia porque habían sido derrotados junto con el partido de Batista en las

elecciones de 1944. Existían unos pocos comunistas a los que ni siquiera conocía, porque entonces, no estaba imbuido de estas cuestiones sociales, ideológicas. Llegué a una Universidad que no contaba con el espíritu antiimperialista de otros tiempos, que se había debilitado. Era una Universidad burguesa y de pequeñoburgueses, con muy pocos jóvenes procedentes de las familias trabajadoras.

No era necesario pagar nada, solo una pequeña cantidad por la matrícula, pero para ingresar allí era indispensable ser bachiller, y serlo constituía un privilegio de muy poca gente: procedían de familias burguesas, terratenientes, capas medias y, raramente, alguien de origen humilde. Si hubiera sido hijo de cualquiera de los campesinos o trabajadores de Birán, jamás habría podido estudiar el bachillerato; pude lograrlo por ser hijo de terrateniente. Pocos se hacían bachilleres y llegaban a la Universidad, y solo existía una en todo el país. Además, las escuelas de bachillerato radicaban solamente en las capitales de provincia y en algunas ciudades, la mayoría de la población vivía en el interior del país; luego, gran parte de los habitantes de Cuba no tenían posibilidades, y de los que vivían en las ciudades, muy pocos podían darse el lujo de ser bachilleres porque desde los 10, 12, 13 años tenían que trabajar para ayudar a los padres. Si no era hijo de comerciante o de terrateniente o de médico o de un profesional destacado, no podía ir a estudiar a una escuela para cursar bachillerato. Nunca un campesino, y

rara vez un hijo de obrero, llegaba a la Universidad.

En la época anterior, de Machado y Batista, los elementos pequeño burgueses habían tenido un papel activo, unidos a los obreros. Cuando llegué a la Universidad encontré, en general, gente descendiente de burgueses, terratenientes, comerciantes, pequeñoburgueses, capas medias; no era una Universidad de trabajadores. Y después de toda la compleja situación internacional, después de 11 años de régimen de Batista, en los que el Partido Comunista había estado aliado con el partido de gobierno, allí no había ninguna simpatía por el comunismo, ¡aunque tampoco había antipatía! Quiero decir, comunistas habría, que yo recuerde, quizás, de 40 a 50 alumnos, en una Universidad de 15 000 estudiantes. Quizás entre comunistas y antiimperialistas habría unos 40 o 50; casi todos, claro está, se unieron después a la Revolución. Entre comunistas y antiimperialistas conscientes habría solo algunas decenas de estudiantes. No existía tampoco un pensamiento político de izquierda, todo giraba en torno al gobierno: cómo lo estaba haciendo, si lo estaba haciendo bien o mal. Pero en aquel año que ingresé en la Universidad, ya iban surgiendo problemas graves.

En un año, el gobierno de Grau había perdido bastante prestigio. Se instauró un nepotismo tremendo. Paulina Alsina, la cuñada de Grau, viuda del hermano, se convirtió en primera dama. Grau era soltero, con 55 años, y esta señora advino como primera dama con una enorme influencia. Inclu-

so, mucha gente le atribuía un peso decisivo en lo que hacía el presidente. De modo que desde el primer momento se fue produciendo una profunda decepción. La gente tenía grandes esperanzas, como suele ocurrir en situaciones similares, pero no hubo ningún cambio. Los líderes de aquel partido político que llegó al gobierno, el profesor universitario y sus ministros —con unas cuantas excepciones—, ya se habían corrompido políticamente a lo largo de aquellos 11 años, desde sus gloriosos tiempos de luchadores contra Batista, estaban en el gobierno, ostentaban cargos; se desató una corrupción increíble y comenzaron a hacer negocios de todas clases. Era la época de finales de la guerra y existía gran escasez de algunos productos como el arroz, el jabón, la manteca, productos provenientes de Estados Unidos, como neumáticos. Muchos de los corruptos se involucraron en negocios y especulaciones de toda clase con los productos de primera necesidad. Comenzaron a ganar dinero de forma ilícita; a robar de todas las formas posibles, y ya en el primer año había mucha crítica, muchas protestas, mucha decepción, desilusión en las masas de la población, crítica en la prensa, en la radio. Una prensa también corrompida, que a veces criticaba para que le dieran dinero, y si no le daban, denunciaba. Pero dentro de tal juego, no había tenido lugar cambio alguno.

Todo el mundo anticipaba que el triunfo de Grau iba a ser la gran panacea, el remedio a los problemas del país, pero no

fue así, a pesar de que coincidió con un momento económico bueno, puesto que como consecuencia de la guerra los precios del azúcar aumentaron, no hubo limitaciones a la producción azucarera porque Estados Unidos necesitaba toda esa azúcar. Filipinas estaba ocupada por los japoneses, y Europa por los alemanes. Durante toda la guerra, la única azúcar que recibía Estados Unidos era fundamentalmente de Cuba, entonces se dio una gran noticia: «Producción ilimitada de azúcar», todos los agricultores podían sembrar la caña que quisieran. «Elevados precios de azúcar», volvía la Danza de los Millones, como decíamos aquí, el dinero, los dólares abundaban por todas partes, casi circulaban exactamente igual que el dinero cubano. Recuerdo que en mi casa circulaban los dólares. Cuando yo estaba en el colegio, en mi casa lo mismo me daban pesos cubanos que dólares norteamericanos, dólares verdes, de los cuales le había pedido a Roosevelt un ejemplar. Por dondequiera andaban los dólares. Aunque las cosas se encarecieron y los precios aumentaban, existía la ilusión de la abundancia.

Corrupción, robo, todo aquello coincidió cuando ingresé en la Universidad, aunque la toma de conciencia no había cristalizado todavía; se percibió, sin embargo, que elementos vinculados al Partido Auténtico de Grau controlaban la Universidad. Cuando llegué a tal atmósfera, no podría decir que había tomado conciencia de todo, solo sabía que la Universi-

dad era guardiana de los más sagrados intereses del país y que algunas cosas no andaban muy bien. No era que la gente fuera batistiana, no se trataba de empezar a criticar a Grau para elogiar a Batista, sino una crítica a un gobierno que no resolvía los problemas padecidos largo tiempo por el país.

Importantes dirigentes estudiantiles ostentaban cargos en el gobierno, recibían ingresos, prebendas; incluso, ocupaban algunos puestos que no desempeñaban, o algunos cargos importantes en el Estado y controlaban la Federación Estudiantil Universitaria. Podríamos decir que la lucha comenzó entre partidarios del gobierno y gente que empezaba a criticarlo. Críticos no porque fueran enemigos de aquel partido, sino inconformes con lo que estaba ocurriendo. Se puede afirmar que la lucha era entre personas importantes que no hacían críticas al gobierno y estudiantes que sí las hacían.

Cuando ingresé en la primera fase estuve observando todo y me topé con otro fenómeno en la Universidad: las organizaciones seudorrevolucionarias —que se hacían llamar revolucionarias— en todo el ambiente nacional.

Todo el que había luchado contra Machado o contra Batista era un revolucionario. Muchos hombres fueron mártires, otros eran compañeros de los que murieron o estuvieron presos por luchar contra Batista, habían puesto bombas, realizado sabotajes y luchado tenazmente. Observé que existía culto a todos aquellos luchadores que habían sido perseguidos, presos, exi-

liados, durante ambas dictaduras. Aunque mucha de aquella gente, si alguna vez tuvo algo de revolucionaria, realmente ya no lo tenía. Pero cuando nosotros llegamos a la Universidad, los cintillos de los periódicos destacaban a la organización revolucionaria tal, la otra, la otra; ¡el *non plus ultra*!

En el ambiente universitario había que inclinarse, hablar con respeto. Existían nombres que debían pronunciarse con veneración, como los héroes de la lucha contra Machado y Batista. Era una institución heredera de las tradiciones, de las luchas heroicas desde la época de los españoles hasta ese momento. Oí y me influyó todo eso, el personaje tal, el otro. No me encontraba todavía en condiciones de juzgar nada. Pero en mis actividades me encontraba limitado a un círculo de la Universidad, de la Escuela de Derecho, donde entré a conocer a mucha gente, muchachos y muchachas de todas las procedencias, de todas las escuelas, hasta que inicié allí mis actividades políticas.

Fue en el primer año, en el primer trimestre, diría casi que en el primer mes. Al comienzo no asistí algunos días, porque entonces tenían lugar las novatadas, y para mí representaban una humillación, no me resignaba a la idea de someterme a una situación donde a los nuevos estudiantes los pelaban al rape, los teñían, los amarraban, los pintorreteaban, y así circulaban por las calles, toda una serie de groserías que en tiempos de revolución no se hacen. Constituían una humillación tremen-

da para el joven, y con algunos se ensañaban. Recuerdo que pensar en que iba a soportar todo aquello me causaba malestar, no me resignaba, y una de las cosas que hice fue no asistir los primeros días. Incluso, me pelé corto, lo más corto posible; creo que desde entonces me pelo corto.

El hecho es que aunque tardé en incorporarme unos días, cuando fui, algunos amenazaron e insinuaron, pero parece que no se decidieron a aplicarme la novatada. Y la concesión que hice fue pelarme corto, nada más.

Desde el primer mes lograron interesarme por las actividades. Cuando me propusieron como candidato por una asignatura elegí Antropología Jurídica, por ser la que originaba más trabajo, además, casi siempre los que la escogían después dirigían el curso, era una especie de asignatura insignia. No recuerdo si me escogieron o yo mismo decidí que iba a escogerla. ¿Por qué aquella asignatura tenía importancia? La tenía por dos cosas: debían realizarse prácticas de laboratorio, y le permitían al estudiante trabajar y ayudar a los condiscípulos en dicha materia. El profesor de Antropología era un hombre bonachón, no obstaculizaba nuestras actividades en favor de los alumnos.

KATIUSKA BLANCO. —El profesor se llamaba René Herrera Fritot, e impartía los cursos de Antropología Jurídica en la Universidad de La Habana. Usted integró el patronato del grupo Guamá desde el 4 de febrero de 1946. La Oficina de Asuntos Históri-

cos guarda fragmentos de un diario del profesor. Varias veces lo menciona a usted en sus apuntes. El 18 de febrero de 1946 anota: «Di clase práctica de A. 2.da a 11 alumnos. Me ayudó F. Castro (Delegado del curso)».

FIDEL CASTRO. —Una de las formas tradicionales en la Universidad para obtener apoyo de los estudiantes era ayudarles a resolver los problemas, defenderlos, como en un sindicato, frente a exámenes fuertes o para mejorar una nota: si les faltaban cinco puntos, propiciar que consiguieran alcanzarlos. Es decir, uno de los factores con que los líderes estudiantiles lograban su ascendencia entre los estudiantes era ayudándolos en las relaciones con los profesores.

Creo que empecé a distinguirme de los demás dirigentes de la Escuela de Derecho porque me puse a trabajar en serio; nunca me pasó ni siquiera por la mente que me fueran a dar una nota o que fuera a hacer gestiones para que a un alumno que no estudiara le dieran una nota inmerecida. No se trataba de que ejerciera influencia sobre el profesor, sino que empecé a ayudar a los estudiantes en cuestiones prácticas relacionadas con los estudios; gestioné que se imprimieran las conferencias de las distintas materias y comencé a informar a los estudiantes cuándo eran las prácticas en los laboratorios, qué día, a qué hora. Como dichas prácticas eran obligatorias —no era obligatoria la asistencia a clases, pero sí a las prácticas—, muchos estudiantes no iban a clases porque tenían que traba-

jar o estaban en otras actividades, y no tenían información. Lo primero que hice fue reunir las direcciones de todos los estudiantes, y lo segundo, avisarles cuándo eran las prácticas, qué materias se estaban explicando, qué partes de los textos iban a examen y cuáles no. Era un servicio útil para todos los estudiantes que no iban a la Universidad, y así los ayudaba a resolver muchas cosas desde el punto de vista práctico. No tenía ninguna influencia sobre los profesores, era nuevo, y empecé a trabajar sistemáticamente en una serie de actividades relacionadas con tal asignatura y con otras, que podían ayudar al estudiante, a los que asistían y a los que no.

Mis primeras actividades fueron de tal tipo, no era un programa de reformas universitarias ni un programa político. Realizaba una serie de servicios útiles a los estudiantes. No les decía: «Voten por mí». Desarrollé relaciones de amistad personal prácticamente con todos los alumnos, conversaba con ellos de cualquier tema. Casi desde entonces empecé a no asistir a clases, porque el tiempo no me alcanzaba para avisarle a la gente, visitarla, enviar tarjetas, avisos, llamar por teléfono. Desarrollé muchas actividades en aquel período de campaña electoral, pudiéramos decir que las que hacía eran más intensas que las tradicionales en Estados Unidos, donde le dan la mano a todo el mundo a la salida de un *subway*, de una fábrica. Como, en definitiva, tenía 19 años y una gran energía, me dediqué febrilmente a hacer mi campaña y a prestar los

servicios, a verlos, buscarlos, avisarles de cada cosa de manera sistemática, hablar y desarrollar amistad con todos los estudiantes universitarios.

Relativamente pronto me convertí en el más importante, en el centro del grupo, es decir, empecé a ser el individuo que se ocupaba y tomaba en serio lo que estaba haciendo. Los demás empezaron a comprender, los que estaban en cursos superiores comenzaron a observar mi trabajo, mis relaciones, mi creciente influencia y prestigio entre los estudiantes. Empezó todo el mundo a observarme. Pero ya desde los primeros momentos yo era, pudiéramos decir, el líder del primer año.

En tal período estudiaba muy poco o nada y hacía lo mismo que cuando estaba en el bachillerato: estudiaba por mí mismo, con los libros y conferencias impresas, no asistía a clases. Ahora no estaba obligado como en el bachillerato a asistir a clases, y me alegro de no haber ido, ¡me alegro de no haber ido a clases!, porque realmente habría perdido mi tiempo. En verdad, algunos de los profesores eran mediocres, no podían despertar el interés de alguien, no me iban a decir nada interesante que no estuviera en los libros de textos o en las conferencias impresas. Lo correcto es que un estudiante asista a clases, pero no sentí ningún atractivo por ellas, no me iban a decir nada nuevo en tales conferencias, y tenía que dedicarme a mis obligaciones, a las divulgaciones y tareas a las cuales me había comprometido. Ya yo había tomado en serio todo aquello. Los

exámenes eran cada seis meses o a fin de año, y a los dirigentes les regalaban la nota, muchas veces se la daban sin estudiar. Por la cabeza no me pasó jamás que me fueran a regalar la nota alguna vez ni que yo aceptara que me la regalaran, porque ya en el bachillerato saqué excelentes calificaciones, y muchas veces mejores notas que las de quienes atendían la clase y eran los primeros expedientes de la escuela.

Por aquella época, iba y venía, ¿pero qué me ocurrió? Como había iniciado actividades universitarias de tipo político y estaba comprometido a practicar deporte en un club aristocrático, en las competencias iba a ser rival de la propia Universidad. Los dirigentes deportivos y las autoridades deportivas de la Universidad querían que yo también integrara el equipo universitario, que competía con los otros clubes y tenían rivalidades históricas.

Yo había seguido en el equipo del Yacht club con mi instructor, el mánager conocido del bachillerato, por consideración personal hacia él. Por otra parte, en la Universidad me fui entusiasmando por las cosas que hacían y me interesé lógicamente por ellas. Así transcurrieron varias semanas, ya había intereses entre los que estaban disputándose el control de la FEU [Federación Estudiantil Universitaria] en la escuela. Cuando empecé a destacarme en la Escuela de Derecho, las autoridades de la Universidad plantearon la contradicción. Era para mí una cuestión ética, entre la lealtad a la Universi-

dad a la que ingresaba y la lealtad al amigo que me había enseñado a jugar el básquetbol. Se me presentó un conflicto: ¿qué debía hacer, seguir en el Yacht club o incorporarme al equipo de la Universidad? No dejaba de ser contradictorio que fuera un futuro dirigente allí y un atleta que compitiera contra ella. Me di cuenta de que era una situación anómala, en la que ni siquiera había pensado cuando, desde antes de ingresar a la Universidad, me había comprometido a seguir en el equipo, debido a la presión e insistencia de mi mánager.

Ante este problema fui a explicarle al instructor de deporte mi situación: por un lado tenía un compromiso con él y, por otro, estaba en la Universidad desarrollando varias actividades y deseaba que me liberara. A él no le gustó, evidentemente preocupado por su interés como mánager del club. Yo no tenía nada que ver con aquel club ni me interesaban ellos, tenía solamente un compromiso con el entrenador.

Volví a verlo y le insistí en la situación anormal creada, y en que si estaba en la Universidad, lo más correcto, lo más natural era que integrara el equipo universitario. Entonces, me percaté del egoísmo de aquel hombre. Por encima de mis problemas y de mis intereses, él hacía prevalecer los suyos como mánager, para no perder un atleta.

Pensé que él iba a comprender y me iba a liberar, pero adoptó una actitud egoísta, no comprendió mis explicaciones. Entonces tomé una decisión, le dije: «Tú no entiendes, no me

quieres liberar, pues voy a dejar de jugar en tu equipo y me incorporaré al equipo universitario, es lo que debo hacer si voy a estudiar en la Universidad». Como es lógico, no le gustó, y se peleó conmigo porque no quería liberarme del compromiso, y me vi obligado a imponerle la decisión de retirarme de su equipo. Así me inscribí en el equipo universitario y comencé a entrenar varios deportes, entre ellos el béisbol. Me parecía que tenía bastantes perspectivas como atleta allí.

El primer año practiqué deportes, pero ya las actividades me ocupaban tanto tiempo que no pude seguir desarrollando un entrenamiento sistemático en el básquet y la pelota. Era muy intenso y me llevaba mucho tiempo porque competiríamos en un campeonato muy serio. Entonces me retiré del deporte. A pesar de que me presionaron mucho y entrené unas cuantas semanas, no pude seguir y tuve que dedicar el ciento por ciento de mi tiempo a las actividades políticas.

Tomé la decisión de abandonar aquel club sin vacilación, y creo que fue absolutamente correcto porque estaba entre dos egoísmos: entre la mala fe de los que querían utilizar el asunto para restarme fuerza política en la Universidad y el egoísmo de quienes me querían utilizar como atleta de sus equipos. Me incorporé a la Universidad, como era realmente mi deber y mi deseo, pero a medida que me fui adentrando en las tareas políticas tuve que dejar el deporte.

Lo primero que sacrifiqué por la política fue nada menos

que el deporte. Seguí participando, pero ya no en competencias oficiales importantes; sí en competencias entre cursos y escuelas que no exigían un entrenamiento tan riguroso. Ocurrió en el primer año, tal vez en el segundo, después tuve que sacrificarlo totalmente por mis actividades políticas en la Universidad.

Yo todavía no era utopista, empecé a serlo cuando comencé a estudiar, hasta que llegaron las elecciones, donde saqué 181 votos ante mi adversario, un viejo político que solo sacó 33. Los demás de mi candidatura salieron como consecuencia de la campaña que hice, ¡todos! Los estudiantes votaron por la gente que estaba conmigo, es decir, votaron muy pocos por la candidatura contraria. A pesar del trabajo de los líderes de los cursos superiores y de su trabajo político, saqué, en la primera elección de mi vida, casi seis veces más votos que los que había sacado mi contrincante.

La campaña tuvo una característica propia: rechazo total a las viejas técnicas políticas, a las viejas prácticas, a la inmoralidad de ganar influencia de los estudiantes gestionando favores académicos fraudulentos. Desde el primer momento me diferencié totalmente de los demás líderes políticos y, sobre todo en el aspecto de que no pasara jamás por mi mente la idea de que me dieran una nota por ser dirigente.

A lo largo de toda mi carrera saqué notas, por lo general, buenas y algunas muy buenas, pasé por exámenes difí-

ciles calificados de muy buenos por los profesores. Jamás me regalaron un punto en la Universidad, y mis notas, casi todas con sobresaliente, fueron el resultado de mis estudios; desde luego, como estudiante finalista, algo que no le aconsejo a nadie. Realmente censuro y critico tal actitud. Lo que defiendo y he planteado a cada estudiante es que no se debe ser finalista, sino estudiar desde el primer día, que atiendan y asistan a clases. Cuento lo que hice, pero no lo considero en absoluto recomendable para ningún estudiante. Tampoco quiero excusarme, digo cómo era yo. Las aulas me parecían una prisión. Pensaba en otras cosas cuando estaba en clases, y adquirí el hábito de estudiar las materias por mi propia cuenta; igual técnica apliqué en la Universidad, donde no tenía obligación de ir a clases, me sentí liberado.

Además, utilicé el método autodidacta porque en la práctica nadie me despertó un gran interés por la materia. Desgraciadamente no encontré profesores brillantes que arrastraran al alumno al aula. En cambio, hallé una vocación que me absorbió toda la vida hasta este minuto. Desde hace ya casi 65 años he vivido consagrado de manera total y absoluta a la política revolucionaria.

Empecé por adoptar algunas decisiones como la de repudiar las técnicas politiqueras e inmorales, llegué a un sentido de lo recto, a un sentido de la moral, de lo justo; una ética me hizo rechazar aquellas prácticas y no aplicarlas nunca. Me aparté

totalmente de las tradiciones que seguían los líderes estudiantiles en una serie de aspectos. Logré el apoyo de los estudiantes y, sin embargo, jamás gestioné un punto, una nota, o algo que no se mereciera un estudiante, no entré nunca en tal terreno de servicios a los estudiantes ni acepté jamás que me regalaran un solo punto de una sola nota a lo largo de toda mi carrera universitaria. Diría que fue un punto de diferenciación con los demás, algo absolutamente espontáneo de mi parte, en el que no me dejé llevar ni arrastrar por otros.

En las elecciones alcancé un triunfo rotundo. Desde entonces, me convertí en líder de aquel curso; y algo más, en el año siguiente mis contrincantes no pudieron estructurar una candidatura, no pudieron conseguir un solo estudiante.

Entonces, por primera vez en la historia de la escuela, hubo una sola candidatura, fue en segundo año. Organicé la candidatura que me apoyaba en primer año, orienté el tipo de trabajo que debía hacerse, los ayudé y ya, desde luego, los dos cursos más numerosos de la escuela los tenía a mi favor.

En primero y segundo año estudiaba el 80% de los alumnos de la escuela y tenía su apoyo total. Eso fue mientras cursaba el segundo año.

Considero la etapa universitaria como la más difícil, más quijotesca, la más peligrosa y heroica de mi vida.

Más que la propia lucha en la Sierra, porque allí yo estaba con un fusil y en la Universidad muy pocas veces tuve un

arma; tenía que andar totalmente desarmado la mayor parte del tiempo, porque estaba contra el gobierno, y el gobierno controlaba la policía, los Tribunales de Urgencia, que eran órganos de represión política; lo controlaban todo.

Dentro de la Universidad asumí la lucha con una oposición radical al gobierno de Grau. Corresponde entonces, a un período en que adopté una posición clara en relación con la política nacional, y no solo universitaria, aunque allí se dirimía esta de un modo muy singular. Entonces comencé mi lucha y el período más quijotesco, peligroso y altruista de toda mi vida, durante el cual la mayor parte del tiempo estuve desarmado. Viví una etapa posterior de intenso y peligroso trabajo. Después que salí de la Universidad, en 1950, y hasta el 10 de marzo de 1952, casi resulta incomprensible cómo fue que sobreviví en ese período.

Tras el golpe de Estado de Batista inicié una lucha de otro carácter. Ya tenía concebida una estrategia para la toma del poder revolucionariamente, ¡a los seis años de haber llegado a la Universidad! Se puede decir que en seis años adquirí una experiencia, una conciencia política y, sobre todo, una ideología política y una estrategia revolucionaria.

A los seis años de haber ingresado en la Universidad elaboré mi primera estrategia revolucionaria para la conquista del poder. Viví un período de aprendizaje muy fecundo. A casi ocho años de mi ingreso en aquel alto centro docente, se pro-

dujo el ataque al Moncada. Yo no era oficial de ningún ejército, no tenía ejército que utilizar, no tenía nada. En toda mi vida no tuve más que las ideas y una conciencia, una actitud, una ética que adquirí en una lucha difícil. No fue un mérito, fue más bien un privilegio, una suerte haber sobrevivido.

Comencé sin experiencia alguna a hacer todo lo que hice: mis luchas universitarias, mis acciones militares y, posteriormente, como dirigente de una Revolución victoriosa. Todo lo inicié sin experiencia alguna. Habían transcurrido apenas 13 años desde que, sin ninguna educación ni conciencia política, entré en tal actividad. La Revolución había triunfado el 1.º de enero, 13 años y 3 meses después de que, sin cultura política ni experiencia, iniciara mis actividades en ese difícil campo. Había culminado el aprendizaje, había adquirido una conciencia, había llevado adelante una intensa lucha, había participado en una guerra y había alcanzado el triunfo de la Revolución.

Diría que fue en un tiempo realmente breve. En seis años, a partir de cero, me forjé una conciencia política, una ideología revolucionaria y concebí una estrategia de lucha. Cuando entré a la Universidad poseía solo principios elementales sobre la libertad, la democracia, los derechos de los seres humanos, un sentido de la justicia. Las nociones elementales de tipo político que poseía eran burguesas. Creo que en la Universidad fue donde avancé más rápidamente en lo político hasta entonces.

Cuando ingresé en la Universidad, nunca tuve conflicto

con los comunistas que conocí. Eran en realidad muy pocos; nos conocíamos, nos tratábamos y fuimos siempre amigos. Lo primero que admiré fueron sus condiciones personales: su seriedad, honradez, consagración. Siempre sentí respeto por ellos. Cuando todavía no había leído el *Manifiesto Comunista* ni sabía nada de comunismo ni de socialismo, observé sus cualidades personales y se ganaron mi simpatía, mi respeto personal. Nunca logró nadie envenenar mi mente contra el comunismo. Desde que conocí un comunista lo supe respetar como persona abnegada, luchadora, consagrada. ¡Jamás en mi vida me equivoqué en eso!

Adopté mi primera decisión política cuando me di cuenta de que aquel gobierno era un desastre y surgió en Cuba, dentro del partido de gobierno, una oposición: la de Eduardo Chibás —debe haber sido a finales de 1945 o principios de 1946—, desde muy temprano, gentes honestas de dicho partido y otros comenzaron a criticar al gobierno. Lo primero que hice fue incorporarme inmediatamente y de forma espontánea a la primera manifestación de rebeldía contra el gobierno de Ramón Grau San Martín. Fue así.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, la oposición del propio partido de Grau surge, efectivamente, en 1946, y la fundación de una nueva agrupación política, el Partido Ortodoxo, fue en 1947. Pastorita Núñez, una de las fundadoras del partido, me habló mucho de la pasión martiana con que defendían las ideas del

Partido Ortodoxo [Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos)] y, por supuesto, de su líder Eduardo Chibás.

FIDEL CASTRO. —Las críticas comenzaron antes. Entonces sobrevino aquella etapa difícil. Mi temperamento rebelde me llevó a una lucha contra el gobierno de Grau, en medio de una gran proliferación de organizaciones revolucionarias integradas por gentes que lucharon contra Machado y Batista. Eran varias organizaciones, conocidas por los elogios de la prensa. Cuando llegué a la Universidad eran el *non plus ultra*, a partir de los elogios de la prensa.

No todas eran iguales y hubo rivalidades entre ellas. Tuve contactos con algunas cuando choqué con las que tenían importantes funciones y poderes en los órganos represivos del gobierno y controlaban la Universidad. Tal vez sobreviví de puro milagro, cuando casi dos años después nuestra fuerza había crecido notablemente y acepté el desafío de aquella gente. Fue una gran quijotada, porque me enfrasqué en una lucha desigual en la que las posibilidades de vencer no existían en lo absoluto.

Empecé la lucha contra Batista sin un fusil, pero tenía más posibilidades de vencer que en la lucha que inicié en la Universidad contra la mafia vinculada al gobierno, porque era la mafia la que controlaba todo. En realidad, más bien reaccioné en primer lugar contra el intento de ganarme en las elecciones de forma fraudulenta. El problema se inició en segundo año,

cuando en la Escuela de Derecho, la principal escuela, la más numerosa, tenía controlados los dos cursos a nivel de escuela. Existía una lucha política a nivel universitario, en que el gobierno quería conservar la FEU y la oposición quería desmantelar su control. Mi escuela se volvió importante, la lucha ya estaba proyectada a nivel de Universidad, y aquella gente vio en mí a alguien que se destacaba. De manera sutil ellos trataban de influirme, de ganarme, al mismo tiempo que ejercían su presión sobre mí gente temible, poderosa. Fue cuando reaccioné y más bien desafié a los dueños y señores de la Universidad; ya existía una oposición contra Grau y comenzó la lucha abierta contra el gobierno y contra todos los elementos que controlaban la institución.

Conocí a algunos miembros de la Unión Insurreccional Revolucionaria, un grupo de muchachos jóvenes que realmente me ayudaron, por gestiones del dirigente ortodoxo Rubén Acosta. Un día ellos me acompañaron a la Universidad cuando la mafia grausista me prohibió ingresar allí. A ellos les causó asombro y admiración el hecho de que me enfrentara a una gente que controlaba los instrumentos de represión del gobierno. Aquella mafia tenía a su disposición la jefatura de la policía nacional, la secreta, la de investigaciones, la judicial, el buró de actividades enemigas y la policía motorizada, fuerza élite de la capital. Es decir, los cuerpos policiales y represivos del gobierno apoyaban a mis adversarios y tenían el control

de la policía universitaria, el rectorado y las principales instituciones del gobierno universitario. Era el botín que habían heredado. Además, en aquella época, una vida no valía nada, mataban a cualquiera en cualquier momento. Aún me pregunto si fue inteligente el tipo de desafío en que me enfrasqué con ellos. Sin duda debía hacerlo y asumirlo, pero tal vez menos abiertamente. Los líderes de otras escuelas que conformaban nuestra oposición fueron más prudentes y concitaron menos odio. El odio del adversario se concentró en mí.

Cuando más tarde desafié a Batista, lo hice con un grupo selecto de compañeros extraordinarios para ocupar las armas y levantar la ciudad de Santiago, y cuando fui a la Sierra Maestra éramos 82 hombres bien armados, entrenados, valientes. De nuevo, después del revés inicial, reanudamos la lucha con unos pocos fusiles, pensando en reunir a los demás, pero bueno, un grupo de hombres en una montaña dispuestos a librar una guerra contra un ejército también era algo muy difícil. Pero en la lucha en la Universidad me vi, en cierta forma, y en determinado momento, sin armas, sin nada, con un desafío tremendo por delante. Creo que ayudó a salvarme la decisión, la audacia y el prestigio entre los estudiantes.

Había logrado algo: el enemigo me admiraba porque nunca se había encontrado con nadie que lo desafiara así tan resueltamente como lo hice, con desprecio y determinación. Lo sé porque tuve pruebas. En aquella lucha hubo un momento

muy crítico cuando estaban eligiendo la presidencia de la FEU, hubo una tregua, y todos los que me querían matar vinieron a abrazarme. Tuve entonces la oportunidad de ver a mis adversarios. No todos los que participaban eran gente mala, incluso, tenía adversarios de buena fe que integraban las filas del otro grupo, muchachos honestos, que se creían revolucionarios, y pensaban que el gobierno también lo era. Varios de ellos, después, lucharon junto a nosotros en la Revolución y algunos murieron combatiendo. Tuve adversarios que luchaban en el partido opuesto, algunos lucharon después junto a nosotros, y creo que aquella lucha me ayudó a madurar políticamente.

Digo que esta fue la lucha más difícil, y casi por puro azar no me mataron. Más tarde, durante el gobierno de Prío, luché contra todas las organizaciones, hasta contra quienes en un momento me habían apoyado. Entre la gente que me apoyó o me adversó en la Universidad había buenos muchachos, carentes de una cultura política, algunos estuvieron después con la Revolución.

Aprendí cómo en aquella sociedad mucha gente buena se perdía en procesos políticos que no valían un centavo, y cómo prevalecían la mentira, la falsedad y el fraude en el capitalismo. Revolución, ¿qué era revolución? Todo el mundo se titulaba revolucionario, todo el mundo era héroe. Viví todo el culto a quienes lucharon contra Machado y Batista; fundaron organizaciones autodenominadas revolucionarias, que después

degeneraron en grupos violentos; organizaciones fundadas bajo la consigna y la idea de hacer justicia con los autores de los asesinatos cometidos por las tiranías de Machado y Batista.

KATIUSKA BLANCO. —«La justicia tarda, pero llega», era el lema de Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR) que dirigía Emilio Tro, y se proponía castigar por su cuenta a los esbirros del machadato que permanecían impunes.

FIDEL CASTRO. —Pero también aquello que era fuente de anarquía y caos me enseñó una cosa: para que no haya venganza hace falta que haya justicia. Fue una idea básica que aprendí de aquellos hechos. Educamos al pueblo en la idea de que nadie saqueara ni tomara venganza por sus propias manos, porque habría justicia. Educado nuestro pueblo en tales conceptos, no se produjeron saqueos ni personas arrastradas por la calles. Nadie violó dicha norma.

La Universidad me enseñó mucho. Dentro de aquel período está la expedición contra Trujillo en la que me enrolé. Mis enemigos dirigían la expedición, pero al verme allí, me trataron con respeto.

Entre los jefes se encontraba el principal líder universitario, Manolo Castro, quien apoyaba a Grau y poseía un cargo importante en el gobierno. Cuando yo llegué, él era el presidente de la FEU.

Fui sobreviviendo de milagro en milagro, debo haber tenido un patrono, a lo mejor san Fidel me protegió.

KATIUSKA BLANCO. —Bueno, si se guía por el nombre del que iba a ser su padrino sería san Fidel de Sigmaringen, «el abogado de los pobres» como le llamaban, pero por la fecha de nacimiento serían dos los santos patronos que lo protegen: san Hipólito y san Casiano; por tal razón sus nombres aparecen en las actas de bautismo y de nacimiento, por la Iglesia y el Registro Civil.

FIDEL CASTRO. —Pues bien, ellos me protegieron y lograron el milagro de que sobreviviera. Creo que si me enfrasqué en una lucha de aquella magnitud y riesgos fue, sin duda, una gran prueba de decisión, desinterés, dignidad y rebeldía; a la vez considero absurdo que desafiara tales peligros por una simple cuestión de dignidad y honor.

Pienso que fue resultado de la falta de experiencia, porque escollos tan difíciles como los que encontré pude haberlos sorteado si hubiera tenido preparación política; pero mi reacción era dura, agria ante toda manifestación de prepotencia, hegemonismo e intimidación. Me hicieron reaccionar y enfrascarme en un desafío que en tal etapa, con más experiencia, debí haber evitado, aunque sin hacer concesiones. Una reacción pequeñoburguesa, diría un comunista bien formado. Pude decir: «No estoy de acuerdo», con un poco de diplomacia, manteniendo mis posiciones; incluso, pude hacer algún repliegue táctico; habría sido tal vez conveniente.

Creo que si fuera a aconsejar a un joven en circunstancias como aquellas, le aconsejaría más prudencia de la que tuve;

más prudencia, porque no era el momento, realmente, de jugarse el todo por el todo. Es decir, no existía proporción entre lo que defendía y lo que arriesgaba. Tendía mucho a la reacción personal, al desafío, al honor, la dignidad, y por ello creo que fue una etapa muy quijotesca.

La lucha debe ser, si uno tiene experiencia, por la dignidad nacional o de clase, por una revolución, una causa, un gran objetivo: ¡voy a cambiar la sociedad! Se deben correr todos los riesgos que corrí, pero no por una cuestión de honor, dignidad o temperamento, y creo que podría haber atravesado todo aquel período sin sacrificar la dignidad y el honor ni renunciar al temperamento, teniendo una idea clara de los valores que defendía; esto estaba asociado a valores sociales y políticos, aunque todavía eran reacciones del individuo frente a determinadas motivaciones.

Corrí muchos riesgos después, pero por cambiar la sociedad. En los años estudiantiles universitarios tenía una actitud casi suicida, de martirologio, de sacrificio personal, dispuesto a darlo todo; era el sacrificio, la inmolación, aunque no la inmolación todavía por cambiar la sociedad, sino por enfrentar determinadas actitudes, hegemonismos, violencias, abusos. Si hubiese sido por cambiar la sociedad, valía la pena. Puede ser prueba de que un individuo tiene un temperamento, un carácter, un espíritu determinado. Como mérito individual puede pasar; sin embargo, como ejemplo de actitud a asumir,

lo considero un poco quijotesco, propio de la época de los caballeros andantes, de los tiempos de la caballería, no de aquella época confusa y compleja.

Después maduré, y aceptaba que un policía me ofendiera, me insultara, incluso, que intentara golpearme, algunas semanas antes del Moncada, en la fase final del plan, y yo con una sonrisa porque no podía desviarme de mi objetivo, no podía dejarme llevar por una reacción personal y afectar la lucha que preparábamos, hasta le pedí excusas. Pero ¿a quién en la época de la Universidad le toleraba alguna posición incorrecta?

Considero que, desde un punto de vista personal, la etapa más altruista, más quijotesca, fue aquella, porque después tuve una actitud más adecuada, tenía un plan, un programa, una lucha, una tarea histórica que cumplir. Nada podía apartarme del objetivo fundamental. La falta de experiencia marca la vida de una persona sin conocimientos ni experiencia política alguna. Sin embargo, no me arrepiento de haber sido como fui.

KATIUSKA BLANCO. —Recuerdo siempre una frase de usted: «Estaba siempre bajo los palos y los tiros como un Quijote de la Universidad».

07 *Elecciones, ortodoxia, quijotadas, amenazas, disparar certeramente, llorar en la playa, desafiar y volver a desafiar, impasible*



Katiuska Blanco. —Leí en los diarios de la época todo lo relacionado con la Constituyente Estudiantil de 1947. Usted finalizaba el segundo año de la carrera y cifró sus esperanzas políticas en conseguir el adecentamiento y un vuelco en la vida de la Universidad y del país. Aquel proceso se frustró. Poco después usted se enroló en la expedición de Cayo Confites. Puede uno preguntarse: ¿una historia lleva a otra?

Fidel Castro. —Sí. Cuando ingresé en el segundo año de la carrera, la política era más activa. Todo el mundo sabía que yo controlaba el curso más numeroso de la Escuela de Derecho y empezó la lucha otra vez por alcanzar la mayoría en ese centro. Las elecciones no serían directas, sino indirectas, por cursos; cinco cursos, un voto cada uno. Cuarto año tenía unos pocos estudiantes, venía así desde el bachillerato. Cuando ocurrió la modificación de los planes de estudios, que convirtió la enseñanza media en cinco años en lugar de cuatro, eso provocó que un grupo de estudiantes no continuara. En segundo año había más estudiantes matriculados que en tercero, cuarto y quinto juntos.

El primer año era igualmente muy numeroso, y organicé la candidatura también con una serie de compañeros. El que fue delegado de curso era un muchacho de izquierda que ya

murió y estuvo toda la vida con la Revolución. Hablo de [Baudilio] Bilito Castellanos, abogado de muchos de los compañeros en el Moncada. Entonces, orienté a aquel grupo, con un método ya empleado: ayudé, colaboré, trabajé personalmente en el primer curso. En el mío, los adversarios no pudieron organizar candidatura, no consiguieron ni siquiera siete propuestas para hacer una candidatura; tendrían que conseguir ese número, más el subdelegado, y no lo lograron. De manera que no tenía adversarios en el segundo año; pero en el primer año sí había una lucha entre las dos tendencias.

Tomé conciencia de la fuerza que tenía al poco tiempo. Controlaba totalmente el segundo curso, lo que significaba contar con la inmensa mayoría de los estudiantes de la escuela. Entonces, en aquella contienda entre distintas fuerzas, me dejé llevar por la ambición de ser presidente de la escuela; cuando yo, recién salido del cascarón, apenas llevaba un año en la Universidad y, de cierta forma, desconocía las aspiraciones de los líderes de los cursos superiores. Me dije: «Tengo la mayoría de los alumnos, y tengo seguros dos cursos, el primero y el segundo». Ya nadie iba a competir conmigo en el primer año, y planteé que debía ser presidente de la escuela. Como efectivamente, tenía más fuerza que los demás, los del tercer año se plegaron, comprendiendo que yo disponía de la mayoría, ellos contaban con menos fuerza que yo y aceptaron que aspirara a dicho cargo. Así ocurrió, estando yo en el segundo

año, a comienzos del curso. Todavía la lucha por el control de la Universidad no estaba al rojo vivo.

Sobre tal actitud tengo que hacerme una autocrítica, porque debía haber esperado más, aunque contaba con el apoyo de la mayoría de los estudiantes de la escuela. Creo que en eso pudo influir la vanidad personal, la del estudiante nuevo, la del joven que ansía librar y ganar una batalla. Pienso que todavía existía una lucha de personalidades. Consideraba que mi política era más sana, más limpia; luchaba contra viejos métodos politiqueros que se basaban en exigir notas para los estudiantes y otras prácticas similares. Representaba, a mi juicio, una corriente moral superior. Pero, en realidad, podía estar influyendo también el deseo de vencer, enmascarado en la idea de que éramos mejores que nuestros adversarios. Me parece que debí esperar, tomarme más tiempo; quizás esperar un año más, ganar experiencia y contar con el apoyo de los tres primeros cursos. No depender de los líderes de un curso superior.

En aquel período comenzó a estructurarse con mucha más fuerza la oposición al gobierno corrompido de Grau San Martín. Era un grupo de profesores universitarios prestigiosos, como Manuel Bisbé, Roberto Agramonte; profesores universitarios y políticos con prestigio, bajo la dirección del senador Eduardo Chibás, iniciaron una campaña de denuncia contra la corrupción y la frustración que significó Grau, el nepotis-

mo, el robo, la bolsa negra, todo tipo de inmoralidades. Aquel grupo de políticos había llegado al poder con el Partido Revolucionario Auténtico y las personas más honestas se rebelaron contra él. Así surgió el Partido Ortodoxo [Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos)].

Desde que se inició dicho movimiento político, hice contacto con sus seguidores. El grupo denunciaba la corrupción y las inmoralidades del gobierno auténtico. Las páginas de los periódicos publicaban las noticias: la viuda del hermano de Grau y primera dama, quien tenía una gran influencia, distribuía cargos y prebendas; desde Palacio se apoyaba la especulación y los negocios sucios que irritaban a la población. Se desató una escandalosa corrupción en aquel gobierno de «los puros», que desde el año 1933, y durante 11 años de dictadura batistiana, había representado la esperanza de una política honrada, sana, de lucha contra la corrupción y los vicios de la política tradicional del país. Aquel gobierno degeneró y se convirtió en todo lo contrario de lo que se esperaba.

Hasta entonces yo era solo un rebelde, con una ética. Comencé mis actividades en la Universidad porque, indiscutiblemente, tenía interés por las cuestiones políticas que ni siquiera yo mismo había descubierto. Al principio vi con simpatía el triunfo de Grau y me alegré mucho de la derrota del gobierno de Batista, corrompido, represivo, militarista; pero ya Grau llevaba un año en el gobierno, y las críticas crecían

cada vez más.

Comenzaron las campañas de denuncias de Chibás, de Luis Orlando Rodríguez —líder de la Juventud Auténtica quien más tarde se unió a nosotros en la Sierra Maestra—. Posiblemente, mi apreciación favorable de ellos se inició desde que cursaba el primer año de la Universidad. En aquella etapa tomé una opción política, al surgir dicha tendencia dentro del partido gobernante, a fines del primer curso.

KATIUSKA BLANCO. —Claro, Comandante, fue un proceso gradual, aunque rápido. Primero se conocieron las denuncias, luego surgió la tendencia dentro del partido oficial, y por último se fundó la ortodoxia el 15 de mayo de 1947. ¿Usted militó poco tiempo después de la creación del partido?

FIDEL CASTRO. —Desde los comienzos mismos. A finales del segundo curso, aquel proceso se hizo más visible a nivel nacional, y desde el primer año yo estaba adoptando una opción política, lo cual se consolidó en segundo año. Cuando se fundó, el Partido Ortodoxo adoptó el nombre de Partido del Pueblo Cubano. Se llamaban los ortodoxos, como queriendo expresar su identidad con los principios de moralidad administrativa, honestidad y ética del partido fundado por Martí. En aquella época yo no tenía todavía una influencia marxista, me guiaba y orientaba fundamentalmente por cuestiones éticas, morales y patrióticas. No concebía aún la idea de una sociedad de clases, de una sociedad capitalista de explotación del hombre

por el hombre, no tenía tales conceptos; pero ya sentía repudio y rechazo por un gobierno electo por la mayoría del pueblo y que frustró y engañó a todo el mundo. Fue un gran fraude, como necesariamente ocurría en un país bajo la égida yanqui.

Como los estudiantes habían participado en todo el proceso desde 1933 hasta 1944, inicialmente se inclinaron por el gobierno de Grau San Martín; también había comunistas que eran de oposición, porque no compartían la política del gobierno de Grau. Ellos eran apenas unas decenas y, además, los únicos que tenían una conciencia antiimperialista y una cultura socialista.

Yo había sido simpatizante de Grau al inicio, cuando lo eligieron, pero en dicha etapa sentía simpatía por aquel grupo de gente que se rebeló, rechazó y denunció la corrupción imperante. Todo coincidió con el hecho de que, en segundo año, yo disponía ya de una fuerza estudiantil que me apoyaba.

En la Universidad se empezaron a manifestar dos tendencias, aunque en realidad había tres: podemos decir que la primera era la oficial, que apoyaba y disfrutaba los privilegios del gobierno; la segunda simpatizaba con la oposición, el grupo del Partido Ortodoxo, que salió de las filas del propio partido gobernante, y la tercera, una oposición muy pequeña, probablemente integrada por antiguos batistianos.

Yo, que venía del colegio religioso, no había tenido oportunidad de recibir una instrucción de tipo político, no contaba

con una cultura política, una conciencia política revolucionaria, pero sí con una ética, por lo que me incliné rápidamente hacia la oposición al gobierno.

En los primeros momentos, no me interesé por la Federación Estudiantil Universitaria [FEU], veía su dirección superior como algo lejano. Manolo Castro era el presidente de la FEU, había sido elegido después del triunfo de Grau.

En otra época, la Universidad se prestigiaba por su participación en la lucha contra Machado y contra Batista. Fue el momento en que proliferaron «revolucionarios» de todas clases, personajes autodenominados como «revolucionarios». Habían luchado y habían sido reprimidos, detenidos en cárceles donde estuvieron en peligro de muerte. Eran muy admirados por todo el mundo, y nosotros también los admirábamos, hasta que tuvimos conciencia de que había muy poco de revolucionario en aquellos personajes.

En aquel momento la cuestión de la dirección de la FEU cobró importancia. Algunos de sus miembros se unieron a la oposición contra Grau porque simpatizaban con el Partido Ortodoxo. Adquirió relevancia el control de la Universidad, la dirección de la Federación Estudiantil Universitaria, insertada en aquel panorama nacional cobró importancia en cada escuela. Se desataron las tendencias dentro de los estudiantes, no solo a nivel de escuela, sino a nivel de las facultades.

Cuando ya era el líder de los cursos con mayor número de

estudiantes, aunque el voto no era directo, y todo el mundo veía que en poco tiempo sería el dirigente de la escuela, los principales líderes universitarios empezaron a observarme, a tratar de influir en mí de alguna manera. Por primera vez me percaté de que en la Universidad había una atmósfera de presión y de fuerza: los que la dirigían no lo hacían porque tuvieran prestigio sus luchas anteriores contra Machado o Batista, sino simplemente porque tenían poder. Muchos de aquellos revolucionarios entre comillas, no poseían una ideología. Tenían cargos importantes en el gobierno y en los órganos de seguridad del Estado, poseían la fuerza. Controlaban a las autoridades universitarias, al rectorado, a todas las instalaciones. También a la policía universitaria y tenían fama de gente temible. Se comentaba: «Fulano de tal, que dirige la FEU, es revolucionario». Había luchado contra Batista, había matado a algún adversario. Eran gentes de armas tomar. Disponían de la fuerza e inspiraban temor.

Unido a esto, Manolo Castro, el líder principal de la Federación Estudiantil Universitaria, había ajusticiado en otros tiempos a un importante adversario gubernamental, antes de que Grau fuera presidente.

Pero había otro personaje revolucionario entre comillas, Mario Salabarría, comandante y jefe del Buró de Actividades Enemigas, un cuerpo represivo temible. En sus tiempos de revolucionario había liquidado también a otro adversario. Ahora,

en cambio, estaba asociado a un régimen corrompido. El anticomunismo, después de la guerra, era parte de su ideología.

Algunos de los militantes del Partido Auténtico de Grau eran estudiantes y otros estaban cerca de los estudiantes; no cuestiono sus posiciones políticas anteriores, cuando fueron revolucionarios, pueden haber sido correctas. El hecho es que estaban en el gobierno de Grau, tenían influencia allí y en los cuerpos represivos, además, se presentaban ante nosotros como unos tipos temibles, contra los cuales no se podía estar en oposición, pues eran gente con mucho poder y llenos de ambiciones.

No solo controlaban la Universidad, sino también la policía secreta, la policía judicial, las fuerzas motorizadas de la institución, su unidad más poderosa. Aquellos revolucionarios entre comillas, controlaban todo. Y más adelante lograron finalmente poner un hombre de ellos en la jefatura de la Policía Nacional. Mantenían rivalidad con el Ejército por cuestiones de poder.

Entonces, los estudiantes de la Universidad que, como yo, no tenían nada que ver con Batista ni con Machado ni con ninguno de ellos, que no habíamos vivido aquella historia, estábamos rodeados por tal ambiente. Yo salí de una escuela privada burguesa que no tenía relaciones con ninguno de ellos, y choqué con dicha atmósfera: la fama de gente matona, peligrosa, temible. No iban casi nunca por la Universidad, se

hablaba de ellos como personajes legendarios, casi invisibles. Eran padrinos; padrinos de una mafia.

Fui sensible ante aquello, no me gustó tal atmósfera. Eran personajes poderosos, temibles, que mataron, que hicieron todas aquellas acciones y, por lo tanto, había que estar de acuerdo. Y gente que además podía haber tenido méritos, no niego que en el período anterior los tuvieran; pero después formaron parte de un Estado y un gobierno corrompidos hasta la médula de los huesos; embarrados por el latrocinio, el robo, la malversación, hasta el último pelo de la cabeza. Nosotros íbamos del otro lado, con el movimiento político que surgió contra el gobierno de Grau.

Grau empezó a expulsar a los dirigentes ortodoxos de su administración. A Luis Orlando Rodríguez —director de Deportes y dirigente de la Juventud Auténtica, ya era representante—, le quitaron el cargo y nombraron a Manolo Castro. Crearon una especie de Ministerio del Deporte, que empleaba una gran cantidad de recursos económicos, cargos y, además, controlaba la Universidad. Desde luego, ya tenían que irse de la escuela, pero aspiraban a dejar el grupo de la tendencia de ellos, para seguir controlando la Universidad, un frente importante de lucha.

KATIUSKA BLANCO. —Entonces usted significaba una amenaza para tales personajes, y tengo entendido que quisieron involucrarlo.

FIDEL CASTRO. —Aquellos pseudorrevolucionarios trataron de acercarse a mí desde muy temprano, y ejercer influencia, envolverme en aquella aureola. Un día me dijeron que Manolo Castro quería tener un contacto conmigo; era el *¡non plus ultra!*, casi como un contacto con el Papa. Recuerdo que fue en el balneario universitario; me llevaron como a las 11:00 de la mañana, y el personaje, muy amable, muy calmado, conversó conmigo para lograr un acercamiento, una amistad política, puesto que ya yo representaba una fuerza, y ellos pretendían contar con mi apoyo.

Mi respuesta fue negativa. Él se dirigió a mí de muy buena forma, pero intentando convencerme de que era conveniente para la Universidad que apoyara a tal gente y a tal otra del grupo que respondía a la tendencia de ellos. Entonces, le expliqué que no, con esa tozudez que siempre he tenido; y que estaba dispuesto a no dejarme convencer de ninguna forma y por ningún medio, aunque estuvieran horas conversando conmigo.

Recuerdo que una de las exhibiciones que hicieron fue de tiro. Después de muchas horas, quienes lo acompañaban pusieron unas cuantas botellas y empezaron a disparar, pero no les daban a las botellas: ¡los bravos, los temibles, no le daban a una botella! Yo dije: «Déjame ver, chico». Hice: ¡Pram!, y al primer disparo tumbé la botella. Creo que pusieron más botellas, y no les daban, volví de nuevo: ¡Pram! Tenían como 40

botellas, casi de noche ya, con algunas luces; dio la casualidad que prácticamente el único que rompía las botellas era yo; porque como en el campo disparaba, andaba con fusiles, con escopetas, con revólveres, siempre tuve buena puntería.

KATIUSKA BLANCO.—Ni remotamente podían imaginar que usted dominaba el manejo de las armas casi desde la niñez. Las escopetas y fusiles de su padre se guardaban en un armario en la propia casa de Birán. Además, desconocían sus exploraciones y cacerías en los parajes de La Mensura. No consiguieron intimidarlo. ¿Piensa que los sorprendió su destreza y puntería? ¡Fueron algo así como cazadores cazados! ¿no?

FIDEL CASTRO. —Fue una casualidad increíble que quien rompiera casi todas las botellas fuera yo, y me fui tan tranquilo como si nada hubiera pasado. Aquel fue uno de los intentos que ellos hicieron para amedrentarme, con la atmósfera creada: de personajes afamados, con influencia, gobierno y poder. Por tanto, la opción que planteaban tan claramente era que había que ser amigo de ellos. A decir verdad, nunca insinuaron que usarían la fuerza contra mí.

Yo tuve aquella conversación con Manolo Castro. Él no era el más malo de ellos, en mi opinión, aunque su papel político fue negativo. Aceptó el cargo de director de Deportes, equivalente a ministro de Deportes, lo cual sirvió a toda la clientela política: dinero, cargos públicos, y encendió la lucha universitaria. Su objetivo principal era mantener la Universidad al

lado del gobierno corrompido.

Digo que no era uno de los peores porque no mostraba mucha ostentación, creo que vivía modestamente; a pesar de que yo estaba en la oposición y ellos querían tener el control de la Universidad, nunca recibí de él ninguna grosería, amenaza directa u ostentación de fuerza. Incluso, cuando ya estábamos en la expedición de Cayo Confites —en la que me enrolé después, ellos eran quienes dirigían a los cubanos en tal acción—, él fue respetuoso conmigo cuando visitó el centro de entrenamiento. Ya habían ocurrido muchas cosas en la lucha universitaria, pero tuvo un gesto correcto.

Por eso pienso que no era de los peores, aunque en la Universidad era la figura central de poder. Me enrolé en la expedición porque los estudiantes me habían elegido como presidente del Comité Pro Democracia Dominicana.

No me dejé persuadir y mantuve mi posición cuando ya avanzado el segundo curso las escuelas de Derecho y Ciencias Sociales podían decidir quién tendría la mayoría en la Universidad. El grupo que contara con 7 de las 13 escuelas, ganaba la elección porque cada escuela contaba con un voto. Nosotros contábamos además con la inmensa mayoría de los estudiantes, como las escuelas de Derecho y Medicina.

KATIUSKA BLANCO. —Entre abril y mayo de 1947, tuvieron lugar las elecciones para seleccionar a los delegados de curso y a la presidencia de la Escuela de Derecho. Seguramente fue por

esa fecha que usted resultó electo vicepresidente de la Asociación de Estudiantes de Derecho, bajo el efímero liderazgo de Federico Marín. ¿Cómo fue la participación de tercero, cuarto y quinto años en las elecciones?

FIDEL CASTRO. —Recibí total apoyo de los dos primeros cursos; pero los que tenían que apoyarme en tercer año no trabajaron con la lealtad que debían hacerlo, y perdieron las elecciones en el tercer curso. Nosotros habríamos contado con los tres cursos: primero, segundo y tercero. Los de cuarto año eran independientes, pero ya no teníamos la mayoría con los tres cursos. Eso podía decidir el triunfo del candidato del gobierno en la FEU, un tal Araña, por ser conocido en la Universidad.

Habría sido mejor en todos los sentidos tener un poco de calma, en vez de empeñarme en obtener la victoria aquel año, sin enfrascarme tan rápidamente en una lucha tan dura. Yo no aspiraba a la presidencia de la FEU, deseaba simplemente derrotar al adversario. Debí apoyar a un líder de tercer año en lugar de imponerles mi candidatura. Lo que hice fue dividirlos y apoyar al del cuarto curso, que después se apartó de nuestra línea y cedió a las presiones del gobierno. No nos quedó otra alternativa que destituirlo, con el apoyo de primero, segundo, tercero y quinto cursos, lo cual nos otorgaba la mayoría en la FEU. La aspiración a la presidencia de la Escuela de Derecho fue prematura de mi parte, puesto que dependía del apoyo de otros dirigentes, que tal vez se sintieron humillados. Ellos me

habían introducido en la política cuando ingresé en la escuela.

Me di cuenta luego de que no eran gentes muy capaces, lo que no justificaba que yo tratara de reemplazarlos. Entonces se ganaron los dos primeros cursos. Ellos aceptaron, pero no hicieron el mayor esfuerzo. En consecuencia, contábamos con la inmensa mayoría de los estudiantes, pero perdimos tercero y quinto. El de cuarto era independiente y tenía muy pocos alumnos.

Como estaba pendiente la elección final, la Escuela de Derecho era decisiva. Se comprometió a darle su apoyo al grupo que estaba contra el gobierno. Aquella fue la condición y le concedimos la presidencia de la escuela a Federico Marín, el dirigente de cuarto año. Más adelante, presionado por la mafia nos traicionó. A mi juicio, debimos buscar un acuerdo con la otra fuerza sobre la base de un compromiso para la elección en la FEU. Pero bien, era una posibilidad teórica. Hoy, con más experiencia, lo habría manejado con más sabiduría.

Existían dos tendencias fuertes en la escuela, tal vez debió de llegarse a algún tipo de acuerdo más sólido, pero lo cierto es que elegimos a Federico Marín con el compromiso de apoyar al sector que estaba contra el gobierno. Yo quedé como vicepresidente de la escuela.

KATIUSKA BLANCO. —Fue el 25 de abril de 1947, según la cronología de la Oficina de Asuntos Históricos. Tengo entendido que Federico Marín no era un personaje que pudiera hacer mucho

en el cargo, incluso no llegó a cumplir su compromiso.

FIDEL CASTRO. —En aquel momento fue el mejor arreglo que pudo hacerse —aunque hoy no estoy seguro, creía entonces que era una buena cosa—, porque habíamos obtenido el control de la escuela y garantizábamos el apoyo al grupo de la oposición al gobierno de Grau.

Cuando se iban acercando las elecciones de la Federación Estudiantil Universitaria, había una gran presión del gobierno, de los grupos armados más poderosos una gran presión de toda la tendencia oficialista para preservar la Universidad. Entonces, nosotros teníamos siete votos, ellos seis; ya contábamos con la mayoría de los delegados para la elección del presidente de la federación. Pero sobre la base de grandes presiones, temor, soborno, compraron al estudiante de cuarto año de la Escuela de Derecho que habíamos elegido como presidente. Él no tenía derecho a hacerlo, sin contar con la mayoría de los delegados de curso, violaba el compromiso contraído cuando lo elegimos, pero lo compraron. Yo reaccioné, convoqué a todos los demás cursos, ya que la oposición al gobierno crecía por día, y con el apoyo de los otros cursos, primero, segundo, tercero y quinto, junto a quienes habían sido mis adversarios a nivel de escuela, destituimos a Marín. Fueron cuatro votos contra uno, y lo destituimos como presidente de la escuela, teníamos pleno derecho a hacerlo de acuerdo con los estatutos, los delegados eran los que elegían y tenían derecho a destituir.

Ya existía un precedente en la escuela, en la historia universitaria, de casos de destituciones por los delegados de curso, pues tenían derecho a nombrar y a destituir al presidente; entonces, nosotros volvimos a tener la mayoría en la oposición. Por eso digo que tal vez hubiera habido una mejor solución de aquella pugna fuerte entre dos tendencias dentro de la escuela que no eran antagónicas, y analizo que pudo surgir una mejor solución para los objetivos que suscribíamos. El gobierno era cada vez más odiado dentro de la escuela.

Al calor de la disputa, la rivalidad influyó en la decisión de elegir al independiente de cuarto año. Yo tenía la responsabilidad de haberlo elegido, y también, en cierta forma, crear la oportunidad de hacer lo que hizo. Al no cumplir, lo destituimos.

Las altas autoridades universitarias, quienes debían también decidir el caso, presionadas por el gobierno y los grupos armados que controlaban la Universidad, adoptaron un acuerdo totalmente antijurídico e ilegal por completo: declararon que el mandato del presidente de la escuela no era revocable. Es decir, que quienes lo eligieron, los delegados de curso, no podían revocarlo. En contra de los estatutos y de los principios del Derecho más elementales, declararon no válida la destitución. Declararon la destitución como una ilegalidad, cuando en realidad la ilegalidad la cometieron ellos.

Entonces existían dos presidentes en la Escuela de Dere-

cho, el que tenía la mayoría, que era yo, y Marín, que nada más tenía unas decenas de alumnos en cuarto año, que se correspondía con la etapa en que el bachillerato se extendió de cuatro a cinco años, e ingresaron muy pocos en la Universidad. Era un presidente en crisis total, nosotros teníamos la mayoría absoluta de la escuela.

Por eso prevaleció una situación de tensión durante unas cuantas semanas. Perduró hasta que se produjeron las elecciones de la Federación Estudiantil Universitaria —debió de ser ya a mediados o finalizando el curso—. Fueron días tormentosos. Estoy hablando de algo que ocurrió hace más de 60 años, puede que olvide algún detalle.

KATIUSKA BLANCO. —Precisamente al día siguiente, el 26 de abril de 1947, a usted lo encañonaron desde tres autos con ametralladoras y pistolas, en las esquinas de Mazón y San José. Lo llevaron detenido al Castillo del Príncipe. El 27 lo pusieron en libertad, y a las puertas de la misma fortaleza, usted denunció el atropello ante los reporteros de los diarios. La noticia se publicó.

FIDEL CASTRO. —Todo nos lleva a aquel día. ¿Qué provocó el conflicto? Que ellos creían tener el control de la Universidad y de pronto yo promoví la destitución del presidente de una manera legal y con la absoluta mayoría de los estudiantes y de los delegados de los cuatro cursos, lo cual era decisivo. Eso fue lo que desató la enemistad de aquella gente hacia mí, porque yo

les estaba poniendo en peligro la base política más importante que tenían: el control de la Universidad de La Habana, institución histórica, prestigiosa. La mayoría y la federación misma, pasó a la oposición.

KATIUSKA BLANCO. —Sé que por los propios diarios, allá en Birán, sus padres conocieron lo sucedido y se inquietaron ante los peligros a los que se exponía. Por entonces, ¿dónde y con quién usted vivía?

FIDEL CASTRO. —En todo aquel período, después de algún tiempo en casa de mi hermana, en primer año, con tantos viajes para allá y para acá, tantas actividades, decidí mudarme para una casa de huéspedes —estuve en dos o tres—. Primero estuve en una próxima al Habana Libre, cerca de la Universidad; después en otra en la calle 21. Allí vivía un grupo de estudiantes en casa de una familia, una señora divorciada que tenía tres hijas y mantenía la casa con lo que nosotros pagábamos. Estaba en la calle 21 esquina a L, no sé si el edificio existe aún. Fue la casa de huéspedes donde estuve más tiempo.

Entonces de mi casa me enviaban 100 pesos, había que pagar la casa de huéspedes, libros, matrícula; había que comprar alguna ropa siempre, gastos de lavandería, en fin, se me iba casi todo; pero nunca se me ocurrió pedir más, me parecía mucho lo que me enviaban. Tal vez quedaban 15 o 20 pesos, no más. Yo tenía que moverme constantemente, viajaba en ómnibus a visitar estudiantes que vivían muy lejos, en Matanzas.

Todo lo hacía con mis escasos recursos, tenía poco tiempo y carecía de los elementales recursos para invitar a una muchacha a almorzar, al cine, a pasear a la playa. Era una época de prejuicios burgueses y pequeñoburgueses, no hay que olvidarlo. Pero, bueno, algún tiempo les dedicaba también y era amigo de todas, y con una parte de ellas, un cierto amor más o menos platónico. Debo decir que me apoyaban, un apoyo político total. Siempre tuve el privilegio de contar con el apoyo de las mujeres, tal vez por eso las defiendo tanto. Recuerdo que cuando empecé a realizar mis actividades en la Universidad, las muchachas me apoyaban por amistad. Y después tuve una novia, hermana de Rafael Díaz-Balart, quien aún no era batistiano, luchaba con nosotros, se destacaba, era buen orador, de fácil comunicación, había estudiado en un colegio de protestantes —La Progresiva, de Cárdenas—, donde había participado en concursos de oratoria y tenía cierta facilidad de palabra.

Aquella situación de la Escuela de Derecho de la que hablaba anteriormente me acarreó la enemistad total de toda la mafia. No tenía nada. Me tenía a mí mismo en el terreno para hacerle frente a los problemas. Por eso, como decía, quizás es la etapa más quijotesca de mi vida, la más arriesgada. Todavía me pregunto ¿por qué? Si hubiera estado arriesgándolo todo para alcanzarlo todo, pero yo lo estaba arriesgando todo para alcanzar muy poco. En aquel momento no luchaba por mí, no

me estaba dejando llevar por una aspiración personal, había renunciado a la idea de la presidencia de la Escuela de Derecho; incluso había apoyado a otro con el compromiso de seguir una línea en la Federación Estudiantil Universitaria, pero aquel no había cumplido. Cuando lo destituimos, no fue porque quisiera ser yo presidente de la escuela, sino porque yo le daba una importancia muy grande a la FEU por el papel que ya le atribuía en las luchas políticas en Cuba, por el hecho de mi sentimiento de oposición y de antipatía al gobierno y de apoyo a Chibás y al grupo político de los ortodoxos.

Le di importancia al asunto, pero creo que los riesgos que corrí no estaban en proporción con la importancia del problema; además, creo que las posibilidades de sobrevivir frente a aquella mafia poderosa, de pocos escrúpulos, eran muy pocas. No me percaté o no tuve en cuenta tampoco la desproporción entre los medios con que podría participar en tal lucha y aquel enorme y poderoso grupo. Podían haberme eliminado fácilmente, puesto que me convertí en un obstáculo serio y habrían tenido todo el apoyo del gobierno para hacerlo. Lo habían hecho otras veces. Si cuando no eran poderosos habían utilizado medios violentos, entonces amparados por el poder eran mucho más fuertes, ellos mismos eran las autoridades.

No existía ninguna posibilidad de éxito en aquella lucha, por lo que pienso que debí tomarlo con más calma. Si hubiera tenido más experiencia, no habría magnificado la importan-

cia del problema. Creo que también influía un fuerte elemento subjetivo, un sentido del honor, de la dignidad personal, que me jugó malas pasadas. Puede haber sido un elemento fundamental el rechazo a la presión, a la fuerza, a aquel ambiente de terror, de opresión que yo no acepté ni un minuto y no me resigné a él. Todo mi espíritu de rebeldía, mi carácter, me llevó a no ceder en nada, a mantener una lucha abierta, incluso, sin posibilidades de éxito de ningún tipo.

Yo tenía el apoyo de la inmensa mayoría de los estudiantes de Derecho, otros estudiantes universitarios me seguían. Era casi una prueba de fuerza. Me había conseguido una pistola y me armé. Apliqué el principio de la autodefensa armada.

Como creía que era un buen tirador, me sentía seguro con aquella pistola. Yo solo desafiando a toda aquella gente. ¿Qué posibilidades tenía realmente de defenderme? ¿Qué hicieron ellos? —debe de haber sido en el tercer trimestre del segundo año, hacía apenas un año y tres o cuatro meses que había ingresado en la Universidad—. Como estaba armado, enviaron la Policía Motorizada y me arrestaron.

KATIUSKA BLANCO. —El *Diario de la Marina* y el periódico *Información* publicaron la noticia y las declaraciones de Humberto Ruiz Leiro de que todo se debía a una intromisión de la Policía Nacional en la política universitaria. Al salir de la cárcel usted dijo: «Queremos exclusivamente que la Universidad cumpla con su deber, con su rol histórico», narró los acontecimientos

y denunció a Mario Salabarría como uno de los ocupantes de los autos desde los cuales lo encañonaron. Los hechos dieron lugar a una enérgica protesta de la FEU, publicada el martes 29 de abril de 1947 en el *Diario de la Marina*.

FIDEL CASTRO. —Ruiz Leiro —así se llamaba el declarante—, de la Escuela de Odontología, era nuestro candidato a la presidencia de la FEU. Era una buena persona.

Los mafiosos dominaban todos los cuerpos policiales, la Policía Nacional, la Radio Motorizada y otros órganos. Existía una ley que prohibía estar armado. Por esa causa había que responder ante un tribunal de emergencia. Así intentaban apartarme de la política universitaria.

Salí del arresto bajo la condición judicial de no volver a usar un arma. Ellos controlaban también los tribunales. El día que me detuvieron me quitaron el arma.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, la detención fue un punto crítico en el conflicto. Después, al ponerlo a usted en libertad, ¿disminuyó la tensión?

FIDEL CASTRO. —No. La situación continuó muy tensa. En la Universidad no podía entrar la Policía Nacional. Yo tuve dos armas. La detención fue por la primera. Más tarde, en una situación muy crítica, tuve que conseguir otra que me prestaron, era una Browning de 15 balas. La situación era realmente muy comprometida porque se acercaba el momento de la elección de la presidencia de la FEU. Y ellos dispusieron un día prohibir-

me ingresar a la Universidad. Entonces yo estaba allí con una nueva arma, cuando estos personajes andaban armados dentro y fuera de la Universidad. Controlaban también la policía universitaria.

Un día, uno de sus jefes, de acuerdo con un plan elaborado previamente, se me acercó para exigirme que le entregara el arma. Yo me negué, recuerdo que le dije: «¡No te la entrego, me tienes que matar!». Entonces me desafió: «Al estadio», dijo. «Vamos al estadio», le contesté. «¡Sígueme!». En realidad fue uno de los momentos más críticos en medio de aquella lucha, aunque no el único. Bajé por una de las salidas de la Universidad, pasé cerca del [hospital] Calixto García. Alguien que se percató del incidente me acompañó una parte del camino para persuadirme de que no fuera, y llegué a la entrada del estadio universitario; en las gradas por donde entré había como 10 o 12 tipos armados y yo estaba solo. Les pasé por el lado, bajé, no tomé precisamente una posición estratégica. Sentí un desprecio tal, que los enfrenté. Llegué cerca de una columna de acero que estaba en el escaño inferior de las gradas y me paré junto a la misma. Ellos eran como 12. Allí esperé al hombre que me desafió, el oficial de la policía universitaria.

Después supe otras cosas que pasaron, varios iban a disparar contra mí. Yo tenía 15 balas, era una Browning belga, de las que tienen un peine doble, y ellos eran un grupo completo. Estaba muy tranquilo, pensé: «Bueno, me van a matar»,

pero también calculé a cuántos iba a poner fuera de combate. Estuve unos minutos allí esperando que llegara el retador y no llegó. Entonces subí otra vez a la parte alta del estadio universitario, les pasé por el lado, los miré con desprecio, con un desprecio infinito, y puedes creer que aquella gente no hizo nada, se quedaron paralizados, totalmente paralizados desde que llegué. A los 15 o 20 minutos me fui por una de las calles laterales y el otro no apareció.

En dicho grupo había hombres, uno o dos, que después murieron en la Revolución. En aquel momento actuaron cobardemente, porque enfrentar a un hombre solo más de diez hombres con armas es una cobardía en cualquier época. El retador no llegó, porque como era oficial de la policía universitaria, contó que había ido a cambiarse el uniforme para vestirse de civil. Tal vez fuese cierto, pues era un hombre valiente. Sin embargo, ni él ni varios de los que actuaron así eran capaces de comprender que aquel gobierno corrupto y traidor era indefendible.

Otro momento muy tenso ocurrió poco tiempo antes. En aquella ocasión los alumnos de la Escuela de Derecho me salvaron. El enemigo estaba armado, ellos estaban armados y yo no. Fue después de la destitución del traidor Federico Marín.

Frente al edificio de la Escuela de Derecho se reunieron como 20. La verdad es que mi posición irritaba a muchos por el desprecio que les demostraba, porque no me plegaba, no

me dejaba intimidar por la fuerza; incluso desarmado, los desafiaba también abiertamente. Iba todos los días a la Universidad, aunque estuviera allí la pandilla armada. Aquel día armaron una provocación, mandaron a uno de estos tipos a discutir conmigo. Creo que el mismo Marín me dijo que retirara la destitución. Le dije: «No voy a retirar nada»; y con la pandilla esperando allí, ellos empezaron a decirle que me golpeara.

Yo estaba rodeado de personas armadas que intentaban provocar un incidente; sencillamente, estaban frenéticos, como perros furiosos, con sed de sangre, parecían una manada de lobos. Como no corrían ningún riesgo, estaban acechando en la soledad del lugar a un individuo desarmado, siguieron pidiéndole al tipo: «¡Golpéalo, Marín, golpéalo!». Me di cuenta de la situación y comencé a llamar: Fulano, Mengano, Zutano, Esperancejo, a una serie de gente inexistente. Los confundí a todos, se quedaron mirando para aquí y para allá, y les dije: «Ustedes son unos cobardes». Fui hacia la Escuela de Derecho y penetré en un aula llena de alumnos, y los estudiantes me rodearon, como 100 o 200 alumnos de la escuela me sacaron de la Universidad y me llevaron para la casa.

Fue una de las provocaciones armadas, todavía no había conseguido otra arma para defenderme. La pandilla estaba armada y yo desarmado.

La masa de estudiantes me rodeó y me sacó —yo iba se-

guramente con un traje azul; y recuerdo que no había mucha gente en los espacios libres—. Después decretaron que yo no podía entrar más a la Universidad. Fue la decisión que tomaron.

Al otro día llevé a mi novia a la playa de Guanabo, no dije nada, pero recuerdo que en cierto momento me acosté bocabajo sobre la arena… Pensé: «Tengo que ir a la Universidad, pero no voy a morir así desarmado, voy a buscar un arma. Moriré, pero un grupo de ellos va a morir también».

Estaba consciente de ello, pero no tenía otra alternativa que ir a la Universidad. Aquella era mi determinación: buscar un arma e ir al otro día a la Universidad. Sabía que iba a morir; pero no moriría con los brazos cruzados, los enfrentaría y moriría combatiendo.

KATIUSKA BLANCO. —Imagino el silencio en la playa y también la soledad consigo mismo. Por eso pienso que tomó tal determinación de forma muy meditada, no fue una reacción irreflexiva. Creo que lo retrata en su carácter, en su temperamento, y también en su inexperiencia de entonces. La decisión sorprende por drástica y apasionada, ¿usted también lo cree?

FIDEL CASTRO. —Sí. Recuerdo —porque era una decisión muy dura, muy dramática— que me acosté bocabajo con los brazos extendidos, y lloré, sí, lloré. Pero ¿por qué lloraba? Me daba mucha rabia saber que ellos vivirían para contar los hechos a su manera, ellos contarían la historia de mi muerte, porque tenían poder; el gobierno de su lado, la prensa la divulgaría.

Ellos iban a escribir la historia de mi muerte y me daba tanta amargura que lloré.

¿Fue la reacción más inteligente? ¿Fue la reacción más correcta? No estoy convencido, pero fue mi reacción, una reacción de inmolación. Puede que me haya dejado llevar mucho por el sentido del honor, de la dignidad, del orgullo.

Recuerdo que, sin que nadie se diera cuenta, en un rato que me acosté así, como quien está descansando en la playa, lloré pensando en lo que iba a hacer. Fue una reacción, muy temperamental la que tuve al pensar en inmolarme. Creo que magnifiqué todo, porque si había un cuerpo armado que me impedía ir a la Universidad, debía concebir otra estrategia de lucha.

Más tarde lo comprendí, cuando tuve que enfrentarme a un cuerpo armado mucho más poderoso. Perseverar era lo más importante.

Si Batista hubiera prohibido ir a la Universidad, me habría percatado de que no podía desafiar al Ejército e ir a la Universidad. Yo reaccionaba en aquel momento como un luchador solitario, un caballero andante.

KATIUSKA BLANCO. —Fue una decisión muy valiente.

FIDEL CASTRO. —Han pasado muchos años y tal vez olvidé el orden exacto en que sucedieron los hechos.

Por entonces, yo conocía a un revolucionario entre comillas que militaba en el Partido Ortodoxo, una buena persona, aspirante a representante, o concejal del Partido Ortodoxo, se

llamaba Rubén Acosta —nos conocimos en la Universidad y nos hicimos amigos—. Él iba mucho a la Universidad, se relacionaba con los estudiantes y sentía cierta simpatía por mí. Entonces cuando salí de la playa por la tarde, sin decirle nada a nadie, lo fui a ver, le dije que había decidido enfrentarme solo con aquella mafia y le pedí que me consiguiera un arma. Él era amigo de Vidalito Morales, un periodista que tenía relaciones con una de las numerosas organizaciones revolucionarias integradas por antiguos luchadores contra Machado y Batista, y aunque algunas habían caído en el lodo, aquella no estaba en negocios turbios, sino que defendía con obstinación el derecho a tomar justicia con los que habían cometido crímenes impunemente en la época de Machado y Batista. Se puede decir que era una de las organizaciones más sanas. Ellos pensaban que hacer aquello constituía un elemental deber revolucionario, se consideraban como reivindicadores históricos de los mártires, opuestos a la impunidad de los crímenes que se habían cometido. Eran secuelas de la etapa pseudorrevolucionaria que vivió Cuba después de la revolución frustrada que tuvo lugar en nuestro país después del derrocamiento de Machado, la traición de Batista y la Enmienda Platt impuesta por Estados Unidos, que malogró la independencia y puso a Cuba en poder del imperialismo después de la muerte de Martí.

Rubén Acosta conversó con Vidalito, le contó lo que yo pensaba hacer y entre los dos decidieron tratar de salvarme.

Además de conseguir la pistola, me pidieron que no fuera solo, que era una locura. También hablaron de enviar conmigo a un grupo de jóvenes bien armados; les preocupaba mi situación, daban por seguro que me iban a matar. Me enviaron unos muchachos excelentes; jóvenes, valientes, decididos. ¡Cuánta gente joven! Muchachos que estaban en una organización de las llamadas revolucionarias se mostraban decididos y desinteresados. Ni siquiera me conocían; con seguridad conocían de mi enfrentamiento a Salabarría y su poderoso grupo, y no vacilaron en acompañarme.

Mucha gente buena y valiosa, que quería ser revolucionaria, engañada por la opinión pública, la prensa y la politiquería, se enrolaba en aquellas organizaciones, sin una conciencia política.

Ocho o nueve de ellos me acompañaron aquella mañana a la Universidad con una decisión tremenda. Fue otro desafío a la mafia que dominaba la Universidad. Los tipos creían que se iban a enfrentar solo conmigo, y de repente aparece un refuerzo; me ven acompañado por un grupo de jóvenes que tenían prestigio por su valentía.

Recuerdo que tracé una táctica, distribuí los muchachos en pequeños grupos, tres por un lado, tres por otro y tres por el frente, mientras ellos estaban todos amontonados y sin orden alguno entre dos escaleras pequeñas y una mayor que subía al segundo piso. Todos estábamos armados, y cuando

aparecimos, aquella gente temblaba, ¡los valientes, los lobos, las fieras, se llenaron de pánico! ¡Se asombraron al vernos! Me acuerdo que les pasé por delante y los tipos se miraron unos a otros y con el cuello estirado decían: «¡Mira! ¡Mira!». Se quedaron pasmados. Con aquello los paralicé por completo durante 48 horas. La cuestión es que sí volví a la Universidad y tuvieron que tragarse su prohibición. Yo seguí volviendo solo a la Universidad, y aquel día el superpoderoso grupo gubernamental que controlaba la Universidad sufrió un fuerte revés.

Todo terminó luego en una lucha entre las organizaciones, como inevitablemente tenía que concluir, en aquel gobierno cínico y caótico. Pero los muchachos que me acompañaron aquel día, y a los cuales ni siquiera conocía, eran excelentes y les estoy agradecido. Me salvaron la vida.

Al único político que vi fue a Rubén Acosta. Conocía a pocos líderes, aunque tenía relaciones con los militantes, pero no con la alta jerarquía del partido, sino con sus simpatizantes. Tuve que enfrentar aquella situación prácticamente solo. Acosta me dio apoyo, se puede decir que en un día difícil, pero se vio que yo tenía cierto respaldo; ya el hecho de atacarme no quedaría impune, podría traer algunos conflictos.

Por entonces estaba armado nuevamente. Todo sucedió en pocos días. Se iban aproximando las elecciones de la FEU.

Cuando ocurrió el incidente en el estadio faltaba muy poco tiempo para las elecciones.

KATIUSKA BLANCO. —Según el periódico *Avance Criollo*, las elecciones fueron el viernes 6 de junio de 1947.

FIDEL CASTRO. —La convocatoria era para las 3:00 o las 4:00 de la tarde. Ellos tenían la mayoría —7 votos de 13, si seguían considerando al presidente destituido de la Escuela de Derecho—, arbitrariamente aplicada por el rectorado progubernamental de la Universidad.

Recuerdo que salí de la calle 21 solo —iba desarmado—, después del desafío del duelo. Yo no sabía nada de lo que había pasado con aquel oficial de la policía universitaria. Ellos contaban con numerosas fuerzas, incluida la policía universitaria. Yo tenía que volver a la Universidad; estaba convocada la reunión de las escuelas para decidir la presidencia de la FEU.

Llegué a la calle L, seguí calle arriba hasta 27 y comencé a subir la escalinata. Llevaba muchas semanas desafiando a toda aquella gente, en momentos de mayor o menor peligro; el enemigo se sentía humillado por el episodio del duelo. Iba subiendo la escalinata, a un tercio de los escalones había dos policías, me registraron y dijeron: «Desarmado». Entonces seguí. ¡Qué cosas pasamos! De pronto una persona que estaba en un automóvil estacionado allí cerca, salió y preguntó a la policía si yo venía armado o no —era del mismo grupo—, la policía le informó que yo venía desarmado. Entonces bajó corriendo hacia donde estaba el auto y un estudiante escuchó que el hombre dijo: «Ahora que está desarmado, hay que matarlo». Fue un

momento muy crítico. Y por cierto, yo sé quiénes venían en el automóvil porque después me enteré.

Pasado el registro seguí adelante, ya se sabía que no tenía armas, entonces se me acercó el jefe de la policía y me dijo: «Oye, Mongo anda buscándote para batirse». Era un viejo revolucionario, Mongo el diablo creo que le decían, no sé si estará vivo o no. Había sido un bravo en la época de Machado, pero lo tenían engañado, lo usaban como instrumento, era teniente de la policía. Entonces le dije al policía: «Bueno, yo estoy desarmado, ¿con qué me voy a batir?». Entonces me dijo: «Ese es como si fuera mi hermano, si tienes problemas con él tendrás que tenerlos conmigo». Yo le respondí: «¡Váyase a la mierda, al carajo!». Y seguí: ¡Prum, prum, prum! Me dio asco tal tipo. Llegué y me dirigí al área de la FEU.

Estando allí me llegó otro mensaje del jefe de la policía donde me decía que Mongo me estaba esperando para batirse. Entonces le dije al mensajero: «Bueno, dile que me quedé esperándolo y que ahora tiene él que esperar a que yo termine la reunión de la FEU, que no se apure». Parecía irreal.

¿Qué pasó aquel día? Había una atmósfera tensa, porque en lo que el jefe de la policía universitaria me dijo que Mongo quería batirse conmigo, pasaron otras cosas. ¿Qué había ocurrido con el policía? Dijo que se iba a cambiar de ropa para batirse en ropa de civil. Aquel no sería un duelo, si él aparecía por allí, me iban a tirar 10 o 15 y me iban a matar, yo estaba

solo. Pero él no fue, no sé por qué. Estuve el tiempo suficiente allí esperando a Mongo y como no apareció, me fui. Creo que él hubiera ido, aunque tardó bastante, porque tengo la impresión de que no era un hombre cobarde. Tenía carácter, teniente de la policía universitaria, vivía de las viejas glorias de no sé qué época, una gloria revolucionaria entre comillas. El gran problema era que todos se llamaban revolucionarios, y nadie sabía realmente lo que significaba serlo, ni yo mismo lo sabía entonces; pero creo que estaba por el buen camino de aprender lo que era un verdadero revolucionario.

Pasaban muchas cosas al mismo tiempo: uno quería matarme, otro quería batirse, por los alrededores no se sabía cuánta gente armada había, pues todo el que portaba un arma estuvo merodeando por el lugar. Las diferentes tendencias fueron allí por su cuenta. El lugar lleno de gente y los presidentes de escuelas, del grupo de oposición al gobierno, estábamos solos, desarmados.

Yo sé que salí de la casa solo, no hablé con nadie, entré a la Universidad desarmado porque no quería que me agarraran en la calle el día de las elecciones y tuvieran un pretexto para detenerme.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, sé que ustedes favorecían la candidatura de Humberto Ruiz Leiro, pero ¿quién era el contendiente?

FIDEL CASTRO. —El candidato del gobierno era Isaac Araña, de la

Escuela de Derecho; mientras nosotros en la oposición apoyábamos a Humberto Ruiz Leiro, estudiante de Odontología, un buen muchacho, su hermano era un médico de prestigio, Humberto se desempeñaba como presidente de la Escuela de Odontología, independiente de la de Medicina. En el Salón de los Mártires estábamos todos reunidos. Se trataba de un momento climático, aquel conflicto podía acabar no se sabe cómo. La mayoría de los estudiantes nos apoyaban.

A decir verdad, quien salvó la situación fue [Rafael] Díaz-Balart, todavía no era batistiano, era ortodoxo, por entonces pertenecíamos a la misma tendencia. Él cambió después, cuando Batista regresó de Estados Unidos. Díaz-Balart fue ortodoxo durante tres años, y en aquellas elecciones salvó la situación que parecía no tener salida. Era verdaderamente complejo decidir allí quién tendría la dirección de la FEU.

En el momento de mayor tensión se levantó Díaz-Balart, que estaba muy tenso, y pronunció un discurso improvisado —él tenía conocimientos y facilidad de palabra—; se expresó con voz adecuada, buena dicción, explicó con argumentos creíbles aquella situación dramática. Habló a los estudiantes de la historia de la FEU y abogó por una solución, un arreglo para resolver el conflicto: que se eligiera un nuevo candidato, que los existentes dejaran de aspirar a la presidencia. En aquel instante de tensión, alguien propuso como presidente de la FEU a Enrique Ovares, presidente de la Escuela de Arqui-

tectura, que tenía muy pocos alumnos, bastante anodino y de los menos destacados del grupo adversario. Otro de inmediato propuso como secretario de la FEU a uno de los nuestros, Alfredo Guevara, comunista y presidente de la Escuela de Filosofía y Letras.

Díaz-Balart tuvo un gesto inteligente en medio de la enorme tensión que allí se había creado. Yo no habría entrado en tal tipo de arreglo; por mi carácter, mi posición, no se me habría ocurrido proponerlo. Sin embargo, estoy convencido de que fue una solución en medio de la situación creada, diría que una victoria frente a aquel poderoso grupo armado. Claro, no lo había pensado, pero apoyé la solución improvisada. Díaz-Balart estaba allí, entre los estudiantes, por la Escuela de Ciencias Sociales; no era presidente de la escuela, pero participaba como estudiante que apoyaba activamente nuestra posición. Todavía no había degenerado políticamente.

Su discurso surtió efecto en medio de la gran tensión: de un lado estaban los recursos, el poder, las armas y del otro lado, un grupo luchando en condiciones muy difíciles. La gente reaccionó, todos los que se encontraban allí comenzaron a aplaudir, incluso los adversarios. Finalmente se eligió a Ovares como presidente de la FEU.

Aunque Ruiz Leiro no pudo ser electo, la jornada constituyó un triunfo. Ovares presidente; Alfredo Guevara nombrado secretario por la Escuela de Filosofía, uno de los cargos más

importantes, y Aramís Taboada como vicesecretario.

Entonces se produjo un fenómeno curioso: una especie de reconciliación entre todos los estudiantes y la gente que quería matarme. Los que desafié, fueron a verme, a darme un abrazo, demostrando, incluso, admiración por lo que yo había hecho.

Luego mandaron a buscar a Mongo el diablo para que entre él y yo hubiera también una reconciliación, esta se produjo, él todavía estaba dolido, herido. Había quedado mal cuando el duelo, aunque yo nunca lo consideré un cobarde. Fue la tarde de la gran reconciliación entre todas las fuerzas.

Lo consideré un fenómeno psicológico, y lo que más me llamó la atención fue que quienes me querían matar, me buscaron y me dieron la mano, me dieron un abrazo. Todo lo sucedido allí aquel día marcó el inicio de una nueva fase en la historia de la Universidad.

En el plano político los problemas siguieron, como es lógico, pero psicológicamente hubo una reconciliación dentro de la Universidad que dio paso a cierto período de paz. Resuelto el problema de la FEU, se logró una dirección de la organización en la que ya no existía el control del grupo aquel sobre la Universidad. Nuestra batalla se tradujo no en la victoria de nuestro candidato sino en la derrota de las fuerzas que apoyaban al gobierno. El candidato escogido era un muchacho bastante descolorido, como son muchos de los candidatos de transacción porque nunca se buscaban problemas con nadie,

no eran activos ni militantes.

Se buscó una dirección intermedia, pero el gobierno no terminó con la influencia nuestra, porque la dirección de la FEU, por el peso de los estudiantes universitarios, estaba en oposición al gobierno corrupto. En realidad logramos mantener a la Universidad en la oposición con aquella candidatura; después fue evolucionando a una mayor oposición y comenzó así otra etapa de mi vida.

Algunos de los que en dicha época de peligro estuvieron tratando de matarme, después lucharon en la Revolución, por lo que no me gusta mucho hablar de aquello; al fin y al cabo, cuando vino la posibilidad de una revolución verdadera, alguna gente que de buena fe estaba de un lado o de otro, se definieron a favor de la Revolución.

La cuestión era quiénes dirigían la Universidad: unos, con espíritu gubernamental y otros, con espíritu de oposición. Ellos creían que nosotros éramos malos porque integrábamos la oposición, y nosotros pensábamos que los malos eran ellos porque estaban junto al gobierno.

08 *Cayo Confites, Orfila, lanzarse a las aguas de la bahía de Nipe, Birán, regreso a la Universidad*



KATIUSKA BLANCO. —Comandante, la noche del 12 de marzo de 2004, después de condecorar en el Palacio de la Revolución a la luchadora comunista chilena Gladys Marín, usted narró pasajes de la expedición de Cayo Confites. Recuerdo con fascinación la charla extendida hasta la madrugada. Se me quedaron grabados en la memoria los riesgos por los que pasó después de lanzarse a las aguas de la bahía de Nipe. Luego supe por el periodista Luis Báez que cuando usted se enroló en la aventura, su mamá fue a buscarlo a Holguín para disuadirlo de su participación, pero no consiguió convencerlo ¿Podría narrarnos toda la historia? ¿Qué razones lo llevaron a sumarse al intento militar de liberar a la República Dominicana de la dictadura de Trujillo?

FIDEL CASTRO. —Finalizando el curso del segundo año hice los exámenes de algunas asignaturas. Yo era el presidente de la Escuela de Derecho y todos me conocían, además, como presidente del Comité Pro Democracia Dominicana. Tenía muchos amigos dominicanos que eran exiliados y cuando se habló de que se iba a organizar una expedición para derrocar a Trujillo, me sentí moralmente obligado a participar. Tan pronto empezaron a reclutar gente, dejé de hacer los exámenes que tenía pendientes y me enrolé en la expedición. Fue después de la

tregua que hubo en la Universidad, tras la reconciliación que tuvo lugar a partir de las elecciones.

Es necesario explicar que aquel grupo de Rolando Masferrer, Mario Salabarría, Manolo Castro, practicaba la demagogia política.

Masferrer, por ejemplo, había estado en la Guerra Civil Española, del lado de la República, era comunista, después se corrompió, renegó del comunismo, pero se quedó con el lenguaje marxista-leninista que había adquirido como comunista. No era mal escritor; como periodista sabía redactar bien, aunque era panfletario en sus artículos. Primero tuvo una revista, creo que se llamaba *Tiempo en Cuba*, desde la cual hacía todo tipo de cosas, chantajes, por ejemplo. Era una pluma alquilada. Luego tuvo un diario.

KATIUSKA BLANCO. —Sí, lo editaba en Santiago de Cuba y los analistas apuntan como una ironía o un descaro insólito el hecho de titularlo *Libertad* durante la dictadura batistiana.

FIDEL CASTRO. —Todo aquel grupo tenía ambiciones políticas, de poder. No les quedaba ninguna ideología social ni política, solo ambición de poder. Entre ellos el más ambicioso era Masferrer y era, a la vez, el de mayor cultura política, el teórico pudiéramos decir; los demás: [Mario] Salabarría, Manolo Castro y otros, habían sido gente de acción, pero sin cultura política ni gran preparación. Manolo Castro, líder entre los estudiantes, tendría alrededor de 40 años. Era una persona adulta.

Descubrí de inmediato que en dicho grupo predominaban las ambiciones de poder. No existía otro objetivo en su lucha; eran en realidad demagogos. Masferrer utilizaba su formación marxista, hablaba de los obreros, los campesinos, las causas populares.

El grupo no tenía acceso al Ejército, pero penetró el cuerpo de la policía y llegó a controlar todas las actividades policiales, los organismos represivos y la Policía Nacional como primer elemento de fuerza, porque ambicionaban llegar al poder algún día. Como grupo armado era fuerte; pero el Ejército batistiano era bastante reacio al gobierno auténtico, solo existían algunos altos oficiales leales al gobierno.

Por entonces, Batista había abandonado el país, aunque el Ejército que fungía seguía siendo el mismo. El gobierno de Grau lo mantuvo virtualmente. Ascendieron con rapidez a un individuo, Genovevo Pérez Dámera y lo nombraron jefe del Ejército. Dicho individuo resultó ser un ladrón, un corrupto, como casi toda la gente del gobierno.

Uno de los factores que determinó el acatamiento de Batista al resultado de las elecciones de 1944, finalizando la Segunda Guerra Mundial, fue la gran campaña contra el fascismo, contra las dictaduras, contra los gobiernos militares, todo eso olía a fascismo y se consideraba repugnante. En tal clima, Batista, «el gran demócrata», que luchaba en la coalición de países «democráticos» contra el fascismo, lógicamente, ante la

montaña enorme de publicidad sobre la democracia y sobre todos los derechos, tuvo que aceptar el triunfo de Grau.

Se apartó, se fue para Estados Unidos y Grau se quedó en el gobierno; pero el Ejército siguió siendo batistiano. Un Ejército al que Batista concedió toda clase de privilegios, ventajas, prebendas, canonjías; los militares sentían nostalgia por los años de su gobierno. Aunque seguían robando y conservaban determinados privilegios, aquellos eran muchos menos que en la época de Batista; él les proporcionó cuantiosos recursos.

Fue verdaderamente absurdo que el gobierno civil de Grau mantuviera intacto al Ejército batistiano. Eso también me sirvió de lección. Aquel Ejército podía tomar el poder en cualquier momento.

Los grupos que controlaban la Universidad y la policía tenían aspiraciones de alcanzar un día el poder y vieron en la causa dominicana un poderoso instrumento para su política, la oportunidad de ganar prestigio, armas y un gobierno amigo, vecino, un gobierno revolucionario; la oportunidad de desarrollar un ejército, una experiencia internacional, como parte de sus ambiciones de alcanzar el poder por cualquier vía. Actuando de manera oportunista, se montaron en el carro de la revolución dominicana, una causa que daba prestigio nacional e internacional.

Después de la guerra, con Grau en el gobierno, Trujillo tenía que caerse, aunque en Centroamérica había otros dicta-

dores, ellos utilizaron demagógicamente tal bandera con fines de política interna.

Por entonces, nombraron ministro de Educación a José Manuel Alemán, un hombre absolutamente corrompido, un aliado de Grau, apoyado por la cuñada de este. El Ministerio de Educación era uno de los que contaba con más fondos, no tantos en realidad, pero donde se podía robar con más facilidad. Entonces, el grupo de Salabarría, Masferrer y Manolo Castro, hizo una alianza muy estrecha con Alemán, aspirante a presidente en un futuro, quien pretendía mantener su posición; no poseía ninguna historia revolucionaria, pero en aquel ambiente politiquero creó una maquinaria política con el dinero robado, porque fue el ministro que más robó en la historia de este país, como titular de Educación. Dicho politiquero corrupto también utilizó la causa dominicana para ganar prestigio. Como ya casi todos los exiliados del movimiento dominicano se iban reuniendo aquí, empezaron a organizar la expedición.

Pero ¿quiénes los apoyaban en Cuba? El gobierno de Grau, a través de Alemán, y el grupo de Masferrer que contaba con el control de la Universidad y los grupos represivos. El gobierno asumió el financiamiento de la expedición: iba a salir de Cuba, se estaba organizando en nuestro país y la mayor parte de los que participarían serían cubanos. Algunos dominicanos que habían sido terratenientes tenían determinados fondos, uno

de ellos era el exsenador Juan Rodríguez, nombrado jefe de la expedición, pero la mayor parte del financiamiento la puso el gobierno cubano. En la FEU existía el Comité Pro Democracia Dominicana donde yo venía trabajando desde muy temprano. Su importancia era relativa, no contaba con recursos; era más bien una forma de expresar el apoyo de los universitarios a la causa dominicana. Me había tomado muy en serio la tarea.

Yo no tenía nada que ver con Alemán ni con el grupo integrado por Masferrer, Salabarría, Eufemio Fernández, Manolo Castro —ellos eran los jefes—; pero estaba comprometido con los dominicanos y con el Comité Pro Democracia Dominicana, por lo que a la hora de la verdad, cuando se preparaba la expedición para luchar contra Trujillo, me inscribí inmediatamente, me incorporé a la expedición que se estaba organizando. Consideré que era mi deber más elemental. Creo que fui el único del comité que lo hizo.

Cuando llegó el momento de la expedición, me marché hacia Oriente y no pasé ni por mi casa. Viajé en guagua hasta Holguín, donde se estaban reuniendo los reclutas, de allí partí para Antilla y de Antilla para Cayo Confites, al noroeste de Camagüey. Fue en verano, se iniciaban las vacaciones, había examinado algunas asignaturas, pero otras las dejé pendientes porque llegó el momento de la salida y me fui.

Resulta curioso que me enrolara en aquella expedición cuando los que estaban al frente eran mis enemigos. Yo tenía

amistad con los patriotas dominicanos, luchadores durante muchos años, los admiraba. Pero los cubanos que tenían todo en sus manos, quienes estaban al frente de la expedición, eran mis enemigos; estaban con el gobierno, y nosotros en contra.

Después de las elecciones de la FEU hubo una tregua de meses; en aquel breve período fue cuando me involucré en la expedición, en el mes de julio de 1947.

Al Ejército batistiano no le gustaba mucho este desorden: la expedición contra Trujillo, quien seguramente les parecía un gran «patriota», como Batista. No le gustaba mucho a un jefe del Ejército corrupto, aunque era hombre de confianza de Grau. No miraba aquello con mucha simpatía.

Recuerdo que, trasladándome de Holguín a Antilla, tuve una gran discusión con un teniente o un sargento llamado Manfugás, porque detuvieron la caravana de camiones varias horas sin razón. Él estaba con una patrulla de soldados, y yo tenía mi dosis grande de antipatía contra el Ejército batistiano. Conocía a Manfugás de Birán, de la capitanía de Mayarí; un suboficial de una familia de militares, algunos de ellos fueron después esbirros. Tuvimos una acalorada discusión. Recuerdo muy bien el incidente.

Aquello estaba tan desorganizado que a mí me llevaron por el puerto de Antilla, más al este, no fui por Camagüey, sino por la provincia de Oriente, mucho más lejos, donde decidieron los organizadores, y aquella noche o al otro día abordamos

unos barcos. No recuerdo en realidad el episodio de mi madre; han pasado muchos años. Recuerdo que desde Antilla navegamos muchas horas en una pequeña goleta. Vencimos el trayecto con mucho trabajo, hasta que por fin llegamos a Cayo Confites. Ubicado al noroeste de Camagüey, a unos 12 kilómetros del archipiélago Sabana-Camagüey, Cayo Confites es como una cresta rocosa con escasa vegetación, apartada del territorio nacional. Se encuentra en las inmediaciones del Canal Viejo de Bahamas, cerca de un cayo inglés denominado Cayo Lobo. No podía faltarle un faro como guía para las embarcaciones. En Cayo Confites existía una lancha rápida, especie de torpedera, que cubría frecuentemente la distancia entre Nuevitas y Cayo Confites.

Cuando llegué había alguna gente. La plana mayor estaba encabezada por Masferrer.

Eufemio Fernández, miembro del mismo grupo —tenía ciertas características diferentes que lo distinguían de Masferrer o Salabarría, también había estado en la Guerra Civil Española—, mandaba el segundo batallón.

Feliciano Maderne, jefe del tercer batallón, era un revolucionario cubano de la lucha contra Machado, con experiencia militar anterior. En el año 1932 trajo la expedición de Gibara. Una gran proeza que no terminó en nada; una especie de *Granma* con más gente y muchas armas, en la época de la lucha contra Machado. Habían librado una guerrita por Giba-

ra, al norte de Holguín, y fueron derrotados, pero adquirieron mucho prestigio. En aquella época todo el que viniera en una expedición o participara en alguna acción armada contra el gobierno, de Machado o de Batista, alcanzaba mucha fama.

A Maderne pudiéramos considerarlo un hombre de izquierda, recto, progresista, diferente a los otros jefes. Una persona honorable, patriota, caballerosa, más viejo que los otros; como tenía experiencia militar —había sido cadete, oficial—, pusieron bajo su mando el tercer batallón.

Naturalmente, me enrolé en el batallón de Maderne. No me fui al de Masferrer ni al de Eufemio; fui al único batallón donde creí que podía ir. En él participé en dos o tres hechos importantes; éramos entre 20 o 30 hombres aproximadamente, de una compañía. Allí me hicieron teniente, era jefe de pelotón y recibí instrucción militar. Hice ejercicios de infantería con morteros, había que desplegarse, manejar armas; todo con un carácter bastante elemental desde el punto de vista militar. Las instrucciones no eran muy sistemáticas, no existía un programa de preparación. Al final, me hicieron capitán y jefe de una compañía porque el anterior desertó. Fue la segunda oportunidad en que me dieron grados.

Debo decir que mis adversarios de la Universidad siempre me trataron con respeto y nunca fui objeto de ningún intento de humillación, nunca, nunca. No recuerdo ni una sola vez una falta de consideración o de respeto en relación conmigo,

aunque estaba en otra unidad que no tenía nada que ver propiamente con aquel grupo.

Además, había una compañía de morteros dirigida por un exoficial, no sé si de Nicaragua u Honduras, que se llamaba Rivas. Era buena persona, indiscutiblemente, un patriota centroamericano.

Así que existían tres batallones con tres jefes cubanos y una compañía de morteros dirigida por Rivas. Los dominicanos integraban la plana mayor de los batallones —en la jefatura general—, o eran soldados, pero realmente, el grupo de cubanos tenía el control de la expedición: la logística, los barcos, el mayor número de combatientes, el dinero y todos los recursos en general. Allí se reunió la expedición para entrenarse e invadir Santo Domingo y derrocar a Trujillo.

Fue una de las acciones peor organizadas que conocí en mi vida: el reclutamiento fue público. Toda La Habana sabía que se preparaba un ejército para invadir Santo Domingo y derrocar a Trujillo. No se reclutó el personal a partir de ideas. No fue sobre la base de una ideología; aceptaron a mucha gente sin empleo, que estaba pasando hambre, les hablaron de la expedición y ¡vaya usted a saber lo que les ofrecieron! No hubo selección alguna, primó un espíritu aventurero. No buscaron campesinos de las montañas, gente que conociera el terreno; no, no, ¡la gente menos apta para una guerra revolucionaria fue la que escogieron! Sin preparación política, con la única

virtud de ser gente de pueblo. Lo mal hecho empezó por la forma de reclutamiento, la ausencia total de selección y discreción. Claro, entre los enrolados, muchos dominicanos y cubanos eran gente buena; Maderne y Rivas resultaron personas respetables, pero la inmensa mayoría fue reclutada sin un criterio selectivo.

No se puede decir que eran gente mala, pero no tenían una idea clara en relación con la causa que defendían, se habían sumado por embullo, para ver si encontraban solución a sus problemas. No sé qué les prometieron, tal vez les dijeron que cuando llegaran a Santo Domingo les iban a pagar.

Más tarde, antes del Moncada, yo personalmente recluté, organicé y entrené 1200 hombres; un solo individuo prácticamente, en una organización celular, secreta; tan secreta que atacamos el Moncada y nadie se enteró de lo que íbamos a hacer. Pero, bueno, una característica que también prevalecía en la época era la indiscreción, la falta de métodos conspirativos.

Si más adelante me hubieran pedido a mí organizar una expedición seria contra Trujillo, lo hubiera hecho exactamente igual a la que utilicé para el asalto al cuartel Moncada, y no se habría enterado nadie. ¡Habría reclutado a 1200 hombres para entrenarlos en la clandestinidad, y no habría sido un escándalo colosal! Cuando el Moncada fueron organizados y entrenados clandestinamente y era posible reunirlos en 48 o 72 horas. Eso se podía hacer secretamente, como hicimos lo

del Moncada, organizarlos en un mínimo de tiempo y con el máximo de discreción. En aquel tiempo y con tantos recursos habría sido mucho más fácil.

Los reclutados para Cayo Confites estuvimos alrededor de 100 días —tres meses, por lo menos—, en condiciones horribles: no había agua, no existía un campamento. El agua se llevaba en bidones de petróleo, que ni siquiera habían sido lavados cuidadosamente, y sabía a combustible; la comida era pésima, teníamos que cocinarla nosotros mismos como pudiéramos, en tanques también, con mucho trabajo.

Eran los meses de primavera y verano. Llovía mucho, no teníamos donde cobijarnos, sino en chabolas, unas pequeñas cabañitas de paja que protegían de los rayos del sol, pero no de la lluvia. Cuando llovía, como no teníamos capa ni protección alguna, nos empapábamos por completo. Además, apenas tenía árboles aquel cayo; era arenoso. Se extendía entre un kilómetro u 800 metros. De ancho eran unos 200 o 300 metros y hacia el sureste tenía una buena playita, más profunda, donde se acercaban los barcos provenientes del territorio nacional.

Las condiciones materiales de la tropa eran miserables. ¡Increíble!, ¡con todo el dinero, con todos los recursos de que disponían! Mandaron a los hombres para un cayo desolado. Pienso que se hubiera podido organizar muy bien: llevar agua, alimentos adecuados. Los jefes permanecían en unas cabañitas... ¡No se sabe lo que ellos hicieron con todo aquel dinero!

Lo que viví me sirvió de experiencia porque me enseñó realmente qué cosas no deben hacerse. Me percaté de que los jefes eran incapaces, ineptos política y militarmente como organizadores. Era una pandilla con ambiciones políticas: adquirir gloria, prestigio, poder, armas, bases. Aquella mafia —vinculada a un gobierno nepotista, corrompido y a uno de los personajes más ladrones y tenebrosos de la historia de Cuba, que fue José Manuel Alemán—, pensaba retornar a Cuba tras la expedición, por buscar la notoriedad y los laureles.

Allí ocurrieron todo tipo de episodios: algunos conflictos entre soldados, hubo quienes se mataron entre sí por problemas personales. Recuerdo una pugna entre Cascarita y alguien de La Habana que por problemas personales había matado a otro.

En una ocasión se produjo un conflicto —cosa curiosa— entre el batallón de Masferrer y el de Eufemio. Tuvieron un altercado a pesar de pertenecer al mismo grupo.

Eufemio era un hombre un poco más decente, en mi opinión, más correcto con su tropa. Masferrer era muy despótico, creo que en la Guerra Civil Española había sido comisario y utilizaba los métodos de aquella guerra. Siempre andaba rodeado de un grupo, mucho teatro, viviendo un sueño, no sé lo que pensaría; era uno de los que tenía más autoridad. Mientras Eufemio era una especie de caudillo, jefe amistoso y paternal en su batallón, Masferrer era el teórico, el jefe duro. Su bata-

llón estaba en el extremo este y el de Eufemio en el centro; el batallón de Maderne hacia el oeste, y cerca de allí radicaba la compañía de morteros comandada por Rivas; más otros cubanos y dominicanos. Creo que lo peor que había allí era Masferrer.

Cuando parecía que se iba a producir un combate, hice una gestión; muy discretamente hablé con Rivas y le dije: «Rivas, si esta gente entra en combate hay que apoyar al batallón de Eufemio porque me parece mejor. Si entre los dos van a entrar en una batalla allí, el peor me parece el otro, el más despótico, el más cruel». Entonces Rivas instaló los morteros, por si de una forma o de otra participábamos. Creo sinceramente que habría sido decisivo; pero, por suerte, hubo un arreglo y no se produjo el combate.

No recuerdo qué provocó el incidente, pero debió ser algo intrascendente. Creo que por un problema de personalidad. Pero, desde luego, Eufemio tenía menos antipatía entre la gente. Masferrer casi quería imponer su jefatura y la disciplina a base del terror. Era un personaje tenebroso, un verdadero loco. No sé si llegó a saber que cuando se produjo el conflicto yo me incliné por la otra unidad.

Durante aquel período se esperaba más personal procedente de Cuba, Miami y otros lugares. Estando en la isla, un día llegó un grupo de dominicanos y, entre ellos, Juan Bosch. Muy pronto hicimos amistad. Entre tanta gente en el cayo a

mí me gustaba conversar con él; de todos los dominicanos que conocí fue el que más me impresionó.

Lo recuerdo como un hombre mayor. Cumplí 21 años en el cayo, y pienso que Bosch ya tendría unos 36 o 37 años. Su conversación realmente conmovía, la forma en que se expresaba; parecía un hombre muy sensible. Vivía muy modesto allí, igual que todos los demás, y creo que sufría lo mismo que la gente. Yo no lo conocía, no sabía que era el escritor, el historiador, el intelectual. Lo vi como un dominicano honorable, de conversación agradable, que decía cosas profundas y sensibles; trasmitía todo eso. Se le veía como una persona que sentía los sufrimientos de los demás, estaba sufriendo por el trabajo duro de la gente. Además vivía la emoción, porque era el intelectual, al fin y al cabo, que se incorpora a la acción, llegada la hora de la lucha —un poco como hicieron Martí y otros muchos intelectuales de nuestra propia guerra—. Pudiéramos decir que era allí el hombre de mayor calibre, el más destacado.

Muchas veces nos íbamos para un extremo de la isla y conversábamos; sus palabras me marcaron mucho. Así nos hicimos amigos. La amistad tiene un mérito por su parte, él ya era una personalidad y yo era un estudiante joven que no significaba nada entre tantos jefes, coroneles... Yo era un teniente y mandaba un pelotón. Sin embargo, Bosch me trató con mucha deferencia y consideración.

Estaba todo el mundo esperando con ansiedad. Cada bar-

co que atracaba despertaba esperanzas. Era la oportunidad de que los dirigentes arribaran y se tomaran decisiones. Después que llegué, el primero en atracar fue un pequeño barco, una especie de torpedera. En un momento dado llegó don Juan Rodríguez, el gran jefe teórico de toda aquella expedición por la parte de los dominicanos. Lo conocía, había sido, incluso, trujillista, senador, tenía dinero y por eso cierto renombre. Arribó en una barcaza de desembarco llamada *Maceo*. Era el lugar donde el general Rodríguez tenía su puesto de mando —eso de general era un título que se había puesto él mismo.

Después estuvimos mucho tiempo esperando otro barco; todos los días anunciaban que venía, y que cuando llegara se iniciaría la expedición. Todo el mundo estaba desesperado porque viniera el próximo, porque aquel cayo era un infierno.

Entonces, por fin llegó *El Fantasma* —le pusieron así porque todos los días lo esperábamos y nunca se aparecía—; con su arribo tuvimos la impresión de que se acercaba el momento en que zarparía la expedición.

Se conocía que a disposición de las fuerzas revolucionarias estaban algunos aviones bastante modernos, de la Segunda Guerra Mundial —corría el año 1947—. Este grupo del gobierno cubano y los dominicanos consiguieron, indiscutiblemente con cierta cooperación de Estados Unidos, 12 o 15 aviones de combate. Con alguna frecuencia sobrevolaban la isla. Parece que para levantar la moral de la tropa y hacer algún en-

trenamiento. De vez en cuando pasaban rasantes. Quizás voló alguna vez un avión norteamericano y nosotros creímos que se trataba de uno de los nuestros.

Aquello, desde luego, le daba cierta moral a la tropa; pero no tengo la menor duda de que pasó algún avión yanqui también, para explorar el secreto más conocido de la historia, lo publicaban los periódicos y de ello hablaba todo el mundo; era una conspiración pública totalmente, un poco adaptada al carácter latino, caribeño, cubano. Pero, claro, tal forma de hacer las cosas era errónea.

Un día tuve que cumplir una misión. No recuerdo bien a qué me mandaron en una especie de torpedera rápida a Nuevitas y a Camagüey. Estuve en Camagüey un día, vi la civilización 24 horas y regresé en el mismo barco junto con otros, volví al cayo.

Cuando íbamos acercándonos al cayo, Pichirilo [Ramón Emilio Mejía del Castillo], un dominicano jefe de aquel barco, muy buen marino, una persona muy buena que luego vino con nosotros en el *Granma*, vio una goleta a una distancia en que normalmente no se divisaría y dijo: «Esa es la goleta *Angelita*, de Trujillo». Aquel hombre tenía una vista tremenda. Yo me quedé asombrado por la seguridad con que afirmó su visión.

En cuanto llegó al cayo dio la voz de alarma y avisó al mando que por allí estaba cruzando la goleta *Angelita*, de Trujillo, que se dirigía de Este a Oeste, como procedente de Santo

Domingo. No se sabía si se encontraba armada o si estaba espiando, o qué hacía por esa zona. Toda la fantasía se desarrolla siempre en situaciones de expediciones, aventuras y guerra.

Se armó en medio del Atlántico un revuelo colosal. Un problema importante estaba teniendo lugar. Se reunieron los jefes, se formó la tropa, más bien un grupo grande de combatientes. Enseguida pidieron voluntarios para atacar la goleta de Trujillo y tomarla. Yo fui el primer voluntario que levantó la mano para la aventura de capturarla. Me enrolé, tomé mi fusil y listo.

Entonces prepararon *El Fantasma,* porque era más rápido que la *Maceo*. Nos montamos de inmediato desde la misma orilla, porque era una barcaza de desembarco, bastante grande, seríamos 20 o 30 los encargados de la misión.

Dieron la vuelta, ya *Angelita* venía acercándose, y de pronto, parecía que al ver nuestro barco, la goleta se alejaba. Estuvimos unas tres horas para darle alcance, hasta que nos fuimos acercando, pegaditos, muy cerca, muy cerca. Efectivamente, cuando nos aproximamos lo suficiente se comprobó que la goleta se llamaba *Angelita* y seguimos la misma operación hasta que, a unos metros de ella, casi pegados, nos levantamos por la borda —porque tenía como una cubierta—, y le dimos el alto.

Había un hombre en cubierta, al que se le dio el alto, se le ordenó que no se moviera, pero él se movió, corrió y entró. Yo

era el que más cerca estaba, pero no le tiré; no sé si alguna de la gente hizo algunos disparos al aire. Le di el alto, se suponía que la goleta podía estar armada, que podía tener dinamita o traer gente bajo cubierta, soldados de Trujillo. No sé ni cómo lo hicimos, sé que desde la proa del barco salté sobre la cubierta de la goleta. Fui el primero que llegué, penetré en la cabina e hice prisioneros a los tripulantes. Pero me di cuenta de que aquel hombre no era un peligro y no había nadie armado, no tenían ningún arma ni dinamita ni nada. Era una goleta de Trujillo porque todo en Santo Domingo era de él, y cruzaba por allí, porque era el lugar por donde tenía que pasar.

Por cierto, a Masferrer lo designaron al frente del grupo de voluntarios. Estaba hecho todo un jefe, un gran general, con el capitán del barco, en el puesto de mando. Nosotros tomamos la goleta, hicimos prisionera a la tripulación y capturamos el barco. Recuerdo que regresé en el *Angelita,* ya capturado, para Cayo Confites.

Aquella goleta regularmente viajaba entre Santo Domingo y Miami. Buscaba en Miami mercancías, entonces podía suponerse que exploraba o espiaba, porque pasó cerca del cayo. Los jefes lo estimaron así. Incluso, Masferrer y algunos hombres suyos trataron con rudeza a los tripulantes. A los que iban a bordo les decían en términos violentos: «Ustedes son espías y tienen que hablar o los vamos a fusilar». De palabra y de hecho los ofendieron. No me gustó aquella forma de tratar a

los marineros del *Angelita*. Yo no los golpeé ni los empujé ni actué agresivamente con ellos, porque era gente desarmada, más bien casi me inspiraron pena.

Pero, bueno, cuando íbamos llegando de retorno con el barco estaba reunida toda la multitud, mil y tanta gente, esperando allá en la orilla de la playa; todo el mundo expectante para conocer cuál era el desenlace de la gran aventura, de la cual salió capturada una goleta con unos infelices trabajadores dominicanos. Eso fue lo que nosotros hicimos, nuestra proeza se redujo a capturar la goleta con unos infelices que no estaban espiando, simplemente iban y venían de viaje a Miami a buscar mercancía; no cumplían ninguna misión de guerra. Esta es la verdad.

Era buena gente, siete u ocho a lo sumo. Llegaron, desembarcaron y empezaron a vivir con nosotros, se suponía que eran prisioneros pero, al fin y al cabo, terminaron en la expedición, tanto los marineros de la goleta como la embarcación misma.

Trujillo podía utilizar otra forma de chequearnos: podía emplear aviones de exploración. La situación psicológica propiciaba las imaginaciones. Además, todo el mundo sabía dónde estábamos: Trujillo lo sabía, Estados Unidos lo sabía, la expedición era pública.

Otro acontecimiento fue el día que anunciaron la visita de Manolo Castro. Una mañana llegó como a inspeccionar. Su

posible presencia causó una gran expectación. Cada vez que iba a llegar un líder, un jefe, alguien importante, en aquella multitud se producía una enorme expectación: podían traer nuevas noticias o quizás pronto se iniciaría la expedición. La gente quería invadir Santo Domingo, no quería seguir en el cayo; prefería el infierno. Y yo, por supuesto, participaba del enorme entusiasmo, no tanto porque me pareciera aquello infernal, sino porque me parecía maravillosa la aventura de la expedición a Santo Domingo; el papel de libertadores que desempeñaríamos.

Entonces, cuando llegó Manolo Castro —creo que llevaba puesto un overol verde o algo así—, desembarcó ante una hilera grande de gente que lo saludaba, y tuvo un gesto conmigo, muy buen gesto diría. Delante de la multitud de 1200 combatientes, ansiosos como yo de noticias sobre cuándo demonios íbamos para Santo Domingo, me saludó y me abrazó muy amistoso, todo el mundo aplaudió mucho en aquel momento. Él era uno de mis enemigos en la Universidad. Estuve contra él en todas las luchas universitarias porque representaba al gobierno.

Él no era como Masferrer, sino una figura de ellos, respetada. No era de carácter despótico, violento. Aunque tenía fama porque había matado en 1940 a un profesor universitario llamado Raúl Fernández Fiallo, figura comprometida con un grupo asociado al gobierno de Batista. Es decir, en aquella

época Manolo Castro estaba en la oposición, contra Batista. A los grupos que en la Universidad, en épocas anteriores, años 1930 y 1940, estaban en la oposición les denominaban «del bonche».

KATIUSKA BLANCO. —¡Qué paradójica es toda la historia! Sin embargo, los «del bonche» que estaban en la oposición a Batista eran a su vez su instrumento sin saberlo. Lo leí en su artículo «¡Frente a todos!», donde usted denuncia la responsabilidad de Batista con el desarrollo del pandillerismo en Cuba, porque él a través de su colaborador y coronel del Ejército, Jaime Mariné, alentó «el bonche universitario». Usted escribió: «…Aquel mal que germinó en el autenticismo, tenía sus raíces en el resentimiento y el odio que sembró Batista durante once años de abusos e injusticias. Los que vieron asesinados a sus compañeros quisieron vengarse, y un régimen que no fue capaz de imponer la justicia, permitió la venganza. La culpa no estaba en los jóvenes que arrastrados por sus inquietudes naturales y la leyenda de la época heroica, quisieron hacer una revolución que no se había hecho, en un instante que no podía hacerse. Muchos de los que víctimas del engaño, murieron como gangsters hoy podrían ser héroes».

FIDEL CASTRO. —Es un retrato exacto de lo que aconteció. Manolo Castro, como oposicionista, había matado personalmente a dicho profesor. Ello formaba parte de su leyenda de revolucionario. Y Mario Salabarría también había matado a otro por

aquella época, no sé a quién.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, la Oficina de Asuntos Históricos guarda una investigación que registra y detalla aquel suceso. Tal como usted recuerda, Mario Salabarría abrió fuego en la Plaza Cadenas de la Universidad contra uno de los elementos bonchistas. Se llamaba Mario Sáenz de Burohaga.

FIDEL CASTRO. —De tal hecho le venía la fama a Mario Salabarría, y de una acción similar, también a Manolo Castro. Sin embargo, recuerdo que cuando este último habló conmigo en el balneario universitario para tratar de persuadirme fue muy correcto, sin levantar la voz ni amenazarme. Dichas presiones las hacían de forma mucho más sutil, con una atmósfera creada en torno suyo.

Su carácter era totalmente diferente al de Masferrer, pero participaba de aquella política. Tenía una posición muy equivocada porque estaba con el gobierno y ocupaba un alto cargo en él, además estaba asociado a Alemán, uno de los políticos más corruptos y corruptores existentes en toda la historia de Cuba.

Pero allí, donde todos participábamos juntos de la expedición, las diferencias internas políticas eran secundarias al lado de la gran empresa histórica de derrocar a Trujillo y llevar la libertad a Santo Domingo. El resto de las cuestiones perdía importancia.

Yo sentí que me tenían respeto y los otros también, reco-

nozco que existía cierta admiración. Puede que haya sido porque los desafié. Es posible que ellos sintieran cierta admiración por aquel individuo que no les tenía miedo, a pesar de que luchaba solo, desarmado, contra una pandilla armada; que les hizo frente y que se enroló en la expedición donde ellos eran los jefes. Pienso que sentían cierta admiración por tal conducta que yo seguía como política, y la que mantuve siempre.

El gesto de Manolo Castro, su saludo, tuvo su antecedente en las elecciones de la FEU, cuando los que querían matarme me buscaron y me abrazaron, como si se alegraran de no haberlo hecho. ¡Qué sentimientos contradictorios!

Lo mismo me ocurrió nuevamente cuando se acabó la guerra con las tropas del Ejército en Bayamo, que lucharon contra nosotros en violentísimos combates. ¡Cómo me recibieron! Me recordó las aventuras con el grupo de Manolo Castro. Yo nunca me he dejado arrastrar por odios, por venganzas; no le guardo ningún rencor a aquella gente ni a nadie. Las veo como personas que pertenecen al pasado y que de una forma u otra me aportaron conocimientos y experiencias.

Bueno, Manolo Castro estuvo unas horas allí y se retiró. Fue otro gran momento.

Cada acontecimiento excitaba la imaginación de los enrolados y sus esperanzas de que pronto empezaría la expedición. Los hombres comprometidos, dispuestos a la aventura, ansiaban que sucediera algo y soportaban cualquier cosa menos la

interminable espera. Allá estuvimos los meses de julio, agosto y septiembre. Todo fue ocurriendo en dicho período hasta el 15 de septiembre. Aquel día comenzaron a llegar noticias de una gran balacera en La Habana. La radio empezó a dar noticias de un gran tiroteo en Marianao, en el reparto Orfila.

Una acción del grupo de Emilio Tro contra un viejo machadista o batistiano provocó que Salabarría y su gente consiguieran de un juez una orden de arresto contra Tro.

KATIUSKA BLANCO. —Así mismo, el asesinado se llamaba Raúl Ávila Ávila. La acción fue resultado de una nueva espiral de violencia y venganza desatada desde el atentado a comienzos de aquel año contra Orlando León Lemus (el Colorao) luego contra Tro, después contra Ávila, y así hasta llegar al momento de que usted habla.

FIDEL CASTRO. —Emilio Tro Rivero era el líder de la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR), una de las organizaciones revolucionarias de que antes hablé. Tro había sido combatiente de la Segunda Guerra Mundial y luchó como paracaidista en las tropas norteamericanas. Lo ubicaron en la casa de un amigo, una casa de familia. Allí se encontraba con un grupo pequeño, apenas dos o tres. Llegó la gente de Salabarría —quienes controlaban la motorizada— para detenerlo y él hizo resistencia. Era seguramente lo que esperaban que hiciera alguien muy respetado por su valentía; además era un hombre honorable, que vivía de manera muy modesta. Atacaron la

casa. El tiroteo duró tres o cuatro horas hasta que Genovevo Pérez, jefe del Ejército, tomó la sartén por el mango y envió al lugar a un capitán con indicaciones de que parara aquello. El capitán fue, les habló y los sitiados dijeron que no se rendirían a sus enemigos, pero sí al Ejército. Así lo hicieron creyendo que eso significaba una gran ayuda, y empezaron a salir de la casa desarmados. Salió también la familia del amigo de Emilio Tro, pero los de Salabarría no respetaron el acuerdo y los asesinaron a todos. Una señora embarazada, que no tenía nada que ver, también fue barrida con la ametralladora.

En el cayo permanecían oyendo la radio. Al final anunciaron que, como resultado del combate, habían muerto Emilio Tro y varias personas más. La primera versión fue que habían muerto en combate, pero no fue así.

Aquellas informaciones causaron conmoción. Pasaron dos o tres días, no muchos, cuando llegaron nuevas noticias de La Habana. Un camarógrafo, llamado Guayo, tuvo tiempo de llegar y pudo captar las imágenes de la matanza. Cuando el noticiero apareció en el cine fue el acabose. Se armó un gran escándalo en el país, una indignación tremenda por aquellos crímenes descomunales.

Como consecuencia, la oposición atacó al gobierno y Grau se vio en una situación débil, embarazosa, casi perdió el control. Entonces Genovevo Pérez tomó el mando por unos días y arrestó a Salabarría, a León Lemus (el Colorao) y a todos los

elementos, a su vez asociados con Masferrer y con quienes estaban en Cayo Confites. El Ejército arrestó también al jefe de la policía, al jefe de la motorizada, al jefe de actividad; a todos los sometió a los tribunales.

La situación provocó una gran expectación nacional. Los que estaban en el cayo, Masferrer y todos los demás, se dieron cuenta de que era una situación difícil, tensa, porque vieron actuando al Ejército, con el cual tenían rivalidad.

El Ejército, a su vez, se mostraba receloso de los expedicionarios, porque veía en ellos un movimiento que podría volverse contra el propio Ejército. Sospechaban de los civiles que organizaban una expedición e iban a disponer de armas, aviones, posiblemente una base, un gobierno civil que los apoyara.

El Ejército no veía el movimiento con simpatía. A aquello se unió que Trujillo, un hombre astuto, rico, millonario, le ofreció dinero a Genovevo Pérez Dámera, un jefe corrompido. Luego se supo.

Pero aunque Trujillo no sobornara a nadie, me percaté de lo que estaba ocurriendo: existía una crisis nacional, la autoridad civil estaba desprestigiada y el Ejército actuaba un poco por su cuenta; se iba imponiendo en nombre del orden y contaba además con el apoyo de la opinión pública cubana, por el efecto que causó en la población la película filmada por Guayo. Entonces me di cuenta de que la expedición corría un gran riesgo.

Ante la situación, los jefes dominicanos y cubanos, Masferrer y toda aquella gente, decidieron actuar; es decir, iniciar la expedición, de lo cual todos nos alegramos ya que por una causa o por otra comenzaría por fin.

¿Qué hizo Masferrer? Puso bajo su mando el mejor barco, el más rápido: *El Fantasma*. Embarcó a su batallón. En condiciones normales tal vez cabrían como 200 hombres, pero podían contarse unos 500. Se convirtió en jefe máximo de la expedición.

El batallón de Masferrer y otras tropas —posiblemente parte del batallón número dos de Eufemio— también se embarcaron en *El Fantasma*. Creo que Eufemio en aquel momento no estaba, había salido no sé a qué misión. Nosotros abordamos el barco *Maceo*, el otro lanchón de desembarco, que como tenía algunos problemas con las máquinas, navegaba a menor velocidad que *El Fantasma*. Otros se montaron en el barco rápido, más pequeño, y los demás en la goleta capturada. Eran cuatro embarcaciones.

Yo era el hombre más feliz del mundo cuando la expedición iba rumbo a Santo Domingo. Ya tenía una compañía bajo mi mando y estaba planificando el tipo de guerra que podía hacerse. Pensaba en la guerra de guerrillas, en la guerra irregular; porque aquella gente no tenía idea del tipo de guerra que iba a desarrollar en Santo Domingo. Yo no concebía que aquel ejército hambriento, aún con buenas armas, pudiera

enfrentarse al de Trujillo en una batalla convencional. Aunque con los medios de que disponíamos podíamos haberlo derrocado. Además, era un momento internacional bueno, por el desprestigio y el aislamiento de Trujillo. La democracia acababa de vencer en el mundo contra el fascismo y Trujillo, ante la opinión internacional, nuestro pueblo y el dominicano, y ante todo el mundo, era algo parecido a Hitler, a Mussolini.

Con los recursos que teníamos, bien empleados, lo hubiéramos liquidado. Con apoyo aéreo y empleando bien los 1200 hombres se hubiera podido derrocar a Trujillo.

Debieron seleccionar a personas más motivadas, con ideas políticas, con una formación patriótica, sin otro objetivo que derrotar a Trujillo para bien del pueblo dominicano.

Cuando abordamos los barcos, en lugar de dirigirnos hacia el Este, Masferrer decidió tomar rumbo Oeste, como en dirección a occidente. Si íbamos para Santo Domingo teníamos que salir hacia rumbo Este, pero estábamos en dirección inversa. Transcurrieron muchas horas. Creo que fuimos a parar a un cayo al norte de Villa Clara.

En el barco en que yo iba, navegaba el Estado Mayor de la expedición, Juan Rodríguez, el batallón de Maderne y puede ser que parte del segundo batallón. Yo viajaba en la proa. Se decía que nos dirigíamos al Oeste para esperar a Eufemio y a no sé qué jefe. En mi opinión, fue una maniobra de Masferrer. Cuando él vio la crisis en el gobierno —es la apreciación que

hice y que todavía hago—, la pugna entre Genovevo y Grau —poder militar y poder civil—, hizo una finta en aquella dirección por si se creaba alguna circunstancia, entonces, quizás actuar o intervenir a favor del gobierno de Grau contra el Ejército. Los sucesos de Orfila repercutieron negativamente en el gobierno de Grau y era evidente que el Ejército, que adoptaba medidas de todo tipo sin acatamiento al gobierno, trataría de parar la expedición.

Llegamos hasta un cayo y se decidió que volveríamos atrás con rumbo Este para ir hacia Santo Domingo. A Masferrer se le ocurrió probar sus virtudes de jefe, o sus condiciones oratorias, o tal vez imitar a Pizarro o a Cortés, no sé a qué personaje histórico, y le dijo a la gente: «Bueno, los que quieran ir para allá en la expedición, que vayan; los que no quieran, que se queden en este cayo». Entonces, unas 300 personas —yo creo que no sin razón— decidieron que no viraban, que se quedaban en Cayo Güin. Claro, siempre resulta muy bochornoso que alguien diga que no va; a mí me parecía todo aquello una gran locura, pues me sentía decidido a ir para Santo Domingo, y no solo decidido a ir, sino a hacerlo con entusiasmo.

Cuando los 300 hombres dejaron las armas y desistieron, Masferrer se bajó con un grupo, con una ametralladora —tenía barba, estaba hecho un personaje, un guerrero de la antigüedad— y reunió a todo el mundo para darles una arenga a ver si volvían, pero no convenció a nadie. Los 300 dijeron que se

quedaban y él hasta los maltrató, amenazó e insultó, pero, aún así, los 300 hombres se quedaron en Cayo Güin. Después de esto iniciamos la navegación hacia el Este.

Masferrer se percató de que la posición de Genovevo Pérez y el Ejército eran fuertes y que Grau se encontraba en una situación muy débil, con toda la opinión pública muy indignada con la masacre. Entonces se dio cuenta de que no era prudente dirigirse a Santo Domingo, cuando todo el mundo sabía también lo de la expedición. Por eso hizo la maniobra hacia el Oeste. Como él navegaba en el barco más rápido, iba tomando iniciativas. Casi se había convertido en el jefe de facto de la expedición. Los dominicanos, como estaban en Cuba, dejaban que los cubanos hicieran; pero después decidieron reiniciar la marcha rumbo al Este.

Pero ¿qué había ocurrido? Entre la gente que desertó de los distintos batallones estaba el capitán de mi compañía, entonces me nombraron jefe de dicha unidad. Así, como capitán de una compañía, me dirigía hacia Santo Domingo en aquel barco, que iba muy lento.

Yo no había hecho estudios militares, solamente conocía lo leído sobre la historia de Cuba, de las guerras, y lo aprendido de mi vida en el campo, en las montañas. Sí había leído sobre las luchas, los combates y batallas de la historia; tenía cierta intuición para el tema militar, de tal manera que analicé toda la situación, capté aquel ambiente, y concluí que todo era

caótico. Pero yo tenía una compañía, y estaba pensando llevar a cabo una guerra de guerrillas en Santo Domingo.

Contaba con unos 80 hombres porque una parte del batallón había desertado. Entonces el Estado Mayor me planteó su plan. Ya no había aviación, no teníamos apoyo del gobierno cubano, el Ejército adoptaba medidas... Su estrategia era seguir hacia el Este, cruzar el Paso de los Vientos, no ir directamente a Santo Domingo, sino maniobrar —porque, además, Trujillo y todo el mundo estaban esperando—, desembarcar en Haití por sorpresa y avanzar por carretera hacia Santo Domingo.

Tenía cierto sentido tal plan, porque ya sin aviación y sin nada, avanzar por el itinerario era un suicidio. Cambiaron la estrategia por otra. ¡Ni el ejército alemán en sus mejores tiempos, cuando atravesaba por Bélgica para llegar a Francia! Aquella expedición de gente hambrienta, mal organizada, caótica, iba a emprender en teoría dicha aventura. A mí me informaron cuáles eran los planes, me parecieron lógicos dentro de la situación, y dije: «Bueno, de acuerdo». Así que nos dirigimos hacia el Este para desembarcar en Puerto Príncipe y avanzar hacia territorio dominicano. De todas maneras, parecía más prudente que ir directo, aunque no dejaba de ser una gran locura, sobre todo, tomando en cuenta el ejército con el que contábamos.

Entonces, por dondequiera que desembarcáramos, al llegar a territorio dominicano, ya yo había concebido una es-

trategia y una táctica para realizar con la compañía y con los que quisieran sumarse, pensaba captar a más gente. Así que si hubiéramos llegado, habría iniciado la lucha guerrillera a los 21 años con una compañía. Hubiera sido mejor.

Pensaba llevar a cabo una guerra de guerrillas contra el Ejército y contra Trujillo. No la guerra regular, pues aquella tropa no podía enfrentarse al Ejército. Meditaba sobre cómo utilizar mejor a los hombres, las armas, en un tipo de contienda donde tuviéramos mayores posibilidades de éxito, con apoyo del pueblo, y así derrocar al dictador.

Tuve una clara intuición cuando me vi al mando de una tropa y rodeado de un montón de jefes incompetentes, ante una situación absurda y el Ejército de Trujillo delante. Así que por poco no empecé la lucha guerrillera en Santo Domingo en lugar de Cuba. Es la verdad.

Soñaba, y había que soñar mucho porque no teníamos comida ni nada, y nuestro ejército hambriento se dirigía a cumplir su misión liberadora.

Recuerdo que las aguas estaban tranquilas y había buen tiempo en el Canal de Bahamas. Mientras tanto, Masferrer seguía en el barco más rápido haciendo de las suyas. Él se adelantó, nadie sabía dónde estaba ni tampoco qué hacía. Él calculó que el riesgo era muy grande y las posibilidades pocas; entonces se le ocurrió una forma de desertar de la expedición. Siguió en su barco rápido —evidentemente, por todas las noticias, había

una crisis nacional y el Ejército estaba dispuesto a impedir la expedición—, avanzó, se adelantó y entró en la bahía de Nipe —creo que por allí tenía un pariente, un familiar que pertenecía a la Marina—. La decisión de Masferrer, tras las arengas a la tropa y de todas las cosas, fue entrar en la bahía de Nipe para que lo arrestaran; no quería seguir y con algún pretexto entró a la bahía.

El barco nuestro —donde estaba el puesto de mando de la expedición—, pasó frente a la bahía de Nipe y siguió, pero sin recibir noticias de Masferrer. De igual manera hicieron los otros barcos. Frente a Moa pensábamos que poco a poco nos acercábamos a la realización de nuestra gran proeza: cruzar el territorio de Haití para ir a liberar a Santo Domingo de la tiranía de Trujillo.

Masferrer se dejó arrestar y no dijo nada, y cuando nosotros cruzábamos al amanecer en dirección a Moa para seguir, Masferrer mandó un mensaje: «Espérenme frente a Moa, haré contacto con ustedes». Ya estaba prisionero, había traicionado a la expedición.

Nuestro barco con el Estado Mayor fue enrumbando hacia el Paso de los Vientos para atravesarlo. Se decía que los barcos de Trujillo esperaban allí para interceptar la expedición. Entonces, a las 11:00 de la mañana, más o menos, se divisó un barco grande hacia el Nordeste, en el lugar que nos había dicho Masferrer que lo esperáramos. Se tomaron algunas medidas

de precaución porque no se sabía si era de la marina de Trujillo. La embarcación grande empezó a hacer señales; era una fragata cubana de la Marina de Guerra que nos estaba esperando donde Masferrer había dicho que lo hiciéramos, porque ya él se había entregado y telegrafiado su mensaje. Entonces la fragata empezó a emitir luces y a decir: «Atrás, atrás, hacia el puerto de Nipe». Trataron de explicarle que el barco no tenía mucho combustible ni agua, que no podían siquiera ir al puerto de Moa, y la fragata cubana repetía: «Atrás, atrás», y con los cañones desplegados, listos para disparar, ordenó sin miramientos virar hacia la bahía de Nipe.

Hasta aquel momento tenía grandes ilusiones de cómo hacer la guerra con mi compañía. Yo analicé todo y concluí que lo que intuía iba a suceder: el Ejército estaba decidido a parar la expedición de todas formas.

De repente la expedición resultó prisionera y el Estado Mayor también. El barco fue obligado a regresar a la bahía de Nipe. La fragata se colocó dos o tres millas detrás de nosotros mientras retrocedíamos de Moa a Nipe. Me acuerdo de que se veían las montañas de Oriente. Entonces me percaté de que todo estaba perdido: las armas y los hombres, pues íbamos a ser prisioneros. A mí me parecía lo más humillante del mundo y me dirigí al Estado Mayor y le dije: «Esta expedición está perdida, el Ejército se ha hecho cargo de la situación, el gobierno está en crisis, va a caer todo el mundo prisionero y se van a

perder las armas». Sugerí salvar una gran parte de ellas. Propuse un plan: trasladarlas en una balsa grande, poner rumbo a la costa y luego adentrarme con ellas en las montañas, con el objetivo de continuar la expedición después.

El Estado Mayor se reunió con parsimonia, analizó muy solemne y sesudamente deliberó. Me contestó que no, que eran ciertas las dificultades pero que todo se arreglaría. El Estado Mayor, Juan Rodríguez, Maderne y los cubanos y dominicanos que lo integraban no se percataban de lo que estaba ocurriendo.

Lo que me respondían era una imbecilidad, una estupidez enorme. Mi compañía estaba en la proa, yo tenía un fusil ametralladora como pretendida arma antiaérea. Hablé con los más decididos de mi compañía. De acuerdo con mi plan, se iban a ir conmigo para llevar las armas en la balsa, y así evitar que se perdieran. Cuando llegó la orden del Estado Mayor me declaré en rebeldía. Viré el fusil ametralladora desde la proa hacia el puente del barco y coloqué a la gente con armas automáticas. Promulgamos la no aceptación de la decisión y declaramos que no estábamos dispuestos a que nos capturaran.

Después empecé con un grupo a preparar una balsa más pequeña. Pichirilo estaba de acuerdo conmigo y en aquel momento timoneaba el barco. El Estado Mayor no reaccionó frente a la insubordinación, la aceptó sin hacer nada, mientras yo me preparaba para llevar una cantidad de armas en la balsa.

El problema era que durante aquel intervalo de tiempo la fragata se había acercado a nosotros. Era más difícil tirarse en el mar abierto porque nos iban a ver; a su vez, nos aproximábamos a la bahía. Fue muy valioso que Pichirilo estuviera de acuerdo con nosotros.

Entrando a la bahía de Nipe, le dijimos a la fragata que no conocíamos la entrada, que íbamos a encallar. Entonces desde la fragata respondieron: «Yo voy delante, síganme que voy delante». La fragata se puso delante. Fue perfecto.

Todo el mundo colaboró con nosotros: Pichirilo y mucha gente. El Estado Mayor se encontraba encerrado en su cuarto.

Cuando estábamos dentro de la bahía tiramos la balsa amarrada por una soga. Me siguieron cuatro entusiastas decididos, a quienes yo ni conocía muy bien.

Ya en el canal, con la fragata navegando por delante del barco y mientras oscurecía —por entonces la bahía de Nipe tenía fama de tener muchos tiburones—, nos montamos los cuatro, yo iba delante, llevábamos cinco ametralladoras —yo tenía una conmigo—. El barco continuaba moviéndose, así es que había riesgo de caer bajo la propela. La balsa estaba casi hundida, mis piernas hacían el papel de proa; esperaba con una ametralladora para cortar la soga y, en aquel momento, Maderne, mi jefe, humillado por el acto de rebelión, con el que no estaba de acuerdo, se asomó y agarró la ametralladora. Yo que estaba con cuatro hombres en la balsa, atada aún al bar-

co, le dije a Maderne: «¡Quédese con la ametralladora!», y al otro: «¡Corte!». Uno de los hombres cortó la soga y nos quedamos flotando en la balsa; pero era muy chiquita para cuatro y sacamos las armas otra vez, con sus peines y sus balas.

Se veían algunos barcos de guerra, también el muelle de Saetía. Ya oscureciendo y cada vez más cerca de nosotros, vimos una lancha que se aproximaba, como a 30 o 40 metros, no sabíamos quiénes eran los tripulantes. Les apuntamos y les dijimos: «Acérquense, acérquense». Ellos dijeron: «No, nosotros somos los prácticos». «Acérquense y arrástrennos hasta la orilla». Nos tiraron una soga, pero como estaba mojada no había manera de que saliera bien la operación.

Dije: «Acérquense que vamos a subir a la lancha». Se acercaron y nos montamos en la lancha con las ametralladoras. Les ordenamos: «Llévennos a la orilla». El práctico de la lancha del puerto nos contestó: «Hay una gran cantidad de soldados y marinos, y nos van a matar a todos». Los reflectores alumbraban la penumbra. Les aseguré: «Prometo que si nos descubren nosotros nos tiramos al agua».

A 250 o 300 metros de la orilla, con los reflectores apuntando al mar les dije a quienes me acompañaban: «Vamos a tirarnos al agua», con zapatos, con ropa, con todo. Uno se tiró con una ametralladora, otro con otra, otro se tiró sin ninguna y yo me lancé con dos. Era casi de noche y me empecé a hundir; tuve que soltar una de las Thompson y seguir con otra, fui

nadando. No sabía qué iba a pasar, si venían los disparos por arriba o los tiburones por abajo. En aquella época yo no sabía qué era la pesca submarina, y los tiburones eran una leyenda; la bahía de Nipe era la más famosa de Cuba por los escualos. ¡No se sabe cuántas historias, anécdotas, leyendas se contaban! Pero no pasó nada, ni disparos ni tiburones. Nos fuimos acercando y llegamos a la orilla. Al fin puse pie en tierra.

Veía las montañas, la Luna casi salía cuando llegamos allí del Este; nos sirvió de brújula. Nosotros pensábamos que para alejarnos solo debíamos caminar hacia dicha dirección. Empezamos rápidamente a andar, tratábamos de alejarnos hacia el Este, para dejar a los soldados atrás. Habíamos ido a parar a Cayo Saetía, casi frente a Nicaro. Atravesamos las colinas en medio de la maleza y la noche cerrada... Uno de los cuatro del grupo era un irresponsable, un loco, un mentiroso —yo no lo sabía, después supe que había sido sargento del Ejército—, era realmente un lumpen. Me dijo: «Yo soy de aquí, conozco esta región». El tipo estaba diciendo que estábamos equivocados, que él sabía. Le dije: «Bueno, ¿tú sabes?, ¿tú eres de aquí?, entonces, guía tú». Fue guiando. Caminamos como media hora y seguíamos en el mismo lugar, estábamos perdidos. Le dije: «Mira, tú, quédate tranquilo, vete para atrás que yo voy a guiar, tú nos has perdido», y entonces yo guié a los otros.

En un momento pasamos tan cerca de los soldados que los oímos conversar. La Luna estaba muy clara. Caminamos

por unos potreros, brincamos cercas, anduvimos por senderos tratando de avanzar hacia el Este, hacia las montañas. No habíamos caminado ni 500 metros y el tipo dijo: «Estoy muy cansado, yo no sigo, me quedo aquí». Me dije: «¡Anda, qué situación con este tipo!». Unos 500 metros atrás habíamos pasado cerca de los soldados. Yo no podía dejarlo solo, porque al otro día lo iban a agarrar y daría toda la información.

Era de suponer que los soldados nos estuvieran buscando; algo más, los del Estado Mayor cuando llegaron dijeron que cuatro hombres se habían tirado a la bahía, que no sabían qué podía haberles pasado y que no se hacían responsables. En cierta forma, por salvar la responsabilidad, nos delataron.

Y este hombre —aunque no conocía eso, sí sabía que los soldados estaban cerca, los habíamos oído hablar; no conocíamos que estábamos en un cayo— de súbito dijo que se quedaba, que estaba cansado y quería dormir. Y yo: «Bueno, vamos a hacer un alto aquí». Estábamos debajo de un árbol y nos recostamos un rato. Mientras, los mosquitos nos importunaban, la Luna brillaba en el cielo y teníamos la amenaza de los soldados cerca. Yo meditaba. En cierto momento tuve deseos de agarrar la ametralladora y darle un culatazo en la cabeza y seguir. A la media hora o 45 minutos, perdí la paciencia, fui donde estaba el irresponsable, le quité la ametralladora, lo desarmé, y le dije: «¡Te quedas aquí si quieres, nosotros nos vamos!».

Era un caso en que había que tomar una medida violenta

con el tipo porque estaba comprometiendo a todos los demás. Decidí dejarlo allí desarmado y avanzar rápido durante toda la noche. Cuando le quité el arma y nos fuimos, dijo: «¡No, yo voy con ustedes!». Y siguió con nosotros desarmado. Aquel tipo hizo tres cosas tremendas de una sola vez.

Íbamos avanzando hacia el Este, caminaríamos dos horas, serían ya las 9:00 o las 10:00 de la noche cuando nos encontramos una bahía delante, era la bahía de Nicaro, veíamos unas luces: la fábrica de níquel que habían hecho los norteamericanos cuando la guerra. No entendíamos cómo andando hacia el Este nos encontrábamos nuevamente con el mar.

Entonces reiniciamos marcha hacia el Sudeste, porque veíamos una casa que parecía como un cuartel. Nos acercamos, la exploramos; era una escuela, pero pintada con el mismo color de los cuarteles.

Vimos un canal. En realidad, aquel cayo no era originalmente un cayo, era una península que terminaba de forma redonda, separada de la tierra firme por un canal, y estaba la bahía. Ya veíamos gente, estábamos en la orilla, y pasó una lancha —posiblemente de soldados—. Nosotros nos ocultamos, porque había una Luna muy clara. Localizamos a un campesino y lo persuadimos para que nos cruzara en un bote.

KATIUSKA BLANCO. —Allí en Saetía vivía un amigo de don Ángel. Era el farero del cayo. Se llamaba Rafael Guzmán, le decían Lalo, y fue el campesino que los ayudó.

FIDEL CASTRO. —Sí, él nos ayudó aquella noche difícil. Entonces atravesamos un largo camino, era una península estrecha. Adoptamos medidas especiales: la gente de atrás armados, el que iba delante, desarmado con las instrucciones de afirmar: «¡No, no, estoy desarmado!», por si nos situaban alguna emboscada. Por suerte pudimos cruzar, y al amanecer ya estábamos por allá en unas áreas de cañaverales de la United Fruit Company, en una tienda; hasta compramos algo. No sé de cuánto dinero disponíamos. Compramos ropa y comimos algo. Nos había visto mucha gente, pero ya íbamos vestidos de civil. Escondimos las armas —incluyendo una pistola— en una alcantarilla, y le dije a todo el mundo: «No lleven ningún arma por si nos registran». Caminamos muchos kilómetros. Después, en un camión entramos a Mayarí vestidos de trabajadores. A uno de los hombres del grupo lo mandé a buscar las armas con un chofer que conocía del Partido Ortodoxo y era alguien en quien me pareció podía confiar. Reunidos después los cuatro hombres desarmados —se suponía que estábamos desarmados—, tomamos un automóvil de Mayarí hacia Birán. El hombre que dejé con tal misión no cumplió las instrucciones y después llegó, pero sin el chofer y sin las armas, con la historia de que se quedó porque tuvo miedo de pasar por el pueblo. ¡Cogió miedo el chofer! Y cuando el Ejército se dio cuenta de que había contactado con nosotros, lo presionó y él entregó el armamento. De modo que se perdieron las armas, que casi

eran nuestro trofeo a partir de la vieja idea de salvarlas a todo costo, además de no caer prisioneros.

Lo único que se salvó fue una pistola porque el lumpen, cuando yo dije: «Todo el mundo que se desarme», se quedó con ella escondida; una irresponsabilidad más. Fue la única que se salvó. Y, por supuesto, al final del recorrido llegamos a mi casa.

Al irresponsable lo mandamos para La Habana, de donde él era. Otro de los hombres también era de la capital, más serio; hicimos lo mismo. El tercero se llamaba Luján, de Manzanillo, también un hombre serio, lo enviamos para allá.

El Ejército me estaba buscando, pero no le dio mucha importancia al asunto.

KATIUSKA BLANCO. —Existe una fotografía suya en Birán al regreso de la expedición. Se le nota la piel curtida y oscura por el sol y el pelo hirsuto. Usted aparece sin camisa y es la viva estampa de alguien tras una prueba difícil. La imagen la captó su hermano Ramón. Al fondo se aprecian los horcones de caguairán de la casa grande. ¿Usted sentía que Birán era el lugar más seguro?

FIDEL CASTRO. —Sí, en Birán me refugié unos días. Los militares capturaron a casi toda la expedición y llevaron a los enrolados hasta La Habana en vagones de carga, como si fueran ganado. Era humillante, terrible lo que pasó con aquella gente.

Nosotros fuimos los únicos que escapamos, no caímos pri-

sioneros, pero, desgraciadamente, sí se perdieron las armas. Quedó aquello de que no nos dejamos apresar.

Estuve unos cuantos días en Birán para ver cómo reaccionaban las fuerzas implicadas y, cuando vi que empezaron a liberar a toda la gente de la expedición, concluí que no había nada especial en relación conmigo, que no me estaban persiguiendo. De todas maneras decidí viajar a La Habana de forma clandestina. Fue la primera vez en mi vida que me disfracé.

Como era conocido en la capital y sabían que me había escapado y llevado armas, imaginé que debían tener interés en capturarme. Entonces me puse un sombrero de yarey, una guayabera, espejuelos, no sé cuántas cosas hice. Así me fui a tomar un tren en la estación de Alto Cedro hasta La Habana —el mismo que había tomado por primera vez cuando fui para el tercer año de bachillerato, allá por el año 1942, en viaje al Colegio de Belén—. Separé pasaje en un vagón de los que tenía dormitorio. Iba muy disfrazado, rarísimo, para que no me fuera a reconocer alguien.

Caminaba hacia el extremo del vagón cuando oigo un grito: «¡¡¡Fidel!!!». Era un compañero mío del Colegio Dolores, que no veía hacía no se sabe cuánto tiempo, y me dijo: «¡Te conocí por la espalda y por el caminado!». Dije: «¡Shhh, cállate la boca, chico, que estoy disfrazado!». Me creía que estaba disfrazado, y aquel que hacía un montón de años no me veía, me reconoció.

KATIUSKA BLANCO. —Entonces, ¿usted decidió que nunca más en su vida se disfrazaría?

FIDEL CASTRO. —¡Fue la primera vez que me disfracé en mi vida! ¡Y la última! Desde entonces, llegué a la conclusión de que no podía disfrazarme nunca, de que yo no tenía manera de hacerlo. A partir de ahí determiné en mi vida hacerlo todo legalmente, sin necesidad de pasar clandestino; y toda la organización de la lucha contra Batista la realicé en la legalidad. Busqué otros camuflajes y disfraces. Llegué a la convicción más absoluta de que en la lucha clandestina no podía disfrazarme de nada, que la figura mía y la manera de caminar, los hombros, la espalda, me traicionaban definitivamente.

Así llegué a La Habana, creyendo que el Ejército me estaba buscando, y aquel en realidad ni se preocupaba por mí, porque habían capturado las armas y todo. Al final no hubo ningún problema, además, porque la expedición fue frustrada sin combates ni muertos.

A los miembros de la expedición, cubanos y dominicanos, les confiscaron las armas y los barcos. Y, como el gobierno estaba vinculado con los jefes de la expedición y todo aquello, los pusieron en libertad; pero lo perdieron todo, no recuperaron absolutamente nada. No le dieron importancia a que alguien se escapara.

¡La sorpresa fue cuando llegué a la Universidad! Me bajé, fui no sé a dónde e inmediatamente a la Universidad: ¡Pram,

pram!, iba subiendo por la escalinata. Todo el mundo me miraba asombrado porque las noticias llegadas allí eran que al tirarme en la bahía de Nipe los tiburones me habían comido. Ya estaban todos los estudiantes lamentando mi muerte, mucha gente triste allí por mi final. Cuando me vieron subiendo la escalinata —ya no estaba disfrazado— era un muerto aparecido. Estaban asombrados, ¡pero asombrados! Llegaba la gente corriendo a saludarme como a un muerto que ha resucitado. Así me recibieron en la Universidad de La Habana después de la expedición de Cayo Confites. Por supuesto, los amigos, los compañeros, se pusieron muy contentos, y el único saldo fue que me libré de la humillación de haber caído prisionero después de tan «gloriosa expedición» y en vez de terminar como libertadores, hacerlo en un vagón de ganado como prisioneros del Ejército.

En aquel momento mis antiguos enemigos de la Universidad —encabezados por Salabarría, Roberto, el de la motorizada, y muchos de los jefes de la policía— estaban presos por haberse involucrado en la matanza de Orfila y sobre ellos cayó la opinión pública de una manera atroz.

Masferrer regresó y trató de capitalizar las glorias de la expedición: el libertador, el que estuvo allí. Empezó a hacer demagogia con todo. En su revista semanal *Tiempo en Cuba*, que mantenía con fondos gubernamentales, acusó al Ejército y no al gobierno. Culpó al Ejército, a Genovevo Pérez, del fra-

caso de la expedición; no podía explicar por qué se entregó y la traicionó.

Eufemio siguió en el gobierno, pero después tuvo una evolución mala. Al principio, estuvo apoyando a la Revolución, pero al final terminó conspirando en su contra, en víspera de la invasión de bahía de Cochinos. Los tribunales revolucionarios lo juzgaron y lo fusilaron.

Manolo Castro regresó. No fue a la Universidad, estaba totalmente desprestigiado después de la matanza de Orfila, no porque él tuviera responsabilidad directa propiamente, sino porque formaba parte de todo. Creo que él tenía un cine pequeño. Estaba tranquilo. Había perdido cargo, influencia, prestigio.

Mi posición seguía siendo en contra del gobierno. Ya entendía perfectamente cuáles eran los problemas de la Revolución y cuáles los del país. Estaba librando una batalla política con el respaldo de los estudiantes universitarios.

En tal etapa yo no era estudiante regular porque quería cursar el tercer año y, para hacerlo, tenía que ser estudiante libre; sin embargo, conté con el máximo de apoyo y prestigio en la Universidad; no solo con el de la Escuela de Derecho, sino con el de todos los estudiantes universitarios. Decidí no aspirar a cargos porque, como no estaba matriculado, no podía postularme. Para ello tenía que matricular en segundo año, cosa que no hubiera hecho nunca, pues siempre criti-

qué con mucha fuerza a los eternos líderes universitarios, los tipos con 30, 35 o 40 años, que no estudiaban ni hacían nada y eran líderes universitarios. Así hacía la gente de la mafia, se matriculaban para ser electos dirigentes. Era el caso de Manolo Castro y muchos otros.

No me resignaba a la idea de volver a la Universidad y matricular en segundo año para poder ser presidente de la escuela. Hubiera tenido todo el estudiantado a mi favor; sin embargo, no quise hacerlo. Era una actitud consecuente cuando ya no tenía adversarios y contaba con el apoyo y la simpatía de la masa estudiantil, que conservé siempre.

Me convertí en un líder de la Universidad por la libre, y, desde entonces, las grandes manifestaciones, los grandes movimientos, las grandes cosas, las hacía en la Universidad sin ser dirigente oficial. Eso no me quitaba la influencia grande que tenía entre los estudiantes; en realidad actué de forma absolutamente consecuente con lo que yo pensaba, con lo que yo creía, y demostré una ausencia total de interés por los cargos y por los honores oficiales por primera vez en mi vida.

Finalmente me reservé para hacer los exámenes por la libre y pude culminar las asignaturas que tenía pendientes, pero seguí teniendo siempre una gran influencia en la Universidad.

Aquella gente que en una ocasión me había apoyado, los compañeros de los asesinados en la masacre de Orfila, se enfrascaron en una lucha de revancha contra el grupo de los vic-

timarios en dicha masacre.

KATIUSKA BLANCO. —¿Usted se refiere a los miembros de Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR)?

FIDEL CASTRO. —Sí, claro. Ellos creían que tenían razón, que era muy justo actuar contra el gran crimen. Les habían asesinado al jefe y a un montón de compañeros; se consideraron en el deber de tomar venganza. Por eso creo que hicieron algo incorrecto. Mataron a Manolo Castro el 22 de febrero de 1948, quien por aquel entonces no significaba nada, se encontraba desacreditado, ya no estaba en la Universidad. Él no había tenido una responsabilidad directa en lo sucedido en Orfila. Fue algo absolutamente incorrecto porque se trataba de una venganza con figuras de aquel grupo. Uno estaba preso, otro en distinto sitio, y como Manolo Castro era uno de los líderes, lo escogieron a él; sin embargo, no era el más grosero, no era el peor. Masferrer era mucho peor, era un bandido, un fascista, un farsante, un traidor. Escogieron al virtualmente desarmado, que estaba en actividades normales.

Cuando ocurrió, enseguida Masferrer tomó aquel hecho y lo usó para tratar de involucrarme. Era una etapa de peligro porque lo de Orfila originó una guerra entre grupos.

KATIUSKA BLANCO. —¿Usted conocía el testimonio de Fernando Flórez Ibarra donde cuenta cómo Masferrer propuso asesinarlo? En su relato, Flórez Ibarra explica que Masferrer sentía una irracional hostilidad hacia usted, «rayana en la fobia obsesi-

va», a causa de su liderazgo indiscutible frente a la masa estudiantil. El propósito de Masferrer era urdir una trama para implicarlo a usted en el asesinato de Manolo Castro, lo cual le serviría de pretexto para su eliminación física. Flórez Ibarra dice que le constaba que la acusación no tenía pies ni cabeza porque un amigo común de usted y de él, Benito Besada, compañero de escuela, con quien había conversado días después del crimen, le había confiado que a la hora precisa del atentado a Manolo, él se encontraba con usted en un sitio distante. Por otra parte, afirma que todos sabían que usted no tenía vínculo alguno con la UIR, organización señalada como responsable del atentado. Flórez Ibarra interrumpió a Masferrer cuando enunciaba sus propósitos y le contó lo conversado con Benito Besada. Entonces, Masferrer, fuera de sí, vociferó que aquello era lo de menos, que urgía liquidarlo a usted a toda costa, importando un bledo si había participado o no en la muerte de Manolo. Flórez Ibarra confiesa que no daba crédito a lo que oía porque no imaginaba la transformación que Masferrer había sufrido en apenas tres años y ni siquiera podía imaginar el grado de envilecimiento a que había llegado. Textualmente concluye: «Aunque en mi fuero interno no albergaba simpatía alguna por Fidel, que había apoyado a mi rival cuando me presenté como candidato a delegado de una asignatura, no podía concebir que alguien fraguara su asesinato, o el de cualquier otro estudiante, como único medio para neutrali-

zar su prestigio».

La historia pude leerla en el libro *Yo fui enemigo de Fidel,* cuya segunda edición fue publicada por la Editorial de Ciencias Sociales, en el año 2002.

FIDEL CASTRO. —En aquel período, Masferrer —aliado al gobierno— con su revista, desarrolló una campaña en la que trató de imputarme la muerte de Manolo Castro y de otros hombres de una manera infame, calumniosa, como parte de una maquinación política. Quería estimular contra mí el sentido de la venganza, crearme problemas legales, incluso, de riesgo personal, para así justificar, en la lucha, mi muerte en cualquier momento, o que me arrestaran. Fue una campaña política desfavorable de descrédito contra mí.

Frente a tal acusación tomé la iniciativa, me presenté a las autoridades y planteé mi inocencia. Les pedí que hicieran cuanta prueba quisieran. Tuve que defenderme legalmente de la acusación. Pero la implicación legal no era la más grave, el riesgo real era ser víctima de un asesinato por parte del gobierno con el pretexto de una venganza. Entonces debía andar desarmado en medio de una situación de peligro muy grave.

Libraba una lucha absolutamente desarmado desde que regresé de Cayo Confites, porque hasta la pistola se había perdido. La verdad es que Pedro Emilio —me da pena contarlo—, un día fue de visita por Birán y dijo que él iba a traer la pistola a La Habana, y la dejó en una casa de empréstitos. Pedro Emilio

por entonces andaba sin dinero, así que la empeñó y la vendió. Aquel fue el final «súper glorioso» de la única arma que salvé de la expedición.

A mi regreso a la Universidad, cuando estaba librando una lucha tremenda contra el gobierno, se inició aquella infortunada guerra en que gente noble y honrada actuó de una manera absolutamente incorrecta, a mi juicio, porque no estaban guiados por una concepción revolucionaria, aunque creyeran que era un deber sagrado, de hermandad y solidaridad, realizar atentados.

KATIUSKA BLANCO. —La lucha de grupos, como usted dice, se agudizó. Según el estudio que guarda la Oficina de Asuntos Históricos, desde mayo de 1947 hasta marzo de 1952, cuando Batista dio el golpe de Estado, se realizaron casi 30 atentados en el país, contando solo los que involucraban a la UIR contra otras organizaciones. El peligro era pasmosamente grande.

FIDEL CASTRO. —Sí. Ya contaba con la máxima autoridad entre los estudiantes, aunque no era alumno regular. Continué desatando una activa campaña antigubernamental. Organicé una serie de manifestaciones desde la escalinata universitaria contra el gobierno. Recuerdo que poco antes, una fue con motivo de la muerte de un estudiante de preuniversitario, Carlos Martínez Junco, a quien le dispararon frente al Instituto de La Habana el 9 de octubre de 1947. La manifestación fue el día 10 y acudieron miles de estudiantes frente al Palacio Presidencial.

Por ahí hay una foto de aquel mitin, donde aparezco encaramado en la antigua muralla, frente al viejo Palacio, hablándole a la gente. Como denuncia del crimen, nosotros condujimos el cadáver frente a Palacio, donde estaba el gobierno.

Grau había invitado a una representación de los estudiantes a discutir con él y dije que no. Expresé que no queríamos verlo, sino que se fuera del gobierno.

En un momento de efervescencia patriótica —al menos yo lo creía—, en la lucha contra Grau, visité Manzanillo, me reuní con los veteranos de la Guerra de Independencia, con un concejal que estaba en oposición al gobierno, y les pedí que nos prestaran —a la Universidad— la campana utilizada por Carlos Manuel de Céspedes en el ingenio La Demajagua, el 10 de octubre de 1868, cuando dio el grito de independencia. Persuadí a los veteranos y al Ayuntamiento de que me entregaran aquella reliquia para organizar un mitin de protesta contra Grau en la capital.

Ya el gobierno estaba tan desprestigiado ante la opinión pública, por la corrupción, la malversación, el robo, que el municipio de Manzanillo me entregó la campana para llevarla a un acto universitario, y en un tren la trajimos. Hubo una gran movilización. Una gran multitud recibió la campana.

También estoy retratado con ella; venía en el tren cuidándola. La desembarcamos en la estación terminal, la cargamos, la llevamos con muchos honores frente a Palacio, y la trasla-

damos a la Universidad.

¿Qué ocurrió con la campana? Tuvo lugar algo insólito. La campana llegó a La Habana el 3 de noviembre, estuvo un día en el Salón de los Mártires de la Universidad, y en la noche del 5 de noviembre, un día antes del mitin, fue robada por Eufemio y Alemán, elementos de la mafia del gobierno.

Entonces en el salón de los mártires universitarios no había una guardia —porque existía la policía universitaria, pero tenía muchos locales que custodiar— y me avisaron del robo de la campana por la madrugada. Inicialmente no se sabía quién, solo que eran los intereses del gobierno los que estaban detrás. Aquel mismo día hablé en una concentración grande, enorme, en la escalinata de la Universidad, por la noche. Se hizo una gran movilización, una gran manifestación. El 27 de noviembre pronuncié el discurso en un gran acto.

Organicé innumerables actividades. Vivía una agitación continua. Yo me paraba en la escalinata, nada más alzaba los brazos y eran miles de estudiantes los que se movilizaban. Había una lucha política de masas muy fuerte allí.

Después supimos que quien se había robado la campana era Eufemio Fernández —el jefe del segundo Batallón en Cayo Confites— y su grupo. Cumpliendo instrucciones del gobierno, se presentó en la Universidad de madrugada, se llevó la campana, la escondió y después se la entregaron a Grau, como una especie de reivindicación hacia él. Así actuaba aquella

gente; incluso, los menos sanguinarios, con una mejor actitud personal, eran gente más o menos de tal calaña.

Así terminó el año 1947, con grandes movimientos y manifestaciones en la Universidad.

A principios de 1948, en el mes de enero, asesinaron a Jesús Menéndez, dirigente obrero azucarero del Partido Comunista. Ya en el gobierno de Grau se iniciaba una etapa de asesinatos de dirigentes obreros y comunistas. Nosotros hicimos declaraciones muy fuertes contra el asesinato de Jesús Menéndez y participamos en el entierro.

En todas aquellas manifestaciones siempre estuvieron cara a cara la policía y los estudiantes. A veces era tan grande la masa de estudiantes, que no la interceptaban para evitar conflictos mayores. Otras veces llegábamos a enfrentar a la policía con piedras.

Recuerdo un invento que hicimos una vez. La Universidad está en una colina, el tranvía pasaba por allí, los raíles llegaban hasta la calle San Lázaro, dos o tres cuadras más abajo. Recuerdo que en una oportunidad echamos gasolina en las líneas del tranvía, la gasolina rodó hasta donde estaba la policía, entonces encendimos candela en el extremo; un río de llamas avanzó hasta donde estaban ellos. Los policías corrían cuando venía la candela, y se ponían en marcha las perseguidoras, ¡el escándalo! Era una de las armas nuestras: volcar un bidón, un tanque de gasolina sobre las líneas del ferrocarril y era como

un lanzallamas, un río de fuego. Otras veces los policías atacaban, tiroteaban la Universidad. Todo aquello sucedía. Así, de manera convulsa, empezó el año 1948.

En una de las manifestaciones, el 12 de febrero de 1948, chocamos con la policía. Con una porra, un tolete utilizado por la policía, me dieron un golpe fuerte en la cabeza, casi perdí el conocimiento, derramé bastante sangre y me llevaron herido para la Universidad. Tenía en jaque al gobierno y a todo el mundo. Estaba totalmente ligado a la lucha de masas contra el gobierno de Grau. Para entonces había tenido un gran avance, ya comprendía todos los métodos de masas, de lucha, movilización y manifestación; esto lo hacía por instinto, un gran instinto político de movilizar al pueblo y a las masas. Además, siempre tenía la idea de que si la Universidad era tomada por la policía, había que resistir. No contábamos con armas, pero siempre era partidario de que a la Universidad había que defenderla como a una fortaleza.

Por eso estuve desarmado, desde que llegué de Cayo Confites, desde octubre de 1947, hasta el 26 de julio de 1953 —claro, hice prácticas—; y desde noviembre de 1947 hasta el 10 de marzo de 1952, casi cuatro años y medio tuve que desafiarlo todo: al gobierno de Grau y las mafias. Llegó el punto en que tales grupos se enfrascaron en una guerra de rivalidades internas y abandonaron todos los ideales políticos. Vivían del presupuesto del Estado. Fue el momento en que entré en con-

flicto con todas las organizaciones, hasta que las denuncié.

KATIUSKA BLANCO. —Sí, usted presentó un escrito al Tribunal de Cuentas el día 4 de marzo de 1952, publicado a la siguiente jornada por el periódico *Alerta*, donde denunciaba por sus nombres y apellidos los 2120 puestos que tenían los grupos gangsteriles en los ministerios.

FIDEL CASTRO. —Era una larga y pormenorizada lista. En todo aquel tiempo, además, adquirí una gran influencia en la Universidad, tenía más madurez, desarrollé una lucha muy fuerte contra el gobierno y ya me tomaban en cuenta; era un obstáculo serio para ellos. Si yo usaba un arma, la policía me arrestaba inmediatamente, me sacaba de circulación, me ponía fuera de la ley, y yo tenía que luchar dentro de la ley. Había ido adquiriendo un desarrollo político muy rápido; valoré la lucha política, la lucha del pueblo, la lucha de masas, y desde que regresé de la expedición de Santo Domingo, ya pensaba en la revolución en Cuba y que algún día había que hacerla, pero tenía que mantenerme luchando.

En aquel período fui consolidando más mis relaciones con los ortodoxos y participé desde muy al principio en aquel partido. Estaba desde los primeros momentos con el Partido Ortodoxo.

Desde bien temprano se fue formando dicho grupo. El 14 de marzo de 1945 ocurrió el primer crimen político del régimen de Grau que provocó las primeras denuncias de Chibás

contra el régimen. A partir de entonces puede decirse que comenzaron las campañas.

Otro hecho fue el negocio del trueque de azúcar cubana por cebo argentino y arroz ecuatoriano, que fue el primer gran escándalo de latrocinio. Aquello ocurrió en abril de 1945.

A principios del año 1947 se formó la tendencia ortodoxa, y yo desde el primer momento estuve en contacto con quienes asumieron tal posición. Se formó primero como grupo de oposición dentro del propio Partido Auténtico en 1945 y se prolongó hasta 1946. A comienzos de 1946, después de una visita al presidio de la Isla de Pinos, hice la primera denuncia, y en marzo acusé a Mario Salabarría de asesino por sus atropellos. Ya en los años 1945-1946 estaba vinculado a los ortodoxos.

Tuvo lugar un proceso. Ellos fueron inicialmente un grupo en la oposición dentro del Partido Revolucionario Auténtico, pero no habían fundado una agrupación política aún. El Partido Ortodoxo se fundó en 1947.

Al ingresar en la Universidad todavía no tenía cédula ni voto ni tenía derecho a inscribirme en un partido, porque solo era posible a los 21 años. Estaba como simpatizante, como amigo.

Rubén Acosta fue de los primeros dirigentes del Partido Ortodoxo. A él lo conocía desde muchos meses atrás —el ortodoxo a quien acudí cuando la amenaza de que no volviera a la Universidad, el hombre al que le faltaba el brazo—. Es decir,

yo tenía contacto con varios dirigentes ortodoxos, pero uno de los más amigos era Rubén Acosta, quien había pertenecido al Partido Auténtico, e inició el movimiento del Partido Ortodoxo. La fundación oficial fue el 15 de mayo de 1947, antes de la expedición de Cayo Confites.

Yo actuaba como estudiante y dirigente universitario, pero no tenía responsabilidades en el partido. Simpatizaba, apoyaba en declaraciones públicas, en todo, pero no era dirigido por el partido. Actuaba por mi propia cuenta.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, al escribir sobre tal etapa de su vida, en un artículo publicado años después desde México, usted afirmó: «Yo andaba por las calles de La Habana desarmado y solo». Mientras más leo sobre dicha época, más me asombro y pregunto: ¿Cuántas causas y azares debieron confluir para que usted se salvara? Parece un verdadero milagro que sobreviviera en medio de tantos peligros, cuando con un gran liderazgo entre los estudiantes denunciaba continuamente al gobierno y los grupos gangsteriles. ¿Usted coincide conmigo en tal certeza o tiene alguna otra razón que lo explique?

FIDEL CASTRO. —Te venía explicando la difícil situación de la lucha por aquellos días.

En la Universidad sucedieron hechos importantes en mi vida: la lucha contra el gobierno de Grau, junto a personas honradas, a la gente que denunciaba las injusticias. Considero mi participación en la expedición de Santo Domingo como un

gesto noble y altruista: me fui sin un amigo, completamente solo, tomé el caminito así, para participar en una acción organizada y dirigida en gran medida por quienes habían sido mis enemigos, sin decir nada en mi casa, sin decir nada a nadie.

Después, por las mismas razones, me enrolé en el estallido de Bogotá, y también fui solo.

Puedo asegurar que lo que hice entonces fue lo más altruista, lo más desinteresado, lo más moral; aunque no fuera una razón suficiente para decir que todo estaba bien. Debí también medir o valorar mejor entre el sacrificio máximo, total y el objetivo de lo que estaba buscando. Fue una de las etapas más altruistas, desinteresadas y arriesgadas de mi vida. Fue muy duro para mí —recién salido del Colegio de Belén, y también poco tiempo después— enfrentarme a problemas graves sin ninguna experiencia.

¿Cómo salí yo vivo de todo eso? No es del todo milagroso, creo que mi conducta fue un gran freno. ¿Qué fue lo que posiblemente frenó muchas veces la mano de mis enemigos? Bueno, los gestos que yo tenía: no les tenía miedo, me metí en una expedición y contaba con mucha simpatía entre los estudiantes; entonces, como quiera que sucediera, mi muerte habría sido, en aquella época, en tales circunstancias, algo muy escandaloso. Me defendí como el domador de leones, haciendo ruido con el fuete y contando con la simpatía que tenía entre mis condiscípulos. Creo que me ayudó el hecho de ser un tipo

solo. En dichas circunstancias, ellos quizás pensaron como Batista, que yo no podía hacer gran cosa solo. Por lo menos los irritaba, los irritaba tremendamente.

¿Por qué no me mataron? Algunos de tales elementos psicológicos debieron influir; pero tampoco me mató Batista, aunque considero que él calculó más que era un muerto pesado y no un enemigo inofensivo. Ya tenía un muerto pesado, porque sobre él gravitaba la acusación de que era el asesino de Guiteras. Prefirió no complicarse en aquel momento, era más conveniente para él.

¿Nos tendría algún respeto por el hecho de que hubiéramos desafiado su poder, su Ejército? ¿Habría algún respeto? No es imposible, no es del todo imposible. O sea, Batista no me mató porque su reacción fue semejante a la de aquella gente. No puede ser un milagro, tiene que existir una explicación, que no fue precisamente la prudencia mía. Yo debí ser más prudente, no más prudente, debí ser prudente, y creo que todo se hubiera podido lograr sin necesidad de aquellos desafíos.

Si hubiera sabido entonces lo que conocí después, no hubiera entrado en tales desafíos donde las posibilidades de éxito no existían. Luego lo hicimos cuando el gobierno de Batista: no fuimos a atacar Columbia, organicé para atacar al otro extremo de la isla, en una guerra de otro tipo; nosotros no desembarcamos por La Habana ni por Manzanillo; no intentamos ocupar Manzanillo ni Santiago de Cuba, los tomamos después. Había

que saber qué objetivos podíamos tomar. Si tal experiencia la hubiera tenido cuando ingresé en la Universidad, ¡ah! ¿Qué era lo que sabía yo? Lo que aprendimos después. Ya ahora no vale, después de 50 años de Revolución, ¡pero a año y medio de haber salido de los colegios de los jesuitas! Hubiera sido muy útil para mí todo lo que sé hoy.

En aquella época de la Universidad se perdieron muchos jóvenes en luchas inútiles, estériles. Aprendí mucho, después, a lo largo de toda la historia de la Revolución. Luché incansablemente por mantener la unidad.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, el 4 de septiembre de 1995, en el Aula Magna de la Universidad, le escuché decir algo sorprendente para mí: «Y si me falta algo por decir es que, aunque aquí hubo luchas y hubo conflictos —aquí en esta Universidad—, que he mencionado, unos cuantos de los que fueron enemigos aquí, y algunos de los que hasta quisieron matarme y estuvieron en planes para matarme, se unieron después a la Revolución con el Movimiento, sobre todo, en la Sierra Maestra, en la guerrilla. Así que muchos de los que fueron adversarios aquí, y fuertes adversarios, después se unieron al Movimiento 26 de Julio, y lucharon y algunos murieron, para que ustedes vean las paradojas que tiene la vida y cómo unos tiempos son sustituidos por otros. Tuvieron confianza y se unieron».

Siento que fue una suerte cubrir aquel acto en la Univer-

sidad como reportera del diario *Granma*. Nunca olvidaré sus palabras.

¿Quince años después usted conserva igual visión?

FIDEL CASTRO. —Puedo ratificar todo lo que dije. Fueron vivencias extraordinarias e inimaginables las de la Universidad por su repercusión. Allí también aprendí que no se deben sobrestimar ni subestimar las fuerzas. En cierto momento me dejé llevar por ciertas ambiciones. Era muy prematuro para ser presidente de la escuela cuando aún estaba en segundo año de la carrera. Claro, creí que estaba actuando bien, que era el que más posibilidades tenía, el más fuerte, y quizás tenía razón en cierto sentido; pero ¿por qué apurarse?

En realidad, aquellos encontronazos con la mafia de la Universidad pudieron haberme costado la vida; sin embargo, me enrolé en la expedición de Cayo Confites, no me frenó el hecho de que mis enemigos fueran los principales jefes de aquella acción.

Yo contaba con el respaldo de la masa universitaria, gozaba de gran simpatía entre los ortodoxos, pero lo que hacía no era por cuenta de ese partido, ni el partido era responsable de mis actos, y frente a todo andaba desarmado.

No sé si alguna vez, en algún momento, pude haber estado armado en algún lugar, en una casa, pero casi invariablemente estaba sin arma porque le estaba creando problemas muy serios al gobierno, no iban a permitir que yo dispusiera de un

arma, así tendrían pretexto legal para encarcelarme, lo que yo evitaba.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, en medio de la situación de peligro en que se vio involucrado por las campañas de Masferrer, el hervor de las luchas universitarias contra el gobierno de Grau, sus denuncias de la corrupción y los asesinatos, usted promovió la idea de hacer el Congreso de Estudiantes Latinoamericanos. ¿Podría narrarnos qué acontecimientos lo llevaron a desarrollar tal iniciativa? ¿Qué causas lo alentaron?

FIDEL CASTRO. —Por entonces surgió la idea del viaje, una idea mía. A mi regreso de Cayo Confites continuaba simpatizando con la causa dominicana y con la de Puerto Rico.

Antes de llegar a tener una filosofía marxista, ya estaba en la lucha por la democracia en Santo Domingo, en la lucha por la independencia de Puerto Rico, por la soberanía de las Malvinas, la devolución del canal a Panamá; ya acompañaba todas aquellas causas latinoamericanas. Entonces pensé en organizar el Congreso de Estudiantes Latinoamericanos, para luchar contra las injusticias en nuestro continente.

No era una lucha antiimperialista en el sentido leninista, sino patriótica, nacionalista, latinoamericanista. Claro, ya me definía como un hombre de izquierda totalmente, pero todavía no era un marxista-leninista; estaba muy cerca de serlo, porque ya libraba una batalla contra el gobierno, la corrupción, el robo, el peculado. Denuncié los crímenes como el de

Jesús Menéndez, las persecuciones y los asesinatos contra los dirigentes obreros y comunistas. Era un hombre de izquierda antes de ser un cabal revolucionario, en aquel brevísimo período de tiempo, de apenas dos años.

Entonces, concebí la idea de organizar en Colombia un Congreso Latinoamericano de Estudiantes al mismo tiempo que tenía lugar allí una reunión muy importante: la IX Conferencia Panamericana. Estaba pensando extender la lucha a América Latina y organizar a los estudiantes latinoamericanos. Fue en el período de la Guerra Fría, y estaba metido en camisa de once varas: luchaba por la democracia de Santo Domingo, la independencia de Puerto Rico, la devolución de las Malvinas, la desaparición de las colonias y por la devolución del Canal de Panamá.

Desde época tan temprana como en los primeros años, cuando apenas tenía dos años y medio de haber ingresado en la Universidad, hice el intento de organizar a los estudiantes latinoamericanos y hasta elaboré la idea.

Por aquella época Perón presidía Argentina, tenía conflictos también con Estados Unidos y reclamaba las Malvinas. Su postura era patriótica, nacionalista. Un argentino —Iglesias— hacía mucha campaña a favor de los peronistas, por distintos temas y sobre algunas medidas sociales adoptadas efectivamente, aunque había cierta confusión todavía sobre lo que era el peronismo. Iglesias hizo contacto con nosotros y le planteé

lo que pensaba y a ellos les interesó el programa por las Malvinas. Estuvieron de acuerdo, quisieron cooperar e iban a mandar estudiantes peronistas. Así es como se organizó el viaje.

No hacía mucho tiempo, en Venezuela una revolución había derrocado al gobierno militar. Acontecía lo que nosotros creíamos una revolución, pero realmente era una lucha política, democrática, pudiéramos decir una revolución democrática. Fue cuando finalizó el gobierno que encabezaba [Rómulo] Betancourt y resultó electo presidente Rómulo Gallegos, el novelista.

En Panamá existía una intensa lucha de los estudiantes alrededor de las demandas de los derechos sobre el Canal de Panamá, una lucha nacionalista, patriótica, llevada por parte de los estudiantes panameños. En Colombia había un movimiento estudiantil fuerte y se iba a celebrar la IX Conferencia Panamericana.

Entonces, tracé un plan. Reunimos un poco de recursos, muy pocos; ni recuerdo cómo conseguí los fondos, si pedí algo en mi casa, los pasajes no eran muy caros. La idea era viajar de La Habana a Venezuela para hablar con los estudiantes, expresarles todo esto, pedirles apoyo. De Venezuela a Panamá primero. Planifiqué ir luego a Colombia, hablar con los estudiantes, solicitar apoyo, era muy importante. Mientras tanto ampliábamos relaciones con otros estudiantes.

Iba a movilizar también a los argentinos, porque teníamos

una coincidencia de intereses: lo de Santo Domingo, lo de Panamá, lo de las colonias, y todo coincidía con la lucha de los argentinos por las Malvinas. De modo que yo estaba ya defendiendo la causa de las Malvinas desde el año 1948, hace más de 60 años que por primera vez, como estudiante universitario, empecé a defender dicha causa.

Organicé el viaje, pero cometí un gran error, hice una gran tontería. Era en el mes de marzo, ¿cuándo fue lo de Bogotá? Los preparativos los realicé más o menos en el mes de marzo. No habían transcurrido cinco meses de la expedición de Cayo Confites contra Trujillo y yo me monté en un avión —de aquellos aviones DC-3 con dos motores—, que hacía escala en Santo Domingo y fue haciendo escala en todas las islas del Caribe. Por entonces no había Jet ni aviones que volaran directo a Venezuela; no, no, cuando aquello eran DC-3, unos avioncitos. El hecho es que el avión arrancó de La Habana y aterrizó en Santo Domingo, en Ciudad Trujillo.

Fue algo tonto lo que hice. Llegué al aeropuerto de Ciudad Trujillo y creo que era suficientemente conocido como para que supieran que era el presidente del Comité Pro Democracia de Santo Domingo y expedicionario. Me bajé del avión a ver cómo era aquello por allí. Había unos tipos trujillistas, se veía claro que lo eran, y me puse a conversar con ellos, sin disfrazarme, sin ocultarme, y mientras estaba hablando, conversando sobre no sé qué cosa, los tipos me reconocieron, ¡suerte que

la parada era muy breve!, de unos minutos nada más, así que de súbito ya se iba el avión, me monté en él, arrancó y no me pasó nada. Ahora me pregunto: ¿Qué hacía yo aterrizando en Santo Domingo, y en vez de quedarme en el avión allí calladito, cómo es que me dispongo primero a bajarme y luego a entablar conversación? ¿Cómo di lugar a que me reconocieran? El avión fue haciendo escala no sé en cuántos lugares, hasta que llegó a Venezuela —entonces no existía la carretera de La Guaira.

Yo no tenía más título que mis argumentos. A todo esto, había renunciado a ser dirigente oficial, solo era una especie de dirigente espiritual. Organicé todo el movimiento con el apoyo de la gente, pero no tenía un título oficial. Estaba de presidente Enrique Ovares, estudiante de Arquitectura, alguien mediocre a quien habíamos elegido como una solución conciliatoria. Alfredo Guevara era secretario de la organización. Y yo sin ningún título universitario estaba preparando un congreso.

Muy probablemente esto no gustó mucho a Ovares ni tampoco a Alfredo que, al fin y al cabo, eran los líderes oficiales de la FEU y yo solo un agitador que había renunciado a los cargos oficiales. Si yo hubiese matriculado como alumno oficial en la Universidad, en la elección hubiera contado con el apoyo de la inmensa mayoría del estudiantado, pero renuncié porque sentía que no me hacía falta hacerlo. Me importaba más

luchar. Ya yo no importaba prácticamente nada, me importaban las cosas que hacía, por las que luchaba y vivía. Creo que es un momento muy importante en la vida de cualquier hombre, cuando le importa mucho más lo que hace, las cosas que hace, que uno mismo; le importa más que se resuelvan los problemas que uno mismo o quien consigne las realizaciones. Es un momento realmente esencial en el desarrollo político de un individuo, un punto vital.

Y estaba organizando el congreso, no podía contar con Ovares porque él, al fin y al cabo, aunque lo habíamos elegido, era un bobo, un mediocre completo, no sabía ni dónde estaba parado. Creo que Alfredo tenía influencia en él porque contaba con más preparación; a lo mejor hasta los discursos que hacía Ovares se los hacía Alfredo, como secretario.

Todavía no existía una identificación plena de los comunistas conmigo, y creo que con razón, porque todavía yo no era un marxista-leninista, pero puedo hacerles la crítica de que no hicieran un esfuerzo por captarme porque, al fin y al cabo, yo habría podido servir para luchador comunista, porque tenía la preocupación, el temperamento, la sensibilidad. Posiblemente el hecho de que yo proviniera de un colegio de jesuitas constituyera un prejuicio entre ellos. Si usted provenía de un colegio de jesuitas, era hijo de un terrateniente y, además, todavía no estaba muy versado en marxismo-leninismo, tenía lógica que existiera algún prejuicio. No importaba lo

que hubiera hecho, si luchaba contra el gobierno, el terror, la fuerza; si luchaba por causas justas.

Todavía no tenía muchos títulos para merecer la simpatía, o al menos la confianza, de los 14 o 15 cuadros comunistas que había en la Universidad, entre ellos, Alfredo Guevara. Realmente en tales circunstancias estaba ignorando un poco la dirección oficial de la FEU que ostentaba Ovares, no porque estuviéramos en conflicto, sino porque no veía en dicho dirigente alguien con iniciativa o que sirviera para algo.

Lo curioso es que yo llegué, me reuní con los estudiantes venezolanos y estuvieron de acuerdo conmigo. Visité el periódico del Partido Acción Democrática, incluso, logré una entrevista con Rómulo Gallegos, a quien no vi porque estaba en una playa en La Guaira. Todos estuvieron de acuerdo con realizar el congreso.

Estuve en Venezuela, después en Panamá, fui a la Universidad, estremecida por una gran efervescencia: un estudiante había quedado inválido por un disparo de los marines yanquis, y se le consideraba un símbolo. Lo fui a visitar, hablé con él y logré que los estudiantes panameños también apoyaran el congreso estudiantil. Ya contaba con el apoyo de los venezolanos y los panameños.

09 *Santa Fe de Bogotá, la IX Conferencia Panamericana y el Congreso Latinoamericano de Estudiantes, Fidel vehemente, Gaitán, El Bogotazo, quedarse en el torbellino, la primera insurrección vivida, amar a Colombia*



KATIUSKA BLANCO. —Comandante, el 3 de abril de 1948 usted se encontraba en Bogotá. Aquel día escribió a don Ángel una carta en papel timbrado del hotel Claridge, donde le contaba todo lo vivido hasta entonces en su viaje por varios países. Tengo la impresión de que la redactó en cuanto llegó a la ciudad; fue la primera vez que hizo un alto para enviar noticias a su casa. El encabezamiento de la carta nos aproxima mucho a usted: «Querido papá…», apunta. La breve frase devela un mundo de íntima calidez familiar, respeto y cariño.

De su presencia en Santa Fe de Bogotá existe también registro gráfico, una imagen captada precisamente el 9 de abril, día de El Bogotazo. Se le ve a usted en primer plano y al fondo una calle de postes derrumbados, farolas inclinadas, vidrieras rotas y escombros en lugar de asfalto, como si hubiera sido destruida por un terremoto o cataclismo.

FIDEL CASTRO. —Mi estancia en Colombia coincidió con la IX Conferencia Panamericana que tuvo lugar en Bogotá, donde se adoptó la Carta de la Organización de Estados Americanos (OEA). La idea era aprovechar esta coyuntura para realizar el Congreso Latinoamericano de Estudiantes y, desde una posición antiimperialista, reclamar la devolución del Canal de Panamá, la devolución de las islas Malvinas, la independencia

de Puerto Rico y protestar contra la dictadura de Trujillo, en Dominicana.

Cuando llegué, les expliqué a los estudiantes los objetivos del congreso, su programa. Mi lucha empezó bien temprano, desde que Estados Unidos convocaba a los gobiernos de la región, yo organizaba un congreso de estudiantes latinoamericanos contra las dictaduras. Allí estaba la de Trujillo, allí estaban reunidos todos los dictadores.

Nuestra labor persuasiva tuvo éxito, los estudiantes comprendieron, creyeron en lo que hacíamos. Yo fui con Rafael del Pino [Siero], él era amigo de la familia y conocía a mi hermana Lidia. Creo que había pertenecido al ejército norteamericano, y una tía suya estaba relacionada con un dirigente sindical. Fue por la Universidad y se me acercó, parece que simpatizaba conmigo. Daba la impresión de ser un muchacho bueno, tranquilo. Se brindó para acompañarme, y como tenía cierta preparación militar le dije: «Bueno, está bien, vamos». No íbamos a una guerra pero, por lo menos, era un individuo que yo consideraba que podía ser útil, era valiente, por eso fue conmigo, de lo contrario, yo hubiera ido solo, completamente solo. Resultó una especie de ayudante mío.

Colombia vivía una gran efervescencia, había un movimiento popular muy fuerte, el movimiento de los liberales, dirigido por Jorge Eliécer Gaitán, líder popular parecido a Chibás, pero yo diría que con más contenido en su prédica.

Los estudiantes colombianos mostraron su acuerdo con el congreso y se entusiasmaron. La idea avanzaba rápidamente, ya existía un comité organizador que recibía estudiantes panameños, venezolanos, dominicanos, argentinos. El congreso estaba prácticamente estructurado, y yo continuaba trabajando en su organización. Casi me convertí en el centro del evento, lo que provocó celos en los dirigentes oficiales de la Universidad de La Habana, al punto de que [Enrique] Ovares y Alfredo Guevara se aparecieron en Bogotá como representantes oficiales de los cubanos. Crearon una situación relativamente incierta, plantearon que ellos eran los representantes de la FEU, y que yo no lo era.

Cuando ya se ultimaban los detalles para el congreso, se realizó una reunión un poco tensa donde se cuestionaron mis derechos, mis títulos como organizador del evento. Participaron 20 o 30 personas. Alfredo y Ovares estaban presentes. Yo me paré y pronuncié un discurso breve, seco. Expliqué lo que hacíamos, el contenido de aquellas luchas, su importancia y la del momento histórico que vivíamos. Dije que eso era lo que a mí me interesaba, no los cargos ni los honores ni la representatividad; que si los allí presentes pensaban que no podía continuar los trabajos, entonces les pedía que siguieran adelante con la tarea, que yo no tenía ninguna ambición personal.

Estaba realmente muy sentido con aquello, y parece que les hablé con vehemencia, de una manera tan clara y contun-

dente que logré persuadirlos. Dije quién era, cómo era y por qué no podía ser dirigente oficial siendo estudiante universitario. Los presentes aplaudieron muchísimo, y a pesar de que mis títulos fueron impugnados, los estudiantes latinoamericanos acordaron que yo siguiera presidiendo el comité organizador.

KATIUSKA BLANCO. —Después se efectuó su encuentro con Jorge Eliécer Gaitán, posiblemente el 7 de abril de 1948.

FIDEL CASTRO. —Así mismo fue. Los estudiantes colombianos me pusieron en contacto con Jorge Eliécer Gaitán. Aquel día me llevaron a verlo y conversé con él. Encontré a una persona de mediana estatura, aindiado, inteligente, listo, amistoso. ¡Con qué amistad nos trató! ¡Con qué afecto! Nos entregó algunos de sus discursos junto a otros materiales, se interesó por el congreso y nos prometió clausurarlo en un acto multitudinario en el estadio de Cundinamarca. Era su propuesta. Habíamos conseguido el apoyo del líder más popular, un dirigente con gran simpatía, con gran carisma. Era un éxito colosal hasta entonces. Recuerdo que él me entregó sus discursos, entre ellos uno muy bello, la «Oración por la paz», pronunciado en febrero de aquel año, al cierre de una marcha donde participaron 100 000 personas que desfilaron en silencio para protestar contra los crímenes.

Yo estaba acostumbrado a las protestas en Cuba cuando mataban a un estudiante, a un campesino. En otros países su-

cedía también así. En Venezuela, por ejemplo, hubo una gran protesta por crímenes que se cometieron; en Panamá por el estudiante inválido... Y cuando llegué a Colombia, me pareció raro que los periódicos publicaran noticias sobre 30 muertos en tal punto, 40 muertos en tal otro. Había una matanza diaria en Colombia.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, en la presentación de su libro *La paz en Colombia*, publicado en noviembre de 2008, al hablar de su encuentro con Gaitán y de aquel discurso que el líder liberal puso en sus manos, expresé que aquella pieza oratoria era como un legado del político colombiano a usted y a la Revolución Cubana, una herencia a la que han sido fieles en silencio y con seriedad rigurosa.

Impresiona conocer cómo la violencia actual en esta hermana nación sudamericana tiene raíces tan remotas, incluso, anteriores a la fecha del estallido en abril de 1948. Al periodista colombiano Arturo Alape, a quien usted concedió en 1983 una entrevista para el libro que entonces preparaba y que luego fue *El Bogotazo*, usted le confesó su perplejidad al leer las noticias de las matanzas de campesinos que tenían lugar casi todos los días y salían publicadas en los cintillos de los diarios de abril de 1948, cuando usted arribó a la capital de Colombia. Al abordar dichos acontecimientos usted consideró que prácticamente existía una guerra civil en ese país.

FIDEL CASTRO. —Me quedé asombrado de cómo una sociedad po-

día resistir tal masacre. En aquel momento el Partido Liberal estaba en la oposición y el Partido Conservador en el poder. Muchos de los crímenes eran cometidos por el Partido Conservador. Existía un clima de tremenda tensión. Gaitán convertido en líder era el seguro presidente de las próximas elecciones. Había unido a todos los liberales, era un hombre bien preparado, muy talentoso, era el gran líder del pueblo colombiano, democrático y progresista. Así era el hombre que conocí. Nos recibió muy bien y nos dio una cita, creo que dos días después, para acordar los detalles de la clausura del congreso.

Fue un éxito rotundo. Teníamos el apoyo del partido más popular y de Gaitán, un hombre de ideas brillantes, que se daba cuenta de la importancia del congreso estudiantil frente a la IX Conferencia Panamericana, convocada por Estados Unidos, donde se reunieron los dictadores y se tomaron acuerdos reaccionarios.

Por aquellos días fui arrestado porque en medio de la preparación de nuestro evento —imprudencia nuestra— se nos ocurrió repartir unas proclamas en las que poníamos todas las causas de nuestra lucha: República Dominicana, Puerto Rico, Panamá, las Malvinas, contra las colonias y los dictadores. Era casi una proclama bolivariana lo que preparamos. Ni me acuerdo cómo las imprimimos, el caso es que con nuestros métodos de estudiantes agitadores, lanzamos el manifiesto

desde el último piso del teatro Colón, donde tenía lugar un acto solemne en honor de todos los cancilleres, con la presencia del presidente de la República, la oligarquía, la burguesía, gente a la que no le interesaba, en lo absoluto, la soberanía de Puerto Rico ni la democracia en República Dominicana. Tiramos las proclamas creyendo que era lo que teníamos que hacer, sin darnos cuenta de que se trataba de una tontería.

Volvimos para el hotel, y poco tiempo después nos detuvieron, la policía nos venía siguiendo, a Del Pino y a mí. Nos llevaron a una callejuela con pocas luces, unas instalaciones policíacas denominadas las Oficinas de Detectivismo. Debe de haber sido algo así como un cuerpo represivo de vigilancia para descubrir actividades comunistas. Nos interrogaron y les expliqué lo del congreso, ellos creyeron que éramos comunistas, pero parece que le caí simpático al oficial, le agradó de alguna manera conocer nuestra causa, y después que me escuchó nos dejó en libertad. Registraron nuestra habitación en el hotel, no encontraron armas ni dinamita, todo lo que había era un programa. Parece que también tuvieron en cuenta que éramos estudiantes y nos soltaron, aunque luego supimos que nos estuvieron chequeando.

Parábamos en un hotelito acogedor, pero pequeño, muy barato, porque nosotros no teníamos dinero, el congreso estaba casi organizado, a mí no me quedaban ni cinco dólares, no sabíamos qué hacer, cómo íbamos a pagar ni cómo íbamos

a regresar. Es la verdad.

El 9 de abril almorzamos en el hotel y, cuando estábamos haciendo tiempo para reunirnos con Gaitán, vimos una agitación, gente corriendo por las calles, nos acercamos y escuchamos a la gente que gritaba: «Mataron a Gaitán, mataron a Gaitán, mataron a Gaitán». Así empezó todo. Corrían por aquí, corrían por allá, y nosotros seguíamos acercándonos al centro; no estábamos muy lejos, estaríamos a cinco o siete minutos de la oficina de Gaitán. Allí las calles que atravesaban, se llamaban carreras, y las que las cruzaban transversalmente, calles, entonces una dirección era: carrera tal, entre calles tal y tal, o calle tal, entre carreras tal y tal. Eran cosas nuevas para mí. También me llamaron la atención las direcciones en Venezuela, no eran por calles, sino por esquinas: esquina número tal entre esquina tal y tal. Todas esas particularidades de cada país resultaban raras a quien recorría por primera vez América Latina.

Yo nunca había salido de Cuba, hasta llegué a creer que en los demás países de América pasaba lo mismo que en Cuba, pero aunque no era exactamente así, existían algunas semejanzas: el estudiantado, el fervor, el sentimiento.

Lo vi todo, la gran agitación, no habían pasado ni cinco minutos y ya la gente estaba tirando piedras, irrumpiendo en las oficinas. Es decir, no habían pasado ni diez minutos de que las noticias comenzaran a circular y la gente empezó a

reunirse como un remolino, como un ciclón; primero ocuparon una oficina y lo rompieron todo. Yo llegué a un parque y vi a un individuo dando palos, golpes, tratando de romper una máquina de escribir, y lo vi tan angustiado y pasando tanto trabajo para romperla, que le dije: «Espérate, no te desesperes, dame acá», y agarré la máquina y la tiré hacia arriba, fue lo que se me ocurrió para ayudar a aquel hombre.

Recuerdo que salí de allí con un «hierro pequeño» que fue la primera arma que yo agarré para tener algo en la mano.

Bogotá, ¡otra gran aventura en mi vida! ¡Nadie se puede imaginar las grandes aventuras que viví en tan poco tiempo!, pero todas aquellas experiencias me enseñaron, las luchas de grupo, lo de Cayo Confites, El Bogotazo. Fui ganando terreno en la parte táctica, estratégica. Ahora, tenía muy claro que aquello no era una revolución, no lo consideré siquiera cuando se trataba de ajusticiar a un esbirro de la época de Machado o de Batista, o cuando se tomaban venganzas de tal tipo, nunca me pasó por la mente, al punto de que hubo gente que me quiso matar, que después fueron ministros del Gobierno Revolucionario. Creo que nunca en mi vida me dejé llevar por revanchas, ¡me parece tan absurdo! Pero ¿cómo un político se va a dejar llevar por tales cosas?

Cuando nosotros hemos capturado a alguien no lo hemos hecho por venganza, ha sido como una defensa, un ejemplo para que tales crímenes no se cometan.

Y cuando triunfó la Revolución, cuando sancionamos a muchos criminales de guerra, no lo hicimos con espíritu de revancha o de venganza porque equivale a pensar que los hombres son culpables, como si el hombre estuviera ajeno a la época, a la historia, a la sociedad, a la educación que recibió. Muchas veces a un criminal de guerra ha habido que castigarlo. En otra época, en otra sociedad, dicho hombre no hubiera sido un criminal porque el medio, la sociedad hace al hombre. No son los hombres los que hacen la sociedad, es la sociedad la que hace a los hombres. Si se va a aplicar un castigo y existe una filosofía de la gran dependencia del hombre en relación con el medio donde vive, no tiene sentido la venganza. Es absurdo creer que los hombres son absolutamente imputables.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, cuando uno lo escucha contar los acontecimientos vividos rememora las barricadas de los revolucionarios en las callejuelas de París que inspiraron la novela *Los miserables* de Víctor Hugo. Fueron experiencias decisivas en el camino de ser la personalidad política que usted es hoy.

FIDEL CASTRO. —En aquel momento yo era un izquierdista, luego fui un comunista utópico y, después, un marxista-leninista. Un individuo con tales características, que no tiene un norte, no tiene una teoría en la cabeza, a mí me caen las ideas del marxismo-leninismo como el agua en el desierto; ya uno se encuentra algo que es lo que empieza a explicarlo todo. Entonces,

se unen la teoría revolucionaria con la vocación revolucionaria porque indiscutiblemente yo tenía vocación revolucionaria, a mí todo me interesaba muchísimo y lo tomaba muy en serio. Mi vocación era la política.

Así que antes de ser marxista fui, en cierta forma, internacionalista y socialista utópico. Para mí, llegar al marxismo fue llegar a la luz, al agua, al oasis; llegar a una teoría, a una comprensión. Lo que viví con la inexperiencia propia de la juventud, los riesgos a los que me expuse, lo que vi a lo largo del camino, influyó notablemente en mí.

Yo tenía un gran instinto porque decía: «Esa guerra es estéril, esa venganza no tiene sentido, la revolución se hace desde el poder, desde el poder se pueden hacer leyes justas». Todavía no era el socialismo, pero ya estaba pensando en una sociedad sin discriminación racial, sin robos, sin corrupción; sobre todo, pensaba en una revolución, en un poder que todavía no era marxista, pero que no admitiera el crimen, la tortura, el robo, que respetara los valores éticos. Hay una serie de valores éticos en torno a los cuales gira una revolución. Aún así todavía mis ideas no respondían a una doctrina revolucionaria. Bolívar en su época fue revolucionario, y Martí también. Pero en nuestra época yo no podría serlo con las ideas de Bolívar o con las de Martí o de Maceo porque eran las ideas que correspondían a otra etapa histórica. Aquel bagaje político-cultural que yo tenía, no era un pensamiento social avanzado.

Pero cosa curiosa, empecé a tener un pensamiento de mi propia cosecha: socialista y comunista, cuando me puse a estudiar más en serio la economía, los libros de economía política. Fue a finales de 1947 —más o menos—, viendo algunas cosas, pero empecé con más seriedad en 1948. Es decir, a la vuelta de El Bogotazo, cuando me dediqué en serio a estudiar, ya estaba mentalmente condicionado para volverme socialista y comunista sin haber estudiado el marxismo.

La idea de la justicia y la idea de una sociedad mal organizada, me llevaron a una concepción socialista y comunista de la economía, sin que todavía yo supiera de clases ni de lucha de clases ni del origen histórico de las clases. Fue muy curioso, toda una serie de ideas propias del marxismo-leninismo me deslumbraron; me deslumbraron y todavía hoy me deslumbran, lo que no acepté fueron las formas en que los hombres interpretaron el marxismo. Fue mi etapa premarxista, bolivariana, martiana, pero no marxista; era un revolucionario democrático, patriota, pero no un revolucionario socialista.

Había leído la historia de la Revolución Francesa, sobre las asonadas, las manifestaciones y la insubordinación popular. Cuando estaba en el bachillerato, y ya en la Universidad, una de las cosas que más me impresionó fue el texto de la Revolución Francesa. Cuando me sorprendieron los acontecimientos en Bogotá, tenía una cultura relacionada con procesos históricos que me habían llamado mucho la atención; era martiana, era

bolivariana. Sabía lo que era la revolución, pero no desde una interpretación marxista, sino a partir de los grandes acontecimientos históricos, cuando los hombres se rebelaron contra la tiranía, contra la explotación, contra la injusticia.

Todavía no había entrado en contacto con la literatura marxista, todavía no me había puesto a estudiar la economía política en serio; porque la gente que más o menos podía ejercer una influencia sobre mí, que eran unos pocos comunistas de la Universidad, me veían como a un incorregible discípulo de los jesuitas, al hijo de un terrateniente. Tendría que hacerle una crítica a Alfredo [Guevara], pues podían haber trabajado conmigo. Estoy seguro de que existían prejuicios.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, de sus recuerdos de El Bogotazo le escuché hablar precisamente con su amigo colombiano Gabriel García Márquez, el 14 de agosto de 1996. Usted había recién cumplido los 70 años y cuando viajábamos hacia Birán, hicimos un alto en la ciudad de Holguín. Durante la cena, ambos repararon en las mágicas coincidencias que los involucraban: los dos estaban en Bogotá el 9 de abril de 1948, tenían 21 años, y estudiaban Derecho. Usted contaba cómo ayudó a un hombre que intentaba romper a golpes una máquina de escribir y de súbito, preguntó al Gabo: «Y tú ¿dónde estabas cuando El Bogotazo?». Y este, hiperbólico en las asociaciones poéticas y ocurrente en las imaginaciones, le respondió: «Yo era aquel hombre de la máquina de escribir». Solo la certeza

del reencuentro al día siguiente para continuar camino a Birán interrumpió aquella novela de los recuerdos que ambos, sin saber, escribían en una sola noche. ¿Podría seguir contando la historia de la que no conocí el final? Además, ningún relato leído se compara con el encanto de escucharle las remembranzas al protagonista de una verdadera y alucinante aventura.

FIDEL CASTRO. —El día de la muerte de Gaitán continué bajando hacia la carrera, donde estaba la oficina de Gaitán, serían dos o tres cuadras. Allí había una multitud. Esto había sido inmediatamente después, y ya se veía mucha gente enloquecida.

En aquella calle siempre había mucha gente, era muy frecuentada, mayormente por hombres que se protegían del frío con sobretodos oscuros. Los cafés solían estar llenos a determinadas horas, parece que vendían cerveza o alguna otra bebida. También existían otros comercios y numerosas vidrieras.

Cuando desemboqué en la calle, vi gente rompiendo las vidrieras. En un momento había una mezcla de acciones y emociones, todavía no robaban pero estaban furiosos y rompían todo a su paso. Yo traté de persuadir a algunos: «¿Por qué hacen esto? No hagan esto». Les pedí que no destruyeran, porque inmediatamente me di cuenta de que si empezaban a destruir, iban a crear una mala imagen y disgusto popular. Pero era como tratar de aguantar con las manos un río crecido. Los acontecimientos lo sobrepasaban a uno.

Caminé dos o tres cuadras. Del Pino estaba conmigo. An-

duvimos por la calle hacia un parque ubicado frente al edificio del Parlamento, donde estaban reunidos los cancilleres latinoamericanos. Nosotros íbamos en aquella dirección porque había gente que se dirigía hacia allá.

El parque tendría, quizás —lo recuerdo más bien amplio—, una hectárea y media, tal vez dos hectáreas. Al fondo, ya en el Parlamento, había una escalinata no muy alta como de un color amarillo, con varios pisos. Nos quedamos frente al Parlamento. Varias casas abrían sus puertas al parque, y del otro lado se había ido acumulando gente cerca de la edificación. Observé a un hombre que desde un balcón trataba de pronunciar un discurso, intentó hablarle a la gente; algunos escuchaban, pero en realidad casi nadie prestaba atención. Creo que no tendría ni siquiera un altoparlante para que pudieran escucharlo; hablaba y nadie le hacía caso. Mucha gente corría por el parque como enloquecida, cientos de gentes en tal situación. Corrían, se arremolinaban, parecían ráfagas de viento y, en un momento dado, la multitud, que aún no era compacta, se encaminó hacia el Parlamento, al edificio donde radicaba la reunión de la OEA.

Me fui acercando, una línea de policías cuidaba la entrada, y advertí cómo aquella línea de policías se empezó a disgregar, empezó a oscilar hasta que desapareció; estos, atemorizados ante la cantidad de gente enloquecida, penetraron en el Parlamento.

Subí la escalinata, llegué a la primera planta —muchos habían subido al segundo y tercer pisos, a los pisos superiores—, traté de llegar al centro, a una especie de patio del edificio, pero desde los primeros pisos lanzaban escritorios, sillas, muebles, de todo. Me tuve que apartar. La policía se había disgregado, la gente había penetrado destruyéndolo todo y, entonces, salí otra vez para la plaza.

Ya en las afueras del Parlamento tuve que andar con cuidado porque la gente le tiraba piedras a los bombillos, a las bombas lumínicas, lanzaban botellas contra los cristales: era una furia destructiva. Había que tener cuidado porque saltaban los vidrios, mucha gente resultó herida por accidente. No existía ningún signo de autoridad, nosotros salimos del parque y nos dirigimos hacia donde estaban los otros dos cubanos: Ovares, que era jerárquicamente el presidente de la FEU, y Alfredo que era el secretario, para analizar con ellos qué hacer en tal situación.

Caminaríamos cinco o seis cuadras en dirección al lugar donde se encontraban nuestros compañeros, queríamos analizar, discutir lo que haríamos, también pensamos invitarlos a participar en cualquier acción que tuviera lugar. Ya yo veía con claridad que estaba en marcha una sublevación totalmente anárquica.

Todavía no se sentían tiros porque, donde podía haberse dado un choque, la policía vaciló y se disgregó, allí donde

existía un cordón policial a las puertas del Parlamento.

Llegamos a la casa de huéspedes donde se encontraban Ovares y Guevara, y cuando estábamos hablando con ellos sentimos una multitud que venía por una calle frente a la casa. Nos asomamos por una ventana y vimos que algunas personas venían armadas. Se confundían en la manifestación policías y ciudadanos comunes, algunos traían fusiles y otros, machetes. Una manifestación compacta se dirigía a una estación de policía que quedaba unas cuadras más adelante. Entonces dije: «Me uno a la manifestación». Bajé y me sumé al gentío. Al instante iba entre los primeros porque cuando pasaron por la casa me había sumado a la primera fila.

Avanzamos por la calle que era bastante estrecha, aquellas calles son de cuadras largas. No puedo decir ahora si fueron dos, tres o cuatro cuadras. Diría que a unos 300 metros más adelante estaba la estación de policía, en una esquina, con sus torretas muy estrechas de ladrillos color rojo, allí estaban los policías apostados —arriba— apuntando hacia la calle, pero la multitud que abarcaba cientos de metros siguió avanzando, llegó a la esquina, dobló. Yo caminaba y esperaba a ver qué pasaba, si tiraban o no. Por suerte, la policía no disparó.

Los policías quedaron paralizados. La gente entró en torrente porque aquello no se regía por ninguna disciplina, se regía por las leyes de la física. Una gran masa empujó hasta que logró entrar en la estación de policía sin que se disparara un solo tiro.

Tomamos la estación. Unos entraron por un lado y otros, por el otro. Yo buscaba un arma, posiblemente habría pocas, porque los policías estaban armados. Cuando entré en el arsenal, no había fusiles sino escopetas de gases lacrimógenos, yo nunca las había visto, pero eran como las escopetas de caza, con un cañón grueso y con unas balas como de madera, gruesas, largas; tendrían, por lo menos, de 15 a 20 centímetros, ¡unas balas enormes! —y unas cananas que tenían como seis balas, tres en un lado, tres en el otro—. Al no ver ninguna otra arma, agarré una escopeta y como tres cananas de balas. Dije: «Antes de no tener nada, tengo esta escopeta con estas balas grandes». No había fusiles ni otras armas.

Subí las escaleras en busca de un fusil, seguía intentando encontrarlo. Arriba había un cuarto, pero nada, no había nada.

Como estaba vestido de traje, me conseguí una especie de capote, lo encontré donde mismo estaba la escopeta, era como de hule, también me puse una gorra sin visera, algo así como una boina. Cuando subí las escaleras hasta el primer piso —allí sí había tiros porque había gente que disparaba al aire, en el patio—, entré en una habitación, el cuarto de unos oficiales. Estaba buscando un par de botas porque andaba con los zapatos de vestir. Dije: «Bueno, ya tengo un arma, ya tengo algo». Entré en el cuarto y encontré unas botas, y cuando estaba tratando de ponérmelas sentado en una cama del cuarto de los oficiales, llegó un oficial de la estación y dijo: «¡Mis bo-

ticas sí que no, mis boticas, no!». El tipo protestaba para que no le llevaran sus botas: «¡Mis boticas sí que no! ¡Mis boticas sí que no!». Y a mí me dio gracia aquel hombre, oficial de una estación de policía, de un cuerpo armado, a quien le tomaron la estación de policía, le ocuparon todas las armas, y decía: «¡No, mis botas sí que no!». ¡Increíble!; un hombre que había perdido la estación, había perdido el cuerpo al que pertenecía, las armas, ¡todo!, y en el momento en que yo estaba sentado llegó con una protesta: «¡Mis boticas sí que no!».

Vi que las botas no me servían y le dije: «No, quédese con sus botas». Me puse otra vez los zapatos, salí del cuarto de oficiales, bajé las escaleras, fui al patio y allí en medio de aquel caos observé a un oficial que trataba de organizar una unidad.

Yo tenía idea de la Revolución Francesa por los libros leídos y disfrutados. Había soñado con los barrios de París, que al toque de corneta se insurreccionaban. Para mí la multitud que tomó la estación de policía era exactamente igual a la que organizaba las asonadas en París cuando la Revolución Francesa. Yo estaba viviendo la Revolución Francesa.

A estas alturas ya sabía lo que era una revolución, una insurrección popular, tenía ideas de lo que había que hacer, de la necesidad del orden. Tenía la experiencia vivida en el intento de liberación de Santo Domingo. Era un soldado libertador frustrado en la bahía de Nipe.

Entonces vi al oficial que estaba organizando un pelotón o

una escuadra, serían 10 o 15 personas; tenían armas, algunos eran policías, otros civiles. Me acerqué con la idea de incorporarme a la unidad con mi capote, mi gorra sin visera, mi escopeta gigante —el escopetón aquel—, las cananas, ¡lleno de cananas, era un polvorín lo que llegó!, me puse en fila, pero parece que el oficial se impresionó al verme, se quedó mirándome y me dijo: «¿Y esto? ¿Qué tú vas a hacer con esto? Espérate, dame esas cosas que yo te voy a dar un fusil». Parece que le resultó muy peligroso y me ofreció el fusil a cambio de todo aquel armamento que yo tenía, aquel montón de balas enormes. Entonces dije: «Correcto, deme el fusil». Pero cuando me lo fue a dar tuve que moverme y agitar duro, para poder quedarme con el fusil, porque había mucha gente desarmada que trataba de quitármelo. Me tocó un fusil con una canana como con 16 balas, muy pocas balas. Entonces dije: «Bueno, ya tengo un arma». Pude quedarme con el fusil y con las 16 balas.

Aquel esfuerzo por organizar la escuadra tuvo lugar en medio de un desorden tremendo, un caos, un correcorre en todas direcciones porque ya la gente salía, unos con armas y otros sin armas, iban saliendo de la estación, no se sabía en qué dirección. Yo pensaba que la multitud debía avanzar inmediatamente sobre Palacio y tomarlo.

Yo también salí y cuando trataba de acercarme a Palacio vi unos cuantos oficiales que trataban de poner orden en la

multitud, creí que los oficiales estaban con la revolución —ya había muchos que se habían sublevado— y me uní a ellos para ayudarlos a organizar a la población: «Por aquí no, por aquí sí, los que tienen armas pasen, los que no tiene armas no pasen».

Después me percaté de que los oficiales no estaban con la revolución. Eran del batallón presidencial y trataban de poner cierto orden. En realidad había una situación de peligro, el papel que aquellos oficiales desempeñaban no era muy claro, parecía como si trataran de proteger a la gente.

Cerca de allí, desde un colegio religioso, empezaron a disparar contra la gente —creo que era el Colegio San Bartolomé—, oí que empezaron a disparar. Yo estaba parado en la esquina totalmente al descubierto, mirando hacia allá para saber qué ocurría, y un grupo de colombianos me sacó de allí para evitar que me fueran a matar.

Luego de haber estado ayudando a los oficiales, creyendo que estaban con la revolución, seguimos. Del Pino todavía estaba conmigo. Yo interpreté que la misión de aquellos oficiales era desviar a la población de la zona de los disparos; en aquel momento, no estaban ni a favor ni en contra, parecían evitar que mataran a la gente.

Habíamos caminado como dos cuadras cuando apareció una camioneta con altoparlantes. Los estudiantes apelaban a la multitud, la agitaban de manera espontánea, tampoco estaban organizados y en la camioneta llevaban varios cadáveres.

Entre los estudiantes había algunos que yo conocía, los había visto en la Universidad. Ellos me reconocieron y me saludaron. En eso llegó la noticia de que los estudiantes universitarios habían tomado la radio y estaban sitiados allí, que los estaban atacando y que necesitaban ayuda. Los propios estudiantes estaban pidiendo auxilio.

¿Qué fue lo que yo decidí? Creo que contábamos solo con dos fusiles, uno que tenía yo, y otro Del Pino. Con nosotros estaba un grupo de gente del pueblo y los estudiantes. Entonces decidimos caminar para ayudar a los estudiantes en peligro. Llegamos a una de las calles que atraviesa la ciudad y empezamos a caminar —no puedo decir en qué dirección o punto cardinal—, sería en dirección opuesta al Parlamento, hacia el área universitaria donde se localizaba la estación de radio; caminamos, tal vez, dos o tres kilómetros por una avenida no muy ancha.

La ciudad estaba sublevada, por todas partes tenían lugar acciones de violencia: incendiaban edificios públicos, rompían vidrieras, comenzaban los asaltos a los establecimientos comerciales. Lo que empezó como un acto de irritación, de violencia en las calles, tomó otro rumbo: destruían, saqueaban y ocupaban los lugares.

La multitud veía dos tipos armados al frente de un grupo y nos aplaudía, nos apoyaba. Se puede decir que era general el apoyo y la simpatía por nosotros.

Recuerdo que iba por la calle y llegaba la gente y me saludaba, me abrazaba: «Tome algo». Ya venían con unas botellas de un ron color de fresa, rojo, que lo mismo podía parecer gasolina que un refresco. Ya mucha gente estaba tomando, y llegaba con una botella y decía: «Dese un trago: ¡Pum!», y le daban un trago a uno. Eso es a lo largo de aquella calle. Pero yo iba presenciándolo todo, edificios incendiados, vidrieras rotas, y encontraba gente de todas clases, enloquecidas; algunas cargaban mercancías; la mayoría bebía ron.

Seguimos caminando, no sé qué tiempo avanzamos por la calle hasta que desembocamos en un parque muy bonito, con bancos y muchos árboles. Tuvimos suerte porque frente a nosotros venía una columna del Ejército, avanzaba con un tanque delante, como a 150 metros de nosotros, y no sabíamos si estaba con la revolución o contra la revolución. Entonces algunos compañeros y yo nos parapetamos detrás de los bancos para saber si la gente estaba o no con la revolución.

Finalmente nos pasaron por delante y ni siquiera se fijaron en nosotros. Después supe que llevaban la misión de reforzar la seguridad del Palacio Presidencial, y que a lo largo del camino fueron confraternizando con la población sublevada. El oficial al frente no tenía en sus planes imponer el orden en ninguna parte. La población los aplaudía, los aclamaba. En realidad, Gaitán tenía una gran simpatía dentro del Ejército, pues como abogado había defendido a un oficial que se vio

obligado a matar a un periodista en defensa propia; yo tuve la oportunidad de participar en las sesiones finales de aquel juicio cuando llegué a Bogotá; eran trasmitidas por radio y se escuchaban en todos los cuarteles del país. Por lo que no era extraño que muchos militares se sumaran a la sublevación. Aquella unidad tenía una misión que cumplir, pero no la emprendió en ningún momento contra la multitud. A nosotros no nos prestaron atención alguna.

Cuando terminó de pasar el batallón salimos de nuevo a la calle, nos dirigimos al parque ancho, y cuando habíamos caminado unos 20 o 25 metros, a la derecha vi un edificio con rejas y muchos militares. Pensé que era una unidad militar y me acerqué, me encaramé en un banco ubicado enfrente y comencé a arengar a los soldados para que se unieran a la revolución, al pueblo. Cuando terminé mi arenga, seguí porque teníamos que llegar a la estación de radio donde se encontraban los estudiantes. Caminamos unos 100 metros hacia la otra calle donde terminaba el parque, y ante un ómnibus, los estudiantes hablaron de tomarlo —posiblemente ya lo tenían tomado los mismos estudiantes, ellos lo estaban manejando—, llegamos y nos montamos en el ómnibus.

Entonces ocurrieron dos sucesos interesantes como anécdotas del momento en que abordamos el ómnibus. De pronto perdí a Del Pino, no lo vi más, parece que se quedó atrás cuando corrí hacia el ómnibus, pensé que llegaría a tiempo, pero

arrancó. Por otro lado fui víctima de un robo, ya me habían dicho que no me iba de Colombia sin que me robaran, y así fue, pero ¡en qué momento! Yo subí en medio de mucha gente y alguien me llevó la cartera y no me di cuenta; solo me quedarían cinco o seis dólares en la cartera.

A todas estas, el refuerzo que iban a recibir los estudiantes era un grupo de 8 o 10, no recuerdo bien cuántos eran y un solo fusil, el mío, que tenía 15 o 16 balas. Nuestras municiones no llegaban a 20 balas porque ya no contábamos con el fusil de Del Pino.

Resulta que el edificio donde yo estuve arengando desde un banco, creyendo que era una unidad militar, era el Ministerio de Defensa. Sin saberlo había estado arengando a los soldados del Ministerio de Defensa para que se unieran a la revolución. Después supe que salió una patrulla detrás de mí cuando yo corría hacia el ómnibus que nos llevaría a la estación de radio. Del Pino se había quedado atrás y lo capturaron, yo no tenía idea de lo que le había ocurrido, simplemente pensé que habíamos perdido el contacto como ya nos había sucedido anteriormente en medio de la confusión.

Él me contó luego que fue capturado por la patrulla y le dijeron que lo iban a fusilar, a lo que respondió a los colombianos que él había estado en el ejército norteamericano cuando la Segunda Guerra Mundial y que era de la escolta de Marshall. Me aseguró que, cuando lo soltaron, estuvo buscándome por

todas partes. Ya al final, cuando aparentemente todo había terminado, nos encontramos en la Oncena Estación.

Se salvó de milagro, porque en aquel momento el Ejército no estaba actuando de manera tan represiva, porque la gente andaba enloquecida y hubieran perdido el tiempo tratando de detener a la multitud. ¡Era incontenible!

El ómnibus se dirigió a la dirección donde estaba la estación de radio. Llegamos a un punto, nos bajamos, atravesamos una calle y llegamos a una avenida, la que lleva a la estación. Era verdad que la estación permanecía cercada, había una unidad del Ejército allí, y cuando nos vieron aparecer como a 300 metros del lugar, armaron una balacera descomunal. ¡De milagro no nos mataron a todos!, nos protegimos detrás de unos bancos de la avenida, pero apenas nos asomamos fuimos recibidos con una lluvia de balas. Lo único que pudimos hacer, en un momento de respiro, fue salirnos de la avenida y llegar a la calle otra vez. Entonces contaba con un solo fusil, el mío, y un grupo de estudiantes desarmados.

Decidimos dirigirnos a la Universidad para saber qué pasaba y qué cantidad de soldados y qué fuerzas podía haber allí. Caminamos unas cuantas cuadras y llegamos a la Universidad; llevaba mi capote, mi boina, mi fusil. ¡Lástima que no haya fotografías de aquella época!

Cuando arribamos a la Universidad, tampoco allí sucedía algo trascendente. Los estudiantes andaban regados por todas

partes, casi por toda la ciudad; no había ninguna fuerza organizada, ningún mando, solo grupos de gente aislada, puede ser que hubiera algunos cientos de estudiantes, pero sin armas, sin nada. Se nos informó que había una estación de policía cerca de allí —no recuerdo cómo se llamaba—, y surgió la idea de tomarla al igual que la otra. Salimos un grupo de estudiantes, ni siquiera se trataba de una multitud, decidimos tomar la estación de policía, y la única arma seguía siendo la mía.

Yo estaba rompiéndome la cabeza pensando cómo era que íbamos a tomar la estación, un grupo de estudiantes desarmados era el que agitaba y se suponía que los otros, y yo con mi fusil, tomáramos la estación de policía. Llegamos: ¡Pum!, nos acercamos a la estación de policía, y con tan buena suerte que ya estaba sublevada; así que no hubo que tomarla, en realidad yo no tenía resuelto todavía cómo hacerlo.

Entramos a la estación y ya se había establecido la jefatura de la policía sublevada. Cuando llegaba a un lugar como aquel, inmediatamente me identificaba, decía: «Mire, yo soy cubano, vine a un congreso estudiantil que se está organizando, he visto esto, me he sumado», y en realidad era apreciado con simpatía.

Como pudimos entrar sin dificultades, logré presentarme, y parece que al jefe de la policía le agradó mi actitud y enseguida me hizo su ayudante.

No hay que olvidar un minuto que aquella ciudad era el caos

total. Nadie sabía quién estaba contigo, quién estaba contra ti, quién con la revolución, quién en contra de la revolución. La multitud se había apoderado de las calles, quemado, destruido lo que hallara a su paso. Casi todas las estaciones estaban tomadas. Entonces, el jefe de la policía decidió ir al centro de la ciudad a comunicarse con la jefatura del Partido Liberal, porque parece que existía algún intento de ese partido, que era el de Gaitán, de organizar y dirigir aquello. El hombre me invitó y yo fui con él, ya era su ayudante. Claro, había otros policías también, entonces dijo: «Vamos allá, a la ciudad», nos montamos en un yip que atravesó toda la urbe en caos y llegamos a un edificio donde se suponía que estaba la jefatura del Partido Liberal; subimos, lo acompañé hasta la entrada, él conferenció alrededor de 15 o 20 minutos, todavía no era de noche, entonces regresamos nuevamente a la estación de policía, allí realizó una serie de actividades y finalmente decidió volver a la jefatura del Partido Liberal.

Fuimos en dos yips llenos de gente, en el de adelante iba él y en el otro iba yo, a la derecha, con mi fusil. Entonces nos dirigimos hacia las oficinas del Partido Liberal.

Cuando avanzaba detrás del comandante de la policía ya anochecía, habíamos comenzado las acciones desde las 2:00 de la tarde, serían las 6:00 o 6:30 de la tarde, el yip del jefe se paró por un problema mecánico.

Cuando vi que aquel hombre no podía continuar en el yip,

y salió a pie, me sentí mal, me puse furioso. Yo, el Quijote, el idealista, me bajé del yip y le dije: «Monte enseguida en ese yip», y me quedé a pie junto a otros estudiantes desarmados que venían conmigo. Perdí el contacto con él, pero con la idea de buscar un vehículo para llegar a la jefatura del Partido Liberal. Encontramos un automóvil Lincoln parqueado en la acera, les pregunté a los muchachos si podían arrancarlo. Nos pusimos a tratar de abrir el carro para seguir viaje cuando vimos una puertecita que se abría en el muro que estaba delante, podían verse militares, gorras, bayonetas, fusiles. Por instinto me di cuenta de que eran enemigos. Entonces le dije a los muchachos colombianos: «¡Vámonos!». En aquel momento pasaba un carro, y bajo el efecto que dejaron las luces, cruzamos la calle y empezamos a caminar. Los tipos no nos dispararon.

Cuando habíamos caminado como dos o tres cuadras vimos un militar con un fusil ametralladora, nos acercamos y le dije: «¿Tú con quién estás, chico?». Me dijo: «Yo, con la revolución». Entonces le preguntamos nosotros: «¿Tú estás en la Quinta Estación que también está sublevada?». Finalmente, aquel militar nos llevó, ya de noche, hasta la estación de la policía también sublevada.

Después supe que nosotros estábamos tratando de llevarnos el automóvil del Ministerio de Defensa, aquel edificio donde había arengado a los soldados para que se unieran a la revolución, estaba en el lugar donde nos bajamos para cederle

el yip al comandante. Aquellos militares que vimos eran de la guarnición del Ministerio de Defensa, los mismos que habían tratado de capturarnos por la tarde. Había tanta desmoralización que la gente de la guarnición no nos disparó; dejamos el carro allí y logramos llegar a la Oncena Estación.

Empezó otra historia porque llegamos de noche. Enseguida que llegué a la estación repetí mi presentación: «Soy cubano, estudiante, vine aquí a un congreso». Me recibieron bien, siempre lo hacían, en todas partes miraban con simpatía aquel hecho.

Ya teníamos hambre, habíamos vivido tantas aventuras... Pero no tenía ni un centavo en el bolsillo para tomarme un café, ¡hasta la cartera había perdido!

Eran como 400 hombres armados en la estación, muchos policías, militares, soldados. Serían las 7:30 u 8:00 de la noche cuando me incorporé a aquella tropa. Fue un momento muy interesante, porque entonces tuve que hacer un examen de conciencia.

En la estación existía cierta organización: las posiciones estaban ocupadas, de vez en cuando reunían en el patio a todo el mundo, pasaban revista, lista, número de hombres: tantos hombres y posiciones; dos o tres veces llamaron a un recuento aquella noche. Ahí pasé la primera noche completa porque se estaba esperando un ataque del Ejército, las cosas estaban un poco más claras y se esperaba de un momento a otro un ata-

que del Ejército a la estación de policía porque el Ministerio de Defensa y algunos jefes, en medio del caos, habían logrado controlar algunas unidades. Ellos fueron los que mandaron el batallón a reforzar el Palacio Presidencial, fue posiblemente aquella misma unidad, la que me topé y que venía con tanques —no recuerdo si era uno, dos o tres tanques—. Es decir, quedó algo de mando en el Ejército, y como en el resto del país no había pasado lo mismo, contaron con el apoyo de algunas unidades y pidieron refuerzo para la capital.

El Ejército vaciló mucho porque Gaitán, incluso, había ganado mucha simpatía por su carisma político y por la defensa de aquel teniente, el famoso proceso del teniente Cortés que se trasmitió por radio y todos los cuarteles escucharon las intervenciones de Gaitán en un alegato favorable a un oficial del Ejército.

El problema era que el pueblo sublevado no tenía jefatura ni dirección. Entonces, como aquello se convirtió en anarquía y empezaron los incendios, las destrucciones, los saqueos, el Ejército más bien actuó con un sentido sempiterno del orden. Consideró su misión la de establecer el orden, lo que le interesaba más que el gobierno. Si el pueblo hubiera tenido una dirección que apelara a los jefes militares, se hubiera logrado que muchos de estos oficiales tomaran partido al lado de la oposición.

Como resultado, lo único que existía era un gobierno allí

en el Palacio Presidencial. La primera acción del Ministerio de Defensa fue mandar una unidad para reforzar la seguridad del Palacio y después empezaron a tratar de poner orden. Así fue como tomaron partido. Entre los sublevados había policías y militares, incluso unidades completas, lo que ocurrió fue que el pueblo tomó todas las estaciones de policía y la policía se sumó al pueblo, en algunos lugares con más entusiasmo que en otros.

Yo estaba en la Oncena Estación, casi a las afueras de la ciudad, en los límites, frente a la Ermita de Monserrate, ubicada en un gran peñón sobre una colina. Estábamos esperando el ataque del Ejército. De vez en cuando pasaba rápido un vehículo blindado, frente a la unidad. No disponíamos de armas antitanques, pero se hacían algunos disparos desde las columnas. Fue una noche muy larga. Yo estaba como en un tercer piso, una tercera planta, tenía mi posición en una de las ventanas, desde allí observaba lo que pasaba. Era una situación paradójica, pues la ciudad ardía, sin embargo, por la calle de la estación la gente pasaba como hormiguitas cargando todo lo que encontraban y llevándolo hacia su casa. ¡Hasta refrigeradores llevaban! Recuerdo haber visto a un individuo con un piano al hombro en medio del peligro, la sublevación, los tiros.

Para una gran cantidad de personas pobres, desempleadas, aquellos acontecimientos políticos se convertían en la

oportunidad de adquirir mercancías. En las manifestaciones populares que no tienen una dirección y se mezclan muchos sentimientos ocurren cosas inauditas, increíbles; lo que comenzó con la indignación del pueblo, terminó con la destrucción, el robo, el saqueo. La gente pasaba cargada, no hacía falta dinero para adquirir las cosas.

Por toda la cultura que adquirí a través de la lectura sobre las revoluciones, las guerras, por la propia experiencia de Cuba, yo sabía que toda unidad que se atrinchera, si se deja cercar, está perdida. Allí se estaba esperando un ataque, y una de las primeras cosas que hice, después que llegué, fue hablar con el jefe de la tropa. Le expliqué quién era, qué hacía en aquel lugar, le dije que era cubano, que tenía experiencia y que, de acuerdo con mi experiencia, la unidad no debía esperar un ataque pasivamente, sino que debía organizar a la gente y ponerla a la ofensiva, sacarla en columnas y atacar objetivos enemigos o atacar el Palacio Presidencial. Estuve tratando de convencerlo, le hablé dos o tres veces, le dije: «Piénselo».

El hombre me recibió, me oyó, me atendió, parecía estar de acuerdo, pero no hacía nada. De vez en cuando realizaban un llamado general para contar la gente, y después, cada media hora más o menos anunciaban: «¡Ya viene el ataque!», «¡Ya viene el Ejército!». Donde yo tenía mi posición había también un dormitorio y allí pasamos las primeras tres o cuatro horas. De pronto decían: «¡Ya viene el Ejército!». A veces era una

falsa alarma, otras veces un tanque que pasaba frente a la estación de policía, y ya eran como las 12:00 de la noche o la 1:00 de la mañana. No habíamos comido nada, las horas pasaban a la expectativa.

Ya tenía mis dudas en relación con lo que estaba haciendo, si era o no lo correcto. Entonces: «¡Ahí viene el ataque!», yo ya estaba un poco cansado de la agitación de todo el día. Eran como las 12:00 de la noche, me recosté en un camastro mientras esperaba el ataque, sabiendo de antemano que una fuerza que se deja arrinconar, una fuerza que se deja cercar no tiene posibilidad de defenderse; estaba convencido de que la batalla estaba perdida. En tales circunstancias, en los momentos de tranquilidad, me puse a meditar, me acordé de Cuba, de la familia, y me dije: «¡Qué lejos estarán de imaginarse la situación que tengo ahora aquí en esta unidad sublevada, en esta estación de policía, esperando un ataque del Ejército! ¡Qué lejos están de imaginarse lo que estoy pasando!» y me preguntaba: «¿Es correcto que me quede aquí?». Si yo quería entregar el fusil, eso era lo más fácil, siempre hubiera aparecido alguien que quisiera un fusil —un fusil y mis 14 o 16 balas—, podía irme para el hotel y abandonar aquella posición ya perdida.

Constantemente me repetía: «Esto está perdido aquí, esta batalla está perdida, este no es mi país, esta gente que está dirigiendo esto no sabe lo que está haciendo, son unos incapaces». Y me preguntaba: «¿Cuál es mi papel aquí? ¿Vale la

pena lo que estoy haciendo?». Entonces empecé a reflexionar, creo que aquel día fui internacionalista ciento por ciento, porque dije: «Este no es mi país, pero hay un pueblo y este pueblo es igual que el pueblo cubano, que está sufriendo la opresión —porque había mucha represión en Cuba—, la explotación, la represión; está sufriendo una injusticia, le han asesinado al líder, está luchando, tiene toda la razón y hoy desea la libertad, la justicia; los pueblos son iguales en todas partes, lo mismo en Cuba que en Colombia, que en cualquier parte». Y determiné: «Me quedo». Tomé la decisión consciente ya, cuando estaba solo, ya no quedaba ni uno solo de los estudiantes junto a mí, no quedaba ningún cubano, estaba solo allí e iba a morir anónimamente en aquella estación.

Fue un día decisivo, porque a las 12:00 de la noche, agotado de caminar, sin un centavo, sin un conocido y librando una batalla perdida, encontré suficiente estímulo, suficiente justificación racional para quedarme, y me quedé; pero no fue una cosa irreflexiva, decidí sacrificarme en una batalla perdida, en aras de una serie de ideas y sentimientos.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, por eso, en la presentación del libro *La paz en Colombia* afirmé que quien escribía no era solo el revolucionario y el intelectual, sino además el hombre que un día estuvo dispuesto a dar su vida por el pueblo colombiano. Aquel día fue el inicio de una cercanía para siempre, ¿verdad?

FIDEL CASTRO. —Sí. Bueno, allí nos pasamos toda la noche espe-

rando el ataque, cada media hora: «¡Ya viene el Ejército!»; cada media hora era un correcorre.

Fui un soldado del pueblo. ¿Qué iba a hacer? ¿Preservarme porque había calculado fríamente que todo estaba perdido? ¿Decidir morirme allí anónimamente? Creo que hice lo correcto.

Aquel día presencié algo sobre las 10:00 o las 11:00 de la noche. En tales situaciones los hombres desconfían unos de otros, siempre piensan que hay enemigos, espías; el hecho es que en el mismo lugar donde yo estaba, unos policías agarraron a otro y le decían: «Este es godo —godo es conservador, reaccionario—; sí, sí que lo es». Hasta maltrataron al hombre. Lo agarraron: «¡No, que tú eres espía, que tú eres godo, que tú eres enemigo!», lo maltrataron con violencia. Decían: «Mira si es verdad, mira las mediecitas nuevas que les dieron a los policías para cuidar el evento ese de la OEA». Parece que la policía había hecho una selección de quiénes iban a cuidar el Parlamento durante la reunión de la OEA, que tuvo lugar por aquellos días. Allá estaba Marshall y delegaciones de todos los países. Bueno —parece que a aquella gente le habían dado ropas nuevas—, le decían al policía: «Mira, mediecitas nuevas, mediecitas nuevas de las que les dieron a los godos», lo maltrataron. A mí realmente me desagradó aquello, me irritó. No lo mataron ni lo torturaron ni nada de eso, pero lo maltrataron, y me acuerdo que me chocó, me produjo mal efecto; fue

lo único que pasó allí, excepto la infinidad de veces que anunciaron que venía el Ejército.

KATIUSKA BLANCO. —Pero, Comandante, los sucesos eran inconexos, como agujas de una brújula dislocada que no orientara a ningún punto cardinal.

FIDEL CASTRO. —Es verdad, fue un acto quijotesco, pero no me arrepiento. Yo estaba defendiendo una convicción, reaccionaba por una convicción íntima y tenía que ser leal a esa convicción.

Al amanecer, no había venido el Ejército, pero la ciudad seguía ardiendo, la tropa continuaba allá acantonada y volví a ver al capitán porque comencé a observar con espíritu táctico las colinas bastante inclinadas en el mismo patio de la estación de policía, me percaté de que cualquier fuerza que viniera por la altura dominaba totalmente la estación, y hablé con él y le dije: «Mire, esas posiciones son estratégicas, hay que tomar esas posiciones, defenderlas. Si usted me da una tropa, yo defiendo esa posición».

Entonces, el hombre me dio una patrulla de soldados de las fuerzas para cumplir la misión de defender las alturas. Pero, claro, me dio ocho o diez hombres, no era mucho lo que podía hacer con ellos. Pero demuestra que yo tenía una idea clara de la situación, de tácticas militares; porque por la noche le estaba aconsejando que organizara las columnas, que tomara la ofensiva y no se dejara encerrar por el Ejército, y por el día le

estaba diciendo: «Mire, es elemental: quien domine esas posiciones domina la estación». Le pedí y me dio una patrulla, me hizo caso; al otro día por la mañana, me dio la razón y me dio una pequeña tropita para que defendiera las alturas, entonces pasé el segundo día en las colinas.

Inicialmente llegué a las viviendas más próximas a la estación y pregunté si habían observado movimiento de tropas. Me informaron: «No, movimiento de tropas no hemos visto». Enseguida nos invitaron a tomar algo, ofrecieron café, vino, de todo. Por cierto, recuerdo que estando allí en la colina, en una de las primeras viviendas, tenían unas botellas de vino —no sé si era italiano o colombiano— envueltas igual que las italianas en una corteza de árbol, y decían: «¡Tomen!». Fueron muy hospitalarios. Ellos también habían bajado a participar del recorrido por los comercios en la ciudad, lo que les permitió ofrecernos vino y alimentos.

Claro, yo seguí explorando. Había pocas casas allí a pesar de estar tan cerca de la ciudad. Los campesinos fueron en verdad muy amables con nosotros.

Continué mi misión hacia la derecha, en dirección a las alturas que se alargaban. Seguí preguntando a los vecinos si observaban algún movimiento. Después de la primera exploración nos sentamos, luego seguí y caminé como un kilómetro bordeando la ciudad.

Creo que mi tropa no llegaba a los diez hombres armados.

Todos colombianos. Es curioso porque ellos me aceptaron a mí tranquilamente, sin reparar en que no era colombiano ni conocía la topografía; no sabía nada, estaba explorando.

Cuando caminamos más o menos un kilómetro —no recuerdo exactamente—, nos topamos con un hombre que empujaba y trataba de arrancar un automóvil. Me fui acercando, le di el alto, pero él logró arrancar el carro y doblar por el borde de la colina. Le di el alto y no se paró. Me imaginé a alguien que observaba, una especie de espía, un explorador enemigo que estaba viendo qué había por allí. Él siguió, pero parece que se puso nervioso y apenas dobló sentí un ruido: ¡Pam!, como que chocó. Corrí y escalé la colina que tendría como unos 15 metros para tratar de arrestarlo; pero cuando me asomé al borde de la elevación, el camino seguía recto como 120 o 150 metros, y en lo que llegué a lo alto, ya el hombre se precipitaba loma abajo. Cuando le di el alto yo tenía el fusil y le apuntaba. El hombre continuó corriendo desesperado, en aquel instante bajé el arma y no le disparé porque me percaté de que no representaba ningún peligro.

Me pasó igual que cuando el asalto a la goleta *Angelita,* en la expedición de Cayo Confites. En el instante me di cuenta de que aquel hombre no era un peligro; aunque me pareció extraña su presencia allí.

Desde las colinas se veía la ciudad ardiendo en muchos lugares. A aquella hora se sentían explosiones, cañonazos, disparos, se sentían toda clase de ruidos bélicos; algún tanque que

disparaba tal vez, tiroteos. La ciudad ardía y estaba prácticamente cubierta de humo. Así se veía desde mi posición.

Cuando pasó aquel incidente, regresé y en la primera vivienda —la más próxima— indagué, les pregunté si ellos habían visto qué gente era, qué estaban haciendo allí y los campesinos me dijeron con palabras textuales, que yo no conocía, pero entendí lo que querían decir: «Ese es un tipo que estaba ahí "culeando" con dos prostitutas». Me imagino que quería decir: «Fornicando con dos prostitutas, divirtiéndose con dos prostitutas». En mi vida había oído tal palabra a nadie.

Lo insólito, lo asombroso, es que la ciudad ardía, reinaban el fuego, la muerte, la guerra, el desastre; era el Apocalipsis y, en medio de aquello, un ciudadano, como si se tratara de un sábado por la tarde o de un fin de semana, había salido a las afueras de la ciudad con dos mujeres a divertirse. ¡Lo increíble!

Después regresé, visité a los campesinos, les pregunté más ampliamente, y me ratificaron que no se había visto ninguna tropa por allí. Entonces nos ubicamos más o menos en un lugar intermedio entre donde ocurrió el incidente del automóvil y una altura, con algunos árboles al borde, desde donde divisábamos la ciudad y observábamos cualquier movimiento en nuestra dirección o hacia otra. En una altura más próxima se encontraba la estación, casi a un extremo de la ciudad.

Pasaron horas, y como a las 10:00 o 10:30 de la mañana vimos unos aviones de guerra que nos sobrevolaban. Todavía

existían dudas de qué estaba ocurriendo; incluso, palpitaba la esperanza de que una parte del Ejército o la aviación estuvieran a favor de la revolución. Algunos aviones de guerra dieron vueltas por los alrededores, pasaron por donde nos encontrábamos, altos, no rasantes. Nos preguntábamos: «¿Con quién estarán estos aviones?». Mientras, explorábamos y patrullábamos las alturas.

Como a las 2:00 de la tarde estaba todo muy tranquilo, y desde la altura, unos 600 o 700 metros, estaba viendo el Ministerio de Defensa, donde habían transcurrido mis aventuras el día anterior. Entonces se me ocurrió, a pesar de que tenía muy pocas balas —pudieran ser unas 14 o 16 balas—, invertir cuatro en disparar contra el Ministerio de Defensa. Los únicos disparos que hice fueron desde aquella posición. Cansado de toda la situación, no venía el Ejército ni nadie, no existía ninguna operación envolvente o ataque a la estación. Fueron cuatro disparos sobre el Ministerio de Defensa; no le apunté a nadie, solo al edificio que se veía hacia abajo. Además, fui bastante generoso porque le gasté el 30%, por lo menos, de las balas que tenía, de las pocas que tuve siempre. Y fue la única vez, realmente, que usé el fusil. ¡Pero pasaron tantas cosas en aquellas 52 horas, que es increíble que se hubiera podido sobrevivir!

Después realicé otro acto quijotesco. Como a las 5:00 de la tarde se sintieron disparos fuertes. Vimos personas prove-

nientes de la estación, algunos militares —quizás de caballería porque traían armas, buenas armas— avanzaban no de manera compacta, sino desgranadamente, desde la estación hacia donde nos encontrábamos. Pregunté qué ocurría y me dijeron que el Ejército estaba atacando la estación. Dije: «¿Están atacando la estación?, ¿y por qué se van?».

Recuerdo que venía un grupo de cinco o seis y un oficial con un fusil ametralladora al frente. Yo estaba con dos o tres, si acaso había tres conmigo, ubicados en distintos puntos. Entonces me paré delante del grupo uniformado, gente del Ejército, pero de los que estaban rebelados, y les pregunté: «¿Qué es lo que pasa?». Respondieron: «Están atacando la estación, nosotros nos retiramos». Volví: «¿Por qué se retiran?, no se retiren». Los critiqué y discutí con ellos porque se retiraban.

Bueno, por poco me matan porque quería convencerlos de que regresaran a la estación, que no la abandonaran. El hombre de la ametralladora me apuntó. ¡De milagro no disparó! Es decir, cuando él vio que yo estaba persuadiéndolos de que no se fueran, realizó una acción agresiva para que no los detuviera. Y estaban los otros también. ¡De milagro no dispararon!

Entonces, les dije: «Si lo que quieren es irse, esa es responsabilidad de ustedes». Les dije así porque no podía hacer nada, se me adelantaron. Cuando discutía en términos fraternales con ellos, no los conminaba con el fusil; pero, al ver la insistencia mía, apuntaron. Les dije: «Bueno, sigan», porque

yo no les iba a tirar, además, ellos tomaron la iniciativa. No me desarmaron, no me hicieron nada, lo único que hicieron fue que se resistieron por la fuerza y me apuntaron con las armas.

Algunos iban pasando aislados. Entonces indiqué a mi patrulla: «Tenemos que ir para la estación», para una estación que no era atacada desde la posición donde yo estaba, sino que la agredían desde abajo. Se sentían fuertes disparos. Caminábamos con cierto cuidado para ir observándolo todo a la vez. Cuando estuvimos próximos a la estación vi, en las calles, unas patrullas moviéndose. No tenía lugar ningún combate en la estación, en cambio, sí vimos más adelante —como a 500 u 800 metros— grupos de policías, gente de la estación; que se acercaban más bien a la ofensiva.

Llegamos casi a la estación y nos dijeron: «Desde tal iglesia están disparando». Efectivamente, desde una iglesia se sentían disparos, pero lejos de nosotros. Los policías decidieron: «¡Vamos!». Imaginé que, efectivamente, gente reaccionaria combatía desde la iglesia, y dije: «Bueno, vamos a apoyar a los policías». Me acerqué allá con tal intención porque los vi avanzando; hasta me alegré de su determinación de salir de la estación. Eran varios grupos, los vi por las calles. Anochecía. Nos circundaban las paredes de unas fábricas de ladrillos, muy artesanales. Avanzábamos, crucé una primera calle, una segunda, y me dirigí hacia donde estaban los policías, o los sublevados, mezclados allí. Los que por poco disparan con-

tra mí eran de caballería, del Ejército, tenían, incluso, un fusil ametralladora.

Cuando cruzaba por una de las calles, vi un niño como de siete u ocho años, chiquitico, chiquitico, que con una voz estremecedora me decía: «¡Han matado a mi papá, han matado a mi papá!», con un grito desgarrador lo decía el muchacho, y me impresionó mucho, por supuesto. En verdad, había un hombre muerto allí. Permanecía tendido en una mesa, creo que tenía alguna vela puesta, es decir, lo estaban velando. El niño no tenía a quién decirle, era como un pedido de auxilio o una protesta. Fue a mí al primero que vio, me llamó y me dijo: «¡Han matado a mi papá, han matado a mi papá!». Estaba en una casita muy humilde de la ciudad. Pudo haber sido una bala perdida... Le puse la mano encima al pequeño, traté de consolarlo. Él me cogió, me llevó de la mano. Entré a la casa, la familia lloraba. Yo lo atendí. Parece que como yo pasaba por la calle, con mi gorra y mi capota, casi de noche, después de las 6:00 de la tarde, cuando aún se sentían disparos, se aferró a mí en su desesperación y me decía: «¡Han matado a mi papá!», tan dolorosamente... Es una cosa que no se olvida fácilmente: la criatura gritando en medio de disparos, mientras los hombres avanzan con cautela, recostados a las paredes. Nunca lo olvido. Creo que hace ya muchos años se lo conté también a Arturo Alape, el amigo de mi amigo Gabo.

Al rato cesó el fuego en el lugar que parecía la torre de una

iglesia. Dijeron: «Ya cesó...». No disparé porque no tuve ninguna posibilidad.

Yo estaba irritado. Era un poco escéptico, no creía mucho que estuvieran tirando de una iglesia el primer día por la mañana; pero el segundo día, por la tarde, ya lo creía posible. ¡Había visto tantas cosas! Podía concebir que desde una iglesia estuvieran tirando. Al principio, al sentir los tiros, estuve mirando, se me hacía rara la idea de lo que decían, que unos curas estuvieran tirando. Podían ser curas, pero también reaccionarios que aprovechaban la posición ventajosa del convento o la iglesia, realmente nunca supe si era lo uno o lo otro.

Al contrario de lo previsible cesaron los disparos. Los policías dijeron: «No hay nada». No había resistencia. Emprendieron el regreso a la estación al anochecer, y yo fui también. No se produjo ningún ataque en realidad. Lo que se escuchaba al anochecer era que había una tregua, una solución, que los jefes conservadores y los liberales habían entablado conversaciones y que se estaba llegando a un acuerdo.

Se dio efectivamente una especie de tregua. Se pronunciaron discursos, se trasmitieron noticias por radio sobre las palabras de no sé quién, que existía un arreglo, una tregua; que los líderes liberales y los líderes conservadores, para evitar más derramamiento de sangre, estaban llegando a un arreglo. Fue aquella misma noche. Reinaba tranquilidad en la estación; entonces me quedé allí aquel día, en vista de que la situación

política era de tregua, de conversaciones y arreglo.

Dormí toda la noche. Temprano me levanté. Trasmitían las noticias, todo el mundo reiteraba: «Se llegó a un acuerdo, hay paz, hay que devolver las armas». Claro, se acordaba la paz, había que devolver las armas; correcto, bueno, si hay paz, si hay arreglo de todo, hay que devolver las armas. Ya podía regresar, desmovilizar a la gente. Fue lo que se informó por la mañana, lo decía la radio, lo informaba todo el mundo.

Entonces entregué mi arma; pero quise llevarme algo de recuerdo —no sé si era un sable o algo así—. Fue cuando percibí un acto de ingratitud del mismo jefe a quien yo aconsejé, a quien me le ofrecí de voluntario, al que serví y defendí —de la estación adonde regresé cuando me dijeron que la estaban atacando, la estación perdida, adonde se estaba retirando la gente—, aquel jefe me dijo que no, que no se podía tocar nada, que lo sentía pero que no podía llevarme nada. Y no pude ni siquiera llevarme un recuerdo.

Por la mañana me encontré a Del Pino en aquel mismo lugar. No sé cuándo llegó ni cómo llegó, pero se quedó asombrado de verme, porque me creía muerto. Entonces empezó a decir que me había buscado por todas partes. Del Pino era alguien que más que leal a una idea, era leal a una persona, según él mismo enfatizaba. Él hablaba de una gran amistad entre nosotros, de tipo personal. Bueno, iba por donde yo iba. Me narró toda la historia desde el momento en que nos separa-

mos. Nos pusimos contentos al vernos, al saber que él estaba bien y yo también.

No sabíamos qué acuerdo era al que habían llegado los líderes políticos conservadores y liberales, pero bien, ya nos dirigimos juntos al hotel. A pesar de la paz decretada, para nosotros los peligros siguieron. Cuando dejamos la estación, a las 9:00 de la mañana, a una hora determinada, después que ya se habían dado las instrucciones relativas a un estado de paz, nos fuimos por las calles. No tenía puesta la boina, ni el capote, ya no tenía nada.

Salimos en dirección a nuestro hotel, muy tranquilos porque se habían puesto de acuerdo los colombianos; no sabía las bases de la paz, pero, bien, había paz. Pensaba que los liberales habían hecho un acuerdo con un mínimo de dignidad y de garantía para los revolucionarios y el pueblo.

Pero cuando íbamos caminando hacia la ciudad, ¿qué observamos? Disparos, combates aislados. ¿En qué consistían? El Ejército estaba cazando francotiradores o combatientes aislados en una torre de un edificio, en una torre de una iglesia, incluso. Yo sufrí la amarga impresión de ver aquella gente abandonada, a la que estaban cazando. El Ejército se dedicó a cazar revolucionarios aislados, quienes por alguna razón se quedaron en una casa, en un edificio o en una torre, y presenciamos cómo los soldados avanzaban, disparaban y cazaban a los revolucionarios.

Fue el primer hecho desagradable, amargo, que percibimos. La gente había sido traicionada. Estaban cazando a los tiradores que se quedaron aislados. Era gente del pueblo, gente valiente del pueblo que se quedó allí, sin noticias ni orientación.

Íbamos a entrar al hotel Claridge cuando nos dijeron: «Pero ¿ustedes qué hacen? Los están buscando, les echaron la culpa de todo lo que pasó aquí. Dicen que ustedes son los responsables». Bueno, no pudimos quedarnos en el hotel, todo el mundo se aterrorizó cuando nos vieron llegar.

¿Qué podíamos hacer? Nos dirigimos a la casa de huéspedes donde estaban Ovares y Alfredo Guevara, allí donde estuvimos minutos antes de enrolarnos en la manifestación. Llegamos a la casa, tocamos y entramos. Estábamos en una situación muy insegura.

Nos recibieron muy bien en la casa de huéspedes. Allí vivía un matrimonio y estuvieron de acuerdo en darnos hospedaje. Estuvimos preguntando qué vieron y contándoles a nuestros compañeros todo; cuando cometí la imprudencia más grande que alguien pueda cometer en la vida. Estaba irritado, amargado, indignado, desde la muerte de Gaitán, la rebelión del pueblo, las masacres, el pacto, la traición. Tenía una visión tan clara de lo que era una sociedad de explotación, una sociedad de ricos y pobres, de oligarcas y pobres, tenía una visión tan viva de todo y me encontraba en tal estado de excitación, que

el dueño de la casa estaba hablando, y diciendo horrores de los liberales: «Que si eran de tal forma... que los liberales...», y yo en vez de callarme la boca, tragarme la lengua, estar tranquilo, era lo que debía haber hecho, le contesté.

KATIUSKA BLANCO. —¿Usted piensa que fue un error?

FIDEL CASTRO. —Reconozco que fue un error. Eran como las 5:40 o las 6:00 de la tarde, comenzaba el toque de queda en una ciudad ocupada por el Ejército, habían traído tropas de todas partes y cada esquina estaba custodiada por un soldado. Después de las 6:00 de la tarde no se podía salir porque disparaban contra cualquiera que vieran en la calle. En aquel momento el dueño, el conservador, se indignó tanto con mis palabras y mis protestas —porque le dije: «Eso no es cierto, eso no es justo, ese es el pueblo, al pueblo le mataron el líder, el pueblo se sublevó»; fue así como le dije: «Se sublevó porque le asesinaron a su líder, es injusto lo que se está diciendo»—, que decidió expulsarnos, prohibirnos que nos quedáramos en la casa y nos mandó a salir para la calle. Prácticamente nos mandó a la muerte, ¿qué nos quedaba a nosotros?

Caminamos dos o tres cuadras y llegamos a un hotel llamado Granada —no contábamos con un centavo, además— para ver si veíamos al argentino peronista que había tenido contacto con nosotros, porque entonces la juventud de su partido se mostraba activa, y como nosotros luchábamos por la libertad de Puerto Rico, la devolución del Canal de Panamá, el cese de

las colonias, contra Trujillo, y por la devolución de las Malvinas; el argentino estaba encantado con nuestras posiciones, teníamos causa común. Preguntamos en el hotel por el que formaba parte de la delegación oficial de Argentina a nuestro evento. Su apellido era Iglesias. Había estado muy implicado y colaboraba con el congreso estudiantil nuestro.

Entonces fuimos a ver a dicho hombre para explicarle nuestra situación: no teníamos hotel ni casa donde hospedarnos, tampoco un centavo, no teníamos adónde ir. Faltaban solo cinco minutos para el toque de queda, cuando de repente vimos a Iglesias saliendo del hotel en un automóvil de la delegación argentina. Lo paramos ahí mismo, y cuando nos vio, no nos dejó ni hablar. Nos dijo: «¡Pero en qué lío os habéis metido, en qué lío os habéis metido! ¡Entren!», y nos metió dentro del carro. Creo que faltarían unos tres minutos apenas para el toque de queda porque, desde que nos botaron de la casa de huéspedes, fuimos al hotel y preguntamos por el argentino, transcurrió el tiempo. Dije: «Bueno», y nos metimos dentro del carro.

Iglesias —no sé si estará vivo o no— lo único que decía era: «¡En qué lío os habéis metido! ¡En qué lío os habéis metido!». Dije: «¡Qué lío!».

Me preguntó: «¿Los llevo a la embajada o al consulado?». Creo que nos llevó a la embajada de Cuba. A nosotros no se nos había ocurrido hacerlo porque, como éramos enemigos del

gobierno de Grau, no nos pasó por la mente ir a buscar ninguna embajada, pero el argentino nos llevó. Indicó al carro: «¡Por aquí!». Ya todas las esquinas estaban tomadas por el Ejército y en cada esquina nos paraban, miraban: «Embajada de la Argentina, carro diplomático..., sigue», ordenaban. Eran las 6:00, oscurecía. En la embajada entramos y nos recibieron con expresión de asombro: «¡Ah, ustedes son los cubanos!».

Por alguna razón, los cubanos nos habíamos vuelto famosos. Parece que como nos vieron en la estación de policía con los fusiles, por las calles; como nos vieron por todas partes, los cubanos éramos famosos. Y además culpables, ¡hacía falta buscar un culpable! El comunismo internacional había provocado todo aquel suceso, y el hecho es que a quienes buscaban por toda Bogotá, era a los cubanos, y nos echaban la culpa de lo que pasó.

El momento psicológico exigía buscar los culpables, el gobierno de Colombia los necesitaba y así fuimos nosotros a parar a la embajada de Cuba. Allí estaba la delegación cubana, Guillermo Belt era quien la presidía, el jefe de la delegación cubana a la comedia de la Organización de Estados Americanos.

En el aeropuerto dos aviones eran cubanos, uno del Ejército. El gobierno de Grau mandó un avión militar y con él unos militares: comandantes, capitanes, la tripulación, y estaban en la misma casa de la embajada. ¿Qué ocurrió? Un cónsul, hombre muy bondadoso, viejo ya, tendría unos sesenta y tan-

tos años, y la señora, la persona más bondadosa del mundo, nos recibieron con los brazos abiertos, contentos: «Ustedes son los cubanos, nos alegramos de verlos bien», nos dijeron. El hombre tenía el apellido Tabernilla y era hermano del general Tabernilla, un batistiano que en aquel momento se encontraba exiliado, o no sé dónde. Pues a nosotros el cónsul nos recibió con bondad, preparó camas, nos preparó comida, todas las atenciones imaginables. El hombre más hospitalario y más amistoso del mundo.

Recuerdo que, sentados a una mesa, nosotros, convertidos en veteranos, narrábamos las aventuras vividas en tal situación. También estaban los militares recién llegados de Cuba —tenían una ametralladora Thompson, la utilizaban como arma personal—. De repente se escuchó un tiroteo frente a la embajada y nosotros fuimos para allá. Recuerdo a los militarotes: «¡Los civiles no, los civiles que no se muevan!». Iban para allá los famosos militares. ¡Si nosotros nos habíamos pasado ya más de 48 horas oyendo tiros en todas direcciones y pasando aventuras de todas clases! Entonces recibí la impresión de lo prepotente, de lo chocante que eran aquellos militares cubanos, que cuando sonaba el tiroteo decían como si fuéramos niños: «¡Los civiles no, los civiles que se queden donde están, que no se muevan!». ¡A nosotros, que acabábamos de pasar una aventura increíble! Dije para mí: «¿Qué sabrán estos militares de esto?».

Aquella noche nos dieron comida y propiciaron que durmiéramos. En realidad la casa fue hospitalaria. Finalmente ni sé si aquel lugar sería el consulado o la embajada porque fue el cónsul quien nos acogió. Tal vez fue al consulado adonde nos llevaron y la embajada estaba en otro lugar.

Durante la noche continuaron sonando tiros aislados. Nosotros explicamos que otros dos cubanos estaban en una casa de huéspedes no muy lejos y que había que recogerlos al siguiente día, temprano.

Entonces, fueron a buscar, en un automóvil oficial con chapa y bandera diplomáticas, a Ovares y a Guevara y los trasladaron.

Además del avión militar, había otro avión cubano en Colombia con el pretexto de buscar unos toros miura, toros de lidia, porque a alguien se le había ocurrido realizar una corrida de toros, no sé si la iban a hacer en el palacio de los deportes o en un campo de pelota. El hecho era que, a pesar de que Martí había criticado mucho las lidias de toros por ser algo cruel, alguien planeó una lidia de toros en La Habana.

En tal momento, nadie se iba a ocupar de toros ni de nada. Con la debacle aquella nadie sabía si los toros estaban vivos siquiera, y la embajada nuestra gestionó con el gobierno para que el avión civil sacara un personal cubano varado allí. Mientras tanto nos buscaban por toda Bogotá, como culpables de lo que había pasado. Entonces, de la embajada nos llevaron en

un carro diplomático y tomamos el avión, un DC-4 que tenía, incluso, los corrales para llevar los toros. Nos montaron a los cuatro cubanos y despegamos por la meseta entre montañas. Hicimos escala en Barranquilla.

Pero nosotros seguíamos siendo unos imprudentes incorregibles, porque al llegar a Barranquilla nos apeamos y estuvimos viéndolo todo. En vez de quedarnos dentro del avión y no dejarnos ver nunca más en Colombia, después de toda la campaña que habían hecho y de la culpa que nos estaban echando encima.

Afortunadamente no pasó nada, así que despegó el avión otra vez, atravesó el Caribe y aterrizó en La Habana.

¡Qué situación para nosotros: el representante del gobierno nos había ayudado a salir! Nosotros ni le dimos las gracias al gobierno, al contrario, seguíamos tan obstinados contra él como siempre. Al fin y al cabo, habíamos venido gracias a la ayuda de la embajada o del consulado, nos habían tratado excelentemente bien y nos habían traído para Cuba otra vez, justo a nosotros, los adversarios implacables del gobierno de Grau.

Pude traer la literatura que me había entregado Gaitán. La pude conservar porque nuestras maletas las recogió en el hotel el propio personal de la embajada o consulado. Traje la literatura y se la di a la prensa aquí. A Pardo Llada le di también. Él hizo mucha historia de quién era Gaitán, sus discursos. Traje uno de los discursos de Gaitán, muy bonito, se llamaba «Oración

por la paz». Él discursaba muy enérgicamente, hablaba en un lenguaje al que no estábamos acostumbrados. Nosotros nos habíamos habituado más bien a una retórica dura, insolente, insultante —era la retórica que usábamos con el gobierno— y veíamos en Colombia que Gaitán decía: «Excelentísimo señor Presidente de la República», un formulismo muy respetuoso; mientras que eso no se conocía en Cuba, donde la polémica pública desbordaba de frases fuertes, duras.

Así fue nuestro regreso de aquel viaje. Hubo riesgo desde el día en que aterrizamos en Santo Domingo hasta el día en que lo hicimos en Barranquilla. Creo que otro riesgo fue volar en aviones DC-4, que nadie sabía cómo podían recorrer 2000 kilómetros en el Caribe, ¿cómo podían volar cinco o seis horas y llegar desde Colombia hasta aquí? Parece que aquellos aviones eran seguros porque hicimos todo el viaje.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, ¿considera que en Bogotá vivió por primera vez una revolución o al menos una experiencia que recordaba la toma de la Bastilla en París, Francia, o la del Palacio de Invierno en San Petersburgo, cuando se estremecía el imperio de los zares en Rusia?

FIDEL CASTRO. —Yo había vivido las revoluciones, las insurrecciones y los grandes acontecimientos históricos nada más que en los libros, y había vivido muchas luchas, manifestaciones de estudiantes en Cuba, había participado en la expedición de Cayo Confites, pero no había visto un estallido social, revolu-

cionario. Fue aquel el primer estallido que viví.

En tal época tenía idea, pero libresca totalmente, en teoría, de lo que era una insurrección popular, y de súbito tuve ante mis ojos una verdadera insurrección. Aquello fue más bien un estallido, una rebelión total del pueblo, y vi en acción todos los factores, toda la psicología, todas las leyes de las masas desatadas, vi todo lo que ocurre en una situación así. También vi todos los errores cometidos, de un país sin dirección, un movimiento sin dirección; vi la actitud de los líderes políticos, cómo actuaron en aquel momento, tan mediocremente que, incluso, traicionaron al propio pueblo liberal, al propio pueblo gaitanista. Vi la endeblez de todos aquellos políticos, vi los errores de los jefes militares dentro de aquella situación. Pude apreciar también lo terrible que resultaba la falta de una cultura política y de una disciplina, cuando la gente traduce su indignación en un espíritu destructivo. Primero fue destructivo, la gente primero no quería llevarse nada y luego, hasta vandálico.

La primera reacción de las masas, de la muchedumbre, fue destruir; destruir lo que constituyera una oficina oficial, una tienda, un comercio. Parecía como si vieran al enemigo en todo lo que fuera representación oficial de aquellas propiedades. Inicialmente la actitud de la masa irritada, indignada, al conocer la muerte de Gaitán, no fue robar, no fue saquear, fue destruir. Después la gente transformó el espíritu destructivo

en un espíritu de tomar posesión de todo, apoderarse de todo, saquear. Es lógico que ocurra algo así en una población tan pobre que de repente vio que desaparecieron las puertas y las vidrieras y que los bienes estaban ahí a su alcance. Eso prueba falta de una conciencia y cultura políticas en las masas.

Y era lógico. Las masas analfabetas, explotadas, confundidas, engañadas, no vieron la lucha como un instrumento para cambiar su destino, y allí se transformó el espíritu antigobernante, en espíritu destructivo y de saqueo. Imagino que muchos se dedicaron a saquear y muchos a luchar.

También fue la primera vez que vi columnas, masas de pueblo sublevadas, mezcladas, típicas de la Revolución Francesa; cuando la gente con picos, palas, machetes y fusiles, con todo, se reunían, atacaban, asaltaban.

La toma de la estación fue como la toma de la Bastilla, me imagino que así fue la de la Bastilla: llegó una multitud, entró en la Bastilla un día y la destruyó. Así fue como tomaron aquella y varias estaciones de policía. Fueron las masas, en columnas, porque por alguna ley psicológica, sin que nadie las organizara, a veces se reunieron hasta 100 personas e iban en una dirección, y se iban sumando más. Nadie los organizó.

Vi también la falta de organización. Pude apreciar las debilidades políticas que significaban la falta de una conciencia, la ausencia de jefatura y de táctica militar. Observé todo. Fue vital para mí. Medité mucho sobre todo y creo que me enseñó

extraordinariamente.

No había transcurrido un año y ya había vivido dos hechos excepcionales: toda la experiencia de la expedición de Cayo Confites, que empezó en julio de 1947, y El Bogotazo, que ocurrió en abril de 1948; no había transcurrido un año y había vivido ambos sucesos. Tuve la experiencia de la expedición: me percaté de los errores de la expedición, viví la vida de campamento, en condiciones muy difíciles, así como toda la navegación por aquellos mares. Analicé los disparates y errores cometidos por los jefes, la traición que hizo Masferrer al entregar la expedición, la forma en que nos escapamos al lanzarnos a la bahía. Después los meses de lucha contra Grau; y luego lo de Bogotá, todo en menos de un año. De aquel intenso período indiscutiblemente saqué experiencias. Sus hechos vinieron a ratificar muchas de las ideas que tenía y a fortalecer mis convicciones acerca de los problemas políticos y sociales, y sobre la forma de hacer la revolución.

Claro, tanto en Santo Domingo como en Bogotá, tenía ideas militares claras, correctas e ideas políticas correctas. Sobre el aspecto militar: qué había que hacer en Santo Domingo, cómo hacerlo, la idea de la guerra irregular frente a un ejército organizado. En Bogotá sostuve ideas militares correctas, sacadas de la experiencia de lo leído y de una cierta intuición. Dije: «Uno no debe dejarse sitiar, hay que salir, hay que atacar. Esta estación es muy vulnerable si el enemigo toma las alturas, hay

que defender las alturas». Es decir que en cada momento yo tenía una idea clara de lo que había que hacer. Y lo ocurrido después lo confirmó totalmente.

También me enseñó la endeblez, la superficialidad, la falta de lealtad de los líderes políticos burgueses, por la forma en que fueron capaces de traicionar al pueblo, hacer pactos y arreglos a espaldas del pueblo. Creo que esta es la impresión fundamental que recibí.

A partir de dicha experiencia decidí estudiar a fondo estos problemas. Entre otras cosas, estaba en deuda conmigo mismo, con mi curso en la Universidad; ya debía finalizar o vencer el tercer año.

Decidí dedicar el tiempo necesario a terminar los exámenes, porque lo sentía como un deber, una obligación y, al mismo tiempo, como algo indispensable para adquirir una mayor preparación. Era una idea clara en mí, quería profundizar mis conocimientos, tener una mayor preparación.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, al participar de los hechos, ¿usted confiaba en la posibilidad de una revolución en Colombia? ¿Habría sido posible si no matan a Gaitán?

FIDEL CASTRO. —Bueno, estamos hablando del año 1948, el poder de Estados Unidos en el mundo era total, el dominio en América Latina era absoluto. Claro, Colombia es un país mucho más grande que Cuba. En aquella época estaba Perón en Argentina tratando de hacer algunas medidas nacionalistas con

un cierto desafío a Estados Unidos, lo acusaban de fascista, lo tenían aislado, habían logrado aislarlo; aunque Perón despertó también corrientes de simpatía en Argentina, por su espíritu nacionalista, sus leyes sociales en favor de los obreros y su enfrentamiento a Estados Unidos.

¿Pero habría podido Gaitán en el poder desafiar todos los factores adversos y llevar a cabo una revolución en Colombia en el año 1948? Era muy difícil, pudiéramos decir que era una tarea casi imposible. Hubiera podido intentarlo y lo más probable es que más tarde o más temprano lo hubieran sacrificado.

Su propia muerte demuestra que sus posibilidades de ir más lejos eran limitadas, porque lo asesinaron. Ahora, ¿lo asesinó un loco, un individuo pagado, un fanático? Hay que tener en cuenta que la oligarquía y el imperialismo no solo matan organizando un atentado, no solo matan armando a un asesino, pagándole y dándole la tarea. Muchas veces en la historia, la oligarquía y el imperialismo matan creando un ambiente, una atmósfera. Van creando las condiciones psicológicas para que, entre la masa de fanáticos y de gente reaccionaria, surja un individuo que mate. Es decir, para mí no tiene que haber sido organizada directamente la muerte de Gaitán, aunque no tiene nada de extraño que a un individuo con tales características, la oligarquía y el imperialismo hayan decidido asesinarlo. Que lo decidieran y lo asesinaran, no sería extraño. Pero no es la única forma de matar, una forma muy sutil, o no

tan sutil; también ellos lo hacen creando un clima de violencia, violencia, violencia; matan, crean provocaciones, crean un clima de violencia y excitan el sentimiento reaccionario, el sentimiento fanático contra un líder, hasta que en la masa de miles de fanáticos alguien busca un revólver y le da un tiro. Ellos crean las condiciones psicológicas, ambientales, para que se produzca una agresión. Así que a Gaitán la oligarquía y el imperialismo pudieron haberlo matado, porque organizaron directamente el asesinato o porque crearon todas las condiciones para tal asesinato. Y era un individuo que no tenía ninguna protección.

De la misma forma que, por ejemplo, a Martin Luther King lo mataron en Estados Unidos. Allí también se creó la atmósfera, el ambiente, la idea de que Luther King era un hombre peligroso, antirracista; y entonces un racista pagado, un racista organizado y armado o un racista por iniciativa propia, decidió matarlo.

Lo de Olof Palme fue de otra índole. No me parece que fuera acción de un fanático, porque Palme tenía posiciones muy claras, muy correctas de tipo internacional en muchos problemas: el problema de la carrera armamentista, de la paz, del racismo, el problema de Centroamérica. Tenía posiciones, pero no creaba en el país un clima de fanatismo.

Suecia es un país de largas tradiciones, de normas legales. En mi opinión, detrás de la muerte de Palme no había un faná-

tico sueco porque allí no habría la atmósfera, las condiciones de tal fanatismo, más bien la Suecia de entonces era un país acostumbrado a la controversia, a la polémica, a las discusiones sobre todos los problemas y no se caracterizaba por el odio detrás de la política; el odio que, por ejemplo, ha existido en Estados Unidos, la prédica fascista, la prédica racista propia de su política y que pudo conducir al asesinato de un Martin Luther King, incluso, al asesinato de un [John F.] Kennedy, o al asesinato del otro [Robert] Kennedy. Eso en Estados Unidos se podía producir, en virtud de las ideas reaccionarias, fanáticas, incluso, que han existido allí. Pero tal no era el clima de Suecia, nadie habría esperado que Palme fuera asesinado.

Por eso, y lo he afirmado otras veces, yo siempre he sospechado que el asesinato de Palme fue más bien organizado, y que los únicos intereses afectados por la política de Palme entonces, realmente, eran los intereses del complejo militar industrial de Estados Unidos, los intereses de los grupos de inteligencia de Estados Unidos. La política de Reagan en Centroamérica, en el mundo, en todas partes, era la única política afectada por las actividades de Palme. Allí no operó el mecanismo indirecto de un fanático, sino que operó el mecanismo directo de la planificación y organización de un asesinato, en un lugar donde se podía hacer impunemente.

El revólver, el tipo de bala Magnum especial utilizada, la forma en que se hizo, hablan de alguien que actuó impune-

mente. Este tipo de bala no la suele tener cualquier fanático, por ejemplo; un fanático utiliza un revólver calibre 32 o 45, una escopeta. Pero tal tipo de bala especial solo está al alcance de policías, grupos bien armados; por eso pienso que en el caso de Palme —no puedo probarlo, no tengo elementos, sino la intuición—, la experiencia me indica que fue planeado, organizado. Y fue un asesinato planeado para golpear a un individuo que tenía una influencia, desempeñaba un papel, se había reunido con otros dirigentes, había escrito libros contra la carrera armamentista, un decidido enemigo de la carrera armamentista; de la carrera nuclear, de la tensión internacional, con una política muy progresista con relación a los países subdesarrollados, con una buena posición sobre la deuda, una posición sobre el Nuevo Orden Económico Internacional, de ayuda a los países subdesarrollados del Tercer Mundo, una posición militante contra el apartheid, contra la intervención de Estados Unidos en Nicaragua. Había muchos puntos de la política de Palme que chocaban con la de Estados Unidos, como ahora chocan los políticos que denuncian el cambio climático y la insostenibilidad de la existencia humana en el planeta con el sistema capitalista. Como ahora chocan líderes como Evo y Chávez, en torno a los cuales el imperialismo ha intentado también crear una situación de violencia que propicie el magnicidio. Con Chávez, durante el golpe de abril de 2002, estuvieron a punto, a un punto escalofriante de conseguirlo.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, ahora que usted habla de un líder europeo tan poco común y casi olvidado como Olof Palme, ¿usted lo admiraba?

FIDEL CASTRO. —Sí, él tenía prestigio. Junto con [Giorgios] Papandreu, [Indira] Gandhi, [Miguel] De la Madrid y [Raúl] Alfonsín, había tenido reuniones, había suscrito documentos y tenía una política muy activa, de modo que podemos decir que, objetivamente, Palme se había convertido en un estorbo y en un mal ejemplo para la política de Estados Unidos. Entonces, la intuición, la vieja experiencia de percibir una situación, de percibir los elementos de una situación que se indican con claridad, ese olfato, ese instinto nunca me ha engañado.

Recuerdo cuando estuve en Chile. Hablé con Allende, cuando vi una manifestación, dije públicamente: «Estas son actividades de la CIA, esto ha sido organizado por la CIA, por esto, esto y esto otro», hice todo el razonamiento. Todavía debe estar grabada una entrevista que concedí entonces. Todo lo que estaba ocurriendo en Chile lo vi claro. Aprecié que era algo organizado, y dije: «Detrás está la mano de la CIA». Algunos años más tarde se comprobó todo lo que yo había dicho con exactitud.

Quizás nunca se llegue a saber cómo murió Olof Palme, pero yo podría decir lo mismo que en Chile en aquella ocasión: «Detrás está la mano de la CIA», estoy seguro de que no me equivoco.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, pienso que usted ama a Colombia, y que este sentimiento tiene una raíz temprana y profunda en su vida desde los tiempos de El Bogotazo.

FIDEL CASTRO. —Sí. En el momento aquel en que yo pienso en Cuba, en la familia, en todo, un poco en la serenidad de la medianoche, de la madrugada, en condiciones muy difíciles porque ya estaba perdida la batalla, porque la gente se había dejado arrinconar, no salía, se dejaba acorralar, estaba actuando con una táctica absurda; yo recordaba, en la propia historia de Cuba, que cuantas veces una fuerza se aisló en un edificio, la derrotaron. Ha pasado siempre en todas partes, en una situación revolucionaria de tal índole.

Por entonces yo pertenecía al Comité Pro Independencia de Puerto Rico, era presidente del Comité Pro Democracia de Santo Domingo, defendía la devolución del Canal de Panamá, participaba de las luchas contra las colonias en América Latina, por la soberanía argentina sobre las Malvinas, contra la Conferencia Panamericana, contra la política de dominación de Estados Unidos en nuestra región —eran todos problemas internacionales— y sin ser todavía un marxista formado, y sin militar en ningún partido marxista. Yo tenía mucho que aprender todavía de cosas políticas, pero nunca me había visto confrontado… Bueno, sí me vi confrontado en el caso de República Dominicana, aunque tampoco República Dominicana era mi patria, pero estaba muy cerca. Y no fue

improvisado, fue algo pensado, duró meses, fue mi decisión ir para allá; no solo iba, sino que iba con un gran entusiasmo.

Bien, no era mi patria, pero ahí había gente que conocía, era en Cuba que se organizaba todo, estaban cientos de cubanos involucrados, y los otros eran dominicanos, con quienes teníamos muchas relaciones y amistad. Pero en Colombia yo estaba solo en aquella tropa de más de 400 hombres, no conocía a nadie, no tenía un amigo, no estaba en Cuba; de mi familia nadie sabía nada de lo que estaba pasando, no se podían imaginar, sospechar, la situación en aquel momento, aquel día del 9 al 10 de abril. Fue como a las 11:30 de la noche, lo más probable sobre la 1:00 de la mañana.

Cuando llegó la hora de prueba, porque todas estas ideas y simpatías se ponen a prueba de verdad contra la vida del individuo, y dices: «Bueno, hay que sacrificar la vida».

Pero a mí también me parece muy correcto, de las mejores cosas que pude haber hecho, que cuando me dijeron que la estación estaba siendo atacada, fui para allá, para una estación que estaba perdida, cuando los propios colombianos estaban yéndose. Fue otro momento que reconozco realmente generoso en mí. De tales circunstancias me acuerdo bien porque fueron dos momentos de prueba.

En aquel momento tenía un grupo de hombres bajo mi mando, eran colombianos, ya tenía un cierto compromiso con aquella patrulla y cumplía una misión. Pero allí a la 1:00

de la mañana no estaba cumpliendo nada, era un hombre con 14 balas, en una batalla perdida, solo, no conocía a nadie, no cumplía ninguna misión. Un momento más difícil, y dije: «Me quedo». Lo consulté con mi conciencia solamente, y no puedo decir que tenía el espíritu internacionalista que puedo tener hoy; pero puesto a prueba y, más que partiendo de un principio marxista, partiendo de un principio democrático, popular, dije: «Este pueblo es igual que el pueblo de Cuba, todos los pueblos son iguales; este pueblo es explotado…». Casi lo mismo que le dije después al dueño de la casa de huéspedes, al hombre conservador que criticaba el estallido popular del otro día: «Le han asesinado al líder que significó una esperanza, ellos tienen la razón».

Y todos los pueblos son iguales, fue lo que me dije: «Todos los pueblos son iguales». No es que dijera entonces: «Debe existir el internacionalismo proletario, los pueblos deben ayudarse unos a otros», sino: «Todos los pueblos son iguales, y tengo que hacer aquí exactamente lo que yo haría si estuviera en Cuba». Llegué a tal conclusión; creo que este es el primer principio del internacionalismo, los pueblos son iguales, es justa esta causa, tiene razón este pueblo porque lo están explotando y oprimiendo. Iba todavía por la vía democrática, la idea de la justicia, de que todos los pueblos son iguales. No era el concepto de internacionalismo que tengo hoy, aunque después… Lógicamente, si este tipo de internacionalismo lo

practicaba a los 21 años —no había cumplido los 22 todavía—, en tales condiciones, tengo que ser luego muy receptivo a las ideas del internacionalismo proletario mucho más sólidas y fundadas en un sentido histórico.

Entonces, podría decir que se trató de algo mucho más espontáneo, más propio de la idiosincrasia personal que de una concepción ideológico-política. No había rebasado totalmente mi mentalidad democrático-burguesa, si se quiere. Todavía no era una cuestión de internacionalismo proletario.

Todo se había producido de forma muy imprevista y, en realidad, tuve la duda de si era o no correcto lo que hacía, sobre todo cuando pensé en Cuba, en la familia, y se afirmaba que en cualquier momento iban a atacar de verdad la estación donde estaba todo el mundo, que no tenía escapatoria, que aquello iba a ser destruido por completo. Además, en muchas guerras no se respetan a los prisioneros tampoco; tales tipos de guerras civiles son crueles, despiadadas. Pero a pesar de todo, me quedé allí y quizás desde entonces he sentido más que cercana a Colombia, esa nación está en mi vida y en todo lo que hice después en la Revolución.

10 *Regreso a La Habana, intensidad en los estudios, aprender más de Economía, la beca Bustamante, casamiento, viaje a Nueva York, visita a Harvard, nacimiento feliz y salvar la vida*



Katiuska Blanco. —Comandante, hablando de las experiencias vividas en muy corto tiempo, primero en Cayo Confites y luego cuando El Bogotazo, usted reconoció que le hicieron meditar mucho y le enseñaron extraordinariamente. Consideró que los hechos ratificaron sus convicciones acerca de los problemas políticos y sociales y sobre la forma de hacer la revolución, además, le convencieron de la necesidad de estudiar a fondo tales problemas y cumplir la deuda que tenía consigo mismo de continuar los estudios en la Universidad, vencer las asignaturas pendientes del segundo curso y terminar el tercero. ¿Fue la meta que se propuso a su regreso a La Habana? ¿Cumplió en aquel tiempo con el anhelo de su papá y su mamá de que se concentrara en los estudios?

Fidel Castro. —Sí. A mi regreso de Bogotá me tracé un plan ambicioso: vencer todas las asignaturas pendientes del segundo año, completar las de tercero y estudiar las principales; además, me propuse cursar tres carreras, las cuales tuve que llevar por la libre, única manera de poder sacarlas: Licenciatura en Derecho, Ciencias Sociales y Ciencias Políticas. Varias de las materias eran comunes a las tres licenciaturas, pero eran muchas, yo no recuerdo el momento exacto en que me decidí a realizar tal esfuerzo. Lo primero que hice fue estudiar y sacar

varias de las materias.

Tampoco matriculé el cuarto año como estudiante regular porque ya me proponía estudiar las tres carreras y la única forma de hacerlo era como estudiante por la libre. Aún así, mantuve una estrecha relación con los estudiantes y tenía un gran ascendiente entre ellos, con la única diferencia de que no era un alumno matriculado oficialmente.

En el curso 1948-1949 matriculé un gran número de asignaturas, creo que fueron alrededor de 17, de las tres carreras, aunque no puedo decir que estudiaba durante todo el curso, lo hacía intensamente al final. Como no había tiempo de examinarlas todas en junio, el período de exámenes se extendía hasta septiembre. Mi objetivo en aquel momento era sacar las tres carreras para optar por una beca que otorgaban a los estudiantes que lo lograban. Se trataba de una beca que llevaba el nombre de un jurista que trabajó en la Liga de las Naciones —Bustamante—, y existía además, un premio instituido en homenaje a él. Ya entonces yo había avanzado mucho en el estudio de los problemas económicos y políticos, ya estaba en contacto con la literatura marxista. Lo que quería estudiar era Economía Política, y estaba pensando en la posibilidad de hacerlo en Francia o en la Universidad de Harvard, en Estados Unidos.

En realidad debía aprobar numerosas asignaturas. Aquel año fueron 17 y el siguiente 29 o 30. Claro, no iba a clases, era

totalmente autodidacta; buscaba los libros, las conferencias, los materiales de consulta necesarios.

Y, en medio de todo, una parte del año me dedicaba a las actividades universitarias, a las tareas de oposición política al gobierno de Grau. Yo seguía en la batalla desde mi condición de estudiante por la libre.

Realicé un gran esfuerzo. Tengo el récord de más asignaturas sacadas por un estudiante en menos tiempo. Por supuesto, no estaba buscándolo; pero en un período de seis meses aprobé como 28.

Aunque me interesaba mucho la política había llegado a la conclusión de que debía adquirir una mayor preparación y profundizar mucho más en los conocimientos teóricos de la economía. Antes de ser marxista, estudiando Economía Política, era un comunista utópico; me parecía absurdo el capitalismo. Lo más curioso en mi caso fue que llegué a la conclusión de que el capitalismo era un sistema absurdo por completo.

Analizaba de manera elemental todos los problemas del capitalismo: el desempleo, las crisis de superproducción; vi que al producirse una abundancia de productos, esta iba acompañada del hambre, el desempleo y todos estos males. Desde entonces comencé a concebir en mi cabeza un sistema de producción racional.

No sabía que me estaba ocurriendo lo mismo que a mucha gente antes de Marx, que sacaban de su cabeza un prototipo de

sociedad y comencé a fabricar el mío; que no era capitalista, era socialista de sociedad, era la propiedad común sobre los medios de producción, destinada a satisfacer las necesidades del hombre. Desde que me adentré un poco en todo esto llegué a la conclusión de que si el hombre debía producir para satisfacer las necesidades, era inconcebible que las necesidades y la producción estuvieran divorciadas, que las necesidades de los consumidores y la propiedad de los medios de producción estuvieran divorciadas. Todo aquello me parecía absurdo y empecé a cuestionarlo; empecé a elaborar la idea de una sociedad ideal, perfecta, en la que no existiera ninguno de estos problemas de hambre, desempleo, pobreza, crisis cíclica.

Pensaba todavía de manera elemental, no era profundo, pero comencé desde muy temprano a cuestionar toda aquella sociedad y me convertí en un socialista utópico. Pasaba horas enteras en la plaza Cadenas, hablando a los que querían oírme de todos estos problemas, predicando estas ideas a un auditorio de cinco, seis, siete, ocho o diez personas. Estos razonamientos los hacía durante horas, bastante tiempo antes de encontrarme con la literatura marxista.

Después supe de la existencia de gente que había hecho lo mismo que yo y que se conocían como soñadores y socialistas utópicos. Esto lo comprendí mejor, especialmente cuando me puse a estudiar Economía Política más a fondo, porque la que estudié en la Universidad trataba las diferentes teorías políti-

cas a grandes rasgos.

Curiosamente, uno de los primeros libros donde se hablaba de marxismo, era de legislación obrera, escrito por un profesor que había sido revolucionario: Aureliano Sánchez Arango. Él había luchado contra Machado, contra Batista, pero como otros profesores con autoridad, no entró a formar parte del gobierno auténtico, y ello le confirió cierto prestigio. Era un profesor riguroso, sin embargo, cuando llegó a ser ministro durante el gobierno de Prío reprimió a los estudiantes. Con él fue con quien Chibás entabló por radio la famosa polémica que llevó a Chibás al suicidio. Después, cuando el golpe de Estado de Batista fue un conspirador destacado, lo que le permitió recuperar cierto prestigio.

Existía otro libro que partía de una concepción marxista también, de Raúl Roa, profesor de una de las asignaturas de la carrera de Ciencias Sociales, creo que era *Historia de las Doctrinas Sociales*.

Primero con los libros de Economía Política Capitalista y después con estos que obligadamente hablaban mucho de las distintas escuelas políticas, empecé a recibir información sobre las ideas y concepciones del marxismo.

No sé en qué período fui socialista utópico, casi desde que llegué a la Universidad, pero el contacto directo con la literatura marxista lo tuve después, el primero fue con el *Manifiesto Comunista*. La lectura de este libro me produjo un gran

impacto. No me acuerdo cómo cayó en mis manos el primer ejemplar, cosa extraña, porque en un centro superior de estudios debiera haber muchos materiales de tal tipo. Cuando llegué a la Universidad, que tenía 15 000 estudiantes, el número de comunistas, antiimperialistas, puede que no pasara de 30. Es la impresión que tengo, a lo mejor eran más, pero muy pocos en general.

Recuerdo que después hicimos algunos comités, en los que estaban [Antonio] Núñez [Jiménez], Lionel Soto, Alfredo Guevara, todo el grupo de izquierda. Yo cursaba el cuarto año. Las actividades que hicimos entonces fueron desde una posición muy de izquierda. Yo no militaba entre los comunistas. Era marxista pero no era un miembro del Partido Comunista.

La Universidad estaba saturada de maccarthismo; bueno, no solo la Universidad, ya el espíritu público estaba saturado de maccarthismo, anticomunismo, prejuicios de todas clases, y aquella escuela era de los hijos de los burgueses y pequeñoburgueses fundamentalmente. Se había producido un retroceso en el pensamiento político universitario desde la época de Mella, de los años 1920 y 1930. En la década de los 40, cuando ingresé, encontré una Universidad muy descolorida, muy atrasada en el aspecto político, donde prácticamente no existía el movimiento antiimperialista, progresista; el movimiento socialista.

El estudiantado, sobre todo, tenía una tradición de lucha

a la cual estaba apegado desde la época de la independencia —creo que conté algo de esto en una ocasión—, desde los estudiantes fusilados, los que murieron en la lucha contra Machado: Mella, o Rubén Martínez Villena, que muy enfermo murió después, todos ellos dejaron una gran tradición. Pero en la Universidad que conocí, el pensamiento político había retrocedido extraordinariamente; como a veces ocurre, tras una ola de pensamientos político-revolucionarios ya avanzados sobrevienen períodos de retroceso. Cuando entré en la Universidad, estaba en su punto más bajo. No era posible que pudiera desarrollar allí un pensamiento comunista en toda su magnitud. Pero ya tenía mis propias ideas, y el *Manifiesto Comunista* me causó un gran impacto; debe de habérmelo sugerido algún estudiante comunista de la Escuela de Derecho. A partir de entonces comencé a recibir tal tipo de literatura.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, ¿a qué aspectos esenciales del *Manifiesto Comunista* atribuye tal impacto en usted?

FIDEL CASTRO. —Fue la primera vez que di con una interpretación coherente, bien explicada, de la historia y de los acontecimientos históricos y sociales, la existencia de las clases sociales con la claridad con que Marx la explica, las pugnas históricas, los diferentes tipos de sociedades que han existido. Lo vi todo muy claro, además, pude captarlo porque conocía lo que era un terrateniente, una propiedad terrateniente; una familia terrateniente; quiénes eran los trabajadores, los obreros,

que no contaban con nada, que producían una riqueza que no disfrutaban y eran despojados del fruto de su propio trabajo. Podía entenderlo perfectamente, había tenido la oportunidad de verlo muy de cerca, con mis propios ojos. Para mí tales ideas eran irrebatibles, al igual que las verdades de que habla la Declaración de Derechos del Hombre, porque conocía perfectamente todo lo relacionado con la revolución burguesa, que se inició con la Revolución Francesa, y la historia de la revolución americana.

Para entonces había leído con mucha avidez cuanto texto caía en mis manos sobre la Revolución Francesa, mucho antes de tener una noción; era estudiante de bachillerato, pero ya me interesaban dichos temas. Eran verdades evidentes, realmente incuestionables, que pude comprender con mayor nitidez, explicadas y razonadas en el *Manifiesto Comunista*.

Cada vez que tengo una oportunidad vuelvo a leer el *Manifiesto Comunista* porque está tan bien escrito, en un lenguaje tan claro, tan directo. La crítica a fondo que hizo el Manifiesto de la sociedad burguesa, la forma en que lo dijo, la coherencia, la claridad con que explicó todos los problemas, su elocuencia, realmente me produjeron un gran impacto.

Yo venía fabricando castillos en el aire y de repente me encontré con el Manifiesto, entonces fue que comencé a entender aquel problema, a ver una teoría, y, claro, ya yo había oído decir: «Existe tal o más cual teoría». Podría decirse que

comencé a simpatizar con aquellas ideas expresadas de forma tan clara y elocuente; era lo más claro que había leído en mi vida. Yo estaba condicionado porque había estado elaborando teorías en el aire que carecían de una base social, no tenían una base histórica, se fundamentaban solo en un espíritu rebelde y una ética elemental.

Existían dos teorías: la liberal burguesa y la marxista, las otras carecían de una base sólida y respondían a escuelas políticas como las utópicas, desde tiempos inmemoriales, y el anarquismo de época más reciente. Estaba claro el enfrentamiento entre aquellas dos teorías, entre dos sectores decisivos: los propietarios y los desposeídos, los explotadores y los explotados. Mi mente y mi ánimo eran totalmente proclives a la receptividad del marxismo, el interés que ya tenía por los problemas políticos y económicos se multiplicó. En aquel momento vivía una etapa de estudio y fui obteniendo otros libros de marxismo, pero principalmente me dediqué a estudiar todas las asignaturas que debía aprobar para poder obtener los tres títulos necesarios con los cuales aspirar a la beca. Quería cumplir esa etapa, lograr la beca para estudiar Economía Política, en una especie de postgrado.

Recuerdo que a partir de la lectura del *Manifiesto Comunista* se estrecharon mis relaciones con la juventud comunista de la Universidad. Siempre fui muy franco y compartía con ellos mis ideas. Esto se tradujo en un acercamiento ideológico

entre los muchachos comunistas, antiimperialistas de la Universidad y yo, en un período en que ya no era el hijo del terrateniente que venía de la escuela de los jesuitas. No era todavía un autoconverso del marxismo, no puedo decir tampoco lo mismo del leninismo, porque la etapa en que entré en contacto con la literatura leninista fue ulterior. Todo fue un proceso, y no estábamos de acuerdo con cuestiones tácticas y determinada autosuficiencia que los caracterizaba. Formé parte del comité al que pertenecían [Alfredo] Guevara, Lionel [Soto], [Antonio] Núñez [Jiménez] y otros, y realizamos muchas actividades progresistas. Este comité tenía una gran influencia en la FEU. Todavía persistían la represión, las amenazas y subsistían los grupos armados fuertemente ligados al gobierno, que conservaban una poderosa influencia.

Participé en muchas actividades junto a los estudiantes comunistas y antiimperialistas, pero no era militante del Partido Comunista. Estaba vinculado a personalidades que crearon el Partido del Pueblo Cubano Ortodoxo, prácticamente desde que llegué a la Universidad, pero sosteníamos relaciones excelentes con los comunistas, desafiábamos al gobierno, a las fuerzas represivas, a las pandillas armadas.

Creo que fue en cuarto o quinto año —no recuerdo bien—, cuando [Pedro] Albizu Campos protagonizó un levantamiento en Puerto Rico y organizamos una enorme manifestación hasta la embajada norteamericana en La Habana Vieja, en un

costado de la Plaza de Armas, muy cercana a donde está hoy el Museo de la Ciudad. Fue una manifestación multitudinaria. Lionel Soto trataba de quitar el escudo del consulado americano cuando llegó la policía dando golpes, y a mí me dieron tremendos fuetazos con una fusta de manatí por la espalda, mientras sostenía a Lionel que escalaba el primer piso del edificio.

Tal vez ocurrió en octubre de 1950, pero las actividades que desarrollamos entre 1948 y dicha fecha, tenían carácter de movilización masiva. Realizamos muchos actos de tal índole en aquella época. Me convertí en especialista en preparar manifestaciones. Creo que el de los marines que se encaramaron en la estatua de Martí en acto ignominioso, también fue en aquella etapa.

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, busqué la fecha en la cronología y fue el 11 de marzo de 1949. También leí un testimonio de [Baudilio] Bilito Castellanos de 1999, donde explicaba cómo ocurrieron los hechos al día siguiente. El periódico *Alerta* publicó las fotos del ultraje y los estudiantes universitarios partieron desde la Escuela de Derecho hacia el Parque Central, y de allí hacia la embajada de Estados Unidos. Él narró que cuando Lionel intentaba quitar el escudo estaba subido sobre los hombros de usted. Quienes reprimieron la manifestación dando fuetazos con «bicho de buey» fueron policías bajo las órdenes del teniente Salas Cañizares. A Bilito lo golpearon sal-

vajemente y usted lo trasladó a la Casa de Socorro, donde pidió un certificado de lesiones para denunciar el atropello. Se dirigieron con tal propósito al Ministerio de Gobernación, donde un oficial destacado a la entrada del edificio le suplicó: «No me perjudique, señor, yo con mi sueldito sostengo a mi familia». Usted lo tranquilizó y finalmente no presentó la denuncia allí, sino en la estación de policía de Dragones y Zulueta.

FIDEL CASTRO. —En aquella época hicimos de todo, cuanta causa había que defender, nosotros la apoyábamos: la independencia de los pueblos contra las tiranías, contra el racismo...

Así que la dedicación al estudio no me impidió seguir cumpliendo mis obligaciones en la lucha universitaria contra el gobierno y contra la corrupción. Entonces decidí casarme con Myrta, que estudiaba en la Escuela de Filosofía. Asocié el matrimonio a la idea de dedicarme a estudiar. Fue en octubre del año 1948.

KATIUSKA BLANCO. —Tal decisión seguramente hizo muy felices a sus padres, siempre atentos para prestarle ayuda, para apoyarlo. ¿Es así como lo intuyo?

FIDEL CASTRO. —En realidad mi padre me ayudó, pues cuando me casé no tenía recursos. Fue una decisión importante porque en dicho período yo viajé a Estados Unidos. De Camagüey salí en avión para Miami y luego en tren para el Noreste, hacia Nueva York. Allí se encontraba el hermano de Myrta, no recuerdo ni qué él hacía, creo que trabajaba. Entonces viví en Nueva York

durante algunas semanas.

KATIUSKA BLANCO. —El viaje fue después del matrimonio en la iglesia de Banes. Usted se casó ante el notario el día 11 de octubre de 1948. Al día siguiente, 12 de octubre, tuvo lugar la ceremonia religiosa. La periodista Marta Rojas me aseguró que la noticia salió publicada en el *Diario de Cuba,* el periódico de la capital oriental en aquella época.

FIDEL CASTRO. —Me casé por la Iglesia Católica, la familia no habría aceptado otra cosa, no tuve prejuicios en tal sentido, me parecía algo estrictamente social. Era obligado casarse por lo civil y por la Iglesia. La muchacha me interesaba más que los trámites, sinceramente.

Ella había pasado sus trabajos también, sus dolores de cabeza, sufrimientos. Era novia mía desde antes de lo de Santo Domingo, después vino lo de Bogotá. Yo era un novio que no se sabía si iba a sobrevivir a tantas aventuras. Claro, en mi casa, todo el mundo vio muy bien el casamiento porque estaban preocupados por mí. En la casa se alegraron de que estuviera dedicado al estudio, al matrimonio, creyeron que eso me alejaría de los peligros, de las inquietudes políticas.

Como tenía mis planes de dedicar tiempo a estudiar, cuando estuve en Nueva York me compré unos libros de Marx en inglés y un diccionario también de ese idioma. Para entonces estaba imbuido de todas aquellas ideas, al punto de que estuve en la Universidad de Harvard, en Boston, y pedí los programas

de Economía. Este es un centro de gran prestigio.

Era tan audaz que fui como turista a Nueva York y allí, con parte del dinero que me dio mi padre, compré un carro de uso, barato, y corrí en él por la carretera de la ciudad a Harvard. Regresé de Nueva York a Miami por esa vía.

Anduve manejando en Estados Unidos con un mapa para no perderme, algunas veces por la noche; no sabía ni por dónde andaba, me extravié más de una vez. Estando en Nueva York presencié las elecciones de [Harry] Truman en 1948, en el mes de noviembre, no recuerdo bien, pero allí estuve alrededor de seis semanas nada más.

KATIUSKA BLANCO. —Una de las crónicas que atesoro en casa fue escrita por el periodista Guillermo Cabrera Álvarez y se titula «Buscando lo mío en Nueva York». Es el recuento de una búsqueda de los espacios entrañables vinculados a nuestra historia, algo así como seguir la huella, los pasos de José Martí y de usted, en esa cosmopolita ciudad. ¿Puede recordar dónde vivió y los lugares que frecuentaba?

FIDEL CASTRO. —Viví en un edificio de ladrillos que tenía cinco plantas. Alquilé un cuartico muy modesto que estaba más bien en el sótano; daba a la calle y estaba a la altura de la acera. Primera vez que pasaba un invierno crudo, yo no sabía lo que era el invierno; lo que había allí era un aparato viejísimo de calefacción.

Por entonces yo sabía hablar muy poco inglés, entonces

aprendí a ir a los *delicatessen*, las bodegas y me asombraba de que en la misma tienda en que vendían medicamentos, ofertaban comida. Era muy raro para mí, muy extraño, puesto que en Cuba la farmacia es la farmacia, y la bodega es la bodega.

El hecho es que compraba en los *delicatessen* y cocinaba, porque siempre me gustó cocinar y muchas veces lo hacía. Los primeros días el hermano de mi esposa estuvo allí, Rafael Díaz-Balart, él estaba casado también y hacía meses que permanecía allá. Él fue nuestro cicerone en Nueva York. Muchas veces salíamos con ellos.

Durante las semanas que estuve en aquella ciudad, vi muchas cosas, visité museos como el de Historia Natural, el famoso Empire State, visité los teatros, algunos restaurantes. Creo que yo era el que pagaba con lo que me había dado mi padre, porque mi cuñado no tenía ni un centavo. Disfruté los paseos, pero no abandoné nunca mi propósito de estudiar Economía Política después que terminara la carrera de Derecho y la de Ciencias Sociales, por eso visité Harvard, pensando en la posibilidad de estudiar allí. A lo mejor era una ilusión mía, pero tenía tal idea en la cabeza, estudiar en Francia o en Harvard, de las mejores universidades y de las más fuertes en Economía entonces.

Claro que se trataba de la Economía Política del capitalismo, pero me interesaba seguir los conocimientos: la Matemática, el estudio del propio marxismo, de las distintas teorías,

del capitalismo mismo, porque nadie estudió más el capitalismo que Carlos Marx. Él lo estudió como algo esencial. Fue estudiando el capitalismo que me volví comunista. Yo tenía una decisión, una inclinación franca y decidida por la política. En aquel período, estaba pasando de mi fase de comunista utópico a comunista marxista, y marxista-leninista. Tal fue el camino que seguí después.

Ya en Miami tomamos un ferry hasta La Habana, llegamos con muy poco dinero, se puede decir que arruinados. Tuve que vender el carro, no me quedó más remedio. La abundancia relativa había durado realmente poco tiempo.

Cuando repaso todo 1948 recuerdo las elecciones generales del mes de junio como el acontecimiento más importante de aquel año en Cuba. Tuvieron lugar poco tiempo después de mi regreso de Bogotá. Participé activamente en la campaña política por la presidencia de Eduardo Chibás; incluso, en un mitin en Santiago de Cuba días antes de las elecciones. Estuve en parte del recorrido; una masa impresionante de gente apoyaba, aplaudía. No votaron por Chibás, pero lo aplaudieron. Era la tercera fuerza —y como ocurrió tantas veces—, la votación se inclinó hacia los dos candidatos a los cuales se les consideraban más posibilidades.

Allí pronuncié un breve discurso de poco tacto, porque le hice un emplazamiento al candidato presidencial, a Chibás; le dije: «Mira al pueblo, a este pueblo que te apoya: nunca trai-

ciones a este pueblo». Fue una gran falta de tacto mía, pero le gustó mucho a la gente. Entonces, yo dije allí que, si trataban de quitar la victoria por la fuerza, cambiaríamos las escobas por fusiles —las escobas eran símbolo de los ortodoxos en pos de barrer los males del autenticismo— para conquistar el poder por las armas. Lo declaré en el mes de mayo, unos días antes de las elecciones, en aquel mitin en Santiago de Cuba. Los santiagueros lo recuerdan siempre. Por alguna razón me pusieron a mí entre los últimos que dirigieron unas palabras a la multitud.

Quería llevar adelante mis ideas. Claro, todo ocurrió en año y medio. Fue un período de rápido proceso de estudio, aprendizaje, radicalización; en que me adentré en la literatura marxista, de Engels, de Lenin y, por supuesto, seguí realizando el mayor esfuerzo por vencer todas aquellas asignaturas.

Fue una etapa difícil, había llegado del viaje con los bolsillos vacíos. Con el dinero del carro y con lo que de vez en cuando me enviaban de la casa, alquilé un apartamento en un edificio semiconstruido en Miramar. Todavía simultaneaba el estudio con las actividades políticas.

Luego de las elecciones fue que me dediqué al estudio en función de cumplir mi plan de ganar la beca. Llegué a lograr mi objetivo, pero tenía que salir de Cuba por lo menos tres años. Fue un dilema que viví por aquella etapa, tenía que tomar una decisión.

En el año 1949 saqué 17 asignaturas, y después, en 1950 matriculé todas las que faltaban para las tres carreras que cursaba.

Entre los meses de febrero, marzo y julio, estudié y examiné casi todas las asignaturas y obtuve notas de sobresaliente en la mayor parte. En total, eran como 47 las que tenía que aprobar.

Llegó el momento en que me faltaban dos o tres asignaturas y tenía todavía tres meses a mi favor. Eran las más fáciles. Ya tenía la beca asegurada porque era el único alumno del curso que había sacado todas las asignaturas de las carreras —Ciencias Políticas, Ciencias Sociales y Derecho Diplomático—, requisito indispensable para obtenerla.

Cuando hice el plan, necesitaba 47 asignaturas; en año y medio saqué 45 y me quedaban todavía tres meses y solo dos o tres asignaturas por aprobar. Las tenía estudiadas incluso y no las examiné. Hubiera sido muy bueno haber podido estar dos o tres años formándome en Economía Política, pero tuve que escoger entre irme a estudiar, a perfeccionar los conocimientos, o participar activamente en la lucha. Decidí participar de inmediato en esta; renuncié al proyecto del estudio para dedicarme por entero a la lucha revolucionaria.

Si me hubiera marchado lejos, a Estados Unidos o a Francia para estudiar, hubiera perdido muchísimo, hubiera perdido la hora oportuna de la acción revolucionaria; pero parece que vi

claro que se acercaba un momento clave, una etapa, en que no era correcto invertir el tiempo en el estudio, y con la audacia característica de toda la gente joven, creí que estaba preparado para la acción política con un objetivo revolucionario bien definido. Entonces dejé el estudio y me decidí por la lucha. Esto ocurrió en el verano del año 1950. Ni siquiera fui a examinar las dos asignaturas que me faltaban, a pesar de que eran las que más dominaba. Debí haberlo hecho para llegar a la meta de aprobar las 47, aunque ya no me interesara la beca.

Le había dedicado muchas veces hasta 16 horas diarias al estudio. Fue un récord aprobar 45 asignaturas en tan poco tiempo, pero hubo mucha constancia de mi parte. La tranquilidad que da el matrimonio influyó positivamente, además, yo tenía mis técnicas, mis métodos de estudio.

Mis enemigos seguían acechando debido a las actividades políticas que yo simultaneaba con el estudio. No había desaparecido el peligro y yo andaba totalmente desarmado. En dicho período no tenía ni la posibilidad de usar un arma, porque los inconvenientes eran mayores.

Recuerdo que el día que nació Fidelito, el 1.º de septiembre, yo tenía que ir a la Universidad y no fui por tal motivo. Después supe que aquel día había ido un grupo de gente a la Universidad únicamente con la intención de matarme.

Yo no había hecho otra cosa que seguir en la política, en la actividad contra el gobierno, contra Prío que ya era presidente.

Probablemente el motivo del intento de matarme fuera la política de oposición, todas las actividades que desarrollaba en la Universidad junto a los comunistas, nucleados después en el Comité 30 de Septiembre, creado en homenaje a Rafael Trejo.

Si aquel día hubiera ido a la Colina, me hubieran asesinado; fue una tremenda casualidad. Se puede decir que el día en que nació Fidelito fue también el día en que yo nací. El 1.º de septiembre de 1949. Es una verdad rigurosa, exacta.

Cuando estudiaba en la casa y lo sentía llorar recordaba que su llegada al mundo me había salvado aquel día la vida.

El peligro resurgía a intervalos por alguna coyuntura o actividad de la oposición. Se habían dado en tal período luchas estudiantiles y algunos estudiantes negociaron, pactaron. Precisamente cuando estuve en Estados Unidos se desataron movimientos en contra del incremento del pasaje. Algunos dirigentes se dejaron sobornar, no recuerdo ahora qué problema puede haber surgido con el gobierno que se dio esa situación coyuntural.

Es verdad que después tuvieron muchas oportunidades de eliminarme, entre el año 1950 y 1952. Cuando el golpe del 10 de marzo de 1952, resulta muy difícil responder a la pregunta de por qué no me mataron en aquel período. Tengo mi teoría, que es la del domador de circo: el domador está en una jaula, rodeado de leones, y mientras hace ruido con el látigo y lo restalla una y otra vez tiene a los leones atemorizados. Creo

que la táctica que a mí me salvó fue que me mantuve con el látigo en la mano, haciendo un ruido igualmente tremendo.

Cuando tenía todo lo que anhelaba a mi alcance, luego de haber realizado un gran esfuerzo en los estudios, había decidido quedarme en Cuba. Percibía que era un momento muy importante en el país, tal vez lo magnifiqué pero, efectivamente, cuando se produjo el golpe de Estado en marzo de 1952, yo hubiera estado afuera y habría perdido todos los contactos, todas las relaciones. Fueron poco más de dos años en que aprendí mucho de Cuba, de las realidades, y mi pensamiento revolucionario se enriqueció extraordinariamente. Fue el período en que me gradué. Ya como abogado pude palpar de cerca muchas de las realidades de la época.

Aunque mi familia me ayudaba todavía de alguna manera, yo vivía muy apretado, andaba a pie, en la guagua, en el tranvía, con muy poco dinero, con una vida bien estrecha y con deudas, aunque siempre aparecían amigos que me daban créditos.

También es verdad que al estar dedicado al estudio, incurría en muy pocos gastos. Apenas hacía vida social, en lo que se refiere a fiestas, paseos, cenas, visitas; no tenía tales hábitos. Quizás por mi vida en el campo, en las escuelas donde estudié, cuando llegué a la Universidad era un joven muy rústico, no estaba acostumbrado a la vida social. Claro, tenía relaciones, amistades de todo tipo, y de vez en cuando me in-

vitaban a alguna fiestecita, pero no sentía inclinación por tal tipo de actividades. Era muy mal bailador, muy malo, no tenía oído para la música. Aprendí un poquito, necesitaba saber para ciertas ocasiones pero era un desastre. Un buen atleta pero muy mal bailador.

No quiere decir que fuera un joven apático, amargado. Antes de Myrta tuve otras novias y muchas amigas. Me gustaba la compañía de las mujeres, lógicamente; una parte del tiempo la invertía conversando con ellas en la Escuela de Derecho, y tenía numerosas amistades. Pero después que tuve novia asumí la relación con mucha seriedad. Cuando nació mi hijo, creo que cumplí también con seriedad mis obligaciones de padre. Como su nacimiento coincidió con la etapa de mi dedicación al estudio, permanecía mucho tiempo en la casa; estaba muy contento, muy satisfecho. Creo que todo eso me ayudó a llevar a cabo mi programa.

El plan del matrimonio como un medio de estabilización dio resultado. Era bastante casero, salía cuando era necesario para participar en las actividades políticas, seguía siendo buen estudiante y no mal cocinero. Muchas veces colaboraba en la casa, aunque no en virtud del Código de Familia que existe actualmente... Ni siquiera se planteaba dicho problema, no llegué a tener cargos de conciencia en relación con eso, porque en tal época ni siquiera se hablaba del asunto. Naturalmente, colaboraba siempre que podía y en ocasiones ayudaba, coci-

naba una o dos veces; pero había una división del trabajo. La histórica y vieja división del trabajo subsistía en aquella casa perfectamente bien.

No era machismo, sino un hábito tradicional en que la mujer se ocupaba más de la casa, de los niños. Si había que dar una ayuda, una colaboración, yo, por supuesto, la daba, no voy a decir que no; pero no estaba planteado el problema como ahora. En realidad no era un problema, era algo muy propio de aquellos tiempos.

De aquel primer apartamento, no sé exactamente en qué momento nos mudamos. Conseguí uno en 3.ª y 2, en el Vedado, allí estábamos mejor, era mucho más fresco, cerca del mar, no muy caro y enfrente había un cuartel del ejército, con un muro que abarcaba toda el área donde está hoy el hotel Riviera o los edificios próximos a este hotel.

11 *Graduarse, bufete de Tejadillo, defender a los pobres, gestiones diplomáticas, fugaz holgura, un gesto altruista, primera autodefensa y denuncia de raíz francesa, al lado de Justa, hermandad racial*



Katiuska Blanco. —Comandante, la culminación de los estudios universitarios fue un propósito ansiado por usted y casi visto como un viejo sueño por sus padres. Así como llegó a ser el primer bachiller de la familia en 100 o 200 años, quizás sería el primer universitario en más de 500. En Galicia, por ejemplo, recuerdo la vetustez de la Universidad de Santiago de Compostela, cuya fundación data de 1495. Sus edificios y el de la catedral son imponentes por su belleza e historia. Al menos por la familia de su papá en Galicia, nadie nunca se graduó antes del nivel superior.

El desarrollo de un trabajo investigativo constituye siempre el esfuerzo final exigido académicamente a los estudiantes para su graduación. Sé que defendió su tesis de grado el 5 de septiembre de 1950 y el tema escogido fue «La letra de cambio en el derecho privado y en la legislación laboral». ¿Tuvo alguna motivación especial para analizar tal tema? ¿Significó algo para usted?

Fidel Castro. —Sinceramente, la tesis fue algo formal, no realicé ningún esfuerzo. Por entonces no se discutían los proyectos, cualquier tema podía estudiarse; una tesis no desempeñaba ningún papel. Era un tema sencillo, fácil, no significaba absolutamente nada.

KATIUSKA BLANCO. —Comprendo, el esfuerzo mayor se concentró en vencer los exámenes en un período muy breve y hacerlo envuelto en las turbulencias políticas de la época, en la incesante lucha revolucionaria que le era irrenunciable a usted y motivo de sobresalto en su casa de Birán. Me viene a la mente ahora el mensaje suyo publicado en la revista *Carteles*, el 10 de diciembre de 1950. Lo titularon «Una carta de Fidel Castro». Usted realmente replicaba, con lo que pudiera considerarse un manifiesto, ante las continuas infamias de Masferrer. La hostilidad de Masferrer tenía que ver con el hecho de que usted había desenmascarado su actitud cobarde en la expedición de Cayo Confites, su entrega de las armas al gobierno, el maltrato a los enrolados y, además, su complicidad con Mario Salabarría, principal responsable de la masacre de Orfila. Usted decía en su carta:

«...acabo de concluir mis estudios en la Universidad, donde he obtenido los títulos de: Doctor en Derecho, Licenciado en Derecho Diplomático, y Licenciado en Derecho Administrativo en cinco años académicos, sin haber perdido un solo curso, sin haber obtenido jamás un suspenso; con un expediente de estudio que puedo exhibir orgulloso en defensa del concepto a que soy acreedor. Pueden dar sobre ello cabal testimonio ilustres profesores, en los cuales no cabe sospecha de veleidad y de quienes he recibido más de una vez sincera felicitación por mis exámenes. [...] No me arrepentiré jamás de

los nobles empeños de mi lucha universitaria sin recibir más pago que lágrimas para mis familiares, peligros para mi vida y heridas para mi honra.

»Si la deshonra es el castigo de los que claudican, sea, pues, la honra el precio merecido de los que han sabido ser honrados».

Comandante, vencida esa etapa, ¿cómo fue su vida? ¿Qué causas asumió como abogado? Imagino que para entonces ya sus padres supondrían que debía comenzar a valerse económicamente por sí mismo.

¿Fue realmente así? ¿En algún momento necesitó de nuevo la ayuda de ellos?

FIDEL CASTRO. —Bueno, mi padre me ayudó cuando me casé y realicé aquel viaje a Estados Unidos, recuerdo que regresé con algún dinero de la venta del carro de uso que había comprado. En dicho período me dediqué ciento por ciento al estudio, en los años 1949 y 1950. Es decir, mientras no terminé la carrera me siguieron ayudando económicamente, aunque los gastos eran insignificantes. Ya había nacido mi hijo y recuerdo que mi padre me enviaba algún dinero, pero una cantidad limitada.

Para mí era lógico que después de graduado ya mi padre no tuviera que ayudarme. Los gastos eran muy pocos; lo que había que pagar era el apartamento y la comida de tres personas. En aquella época no había tanta inflación como hoy y, en realidad, lo que se gastaba en una casa no pasaba de dos o

tres pesos diarios. En aquel tiempo con 120, 150 pesos se podía vivir limitadamente. Yo no tenía automóvil, no tenía nada. Si acaso, usaba algo en pagar el ómnibus para ir y venir de la Universidad. Rara vez iba al cine; de vez en cuando compraba algo en la cafetería de la esquina.

Gastaba muy poco, me dedicaba todo el tiempo a estudiar, no iba a ninguna parte; de modo que con la ayuda de mi casa me las arreglaba. Ya ni me acuerdo cuánto se pagaba por aquel apartamento, debieron ser 35 o 40 pesos o algo así.

La ayuda de mi casa terminó exactamente cuando me gradué. Entonces todavía vivía en aquel apartamento de una sola habitación cercano al hotel Riviera. Estaba en el techo. El edificio tenía dos pequeños apartamentos en cada piso. Había que subir las escaleras; era muy sencillo, muy barato y me quedaba más cerca de la Universidad.

Después, algunos compañeros de oficio y yo conformamos un bufete en la calle Tejadillo, en La Habana Vieja y empezamos a trabajar.

KATIUSKA BLANCO. —El doctor Jorge Aspiazo Núñez de Villavicencio recordaba en un testimonio recogido en la Oficina de Asuntos Históricos en febrero de 1979, que fue mientras conversaban en la escalinata universitaria que usted les propuso a él y al doctor Rafael Rasende Vigoa crear el bufete. Ellos aceptaron y ese mismo día, los tres encaminaron sus pasos hacia La Habana Vieja, donde lo establecieron para atender asun-

tos civiles, criminales y sociales. El dueño del edificio Rosario, N.º 57 de la calle Tejadillo, les mostró el departamento 204, un pequeño local compuesto por una salita y un despachito. Lo rentaron con el pago por adelantado de 80 pesos que consiguieron reunir, de 120 a pagar, y con la promesa de abonar poco después el resto del dinero. Luego, como no tenían muebles, el propietario les prestó un buró y una silla para que pudieran comenzar a trabajar. Aspiazo también mencionaba que adquirieron una máquina de escribir de uso a plazos.

FIDEL CASTRO. —No era raro que tuviéramos que reunir fondos para alquilar el local. Tenía muy pocos ingresos, prácticamente ninguno, porque recién me había graduado y además, de inmediato, como abogado, empecé a defender a los pobres, a quienes no poseían nada, tampoco dinero con qué pagarme.

Por fortuna pude movilizar algunos recursos por otras vías. Por ejemplo, existía una póliza de seguros que mi padre me había hecho. No recuerdo bien en qué momento negocié la póliza de seguro; tenía que escoger entre la gran seguridad por lo que podía pasar después si a mí me ocurría algo y la necesidad de vivir. No sé a cuánto ascendía la póliza, si era por 20 000 pesos o algo así. Era una cantidad que mi padre venía pagando y se acumulaba, para cobrarlo a los 20 o no sé cuantos años. Creo que tales compañías de pólizas invertían el dinero en bienes inmuebles y apartamentos.

Desconozco lo que las compañías hacían con el dinero,

pero si usted había pagado 3000 o 4000 pesos y se moría, la familia recibía la cantidad completa. Tampoco llegué a saber si los asegurados ganaban interés, imagino que no ganarían mucho; creo que el atractivo era que aseguraban al individuo mismo o a su familia.

Bueno, tuve que negociar la póliza con la compañía, porque si el asegurado quería recuperar el dinero no se lo devolvían todo, solo una parte de lo depositado. De todas formas recuperé cierta cantidad, y así pude disponer de algunos recursos después de la graduación.

Como abogado no recuerdo haber recibido ingresos, prácticamente no le cobraba a nadie, de manera que la situación económica mía era bastante apretada. Mejoró cuando mi padre me pidió que, en mi condición de abogado, le resolviera un problema de mucha importancia. Sin que yo conociera las razones, casi desde que nací, había oído hablar de algunos de aquellos problemas. Sabía que una de las la fincas de mi padre, quien poseía alrededor de 800 hectáreas, estaba a nombre de su gran amigo don Fidel Pino Santos. Se trataba de la mejor tierra de aquella zona. Él era como un banquero también de mi padre; don Fidel le prestaba dinero. Si mi padre tenía alguna necesidad, le hacía un préstamo y le cobraba un interés. No creo que fuera un interés tan alto como el que cobraban los bancos americanos, pero si mal no recuerdo, le cobraba a mi padre como el 8% cuando lo que se practicaba era el 10%

de interés. Don Fidel ya era representante. En aquel momento creo que mi padre se había nacionalizado cubano, aunque español al fin, siempre tenía cierto temor, cierto complejo.

KATIUSKA BLANCO. —Sí, Comandante, su papá se hizo ciudadano cubano en 1941. Para entonces llevaba casi 42 años viviendo en Cuba y había prosperado en los negocios con mucho esfuerzo personal, pero la propiedad de la finca Manacas, su posesión más preciada, estaba a nombre de don Fidel Pino Santos desde el año 1933. Don Ángel tuvo que cederla en pago a Pino Santos, de quien era deudor desde 1923 y 1924, por unos préstamos recibidos con el 8 y el 10% de interés anual. En 1924 fue cuando don Ángel firmó el contrato por 20 años con la Warner Sugar Corporation, compañía propietaria del central Miranda, del que don Ángel resultó ser colono. Se hablaba de una especie de pacto de caballeros entre ambos amigos, algo que la vida demostró como cierto. Aunque realmente, para todos en Birán, don Ángel era dueño absoluto.

FIDEL CASTRO. —Mi padre explotaba, entre tierras arrendadas y propias, más de 10 000 hectáreas, algunas propiedad de unos latifundistas, descendientes de luchadores por la independencia. Los mismos veteranos hicieron negocios con él, pero años después la contraparte eran los descendientes. Además, durante mucho tiempo, mi padre explotó la madera de los grandes pinares y áreas de montaña de Mayarí. Cuando yo era muchacho, el viejo tenía ganado, caña en sus tierras y en las

arrendadas, de manera que, entre unas y otras, llegó a administrar alrededor de 11 000 hectáreas.

Aquellas tierras se encontraban rodeadas por grandes latifundios norteamericanos: la United Fruit Company, Marcané Sugar Company, Warner Sugar Corporation (propietaria de la finca Miranda Sugar States), que poseían muchas tierras y un sistema muy rígido de administración. Empleaban a la gente en período de zafra, pero le ofrecían muy poco trabajo en el tiempo muerto —como se le llamaba a la etapa en que no había zafra— y aquella gente pasaba bastante necesidad. Como en el medio se ubicaban las tierras de mi padre, tanto las tierras propias como las arrendadas, eran una especie de oasis, donde mucha gente de los alrededores se refugiaba buscando trabajo o crédito para comprar en las tiendas. Las empresas norteamericanas pagaban todo en efectivo y no daban jamás un solo centavo de crédito a nadie.

Por otro lado, allí vivían administradores de las grandes trasnacionales; los dueños eran los accionistas o no sé quiénes, pero los que administraban allí no eran los dueños, eran empleados muy rigurosos, administradores muy estrictos. Si un trabajador se acercaba a ellos a pedirles algo, no podían prestarle ni un centavo porque no tenían un fondo social.

Pero como en Birán vivía mi padre, el dueño y administrador de todo, se le acercaban los trabajadores, los campesinos, para pedirle ayuda. Ninguna de aquella gente podía ir a

Nueva York a conversar con los accionistas de la United Fruit o de la Altagracia Sugar Company para pedirles un crédito en la tienda. Pero mi padre no vivía en Nueva York, estaba allí, era accesible y la gente podía hablarle; le pedían que les diera algún trabajo, y él les buscaba trabajo aunque no fuera muy necesario o les daba crédito en la tienda. En realidad, él nunca dejó a nadie con las manos extendidas pidiéndole algo. Era un hombre espléndido y se condolía al ver a aquellas personas en problemas. Aunque era capitalista y defensor del capitalismo, pensaba que si las cosas no estaban mejor era por culpa del gobierno.

En tal situación mi padre también necesitaba créditos. Aunque los ingresos eran elevados, los gastos también. Existían dos causas de endeudamiento: una, las campañas políticas de su amigo don Fidel Pino Santos. Mi padre, como era lógico, lo apoyaba, es decir, le pedía prestado al amigo parte del dinero que gastaba en la campaña política y, además, le pagaba interés por eso; no es que don Fidel le diera dinero para la campaña, ese era un concepto de amistad que tenían. Otra causa era la situación social porque a aquella gente había que darle un trabajo, o un crédito, y todo eso, a su vez, necesitaba adquisiciones importantes de mercancías. Claro, mi padre para eso también daba y recibía créditos. Así que tenía algunas deudas; y el banco era este señor, don Fidel Pino Santos.

¿Cuál era la garantía de tales deudas? La finca de mi pa-

dre, que por cierto, valía mucho más que la deuda. Ocurrió una situación muy especial, todo se basaba en una relación de confianza, él tenía una confianza ilimitada en su amigo y su amigo aparentaba tener la misma amistad hacia él; cualquier cosa que mi padre le planteara, créditos, préstamos, sin vacilar se los daba. Incluso no pienso, y lo demostró, que estuviera pensando engañar a mi padre; pero el hecho es que este hombre se enfermó, lo recluyeron en el hospital y estuvo un tiempo allí. Tenía problemas hepáticos. En cierto momento se hablaba de que tenía cáncer en el hígado. Pero, bueno, estuvo en el hospital, lo operaron, no sé si de vesícula o de otro mal, porque en aquella época el hígado no se operaba.

Pudo ser en el año 1950 o 1951, pero su salud se deterioraba continuamente. Lo habían vuelto a ingresar, y se pudo apreciar el riesgo de que aquel hombre muriera. La finca de mi padre estaba a nombre de don Fidel, no hipotecada, pero sin ningún papel ni garantía; de modo que si moría, lo que más valía de todo lo que mi padre tenía estaba en el aire, porque la única garantía era la buena fe o la amistad de don Fidel. Era un problema delicado, porque era el amigo de toda la vida y estaba próximo a morir. En tales circunstancias tenía que arreglarse la situación de la propiedad.

Por entonces, de tiempo en tiempo, yo iba por Birán y me pasaba temporadas allá, incluso a mi regreso de Estados Unidos estuve viviendo en mi casa.

KATIUSKA BLANCO. —Sí, Comandante, todavía en Birán se recuerdan sus breves estancias en la casa de La Paloma, construida por su padre para que usted viviera después del matrimonio y de su graduación de los estudios universitarios.

FIDEL CASTRO. —Yo iba con mi familia. No recuerdo cuánto tiempo, pero estuve algunos períodos en la casa que no significaron gastos para mi economía familiar, como es de suponer; quizás Myrta recuerde con mayor precisión algunos detalles.

KATIUSKA BLANCO. —Conversé con ella en Madrid cuando visité España en junio de 2007. Fue muy gentil y recordó con gratitud a sus padres. Incluso conversamos sobre el libro *Todo el tiempo de los cedros*.

FIDEL CASTRO. —Bueno, fue una de esas veces que fuimos a mi casa, cuando mi padre me encargó que le resolviera aquel problema. Yo era abogado, tenía la autoridad y cierto prestigio que da el serlo y al mismo tiempo de representar los intereses de mi padre, pero el trabajo era fundamentalmente diplomático. Debía arreglar la situación, persuadir a don Fidel de la necesidad de traspasar la finca otra vez a nombre de mi padre, a partir de una realidad, el estado delicado de su salud.

Era una cuestión que resultaba siempre algo sensible. Es decir, la misión no era fácil, no podía ignorar el estado en que se encontraba don Fidel. Por las relaciones familiares que existían, me hubiera recibido en su casa pero permanecía recluido en el hospital y tuve que visitarlo allí, conversar con

él, plantearle el problema, explicarle que era una razón justa, lógica; que yo comprendía la situación porque no eran las mejores circunstancias para plantear el dilema, pero como se trataba de un problema de mucha gravedad y trascendencia para mi padre y para toda la familia, era necesario, partiendo de la realidad de su estado de salud, que la situación que había perdurado muchos años se arreglara.

Indiscutiblemente lo persuadí. No resultó difícil. Dijo que lo comprendía, que era correcto, que yo tenía razón en todo, y desde el propio hospital dio las instrucciones para que el asunto se resolviera, incluso me dio un poder para eso, porque en su estado no podía encargarse. Tuve que hacer más gestiones porque esto suponía el pago de la deuda —no recuerdo ahora el monto, de eso deben conservarse aún algunos documentos— y había que buscar el dinero. Hice todas esas gestiones a nombre de mi padre.

KATIUSKA BLANCO. —Sí, Comandante, los documentos aún existen. Su padre recuperó la finca por escritura de compraventa de fecha 20 de julio de 1951, exactamente 18 años después de que la había cedido en pago de sus acreencias a Pino Santos. Conseguimos localizar el original en el Archivo de Protocolos Notariales de la ciudad de Santiago de Cuba.

FIDEL CASTRO. —Me moví muy rápido. Fui a Santiago, después a otros lugares. Creo que lo hice en un tiempo bastante breve.

Mi padre era suministrador de caña de la Miranda Sugar

States, una de las grandes empresas norteamericanas. La abastecía tanto de la caña que él cultivaba en sus propias tierras, como de las producidas en los terrenos arrendados. Suministraba 3 o 4 000 000 de arrobas de caña por zafra, no recuerdo con exactitud. Ramón sí tenía la cifra muy clara.

KATIUSKA BLANCO. —Los suministros fluctuaban de acuerdo con el clima y los resultados de la siembra y cosecha cada año. Lo supe por datos del anuario azucarero de la época, donde aparecen las producciones de la finca en determinados períodos y del cual se conservan todavía algunos números en la Biblioteca Nacional.

FIDEL CASTRO. —Tengo que traducir los datos a toneladas. Voy a poner a 3 000 000 la cifra más pequeña para decirlo en toneladas. Era suministrador de alrededor de 35 000 toneladas de caña cada año, como mínimo, lo que representaba una producción de alrededor de 5000 toneladas de azúcar, producidas con ella. La cantidad de caña suministrada por mi padre a aquel central, acordada en un contrato de suministro, era una cantidad muy importante.

La compañía Miranda molía cañas de tierras propias y cañas que se sembraban en tierras de otros propietarios. Aquellos centrales eran muy celosos de mantener el suministro, y mi padre, con estabilidad, los proveía de materia prima. Partiendo de tal circunstancia y puesto que existían tres empresas importantes por los alrededores, nos dirigimos a la mencio-

nada compañía para pedirle un préstamo con garantía de hipoteca sobre las tierras de mi padre. Ellos no podían negarse a hacerlo porque era con intereses y todos los requisitos. Mi padre solicitó unos 50 000 pesos para gastos y otras cuestiones. Él concurría a un banco de operaciones para pagar las cuentas comerciales, girar cheques, dar créditos, pero no se trataba de un banco grande y por eso acudimos a la Miranda.

También un banco habría podido prestar los fondos, pero lo más lógico era pedirle el préstamo a una empresa porque esta, por su propio beneficio, estaba interesada en resolver un problema de uno de sus suministradores de materia prima. Si mi padre lo era, lo más lógico a su vez era que ellos concedieran el préstamo, y así lo hicieron.

Hubo que hacer todos los trámites del traspaso de la finca de don Fidel Pino Santos a nombre de mi padre y, a la vez, suscribir la hipoteca y saldar la deuda con don Fidel. Me ocupé de todo.

El recargo que le puso la empresa norteamericana a mi padre por el préstamo fue un interés normal, no sería mayor que el que le pagaba a Pino Santos.

Mi padre estaba muy, muy contento con toda la gestión que yo le resolví porque salió perfectamente bien. Entonces, me dio una cantidad de dinero. No recuerdo si fueron 3000, o una cifra cercana. Para mí era una cantidad enorme de dinero en aquella época. Me la dio espontáneamente, no le pedí nada

ni estaba supuesto que yo trabajaba para que me la diera; pero él hizo así: ¡Pram!, y me dio el dinero que, naturalmente, no podía rechazar porque tenía mis necesidades.

Por aquel mismo período, recuperé dos cantidades más de dinero. Una de ellas fue porque, revisando los papeles de mi padre, descubrí que los propietarios de las tierras —cuando se firmó el contrato de explotación de la madera— habían pedido una garantía en dinero y nadie se había acordado más de eso. Yo, como abogado, escrutando los papeles, descubrí que existía una garantía de préstamo como de 2000 pesos. Ya se había terminado todo el negocio y la garantía no se había devuelto. Entonces, le pedí permiso a mi padre para recobrar ese dinero, que nadie calculaba. Aprobó mi propuesta y me dijo que lo recuperara para mí. No lo recuperé todo, pero por lo menos conseguí la mitad. Significaron como 1000 pesos.

La otra cantidad fue de la forma siguiente: cuando viajaba de mi casa hacia Miranda por la vía del ferrocarril de línea estrecha para estas gestiones, iba observándolo todo en el camino, y como estaba metido en los problemas de las fincas preguntaba constantemente de quiénes eran las plantaciones de caña. Lo que me respondieron me resultó muy extraño porque la frontera entre las tierras de la compañía Miranda y las del colono Hevia era muy irregular. Entonces busqué los mapas. Mi padre tenía los mapas de todas las tierras de Hevia porque aquellas tierras las había arrendado él, y descubrí que

la transnacional yanqui Miranda había plantado cañas en tierras de Hevia, el heredero del veterano de la independencia.

Cuando descubrí tal asunto en los mapas y con todas las escrituras, me dediqué a recoger la información de cuánta caña se había cortado allí en 15 años para saber de cuánto podía ser la deuda de la transnacional yanqui con dicho terrateniente. Logré obtener la información necesaria correspondiente a tales años, calcular el monto que debía pagársele al dueño del terreno, y que recuperara, por lo menos, como 70, 80 o 100 hectáreas. No era una cantidad muy grande de tierra, pero con la caña cortada en 15 años se demostraba que tenía que pagar, por lo menos, 17 000 pesos, es decir, su equivalente en dólares; más reconocer la propiedad de la tierra y lo que iba a ganar por año.

Con los datos acopiados me reuní en La Habana con uno de los herederos —los dueños eran dos familias— y le llevé los papeles. Le demostré todo de una manera tan irrebatible que no se podía discutir nada. Ellos iban a ganar más de 15 000 pesos; yo pensaba que, por lo menos, me darían un tercio del resultado de la gestión. Algo debían de darme por haber descubierto todo aquello. No fue un pleito que me llevaron, sino algo que descubrí. Bueno, fueron tan avaros que me pagaron como 2000, si acaso 2500 pesos por la gestión, sin contar que recuperaron la tierra. Fue un poquito más del 10% de todo el dinero y, además, lo cierto es que también me costó trabajo

cobrárselos. Una de las dos familias me pagó primero, pero recuerdo las veces que me hicieron esperar, hasta que finalmente pagaron.

Los propietarios de las tierras arrendadas hicieron un negocio redondo porque no hubo pleito, bastó presentarle a la empresa norteamericana la información y lo reconoció todo. La empresa pagó sin necesidad de ir a los tribunales.

Dichas gestiones me proporcionaron como 3000 pesos por un lado, cerca de 1000 por otro, más los 2000 que pude cobrarle a los latifundistas. Sumando fueron alrededor de 6000 pesos que pude recaudar en relativamente poco tiempo, lo que me permitió conseguir un nuevo apartamento, ubicado en la calle 23. Tenía mejores condiciones y me mudé para allí. Estaba en una tercera planta, era un poco más caro, un poco mejor, porque ya siendo abogado necesitaba tener un despacho.

En un período anterior, cuando vivíamos en 3.ª y 2, Raúl contribuía con lo que le mandaban de la casa. Lo juntábamos. Éramos cuatro allí. Él estuvo viviendo con nosotros cuando estábamos más escasos de dinero.

Aquel ingreso que obtuve después de graduado, si lo traduces al valor del dólar en los tiempos que corren, debe ser varias veces superior, porque en aquella época el peso era equivalente al dólar, y Cuba vivía una gran crisis.

Entonces adquirí un Chevrolet de color *beige*. La verdad es que tenía necesidad del carro para trasladarme con más

prontitud y realizar múltiples gestiones. Era un auto nuevo, pero de una línea modesta y adquirido a crédito. Me debió de costar 2000 y pico o 3000 pesos, tal vez un poco más; pero lo que tenía que pagar era el seguro y una cantidad mensual. No recuerdo cuánto era, pero el acuerdo fue pagar una cifra inicial y el resto en varios años. Creo que debía abonar alrededor de 60 pesos mensuales.

Es decir, conseguí automóvil a crédito, un mejor apartamento y algún dinero que, por supuesto, guardé en la medida en que fue posible. Pagué deudas de distinto tipo a mis acreedores: en la carnicería y hasta en el restaurante que existía frente al anterior apartamento donde vivíamos, cercano al futuro hotel Riviera.

KATIUSKA BLANCO. —¿Era el restaurante que se llamaba Frenmar? Cada vez que paso por allí veo aún las letras en la pared del edificio.

FIDEL CASTRO. —Frenmar, así se llamaba el pequeño restaurante al cruzar la esquina de la casa. Era bastante bueno. Recuerdo que hacían jamón dulce, lo preparaban excelentemente. Tenían camarones rebozados con salsa de ajo, dos exquisiteces. Ofrecían muchas cosas buenas allí. Yo podía ir alguna que otra vez porque el dueño era amigo mío y también me daba créditos.

Pero bien, el hecho es que tuve un respiro económico como consecuencia de tales gestiones. En dicho período también mis

gastos aumentaron con motivo de un tiempo radial contratado para difundir mis mensajes. Debía pagarlo mensualmente. Al principio se trataba solo de 15 minutos y luego se extendió a una hora. El requisito de pago no duró mucho tiempo —eran como 200 pesos, más los sobres y los papeles para escribir a la audiencia—. Después, en los últimos meses en que mantuve el espacio radial, la misma emisora tenía interés en el programa que yo trasmitía, porque así conservaban a los oyentes.

Constituían mis gastos fundamentales —independientemente de que tenía que pagar la letra y el combustible del carro—, la vivienda, la alimentación y, al final, la hora de radio, los sobres y el envío de cartas.

La suma grande de dinero de que hablábamos, reunida por gestiones propias, me permitió ir resolviendo mis problemas personales en todo el tiempo inicial posterior a mi graduación y además desplegar una actividad sumamente intensa hasta el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, sin que me abrumara la estrechez económica que después viví.

Al bufete que establecimos, en octubre de 1950, entre los doctores Aspiazo, Rasende y yo, en Tejadillo N.º 57, acudían algunos casos de personas con solvencia económica, no todos eran casos sociales, no todos eran personas que iban a desalojar de un edificio o de un territorio, como los vecinos de La Pelusa, un barrio en los terrenos de lo que hoy es la Plaza de la Revolución. La mayor parte de los casos eran de tal tipo, pero otros

no. No sé si alguien me dio un día 1000 pesos porque lo defendí. A veces eran casos penales, gentes infelices, si querían me daban algo y si no podían no me daban nada. No resolvía así ningún problema, se trataba de cantidades insignificantes.

A fines de 1951, la mayor parte de mis gastos los hice en papeles, sobres y una hora de radio, que duró varios meses, quizás cinco o seis meses, aquello debió costar unos 1000 pesos.

Aparte tenía los créditos de los propietarios y comerciantes, lo mismo el del garaje, la tienda, el alquiler... Todo el mundo me daba créditos. Se suponía que les pagara después de la campaña política, porque ya yo aspiraba a representante por el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos); ya era delegado por el barrio de Cayo Hueso. Tenía suerte, la gente confiaba.

En aquel período trabajé incansablemente. Fue cuando desarrollé investigaciones para sustentar denuncias de corrupción hacia las postrimerías del gobierno de Carlos Prío, el segundo presidente del Partido Auténtico. Para ello, tenía que incurrir en gastos para viajar a Pinar del Río, alquilar un avión por cinco pesos para que me llevara a fotografiar propiedades y negocios ilícitos, liquidar la deuda por una cámara de película que utilicé. Claro, no tenía que gastar recursos en empleados, porque todos mis amigos eran voluntarios en los esfuerzos que realizaba, entre ellos René Rodríguez.

Más tarde sobrevino el tiempo que siguió al golpe del 10 de marzo, fue muy duro, muy duro, desde el punto de vista

económico; posiblemente, el más difícil de todos. Tras el golpe de Estado no tenía nada. Me vi obligado a mudarme varias veces, vivir en casa de familias amigas, hasta que más tarde mis compañeros me convirtieron en revolucionario profesional, porque Abel y Montané me pagaban la comida, el carro y el apartamento.

KATIUSKA BLANCO. —Debió de ser muy ardua tal etapa de su vida, quizás recordó los tiempos difíciles de su niñez. A pesar de eso, ¿nunca existió un caso que al asumirlo usted cambiara su suerte?

FIDEL CASTRO. —La verdad, sí existió tal oportunidad pero la desestimé y te voy a explicar mis motivos. Siempre me digo, ¿cuál fue la actitud más admirable que asumí en aquel período, ya graduado en leyes? ¿Qué fue lo más admirable que hice, siendo alguien muy necesitado de dinero y que pasaba tanto trabajo? Lo más admirable ocurrió cuando don Fidel Pino Santos murió. Él era millonario, se calculaba su fortuna en 8 000 000 de pesos. ¿Qué sucedió? El amigo de mi padre había enviudado mucho tiempo atrás y establecido relaciones con una mulata santiaguera, a quien hizo propietaria de una farmacia. Vivían juntos, no casados legalmente, pero llevaban una vida en común, viajaban a mi casa. Aquella mujer se ocupaba de él realmente, lo hizo durante muchos años, desde su viudez. Que recuerde, creo que yo estaba estudiando entonces en el Colegio Dolores. Él debe haber enviudado en el año 1938 y

estamos hablando del año 1950 o 1951, más o menos. Habían estado juntos como 10 0 12 años, haciendo vida matrimonial.

KATIUSKA BLANCO. —Fidel Pino Santos enviudó en diciembre de 1937; pero don Ángel viajó a dar el pésame a su amigo a principios del año 1938, y aprovechó el viaje para llevarlos a usted y a su hermana Angelita para la casa de Martín Mazorra. En tal oportunidad fue que a usted lo matricularon en el Colegio Dolores.

FIDEL CASTRO. —Al morir don Fidel Pino Santos, aquella señora, Ana Rosa Sánchez, tenía derecho a bienes gananciales; es decir, le correspondía la mitad de lo que hubiera ganado don Fidel en los últimos 12 años. En un pleito, según el derecho civil y familiar que yo había estudiado, ella tenía derecho a los bienes gananciales del millonario fallecido, en virtud de un juicio de equiparación matrimonial. Lo más fácil del mundo era probar su vida en común durante 12 años.

Entonces la señora me pidió que me hiciera cargo del proceso, que fuera su abogado. Aquel sí era un negocio grande, y un pleito que se ganaba simplemente con presentarlo. Don Fidel al morir poseía, como dije, alrededor de 8 000 000 de pesos entre dinero, bienes, hipotecas... De esa cifra a ella le correspondía alrededor de 1 500 000 de pesos, posiblemente más.

La señora Ana Rosa me conocía porque el matrimonio fue muchas veces a mi casa en Birán durante los 12 años de unión. Don Fidel nos visitaba y nosotros también íbamos a la casa

donde él vivía, teníamos relaciones de amistad, en especial mi padre. Si me hubiera hecho cargo de dicho pleito, simplemente con ir a los tribunales y presentarlo se ganaba. La herencia no podía repartirse mientras no terminara el litigio; lo más probable era que se llegara a un arreglo, y en el más insignificante resultado, si a mí me daban nada más que un exiguo 10% de lo que le correspondía a la viuda, habría recaudado unos 100 000 pesos, nada más que con buscar los datos imprescindibles.

Otros pleitos que presenté los gané todos sin ir a los tribunales. Hacía un trabajo casi diplomático, más que otra cosa. Y yo, que tenía unas necesidades materiales tremendas, me di el lujo de decirle a esa señora que no me hacía cargo del caso por una cuestión ética, porque la otra familia, los hijos de don Fidel Pino Santos, eran gente conocida por nosotros y también teníamos relaciones de amistad con ellos desde que éramos muchachos. Es decir, que tanto con los hijos de la primera unión de don Fidel Pino, como con su segunda señora, manteníamos vínculos amistosos. Entonces, a mí me repugnaba entrar como abogado en un pleito de familia, simplemente porque me convenía muchísimo y hubiera podido resolver todos mis problemas. Aunque necesitaba aquel dinero, me interesaban mucho más la política, la revolución y la ética, digo la verdad, aquel dinero habría resuelto mis problemas familiares; pero por una cuestión de escrúpulos, de conciencia, si había conocido de muchacho a dicha gente, lo mismo a unos y a otros,

no consideré correcto presentarme de repente en una querella de familia.

No sé todavía cómo se resolvió el litigio, ni quise saber. El caso es que en aquel período crítico, entre el momento en que resolví el problema de mi casa y el momento en que se produjo el golpe de Estado del 10 de marzo, tuve oportunidad de ganarme esa elevada suma fácilmente. Sin embargo, con una tranquilidad y un desprecio olímpico por el dinero, dije que no. Si hoy me viera en la misma situación, tampoco me inmiscuiría en el conflicto, más bien propiciaría de forma diplomática un arreglo, una solución, pero nunca interviniendo como abogado de una de las partes.

Haciendo un análisis de aquella etapa de mi vida, diría que fue meritoria porque pasé trabajo. Era un individuo joven, activo, dinámico, que viviendo en una sociedad donde lo más importante era el dinero, no me dejé arrastrar por ningún interés material. Si me preguntan cuál fue mi mérito más grande en dicho período, diría que fue aquel.

Creo que uno de los hijos de don Fidel, después, se quedó con un anillo de brillantes que mi padre me iba a dejar. Mi hermano Ramón lo supo porque el viejo, cuando estaba muriendo, le habló de ello.

Además, durante 1950, 1951 y los primeros meses de 1952, creo que ejercí la profesión de abogado de forma noble y desinteresada, a pesar de que existía la tradición de pagar bien los

servicios de los abogados. Por la misma causa, a veces, contar con un letrado en leyes era un lujo que no podían darse los humildes.

Frecuentemente ejercí sin ningún propósito económico, sino por defender lo justo o a quienes no tenían recursos y serían despojados de sus derechos por dicha razón.

Pienso en aquellos años y recuerdo que tampoco dejaron de ocurrir en mi vida hechos inesperados y hasta sorprendentes. En el bufete de Tejadillo atendí algunos casos importantes. En uno de ellos me autodefendí. Fue con motivo de una huelga estudiantil en Cienfuegos contra el gobierno de Prío, en la etapa cuando Aureliano Sánchez Arango fungía como ministro de Educación, olvidado de sus posturas progresistas y revolucionarias de otro tiempo. Existía una gran polémica con este personaje muy influyente. Su disputa posterior con Chibás dio lugar a la muerte de este. Aureliano era un tipo de armas tomar, y ya Prío era peligroso, su mandato presidencial contaba con su cuota de responsabilidad por las muertes de personas, debido a sus debilidades y errores. Sobre todo la corrupción se había generalizado y los que en un tiempo fueron revolucionarios se habían hecho millonarios desde el poder.

Puede haber sido en el mismo año 1950, yo estaba recién graduado de abogado y fui a Cienfuegos invitado por los estudiantes para un gran acto.

KATIUSKA BLANCO. —Según el Libro 6.º, Folio 79 del Registro de

Inscripciones de Títulos del Colegio de Abogados de La Habana, usted se incorporó a dicha asociación profesional el 10 de noviembre de 1950, y aquel mismo mes apareció publicada [en el periódico *La correspondencia*, de Cienfuegos] una «Carta Denuncia» que usted firmó y donde señalaba: «Los universitarios que acudimos a Cienfuegos, lo hicimos invitados por los compañeros del Instituto para hacer uso de la palabra en un acto que, como nadie ignora, había sido convocado con todos los requisitos legales, y cuyo único fin era la justísima protesta contra la actitud despótica con que el ministro de Educación se ensaña ahora contra los estudiantes como ayer se ensañara terriblemente contra maestros y profesores de la Segunda Enseñanza». Los hechos tuvieron lugar en la ciudad del sur de la isla, el domingo 12 de noviembre de 1950.

FIDEL CASTRO. —Sí, viajé a Cienfuegos porque tenía el propósito de ayudarlos en la defensa de sus reivindicaciones. El día que llegamos a la ciudad, nos arrestaron por la noche y, además, nos sacaron de la estación policial a una hora muy sospechosa, creo que de madrugada para trasladarnos desde Cienfuegos hasta Santa Clara; un recorrido de muchos kilómetros por un camino solitario y oscuro.

No habría sido nada extraordinario que un capitán del Ejército, la policía o la rural, recibiera órdenes de matar. Ya por entonces los gobiernos auténticos mataban a dirigentes obreros y políticos como si nada, y aquel capitán que nos detuvo tenía

mala fama y se prestaba a las mil maravillas para tal fin.

Habría sido cosa posible que desde el gobierno le hubiesen dado instrucciones al capitán, o a cualquiera, de ser represivo, para que considerara su deber aplicarnos la ley de fuga. No habría sido un hecho excepcional porque en aquel momento, y en Cuba, la llamada ley de fuga era un procedimiento aplicado a los prisioneros políticos.

Enrique Benavides Santos, líder estudiantil de la FEU, que también participó en los actos en Cienfuegos, recordaba que nos trasladaron de una forma inusitada, y ciertamente hubo quien se preocupó por nosotros y siguió el carro que nos trasladaba. A la hora decisiva intercedió. Fue grande el peligro que vivimos en aquel episodio.

KATIUSKA BLANCO. —Sí, Benavides, entrevistado en 1989 por el periodista Aldo Isidrón, narró que en la madrugada del 13 de noviembre, con órdenes de trasladarlos, llegaron dos parejas de la Guardia Rural a la celda donde se encontraban presos. Contó que ustedes opusieron resistencia, pero que a fuerza de culatazos y esposados los sacaron de la prisión. Los guardias los introdujeron en un auto y emprendieron viaje con destino ignorado, custodiados por otro automóvil. Trascurridos unos veinte minutos de trayecto, en un lugar rodeado de montes, detuvieron la marcha y quisieron obligarlos a bajar, pero ustedes, para impedirlo, lucharon a puntapiés, codazos y puñetazos. En medio de tal forcejeo, a la distancia, un auto hizo

señales con las luces y en pocos segundos se detuvo a su lado. Entonces un hombre se bajó y preguntó indignado: «¿Qué sucede con estos muchachos?». Era el presidente del Ayuntamiento de Cienfuegos, quien los había seguido desde la ciudad porque temía por sus vidas. Benavides también recordaba que llegaron a Santa Clara a las 4:00 de la madrugada y fueron de nuevo encarcelados. Tres horas después una multitud enardecida clamaba por su liberación a las puertas de la penitenciaria provincial. Las voces repetían: «¡Que los suelten, que los suelten!». A partir de la movilización combativa de los estudiantes y el pueblo y de las denuncias de Eduardo Chibás, el gobierno de Prío se vio forzado a decretar su libertad provisional.

Al llegar a La Habana, lejos de sentirse atemorizados por lo ocurrido, ustedes firmaron un llamamiento a una protesta estudiantil nacional el 27 de noviembre. El juicio oral por los hechos en Cienfuegos fue señalado para el 14 de diciembre en el Tribunal de Urgencia de Las Villas.

FIDEL CASTRO. —Aquella fue la primera vez que me defendí en una sala, el juicio tuvo lugar en el Tribunal de Urgencia de Santa Clara. Por ello, cuando llegué al juicio del Moncada ya yo era mi propio abogado desde hacía rato. En Santa Clara fue la primera vez que me defendí y salí absuelto. Por suerte tuve éxito.

KATIUSKA BLANCO. —Benavides recordaba que viajaron por ferrocarril y que usted apenas durmió porque durante horas leyó libros de José Martí.

Conversé con Benito Besada, condiscípulo suyo en la Universidad y abogado de Benavides en el juicio. Benito falleció el 16 de septiembre de 2005 y casualmente nuestra charla fue por teléfono, poco antes de su muerte. Él recordaba muy bien aquel día. Ustedes llegaron casi al amanecer, como a las 6:00 de la mañana, a su casa en Santa Clara. Poco después él fue a la Audiencia para conocer las incidencias del proceso y trazar una estrategia defensiva. A su regreso, usted estaba adormecido y sobre su pecho tenía el famoso alegato *¡Yo acuso!* de Émile Zola.

A Benito le impresionó mucho su autodefensa, sobre todo porque en realidad se convirtió en una denuncia tremenda, desde el momento mismo en que usted asumió sus funciones e interrogó a los testigos. Él evocaba que cuando le concedieron la palabra a la defensa, usted se levantó pausado y enérgico y se refirió apasionadamente a los males que Cuba padecía, a todos los atropellos del régimen, lo que confirió al juicio una tensión insospechada, mientras los asistentes escuchaban atentos y conmovidos. Todo el mundo coincidía: nunca había sucedido algo así ni se creía que alguien se pronunciara de tal forma, era algo absolutamente nuevo. Cuando los magistrados se retiraron a deliberar, usted le dijo: «No importa la suerte que corramos, Benny, estas verdades había que decirlas». Finalmente, Benavides y usted fueron absueltos.

Así que puede aseverarse también, Comandante, que

cuando el juicio del Moncada, hacía ya bastante rato que usted, de acusado se erigía en acusador, ¿no lo cree?

FIDEL CASTRO. —Sí. ¡Cuántas circunstancias recurrentes!, ¿verdad? Uno se pone a pensar y aprecia cómo se hilvanan las historias poco a poco. De los casos más connotados en que participé, recuerdo también un juicio que sesionó en la Audiencia de La Habana donde creo que defendí a Armando Hart y a un grupo de estudiantes presos —también en el Tribunal de Urgencia—, acusados por el gobierno de Prío. Defendí distintas causas de gente pobre. Cuando existía un problema serio de tierras, de gentes a las que querían desahuciar, yo los representaba, hablaba con ellos, organizaba la agitación política, la denuncia. Lo llevaba a un plano político y a un plano público; no seguía precisamente el método tradicional, el estilo jurídico. Defendía a la gente no con argumentos estrictamente legales, porque desde la legalidad a lo mejor los podían sacar o desalojar, pero al mismo tiempo se cometía un abuso de poder, un acto inhumano, un acto injusto.

De todos aquellos casos en los que defendí a gentes que querían desahuciar de los edificios, a campesinos que querían desalojar de las fincas, el más notorio de todos, porque abarcaba a miles de personas —1 000 o 2 000 familias por lo menos—, fue el de un barrio muy humilde ubicado donde ahora se encuentran el Monumento y Memorial José Martí, el Palacio de la Revolución, la Plaza de la Revolución, el Teatro Nacional.

Por toda la amplia avenida, desde los límites de la calle Zapata, vivían miles de familias en villas miseria —eran La Pelusa y otros barrios—, y el gobierno de Prío quería desalojarlos.

Era un gran negocio. El gobierno fue comprando tierras; pero le faltaba toda aquella zona que podían ser —pienso yo— 20 o 30 hectáreas, donde vivía aquella gente dentro de la ciudad. Los terrenos valían varios millones de pesos porque eran tierras urbanizadas. Tenían casi desalojados a los moradores utilizando presiones y ofreciendo un pago de 25 pesos.

Reunidos los representantes del Ministerio de Obras Públicas con los pobladores allá en La Habana Vieja, a punto de firmar el desalojo, llegué y dije: «No firme nadie, vamos a ver». Ahí empezó la batalla. Decía: «Bueno, no nos oponemos a que hagan esas construcciones aquí, pero hay que hacer una vivienda para cada familia». Toda aquella gente comprendió. Yo organizaba mítines con estudiantes, con trabajadores. La FEU nos apoyaba, también lo hacían algunas estaciones de radio. Todo eso creaba agitación. No se trataba de un pleito formal. Es decir, defendía a la gente, pero en algunos casos, el método no era jurídico sino de denuncia pública del abuso. Claro, también defendí en los tribunales disímiles juicios; pero todos los problemas de carácter social, problemas políticos, los dirimí en el terreno político: denunciando, movilizando a la gente, buscando apoyo. Y el caso más importante de todos los que libré fue este, sin discusión.

KATIUSKA BLANCO. —Sé que también por entonces usted orientó al bufete seguir expediente en la Dirección Central de Servicios Públicos contra la poderosa Cuban Telephone Company. Se trataba de concesiones del gobierno a dicha compañía, lo cual le permitía, entre otros desmanes, cobrar en exceso a los usuarios. La empresa apeló ante la Sala de Leyes Especiales y Contencioso Administrativo del Tribunal Supremo, y valiéndose de muchos ardides consiguió retrasar el proceso. El recurso no se vio hasta 1954 y en tal fecha usted estaba preso en Isla de Pinos, por lo que no pudo comparecer en la sala. Por decisión suya, en su lugar, lo hizo el doctor Pelayo Cuervo Navarro, junto a Aspiazo, quien testimonia dicha historia años después. También detalla que el fallo fue favorable a los usuarios, pero nunca se ejecutó. La dictadura batistiana, lejos de respetar la decisión jurídica, el 14 de marzo de 1957, tras el ataque al Palacio Presidencial del día 13, en una burla siniestra al pueblo, promulgó un decreto aumentando las tarifas. El día antes habían asesinado a quemarropa al doctor Pelayo Cuervo, un ortodoxo poco conocido ahora y de quien quisiera en algún momento de nuestra conversación, usted me hablara.

También conocí que muy poco antes del golpe usted ofició como abogado acusador a nombre de la madre del joven Carlos Rodríguez, asesinado por la represión policial. Leí los reportajes y noticias de la época y los testimonios de Justa, la mamá de Carlos, quien pasó por el dolor punzante de perder a

su hijo por una agresión brutal. No pudo llegar a tiempo para salvarlo, pues demoró en conseguir el dinero imprescindible para comprar unos medicamentos que su hijo requería y cuando llegó con ellos ya era tarde. No olvido el recuento publicado entonces. Para mí fue estremecedor. También fue un caso importante, ¿no es así?

FIDEL CASTRO. —Sí, así mismo fue. Acusé al jefe de la motorizada y a un teniente muy agresivo.

Bueno, algunos de los casos ante los tribunales fueron importantes porque yo no solamente defendía, sino acusaba. Había logrado, en un proceso que seguí contra aquel teniente de la policía y contra un comandante, que los procesaran y que les pidieran 30 años por asesinato. Hubo muchas actividades de tal tipo en las que acusé como abogado, promoví movimientos, denuncias.

En un periódico de la época, que guardo, se informaba que el abogado, doctor Fidel Castro, había instruido de cargos al comandante Rafael Casals y al primer teniente Salas Cañizares, en la causa incoada por la muerte de Carlos Rodríguez...

Ya los tenía agarrados, acusados, procesados; tuvieron que presentar fianza y quedaron en libertad provisional.

Cuando se produjo el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, el teniente de la motorizada al que yo acusaba, al que le pedían 30 años, que fue de los que conspiró con Batista, fue designado jefe de la Policía Nacional, uno de los cargos más sig-

nificativos. Y el otro, el comandante, fue ascendido también, le dieron un cargo muy importante. El teniente llegó a general y jefe de la policía. Los tipos que yo casi tenía en la cárcel.

Este fue el tipo de guerra que le hice a los del Ejército, es decir, a los oficiales, a la policía que asesinaba, que atacaba. Yo desplegaba una actividad incansable, redacté infinidad de artículos, escribí denuncias para la prensa.

En otro periódico se comunicaba que se esperaba mi presencia como abogado acusador por la muerte del obrero cinematográfico Fabio Peñalver García...

De tal etapa, el titular de un rotativo señalaba: «Habla Fidel Castro en el acto de protesta organizado por el Comité de Lucha de los Vecinos Pobres de la finca San Cristóbal, contra el desalojo ordenado por el ministro de Obras Públicas». Antes del golpe del 10 de marzo, fui encendiéndolo todo con continuas denuncias. Estaba a todo tren.

Pelayo Cuervo cooperó con Aspiazo, después del golpe del 10 de marzo de 1952, en la defensa de los vecinos de La Pelusa. Pelayo era senador y un destacado miembro fundador del Partido Ortodoxo. Hombre de gran autoridad política y muy valiente, lo vi actuar junto a Chibás en una manifestación reprimida por la policía; él prosiguió sus actividades políticas en la oposición después de la muerte de Chibás y del golpe de Estado de Batista. Estaba yo en la montaña Caracas, de la Sierra Maestra, con un puñado de combatientes, cuando es-

cuché por radio las noticias del asalto a Palacio y la muerte de José Antonio Echeverría. La policía represiva arrestó y asesinó cobardemente a Pelayo como un acto de venganza por las actividades políticas que realizaba como líder ortodoxo contra la tiranía batistiana.

KATIUSKA BLANCO. —Como recuento de aquellos años finales de la Universidad y comienzos del ejercicio de la profesión, envuelto en una tremenda vorágine, entre protestas y denuncias de todas las injusticias sociales, distingo en usted la iniciativa de creación y luego la participación activa en el comité universitario de la lucha contra la discriminación racial, porque según testimonios de entonces, al balneario universitario, por ejemplo, no se permitía la entrada de negros, y el acceso allí de blancos y negros por igual fue resultado de la lucha de dicho comité. Recuerdo que poco antes de su creación, habían asesinado, el 4 abril de 1949, a Justo Fuentes Clavel, ¿usted también piensa que fue un crimen racial?

FIDEL CASTRO. —Justo Fuentes Clavel era un estudiante universitario, presidente de una escuela universitaria, no recuerdo bien si de la de Odontología. Era un muchacho alto, delgado, negro, muy pobre, que pudo estudiar porque era de La Habana. Era de los que con nosotros luchaba contra Prío.

Efectivamente, yo pertenecía al comité de lucha contra la discriminación racial, siempre estuve con ellos y con la gente que batallaba contra los prejuicios raciales.

Recuerdo un día que Justo y yo caminábamos por La Rampa, por la calle 23, y quisimos entrar en un lugar donde funcionaba una bolera, entonces un tipo allí, una especie de guardaespaldas, dijo: «No, no se puede pasar». «¿Y por qué no se puede pasar?», le preguntamos. Respondió: «No, no hay lugar, ya está lleno». Entonces, nos fuimos y me dijo Justo: «Eso lo hace por mí, es mentira eso de que no hay lugar, lo hace porque soy negro». Era un lugar recreativo. Yo había pasado por allí algunas veces, nunca había visto tales problemas.

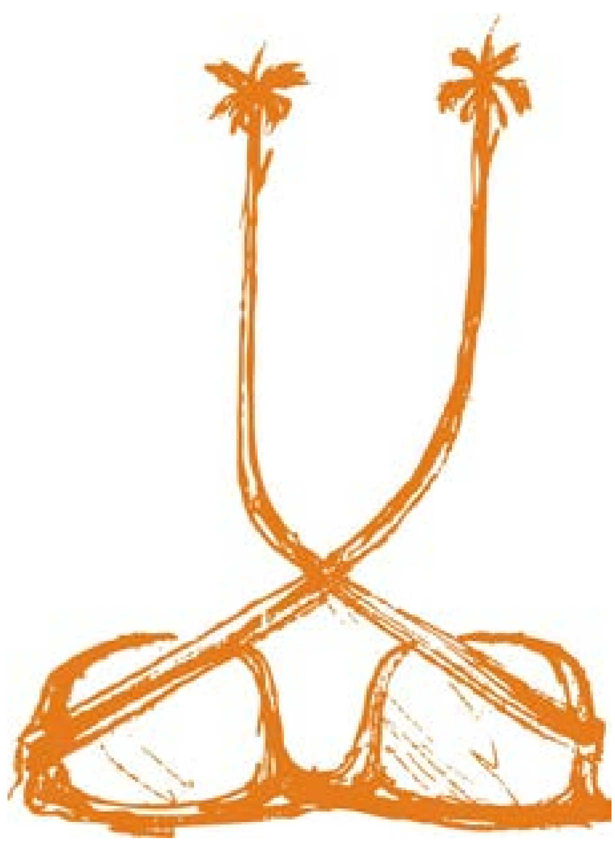
A Justo lo mataron poco después, creo que fue un acto de venganza que tomaron contra él. Quizás lo escogieron entre los dirigentes estudiantiles por ser negro. Alguien debía morir y lo escogieron a él.

Los compañeros de Emilio Tro, después de lo de Orfila, creyeron que su misión era vengarlo, tomar justicia contra los que lo habían asesinado y entraron en una guerra. Así la espiral de violencia fue en ascenso. Yo pude concebir que en su ignorancia política confundieran la revolución con la idea de hacer justicia; pero lo inconcebible para mí fue que el gobierno de Prío, para neutralizarlos y como forma de mantener el orden, los reunió a todos y les entregó prebendas y puestos en el gobierno a cambio de alcanzar la paz. Así fueron cayendo bajo el control del gobierno. De modo que al final, cuando aquello terminó así, los combatí y los denuncié a todos, incluyendo a los de la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR).

KATIUSKA BLANCO. —Comandante, leí hace poco que la *Bohemia* del 13 de noviembre de 1949, en sus páginas 78 y 79 publicó que los pistoleros del Movimiento Socialista Revolucionario (MSR), organización gangsteril dirigida por Masferrer, lo habían sentenciado a usted a muerte. Según informaba la revista, en el lugar de donde se evadieron los sicarios de la policía Orlando León Lemus [el Colorao], y Policarpo Soler, se ocuparon unos papeles donde se revelaba que habían condenado a muerte a muchos de sus adversarios, entre los cuales figuraba en dos oportunidades el nombre de Fidel Castro Ruz. Lo recuerdo ahora porque hablamos de Justo Fuentes Clavel, y creo que la segunda oportunidad fue cuando discutieron a quién asesinarían de los más destacados dirigentes estudiantiles de entonces, como parte de un plan de desestabilización porque el «ambiente estaba demasiado tranquilo». En la reunión, según Rubén Hernández —que había sido miembro de Acción Revolucionaria Guiteras (ARG) y lo fue después del MSR—, Masferrer volvió a proponer que lo eliminaran a usted y entonces se mencionaron dos nombres de posibles víctimas: el suyo y el de Justo Fuentes Clavel, vicepresidente de la FEU y miembro de UIR, y todo parece indicar que se inclinaron por Justo por una cuestión racial.

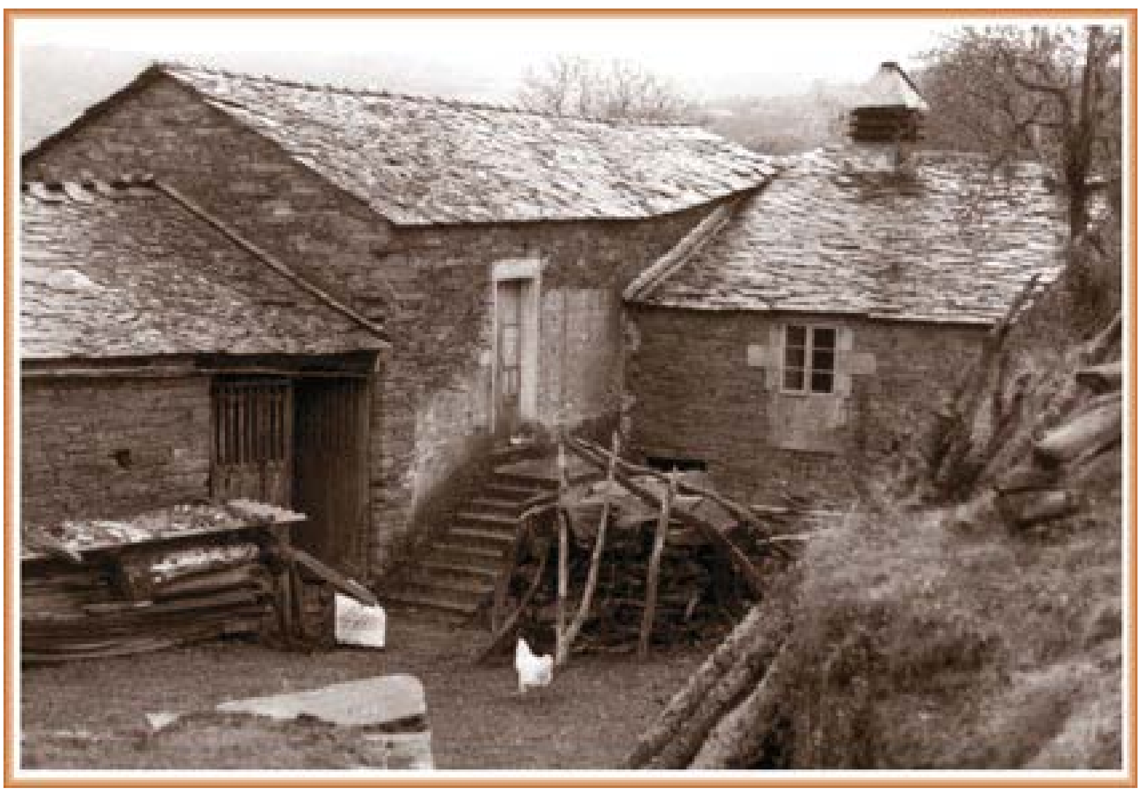
FOTOGRAFÍAS

Estampas, papelerías guardadas como constancia, paisajes, rostros e instantes de la memoria y el tiempo captados por fotógrafos ambulantes o improvisados, artistas del lente en un Estudio y fotorreporteros de revistas y periódicos. La vida, el recuerdo, la historia en imágenes

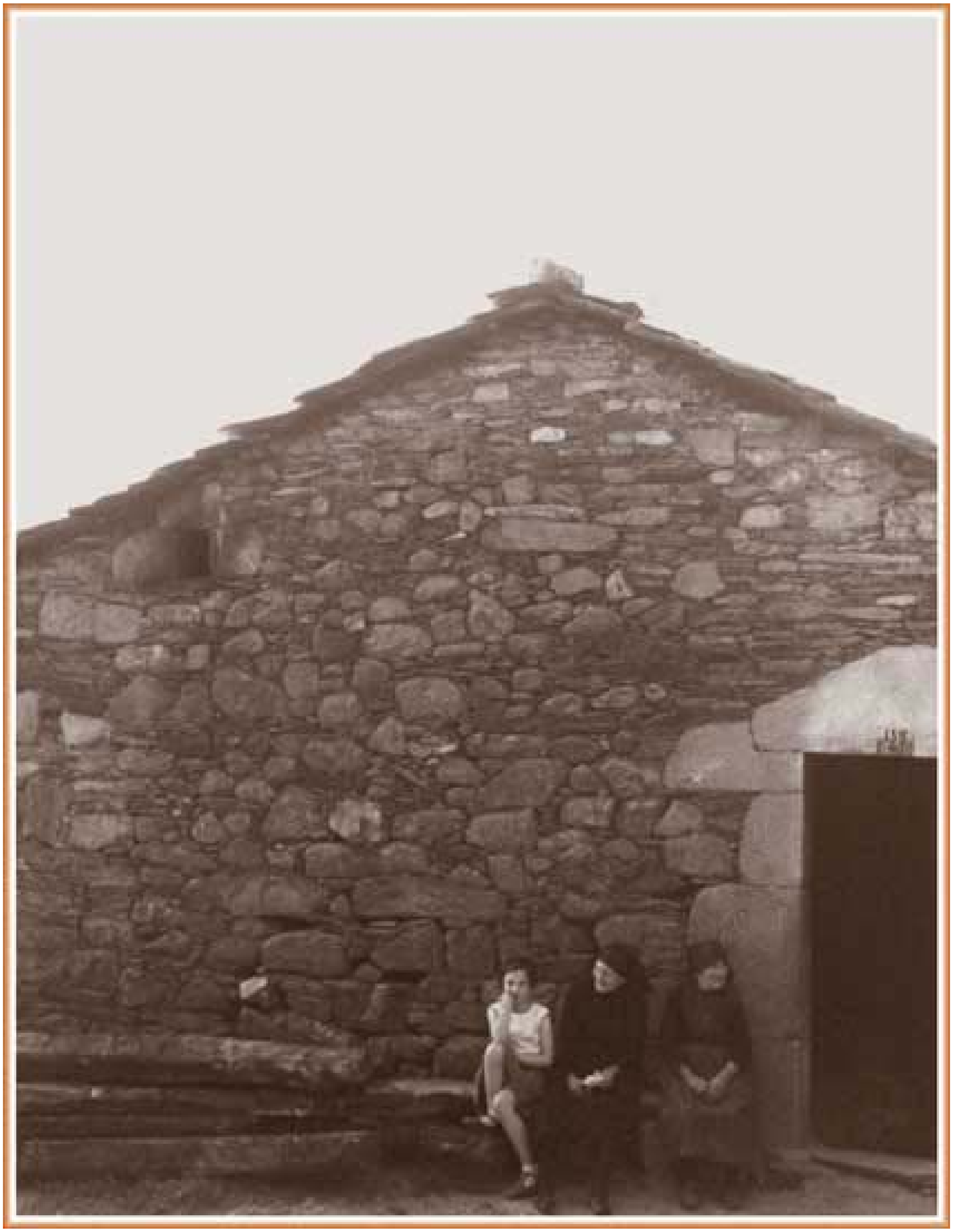




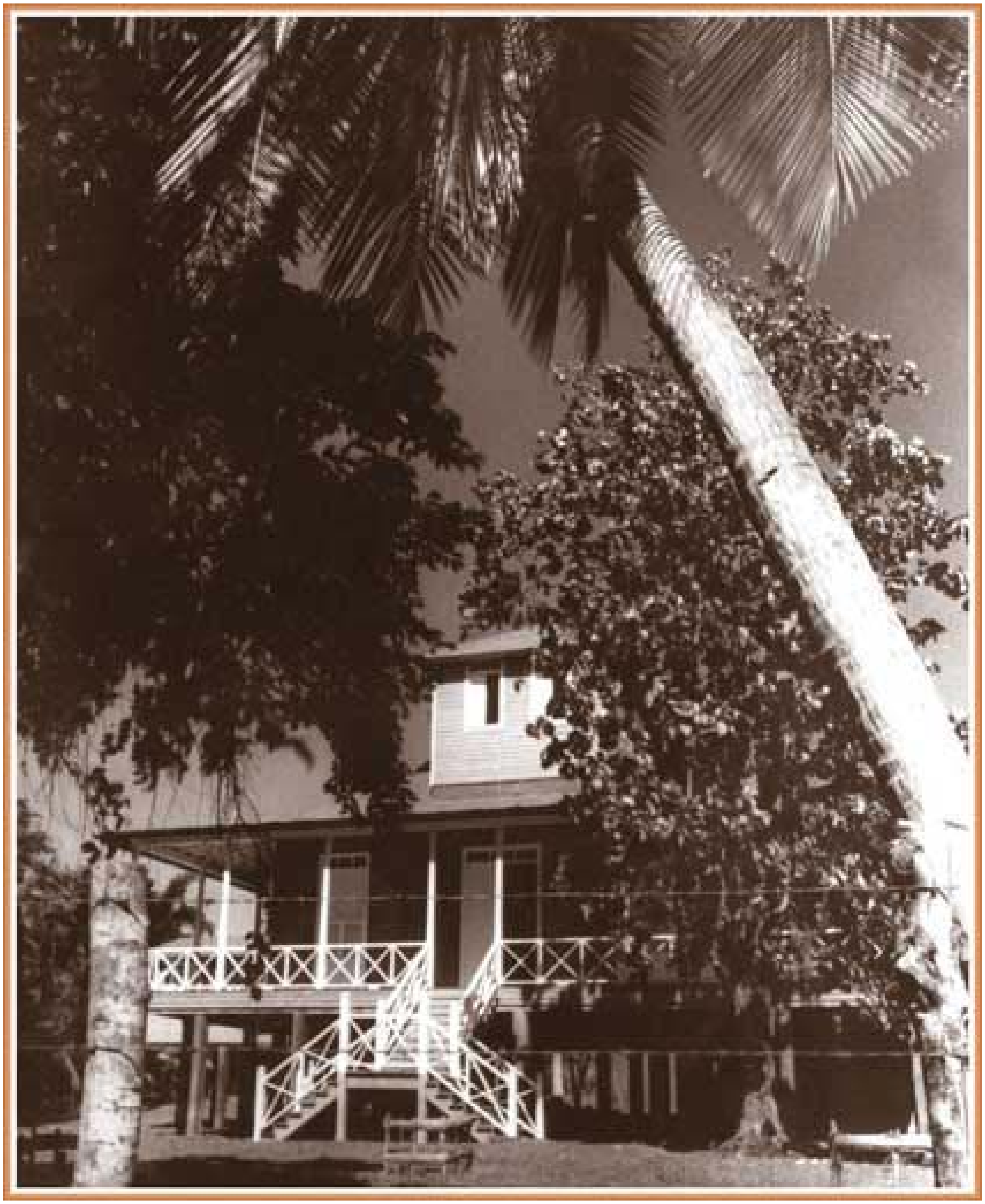
Casa de don Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González, en Birán, donde nacieron todos sus hijos. Fotografía tomada a principios de 1926.



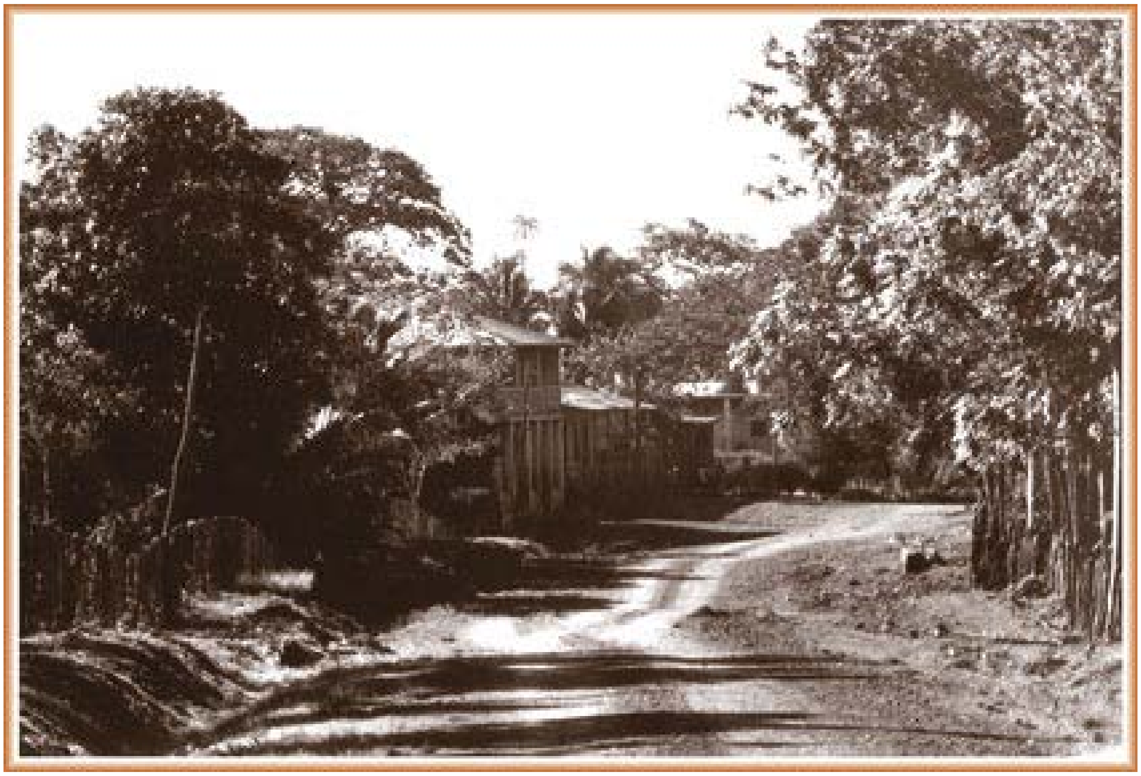
Casa en San Pedro de Armea de Arriba, Galicia, España. Allí ha vivido la familia Castro por más de 200 años y fue el hogar de nacimiento de don Manuel de Castro Núñez, padre de don Ángel Castro Argiz.



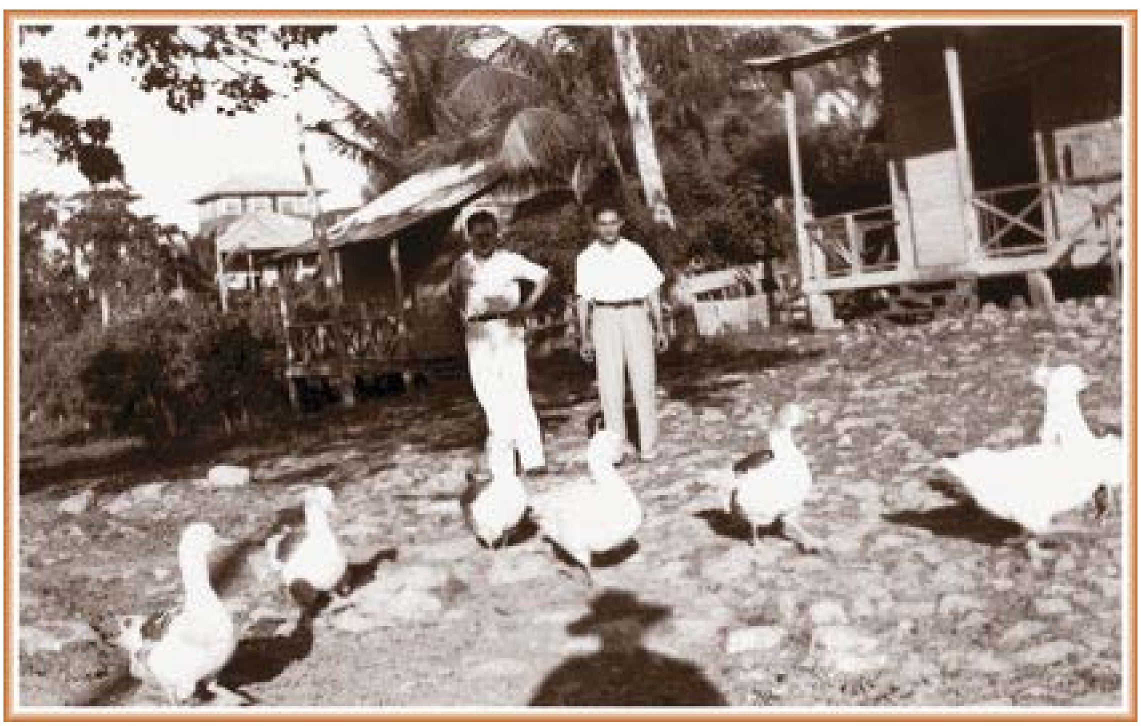
Casa natal de Ángel Castro Argiz, en Láncara, Galicia, España.



Réplica de la casa de Ángel y Lina, en Birán.



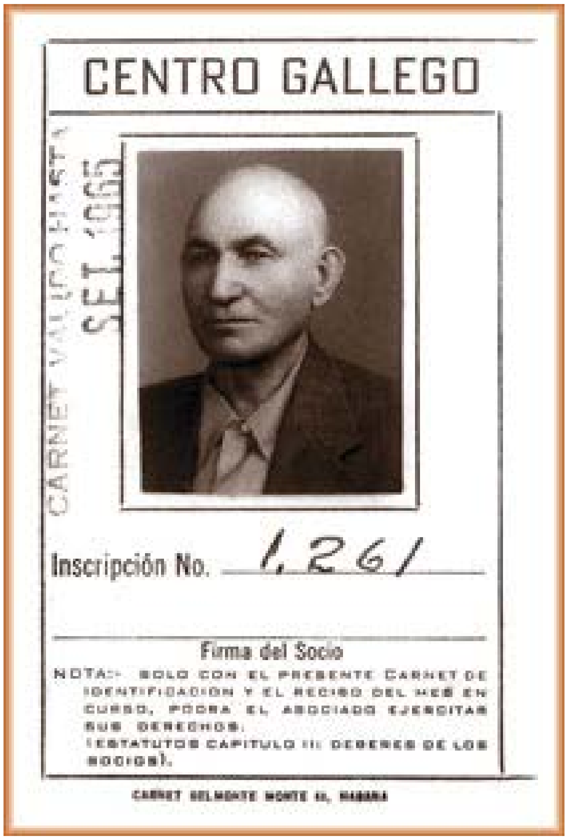
Camino Real en Birán.



Correo de Birán. En la pequeña casa, ubicada al costado del correo, vivía el cocinero Manuel García. En ese mismo lugar se construyó después la casa denominada La Paloma, segundo hogar de Ángel y Lina. En la foto aparecen el telegrafista Pedro Botello y el jefe de comunicaciones, Juan Socarrás.



Vista frontal de La Paloma, edificación a la que la familia Castro Ruz fue a vivir en 1954.



CENTRO GALLEGO

CARNET VALIDO HASTA SET. 1965

Inscripción No. 1,261

Firma del Socio

NOTA:- SOLO CON EL PRESENTE CARNET DE IDENTIFICACION Y EL RECIBO DEL MES EN CURSO, PODRA EL ASOCIADO EJERCITAR SUS DERECHOS. (ESTATUTOS CAPITULO II: DEBERES DE LOS SOCIOS).

Página del carné de asociado del Centro Gallego de La Habana, perteneciente a don Ángel Castro Argiz, documento expedido en 1909.



Don Ángel Castro, en Birán.



Lina y Ángel. Al dorso aparece: «Con todo cariño te dedico esta foto de unos fieles amigos. Ángel Castro y Lina. Birán, 8-7-1925. Cuba».



Lina Ruz, 1925.



Lina. En la dedicatoria puede leerse: «Mis queridos amigos Paciano y Julia.Con todo cariño de su siempre amiga. Lina de Castro. Birán. 10-4-1926».
Si la fecha anotada al pie de la dedicatoria coincide con el momento en que el fotógrafo captó la imagen, entonces, solo faltaban aproximadamente cuatro meses para el nacimiento de Fidel.



Foto dedicada a su amiga Julia Álvarez Fernández, y firmada: «Lina de Castro. Birán 1-2-1929. Cuba».



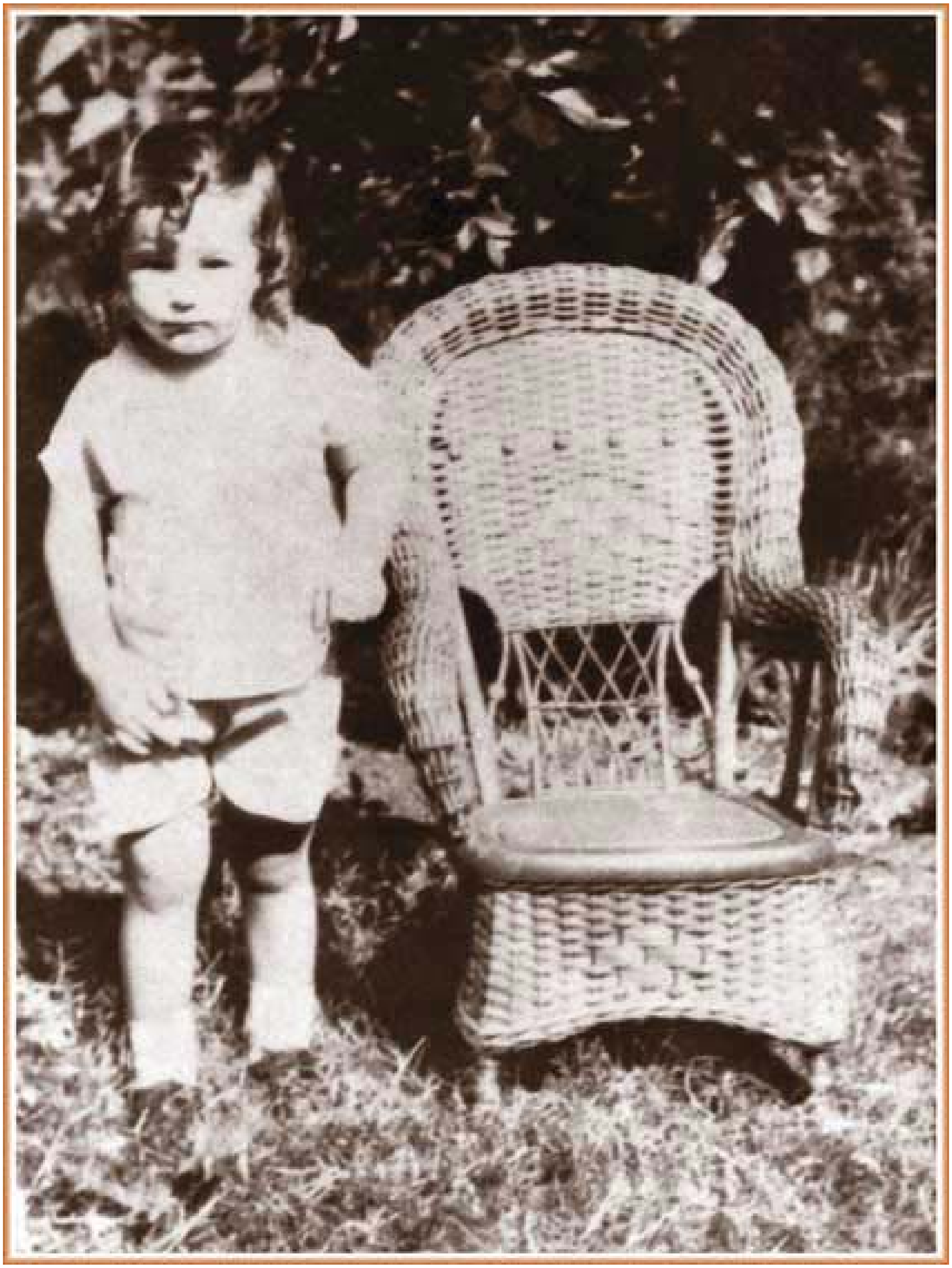
Angelita Castro. Al dorso, la foto dice: «Querida amiga Julia. Con todo cariño te dedico este retrato de mi hija Angelita que sabes te quiere. Lina de Castro...».



Ramón Castro. Fotografía dedicada por Ángel y Lina Ruz a sus amigos Paciano y Julia.



Fidel al año y ocho meses de nacido, vestido de gala en su casa de Birán, el 16 de abril de 1928. Años después, para confirmar su identidad, Fidel escribió su nombre al dorso de la foto. Publicada por Bohemia, *el 3 de julio de 1955.*



Fidel cuando tenía dos años de edad.



Fidel a los tres años de edad. El pelo engominado, la ropa almidonada, el cuaderno en la mano y la mirada fija en la magia de la cámara fotográfica. Imagen captada en 1929.



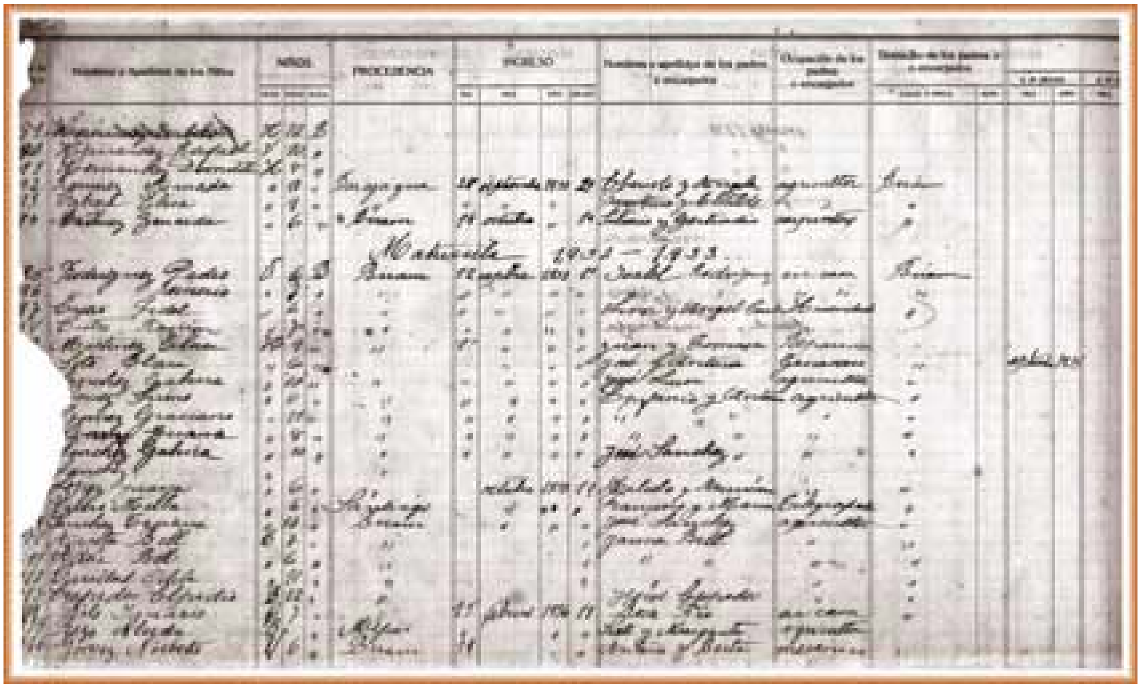
Fidel junto a sus hermanos Ángela y Ramón, Birán, 1929.



Vista exterior de la Escuela Rural Mixta N.º 15, Birán.



Aula de la pequeña escuela rural de Birán donde estudió Fidel.



Facsímil del registro de asistencia de la escuela rural de Birán. Fidel aparece inscripto con el número 97, a la edad de seis años.



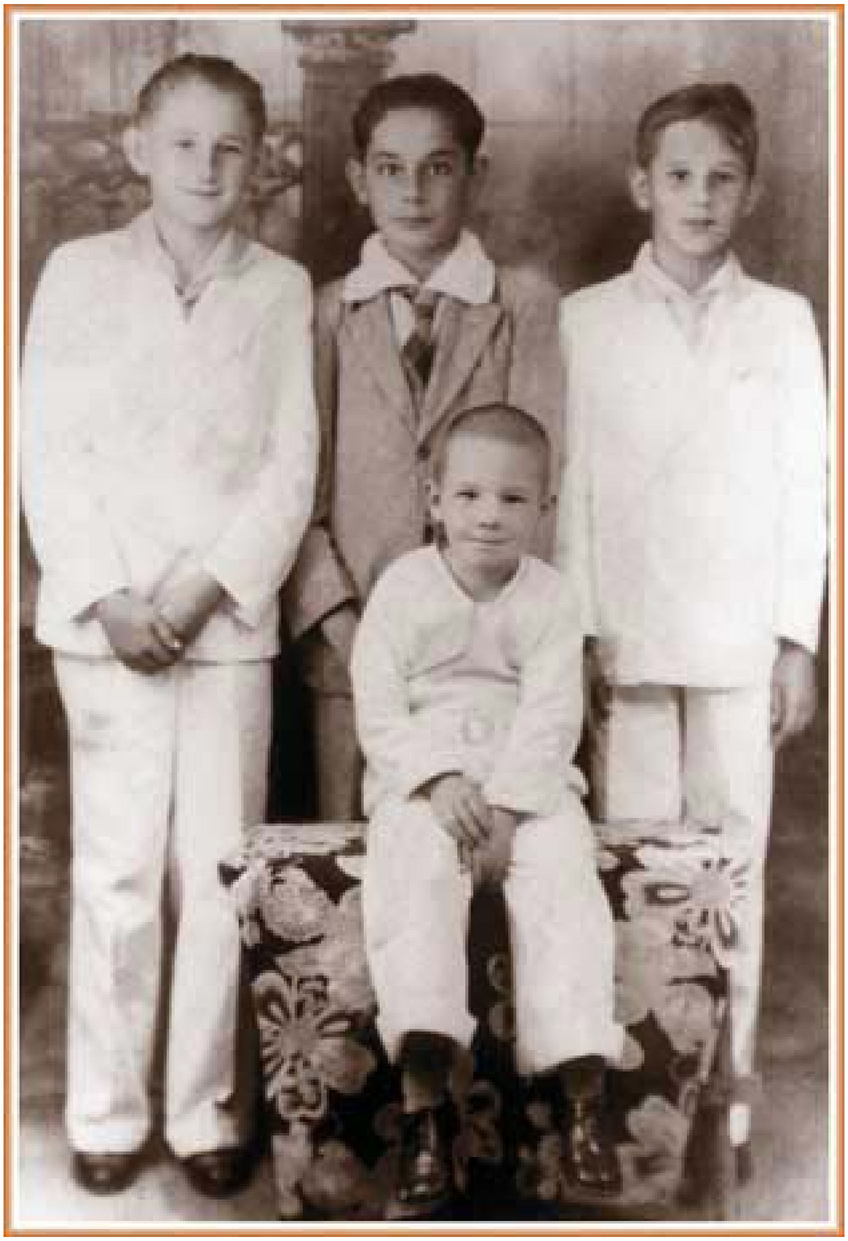
Carro de línea propiedad de don Ángel Castro, utilizado para viajar al central Miranda.



Fidel, a los siete años de edad, con su hermana Angelita, cuando estudiaban en Santiago de Cuba.



A la derecha, Fidel con ocho años de edad, junto a sus hermanos Angelita y Ramón, Santiago de Cuba, 29 de diciembre de 1934.



De izquierda a derecha, Ramón Castro, Cristóbal Boris y Fidel Castro, y sentado, Raúl Castro. La fotografía fue captada cuando estudiaban juntos en el Colegio La Salle de Santiago de Cuba.



Enma Castro Ruz. Al dorso se lee: «A mi querida tía María Julia Ruz. A la edad de un año, de su sobrina que la quiere. Enma Castro».



Lina y sus hijas, Enma y Agustina.



En el Colegio La Salle. Fidel aparece en la primera fila de pie, el sexto de izquierda a derecha, detrás de su hermano Raúl. Ramón está sentado, el primero a la izquierda. Curso 1936-1937.



En la playa La Socapa, cerca de los vestigios del combate naval del almirante Cervera frente a la armada norteamericana.



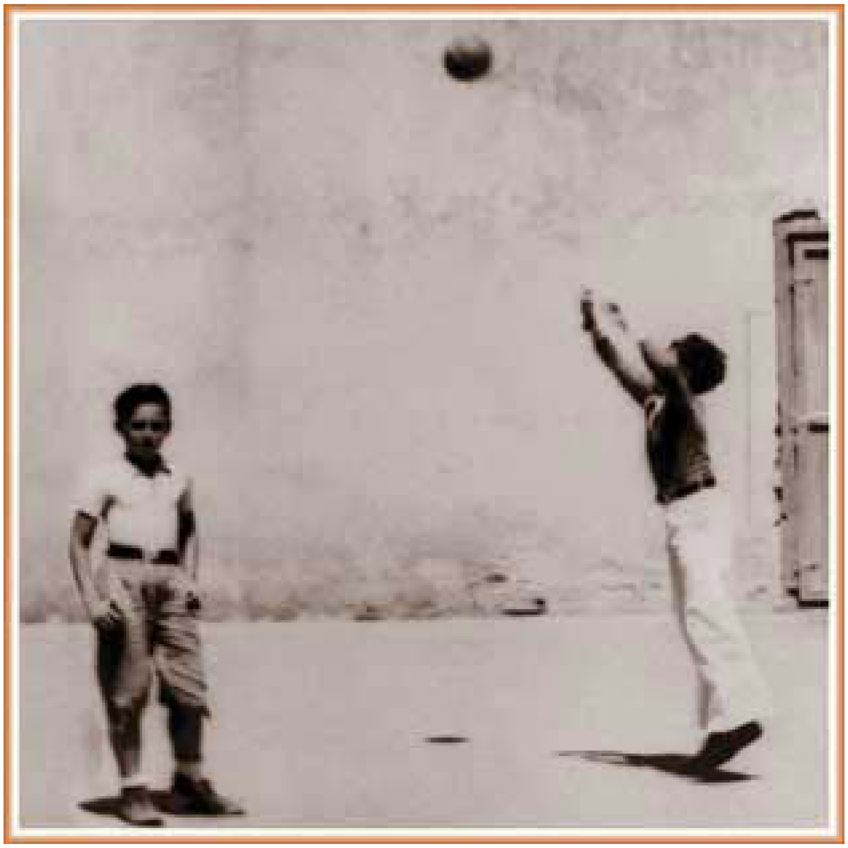
Regreso al muelle de La Alameda desde el campamento de recreo del Colegio La Salle, en la península de Renté. Raúl, en lo alto de la embarcación, en hombros de uno de los muchachos, levanta una boina; Ramón es el tercero a su derecha. Fidel, en el extremo derecho, saluda delante del niño que lleva una gorra con visera levantada.



En el campamento de recreo del Colegio La Salle, en la playa La Socapa.



En el retiro del Colegio La Salle en Renté, de izquierda a derecha: Raúl, Cristóbal Boris, León Marí —director del colegio—, Fidel, el padre de Cristóbal Boris y Ramón.



Fidel practica baloncesto. Según testimonio de Angelita, el propio Fidel escribió al dorso la palabra: «Entró».



Fidel montado en su caballo Careto. Ramón hace una pirueta sobre la grupa, vacaciones de diciembre de 1937



Raúl Castro a los seis años de edad, Santiago de Cuba, 1937.



Raúl Castro a la edad de siete años, cuando cursaba la escuela cívico-militar en Birán.



Fidel a los 11 años. Foto carné del Colegio Dolores, donde ingresó en 1938.



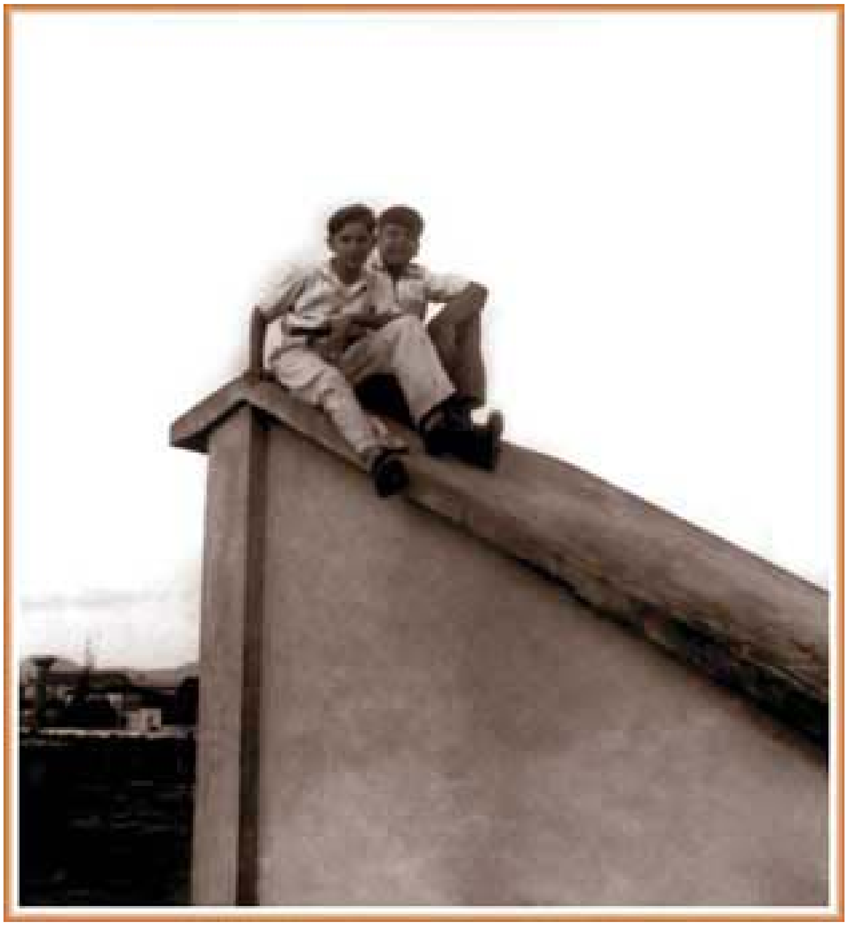
Fidel, tercero de derecha a izquierda, con las piernas separadas, mira directamente a la cámara y sonríe. Excursión en 1938.



Un día de excursión, en el propio 1938. El Hermano Benito Salgueiro acompaña a los alumnos del Colegio Dolores.



Ante el ómnibus del Colegio Dolores, durante una excursión a Charco Mono, 1940. Fidel al centro, con una de las patas del pantalón recogida hasta la rodilla. Ramón con sombrero, sentado en el extremo izquierdo, y Raúl, también sentado en el suelo, junto al niño del overol.



En la azotea del Colegio Dolores. Curso 1939-1940. Fidel aparece a la izquierda.



Paseo en bote a La Chivera, en la bahía de Santiago de Cuba en 1940, cuando estudiaban en el Colegio Dolores. Fidel de pie, mientras Raúl rema.



Fidel, con 13 años, cuando ingresó a la Segunda Enseñanza como incorporado del Colegio Dolores, junto a un grupo de compañeros y al profesor Padre Benito Domínguez Soto. Curso 1939-1940. Es el segundo de izquierda a derecha, en la primera fila.



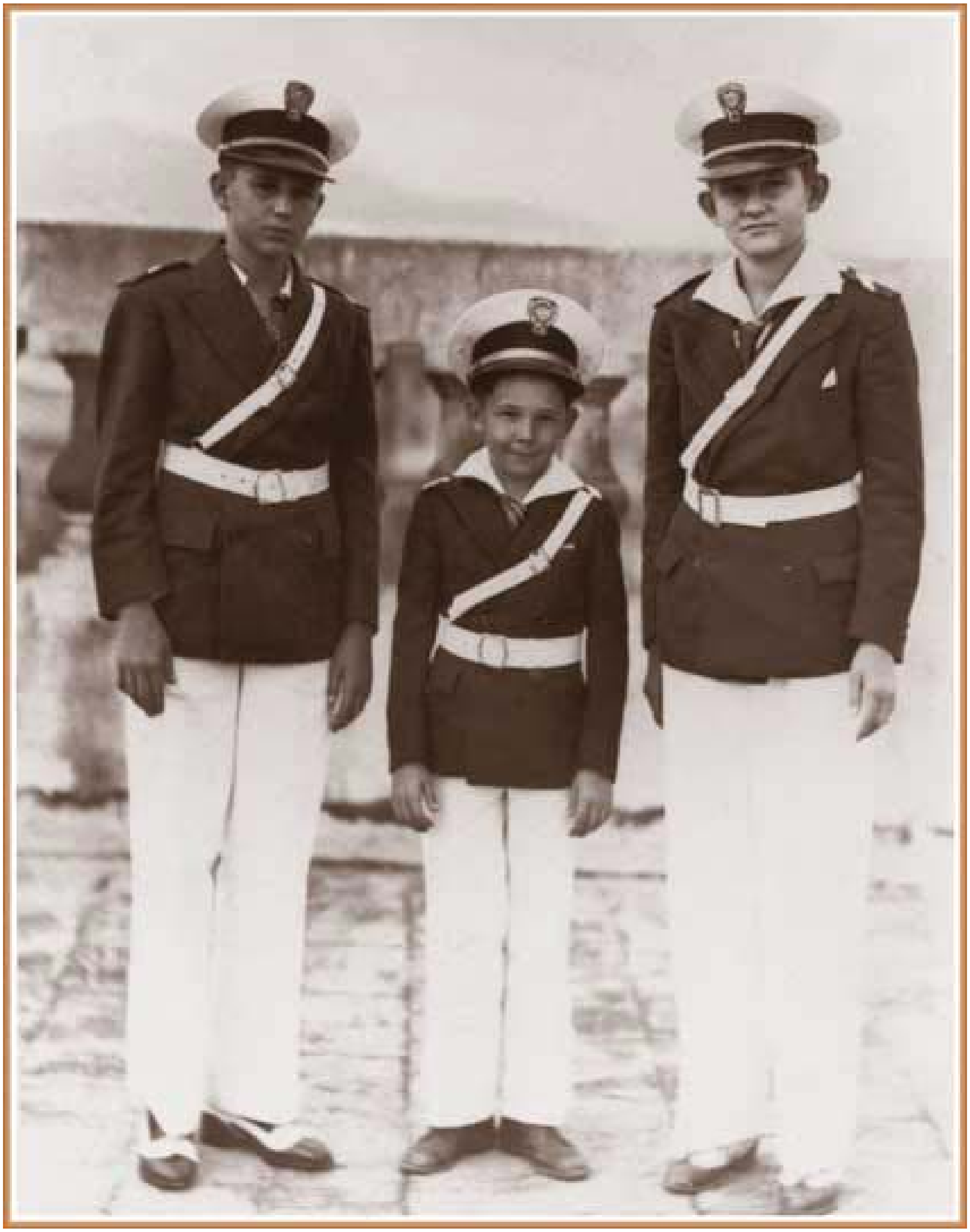
Fidel, con 13 años de edad, cuando ingresó a la Segunda Enseñanza.



Fidel, en el extremo derecho, con varios alumnos del Colegio Dolores. Curso 1939-1940. Fotografía captada por el Padre José María Patac, asturiano, profesor de Matemática en el colegio.



Fidel junto a la escalera de caracol, en el patio del Colegio Dolores, es el primero, abajo, de izquierda a derecha.



De izquierda a derecha, Fidel, Raúl y Ramón, vistiendo el uniforme de gala del Colegio Dolores. Curso 1940-1941.



En una terraza interior de la casa de su hermana Lidia, en Santiago de Cuba, 1940. De pie: Fidel, Angelita y Ramón. Sentados: Raúl, Lidia y Juanita.



Desfile de la banda rítmica del Colegio Dolores por las calles de Santiago de Cuba. Fidel toca el redoblante, tras el estudiante que dirige la banda.



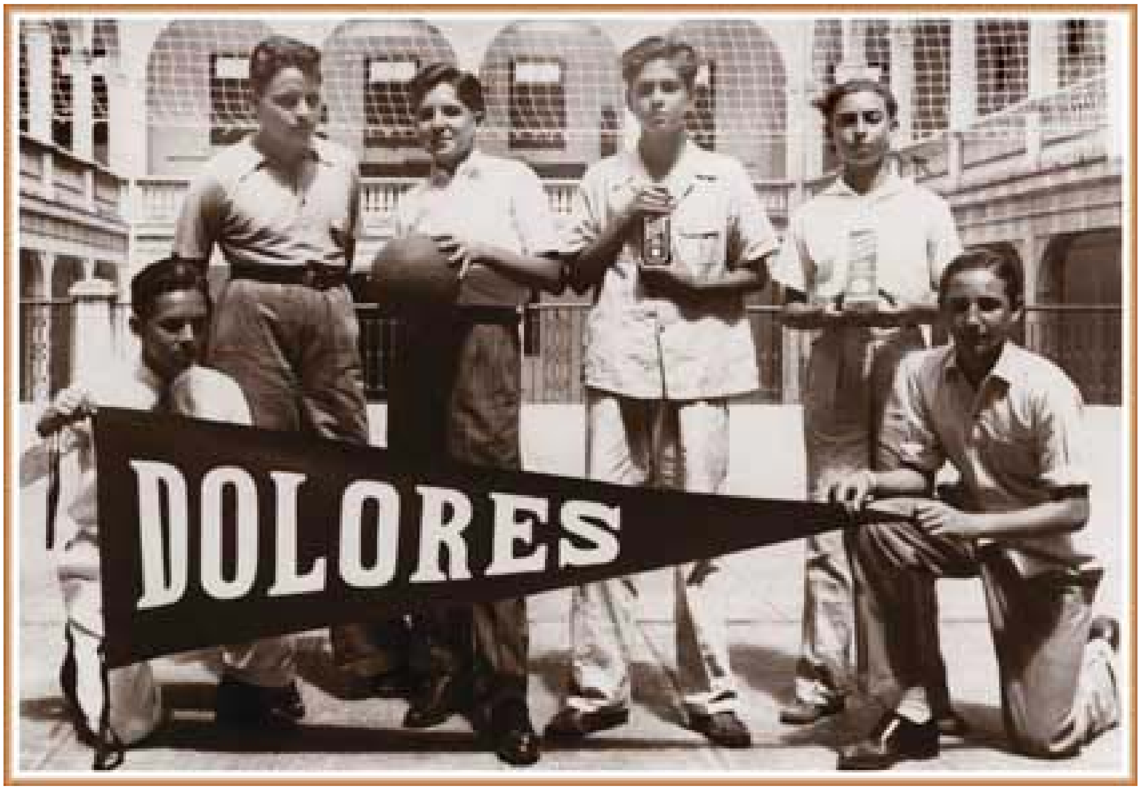
Fidel y Guillermo Martínez Alayón (Guayaba), vestidos de boy scout*, en el Colegio Dolores. Curso 1939-1940.*



Raúl a los 12 años, durante las vacaciones de invierno en Birán, 1943.



Fidel, a los 17 años de edad. De cacería en Birán, durante las vacaciones de diciembre de 1943.



Fidel, con los integrantes del equipo de voleibol, sostiene el gallardete del colegio, es el primero a la derecha.



Foto para el carné del colegio. Curso 1941-1942.



A los 17 años. Foto del expediente del Instituto N.º 2 de Segunda Enseñanza del Vedado. La imagen aparece en las solicitudes de matrícula y de miembro de la Liga Atlética Amateur *de* Football. *Curso 1943-1944.*



Fidel, como estudiante del Colegio de Belén en La Habana, va de excursión a Soroa, Pinar del Río, 1943. Es el primero de izquierda a derecha.



Integrantes del equipo de pista (track) *de menores de 16 años, del colegio belemita, 1943. Fidel, en la segunda fila, de arriba hacia abajo, el primero a la izquierda.*



Equipo de fútbol del Colegio de Belén. Fidel aparece de pie, el quinto de derecha a izquierda, junto al Padre José Barbeíto, director del equipo, 1943.



Fidel, el primero de izquierda a derecha, con dos exploradores del Colegio de Belén, en una excursión al Pan de Guajaibón, Pinar del Río. Curso 1943-1944.



Fotografiado junto a otros compañeros, en el Parque Central de La Habana, frente al monumento a José Martí, el 27 de noviembre de 1943. Fidel es el primero a la izquierda.



Alumnos del Colegio de Belén, antes de las vacaciones de Navidad, en diciembre de 1943. De arriba hacia abajo, Fidel es el segundo de la segunda fila, de izquierda a derecha.



Fidel con 17 años, en el tabloncillo de Belén. Curso 1943–1944.



Fidel a los 18 años.
Foto que aparece en la solicitud de matrícula del Instituto N.º 2 de Segunda Enseñanza de La Habana, 20 de octubre de 1944.
Curso 1944-1945.



Durante un círculo de estudio de Historia. Fidel aparece al centro derecho con camisa oscura. A la izquierda, el doctor Ángel Fernández Varela.
Curso 1944-1945.



Integrantes del equipo de béisbol del Colegio de Belén. Curso 1944-1945. Fidel aparece de pie, es el quinto de izquierda a derecha.



Fidel con el equipo de baloncesto del Colegio de Belén, campeones nacionales. Es el cuarto, entre los que están de pie, de izquierda a derecha.



En las competencias intercolegiales, Fidel ganó el primer lugar en la carrera de 800 metros. Colegio de Belén. Curso 1944-1945.



Ceremonia de graduación de bachilleres, junio de 1945, Colegio de Belén. Fidel fue acompañado por su mamá, Lina.



Lina, ataviada para la graduación de Fidel como bachiller.



Foto de Fidel, publicada por la revista Ecos de Belén, *La Habana, junio de 1945.*



El diploma que acredita su condición de Bachiller en Letras fue expedido por el Instituto de Segunda Enseñanza N.º 2 de La Habana, 29 de septiembre de 1945.



Facsímil del folleto que Fidel enviaba como apoyo a sus condiscípulos con vistas a los exámenes parciales de Antropología Jurídica y que ayudaba a promover su candidatura como delegado por esa materia, en la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana.



Fidel tenía 20 años de edad y cursaba el segundo año de la carrera de Derecho. Al dorso aparece la firma de Fidel, la palabra Mayarí y un cuño con fecha 12 de septiembre de 1946. Curso 1946-1947.



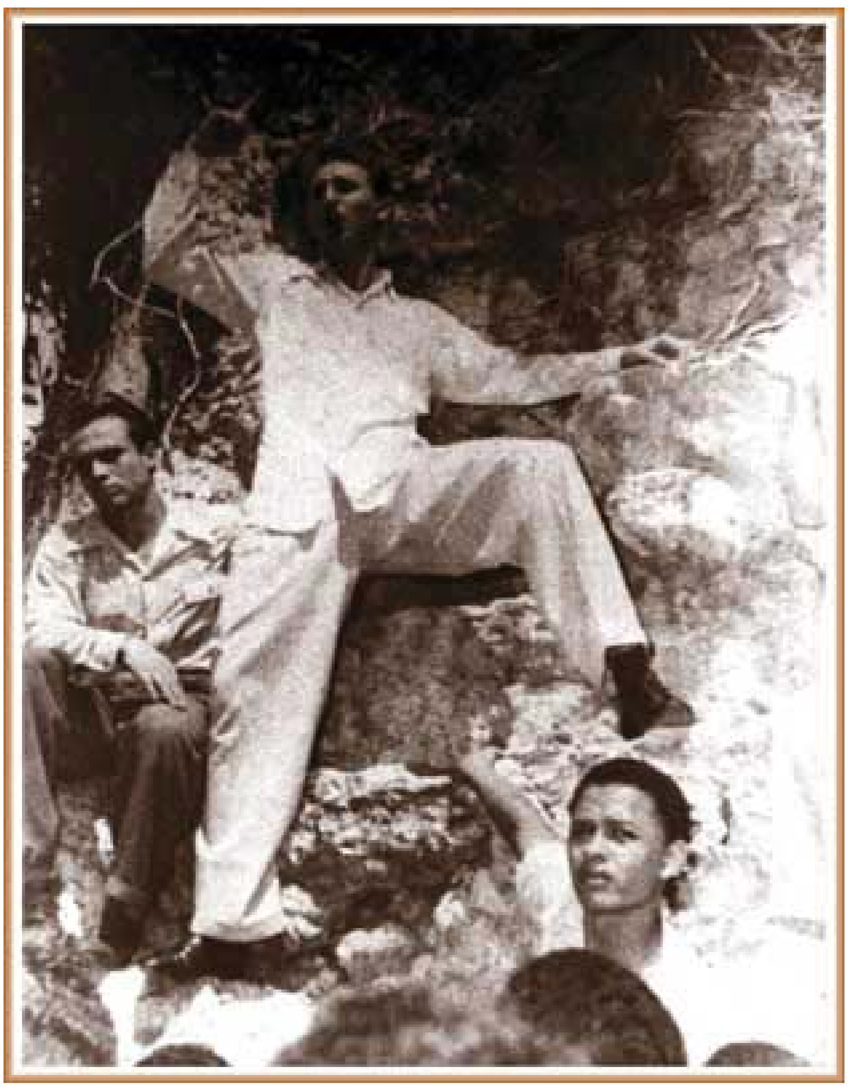
Primera fotografía conocida —según el registro de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado—, en que aparece Fidel mientras pronuncia un discurso en el contexto de sus luchas estudiantiles, fuera del recinto universitario. Curso 1946-1947. Estaba en segundo año de la carrera de Derecho, con 20 años de edad.



Foto del expediente de solicitud de licencia de conducción, 18 de enero de 1947.



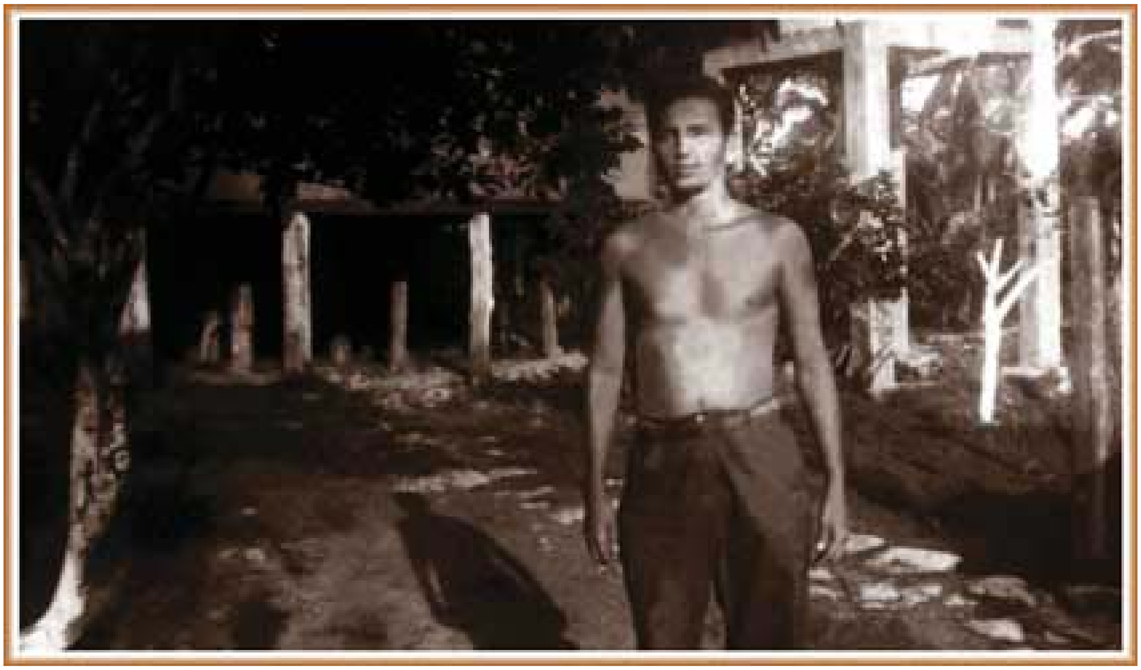
Fidel y el dirigente estudiantil Humberto Ruíz Leiro explican a un reportero la fórmula acordada para solucionar los conflictos en la elección de la presidencia de la FEU. Fue publicada en el diario Prensa Libre, *5 de junio de 1947.*



Fidel hace uso de la palabra frente al Palacio Presidencial, en la manifestación de protesta estudiantil por la muerte de Carlos Martínez Junco, 10 de octubre de 1947.



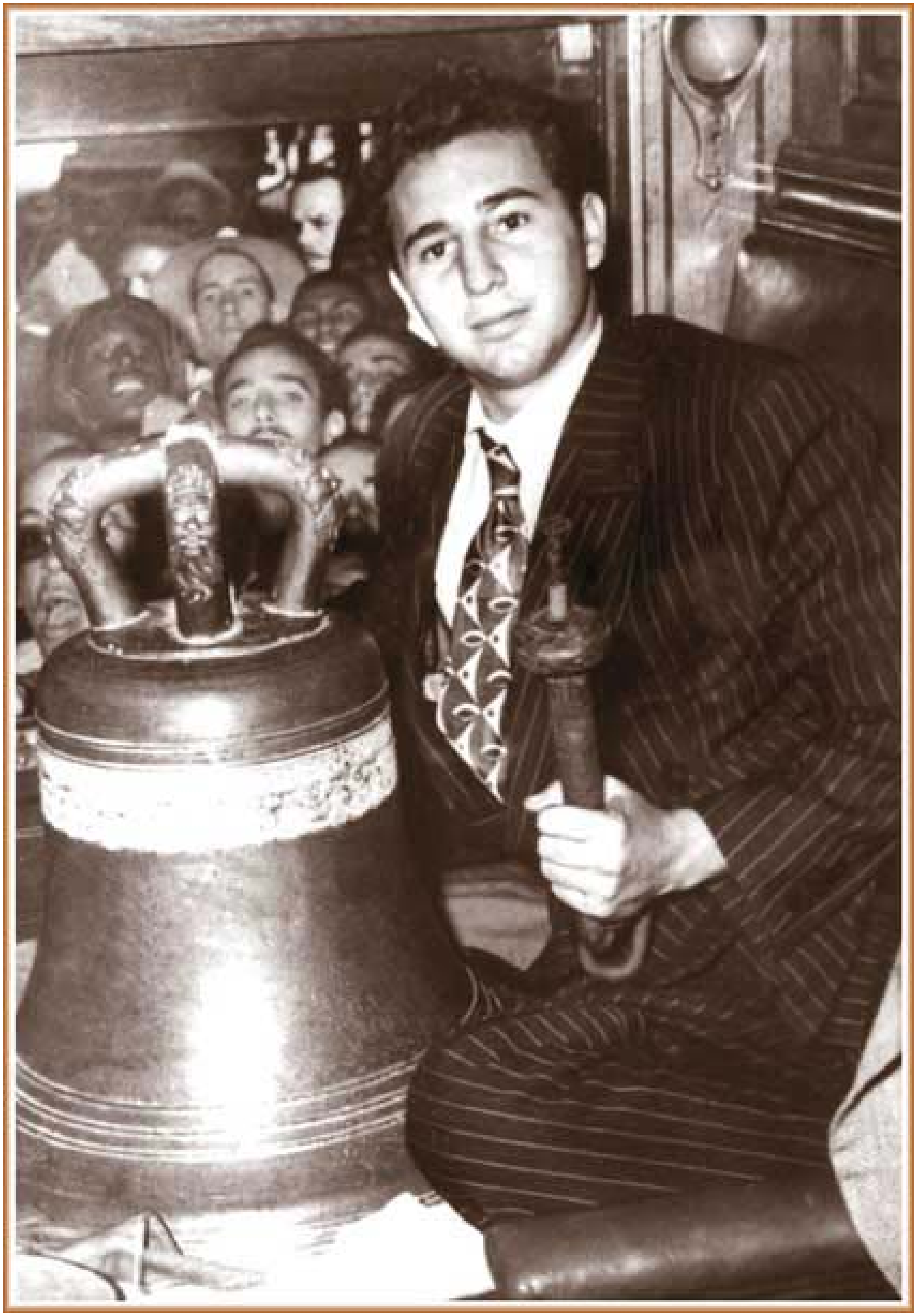
A bordo del buque Aurora *como expedicionario de Cayo Confites. Imagen publicada en la revista* Bohemia, *30 de noviembre de 1947.*
Fidel es el primero a la izquierda.



Fidel en Birán, detrás se ve el sótano y el tanque de agua de su casa natal. Testimonia Ramón Castro Ruz, en noviembre de 1990, que fue él quien tomó la foto, después de la expedición de Cayo Confites, en octubre de 1947.



Lina y Ángel en Birán.



Al arribar a La Habana en el tren central con la campana de La Demajagua, 3 de noviembre de 1947.



Momentos en que pronuncia un discurso en el acto de denuncia del robo de la campana, 6 de noviembre de 1947.



Fidel denuncia enérgicamente el robo de la campana de La Demajagua.



Fidel, junto a otros dirigentes universitarios, resulta detenido por una falsa acusación de la que posteriormente fue exonerado. Para hacerse eco de la acusación, la foto fue publicada por su enemigo Rolando Masferrer, en el diario Pueblo, *27 de febrero de 1948.*



En Bogotá, Colombia, abril de 1948.



En una de las calles que fue vórtice del estallido popular que siguió al asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, en Bogotá, Colombia, el 9 de abril de 1948. Fidel en primer plano, aparecen también Enrique Ovares y un delegado mexicano al congreso estudiantil.



Foto carné de la solicitud de rematrícula, 4 de mayo de 1948.



Imagen que aparece en el expediente de solicitud de pasaporte, 21 de julio de 1948.



Fidel atento a la intervención del líder del Partido Ortodoxo, Eduardo Chibás Rivas, 1948.



*Boda religiosa de Fidel y Myrta, en la iglesia de Banes,
12 de octubre de 1948.*



Comité universitario de lucha contra la discriminación racial, a cuya directiva pertenecía Fidel. Imagen captada el 13 de marzo de 1949.



Fidel junto a un grupo de estudiantes de Derecho.



Grupo de luchadores contra la discriminación racial, en la escalinata universitaria, 13 de marzo de 1949.



REPUBLICA DE CUBA

El Rector
de la
Universidad de la Habana

en uso de las facultades que le confieren los Estatutos de esta Universidad y a propuesta del tribunal correspondiente, expide el presente Título de Doctor en Derecho a favor de Fidel Alejandro Castro Ruz en consideración a los ejercicios de grado realizados por el mismo en cinco de Septiembre de mil novecientos cincuenta

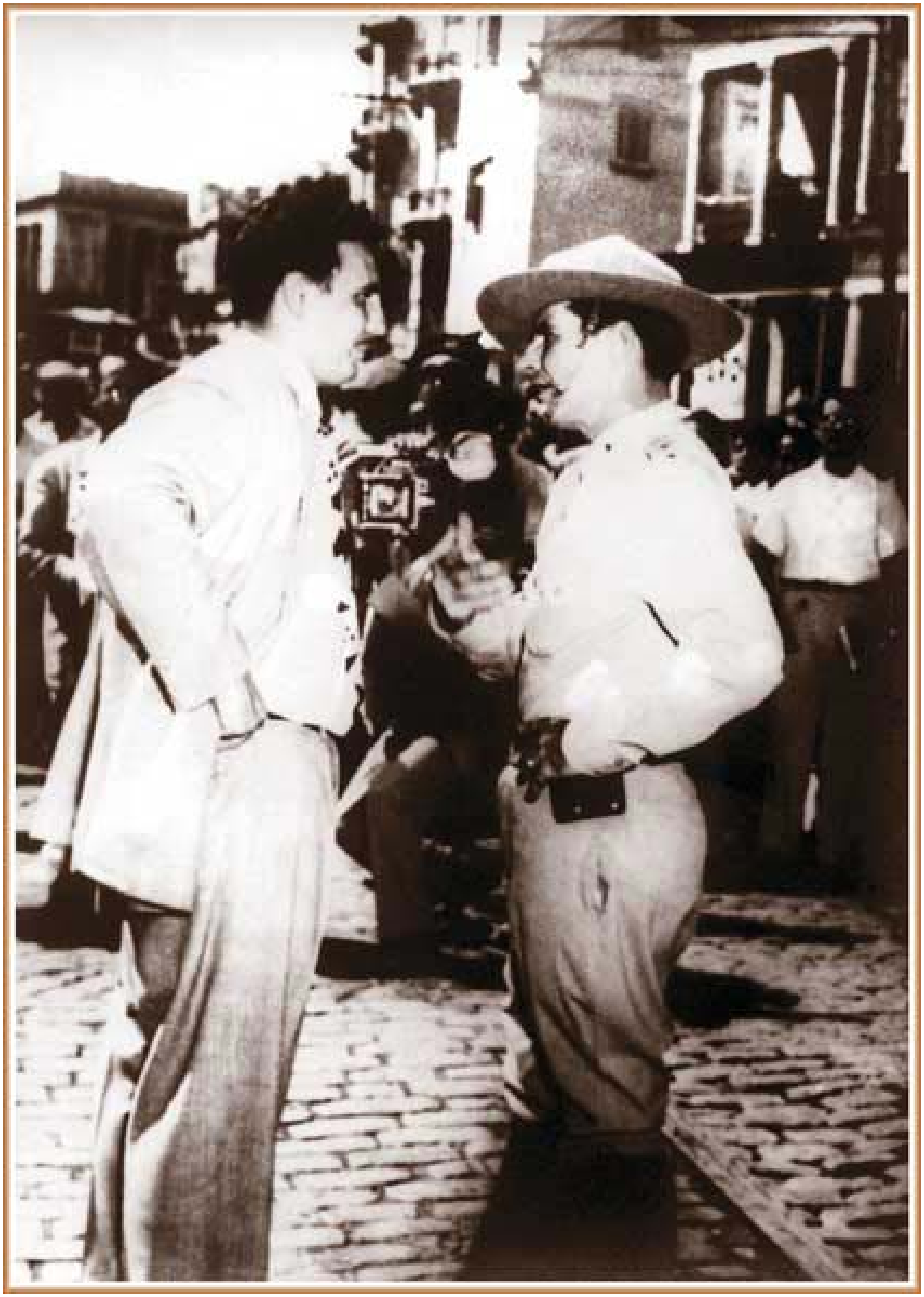
En testimonio de lo cual, y para que surta todos los efectos legales procedentes, autoriza y suscribe este Título conjuntamente con el Decano de la Facultad respectiva, en la Habana, a trece de Octubre de mil novecientos cincuenta

Decano. Rector.

Visado: Refrendado:

Ministro de Educación Secretario General.

Título expedido por la Universidad de La Habana que certifica la condición de Doctor en Derecho a nombre de Fidel Alejandro Castro Ruz, 13 de octubre de 1950.



Fidel, el 1.º de noviembre de 1950, mientras discute con el jefe de la Policía, general Quirino Uría López, en la calle San Lázaro, frente a la escalinata de la Universidad de La Habana.



Este comité se constituyó por un grupo de estudiantes, jóvenes profesionales y obreros para combatir la bolsa negra.
Foto publicada en el periódico Alerta, *12 de junio de 1951.*



Fidel acompaña, en sus declaraciones a la prensa, a Justa Rodríguez, madre del obrero asesinado Carlos Rodríguez. Reporte publicado en el diario La Verdad, *16 de septiembre de 1951.*



Fidel pronuncia un discurso por el Partido Ortodoxo, durante la campaña política del año 1951. Foto captada en San José de las Lajas.



ACTO DE PROTESTA CONTRA EL MINISTERIO DE OBRAS PUBLICAS

...anizado por el Comité de La-... de los vecinos pobres de la ... a San Cristóbal, tuvo efecto ... acto en protesta del desalojo ... ha sido ordenado por el mi-... ro de Obras Públicas señor ... Casero con el pretexto de embellecer la zona donde habrá de emplazarse la Plaza Cívica. Los vecinos demandaron justicia contra el procedimiento arbitrario que viene empleando el Ministerio de Obras Públicas. A esos vecinos se les quiere desalojar sin compensarlos económicamente en una forma que les permita trasladarse con su familia a otro lugar adecuado. De ahí la protesta que ha encontrado eco en distintos sectores de la ciudadanía. Hicieron uso de la palabra en apoyo de esos vecinos miembros de la FEU y otras representaciones. En el grabado un aspecto del público asistente y el líder ortodoxo señor Fidel Castro cuando hacía uso de la palabra en defensa de los intereses que tratan de atropellarse. (Foto COLLADO)

Protesta de Fidel por el desalojo de los vecinos pobres de la finca San Cristóbal, a quienes defendió como abogado contra el Ministerio de Obras Públicas. Diario Alerta*, 21 de enero de 1952.*



Fidel, con motivo de su aspirantura como Representante a la Cámara por el Partido Ortodoxo, hace uso de la palabra en un mitin electoral.

LA AUTORA

Katiuska Blanco Castiñeira (La Habana, 1964) Licenciada en Periodismo por la Universidad de La Habana, donde se graduó con Título de Oro en 1987. Fue corresponsal de guerra durante un año en la República Popular de Angola, al servicio del periódico *Verde Olivo*.

En 1989, regresó a ese país africano como enviada especial del diario *Granma*, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba. En ese periódico se desempeñó durante casi una década como redactora-reportera de temas sociales: juventud, historia, familia y religión, entre otros. Luego laboró como especialista principal de la Dirección de Información y Divulgación del Ministerio de Relaciones Exteriores, al frente de la Oficina del Vocero de la Cancillería, 1997-1999.

Es autora de los libros *Después de lo Increíble* (Primera edición en México, 1993 y segunda edición en Cuba, 1994); *Todo el tiempo de los Cedros*, *Paisaje familiar de Fidel Castro Ruz* (Editorial Abril, 2003 y 2da. edición cubana, Editorial Abril 2009; Editorial Océano, 2006; Editorial Txalaparta, 2006; Editorial Nha Xuat Ban Tri Quoc Gia, Hanoi 2008); *Ángel, la raíz gallega de Fidel*, Editorial Abril, 2008; y, *Fidel Castro Ruz, Guerrillero del Tiempo. Conversaciones con el líder*

histórico de la Revolución Cubana, Editorial Abril, Cartago, Bcyou.com Informática e Conectividad Ltda y Búho, de Cuba, Argentina, Brasil y República Dominicana.

Tras un recorrido por la República Bolivariana de Venezuela, en 2004, publicó en coautoría los volúmenes de testimonio: *Voces del Milagro y Niños del Milagro*. Fue columnista del diario *Juventud Rebelde* por dos años con su entrega sabatina: "Horcón de papel". El título *Habana Soñada* que recoge sus fabulaciones en torno a las historias de las calles de la capital de Cuba, se encuentra en proceso de edición por Ocean Sur y Ocean Press.

Recibió mención en el Concurso Latinoamericano José Martí (1994) convocado por la Agencia Internacional de Noticias Prensa Latina y galardonada con los premios Abril (1993) y 26 de Julio (2002).

En 2008 presentó junto a un protagonista de excepción y al entonces ministro de Cultura de Cuba Abel Prieto, el libro *La Paz en Colombia* del Comandante en Jefe Fidel Castro [La Habana, Caracas y La Paz]. Igualmente, en 2010 tuvo a su cargo el cuidado de la edición de los libros *La Victoria Estratégica* y *La Contraofensiva Estratégica*, también del líder cubano.

Su obra más reciente, *Fidel Castro Ruz, Guerrillero del Tiempo*, ha tenido gran acogida en numerosos países y ha

sido presentada en Bolivia, Ecuador, Argentina, Colombia y Venezuela.

Revistas y diarios de todo el mundo reproducen sus trabajos en la Internet. Entre los de mayor impacto pueden mencionarse "Horno" (*Juventud Rebelde*, 2006), "Fidel periodista" (*Juventud Rebelde*, agosto, 2007) y "Con todo el polvo de Aracataca en Birán" (*Juventud Rebelde*, con motivo de los 80 años del escritor colombiano Gabriel García Márquez).

Sus libros y artículos han recibido el elogio de intelectuales como Cintio Vitier y Fina García Marruz, Volodia Teitelboim, Roberto Fernández Retamar, Miguel Barnet, Raúl Pérez Torres, Eusebio Leal, José Luis Díaz Granados, Jorge Luis Valcárcel, Abel Prieto, Ángel Augier, Eva Forest, Adolfo Pérez Esquivel, Eduardo Torres Cuevas, Atilio Borón, y María Fernanda Espinosa, entre otros.

Katiuska prologó el texto *Julio Antonio Mella en El Machete*, Editora Abril, 2007, de la prestigiosa crítica de arte mexicana Raquel Tibol.

Desde 1999 trabaja en el Consejo de Estado de la República de Cuba, donde desarrolla estudios biográficos e investigaciones históricas como la referida a la creación del Estado títere de Croacia en la Segunda Guerra Mundial, el campo de concentración de Jasenovac, y los orígenes de los numerosos conflictos de los Balcanes hasta la guerra de Kosovo y la agresión

de la OTAN a Serbia.

También participó en la coordinación de la Conferencia Mundial Diálogo de Civilizaciones, que contó con la presencia de destacados intelectuales del mundo, y muy especialmente de América Latina y Cuba.

Actualmente participa de la Red de Redes en Defensa de la Humanidad.

ENLACES

www.forumdesalternatives.org
Decenas de artículos de fondo semanales. Cinco continentes, ocho idiomas.

www.ruthcasaeditorial.org
Consulte en línea el catálogo de publicaciones de Ruth Casa Editorial, reseñas, críticas y síntesis biográficas de sus autores. Todo el esfuerzo de difusión del pensamiento crítico mundial en nuestro espacio de la web.

www.ruthcuadernos.org
Sitio web de Ruth Cuadernos de Pensamiento Crítico, una colección atenta a las urgencias críticas de nuestro tiempo.

www.ruthlibroslibres.org
Una biblioteca virtual abierta al pensamiento y praxis desde las izquierdas. Descargue, comparta y reproduzca gratuitamente esta colección de títulos bajo el sello de Ruth Casa Editorial.

www.ruthtienda.com
Literatura y música del mundo en su entorno digital.

EDICIÓN Y CORRECCIÓN PARA E-BOOK: *Pilar Jiménez Castro*

CUIDADO DE LA EDICIÓN BASE: *Katiuska Blanco Castiñeira*
Ernesto Niebla Chalita

EDICIÓN BASE: *Lilian Sabina Roque*
Esteban Llorach Ramos

ILUSTRACIONES EXCLUSIVAS
PARA ESTA EDICIÓN: *Ernesto Rancaño*

DISEÑO: *Geordanys González O'connor*
Agustín Álvarez Peralo
Elio Duarte Cruz
Laura Cuendias Abreu

AJUSTE DE DISEÑO INTERIOR,
CUBIERTA E IMÁGENES PARA E-BOOK: *Yadyra Rodríguez Gómez*

REALIZACIÓN : *Enrique García Martín*

INVESTIGACIÓN: *Alba Orta Pérez*
Belkys Duménigo García

CORRECCIÓN: *Nilza González Peña*
Bryseis Socarrás Valdés
Niurka Duménigo García

© FOTOGRAFÍAS Y DOCUMENTOS: *Oficina de Asuntos Históricos*
del Consejo de Estado
Elsa Montero Maldonado
Asunción Pelletier Rodríguez

Agradecimientos a Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado,
Oficina del Historiador de La Habana; a Enrique Villuendas,
del Dpto. Ideológico del Comité Central, y especialmente, al Departamento
de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado.

Tomado de la 1ra. ed. de la Casa Editorial Abril, 2011

ISBN: 978-9962-697-01-5 (obra completa)
ISBN: 978-9962-697-02-2

Ruth Casa Editorial
Calle 38 y Ave. Cuba, Edif. Los Cristales, oficina no. 6
apdo. 2235, zona 9A, Panamá
rce@ruthcasaeditorial.org